Gulag

Historia de los campos de concentración soviéticos

ANNE APPLEBAUM



El Gulag aparece en la conciencia de occidente en 1977 con la publicación de la obra de Aleksandr Solzhenitsin Archipiélago GULAG. A partir de nuevos estudios, memorias publicadas tras la caída de la URSS y algunos archivos hasta ahora secretos, Anne Applebaum realiza una reconstrucción histórica del origen y la evolución de los campos de concentración soviéticos que devuelve este infausto e inolvidable episodio al centro de la tormentosa historia del convulso siglo XX. Con detalle y precisión asistimos a la vida cotidiana en el campo: las automutilaciones para evitar los trabajos forzados, las bodas entre prisioneros, la vida de las mujeres y los niños, las rebeliones y los intentos de fuga. El libro, documentado y riguroso, sostiene que el Gulag nació no solo por la necesidad de aislar a los elementos que el Partido Comunista consideraba enemigos, sino para conseguir, al mismo tiempo, una masa de trabajadores-esclavos que trabajara a cambio de comida en inmensos proyectos como el canal del mar Blanco o las minas de Kolimá. Tras la descripción del horror organizado por el régimen soviético, el libro narra cómo Gorbachov, cuya familia se vio directamente afectada por esta política represiva, decidió terminar con este régimen carcelario liberando a la ciudadanía de uno de los más perversos y crueles sistemas represivos que el mundo ha conocido.

«El Gulag de Anne Applebaum es un libro importante. Sus muchos años de minuciosa investigación han provisto a la autora de un inmenso caudal de fascinantes detalles para recrear una terrible e inolvidable historia». ANTHONY BEEVOR, autor de *Stalingrado.*



Anne Applebaum

Gulag

Historia de los campos de concentración soviéticos

ePub r1.1
jandepora 24.08.14

Título original: *Gulag, A History*
Anne Applebaum, 2003
Traducción: Magdalena Chocano

Editor digital: jandepora
Corrección de erratas: el nota
ePub base r1.1





Este libro está dedicado a aquellos que han contado lo que pasó

En los terribles años de la yezhovzhina pasé diecisiete meses en las filas frente a las cárceles de Stalingrado. Un día, alguien me reconoció. Entonces una mujer de labios morados que ocupaba su lugar detrás de mí y que, por supuesto, jamás había escuchado mi nombre, pareció despertar del letargo en el que permanecíamos sumidas y me preguntó al oído (porque allá todos hablaban en voz muy baja):

—¿Y Ud. podría describir esto?

Yo repuse:

—Sí, puedo.

Entonces una especie de sonrisa se deslizó por lo que alguna vez había sido su rostro.

ANNA AJMÁTOVA,
«En lugar de prefacio»,
Réquiem y otros poemas

Agradecimientos

Un libro nunca es la obra de una sola persona, y en realidad este libro no podría haber sido escrito sin la contribución práctica, intelectual y filosófica de muchas personas, algunas de las cuales se cuentan entre mis amigos más próximos, mientras que a otras jamás las he conocido. Aunque es inusitado que los autores expresen su agradecimiento a escritores fallecidos hace mucho, deseo ofrecer mi especial reconocimiento a un pequeño aunque singular grupo de supervivientes de los campos, cuyas memorias he leído una y otra vez al escribir este libro. Si bien muchos supervivientes han escrito con profundidad y elocuencia sobre sus experiencias, no es una mera coincidencia que este libro contenga numerosas citas de las obras de Varlam Shalámov, Isaak Filshtinski, Gustav Herling-Grudzinski, Evgeniya Guinzburg, Lev Razgon, Januzs Bardach, Olga Adamova-Sliozberg, Anatoli Zhigulin, Alexander Dolgun y, por supuesto, Aleksandr Solzhenitsin. Algunos de los mencionados están entre los supervivientes más célebres del Gulag; otros no, pero todos tienen una cualidad en común. De los cientos de memorias que he leído, las suyas destacan no solo por la fuerza de su prosa, sino también por su capacidad para traspasar la superficie de los horrores cotidianos y descubrir verdades más profundas sobre la condición humana.

Asimismo estoy más que agradecida por la ayuda de diversos moscovitas que me guiaron en los archivos, me presentaron a supervivientes y me brindaron su propia interpretación del pasado. El primero de ellos es el archivista e historiador Aleksandr Kokurin —a quien espero que un día sea recordado como pionero de la nueva historia rusa—, así como Galya Vinogradova y Alla Boryna, que se dedicaron a este proyecto con extraordinario fervor. En diferentes momentos me ayudaron las conversaciones con Anna Grishina, Boris Belikin, Nikita Petrov, Susanna Pechora, Aleksandr Gurianov, Arseni Roginski y Natasha Malyjina, de la Sociedad Memoria de Moscú; Simeón Vilenski de Vozvrashchenie, así como Oleg Jlevnyuk, Zoya Eroshok, la profesora Nataliya Lebedeva, Liuba Vinogradova y Stanislaw Gregorowicz, antes de la Embajada de Polonia en Moscú. También estoy sumamente agradecida a las muchas personas que me concedieron entrevistas prolongadas y formales, y cuyos

nombres se recogen en la «Bibliografía».

Fuera de Moscú, estoy en deuda con muchas personas que estuvieron dispuestas a dejarlo todo y dedicaron gran parte de su tiempo a una extranjera que había llegado, a veces inesperadamente, a hacer preguntas ingenuas sobre temas en que habían estado investigando durante años. Entre ellos están Nikolai Morozov y Mijaíl Rogachev en Siktivkar; Zhenya Khaidarova y Liuba Petrovna en Vorkutá; Irina Shabulina y Tatiana Fokina en Solovki; Galina Dudina en Arjánguelsk; Vasili Makurov, Anatoli Tsigankov y Yuri Dmitriev en Petrozavodsk; Viktor Shmirov en Perm; Leonid Trus en Novosibirsk; Svetlana Dointsena, directora del museo de historia local en Iskiti; Veniamin Joffe e Irina Reznikova del Museo Conmemorativo de San Petersburgo. Estoy particularmente agradecida a los bibliotecarios de la Biblioteca Kraevedcheskaya de Arjánguelsk, varios de los cuales me dedicaron todo un día para ayudarme a comprender la historia de la región, simplemente porque consideraron importante hacerlo así.

En Varsovia, me fueron de gran ayuda la biblioteca y los archivos dirigidos por el Instituto Karta, así como las conversaciones con Anna Dzienkiewicz y Dorota Pazio. En Washington, David Nordlander y Harry Leich me ayudaron en la Biblioteca del Congreso. Estoy muy agradecida a Elena Danielson, Thomas Henrikson, Lora Soroka y, en especial, a Robert Conquest de la Hoover Institution. La historiadora italiana Marta Craveri contribuyó mucho a mi comprensión de las rebeliones del campo. Las conversaciones con Vladimir Bukovski y Aleksandr Yacovlev también contribuyeron a mi comprensión de la época postestalinista.

Tengo una deuda especial con la Lynde and Harry Bradley Foundation, la John M. Olin Foundation, la Hoover Institution, la Hans Rausing Foundation y con John Blundell del Institute of Economic Affairs por su apoyo moral y económico.

También deseo expresar mi agradecimiento a los amigos y colegas que me ofrecieron su consejo, práctico e histórico, durante la redacción de este libro. Entre ellos están Antony Beevor, Colin Thubron, Stefan y Danuta Waydenfeld, Yuri Morakov, Paul Hofheinz, Amity Shlaes, David Nordlander, Simon Heffer, Chris Joyce, Alessandro Missir, Terry Martin, Alexander Gribanov, Piotr Paszkowski y Orlando Figes, así como Radek Sikorski, cuya cartera ministerial,

en efecto, resultó muy útil. Debo un agradecimiento especial a Georges Borchardt, Kristine Puopolo, Gerry Howard y Stuart Proffitt, que supervisaron este libro hasta su terminación.

Finalmente, por la amistad, las acertadas sugerencias, la hospitalidad y la comida, deseo expresar mi agradecimiento a Christian y Natasha Caryl, Edward Lucas, Yuri Senokossov y Lena Nemirovskaya, mis maravillosos anfitriones en Moscú.

Introducción

Y el destino los hizo a todos iguales
al ponerlos fuera de la ley
fuese hijo de kulak o de comandante rojo
fuese hijo de pope o de comisario.

Aquí todas las clases se igualaban,
todos los hombres eran hermanos,
todos, compañeros del campo,
cada uno marcado por traidor…

ALEKSANDR TVARDOVSKI,
«Por el derecho del recuerdo»[1]

Esta es una historia del Gulag, es decir, una historia de la amplia red de campos de trabajo que en su día estuvieron desperdigados a lo largo y ancho de la Unión Soviética: desde las islas del mar Blanco hasta las orillas del mar Negro, desde el Círculo Polar Ártico hasta las planicies de Asia central, desde Múrmansk y Vorkutá hasta Kazajstán, desde el centro de Moscú hasta los suburbios de Leningrado. Literalmente Gulag es el acrónimo de Glávnoe Upravlenie Lagueréi, o Dirección General de los Campos. Con el tiempo, la palabra «Gulag» ha llegado a designar no solo la dirección de los campos de concentración, sino también el propio sistema soviético de trabajo esclavo en todas sus formas y variedades: campos de trabajo, campos de castigo, campos para delincuentes comunes y para presos políticos, campos para mujeres, campos para niños, campos de tránsito. Aún con más amplitud, Gulag ha acabado por designar el propio sistema represivo soviético, el conjunto de procedimientos que los prisioneros solían llamar la «trituradora de carne»: los arrestos, los interrogatorios, el traslado en vagones de ganado sin calefacción, el trabajo forzado, la destrucción de las familias, los años pasados en el destierro, las muertes prematuras e innecesarias.

El Gulag tenía antecedentes en la Rusia zarista, en las brigadas de trabajadores forzados que operaban en Siberia desde el siglo XVII hasta el inicio

del XX. Casi inmediatamente después de concluida la revolución rusa adoptó su forma más moderna y conocida, convirtiéndose en una parte integral del sistema soviético. El terror masivo contra los opositores reales y presuntos fue una parte integral de la revolución desde el comienzo; en el verano de 1918, Lenin, el líder de la revolución, había exigido que los «elementos inseguros» fueran confinados en campos de concentración en las afueras de las principales ciudades.[2] Aristócratas, comerciantes y otras personas definidas como «enemigos» potenciales fueron debidamente encarcelados. Hacia 1921 ya había ochenta y cuatro campos en cuarenta y tres provincias, la mayoría concebidos para «rehabilitar» a estos primeros enemigos del pueblo.

A partir de 1929 los campos adquirieron una renovada importancia. Ese año, Stalin decidió utilizar el trabajo forzado tanto para acelerar la industrialización como para explotar los recursos naturales en el extremo norte, una región casi inhabitable de la Unión Soviética. Aquel año, la policía secreta soviética comenzó a asumir el control del sistema penal soviético, sustrayendo lentamente los campos y prisiones de todo el país al poder judicial. Con el aporte de las detenciones masivas de 1937-1938, los campos entraron en un período de rápida expansión. A finales de la década de 1930 era posible encontrarlos en cada una de las doce zonas horarias de la Unión Soviética.

En contra de lo que generalmente se cree, el Gulag no cesó de crecer en la década de 1930, sino que continuó expandiéndose durante la Segunda Guerra Mundial y en los años cuarenta, alcanzando su auge a comienzos de la década de 1950. En esa época los campos habían llegado a desempeñar un papel central en la economía soviética. Producían un tercio del oro del país, buena parte del carbón y la madera, y una gran porción de casi todos los demás productos. En el curso de la existencia de la Unión Soviética surgieron por lo menos 476 complejos de campos, que comprendían miles de campos individuales, en cada uno de los cuales podía haber de unos cuantos cientos a muchos miles personas.[3] Los prisioneros trabajaban en casi todas las industrias imaginables (explotación forestal, minería, construcción, manufactura, agricultura, aeronáutica y armamento) y vivían, efectivamente, casi en una civilización separada, como en un país dentro de otro país. El Gulag tenía sus propias leyes, sus propias costumbres, e incluso su propia jerga. Generaba su propia literatura, sus villanos y sus héroes, y dejó una huella en todos los que estuvieron allí,

como prisioneros o como guardias. Años después de haber sido liberados, los habitantes del Gulag podían reconocer a los antiguos prisioneros en la calle simplemente por «la mirada».

Tales encuentros eran frecuentes, pues los campos tenían un gran movimiento. Aunque los arrestos eran constantes, también lo eran las liberaciones. Los prisioneros eran puestos en libertad por diferentes motivos: porque cumplían su sentencia, porque ingresaban en el Ejército Rojo, porque eran inválidos, porque se trataba de mujeres con niños pequeños, o porque habían sido ascendidos a guardias. Por consiguiente, el número total de prisioneros en los campos generalmente rondaba los dos millones, pero el número total de ciudadanos soviéticos que habían tenido alguna experiencia en los campos, como presos políticos o comunes, era bastante más elevado. Desde 1929, cuando comenzó la gran expansión del Gulag, hasta 1953, año en que murió Stalin, las estimaciones más precisas indican que unos 18 000 000 de personas pasaron por este sistema masivo. Cerca de 6 000 000 fueron enviadas al exilio, deportadas a los desiertos de Kasaj o a los bosques siberianos. Legalmente obligados a permanecer en los pueblos de destierro, también eran trabajadores forzados, aunque no vivían dentro del cerco de una alambrada.[4]

Como sistema de trabajo forzado masivo que involucraba a millones de personas, los campos desaparecieron cuando Stalin murió. Aunque toda su vida había creído que el Gulag era esencial para el crecimiento económico soviético, sus herederos políticos sabían bien que los campos eran, en realidad, una fuente de atraso y una forma de inversión mixtificada. Días antes de su muerte, los sucesores de Stalin comenzaron a desmantelarlos. Tres importantes rebeliones, además de numerosos incidentes menores pero no menos peligrosos, contribuyeron a acelerar el proceso.

Sin embargo, los campos no desaparecieron por completo, sino que evolucionaron. Durante la década de 1970 y comienzos de la de 1980, unos cuantos fueron reestructurados y puestos a funcionar como prisiones para recluir a una nueva generación de activistas democráticos, nacionalistas antisoviéticos y delincuentes. Gracias a la red de la disidencia soviética y al movimiento internacional en pro de los derechos humanos, las noticias de estos campos postestalinistas aparecían con regularidad en Occidente. Gradualmente, comenzaron a desempeñar un papel en la diplomacia de la guerra fría. En la

década de 1980, el presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, y su colega soviético Mijaíl Gorbachov, hablaron de los campos soviéticos. Solo en 1987, Gorbachov (nieto él mismo de prisioneros del Gulag) comenzó a desmantelar todos los campos para presos políticos.

Sin embargo, aunque duraron tanto como la Unión Soviética, y aunque muchos millones de personas pasaron por ellos, la verdadera historia de los campos de concentración de la Unión Soviética todavía se desconoce. Los hechos que acabo de exponer, aunque son conocidos por la mayoría de los estudiosos occidentales de la historia soviética, no han penetrado en la conciencia colectiva occidental. El historiador francés del comunismo Pierre Rigoulot decía que el conocimiento humano no se acumula como los ladrillos que forman una pared, que va creciendo regularmente según el trabajo del albañil, sino que su desarrollo, su estancamiento o retroceso, dependen del marco social, cultural y político.[5] Se podría decir que hasta ahora, el marco social, cultural y político para conocer el Gulag no estaba preparado.

Tomé conciencia del problema por primera vez hace varios años, cuando caminaba por el puente de Carlos, una atracción turística de primer orden en la que entonces era la recientemente democrática Praga. Había músicos callejeros y prostitutas a lo largo del puente, y cada cincuenta metros más o menos alguien vendía precisamente aquello que se ha de vender en un lugar como ese, digno de una postal. Se exhibían pinturas de calles bonitas de buena factura, junto con bisutería y llaveros de Praga. Entre las curiosidades, uno podía adquirir objetos militares soviéticos: boinas, insignias, hebillas y prendedores, las imágenes de latón de Lenin y Brézhnev que los escolares soviéticos otrora solían llevar en el uniforme.

El espectáculo me causó extrañeza. La mayoría de las personas que compraban la parafernalia soviética eran estadounidenses y europeos occidentales. Se habrían sentido incómodos al pensar en llevar una esvástica. Sin embargo, ninguno tenía inconveniente en llevar la hoz y el martillo prendida en la camiseta o en la gorra. Era una observación sin importancia, pero, a veces, ese tipo de observaciones permiten percibir mejor un estado de ánimo cultural. La lección no podría haber sido más elocuente: mientras que el símbolo de un asesinato masivo nos llena de horror, el símbolo de otro asesinato masivo nos

hace sonreír.

Que haya falta de sensibilidad en torno el estalinismo entre los turistas de Praga se explica parcialmente por la escasez de imágenes en la cultura popular occidental. Con la guerra fría llegaron James Bond y los thrillers, y rusos caricaturizados como los que aparecen en las películas de Rambo, pero no realizaciones tan ambiciosas como *La lista de Schindler* o *La decisión de Sofía*. Steven Spielberg, probablemente el director más prestigioso de Hollywood (nos guste o no), ha optado por realizar películas sobre los campos de concentración japoneses (*El imperio del sol*) y los nazis, pero no sobre los estalinistas. Estos últimos no han captado el interés de Hollywood de la misma manera.

La cultura intelectual no ha sido mucho más receptiva. La reputación del filósofo alemán Martin Heidegger se ha visto profundamente afectada por su breve y abierto apoyo al nazismo, un entusiasmo que se desarrolló antes de que Hitler hubiera cometido sus principales atrocidades. Por otra parte, la reputación del filósofo francés Jean-Paul Sartre no ha sufrido en lo más mínimo por su agresivo apoyo al estalinismo durante los años de la posguerra, cuando había pruebas abundantes de las atrocidades de Stalin al alcance de cualquier interesado. Una vez Sartre escribió que no era nuestro deber escribir sobre los campos de trabajo soviéticos; que éramos libres de permanecer alejados de las disputas sobre el carácter del sistema, siempre que no ocurriera ningún episodio de importancia sociológica.[6] En otra ocasión, le dijo a Camus que, al igual que él, consideraba que los campos eran intolerables, pero igualmente intolerable era el uso que de ellos hacía cada día la prensa burguesa.[7]

Algunas cosas han cambiado desde el hundimiento del régimen soviético. En 2002, el novelista británico Martin Amis se sintió lo suficientemente conmovido por el tema de Stalin y el estalinismo como para dedicarle un libro. Su obra permitió que otros escritores se preguntaran por qué tan pocos miembros de la izquierda política y literaria habían mencionado el tema.[8] Por otra parte, algunas cosas no han cambiado. Todavía es posible que un académico estadounidense publique un libro sugiriendo que las purgas de la década de 1930 fueron útiles porque promovieron cierta movilidad ascendente y, por lo tanto, pusieron los cimientos para la *perestroika*.[9] Todavía es posible que un editor literario británico rechace un artículo porque es «demasiado antisoviético».[10] Mucho más común, no obstante, es la reacción de tedio o indiferencia ante el

terror estalinista. La reseña de un libro que escribí sobre las repúblicas occidentales de la antigua Unión Soviética en la década de 1990 incluía las siguientes frases: «Aquí ocurrió la aterradora hambruna de la década de 1930, en que Stalin mató más ucranianos que judíos asesinó Hitler. Sin embargo, ¿cuántos en Occidente lo recuerdan? Después de todo, la matanza fue aburrida, si no aburridísima, y evidentemente muy poco dramática».[11]

Se trata de pequeñas cosas: la compra de un objeto, la reputación de un filósofo, la presencia o ausencia en las películas de Hollywood. Pero ponedlas juntas y conformarán un relato. Intelectualmente, los estadounidenses y los europeos occidentales saben lo que ocurrió en la Unión Soviética. La aclamada novela de Aleksandr Solzhenitsin sobre la vida en los campos, *Un día en la vida de Iván Denísovich*, fue publicada en Occidente en varias lenguas en 1962-1963. Su relato oral de los campos, *Archipiélago Gulag*, suscitó muchos comentarios cuando apareció en muchas lenguas en 1973. En efecto, este libro provocó una pequeña revolución intelectual en algunos países, y muy notoriamente en Francia amplios sectores de la izquierda francesa adoptaron una postura antisoviética. Se hicieron muchas más revelaciones sobre el Gulag durante los años ochenta, los años de la *Glasnost*, y también recibieron la debida publicidad en el extranjero.

Sin embargo, para muchas personas los crímenes de Stalin no inspiran la misma reacción visceral que los crímenes de Hitler. Ken Livingstone, un antiguo miembro del Parlamento británico, ahora alcalde de Londres, se esforzó una vez en explicarme la diferencia. Sí, los nazis eran «malvados», dijo; pero la Unión Soviética estaba «deformada». Esta opinión refleja el sentir de muchas personas, incluso de aquellas que no son de izquierdas a la antigua usanza: la Unión Soviética, simplemente, de alguna manera se pervirtió, pero no estaba fundamentalmente equivocada, del mismo modo en que la Alemania de Hitler se equivocaba.

Hasta hace poco era posible explicar esta falta de sensibilidad general hacia la tragedia del comunismo europeo como el resultado lógico de una serie concreta de circunstancias. El paso del tiempo es una de ellas: los regímenes comunistas se volvieron menos censurables a medida que pasaban los años. Nadie temía demasiado al general Jaruzelski, ni siquiera a Brézhnev, aunque ambos fueron responsables de la devastación. La falta de información fehaciente,

respaldada por la investigación de archivo, era otra circunstancia. La escasez de trabajos académicos sobre este tema se debía principalmente a la escasez de fuentes. El acceso a los emplazamientos de los campos estaba prohibido. Ninguna cámara de televisión ha filmado nunca los campos soviéticos ni a las víctimas, como se hizo en Alemania al final de la Segunda Guerra Mundial. Así pues, la carencia de imágenes significa menor comprensión.

Pero también la ideología distorsionó las formas en que comprendíamos la historia soviética y europea oriental.[12] Un pequeño sector de la izquierda occidental luchó por explicar, y a veces disculpar, los campos y el terror que los creó a partir de 1930. En 1936, cuando millones de campesinos soviéticos trabajaban en los campos o vivían en el destierro, los socialistas británicos Sidney y Beatrice Webb publicaron un amplio texto general sobre la Unión Soviética, que explicaba, entre otras cosas, que el campesino ruso oprimido estaba adquiriendo gradualmente un sentido de la libertad política.[13] Durante los procesos de Moscú, mientras Stalin condenaba arbitrariamente a miles de inocentes miembros del partido a los campos, el dramaturgo Bertolt Brecht le decía al filósofo Sidney Hook: «Cuanto más inocentes son, más merecen morir».[14]

Pero en la década de 1980 todavía había académicos que continuaban hablando de las virtudes del sistema sanitario de la Alemania oriental o de las iniciativas polacas en favor de la paz; todavía había activistas que se sentían avergonzados del escándalo suscitado en torno a los disidentes de los campos de prisioneros de Europa oriental. Quizá esto se debía a que Marx y Engels, los filósofos fundadores de la izquierda occidental, eran los inspiradores de la Unión Soviética. Compartían algunos términos del lenguaje: las masas, la lucha, el proletariado, los explotados y los explotadores, la propiedad de los medios de producción. Condenar a la Unión Soviética hubiera representado condenar una parte de lo que algunos en la izquierda occidental habían considerado estimable.

Pero no solo en la extrema izquierda, ni solo entre los comunistas occidentales, se sucumbió a la tentación de excusar los crímenes de Stalin de un modo que nunca habrían hecho con Hitler. Los ideales comunistas, la justicia social, la igualdad, resultaban mucho más atractivos en Occidente que la defensa nazi del racismo y la idea del triunfo del fuerte sobre el débil. Aunque la ideología comunista significara algo muy diferente en la práctica, a los vástagos

intelectuales de las revoluciones americana y francesa les resultaba difícil condenar un sistema que sonaba muy similar al suyo. Quizá esto permita explicar por qué desde el comienzo los informes de los testigos presenciales del Gulag fueron rechazados e infravalorados por las mismas personas que nunca habrían puesto en cuestión la validez del testimonio sobre el Holocausto escrito por Primo Levi o Eli Wiesel. Después de la revolución rusa, la información oficial sobre los campos soviéticos estaba disponible para cualquiera que la deseara: el relato soviético más famoso sobre uno de los primeros campos, el canal del mar Blanco, estaba incluso publicado en inglés. La mera ignorancia no puede explicar por qué los intelectuales occidentales optaron por eludir el tema.

Por otra parte, la derecha occidental luchó por condenar los crímenes soviéticos, pero utilizó unos métodos que perjudicaron su propia causa. Es probable que el hombre que hizo más daño a la causa del anticomunismo fuera el senador de Estados Unidos Joe McCarthy. Los documentos desclasificados que muestran que algunas de sus acusaciones eran correctas, no cambian el impacto de su fanática persecución anticomunista en la vida pública de Estados Unidos: en última instancia, los «procesos» públicos de los simpatizantes comunistas mancharon la causa del anticomunismo con tintes de chovinismo e intolerancia.[15] Al final, sus acciones no fueron más útiles a la causa de la investigación histórica neutral que las de sus opositores.

No obstante, no todas nuestras actitudes hacia el pasado soviético están vinculadas a la ideología política. Muchas son en realidad un resultado de nuestros recuerdos de la Segunda Guerra Mundial. Hoy tenemos la convicción de que la Segunda Guerra Mundial fue una guerra justa, y pocos desean que esa convicción vacile. Recordamos el día D, la liberación de los campos de concentración nazis, a los niños recibiendo a los soldados estadounidenses con vivas en las calles. Nadie desea oír decir que había otro aspecto (más tenebroso) de la victoria aliada, o que los campos de Stalin, nuestro aliado, se expandían exactamente cuando los campos de Hitler, nuestro enemigo, eran desmantelados. Admitir que los aliados occidentales podrían haber contribuido a que otros cometieran crímenes contra la humanidad, al enviar miles de rusos a la muerte repatriándolos forzosamente después de la guerra, o al encomendar millones de personas al régimen soviético en Yalta, socavaría la pureza moral de nuestros recuerdos de esa época. Nadie quiere pensar que derrotamos a un asesino de

masas con la ayuda de otro. Nadie quiere recordar sus buenas relaciones con los estadistas occidentales. «Stalin realmente me agrada —le dijo el secretario de Asuntos Exteriores británico, Anthony Eden, a un amigo—, nunca ha quebrantado su palabra.»[16] Hay muchísimas fotografías de Stalin, Churchill y Roosevelt sonriendo juntos.

Por último, la propaganda soviética ejercía su influencia. La iniciativa soviética de arrojar dudas sobre los escritos de Solzhenitsin, por ejemplo, de describirlo como un loco o un antisemita, o un borracho, tuvieron cierto eco.[17] Y la presión soviética sobre académicos y periodistas occidentales contribuyó a sesgar sus trabajos. Cuando en los años ochenta estudiaba historia rusa en Estados Unidos, algunos conocidos me dijeron que no me molestara en proseguir con el tema en el doctorado, ya que había demasiadas dificultades: en esos días, aquellos que escribían «favorablemente» sobre la Unión Soviética tenían más acceso a los archivos y a la información oficial, y visados más largos para permanecer en el país. Aquellos que no, se arriesgaban a ser expulsados y, por consiguiente, a tener dificultades profesionales. No es necesario decir, por supuesto, que no se permitía a ningún extraño acceder a los materiales sobre los campos de Stalin o sobre el sistema penitenciario postestalinista. El tema simplemente no existía, y aquellos que hicieran más indagaciones perdían su derecho a permanecer en el país.

En suma, todas estas explicaciones tenían sentido. Cuando comencé a pensar seriamente en el tema, mientras el comunismo se derrumbaba, en 1989, yo misma percibí cierta lógica en ellas: parecía natural, obvio, que yo supiera muy poco de la Unión Soviética de Stalin, cuya historia secreta la hacía aún más enigmática. Una década después pensaba de un modo muy diferente. La Segunda Guerra Mundial pertenece ahora a una generación anterior. La guerra fría también ha terminado, y las alianzas y las rupturas internacionales que generó se han modificado para siempre. La izquierda occidental y la derecha occidental rivalizan ahora sobre cuestiones diferentes. Al mismo tiempo, el surgimiento de nuevas amenazas terroristas para la civilización occidental hace el estudio de las amenazas comunistas a la civilización occidental mucho más relevante.

En otras palabras, el «marco social, cultural y político» ha cambiado; al igual que nuestro acceso a la información sobre los campos. A finales de la década de

1980, un aluvión de documentos sobre el Gulag comenzó a aparecer en la Unión Soviética de Mijaíl Gorbachov. Se publicaron por primera vez relatos de la vida en los campos de concentración soviéticos. Las nuevas revelaciones hacían que las revistas se agotaran. Resurgieron los viejos debates sobre las cifras —cuántos muertos, cuántos prisioneros—. Los historiadores rusos y las sociedades históricas, dirigidos por la pionera Sociedad Memoria, de Moscú, comenzaron a publicar monografías, historias de campos individuales y de personas, estimaciones de víctimas, listas de nombres de fallecidos. Sus esfuerzos fueron reflejados y amplificados por los historiadores en las antiguas repúblicas soviéticas y en los países que habían pertenecido al Pacto de Varsovia, y posteriormente, por los historiadores occidentales.

A pesar de las dificultades, la investigación rusa del pasado soviético continúa hoy en día. Es cierto que la primera década del siglo XXI es muy diferente de las décadas finales del siglo XX, y el examen de la historia ya no forma parte del discurso político ruso ni resulta tan sensacional como había parecido en otro tiempo. En buena medida, el trabajo que realizan los estudiosos rusos y de otros países es en verdad monótono, implica pasar por la criba miles de documentos, permanecer horas en archivos fríos expuestos a las corrientes de aire, y días enteros en busca de hechos y cifras. Pero está comenzando a dar fruto. Paciente y lentamente, la Sociedad Memoria no solo ha reunido la primera guía de nombres y ubicaciones de todos los campos registrados, sino que también ha publicado una serie de libros históricos novedosos, y ha compilado un enorme archivo de relatos orales y escritos de los supervivientes. Junto con otros organismos —el Instituto Sajárov y la casa editorial Vozvrashchenie (que quiere decir «regreso»)— han puesto algunas de estas memorias en circulación. Las revistas académicas rusas y las editoriales institucionales han comenzado a imprimir monografías basadas en nuevos documentos, así como colecciones de documentos. Un trabajo similar se lleva a cabo en otras instituciones, sobre todo a cargo de la Sociedad Karta, de Polonia, de los museos históricos de Lituania, Letonia, Estonia, Rumanía y Hungría, y de un puñado de estudiosos estadounidenses y europeos occidentales que han dispuesto del tiempo y la energía para trabajar en los archivos soviéticos.

Durante mi investigación tuve acceso a sus obras, así como a otro tipo de fuentes que no estaban disponibles diez años antes. El primero es el alud de

nuevas memorias que comenzaron a publicarse en los años ochenta en Rusia, América, Israel, Europa oriental y otras partes. Al escribir este libro he hecho un amplio uso de ellas, una práctica que no es del todo ortodoxa. En el pasado, algunos estudiosos de la Unión Soviética se mostraron reacios a utilizar el material de las memorias del Gulag. Sostenían que los escritores soviéticos tenían razones políticas para distorsionar sus relatos, que la mayoría de ellos escribieron muchos años después de ser puestos en libertad, y que muchos utilizaban relatos ajenos cuando su propia memoria les fallaba. Sin embargo, después de leer varios cientos de memorias de los campos, y entrevistar a unas dos decenas de supervivientes, consideré que era posible tamizar aquellas que parecían poco verosímiles, plagiadas o politizadas. También percibí que, aunque las memorias no son admisibles para nombres, fechas y cifras, no obstante son fuentes inestimables de otro tipo de información. Sin ellas no sería posible describir ciertos aspectos cruciales de la vida en los campos: la relación que los prisioneros tenían entre sí, la que tenían con los guardias y con el sistema del campo. Conscientemente he hecho un uso intensivo de un solo escritor —Varlam Shalámov— que escribió una versión novelada de su vida en los campos, y por ello se sabe que sus relatos se basan en hechos reales.

Hasta donde ha sido posible, también he verificado la información de las memorias con otras fuentes de archivo, que, paradójicamente, no a todos les gusta utilizar. Como se pondrá de manifiesto a lo largo de este libro, el poder de la propaganda en la Unión Soviética era tal que frecuentemente alteraba la percepción de la realidad. Por esa razón, en el pasado los historiadores acertaban al no confiar en los documentos soviéticos oficialmente publicados, que a menudo habían sido pensados para ocultar la verdad. Pero los documentos secretos (preservados actualmente en los archivos) tenían un papel muy diferente. Para hacer funcionar los campos, la administración del Gulag necesitaba guardar cierto tipo de datos. Moscú necesitaba saber lo que estaba pasando en las provincias, las provincias tenían que recibir instrucciones de la administración central, tenían que hacerse estadísticas. Esto no significa que estos archivos sean del todo fiables —los burócratas tenían sus propias razones para tergiversar incluso los hechos más triviales—, pero si se utilizan con criterio, pueden explicar algunas facetas de la vida del campo que las memorias no esclarecen. Sobre todo, sirven para explicar por qué fueron construidos los

campos, o al menos lo que el régimen estalinista creía que iba a lograr con ello.

Es verdad igualmente que los archivos son mucho más variados de lo previsible, y que ofrecen diversas perspectivas de la historia de los campos. Por ejemplo, en el archivo de la dirección del Gulag tuve acceso a informes de inspectores, documentos financieros, cartas de los jefes de campo a los supervisores en Moscú, relatos de intentos de fuga y listas de obras musicales presentadas en los teatros del campo, que se conserva en el Archivo Estatal Ruso en Moscú. También consulté las actas de las reuniones del partido y los documentos que fueron compilados como parte de la colección *osobaya papka* de Stalin, su archivo especial. Con la ayuda de otros historiadores rusos pude consultar algunos documentos de los archivos militares soviéticos, y los archivos de los guardias de los convoyes, que contenían documentos tales como las listas de lo que los detenidos podían y no podían llevar consigo. Fuera de Moscú, también tuve acceso a algunos archivos locales —en Petrozavodsk, Arjánguelsk, Siktivkar, Vorkutá y las islas de Solovki—, donde se documentaban las actividades cotidianas de la vida del campo, así como a los archivos de Dmitlag, el campo que sirvió para la construcción del canal Moscú-Volga, que se guardan en Moscú. Todos contienen documentos sobre la vida cotidiana en los campos, formularios, fichas de prisioneros. En cierto momento, me ofrecieron una parte del archivo de Kedrovy Shor, una pequeña sección de Inta, un campo minero al norte del Círculo Polar Ártico, y me preguntaron cortésmente si deseaba comprarlo.

En su conjunto, estas fuentes permiten escribir sobre los campos de un modo nuevo. En este libro ya no es necesario confrontar las «reivindicaciones» de un puñado de disidentes con las del gobierno soviético. No tengo que buscar un punto medio entre los relatos de los refugiados soviéticos y los relatos de los funcionarios soviéticos. Antes bien, para contar lo que pasó, he podido utilizar el lenguaje de una gran variedad de personas: de guardias, de policías, de prisioneros de diferentes clases que cumplieron diversas sentencias en momentos diferentes. Las emociones y la política que desde hace mucho rodean la historiografía de los campos de concentración soviéticos no forman el núcleo de este libro. Ese espacio se reserva en cambio para la experiencia de las víctimas.

Esta es una historia del Gulag, es decir, una historia de los campos de

concentración soviéticos: sus orígenes en la revolución bolchevique, su conversión en una parte principal de la economía soviética, su desmantelamiento después de la muerte de Stalin. Es también un libro sobre el legado del Gulag: sin duda, los regímenes y rituales encontrados en los campos de prisioneros comunes y políticos en los años setenta y ochenta proceden directamente de aquellos creados en la época previa, y por eso creo que forman parte de un mismo libro.

Al mismo tiempo, este es un libro sobre la vida en el Gulag y por esa razón trata la historia de los campos de dos modos. La primera y la tercera parte de este libro son cronológicas; describen la evolución de los campos y su gestión de un modo narrativo. La parte central explica la vida en los campos y lo hace de manera temática. Aunque la mayoría de los casos y las citas de esta sección central se refieren a los años cuarenta, la década en que los campos alcanzaron su apogeo, también me he referido a otras épocas, antes y después (ahistóricamente). Algunos aspectos de la vida en los campos evolucionaron con el tiempo, y creo que es importante explicar cómo ocurrió.

Habiendo dicho lo que este libro es, me gustaría también decir lo que no es: no es una historia de la URSS, ni de las purgas o de la represión en general. No es una historia del reinado de Stalin, ni de su Politburó ni de su policía secreta, cuya compleja historia administrativa he tratado de simplificar en todo lo posible. Aunque he utilizado los escritos de los disidentes soviéticos, con frecuencia realizados bajo gran presión y con gran valentía, este libro no contiene una historia completa del movimiento soviético por los derechos humanos. Tampoco se hace plena justicia a la historia de determinados países ni a categorías de prisioneros (entre ellos soldados polacos, bálticos, ucranianos, checos, alemanes y japoneses), que padecieron el régimen soviético, tanto fuera como dentro de los campos. No indaga de modo exhaustivo en los asesinatos masivos de 1937-1938, que tuvieron lugar en su mayor parte fuera de los campos, ni en la masacre de miles de oficiales polacos en Katín y otras partes. Como este libro se dirige al lector medio, y no presume ningún conocimiento especializado de la historia soviética, solo se hará mención de estos hechos y fenómenos. Sin embargo, habría sido imposible hacerles justicia a todos en un único volumen.

Quizá lo más importante es que este libro no hace justicia a la historia de los

«desterrados especiales», los millones de personas que fueron arrestadas muchas veces al mismo tiempo y por las mismas razones que los prisioneros del Gulag, pero que no fueron enviadas a los campos, sino desterradas en remotos pueblos donde muchas murieron de hambre, frío y exceso de trabajo. En los años treinta, algunos fueron desterrados por razones políticas, entre ellos los *kulaks* o campesinos ricos. En los años cuarenta, otros fueron desterrados por su origen étnico, entre ellos los polacos, bálticos, ucranianos, alemanes del Volga y chechenos. Sus destinos fueron tan diversos (en Kazajstán, Asia central y Siberia) que no es posible abarcarlos en un único estudio del sistema de los campos. He optado por mencionarlos de manera idiosincrásica, cuando sus experiencias parecían especialmente cercanas o relevantes para las experiencias de los prisioneros del Gulag, pues, aunque su historia está estrechamente vinculada a la historia del Gulag, contarla en su totalidad requeriría otro libro de la misma extensión. Espero que alguien lo escriba pronto.

Aunque este es un libro sobre los campos de concentración soviéticos, no es posible considerarlos como un fenómeno aislado. El Gulag surgió y se desarrolló en un momento y en un lugar determinados, en conjunción con otros episodios y en tres contextos definidos. Hablando con propiedad, el Gulag pertenece a la historia de la Unión Soviética; a la historia universal y a la historia rusa de las prisiones y el destierro; y al peculiar clima intelectual de la Europa continental de mediados del siglo XX, que también creó los campos de concentración nazis en Alemania.

Al decir «pertenece a la historia de la Unión Soviética», quiero decir algo muy específico: el Gulag no surgió ya formado de la nada, sino que, por el contrario, reflejó el nivel general de la sociedad que lo rodeaba. Si los campos eran mugrientos; los guardias, brutales; los equipos de trabajo, negligentes, era en parte porque la mugre, la brutalidad y la desidia abundaban en otras esferas de la vida soviética. Si la vida en los campos era horrible, insoportable, inhumana; si la tasa de mortalidad era alta, eso tampoco era sorprendente. En ciertos períodos, la vida en la Unión Soviética fue horrible, insoportable, inhumana, y la tasa de mortalidad era tan alta fuera de los campos como en su interior.

Ni es ciertamente una coincidencia que los primeros campos soviéticos fueran instaurados inmediatamente después de la sangre, la violencia y el caos

de la revolución rusa. Durante la revolución, el terror subsiguiente y la posterior guerra civil, a muchos en Rusia les parecía como si la civilización hubiera sufrido una fractura permanente. «La pena de muerte se aplicaba arbitrariamente —ha escrito el historiador Richard Pipes—, se fusilaba a las personas sin ninguna razón y se las ponía en libertad también caprichosamente.»[18] A partir de 1917, el sistema de valores de la sociedad experimentó una mutación: la riqueza y la experiencia acumuladas durante una vida eran un lastre, el robo recibió el nombre de «nacionalización», el asesinato se convirtió en una parte aceptada de la lucha por la dictadura del proletariado. En esta atmósfera, el encarcelamiento inicial de miles de personas ordenado por Lenin, simplemente debido a su antigua riqueza o sus títulos nobiliarios, apenas parecía extraño o fuera de lugar.

De igual modo, la alta tasa de mortalidad en los campos en ciertos años era también, en parte, un reflejo de hechos que tenían lugar en todo el país. La tasa de mortalidad aumentó en los campos a comienzos de la década de 1930 cuando el hambre sitiaba al país entero. Subió otra vez durante la Segunda Guerra Mundial; la invasión alemana de la Unión Soviética causó no solo millones de muertos en combate, sino también epidemias de disentería y tifus, así como una nueva hambruna que afectó tanto a los que estaban fuera de los campos como en su interior. En el invierno de 1941-1942, cuando una cuarta parte de la población del Gulag murió de inanición, es probable que asimismo un millón de habitantes de la ciudad de Leningrado ya hubiera muerto de hambre atrapado por el bloqueo alemán.[19] Lidia Guinzburg, que escribió una crónica del bloqueo, recuerda que el hambre de esa época era «un estado permanente … estaba presente constantemente y siempre hacía sentir su presencia … lo más desesperante y torturador de todo al comer era que la comida se acababa con una atroz rapidez sin dejarnos saciados».[20] Tal como descubrirá el lector, sus palabras evocan extrañamente las utilizadas por los antiguos prisioneros.

Es cierto, por supuesto, que los leningradenses murieron en su tierra, mientras que el Gulag desgarraba vidas, destruía familias, separaba a los hijos de los padres y condenaba a millones a vivir en remotos eriales a miles de kilómetros de sus seres queridos. Sin embargo, las horrorosas experiencias de los prisioneros pueden compararse legítimamente con las de los ciudadanos soviéticos «libres» tales como Elena Kozhina, que fue evacuada de Leningrado

en febrero de 1942. Durante el viaje, vio morir de hambre a su hermano, a su hermana y a su abuela. Cuando los alemanes se aproximaban, ella y su madre, al cruzar a pie la estepa, encontraron «escenas de caos y de una desenfrenada desbandada». «El mundo se partía en mil pedazos. El humo y un horrible olor a quemado impregnaba todas las cosas; la estepa se hacía estrecha y sofocante, como si por dentro la apretara un puño ardiente y ceniciento». Aunque nunca estuvo en los campos, Kozhina conoció el frío aterrador, el hambre y el miedo antes de cumplir diez años, y esos recuerdos la atormentaron el resto de su vida. «Nada —escribió— podría borrar de mis recuerdos el cuerpo de Vadik cuando se lo llevaban cubierto con una manta, ni a Tania atragantándose al agonizar; tampoco puedo olvidar cómo mi madre y yo, las últimas, caminamos penosamente entre el humo y el fragor de la estepa ardiendo.»[21]

La población del Gulag y la población del resto de la URSS compartían muchas cosas además del sufrimiento. Tanto en los campos como fuera de ellos era posible encontrar la misma negligencia en las prácticas laborales, la misma burocracia criminal y absurda, la misma corrupción y el mismo hosco desprecio por la vida humana. Cuando escribía este libro, le expliqué a un amigo polaco el sistema de *tufta* (trampear con el nivel de trabajo requerido) que los prisioneros soviéticos habían creado, descrito más adelante en este libro. Muerto de risa dijo: «¿Crees que los prisioneros inventaron eso? Todo el bloque soviético practicaba *tufta*». En la Unión Soviética de Stalin, las diferencias entre vivir fuera y vivir dentro de la alambrada no eran fundamentales, sino más bien una cuestión de grado. Quizá por esa razón el Gulag ha sido descrito como la quintaesencia del sistema soviético. Incluso en la jerga del campo de prisioneros, el mundo fuera de la alambrada no era llamado «libertad», sino *bolshaya zona*, la «zona de la gran prisión», más grande y menos mortífera que la «pequeña zona» del campo, pero no más humana ni verdaderamente más benévola.

Sin embargo, si el Gulag no puede ser considerado de modo aislado, desvinculado de la vida en el resto de la Unión Soviética, tampoco la historia de los campos soviéticos puede ser aislada, desvinculada de la historia multinacional y transcultural de las prisiones, los exilios, los campos de detención y de concentración. El destierro de prisioneros a un lugar lejano, donde pudieran «pagar su deuda con la sociedad», hacerse útiles y no contaminar a otros con sus ideas o sus actos criminales, es una práctica tan

antigua como la propia civilización. Los gobernantes de las antiguas Grecia y Roma enviaban a los disidentes a colonias distantes. Sócrates escogió la muerte antes que el tormento del destierro de Atenas. El poeta Ovidio fue exiliado a un fétido puerto del mar Negro. La Inglaterra del rey Jorge enviaba a los carteristas y ladrones a Australia. La Francia del siglo XIX enviaba a los criminales convictos a Guayana. Portugal enviaba a los indeseables a Mozambique. Dinamarca transportaba a los presos a Groenlandia.[22]

En 1917, la nueva cúpula de la Unión Soviética no tenía que buscar un precedente en Groenlandia. Desde el siglo XVII Rusia tenía su propio sistema de destierro: el destierro se mencionó por primera vez en la ley rusa en 1649. Entonces era considerado como una forma nueva más benévola de castigo al delincuente, muy preferible a la pena de muerte o a la mutilación y el hierro de marcar, y fue aplicado a una amplia gama de delitos grandes y pequeños, desde el consumo de rapé y la adivinación hasta el asesinato.[23] Una larga serie de intelectuales y escritores rusos, Dostoievski y Pushkin entre ellos, sufrieron alguna forma de destierro, mientras que la posibilidad del destierro atormentó a otros: en la cima de su fama literaria en 1890, Antón Chéjov sorprendió a cuantos lo conocían y partió a visitar y describir las colonias penales de la isla de Sajalín, en la costa del Pacífico. Antes de partir escribió a su desconcertado editor, explicándole sus motivos:

> Hemos permitido que millones de personas se pudran en las prisiones, que se pudran sin ningún fin, sin ninguna consideración, y de una forma bárbara; hemos llevado personas por miles de verstas entre el frío esposadas, las hemos infectado de sífilis, las hemos pervertido y aumentado el número de criminales… pero nada de esto tiene que ver con nosotros, simplemente no es interesante…[24]

Retrospectivamente, es fácil encontrar en la historia del sistema de prisiones zarista muchos ecos de las prácticas aplicadas posteriormente en el Gulag soviético. Por ejemplo, como el Gulag, el destierro siberiano nunca estuvo dirigido exclusivamente a los delincuentes. Una ley de 1736 establecía que si los habitantes de una aldea decidían que alguno de ellos era una mala influencia para los demás, los ancianos de la aldea podían repartir la propiedad del infortunado y ordenarle que se fuera a otra parte. Si no lograba encontrar otra morada, el Estado podía enviarlo al destierro.[25] Precisamente esta ley fue citada por Jruschov en 1948, como parte de su (exitosa) argumentación para desterrar a

los agricultores de las granjas colectivas que fueran considerados poco entusiastas y laboriosos.[26]

La práctica de desterrar a las personas que sencillamente no se adaptaban a la norma continuó durante el siglo XIX. En su libro *Siberia and the Exile System*, George Kennan —tío del estadista estadounidense—[a] describió el sistema del «proceso administrativo» que observó en Rusia en 1891:

> La persona indeseable puede no ser culpable de un crimen… pero si, en opinión de las autoridades locales, su presencia en un determinado lugar es «perjudicial para el orden público» o «incompatible con la paz pública», puede ser arrestada sin orden judicial, puede ser detenida de dos semanas a dos años en la cárcel, y puede ser trasladada forzosamente a cualquier otro lugar dentro de las fronteras del imperio y puesta allí bajo custodia policial durante un período de uno a diez años.[27]

El destierro administrativo —que no requería un proceso judicial ni una condena— era una pena ideal no solo para los alborotadores, sino también para los opositores políticos del régimen. En los primeros tiempos, muchos de ellos eran nobles polacos que se resistían a la ocupación rusa en sus propiedades y territorios. Después se incluyó a los objetores religiosos, así como a los miembros de los grupos «revolucionarios» y de las sociedades secretas, incluidos los bolcheviques. Aunque no eran desterrados administrativos (habían sido juzgados y sentenciados), los más célebres de los «colonos forzados» de Siberia en el siglo XIX fueron también presos políticos: se trataba de los decembristas, un grupo de aristócratas de alto rango que organizaron una débil rebelión contra el zar Nicolás I en 1825. Con un afán vengativo que consternó a toda la Europa de su tiempo, el zar condenó a muerte a cinco de los decembristas. A los demás los privó de su rango y los envió encadenados a Siberia, adonde algunos fueron acompañados por sus esposas, mujeres de valentía extraordinaria. Solo unos pocos vivieron lo suficiente para ser indultados por el sucesor de Nicolás I, Alejandro II, treinta años después, y para volver a San Petersburgo ya viejos y exhaustos.[28] Fiódor Dostoievski, condenado en 1849 a cuatro años de servidumbre penal, fue otro preso político famoso. Después de volver de su destierro siberiano, escribió *Recuerdos de la casa de los muertos*, el relato más leído sobre la vida en el sistema de prisiones zarista.

Como el Gulag, el sistema de destierro de los zares no fue creado

exclusivamente como una forma de castigo. Los gobernantes de Rusia también deseaban que los desterrados, tanto comunes como políticos, resolvieran un problema económico que los había mortificado durante siglos: la falta de población del extremo oriente y el norte boreal de territorio ruso, y el consiguiente fracaso del imperio ruso en explotar sus recursos naturales. Con esto en mente, el Estado ruso comenzó ya en el siglo XVIII a condenar a algunos de sus prisioneros a trabajos forzados —una forma de pena que comenzó a llamarse la *katorga* (de la palabra griega *kateirgon*, forzar). La *katorga* tiene una larga tradición rusa. A comienzos del siglo XVIII, Pedro I había empleado convictos y siervos para construir caminos, fortificaciones, fábricas, embarcaciones y la propia ciudad de San Petersburgo. En 1722 dio una directriz que enviaba al destierro a los delincuentes, junto con sus esposas e hijos, a las cercanías de las minas de Daurya, en Siberia oriental.[29]

En su tiempo, el empleo de trabajo forzado hecho por Pedro el Grande fue considerado un gran éxito político y económico. En efecto, la historia de los cientos de miles de siervos que consumieron sus vidas edificando San Petersburgo tuvo un impacto enorme en las generaciones venideras. Muchos murieron durante la construcción, pero la ciudad se convirtió en un símbolo de progreso y europeización. Los métodos fueron crueles; no obstante, la nación se benefició. El ejemplo de Pedro I probablemente contribuya a explicar la pronta adopción de la *katorga* por sus sucesores. Sin duda, Stalin fue también un gran admirador de los métodos constructivos de este rey.

Pese a esto, en el siglo XIX, la *katorga* siguió siendo una forma de pena relativamente rara. En 1906 solo alrededor de 6000 reos de *katorga* estaban cumpliendo condena; en 1916, en vísperas de la revolución, eran solo 28 600.[30] De mucha mayor importancia económica era otra categoría de prisionero: los colonos forzados, que fueron sentenciados al destierro perpetuo, pero no en prisión, sino en las regiones poco pobladas del país, escogidas por su potencial económico. Solo de 1824 a 1889, unos 720 000 colonos fueron enviados a Siberia. Muchos fueron acompañados por sus familias. Fueron ellos, no los reos convictos que trabajaban encadenados, los que poblaron gradualmente los desiertos ricos en minerales de Rusia.[31]

La condena no era necesariamente ligera, y algunos de los colonos consideraban su destino peor que el de los condenados a la *katorga*. Asignados a

distritos remotos, con tierras pobres y pocos vecinos, muchos murieron de hambre durante los largos inviernos o bebieron por puro aburrimiento hasta morir. Había muy pocas mujeres (su número nunca superó el 15%), pocos libros, ninguna diversión.[32]

En su viaje por Siberia hasta Sajalín, Antón Chéjov también encontró y describió a los colonos desterrados: «La mayoría de ellos son pobres, no tienen fuerzas ni educación, y no tienen nada sino su capacidad para escribir, que con frecuencia no tiene la menor utilidad para nadie. Algunos comienzan por vender una por una sus camisas de holanda, sus sábanas, sus bufandas y pañuelos, y terminan por morir al cabo de dos o tres años en una miseria atroz…».[33]

Pero no todos los desterrados eran pobres o degenerados. Siberia estaba muy lejos de la Rusia europea, y en el este la oficialidad era más indulgente, la aristocracia menos enraizada. Los desterrados más ricos y los antiguos presos consiguieron a veces hacerse con grandes propiedades. Los más educados se convirtieron en doctores y abogados, o dirigieron escuelas.[34] La princesa Maria Volkonskaya, esposa del decembrista Serguéi Volkonski, patrocinó la edificación de un teatro y sala de conciertos en Irkutsk; aunque, como su esposo, había sido despojada de su título, las invitaciones a sus veladas y cenas privadas eran muy apreciadas, y se hablaba de ellas hasta en Moscú y San Petersburgo.[35]

A comienzos del siglo XX, el sistema había perdido un poco de su anterior dureza. La moda de la reforma carcelaria que se difundió en toda Europa en el siglo XIX finalmente llegó a Rusia. Los regímenes se hicieron más livianos, y la vigilancia se volvió más relajada.[36] En efecto, a diferencia de lo que vendría después, el camino a Siberia ahora parece, si no exactamente placentero, apenas si un castigo oneroso para el pequeño grupo de hombres que dirigiría la revolución rusa. En prisión, los bolcheviques recibieron un cierto trato de favor —eran presos «políticos» antes que reos de delitos comunes— y se les permitió tener libros, papel y objetos de escritorio. Ordzhonikidze, uno de los jefes bolcheviques, recordaba posteriormente haber leído a Adam Smith, Ricardo, Plejánov, William James, Frederick W. Talos, Dostoievski e Ibsen, entre otros, mientras estaba en la fortaleza Schlüsselberg de San Petersburgo.[37] Para el estándar posterior, los bolcheviques estaban también bien alimentados y vestidos, incluso llevaban elegantes cortes de pelo. En una fotografía de Trotski preso en la fortaleza de Pedro y Pablo en 1906 se le ve con gafas, ataviado con

levita, corbata y camisa con un impecable cuello blanco. La mirilla en la puerta detrás de él es el único indicio de su paradero.[38] En otro retrato suyo tomado en el destierro de Siberia oriental (Verjolensk), en 1900, aparece con un gorro de piel y un grueso abrigo, rodeado de hombres y mujeres, calzados también con botas y envueltos en pieles.[39] Todos estos objetos serían lujos raros en el Gulag, medio siglo después.

Si la vida en el destierro zarista se volvía extremadamente desagradable, había siempre un escape. El propio Stalin fue arrestado y desterrado cuatro veces. Tres veces escapó, una vez de la provincia de Irkutsk y dos de la provincia de Vólogda, una región que después estaría salpicada de campos.[40] En consecuencia, su sarcasmo hacia «el desdentado» régimen zarista no tuvo freno. Su biógrafo ruso Dmitri Volkogonov refleja la opinión de Lenin: «Uno no tenía que trabajar, uno podía leer … y uno podía incluso escapar, lo cual requería solo la voluntad de hacerlo».[41]

De ese modo la experiencia siberiana dio a los bolcheviques un modelo previo a seguir y una lección sobre la necesidad de regímenes punitivos excepcionalmente severos.

Si el Gulag es parte integral de la historia rusa y soviética, es inseparable de la historia europea: la Unión Soviética no fue el único país europeo del siglo XX en desarrollar un orden social totalitario ni en construir un sistema de campos de concentración. Aunque en este libro no se pretende comparar y contrastar los campos soviéticos y los nazis, el tema no se puede dejar de lado tranquilamente. Los dos sistemas fueron construidos poco más o menos al mismo tiempo y en el mismo continente. Hitler sabía de los campos soviéticos, y Stalin sabía del Holocausto. Había prisioneros que estuvieron y describieron los campos de ambos sistemas. En un nivel muy profundo ambos campos están relacionados.

Están vinculados, ante todo, porque tanto el nazismo como el comunismo surgieron de la barbarie experimentada durante la Primera Guerra Mundial y la guerra civil rusa, que siguió a continuación. Los métodos industriales de guerra utilizados ampliamente durante estos dos conflictos generaron una enorme reacción intelectual y artística en aquel momento. Menos notable (excepto naturalmente por los millones de víctimas) fue la amplia utilización de métodos industriales de confinamiento. Ambos regímenes construyeron campos de

detención y campos de prisioneros de guerra en toda Europa desde 1914 en adelante. En 1918 había 2 200 000 prisioneros de guerra en el territorio ruso. La nueva tecnología (la producción masiva de cañones, tanques, e incluso alambre de espino) hizo posible estos campos y los subsiguientes. En efecto, algunos de los primeros campos soviéticos fueron construidos realmente sobre los campos de prisioneros de guerra de la Primera Guerra Mundial.[42]

Los campos soviéticos y nazis están vinculados, porque ambos pertenecen a la historia de los campos de concentración que comenzó a finales del siglo XIX. Entiendo por campos de concentración aquellos construidos para recluir a personas no por lo que hayan hecho, sino por ser quienes son. A diferencia de los campos para delincuentes comunes o para prisioneros de guerra, los campos de concentración fueron edificados para una categoría peculiar de prisionero civil no criminal, el miembro de un grupo «enemigo», o en todo caso de una categoría de personas que, por razones de su raza o presunta posición política, era considerada extremadamente peligrosa o prescindible para la sociedad.[43]

Según esta definición, el primer campo de concentración moderno no se estableció en Alemania o en Rusia, sino en la Cuba colonial, en 1895. En ese año, en un intento por acabar con una serie de levantamientos locales, la España imperial comenzó a organizar la política de «reconcentración», con el fin de erradicar a los campesinos cubanos de sus tierras y «reconcentrarlos» en campos, con lo cual los insurgentes se verían desprovistos de alimento, refugio y apoyo. Hacia 1900, el término «reconcentración» había sido traducido al inglés, y era empleado para describir un proyecto británico similar, iniciado por razones parecidas, durante la guerra de los bóers en Suráfrica: los civiles bóers eran «concentrados» en campos, para privar a los combatientes bóers de refugio y apoyo.

A partir de ahí la idea se difundió en un ámbito más amplio. Por ejemplo, parece efectivamente que el término *kontslager* hubiera aparecido primero en Rusia traducido del inglés «concentration camp», probablemente gracias a la familiaridad de Trotski con la historia de la guerra de los bóers.[44] En 1904, los colonos alemanes de Deutsche Sud-West Afrika también adoptaron el modelo británico, con una diferencia: en vez de encerrar meramente a los habitantes nativos de la región (una tribu llamada los herero), les hacían realizar trabajos forzados en beneficio de la colonia alemana.

Hay una serie de extraños y estremecedores vínculos entre los primeros campos de trabajo alemanes en África y los construidos en la Alemania nazi tres décadas después. Gracias a las colonias africanas del sur, por ejemplo, la palabra *Konzentrationslager* apareció por primera vez en la lengua alemana en 1905. El primer comisionado imperial de la Deutsche Sud-West Afrika fue el doctor Heinrich Goering, padre de Hermann Goering, quien estableció los primeros campos nazis en 1933. También fue en estos campos africanos donde se hicieron los primeros experimentos médicos alemanes en seres humanos: dos de los maestros de Joseph Mengele, Theodor Mollison y Eugen Fischer, realizaron investigaciones en los herero (Fischer intentó probar sus teorías sobre la superioridad de la raza blanca). Pero no estaban solos en sus creencias. En 1912, un libro alemán muy vendido, *El pensamiento alemán en el mundo*, afirmaba que:

> … nada puede convencer a las personas razonables de que la preservación de una tribu de kafires surafricanos sea más importante para el futuro de la humanidad que la expansión de las grandes naciones europeas y de la raza blanca en general … solo cuando los indígenas hayan aprendido a producir algo de valor al servicio de la raza superior … se podrá decir que tienen el derecho moral a existir.[45]

Aunque esta teoría rara vez fue expresada con tanta claridad, bajo la superficie de la práctica colonial había con frecuencia sentimientos parecidos. Claro está que algunas formas de colonialismo fortalecieron el mito de la superioridad racial blanca y legitimaron el uso de la violencia de una raza contra otra. Puede decirse, pues, que las experiencias corruptoras de algunos colonizadores europeos contribuyeron a preparar el terreno para el totalitarismo europeo del siglo XX.[46] Y no solo europeo: Indonesia es un ejemplo de un Estado poscolonial cuyos gobernantes recluyeron a los opositores en campos de concentración, exactamente como sus amos coloniales habían hecho.

El imperio ruso, que había vencido a los pueblos nativos en su avance hacia Oriente, no fue una excepción.[47] En una cena que se relata en la novela *Anna Karenina* de León Tolstói, el esposo de Anna —que tiene ciertas responsabilidades oficiales para las «tribus nativas»— pontifica sobre la necesidad de que las culturas superiores absorban a las inferiores.[48] En cierto nivel, los bolcheviques, como todos los rusos educados, habrían sido conscientes

de que el imperio ruso había subyugado a los kirguises, buriatos, tunguses, chukchis y otros. El hecho de que no estuvieran particularmente preocupados por esto (ellos, quienes por otra parte estaban tan interesados en el destino de los oprimidos) indica de por sí algo sobre sus presupuestos no explícitos.

Sin embargo, una conciencia total de la historia de Suráfrica o de Siberia oriental no era prácticamente necesaria entonces para el desarrollo de los campos de concentración europeos: la noción de que cierto tipo de personas es superior a otros tipos de personas era bastante común en Europa a comienzos del siglo XX. Y esta noción, finalmente, es la que vincula los campos de la Unión Soviética y los de Alemania nazi en el sentido más profundo de todos: ambos regímenes se legitimaron, en parte, estableciendo categorías de «enemigos» o «infrahumanos» a quienes persiguieron y aniquilaron a gran escala.

En la Alemania nazi, el primer objetivo fueron los lisiados y los disminuidos. Después los nazis se centraron en los gitanos, los homosexuales y, sobre todo, en los judíos. En la URSS, las víctimas eran al comienzo los «antiguos» —supuestos partidarios del antiguo régimen— y después los «enemigos del pueblo», una expresión imprecisa que acabaría por incluir no solo a presuntos opositores políticos del régimen, sino también a determinados grupos nacionales y étnicos, si se juzgaba (por igualmente mal definidas razones) que eran una amenaza para el Estado soviético o el poder de Stalin. En momentos diferentes Stalin ordenó detenciones masivas de polacos, bálticos, chechenos, tártaros y —poco antes de su muerte— judíos.[49]

Aunque estas categorías nunca fueron del todo arbitrarias, tampoco eran invariables. Hace medio siglo Hannah Arendt escribió que tanto el régimen nazi como el bolchevique crearon «opositores objetivos» o «enemigos objetivos» cuya «identidad cambiaba según las circunstancias reinantes, de modo que, tan pronto como una categoría es liquidada, se podía declarar la guerra a otra».[50] Del mismo modo, agregaba que «la tarea de la policía totalitaria no es descubrir crímenes, sino estar lista para cuando el gobierno decida arrestar a determinada categoría de la población». Una vez más, las personas eran detenidas no por lo que habían hecho, sino por ser quienes eran.

En ambas sociedades, la creación de campos de concentración era realmente la etapa final de un largo proceso de deshumanización de estos enemigos objetivos, un proceso que comenzaba primero con la retórica. En su

autobiografía, *Mein Kampf*, Hitler escribió cómo se había percatado repentinamente de que los judíos eran responsables de los problemas de Alemania, de que cualquier negocio turbio, cualquier forma de indignidad en la vida pública estaba vinculada a los judíos: «al poner el bisturí en ese tipo de absceso uno inmediatamente descubría, como un gusano en un cuerpo putrescente, un pequeño judío que a menudo quedaba cegado por la luz inesperada».[51]

Lenin y Stalin también comenzaron imputando a los «enemigos» la miríada de fracasos económicos de la Unión Soviética: eran los «minadores», «saboteadores» y agentes de las potencias extranjeras. Desde finales de los años treinta, cuando la oleada de detenciones comenzó a expandirse, Stalin llevó esta retórica a mayores extremos, denunciando a los «enemigos del pueblo» llamándolos alimañas, carroña, «malas hierbas». Se refería a sus opositores también como la «roña» que tenía que ser «sometida a la depuración en curso», de modo similar al de la propaganda nazi que asociaba a los judíos con la imagen de gusanos, parásitos y enfermedades contagiosas.[52]

Una vez demonizado el enemigo, su aislamiento legal comenzaba en serio. En la Alemania nazi, antes de que los judíos fueran efectivamente arrestados y deportados a los campos, fueron privados de su estatus de ciudadanos alemanes. Se les prohibió trabajar como funcionarios públicos, como abogados, como jueces; se les prohibió casarse con arios y asistir a escuelas arias; se les prohibió desplegar la bandera alemana. Se los obligó a llevar estrellas de David amarillas y eran sometidos a golpes y humillaciones en las calles.[53] Antes del arresto efectivo, los «enemigos» de la Unión Soviética eran habitualmente humillados en reuniones públicas, despedidos de sus empleos y expulsados del Partido Comunista. Sus cónyuges, hastiados, pedían el divorcio y sus hijos, indignados, los denunciaban.

En los campos el proceso de deshumanización se profundizaba y se hacía más radical, contribuyendo tanto a intimidar a las víctimas como a afianzar la creencia del verdugo en la legitimidad de lo que estaba haciendo. En el libro de entrevistas con Franz Stangl, el jefe de Treblinka, la escritora Gitta Sereny le preguntó por qué los reclusos del campo, antes de ser asesinados, eran además golpeados, humillados y desnudados. Stangl respondió: «Para preparar a aquellos que efectivamente tenían que implementar las medidas. Para hacerles

posible hacer lo que hicieron».[54] En *Die Ordnung des Terrors*, el sociólogo alemán Wolfgang Sofsky ha mostrado también cómo la deshumanización de los prisioneros de los campos nazis fue elaborada metódicamente en cada aspecto de la vida en el campo, desde el vestuario uniforme y harapiento, hasta la extinción de la privacidad, los reglamentos estrictos y la constante expectación de la muerte.

Como veremos, también en el sistema soviético el proceso de deshumanización comenzaba en el momento de la detención. Los prisioneros eran despojados de su ropa y de su identidad, se les negaba el contacto externo, se los torturaba e interrogaba, y eran sometidos a un juicio absurdo, en el caso de que fueran juzgados. Un rasgo peculiar soviético del proceso era que los prisioneros eran deliberadamente «excomulgados» de la vida soviética, tenían prohibido llamarse entre sí «camarada», y desde 1937 en adelante se les prohibió obtener el codiciado título de «héroe del trabajo», sin importar cuál hubiera sido su comportamiento ni cuán duro hubieran trabajado. Según muchos relatos de los prisioneros, los retratos de Stalin, colgados en las casas y oficinas en toda la URSS, casi nunca figuraban en los campos y prisiones.

Nada de lo dicho quiere decir que los campos soviéticos y los nazis fueran idénticos. Como cualquier lector con un conocimiento general del Holocausto descubrirá a lo largo de este libro, la vida en el sistema de campos soviético contrastaba en muchos aspectos, tanto sutiles como obvios, con la vida en el sistema de campos nazi. Había diferencias en la organización de la vida cotidiana y del trabajo, diferentes tipos de guardias y castigos, diferentes tipos de propaganda. El Gulag duró mucho más, y pasó por ciclos de relativa crueldad y de relativa humanidad. La historia de los campos nazis fue más breve, y tuvo menor variedad: simplemente se hicieron cada vez más crueles hasta que los alemanes los suprimieron en su retirada o los ejércitos aliados los liberaron. El Gulag también tenía una amplia variedad de campos, desde las letales minas de oro de la región de Kolimá hasta los institutos secretos «de lujo» en las afueras de Moscú donde científicos recluidos ideaban armas para el Ejército Rojo. Aunque había diferentes tipos de campos en el sistema nazi, su gama era mucho más limitada.

Sin embargo, dos diferencias me parecen fundamentales. La primera, la definición de «enemigo» en la Unión Soviética fue siempre mucho más

imprecisa que la definición de «judío» en la Alemania nazi. Salvo contadas y muy raras excepciones, ningún judío en la Alemania nazi podía cambiar su condición de tal; tampoco, una vez confinado en el campo, podía razonablemente suponer que se libraría de la muerte, y todos los judíos del campo lo sabían. Mientras los millones de prisioneros soviéticos temían la posibilidad de morir (y millones murieron efectivamente) no había una categoría específica de prisionero cuya muerte estuviera predeterminada. A veces, algunos prisioneros podían mejorar su suerte trabajando en oficios relativamente cómodos, como el de ingeniero o geólogo. Dentro de cada campo había una jerarquía de prisioneros, en que algunos eran capaces de escalar a costa de otros, o con su colaboración. En otros momentos, cuando el Gulag se encontró sobrecargado de mujeres, niños y viejos, o cuando se necesitaron soldados para luchar en el frente, los reclusos fueron puestos en libertad por amnistías masivas. A veces parecía que una categoría de «enemigos» súbitamente se beneficiaba de un cambio de estatus. Por ejemplo, Stalin hizo arrestar a cientos de miles de polacos, al inicio de la Segunda Guerra Mundial en 1939, y después los sacó del Gulag abruptamente en 1941, cuando Polonia y la URSS se convirtieron temporalmente en aliados. Lo opuesto también era cierto: en la Unión Soviética los autores de la represión podían convertirse en sus víctimas. Los guardias del Gulag, los jefes, incluso los altos funcionarios de la policía secreta, podían ser también arrestados y encontrarse sentenciados a los campos. En otras palabras, no toda «hierba mala» seguía siendo mala, y no hubo un grupo determinado de prisioneros soviéticos que viviera con la constante expectación de morir.[55]

En segundo lugar (como quedará patente a lo largo de este libro), según la correspondencia interna así como según la propaganda generada por aquellos que lo fundaron, el principal propósito del Gulag era económico. Esto no significa que fuera humanitario. Dentro del sistema, los reclusos eran tratados como ganado, o más bien como mena de hierro. Los guardias los trasladaban a su antojo, alimentándolos si les parecía que podían ser útiles, privándolos de comida si no lo eran. En términos marxistas, estaban explotados, cosificados y mercantilizados. A menos que fueran productivos, sus vidas no tenían valor para sus amos.

Sin embargo, su experiencia fue bastante diferente de la de los judíos y otros prisioneros a quienes los nazis enviaron a un grupo especial de campos

llamados, no *Konzentrationslager*, sino *Vernichtungslager* —campos que no eran realmente «campos de trabajo» sino fábricas de exterminio—. Hubo cuatro de estos: Belzec, Chelmno, Sobibor y Treblinka; Majdanek y Auschwitz tenían tanto campos de trabajo como de exterminio. Al entrar en estos campos los prisioneros eran «seleccionados». Un pequeño número era destinado a realizar trabajos forzados durante unas semanas. Los demás eran directamente enviados a las cámaras de gas, donde eran asesinados e inmediatamente incinerados.

Hasta donde he sido capaz de establecerlo, esta forma particular de asesinato, practicada en el período álgido del Holocausto, no tuvo un equivalente soviético. Es cierto, la Unión Soviética encontró otros modos de asesinar en masa a cientos de miles de sus ciudadanos. Por lo común, eran llevados de noche al bosque, se los ponía en fila y se les pegaba un tiro en la cabeza, y eran enterrados en fosas comunes antes de llegar a un campo de concentración; una forma de asesinato no menos «industrializada» y anónima que la utilizada por los nazis. El caso es que hay testimonios de la policía secreta soviética utilizando el humo de los tubos de escape (una forma elemental de gas) para matar prisioneros igual que hicieron los nazis en sus primeros años.[56] Dentro del Gulag, los reclusos soviéticos también morían, pero no debido a la eficiencia de sus guardias, sino debido a su tosca ineficiencia y descuido.[57] En algunos campos soviéticos, en ciertos momentos, la muerte estaba prácticamente garantizada para aquellos designados para talar árboles en el bosque durante el invierno o para trabajar en las minas de oro más duras de Kolimá. También se confinaba a los prisioneros en celdas de castigo hasta que murieran de frío e inanición; se los dejaba sin atención médica en hospitales sin calefacción; o simplemente se les disparaba arbitrariamente al «intentar huir». Sin embargo, el sistema de campos soviético en su conjunto no estaba deliberadamente organizado para producir cadáveres masivamente, aun cuando a veces lo hizo.

Estas distinciones son sutiles pero importantes. Aunque el Gulag y Auschwitz pertenecen a la misma tradición intelectual e histórica, están no obstante separados y son distintos, tanto entre sí como respecto a otros sistemas de campos establecidos por otros regímenes. La idea del campo de concentración puede ser lo suficientemente general como para ser usada en muchas culturas y situaciones, pero incluso un estudio superficial de la historia transcultural del campo de concentración revela que los detalles específicos (cómo se organiza la

vida en los campos, cómo se desarrollan, su grado de rigidez o desorganización, de crueldad o tolerancia) dependían del país, de la cultura y del régimen.[58] Para aquellos que estaban atrapados tras las alambradas, estos detalles eran cruciales para su vida, su salud y su supervivencia.

En efecto, al leer los relatos de quienes sobrevivieron a los campos nazis y soviéticos, lo que sorprende más al lector son las diferencias entre las experiencias de las víctimas que las diferencias entre los dos sistemas. Cada relato tiene cualidades únicas, cada campo tenía diferentes horrores para personas de distintos temperamentos. En Alemania, uno podía morir debido a la crueldad; en Rusia, debido a la desesperación. En Auschwitz uno podía morir en una cámara de gas, en Kolimá uno podía congelarse hasta morir en la nieve. Se podía morir en un bosque alemán o en la estepa siberiana, o se podía morir en un accidente en la mina o en un tren de ganado. Al final, la historia de cada vida es única.

I

Los orígenes del Gulag, 1917-1939

1

Los inicios bolcheviques

> Uno de mis objetivos es destruir el mito de que la época más cruel de la represión comenzó en 1936-1937. Pienso que en el futuro, las estadísticas mostrarán que la oleada de arrestos, condenas y destierros ya había comenzado a principios de 1918, incluso antes de la proclamación oficial, en ese otoño, del «terror rojo». A partir de ese momento la ola simplemente se hizo cada vez más grande, hasta la muerte de Stalin…
>
> DMITRI LIJACHEV, *Vospominania*[1]

En el año 1917, dos oleadas revolucionarias asolaron Rusia, barriendo la sociedad imperial como si se tratara de un castillo de naipes. Tras la abdicación de Nicolás II en febrero, los acontecimientos tomaron un rumbo que difícilmente se podía detener o controlar. Posteriormente, Aleksandr Kerenski, el jefe del primer gobierno provisional posrevolucionario, escribiría que, en el vacío que siguió al hundimiento del antiguo régimen, «todos los programas políticos y tácticos, pese a su audacia y buena concepción, parecían estar suspendidos en el aire sin objeto y sin utilidad».[2]

Mas aunque el gobierno provisional era débil, aunque el descontento del pueblo era total y aunque persistía la ira suscitada por la carnicería causada por la Primera Guerra Mundial, pocos esperaban que el poder recayera en manos de los bolcheviques, uno de los diversos partidos socialistas radicales que propugnaban un cambio mucho más rápido. En el exterior, los bolcheviques apenas eran conocidos.

Si los bolcheviques eran un misterio, su jefe Vladímir Ilich Uliánov —el hombre a quien el mundo acabaría conociendo por su seudónimo revolucionario, Lenin— lo era aún más. Durante sus muchos años como emigrado revolucionario, Lenin había sido reconocido por su brillantez, pero también

había sido rechazado por su falta de moderación y su espíritu faccioso.

En los primeros meses que siguieron a la revolución de febrero, Lenin distaba mucho de ocupar una posición de autoridad indiscutida, ni siquiera dentro de su propio partido. A mediados de octubre de 1917, un puñado de líderes bolcheviques continuaba oponiéndose a su plan de dar un golpe de Estado contra el gobierno provisional, sosteniendo que el partido no estaba preparado para tomar el poder y que no contaba aún con el apoyo popular. Sin embargo, Lenin ganó el debate, y el 25 de octubre tuvo lugar el golpe. Bajo la influencia de Lenin, una turba asaltó el Palacio de Invierno. Los bolcheviques arrestaron a los ministros del gobierno provisional. En cuestión de horas, Lenin se convirtió en el jefe del país llamado ahora Rusia Soviética.

Pero aunque había logrado tomar el poder, los críticos bolcheviques de Lenin no estaban del todo equivocados. Su respaldo popular era en efecto débil, y casi de inmediato iniciaron una sangrienta guerra civil sencillamente para mantenerse en el poder. A partir de 1918, en que el Ejército Blanco del antiguo régimen se reagrupó para combatir contra el nuevo Ejército Rojo, comandado por Trotski, una de las luchas más feroces jamás vistas en Europa estremeció el campo ruso. No toda la violencia ocurrió en el campo de batalla. Los bolcheviques sofocaron la oposición intelectual y política cualquiera que fuese la forma que adoptara, atacando no solo a los representantes del antiguo régimen, sino también a otros socialistas: mencheviques, anarquistas, social revolucionarios (eseristas). El nuevo Estado soviético no conocería una paz relativa hasta 1921.[3]

En este trasfondo de imprevisión y violencia surgieron los primeros campos de trabajo soviéticos. La concepción de Lenin de estos campos de trabajo como una forma especial de castigo para un tipo particular de «enemigo» burgués se conjugaba bien con sus nociones sobre el crimen y los criminales. Por una parte, el primer dirigente soviético era ambivalente con respecto a la reclusión y el castigo de los delincuentes comunes (ladrones, carteristas, asesinos), a quienes percibía como aliados potenciales. En su opinión, la causa básica del «exceso social» (es decir, el crimen) era la «explotación de las masas». La desaparición de la causa, pensaba, «llevará a la decadencia del exceso». Por tanto, no era necesario un castigo especial para disuadir a los criminales: a su tiempo la revolución misma encontraría la manera de eliminarlos.

Por otra parte, Lenin (como los juristas bolcheviques que siguieron su huella)

también preveía que la creación del Estado soviético crearía un nuevo tipo de criminal: el «enemigo de clase»; es decir, aquel que se oponía a la revolución y trabajaba abiertamente, o más a menudo en secreto, para destruirla. El enemigo de clase era más difícil de identificar que el delincuente común, y mucho más difícil de regenerar. Requería una pena más dura que un asesino vulgar o un ladrón. Por consiguiente, en mayo de 1918, el primer decreto bolchevique sobre el soborno declaraba: «Si una persona culpable de percibir u ofrecer sobornos pertenece a las clases propietarias y usa el soborno para conservar o adquirir privilegios vinculados a los derechos de propiedad, deberá ser sentenciada al trabajo forzado más desagradable y duro y todas sus propiedades deberán ser confiscadas».[4]

Lamentablemente, nunca se proporcionó una descripción clara de qué era con exactitud un «enemigo de clase». Por consiguiente, se incrementaron drásticamente los arrestos de todo tipo a raíz del golpe bolchevique. De un modo arbitrario se impuso la pena de cárcel, de trabajos forzados e incluso de muerte a banqueros, a esposas de comerciantes, a «especuladores» (esto es, personas dedicadas a una actividad económica autónoma), a antiguos celadores de las cárceles zaristas y a cualquier persona que resultara sospechosa.[5]

La definición de quién era un «enemigo» y quién no lo era también variaba de un lugar a otro; a veces se superponía a la de «prisionero de guerra». Al ocupar una ciudad, el Ejército Rojo de Trotski solía tomar de rehenes a los burgueses, a los que podía dar muerte en caso de que regresara el Ejército Blanco, como ocurrió muchas veces en las fluctuantes líneas del frente. Entretanto se los podía obligar a realizar trabajos forzados, que casi siempre consistían en cavar trincheras y levantar barricadas.[6] La distinción entre presos políticos y presos comunes era igualmente arbitraria. Los individuos poco educados que integraban las comisiones temporales y los tribunales revolucionarios podían, por ejemplo, decidir repentinamente que un hombre sorprendido en un tranvía sin llevar el billete había atentado contra la sociedad y condenarlo por un crimen político.[7] Al final, muchas de estas decisiones fueron dejadas a cargo de los policías o soldados que realizaban los arrestos. Félix Dzerzhinski, fundador de la Checa (la policía secreta de Lenin, precursora del KGB), guardaba un cuadernillo negro donde personalmente anotaba los nombres y direcciones de «enemigos» que encontró por casualidad al realizar su trabajo.

[8]

Estas distinciones se mantendrían indefinidas hasta el momento del hundimiento de la Unión Soviética, ochenta años después. Sin embargo, la existencia de dos categorías de presos: políticos y comunes, tuvo un efecto profundo en la formación del sistema penal soviético. La división surgió de manera espontánea, en reacción al caos del sistema penitenciario existente. En los primeros días de la revolución, todos los prisioneros estaban confinados bajo la jurisdicción de los ministerios judiciales «tradicionales», primero el Comisariado de Justicia, después el Comisariado del Interior, y ubicados en el sistema penal «ordinario». Esto es, arrojados a las sucias y sombrías prisiones de piedra, reliquias del sistema zarista, que por lo general ocupaban un lugar céntrico en toda ciudad importante.

Cuando los bolcheviques se hicieron cargo de ellas, las pocas prisiones que quedaban en funcionamiento eran inadecuadas y estaban atestadas. Solo semanas después de la revolución, el propio Lenin exigió «medidas extremas para la mejora inmediata de la provisión de alimentos de las cárceles de Petrogrado».[9] Unos meses después, un miembro de la Checa de Moscú visitó la prisión de Taganskaya en la ciudad e informó del «terrible frío y la mugre», del tifus y del hambre. La mayoría de los presos no podían cumplir la sentencia de trabajos forzados porque carecían de ropa. Un periódico denunciaba que la Guardia Roja «arrestaba cientos de personas todos los días sin método alguno y después no sabían qué hacer con ellas».[10]

El hacinamiento llevó a soluciones «creativas». A falta de algo mejor, las nuevas autoridades encerraron a los presos en sótanos, áticos, palacios vacíos y antiguas iglesias. En diciembre de 1917, una comisión de la Checa debatió el destino de 56 prisioneros de todo tipo («ladrones, borrachos y varios “políticos”») que estaban en el sótano del Instituto Smolni, el cuartel general de Lenin en Petrogrado.[11]

No todos sufrieron estas caóticas condiciones. Robert Bruce Lockhart, un diplomático británico acusado de espionaje (lo cual era exacto, por cierto) estuvo preso en 1918 en un salón del Kremlin. Pasaba el tiempo haciendo solitarios y leyendo a Tucídides y a Carlyle. De vez en cuando un antiguo funcionario imperial le llevaba té caliente y los periódicos.[12]

Pero incluso en las últimas prisiones tradicionales, el régimen carcelario era

errático y los directores de la prisión no tenían experiencia. Un coronel del Ejército Blanco recordaba que en la prisión de Petrogrado, en diciembre de 1917, los presos entraban y salían cuando querían, y que algunas personas sin hogar dormían en las celdas por la noche. Al recordar esa época, otro oficial soviético mencionaba que «las únicas personas que no escapaban eran aquellas que eran demasiado perezosas».[13]

El desorden obligó a la Checa a buscar nuevas soluciones: los bolcheviques difícilmente podían permitir que sus enemigos «verdaderos» ingresaran en el sistema penitenciario común. Las cárceles caóticas y los guardias negligentes podían servir para los carteristas y los delincuentes juveniles, pero no para los saboteadores, parásitos, especuladores, oficiales del Ejército Blanco, sacerdotes, capitalistas y otros enemigos que ocupaban la imaginación de los bolcheviques; eran necesarias soluciones más creativas.

Ya el 4 de junio de 1918, Trotski exigió que un grupo insubordinado de prisioneros de guerra checos fuera sometido, desarmado y encerrado en un *kontslager*: un campo de concentración. En agosto, Lenin utilizó también el término. En un telegrama a los comisarios de Penza, centro de un alzamiento antibolchevique, exigió «un terror masivo contra los *kulaks* [campesinos ricos], sacerdotes y guardias blancos», y que los «elementos poco fiables» fueran «encerrados en un campo de concentración fuera de la ciudad».[14] Los locales estaban ya preparados. Durante el verano de 1918 (tras el tratado de Brest-Litovsk que dio fin a la participación rusa en la Primera Guerra Mundial) el régimen liberó a dos millones de prisioneros de guerra. Los campos vacíos fueron de inmediato entregados a la Checa.[15]

En ese momento, la Checa debía de parecer el órgano idóneo para asumir la tarea de encarcelar a los «enemigos» en campos de «destino especial». Como organización completamente nueva, la Checa fue concebida para ser la «espada y el escudo» del Partido Comunista, y no estaba vinculada al gobierno oficial soviético ni a ninguno de sus departamentos. No tenía tradiciones de legalidad, ni obligación alguna de obedecer la ley, ni necesidad de consultar con la policía o los tribunales, ni con el comisario de Justicia. Su propio nombre proclamaba su carácter especial: la Comisión Extraordinaria de lucha contra la contrarrevolución y el sabotaje, o Ch-K, siglas rusas para «Comisión

extraordinaria». Era extraordinaria precisamente porque existía fuera de la legalidad «ordinaria».

En septiembre de 1918 se ordenó a Dzerzhinski que implementara la política leninista del terror rojo. Lanzada a raíz de un atentado contra la vida de Lenin, esta oleada de terror (arrestos, detenciones, asesinatos), más organizada que el terror arbitrario de los meses anteriores, era en realidad un ingrediente de la guerra civil dirigido a golpear a aquellos sospechosos de trabajar para destruir la revolución en el frente interno. La *Krasnaya Gazeta*, órgano del Ejército Rojo, la describió: «Sin piedad, sin perdón, liquidaremos a nuestros enemigos a cientos. Que sean miles, dejemos que se ahoguen en su propia sangre».[16] En la lucha de Lenin por el poder el «terror rojo» fue esencial. Los campos de concentración, llamados campos «de destino especial», fueron cruciales en esa campaña. Aunque no hay cifras fiables para el número de prisioneros, hacia finales de 1919 había 21 campos registrados en Rusia. A finales de 1920 había 107, cinco veces más.[17]

Sin embargo, en esa etapa, el propósito de los campos se mantuvo en la ambigüedad. Los prisioneros debían realizar trabajos, pero ¿con qué fin? ¿Era un objetivo del trabajo educar o humillar al prisionero? O ¿se suponía que contribuiría a construir el nuevo Estado soviético? Los diferentes dirigentes e instituciones soviéticos tenían diferentes respuestas. En febrero de 1919, Dzerzhinski pronunció un elocuente discurso promoviendo que los campos tuvieran un papel en la reeducación ideológica de la burguesía. Dijo que los nuevos campos

> harían uso del trabajo de las personas detenidas; de aquellos caballeros que viven sin ninguna ocupación y de quienes son incapaces de trabajar sin ser obligados a ello … De este modo crearemos escuelas de trabajo.[18]

Cuando los primeros decretos oficiales sobre los campos de destino especial fueron publicados en la primavera de 1919 pareció que había prioridades un poco diferentes.[19] Los decretos (una relación sorprendente de normas y recomendaciones) sugerían que cada capital regional estableciera un campo para no menos de 300 personas, «en los límites de la ciudad, o en edificios cercanos tales como monasterios, haciendas, granjas, etc.». Prescribían una jornada laboral de ocho horas, con horas extras y trabajo nocturno permitidos «según el

código laboral». Se prohibían los paquetes de víveres. Se autorizaban las visitas de los parientes cercanos, pero solo los domingos y los días festivos. Los prisioneros que intentaran escapar verían su sentencia multiplicada por diez. Un segundo intento sería castigado con la muerte.

Lo más importante es que los decretos dejaban claro que el trabajo de los reclusos no tenía como fin su propio provecho educativo, sino pagar el coste de mantenimiento del campo. Gracias al flujo irregular de los fondos estatales, aquellos que dirigían los campos se interesaron rápidamente en la idea de la autofinanciación.

En septiembre de 1919, un informe secreto que fue mostrado a Dzerzhinski lamentaba que las condiciones sanitarias de un campo de tránsito fueran tales que «sobraban los comentarios» e hicieran que muchas personas enfermaran hasta impedirles trabajar: «Con la humedad del otoño no serán lugares donde se pueda congregar gente para que trabajen, más bien se convertirán en semilleros de epidemias y demás enfermedades». Entre otras cosas, el autor proponía que aquellos incapaces de trabajar fueran enviados a otra parte, de modo que el campo se volviera más eficiente (una táctica que sería utilizada después por la dirección del Gulag). Aquellos responsables de los campos se preocupaban de la enfermedad y el hambre básicamente en la medida en que los prisioneros enfermos y hambrientos eran prisioneros inútiles.[20]

En la práctica, no todos los jefes estaban interesados en la reeducación o la autofinanciación. Algunos preferían castigar a los antiguos ricos humillándolos y dándoles a probar un poco de la suerte de los trabajadores. En los momentos decisivos de la guerra civil, las necesidades acuciantes del Ejército Rojo y el Estado soviético se antepusieron a toda otra consideración, tanto la reeducación como la venganza y la justicia. En octubre de 1918, el comandante del frente septentrional envió una petición a la comisión militar de Petrogrado solicitando 800 trabajadores, que eran necesarios para construir caminos y cavar trincheras. Como resultado, «… varios ciudadanos de la antigua clase mercantil fueron invitados a presentarse a la oficina central del soviet, con el pretexto de que se registraran para posibles obligaciones de trabajo en el futuro. Cuando se presentaron, estos ciudadanos fueron puestos bajo arresto y enviados a los cuarteles de Semenovsky a la espera de ser enviados al frente». Cuando incluso esta medida no aportó suficientes trabajadores, el soviet local (el consejo local

de gobierno) simplemente rodeó una sección de la Perspectiva Nevski, la principal calle comercial de Petrogrado, arrestó a todo el que no tuviera el carnet del partido o un certificado que testimoniara que trabajaba para una institución gubernamental, y los llevó a los cuarteles cercanos. Después soltaron a las mujeres, pero los hombres fueron enviados al norte.

Aunque sin duda tuvo un gran impacto en los peatones así arrestados, ese incidente habría resultado menos raro para los trabajadores de Petrogrado. Pues ya en este momento inicial de la historia soviética la línea divisoria entre «trabajo forzado» y trabajo normal era borrosa. Los trabajadores estaban obligados a registrar su especialidad en las oficinas centrales de trabajo. Se aprobaban decretos especiales prohibiendo a ciertas categorías de trabajadores (los mineros, por ejemplo) dejar sus trabajos. En esa época de caos tampoco los trabajadores libres disfrutaban de condiciones de vida mucho mejores que las de los presos. Visto desde fuera, no siempre sería fácil distinguir cuál era el centro de trabajo y cuál el campo de concentración.[21]

Pero esto también era un presagio de lo que vendría: la confusión asediaría con persistencia las definiciones de «campo», «prisión» y «trabajo forzado» durante buena parte de la década siguiente. El control sobre las instituciones penitenciarias permanecería en un flujo constante. Los órganos responsables serían rebautizados y reorganizados innumerables veces mientras los diferentes burócratas y comisarios intentaban conseguir el control del sistema.[22]

Sin embargo, es obvio que desde el final de la guerra civil, se había establecido un patrón. La Unión Soviética ya había desarrollado dos sistemas penitenciarios, con reglas, tradiciones e ideologías separadas. El Comisariado de Justicia (y después el Comisariado del Interior) dirigía el sistema penitenciario «normal», que se encargaba básicamente de los que el régimen soviético denominaba «delincuentes». Estos prisioneros eran confinados en cárceles tradicionales, y los objetivos declarados de sus administradores, tal como aparecen en un memorándum interno, serían perfectamente comprensibles en los países «burgueses»: reformar a los delincuentes mediante el trabajo correccional («los presos debían trabajar para adquirir conocimientos que les permitieran llevar una vida honrada») y para evitar que los presos cometieran nuevos delitos.[23]

A la vez, la Checa —posteriormente rebautizada como GPU, OGPU, NKVD

y, finalmente, KGB— controlaba otro sistema penitenciario, llamado primero el sistema de los «campos de destino especial» o «campos extraordinarios». Aunque la Checa utilizaría en ellos la misma retórica sobre la «reeducación» y la «rehabilitación», estos campos no fueron concebidos para parecerse a las instituciones penales ordinarias. Estaban fuera de la jurisdicción de otras instituciones soviéticas y eran invisibles a los ojos del público. Tenían normas especiales, penas más duras para casos de huida, regímenes más estrictos. En ellos los presos no debían ser condenados necesariamente por tribunales ordinarios (en el caso de que fueran condenados por algún tribunal). Establecidos como una medida de emergencia, finalmente se habrían de expandir y cobrar mayor importancia al ampliarse la definición de «enemigo» y al incrementarse el poder de la Checa. Y cuando los dos sistemas penales, el ordinario y el extraordinario, se unificaron, lo hicieron según las normas del último. La Checa devoraría a sus rivales.

Desde el comienzo, el sistema «especial» de prisiones fue concebido para encargarse de los presos de destino especial: los enemigos del nuevo orden. Una categoría particular de «políticos» interesaba a las autoridades más que otras. Se trataba de los militantes de los partidos políticos socialistas revolucionarios no bolcheviques, principalmente los anarquistas, los eseristas de izquierda y de derecha, los mencheviques, y otros grupos que hubieran luchado por la revolución, pero no hubieran tenido la previsión de unirse a la facción bolchevique de Lenin, ni participado plenamente en el golpe de octubre de 1917. Como antiguos aliados en la lucha revolucionaria contra el régimen zarista, merecían un tratamiento especial. El comité central del Partido Comunista debatiría repetidas veces su destino hasta finales de la década de 1930, cuando la mayoría de los que quedaban vivos fueron detenidos o fusilados.[24]

En parte, esta categoría particular de prisionero molestaba a Lenin porque, como todo jefe de una secta exclusiva, reservaba un odio más grande para los apóstatas. A uno de sus críticos socialistas, durante un típico intercambio de palabras, lo llamó «timador», «cachorro ciego», «sicofante de la burguesía» y «jaleador de chupasangres y canallas», bueno solo para la «cloaca de renegados».[25]

Mas los presos que pertenecían a esta categoría especial de «políticos» eran

también mucho más difíciles de controlar. Muchos habían pasado años en las prisiones zaristas, y sabían cómo organizar huelgas de hambre, cómo presionar a sus carceleros, cómo comunicarse en las celdas para intercambiar información y cómo organizar protestas conjuntas. Aún más importante era que sabían cómo y con quién establecer contacto en el mundo exterior. La mayoría de los partidos socialistas rusos no bolcheviques todavía tenían ramas de emigrados, por lo general en Berlín y París, cuyos miembros podían hacer un gran daño a la imagen internacional de los bolcheviques. En el tercer congreso de la Internacional Comunista en 1921, los representantes de la rama emigrada de los eseristas, el partido ideológicamente afín a los bolcheviques (algunos de sus militantes trabajaron efectivamente en coalición con ellos), leyeron en voz alta una carta de sus compañeros recluidos en Rusia. La carta causó gran sensación en el congreso, sobre todo porque aseguraba que las condiciones penitenciarias en la Rusia revolucionaria eran peores que en la época zarista. «A nuestros camaradas los están dejando morir de hambre —explicaba—, muchos de ellos están encarcelados durante meses sin que se les permita ver a sus familiares, ni recibir cartas, ni hacer ejercicio.»[26]

Los socialistas emigrados podían luchar y efectivamente lo hicieron en favor de los presos, exactamente como habían hecho antes de la revolución. Inmediatamente después del golpe bolchevique, varios revolucionarios famosos, incluida Vera Figner, la autora de unas memorias de la vida en las prisiones zaristas, y Ekaterina Peshkova, esposa del escritor Máximo Gorki, ayudaron a relanzar la Cruz Roja Política, una organización de ayuda a los presos que había trabajado en la clandestinidad durante la revolución.

La Checa trató de subsanar el problema de la mala prensa enviando a los socialistas problemáticos muy lejos de sus contactos. Algunos fueron llevados, por orden administrativa, a un destierro lejano, exactamente como había hecho el régimen zarista. Sin embargo, incluso los desterrados más remotos encontraron el modo de comunicarse. Desde Narym, una comarca lejana de Siberia, un pequeño grupo de «políticos» en un diminuto campo de concentración logró enviar una carta a un periódico socialista de la emigración quejándose de que estaban «aislados de modo tan seguro del resto del mundo que solo las cartas que tratan de la salud de nuestros familiares o de nuestra propia salud pueden tener alguna esperanza de alcanzar su destino. Cualquier otro mensaje … no llega».

Tampoco un destierro remoto garantizaba la tranquilidad de los carceleros. Prácticamente por dondequiera que fueran, los presos socialistas acostumbrados al trato privilegiado antaño otorgado a los presos políticos en las cárceles zaristas, exigían periódicos, libros, paseos, derecho ilimitado de correspondencia y, sobre todo, el derecho a elegir a su propio portavoz para tratar con las autoridades. Cuando los confundidos funcionarios de la Checa local se los negaban (sin duda, eran incapaces de percibir alguna diferencia entre un anarquista y un incendiario), los socialistas protestaban, a veces violentamente.

Los jefes de los campos se quejaban de estos prisioneros. En una carta a Dzerzhinski, uno de ellos escribía que en su campo «los guardias blancos que se consideran presos políticos» se habían organizado en un «animoso equipo» que hacía imposible que los guardias trabajaran: «Difaman a la administración, manchan su nombre … desprecian el buen nombre del trabajador soviético».[27] Algunos guardias tomaron el asunto en sus propias manos. En 1921, un grupo de presos de Petrominsk rehusó trabajar y exigió más raciones de comida. Hartos de esta insubordinación, las autoridades regionales de Arjánguelsk ordenaron que 540 de ellos fueran sentenciados a muerte. Fueron debidamente ejecutados.[28]

En otras partes, las autoridades trataron de mantener el orden adoptando el enfoque opuesto, concediendo a los socialistas todas sus demandas. Bertha Babina, militante eserista, recordaba su llegada al «ala socialista» de la prisión de Butyrka en Moscú como una alegre reunión con amigos, gente «de la clandestinidad petersburguesa, de mis años de estudiante, y de muchos diferentes pueblos y ciudades donde habíamos vivido durante nuestras peregrinaciones». A los presos se les dejó dirigir la prisión. Organizaron sesiones de gimnasia matutinas, fundaron una orquesta y un coro, crearon un «club» provisto de periódicos extranjeros y una buena biblioteca. Según la tradición, que se remontaba a los días prerrevolucionarios, todo preso dejaba sus libros cuando lo ponían en libertad. Un consejo de presos asignaba las celdas, algunas de las cuales estaban bellamente dotadas de alfombras y tapices para los suelos y las paredes. Para Babina, la vida en la prisión parecía irreal: «¿Ni siquiera pueden encerrarnos en serio?».[29]

La dirección de la Checa se preguntaba lo mismo. En un informe a Dzerzhinski, de enero de 1921, un inspector de prisiones se quejaba amargamente de que en la prisión de Butyrka «hombres y mujeres pasean juntos,

de las paredes de las celdas cuelgan lemas anarquistas y contrarrevolucionarios».[30] Dzerzhinski recomendó un régimen más estricto, pero cuando este se aplicó, los prisioneros protestaron de nuevo.

El idilio de Butyrka terminó poco después. Según una carta escrita por un grupo de eseristas a las autoridades, un día de abril de 1921 «entre las tres y las cuatro de la mañana un grupo de hombres armados entró en las celdas y comenzó el ataque … a las mujeres las sacaron de las celdas arrastrándolas de los brazos y piernas y de los cabellos, a otras las golpearon». En sus propios informes posteriores, la Checa describe este «incidente» como una rebelión que se le fue de las manos, y resolvió no permitir nunca más que tantos presos políticos se agruparan en Moscú.[31] En febrero de 1922, el «ala socialista» de la prisión de Butyrka había sido disuelta.

La represión no había funcionado, las concesiones tampoco. Ni siquiera en sus campos de destino especial la Checa podía controlar a sus prisioneros de destino especial. Tampoco podía impedir que las noticias sobre ellos llegaran al mundo exterior. Resultaba evidente que era necesaria otra solución, tanto para ellos como para otros díscolos contrarrevolucionarios congregados en el sistema penitenciario especial. Hacia la primavera de 1923 se había encontrado una solución: Solovki.

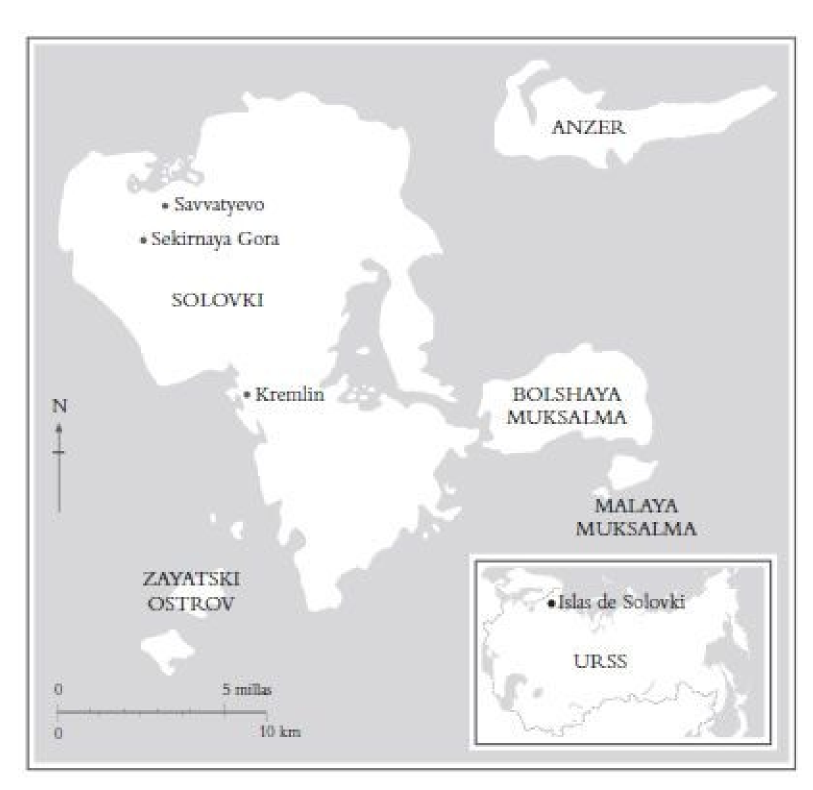
2

«El primer campo del Gulag»

Aquí hay monjes y sacerdotes,
hay prostitutas y ladrones.
Hay princesas y barones
pero no llevan corona…
En esta isla, el rico no tiene casa,
ni castillos, ni palacios…

Poema anónimo de un prisionero,
escrito en las islas de Solovki, 1926[1]

Mirando desde la cima del campanario situado junto al viejo monasterio de Solovki todavía se divisa el contorno del campo de concentración que existió allí. Un grueso muro de piedra, originalmente edificado en el siglo XV, rodea al kremlin de Solovki, al grupo central de edificios del monasterio y a las iglesias, donde después se instalaron la dirección principal del campo y los cuarteles centrales. Al oeste están los muelles, que ahora dan abrigo a unos pocos barcos pesqueros, y antaño estaban atestados de prisioneros que llegaban semanalmente y a veces a diario durante la corta estación de navegación del extremo norte. Más allá se extiende la vastedad del mar Blanco. El trayecto en barco desde aquí hasta Kem (el principal campo de tránsito en tierra firme desde el cual los prisioneros solían embarcarse para su viaje) dura varias horas. El viaje a Arjánguelsk, que es el puerto más grande del mar Blanco y la capital regional, exige viajar durante toda la noche.



El archipiélago de Solovki, en el mar Blanco.

Hacia el norte, solo es posible distinguir el borroso perfil de Sekirka, la iglesia que se yergue en la cumbre de la montaña (y en cuyos sótanos estaban las famosas celdas de castigo de Solovki). Hacia el este está situada la central eléctrica que construyeron los prisioneros, todavía hoy muy activa. Precisamente detrás de ella se abre la extensión de terreno donde solía estar el jardín botánico. Allí, en los primeros días del campo, algunos prisioneros sembraron plantas de modo experimental, tratando de determinar cuáles podían ser cultivadas con provecho en el extremo norte.

Finalmente, más allá del jardín botánico, se sitúan otras islas del archipiélago de Solovki. Dispersas en el mar Blanco están: Bolshaya Muksalma, donde los prisioneros criaban zorras plateadas para aprovechar su piel; Anzer, sede de los campos especiales para inválidos, para mujeres con hijos y para antiguos monjes; Zayatski Ostrov, donde estaba el campo de castigo para las mujeres.[2] Solzhenitsin no eligió al azar la metáfora «archipiélago» para describir el sistema de campos soviético. Solovki, el primer campo en ser planeado y edificado con la mira puesta en la permanencia, se convirtió en un verdadero archipiélago, al expandirse de isla en isla, ocupando de manera paulatina las

antiguas iglesias y las edificaciones de los antiguos monjes.

Las edificaciones del monasterio ya habían servido antes de prisión. Desde el siglo XVI los monjes de Solovki, fieles servidores del zar, habían colaborado recluyendo a sus opositores políticos (tales como sacerdotes díscolos y unos pocos aristócratas rebeldes).[3]

El 13 de octubre de 1923, Dzerzhinski parece haber convencido al gobierno soviético de entregar a la Checa (ahora llamada OGPU o Dirección Política Estatal Unificada) la propiedad confiscada al monasterio de Solovki, junto con la confiscada a los monasterios de Petrominsk y Jolomogory. Con todas ellas se formó un conjunto denominado «campos de importancia especial».[4] Después serían llamados «campos de destino especial del norte»: *Severnye Lagery Osobogo Naznacheniya* o SLON. En ruso, *slon* significa elefante. El nombre se convertiría en motivo de chistes, ironías y amenazas.

Aunque recientemente los estudiosos han señalado que una amplia gama de campos y prisiones existió también en esa época, Solovki claramente desempeñó un papel especial no solo en los recuerdos de los supervivientes, sino también en la memoria de la policía secreta soviética.[5] Solovki no era la única prisión de la Unión Soviética en la década de 1920, pero era *su* prisión, la prisión de la OGPU, donde este órgano aprendió por primera vez cómo utilizar el trabajo esclavo con provecho.

Al comienzo los presos de una de las dos principales categorías de reclusos en Solovki no trabajaban en absoluto. Se trataba de unos 300 «políticos» socialistas, que habían comenzado a llegar a la isla efectivamente en junio de 1923. Enviados desde el campo de Petrominsk, así como de Butyrka y las demás prisiones de Moscú y Petrogrado, al llegar fueron llevados de inmediato al monasterio más pequeño de Savvatyevo, a varios kilómetros al norte del monasterio principal. Allí, los celadores de Solovki pudieron cerciorarse de que estaban aislados de otros prisioneros, y no podían contagiarles su entusiasmo por las huelgas de hambre y las protestas.

Inicialmente se concedió a los socialistas los «privilegios» de los presos políticos que habían reivindicado desde hacía tiempo: periódicos, libros y (dentro del recinto alambrado) libertad de movimiento y exención del trabajo. Cada uno de los principales partidos políticos —los eseristas de izquierda, los eseristas de derecha, los anarquistas, los socialdemócratas y después los sionistas

socialistas— escogían a su propio jefe, y ocupaban habitaciones en su propia ala del antiguo monasterio.[6]

A Elinor Olitskaya, una joven eserista de izquierda, arrestada en 1924, le pareció que Savvatyevo no guardaba semejanza con una prisión, y esto la maravilló, después de los meses pasados en la oscura prisión de la Lubianka en Moscú. Su habitación, una antigua celda monacal en lo que se había convertido la sección de las mujeres del ala eserista, era

> luminosa, limpia, recién aseada, con dos grandes ventanas abiertas. No había, por supuesto, rejas en las ventanas. En el centro de la celda había una mesita cubierta con un mantel blanco. Junto a la pared había cuatro camas, cubiertas pulcramente con sábanas, y junto a cada una había una mesita de noche. En las mesas había libros, cuadernos y plumas.

Olitskaya pronto supo que aunque sufrían de tuberculosis y otras enfermedades, y muy rara vez tenían suficiente comida, los presos políticos de Solovki estaban muy bien organizados y que el «veterano» de cada célula del partido era el responsable de almacenar, cocinar y distribuir la comida. Debido a que aún tenían un estatus «político» especial, todavía se les permitía recibir paquetes, tanto de familiares como de la Cruz Roja Política. Aunque esta institución había comenzado a tener dificultades (en 1922 sus oficinas fueron asaltadas y sus propiedades confiscadas), a Ekaterina Peshkova, su muy bien relacionada jefa, se le permitió enviar a título personal ayuda a los presos políticos. En 1923 envió un vagón de tren lleno de comida a los presos políticos de Savvatyevo. En octubre del mismo año, otro envío de ropa fue despachado al norte.[7]

Entonces la solución al problema de relaciones públicas planteado por los políticos era darles lo que querían, más o menos, pero mantenerlos tan lejos como fuera posible de cualquier contacto externo. Era una solución que no duraría: el sistema soviético no toleraría excepciones durante mucho tiempo.

Con mucha menos pompa y solemnidad, los principales barracones del kremlin de Solovki se estaban saturando de presos cuyo estatus no estaba muy definido. De unos cuantos cientos en 1923, hacia 1925 esta cifra aumentó a 6000.[8] Entre ellos había oficiales del Ejército Blanco y sus simpatizantes, «especuladores», antiguos aristócratas, marineros que habían combatido en la rebelión del

Kronstadt y verdaderos delincuentes comunes. El antiguo prisionero Boris Shiryiaev escribe en sus memorias que en su primera noche en el campo, él y otros recién llegados fueron recibidos por el camarada A. P. Nogtev, jefe del primer campo de Solovki, quien les dijo con ironía: «Os doy la bienvenida. Como sabéis, aquí no hay autoridad soviética, solo la autoridad de Solovki. Podéis olvidar los derechos que teníais antes. Aquí tenemos nuestras propias leyes».

En los días y las semanas que siguieron, la mayoría de los prisioneros experimentarían la «autoridad de Solovki», una combinación de negligencia criminal y crueldad arbitraria. Las condiciones de vida en las iglesias y las celdas monacales reconvertidas eran primitivas, y se había cuidado muy poco de mejorarlas. En su primera noche en los barracones de Solovki, al escritor Oleg Volkov se le asignó un lugar en los *sploshnye nary*, camastros que eran en realidad anchas tarimas (de las que volveremos a hablar después) sobre las que dormían varios hombres uno al lado del otro. Cuando se acostó, las chinches comenzaron a caerle encima «una tras otra como hormigas. No podía dormir». Salió afuera, donde de inmediato le acosaron «nubes de mosquitos»: «Observé con envidia a aquellos que dormían profundamente cubiertos de parásitos».[9]

Fuera de las principales edificaciones del kremlin, las cosas tampoco mejoraban mucho. Oficialmente, SLON mantenía nueve campos separados en el archipiélago, cada uno subdividido en batallones. Pero algunos prisioneros estaban sujetos a condiciones aún más primitivas en los bosques, cerca de los aserraderos.[10]

En las islas más lejanas, la dirección central del campo ejercía aún menos control sobre la conducta individual de los guardias y los jefes de los campos. En todas las islas, las pésimas condiciones higiénicas, el exceso de trabajo y la mala alimentación acarreaban naturalmente enfermedades, sobre todo el tifus. De los 6000 prisioneros recluidos por SLON en 1925, cerca de la cuarta parte murieron en el invierno de 1925-1926 a raíz de una epidemia especialmente virulenta.

Pero para algunos, Solovki significaba algo peor que la incomodidad y la enfermedad. En las islas, los prisioneros estaban sometidos al tipo de sadismo y tortura sin objeto que rara vez se encontraría en el Gulag en años posteriores, cuando —como dice Solzhenitsin— «la esclavitud se había convertido en un *sistema* planificado».[11] Aunque muchas memorias describen estos hechos, el

catálogo más completo se encuentra en el informe de una comisión investigadora enviada desde Moscú a finales de la década. Durante el curso de sus investigaciones, los horrorizados funcionarios moscovitas descubrieron que en el invierno los guardias de Solovki solían dejar prisioneros desnudos en los campanarios de la vieja catedral a la intemperie, atándoles las manos y los pies a la espalda con una sola cuerda. A veces también ponían a los prisioneros «en el banco», es decir, eran obligados a sentarse en una estaca hasta dieciocho horas sin moverse, a veces con pesos atados a las piernas, pero sin que los pies tocaran el suelo, una postura que garantizaba que quedarían lisiados. En ocasiones hacían ir a los presos desnudos a los baños, a unos dos kilómetros de distancia, en un clima gélido. O a sabiendas les daban carne podrida. O les negaban auxilio médico. Otras veces asignaban a los prisioneros tareas superfluas y sin sentido: trasladar grandes cantidades de nieve de un lugar a otro, por ejemplo, o saltar al río desde un puente cada vez que un guardia gritara «¡Delfín!».[12]

Otra forma de tortura específica de las islas, mencionada tanto en los archivos como en las memorias, era ser enviado «a los mosquitos». Klinger, un oficial blanco, que con posterioridad protagonizó una de las pocas fugas exitosas de Solovki, escribió que una vez vio infligir esta tortura a un preso que se había quejado porque un paquete que le había sido enviado de su casa había sido requisado. Los guardias reaccionaron con furia despojándolo de su ropa, incluso de los paños menores, y lo ataron a un poste en el bosque infestado de mosquitos, por ser verano. «En media hora, todo su desventurado cuerpo estaba cubierto de hinchazones de las picaduras», escribió Klinger. Finalmente, se desmayó por el dolor y la pérdida de sangre.[13]

Las ejecuciones en masa parecen haber tenido lugar casi por azar, y muchos presos recuerdan el sentimiento de terror ante la perspectiva de una muerte arbitraria. Casi tan terrible como la ejecución era ser sentenciado a Sekirka, la iglesia cuyos sótanos se habían convertido en celdas de castigo de Solovki. En efecto, aunque se contaban muchas anécdotas sobre lo que ocurría en los sótanos de la iglesia, tan pocos hombres volvían de Sekirka que es difícil estar seguro de cómo eran realmente las condiciones. Según la leyenda de Solovki, la larga escalera de 365 peldaños de madera que bajaba desde la empinada montaña de la iglesia de Sekirka también desempeñó un papel en los asesinatos masivos.

En cierto momento, cuando los mandos del campo prohibieron a los guardias

disparar a los presos de Sekirka, comenzaron a organizar «accidentes» empujándolos por los escalones.[14] En años recientes, los descendientes de los prisioneros de Solovki han levantado una cruz de madera al pie de las gradas, para señalar el lugar donde estos probablemente murieron. Es ahora un lugar pacífico y bastante bello, tan bello que, a finales de la década de 1990, el museo de historia local de Solovki imprimió una tarjeta de Navidad mostrando Sekirka, las gradas y la cruz.

Aunque lo impredecible e irracional del espíritu reinante significaba que miles murieran en los campos de SLON en los años veinte, ese mismo espíritu también contribuyó a que otros no solo vivieran, sino que, literalmente, cantaran y bailaran. Hacia 1923, unos cuantos presos habían comenzado a organizar el primer teatro del campo. Al comienzo, los «actores», muchos de los cuales pasaban diez horas al día cortando madera en el bosque antes de llegar al ensayo, no disponían de textos, de modo que representaban a los clásicos de memoria. El teatro mejoró mucho en 1924, cuando llegó una compañía completa de antiguos actores profesionales (todos condenados como miembros del mismo movimiento «contrarrevolucionario»). Ese año pusieron en escena *El tío Vania* de Chéjov e *Hijos del sol* de Gorki.[15]

Después, se representaron óperas y operetas en el teatro de Solovki, donde también hubo números de acrobacia y proyección de películas. El teatro no era la única forma de cultura accesible. Solovki también tenía una biblioteca, que llegó a tener 30 000 libros, así como un jardín botánico, donde los prisioneros experimentaron con plantas árticas. Los presos de Solovki, entre los que había muchos antiguos científicos de San Petersburgo, también organizaron un museo de flora, fauna, arte e historia locales.[16] Algunos de los presos de élite podían acceder a un «club» que, al menos en las fotografías, parece positivamente burgués. En las fotos se ve un piano, suelos de parquet y retratos de Marx, Lenin y Lunacharski, el primer ministro de Cultura soviético, todos con un aspecto muy amistoso.[17]

Utilizando los instrumentos de la litografía de los monjes, los presos de Solovki publicaron revistas mensuales y periódicos con caricaturas satíricas, poemas llenos de nostalgia y relatos de ficción de una franqueza sorprendente. En la edición de diciembre de 1925 de *Solovkie ostrova* (significa «islas de

Solovki»), un cuento relata que una ex actriz llevada a Solovki es obligada a trabajar de lavandera, y es incapaz de acostumbrarse a su nueva vida. El cuento termina con la frase: «Solovki está maldito».

Los diarios de Solovki también contenían artículos científicos, que iban desde el análisis de la etiqueta criminal de las apuestas (por Lijachev), hasta trabajos sobre el arte y la arquitectura de las iglesias en ruinas de Solovki. Entre 1926 y 1929, la imprenta de SLON logró sacar veintinueve títulos de obras de la Sociedad Solovki para el Folklore Local. La sociedad realizó estudios de la flora y la fauna de la isla, centrándose en determinadas especies (el venado nórdico, las plantas autóctonas), y publicó artículos sobre la producción de ladrillos, minerales útiles y pieles. Además, la sociedad realizó un estudio geológico, que la directora del actual museo de historia local de la isla todavía utiliza.[18]

Estos prisioneros más privilegiados también participaron en los nuevos rituales y celebraciones soviéticos, ocasiones de las que una generación posterior de reclusos del campo sería deliberadamente excluida. Aún más sorprendente desde la perspectiva de los años siguientes, fue la prolongada persistencia de las ceremonias religiosas en las islas. Un antiguo prisionero, V. A. Kazachkov, recordaba la «grandiosa» Pascua de 1926:

> Antes de la fiesta, el nuevo jefe de la división exigió que todos los que desearan ir a la iglesia presentaran una declaración. Casi nadie lo hizo al comienzo, la gente temía las consecuencias. Pero poco antes de la Pascua, un gran número hizo su declaración … A lo largo del camino a la iglesia de Onufrievskaya, la capilla del cementerio, marchaba una gran procesión, la gente caminaba en varias filas. Por supuesto, no todos cupimos en la capilla. La gente se quedó fuera, y quienes vinieron más tarde no pudieron seguir la ceremonia.[19]

En la edición de mayo de 1924 del *Solovetski Lager*, otro periódico de la prisión, en el editorial se hablaba cauta pero positivamente de la cuestión de la Pascua, «una antigua fiesta que se celebra con la llegada de la primavera», que «bajo la bandera roja, todavía puede ser observada».[20]

Junto con las fiestas religiosas, subsistió también un grupo de los monjes originarios, para asombro de muchos prisioneros, hasta el segundo lustro de la década. Trabajaban de maestros, supuestamente transmitiendo a los prisioneros los conocimientos necesarios para organizar sus antiguamente exitosas empresas agrícolas y pesqueras (el arenque de Solovki había sido antaño un plato de la mesa del zar), así como los secretos del complejo sistema de canales utilizados

durante siglos para viajar entre las islas donde había iglesias. Con los años se unieron a los monjes docenas de sacerdotes soviéticos y miembros de la jerarquía eclesiástica, tanto ortodoxos como católicos, que se habían opuesto a la confiscación de los bienes de la Iglesia o que habían violado el «decreto sobre la separación entre la Iglesia y el Estado». Al clero (en cierto modo, como a los políticos socialistas) le fue permitido vivir aparte en un barracón especial del kremlin y también en la pequeña capilla del antiguo cementerio hasta 1930-1931.

Para aquellos que lo tenían, el dinero también podía comprar un cierto alivio del trabajo en el bosque, y un seguro contra la tortura y la muerte. Solovki tenía un restaurante que podía servir (ilegalmente) a los prisioneros. Aquellos que podían permitirse los sobornos requeridos, podían importar su propia comida.[21] La dirección del campo en determinado momento estableció incluso «tiendas» en la isla, donde los presos podían comprar a precios que doblaban los de las tiendas soviéticas normales.[22] Se dice que una persona que compró un escape del sufrimiento fue el «conde Violaro», un aventurero cuyo nombre aparece (con diferentes grafías) en varias memorias. El conde, generalmente conocido como el «embajador mexicano en Egipto», había cometido el error de ir a visitar a la familia de su esposa en la Georgia soviética poco después de la revolución. Ambos fueron arrestados, y deportados al extremo norte. Aunque primero estuvieron en prisión (donde la condesa fue enviada a trabajar de lavandera), la leyenda del campo recuerda que por la suma de 5000 rublos, el conde compró para ambos el derecho de vivir en una casa aparte, con un caballo y un sirviente.[23]

Estos y otros casos de presos adinerados que vivían cómodamente (y eran puestos en libertad antes) fueron tan sorprendentes que en 1926 un grupo de presos menos privilegiados escribió una carta al presidium del comité central del Partido Comunista denunciando el «caos y la violencia que dominan el campo de concentración de Solovki». Con frases concebidas para llegar a la cúpula comunista, se quejaron de que «aquellos que tienen el dinero pueden arreglárselas, pero desplazan todas las penalidades sobre los hombros de los trabajadores y campesinos sin dinero». Mientras los ricos pagan por los trabajos más fáciles, escribían, «los pobres trabajan de 14 a 16 horas diarias».[24] Resultó que ellos no eran los únicos que se sentían descontentos con las prácticas

irregulares de los jefes del campo de Solovki.

Si la violencia arbitraria y el trato injusto oprimían a los presos, lo que perturbaba a los rangos superiores de la jerarquía soviética eran temas un poco diferentes. A mediados de la década se había hecho evidente que los campos de SLON, como el resto del sistema penitenciario «ordinario», no había logrado la más importante de las metas establecidas: hacerse autosuficiente.[25] En efecto, los campos de concentración soviéticos (de destino especial y ordinario por igual) no solo estaban fracasando en lograr un beneficio, sino que también sus jefes estaban constantemente pidiendo más dinero.

En esto, Solovki se parecía a otras prisiones soviéticas de la época. En la isla, los extremos de crueldad y comodidad eran probablemente más pronunciados que en otras partes, debido al carácter especial de los presos y de los guardias, pero las mismas irregularidades caracterizaban asimismo a otros campos y prisiones en toda la Unión Soviética en esa época. El sistema penitenciario normal también estaba integrado por «colonias» de trabajo vinculadas a granjas, talleres y fábricas, y la actividad económica estaba igualmente mal organizada y no era rentable.[26] En un informe de 1928, un inspector de uno de esos campos en la Carelia rural (con 59 prisioneros, más 7 caballos, 2 cerdos y 21 vacas) se quejaba de que solo la mitad de los presos tenía mantas; de que los caballos estaban muy débiles (y uno había sido vendido sin permiso a un gitano); de que el administrador jefe pasaba de tres a cuatro días fuera del campo y que soltaba a los prisioneros antes sin autorización; además «se negaba tercamente» a enseñar agronomía a los presos y declaraba abiertamente su creencia en la «inutilidad» de reeducarlos. Algunas esposas de los presos vivían en el campo. Los guardias se permitían «reyertas y borracheras».[27] No sorprende que las autoridades superiores llamaran la atención al gobierno local careliano en 1929 por «ser incapaz de comprender la importancia del trabajo forzado como una medida de defensa social y sus beneficios para el Estado y la sociedad».[28]

Evidentemente tales campos no eran rentables. Se declararon amnistías periódicas para descongestionar el sistema penitenciario, lo cual culminó con la gran amnistía del otoño de 1927, en el décimo aniversario de la revolución de octubre. Más de 50 000 personas fueron liberadas del sistema penal común, en buena parte por la necesidad de atenuar el hacinamiento y ahorrar dinero.[29]

Hacia el 10 de noviembre de 1925, la necesidad de «hacer un mejor uso de los presos» fue reconocida en el nivel más alto. En esa época, Georgi Leonid Piatakov, un bolchevique que ocuparía diversos cargos económicos de importancia, escribió a Dzerzhinski: «He llegado a la conclusión de que para crear las condiciones más elementales de una cultura del trabajo tendrán que establecerse asentamientos de trabajo obligatorio en ciertas regiones. Tales asentamientos aliviarían la masificación en las cárceles. La GPU debería ser instruida para estudiar estas cuestiones». Después enumeraba en su carta cuatro regiones que necesitaban desarrollo urgentemente, todas las cuales se convertirían en campos: la isla de Sajalín en el extremo oriental, el territorio que rodeaba la desembocadura del río Yeniséi en el extremo norte, la estepa de Kazaj, y el área alrededor de la ciudad siberiana de Nerchinsk. Dzerzhinski aprobó el memorándum, y lo envió a otros dos colegas para que lo ampliaran.[30]

Primero, no pasó nada, quizá porque Dzerzhinski murió poco después. Sin embargo, el memorándum resultó ser el anuncio del cambio. A finales de la década, el confuso mundo de las prisiones soviéticas posrevolucionarias se transformaría, y un nuevo sistema surgiría del caos. Solovki no se convertiría solo en una entidad económica organizada, sino que sería el campo modelo, un ejemplo que debía ser imitado miles de veces, en toda la URSS.

Algunos de estos cambios fueron previstos desde el principio en las esferas superiores, como lo muestra el memorándum de Dzerzhinski. Sin embargo, las técnicas del nuevo sistema (los nuevos métodos para dirigir los campos, para organizar a los prisioneros y su régimen de trabajo) fueron creadas en la propia isla. Es posible que el caos reinara en Solovki a mediados de los años veinte, pero de ese caos surgiría el futuro sistema del Gulag.

Al menos parcialmente, la explicación de cómo y por qué SLON cambió gira en torno a la personalidad de Naftalí Aronovich Frenkel, un prisionero que fue ascendiendo hasta convertirse en el jefe más influyente de Solovki. Por una parte, Solzhenitsin asegura en *Archipiélago Gulag* que Frenkel en persona concibió el plan de alimentar a los presos según el trabajo realizado. Este sistema de trabajo letal, que destruía a los prisioneros más débiles en cuestión de semanas, causaría después un número indeterminado de muertes. Por otra parte, numerosos historiadores rusos y occidentales debaten la importancia de Frenkel,

y descartan muchas historias sobre su omnipotencia como mera leyenda.[31]

Sin embargo, los archivos recién abiertos, especialmente los de Carelia (la república soviética a la que pertenecía Solovki entonces) permiten apreciar claramente su importancia. Aunque Frenkel no inventara cada detalle del sistema, encontró una forma de convertir el campo de prisioneros en una institución económica rentable, y lo hizo en el momento, el lugar y el modo adecuados para suscitar el interés de Stalin en esa idea.

Pero la confusión tampoco es sorprendente. El nombre de Frenkel aparece en muchas de las memorias escritas sobre los primeros días del sistema de campos, y a partir de ellas es obvio que incluso en vida su identidad estuvo entretejida con el mito. Las fotografías muestran un hombre de aspecto calculadamente siniestro con una capa de cuero y un mostacho cuidadosamente recortado; un autor de memorias lo recuerda «vestido como un dandi».[32] Uno de sus colegas de la OGPU, que lo admiraba mucho, se maravillaba de su memoria perfecta y su capacidad para sumar mentalmente.[33] La propaganda soviética posteriormente se refirió con elocuencia a la «increíble capacidad de su memoria» y habló de su «excelente conocimiento de la madera y el trabajo en el bosque», sus conocimientos de agricultura e ingeniería y su amplia instrucción.[34]

Otros lo odiaban y lo temían. En una serie de reuniones especiales de la célula del partido de Solovki, sus colegas acusaron a Frenkel de estar organizando su propia red de espías, «de modo que él sepa todo sobre todos antes que nadie».[35] Ya en 1927 historias de sus actividades habían llegado hasta París. En uno de los primeros libros sobre Solovki, un anticomunista francés escribió refiriéndose a Frenkel que, «gracias a sus iniciativas horriblemente desalmadas, millones de infelices son abrumados por un trabajo terrible, un sufrimiento atroz».[36]

Sus contemporáneos tampoco tenían claros sus orígenes. Solzhenitsin dijo que era «un judío turco nacido en Constantinopla».[37] Otro decía que era un «manufacturero húngaro».[38] Shiryiaev aseguraba que provenía de Odessa, mientras que otros decían que era de Austria o de Palestina, o que había trabajado en la fábrica Ford de Estados Unidos.[39] Su ficha de prisionero aclara la historia un poco, pues dice claramente que nació en 1883 en Haifa, en una época en que Palestina era parte del imperio otomano. Desde allí (quizá vía

Odessa, quizá pasando por Austria-Hungría) hasta la Unión Soviética, donde se identificó como «comerciante».[40] En 1923, las autoridades lo arrestaron por «cruzar ilegalmente la frontera», lo cual podría significar que era un comerciante que contrabandeaba de manera esporádica o simplemente que era un comerciante que había resultado demasiado exitoso como para ser tolerado por la Unión Soviética. Lo sentenciaron a diez años de trabajos forzados en Solovki.[41]

Cómo consiguió Frenkel metamorfosearse de prisionero en jefe del campo también permanece en el misterio. La leyenda dice que al llegar al campo, lo dejó tan consternado la mala organización, el dinero y el trabajo desperdiciados, que se sentó a escribir una carta muy precisa, describiendo con exactitud las deficiencias de cada una de las industrias del campo: la explotación forestal, la agricultura y la fabricación de ladrillos, entre ellas. Puso la carta en el «buzón de quejas» de los presos, donde atrajo la atención de un jefe, quien la envió, como una curiosidad a Guénrik Yágoda, el chequista que estaba ascendiendo raudamente el escalafón de la burocracia de la policía secreta, y que finalmente se convertiría en su jefe. Se dice que Yágoda pidió ver enseguida al autor de la carta. Según un contemporáneo (y también Solzhenitsin, que no cita su fuente), el propio Frenkel afirmaba que en cierto momento fue conducido a Moscú con toda rapidez, donde debatió sus ideas con Stalin y Kaganovich, uno de sus esbirros.[42]

Algunas pruebas circunstanciales respaldan estas historias. Naftalí Frenkel fue ascendido de prisionero a guardia en un espacio de tiempo sorprendentemente corto, incluso para los caóticos estándares de SLON. También sabemos que Frenkel organizó, y después dirigió, el *Ekonomicheskaya kommercheskaya chast* (el departamento económico mercantil) de SLON, y en ese puesto intentó no solo hacer que los campos de Solovki fueran autosuficientes, pues los decretos sobre campos de concentración lo exigían, sino realmente rentables, hasta tal punto que comenzaron a quitar empleos a otras empresas. Aunque eran empresas estatales, y no privadas, en la década de 1920 todavía quedaban elementos de competencia en la economía soviética, y Frenkel los aprovechó. Hacia septiembre de 1925, mientras Frenkel dirigía su departamento económico, SLON había obtenido el derecho a cortar 130 000 metros cúbicos de madera en Carelia, superando en la puja a una empresa

silvicultora civil. SLON se había convertido en accionista del Banco Comunal de Carelia y estaba pujando por el derecho a construir el camino de Kem hasta Ujtá, otra ciudad del extremo norte.[43]

Desde el inicio, las autoridades de Carelia estaban inquietas con toda esta actividad, sobre todo desde que se habían negado en redondo a la construcción del campo.[44] Después, sus protestas fueron más ruidosas. En una reunión convocada para hablar de la expansión de SLON, las autoridades locales se quejaron de que el campo tenía un acceso injusto al trabajo barato, y por tanto dejaría sin trabajo a los aserraderos normales. Todavía más tarde el ánimo de las reuniones se alteró y los asistentes plantearon objeciones más graves. En una reunión del Consejo de los Comisarios del Pueblo (el gobierno de la República de Carelia) en febrero de 1926, varios dirigentes locales atacaron a SLON por cobrarles en exceso y por exigir demasiado dinero por la construcción de la carretera de Kem a Ujtá. «Ha quedado claro —sintetizó airado el camarada Yuzhnev— que SLON es un *kommerzant*, un mercader ambicioso y avaricioso, y que su objetivo básico es conseguir beneficios.»[45]

El debate sobre la rentabilidad, la eficiencia y la equidad del trabajo de los prisioneros continuaría durante los veinticinco años siguientes (y será debatido más ampliamente en este libro más adelante). Pero a mediados de los años veinte, las autoridades locales no lo estaban ganando. En sus informes de 1925 sobre la situación económica del campo de Solovki, el camarada Fiódor Eichmanns —en ese momento presidente de Nogtev, aunque después dirigiría el campo— se vanagloriaba de los logros económicos de SLON, afirmando que la fábrica de ladrillos, antes en un «estado patético» ahora estaba pujante, las empresas madereras estaban superando el plan anual, las centrales eléctricas habían sido terminadas y la producción pesquera se había duplicado.[46]

Este éxito pronto se convirtió en el argumento central para la reestructuración de todo el sistema penitenciario soviético. Si debía lograrse a costa de peores raciones o malas condiciones de vida para los reclusos, a nadie le preocupaba demasiado.[47] Si debía lograrse a costa de malas relaciones con las autoridades locales, tampoco le importaba a nadie.

Dentro del campo, pocos tenían dudas de quién era el responsable de este presunto éxito. Todos identificaban a Frenkel con la comercialización del campo, y muchos lo detestaban por ello. En 1928, en un congreso del Partido Comunista

de Solovki (había tanto rencor que parte de las actas fueron declaradas de extremo secreto como para quedar guardadas en el archivo y no son accesibles) uno de los jefes del campo, el camarada Yashenko se quejó de que la influencia del Departamento Económico-mercantil de SLON se había acrecentado demasiado: «Todo está bajo su jurisdicción». Frenkel se había vuelto tan importante, se quejaba Yashenko (cuyo lenguaje tiene un fuerte tufillo antisemita), que «cuando hay un rumor de que podría irse, la gente dice "no podemos trabajar sin él"». Otros se preguntaban por qué Frenkel, un ex prisionero, recibía un servicio preferencial y precios más bajos en las tiendas de SLON, como si fuera el propietario. Y otros dijeron que SLON se había vuelto tan comercial que había olvidado su gran misión: el trabajo de reeducación en el campo se había interrumpido, y los prisioneros estaban sometidos a normas de trabajo injustas.[48]

Pero así como SLON se impondría en el debate en contra de las autoridades de Carelia, así también Frenkel ganaría el debate interno de SLON (quizá gracias a sus contactos en Moscú), sobre qué tipo de campo debía ser Solovki, cómo deberían trabajar los presos y cómo deberían ser tratados.

Frenkel probablemente no concibió el famoso sistema de «tanto trabajas, tanto comes», por el cual los presos obtenían raciones de comida de acuerdo con la cantidad de trabajo que realizaban. Sin embargo, fue el responsable del desarrollo y florecimiento de ese sistema, que pasó de ser una componenda en que el trabajo a veces se «pagaba» con alimentos, a un método muy preciso y regulado de distribución de comida y de organización penal.

En realidad, el sistema de Frenkel era bastante sencillo. Dividió a los prisioneros de SLON en tres grupos según sus capacidades físicas: los que eran considerados aptos para el trabajo pesado, los aptos para el trabajo liviano y los inválidos. Cada grupo tenía asignadas tareas diferentes y cuotas reguladas por norma que debían satisfacer. Luego eran alimentados en consecuencia y la diferencia entre las raciones era bastante notable. La categoría inferior recibía la mitad de lo que recibía la categoría superior.[49]

En la práctica, el sistema dividía a los presos muy rápidamente entre aquellos que sobrevivirían y aquellos que no. Relativamente bien alimentados, los presos fuertes se fortalecían más; los débiles se debilitaban más al estar privados de

alimento, y finalmente enfermaban o morían. El proceso se hacía más rápido y más extremo porque la cuota de trabajo fijada por norma era con frecuencia muy elevada (demasiado elevada para algunos prisioneros, en especial para la gente de ciudad que nunca había trabajado cavando ni talando árboles).

Con Frenkel, el carácter del trabajo de SLON cambió: no estaba interesado en fruslerías como los criaderos de animales para pieles, o el cultivo de plantas árticas exóticas. En cambio, envió a los presos a construir carreteras y talar árboles.[50] A Frenkel no le importaba si los presos eran recluidos en un establecimiento penal, un presidio o un recinto de alambradas. Envió equipos de trabajadores convictos por toda la República de Carelia y la región de Arjánguelsk del territorio ruso, a miles de kilómetros de Solovki, dondequiera que fueran más necesarios.[51]

Como si fuera un gerente consultor que se hace cargo de una compañía en quiebra, Frenkel «racionalizó» otros aspectos de la vida en el campo, descartando paulatinamente todo aquello que no contribuyera a la productividad económica del campo. Clausuró las revistas y los periódicos del campo, y cesaron las sesiones de la Sociedad Solovki de Folklore Local.

Finalmente, bajo la dirección de Frenkel el concepto de «preso político» cambió para siempre. En el otoño de 1925, la división artificial que había sido trazada entre los presos con penas por delitos comunes y los convictos por crímenes contrarrevolucionarios fue abandonada, pues ambos grupos fueron enviados juntos a tierra firme a trabajar en los grandes proyectos de silvicultura y procesamiento de madera en Carelia. SLON no reconoció el estatus de presos privilegiados, y consideró a todos los reclusos como trabajadores potenciales.[52]

Los socialistas que residían en los barracones de Savvatyevo planteaban un problema mayor. Evidentemente, los presos políticos socialistas no encajaban en la idea de eficiencia económica, puesto que se negaban por principio a cualquier tipo de trabajo forzado. Incluso rehusaban cortar su propia leña. «Hemos sido desterrados administrativamente —se quejó uno— y la dirección debe proveer todas nuestras necesidades.»[53] No sorprende que esta actitud comenzara a alimentar el resentimiento de los jefes del campo. Aunque había negociado personalmente con los presos políticos de Petrominsk en la primavera de 1923, y les había prometido un régimen más libre en Solovki si aceptaban trasladarse allí pacíficamente, el jefe de Nogtev se tomó a mal sus inagotables reivindicaciones.

Discutió con los políticos sobre su libertad de movimiento, su acceso a los médicos y su derecho a cartearse con el exterior. Finalmente, el 19 de diciembre de 1923, durante una discusión sumamente agitada sobre el toque de queda, los soldados que custodiaban los barracones de Savvatyevo abrieron fuego contra un grupo de presos políticos, matando a seis de ellos.

El incidente causó revuelo en el extranjero. La Cruz Roja Política hizo que los informes de la matanza pasaran la frontera clandestinamente, que aparecieran en la prensa occidental antes de su publicación en Rusia. Los telegramas entre la isla y la cúpula del Partido Comunista iban y venían rápidamente. Primero, los mandos del campo defendieron la acción, asegurando que los presos habían quebrantado el toque de queda y que los soldados habían efectuado tres advertencias antes de disparar.

Después, en abril de 1928, aún sin admitir que los soldados no habían hecho ninguna advertencia previa (los prisioneros afirmaban que no lo hicieron), la dirección del campo realizó un análisis más complejo de lo que había ocurrido. Los presos políticos, explicaba su informe, eran de «una clase diferente» de la de los soldados asignados para vigilarlos. Los presos pasaban el tiempo leyendo libros y periódicos, los soldados no tenían ni libros ni periódicos. Los presos comían pan blanco, mantequilla y leche; los soldados no. Era una «situación anómala». Se había acumulado un resentimiento natural: los trabajadores resentidos con los no trabajadores, y cuando los presos habían desafiado el toque de queda, el derramamiento de sangre fue inevitable.[54]

Indignado, el comité central tomó medidas. Una comisión dirigida por Gleb Boki, el jefe de la OGPU responsable de los campos de concentración, hizo una visita a los campos de Solovki y a la prisión de tránsito de Kem. A continuación se publicaron una serie de artículos en *Izvestia* en octubre de 1924. Elogiando las virtudes de la industria y la agricultura de Solovki, N. Krasikov describía la vida en los barracones socialistas de Savvatyevo:

> La vida que llevan puede ser caracterizada de anarcointelectual con todos los aspectos negativos de esta forma de existencia: la pereza continua, la persistencia de las diferencias políticas, las peleas familiares, las disputas de facción, y sobre todo una actitud hostil y agresiva hacia el gobierno en general, y hacia la administración local y los guardias del Ejército Rojo en particular.[55]

En otro periódico, las autoridades soviéticas afirmaban que los presos

socialistas disfrutaban de mejores raciones que el Ejército Rojo. Dichos prisioneros eran libres para ver a sus parientes (¿cómo si no podrían haber pasado clandestinamente la información?), y tenían muchos doctores, más de lo habitual en las aldeas de los trabajadores.[56]

Era el comienzo del fin. Después de diversos debates, durante los cuales el comité central consideró y rechazó la idea de desterrar a los presos políticos al extranjero (les preocupaba el impacto en los socialistas occidentales, en especial, por alguna razón, el Partido Laborista británico), se tomó una decisión.[57] Al amanecer del 17 de junio de 1925, los soldados rodearon el monasterio de Savvatyevo. Les dieron a los presos dos horas para recoger sus pertenencias. Después los llevaron al puerto, los obligaron a subir a los barcos, y los enviaron a las distantes cárceles de Rusia central: Tobolsk en Siberia occidental y Verjneuralsk en los Urales, donde encontraron condiciones mucho peores que en Savvatyevo.[58]

Aunque siguieron luchando por sus derechos, enviando cartas al extranjero, comunicándose con golpes a través de los muros de la prisión, y haciendo huelgas de hambre, la propaganda bolchevique fue ahogando las protestas de los socialistas. En Berlín, París, Nueva York, las antiguas sociedades para ayudar a los presos comenzaron a tener más dificultades para recaudar fondos.[59]

A finales de la década de 1920, los presos políticos socialistas no tenían ya un estatus especial. Compartían celdas con los bolcheviques, los trotskistas y los delincuentes comunes. En menos de diez años, los presos políticos (o mejor dicho, los «contrarrevolucionarios») no serían considerados prisioneros privilegiados, sino inferiores a los delincuentes comunes, clasificados por debajo de estos en la jerarquía del campo. Ya no eran ciudadanos con derechos como los que habían defendido, solo interesaban a sus custodios en tanto fueran capaces de trabajar. Y solo en tanto fueran capaces de hacerlo, serían alimentados lo suficiente para conservarse con vida.

3

1929: El gran viraje

> Cuando los bolcheviques llegaron al poder eran benignos y suaves con sus enemigos … habíamos comenzado cometiendo un error. La indulgencia hacia tal poder era un crimen contra las clases trabajadoras, que pronto se hizo evidente…
>
> IÓSIV STALIN[1]

El 20 de junio de 1929, el buque *Gleb Boki* atracó en el pequeño puerto situado al pie del kremlin de Solovki. En vez de los reos demacrados y silenciosos que habitualmente desembarcaban allí, bajaron varios hombres saludables y enérgicos (y una mujer) que hablaban y gesticulaban mientras caminaban por la playa. En las fotografías tomadas ese día, casi todos parecen haber vestido uniformes. Había entre ellos importantes chequistas, incluido Gleb Boki en persona. Uno de los hombres, el más alto, tenía un tupido mostacho e iba vestido de forma más sencilla, con una gorra de jornalero y un simple abrigo. Era el novelista Máximo Gorki.

En ese momento de su vida, Gorki era el muy alabado y celebrado hijo pródigo de los bolcheviques. Aunque era un socialista comprometido que había estado cerca de Lenin, Gorki se opuso al golpe bolchevique de 1917. En sus artículos y discursos ulteriores había continuado denunciando el golpe y el terror posterior con auténtica vehemencia, hablando de la «política demencial» de Lenin y de la «cloaca» en que se había convertido Petrogrado. Finalmente emigró en 1921, dejando Rusia para ir a Sorrento, donde al comienzo continuó fulminando con misivas condenatorias y airadas cartas a sus amigos que permanecían en Rusia.

Con el tiempo, su tono cambió, hasta tal punto que en 1928 decidió regresar, por razones no del todo claras. Solzhenitsin, con un asomo de maldad, afirma

que regresó porque no se había hecho tan famoso en Occidente como había esperado, y simplemente se había quedado sin dinero. Orlando Figes señala que era muy infeliz en el exilio, y no podía soportar la compañía de los emigrados rusos, la mayoría de los cuales eran anticomunistas mucho más fanáticos que él.[2] Cualesquiera que fueran sus motivaciones, una vez que se decidió a regresar parece haber tomado la determinación de ayudar al régimen soviético cuanto le fuera posible. Casi de inmediato dio inicio a una serie de giras triunfales por la Unión Soviética, incluyendo expresamente Solovki en su itinerario. Su antiguo interés por las prisiones se remontaba a sus propias experiencias de delincuente juvenil.

Son numerosos los biógrafos que recuerdan la visita de Gorki a Solovki, y todos concuerdan en que se hicieron elaborados preparativos con antelación. Algunos recuerdan que las reglas del campo cambiaron por ese día: se permitió a los maridos ver a sus mujeres, presumiblemente para hacer que todos parecieran contentos.[3] Lijachev escribe que se plantaron frondosos árboles alrededor de la colonia de trabajo para que no pareciera tan inhóspita, y que se hizo salir a algunos presos de los barracones para que no parecieran estar tan hacinados. Según Lijachev, el escritor descubrió los intentos de engañarlo. Cuando le mostraban la enfermería, donde todo el personal llevaba uniformes nuevos, Gorki dijo con desdén: «No me gustan los desfiles», y se marchó. Pasó solo diez minutos en la colonia de trabajo —según Lijachev— y después se encerró con un preso de catorce años para oír la «verdad». Cuarenta minutos después Gorki salió llorando.[4]

Por otra parte, Oleg Volkov, que también estaba en Solovki cuando Gorki lo visitó, asegura que el escritor «solo miraba donde le decían que mirase».[5] Otros afirman que los presos que trataron de acercarse al escritor fueron rechazados.[6] V. E. Kanen, un agente de la OGPU destituido que estaba preso, afirma que Gorki visitó las celdas de castigo de Sekirka, donde firmó en el diario de la prisión. Uno de los jefes de la OGPU de Moscú que estaba con Gorki, escribió: «Habiendo visitado Sekirka, encontré todo en orden, tal como debía ser». Debajo de esta nota, dice Kanen, Gorki agregó un comentario: «Yo diría que es excelente».[7]

Pero aunque no podamos estar seguros de lo que realmente vio en la isla, podemos leer lo que escribió con posterioridad en un relato de viaje. Gorki

elogió la belleza natural de las islas, y describió los edificios pintorescos y sus no menos pintorescos habitantes.[8] También escribió con admiración sobre las condiciones de vida, claramente con el objeto de que sus lectores comprendieran que un campo de trabajo soviético no era en modo alguno lo mismo que un campo de trabajo capitalista o zarista, sino una institución completamente nueva. En algunas salas, escribía, vio «cuatro o seis camas, cada una decorada con objetos personales … en el alféizar de las ventanas había flores. No se tiene la impresión de que la vida está siendo regulada en exceso. No, de ninguna manera existe semejanza alguna con una prisión; en cambio, parece como si fueran habitaciones en que viven pasajeros salvados de un barco hundido».

Fuera de las zonas de trabajo, encontró «muchachos saludables» vestidos con camisas de lino y calzados con sólidas botas. Tropezó con unos cuantos presos políticos, pero cuando esto ocurrió los descartó por «contrarrevolucionarios, gente emotiva, monárquicos». Cuando le dijeron que habían sido injustamente arrestados, supuso que estaban mintiendo.

Mas, en la descripción de Gorki, no eran solo las condiciones de vida las que hacían de Solovki un nuevo tipo de campo. Sus reclusos, los «pasajeros salvados» no solo estaban felices y sanos, también estaban desempeñando un papel vital en la gran experiencia: la transformación de personalidades criminales y antisociales en ciudadanos soviéticos útiles. Gorki estaba revitalizando la idea de Dzerzhinski de que los campos no eran meras penitenciarías, sino «escuelas de trabajo», especialmente concebidas para forjar el nuevo trabajador que requería el sistema soviético. En su opinión, el fin último de la experiencia era asegurar la «abolición de la prisión», y estaba consiguiéndolo. «Si cualquiera de las sociedades europeas llamadas civilizadas se atreviera a llevar a cabo una experiencia como la de esta colonia —concluía Gorki— y si esta experiencia diera los frutos como ha dado la nuestra, ese país haría una gran alharaca y se vanagloriaría de sus logros». Consideraba que solo la «modestia» de los dirigentes soviéticos les había impedido hacer esto antes.

Se cree que después Gorki dijo que ni una sola frase de este relato sobre Solovki había escapado a los retoques de «la pluma del censor».[9] En realidad, no sabemos si escribió por ingenuidad, por un deseo calculado de engañar o porque los censores lo compelieron a hacerlo. Cualesquiera que hayan sido sus motivos, el trabajo sobre Solovki que Gorki publicó en 1929 se convertiría en la

piedra angular de la formación de actitudes tanto públicas como privadas hacia el nuevo y mucho más extenso sistema de campos ideado ese mismo año.

Sin embargo, 1929 sería recordado por otras cosas antes que por el relato de Gorki. La revolución había madurado. Habían pasado diez años desde que la guerra finalizara, y hacía mucho tiempo que Lenin había muerto. Se habían intentado experiencias de diversa índole: la Nueva Política Económica, el Comunismo de Guerra, y habían sido abandonadas. Hacia 1929 la revolución también había consagrado un tipo de dirigente muy distinto.

Con notable habilidad, Stalin había eliminado a su principal rival en la pugna por el poder, León Trotski. Primero lo desacreditó, luego lo desterró a una isla del litoral turco y después lo utilizó para sentar un precedente. Cuando Yákov Bliumkin, un fervoroso trotskista, agente de la OGPU, visitó a su héroe en su destierro turco, y volvió con un mensaje de Trotski para sus seguidores, Stalin hizo que Bliumkin fuera sentenciado y ejecutado. Al hacerlo, afirmó la voluntad del Estado de utilizar toda la fuerza de sus órganos represivos no solo contra los miembros de los demás partidos socialistas y el viejo orden, sino también contra los disidentes del propio partido bolchevique.[10]

Sin embargo, en 1929, Stalin no era todavía el dictador que sería a finales de la década siguiente. Es más exacto decir que ese año Stalin aplicó las políticas que en última instancia consagrarían su propio poder, y que transformarían la economía y la sociedad soviéticas de un modo radical. Los historiadores occidentales han utilizado diversas denominaciones para esas políticas: «la revolución desde arriba» o la «revolución estalinista». Stalin las llamó «el gran cambio».

El eje de la revolución de Stalin era un nuevo programa de industrialización sumamente rápida (casi frenética). La revolución soviética no había traído una mejora material real a la vida de las mayorías. Por el contrario, los años de revolución, guerra civil y experimentación económica habían llevado a un mayor empobrecimiento. Ahora Stalin, quizá percibiendo el creciente descontento popular con la revolución, se dispuso a cambiar las condiciones de vida del pueblo de modo radical.

Con ese fin, en 1929 el gobierno soviético aprobó un nuevo «plan quinquenal», un programa económico que exigía un crecimiento anual del 20%

de la producción industrial. Volvió el racionamiento de alimentos. Durante un tiempo fue abandonada la semana de siete días (cinco laborables, dos de descanso). En lugar de eso, los trabajadores descansaban por turnos, de modo que ninguna fábrica dejara de estar activa. Impuesto desde arriba pero adoptado con entusiasmo desde abajo, el espíritu de esta época se basaba en la superación del competidor: los propietarios de fábricas y los burócratas, los trabajadores y los empleados, rivalizaban entre sí por cumplir el plan, por superarlo o al menos por proponer formas nuevas y más rápidas de hacerlo. Al mismo tiempo, a nadie se le permitía dudar de la sensatez del plan. Esto era válido también en los niveles más altos: los dirigentes del partido que dudaban del valor de una industrialización acelerada no permanecieron mucho tiempo en sus cargos. Un superviviente de la época recordaba que cuando era niño marchaba dando vueltas en el aula del jardín de infancia llevando una banderola y cantando:

Cinco en cuatro,
cinco en cuatro,
cinco en cuatro
¡y no en cinco!

Lástima que no comprendiera el significado de esta cantinela: que el plan quinquenal debía ser cumplido en cuatro años.[11]

Como ocurriría con todas las principales iniciativas soviéticas, el inicio de la industrialización masiva creó nuevos tipos de delincuentes. Tal como era de esperar, el cambio no pudo ser cumplido a la velocidad requerida. La aplicación precipitada de una tecnología primitiva generó errores. Tenía que haber un culpable. De ahí los arrestos de los «minadores» y los «saboteadores» cuyos malos propósitos se cifraban en impedir que la economía soviética plasmara en la vida real lo difundido en la propaganda. Algunos de los primeros procesos publicitados fueron efectivamente juicios contra los ingenieros y la *intelligentsia* técnica (el proceso de Shakti en 1928, el del Partido Industrial en 1930).

Pero habría otras canteras de prisioneros. En 1929, el régimen soviético aceleró el proceso de colectivización forzada en el campo, una gran mutación que fue en cierto modo más profunda que la revolución rusa. En un lapso increíblemente corto, los comisarios rurales obligaron a millones de campesinos a dejar sus pequeñas parcelas e incorporarse a las granjas colectivas. La transformación debilitó permanentemente la agricultura soviética, y creó las

condiciones para las terribles y devastadoras hambrunas en Ucrania y el sur de Rusia en 1932-1934, que acabaron con la vida de entre seis y siete millones de personas.[12] La colectivización también destruyó —para siempre— el sentido de continuidad con el pasado de la Rusia rural.

Los que se resistieron fueron llamados *kulaks* o campesinos ricos, un término que (casi como la definición de «minadores») era tan vago que se podía aplicar prácticamente a todo el mundo. La posesión de una vaca más o de una habitación extra, era suficiente para dejar de ser considerado un campesino pobre, lo mismo que la acusación de un vecino envidioso. En efecto, para quebrar la resistencia de los *kulaks*, el régimen recobró la vieja tradición zarista de la deportación administrativa. De un día para otro simplemente llegaban camiones y carros a una aldea y se llevaban a familias enteras. Entre 1930 y 1933, más de dos millones de campesinos *kulaks* fueron deportados a Siberia, Kazajstán y otras regiones poco pobladas de la Unión Soviética, donde vivirían el resto de sus vidas como «desterrados especiales» a quienes estaba vedado dejar sus pueblos de destierro. Unos 100 000 más fueron arrestados y acabaron en el Gulag.[13]

Mientras la hambruna arreciaba, agravada por la escasez de lluvias, se realizaron más arrestos. Se sacó de las aldeas todo el grano disponible y les fue negado a los *kulaks* deliberadamente. Una ley de 7 de agosto de 1932 imponía la pena de muerte o una larga condena en un campo, para todos los «crímenes contra la propiedad del Estado». Algunas personas fueron condenadas a penas de diez años por robar una libra de patatas o unas cuantas manzanas.[14] Estas leyes explican por qué los campesinos formaron la amplia mayoría de presos en los campos soviéticos durante la década de 1930 y por qué los campesinos seguirían siendo una parte sustancial de la población reclusa hasta la muerte de Stalin.

El impacto de estas detenciones masivas en los campos fue enorme. Tan pronto como las nuevas leyes entraron en vigor, los administradores del campo comenzaron a pedir una revisión general rápida y radical de todo el sistema. El sistema penitenciario «ordinario», que estaba todavía a cargo del Ministerio del Interior, era mucho más amplio que Solovki, dirigido por la OGPU. Durante la década anterior, el sistema había seguido manteniendo un número excesivo de presos, estaba desorganizado y contaba con demasiado presupuesto. En el ámbito nacional, la situación era tan precaria que en cierto momento el ministro

del Interior intentó reducir el número de reclusos sentenciando a más personas a «trabajos forzados sin privación de libertad» (asignándoles trabajos pero sin recluirlos) con lo cual alivió la presión en los campos.[15]

Sabiendo que el sistema penitenciario se estaba deteriorando con rapidez a medida que el número de presos crecía, en 1928 el Politburó del Partido Comunista constituyó una comisión para remediarlo. De modo ostensible la comisión era neutral, y tenía representantes de los Comisariados de Justicia y de Interior, así como de la OGPU. El camarada Yanson, comisario de Justicia, fue hecho responsable. La tarea de la comisión era crear «un sistema de campos de concentración, organizados a la manera de la OGPU», y sus deliberaciones tuvieron lugar dentro de límites claros. Pese a los pasajes líricos de Máximo Gorki ensalzando el valor del trabajo en la rehabilitación de los criminales, todos los participantes emplearon un lenguaje explícitamente económico. Guénrik Yágoda, el representante de la OGPU en el comité, expresó los intereses reales del régimen con bastante claridad:

> Es posible y absolutamente necesario sacar 10 000 presos de centros de confinamiento en la república rusa, cuyo trabajo podría estar mejor organizado y ser mejor utilizado. Obviamente, la política soviética no permitirá la construcción de nuevas prisiones. Nadie dará dinero para ello. Por otra parte, la construcción de grandes campos, campos que harán un uso racional del trabajo es una cuestión diferente. Tenemos muchas dificultades para atraer trabajadores al norte. Si enviamos muchos miles de presos allí, podemos explotar los recursos del norte … la experiencia de Solovki, muestra lo que puede hacerse en esta área.

Yágoda prosiguió explicando que el nuevo asentamiento sería permanente. Después de su liberación, los presos permanecerían allí: «con diversas medidas, tanto administrativas como económicas, podemos obligar a los presos liberados a permanecer en el norte, poblando así nuestras regiones remotas».[16]

La idea de que los prisioneros debían convertirse en colonos (muy parecida al modelo zarista) no era una improvisación. Para cumplir el plan quinquenal de Stalin, la Unión Soviética necesitaría enormes cantidades de carbón, gas, gasolina y madera, recursos disponibles en Siberia, Kazajstán y el extremo norte. El país también necesitaba oro para comprar nueva maquinaria en el extranjero, y los geólogos acababan de descubrirlo en la lejana región nororiental de Kolimá. Pese a las temperaturas gélidas, a las primitivas condiciones de vida y a

su inaccesibilidad, estos recursos tenían que ser explotados a un ritmo acelerado. El 13 de abril de 1929, la comisión propuso la creación de un nuevo sistema de campos unificado, que eliminara las distinciones entre campos «ordinarios» y «de destino especial». Lo más relevante fue que la comisión entregó el control del nuevo sistema unificado directamente a la OGPU.[17]

La OGPU asumió el control de los presos de la Unión Soviética con asombrosa celeridad. En diciembre de 1927, el Departamento Especial de la OGPU había controlado a 30 000 presos, cerca del 10% de la población reclusa, la mayoría en los campos de Solovki. Empleaba a más de 1000 personas y su presupuesto apenas si excedía el 0,05% del gasto estatal. En contraste, el sistema penitenciario del Comisariado del Interior tenía 150 000 presos y consumía 0,25% del presupuesto del Estado. Entre 1928 y 1929, sin embargo, la situación dio un giro. Mientras otras instituciones gubernamentales renunciaban lentamente a sus presos, a sus prisiones, a sus campos y a las empresas industriales adscritas a ellos, el número de prisioneros bajo la jurisdicción de la OGPU pasó de 30 000 a 300 000.[18] En 1931, la policía secreta también se hizo cargo de los «desterrados de destino especial» —la mayoría *kulaks* deportados— que eran en realidad trabajadores forzados, pues les estaba prohibido dejar sus asentamientos y centros de trabajo asignados bajo pena de muerte o arresto.[19] A mediados de la década, la OGPU controlaría toda la inmensa fuerza de trabajo cautiva de la Unión Soviética.

Para hacer frente a sus nuevas responsabilidades, la OGPU reorganizó su Departamento Especial para los campos y lo rebautizó con el nombre de Dirección General de los Campos Penitenciarios y Colonias de Trabajo. Finalmente, este título sería abreviado a Dirección General de los Campos, en ruso: *Glávnoe Upravlenie Lagueréi*. De ahí las siglas por las cuales el departamento, y hasta el sistema mismo, sería conocido: Gulag.[20]

Desde el momento en que los campos de concentración soviéticos comenzaron a existir a gran escala, sus reclusos y sus cronistas han debatido sobre los motivos que había para su creación. Un historiador, James Harris, ha sostenido que los dirigentes locales, no los burócratas de Moscú, impulsaron la construcción de nuevos campos en la región de los Urales. Obligados, por una parte, a satisfacer los imposibles requerimientos del plan quinquenal y enfrentados, por otra, a una

escasez de trabajo crítica, las autoridades de los Urales aumentaron el ritmo y la crueldad de la colectivización para lograr la cuadratura del círculo: cada vez que expulsaban a un *kulak* de su tierra, obtenían otro trabajador esclavo.[21]

En efecto, no sería sorprendente que los orígenes del Gulag fueran arbitrarios. A comienzos de la década de 1930, los dirigentes soviéticos en general, y Stalin en particular, cambiaban de rumbo constantemente, ponían en marcha ciertas políticas y luego las revocaban, y hacían pronunciamientos públicos concebidos para encubrir la realidad. No es fácil, al leer la historia de la época, detectar un maligno plan magistral concebido por Stalin o algún otro.[22] Por ejemplo, Stalin mismo lanzó la colectivización, solo para cambiar de opinión, al parecer en marzo de 1930, cuando atacó a los funcionarios rurales demasiado entusiastas que se habían «mareado con el éxito». Lo que hubiera querido decir con este pronunciamiento tuvo muy poco impacto en la realidad, y la destrucción de los *kulaks* continuó inexorable muchos años después.

Los burócratas de la OGPU y la policía secreta que planearon la ampliación del Gulag tampoco parecen haber sido inicialmente más claros sobre su meta final. Durante los años treinta, por ejemplo, la OGPU declaró frecuentes amnistías, con miras a terminar con el hacinamiento en las prisiones y los campos. Invariablemente, las amnistías serían seguidas por nuevas oleadas de represión y nuevas oleadas de construcción de campos, como si Stalin y sus secuaces nunca estuvieran seguros si deseaban que el sistema creciese o no, o como si personas diferentes estuvieran dando órdenes distintas en cada momento.

Y sin embargo, ahora existe un creciente consenso en torno a que Stalin, si no había concebido cuidadosamente el plan, al menos tenía una creencia muy firme en las enormes ventajas del trabajo penitenciario, que mantuvo hasta el fin de sus días. ¿Por qué?

Algunos, como Iván Chujin, un antiguo policía secreto e historiador del primer sistema de campos, especulan que Stalin promovió las primeras obras de construcción excesivamente ambiciosas del Gulag con el fin de consolidar su propio prestigio. En ese momento solo estaba perfilándose como el líder del país después de una larga y enconada lucha por el poder. Bien pudo creer que las nuevas hazañas industriales, logradas con el aporte del trabajo esclavo de prisioneros, le servirían para consolidarse en el poder.[23]

Stalin pudo inspirarse en antecedentes históricos más antiguos. Entre otros estudiosos, Robert Tucker ha mostrado ampliamente el interés obsesivo de Stalin por Pedro I, otro gobernante ruso que empleó masivamente el trabajo de siervos y presidiarios para coronar gigantescas obras de ingeniería y construcción. En la tradición rusa, Pedro I es recordado como un rey grande y cruel, y no se cree que esto sea una contradicción. Después de todo, nadie recuerda cuántos siervos murieron durante la construcción de San Petersburgo, pero todos admiran la belleza de la ciudad. Stalin pudo haber tomado este ejemplo bastante en serio.

Sin embargo, el interés de Stalin por los campos de concentración no necesariamente tenía un fundamento racional: quizá su interés obsesivo por los grandes proyectos de construcción y los equipos de tareas de trabajadores forzados estaba de algún modo vinculado con su peculiar megalomanía.

Cualquiera que fuera su inspiración, política, histórica o psicológica, está claro que desde los primeros días del Gulag, Stalin mostró un profundo interés personal en los campos y ejerció una enorme influencia en su desarrollo. La decisión crucial de transferir todos los campos y las prisiones de la Unión Soviética de la justicia ordinaria a las manos de la OGPU, por ejemplo, fue casi con seguridad realizada por orden de Stalin. Esta decisión de entregar los campos a la OGPU determinó su carácter en el futuro. Los sustrajo al escrutinio judicial ordinario, y los colocó firmemente en las manos de una burocracia policial secreta, cuyos orígenes estaban en el mundo misterioso y extralegal de la Checa.

Aunque hay pocas pruebas fehacientes para respaldar la teoría, también es posible que el énfasis en la necesidad de construir «campos al estilo de Solovki» proviniera de Stalin. Como se ha mencionado antes, los campos de Solovki nunca fueron rentables, ni en 1929 ni después. En el año laboral de junio de 1928 a junio de 1929, SLON todavía recibía un subsidio de 1 600 000 rublos del presupuesto del Estado.[24] Aunque SLON podría haber parecido más exitoso que otras empresas locales, todo aquel que supiera de economía sabía que difícilmente era competitivo en buena lid. Por ejemplo, los campos de silvicultura que empleaban presos siempre parecían más productivos que las empresas normales de silvicultura simplemente porque los campesinos empleados en estas trabajaban solo en el invierno, cuando no podían cultivar.[25]

Sin embargo, se *percibía* que los campos de Solovki eran rentables, o al

menos Stalin los percibía así. Y Stalin creía que lo eran precisamente gracias a los métodos «racionales» de Frenkel (distribución de comida según el trabajo de los prisioneros, eliminación de «extras» innecesarios). La prueba de que el sistema de Frenkel había obtenido aprobación en los niveles más altos está en los resultados: no solo se aplicó el sistema en todo el país, sino que el propio Frenkel fue nombrado jefe de construcción del canal del mar Blanco, el primer gran proyecto del Gulag de la era estalinista, un cargo de gran relieve para un antiguo prisionero.[26]

También se pueden encontrar pruebas de la preferencia de Stalin por el trabajo penitenciario en su continuo interés por los pormenores de la administración del campo. Durante toda su vida, Stalin exigió información regular sobre el nivel de «productividad de los reclusos» en los campos, con frecuencia mediante estadísticas específicas: cuánto carbón y petróleo habían producido, cuántos presos empleaban, cuántas medallas habían recibido sus jefes.[27] Para asegurar que sus propios edictos fueran cumplidos en los más remotos campos, envió equipos de inspectores, y a menudo exigía que los jefes de los campos acudieran personalmente a Moscú.[28]

Cuando un proyecto le interesaba particularmente, se implicaba aún más estrechamente. Los canales, por ejemplo, lo obsesionaban, y a veces parecía que deseaba abrirlos casi sin estudio previo. Yágoda se vio obligado a escribir a Stalin objetando cortésmente a su deseo impracticable de construir un canal utilizando trabajo esclavo en el centro de Moscú.[29]

No obstante, el interés de Stalin no era estrictamente teórico. También se interesó por los seres humanos implicados en el trabajo de los campos: quiénes habían sido arrestados, dónde habían sido condenados, cuál había sido su destino final. Leía personalmente, y a veces comentaba, las peticiones de libertad enviadas por los prisioneros o sus esposas, respondiendo muchas veces con una palabra o dos («manténganlo trabajando» o «libertad»).[30] Después exigió información regular sobre prisioneros o grupos de presos que le interesaban tales como los nacionalistas ucranianos occidentales.[31]

También hay pruebas de que el interés de Stalin por ciertos presos no siempre fue estrictamente político, y no se limitaba a sus enemigos personales. En 1931, antes de consolidarse en el poder, Stalin impulsó en el Politburó una resolución que le otorgaba enorme influencia en las detenciones de ciertas

categorías de técnicos especializados.[32] Y no es una coincidencia que la pauta de los arrestos de ingenieros y especialistas en esta primera etapa sugiera un nivel superior de planificación. Quizá no es un mero accidente que el primer grupo de presos enviados a los nuevos campos en los yacimientos de oro de Kolimá incluyera a siete famosos expertos en minas, dos expertos en organización laboral y un ingeniero hidráulico con experiencia.[33]

Finalmente, numerosas pruebas (circunstanciales pero no menos interesantes) sugieren que los arrestos masivos de finales de la década de 1930 y de la década de 1940 pudieron ser realizados con el fin de satisfacer el deseo de Stalin de trabajo esclavo, y no (como siempre se ha creído) para castigar a sus potenciales o presuntos enemigos.

Unos cuantos documentos dispersos apuntan en esa dirección. En 1934, por ejemplo, Yágoda escribió una carta a sus subordinados en Ucrania, exigiendo de 15 000 a 20 000 presos «aptos para trabajar»: eran necesarios urgentemente para acabar las obras del canal Moscú-Volga. La carta está fechada el 17 de marzo, y en ella Yágoda exige a los jefes locales de la OGPU «adoptar medidas extraordinarias» para asegurar que los presos lleguen el 1 de abril. Sin embargo, no se explica con claridad de dónde habrían de salir esos 15 000 o 20 000 presos.

Si los arrestos estaban dirigidos a poblar los campos, lo hicieron con una ineficacia casi ridícula. El historiador Terry Martin y otros autores también señalan que la oleada de detenciones masivas pudo haber cogido desprevenidos a los jefes de los campos, planteándoles problemas a la hora de brindar una apariencia de eficiencia económica. Tampoco los oficiales a cargo de los arrestos escogían a sus víctimas de modo racional: en vez de limitarse a arrestar a jóvenes sanos que habrían sido los trabajadores más aptos en el extremo norte de Rusia, apresaban a mujeres, niños y ancianos en gran número.[34] La evidente falta de lógica de las detenciones masivas parece contradecir la tesis de una fuerza de trabajo esclava cuidadosamente escogida, llevando a muchos a concluir que las detenciones eran realizadas para eliminar a los presuntos enemigos de Stalin, y solo secundariamente para llenar sus campos.

Sin embargo, en última instancia, ninguna de estas explicaciones de la expansión de los campos es mutuamente excluyente. Es muy posible que Stalin tuviera como meta eliminar a sus enemigos y conseguir trabajadores esclavos. Podría haber estado motivado tanto por su paranoia como por las necesidades de

trabajo de sus subordinados sobre el terreno.

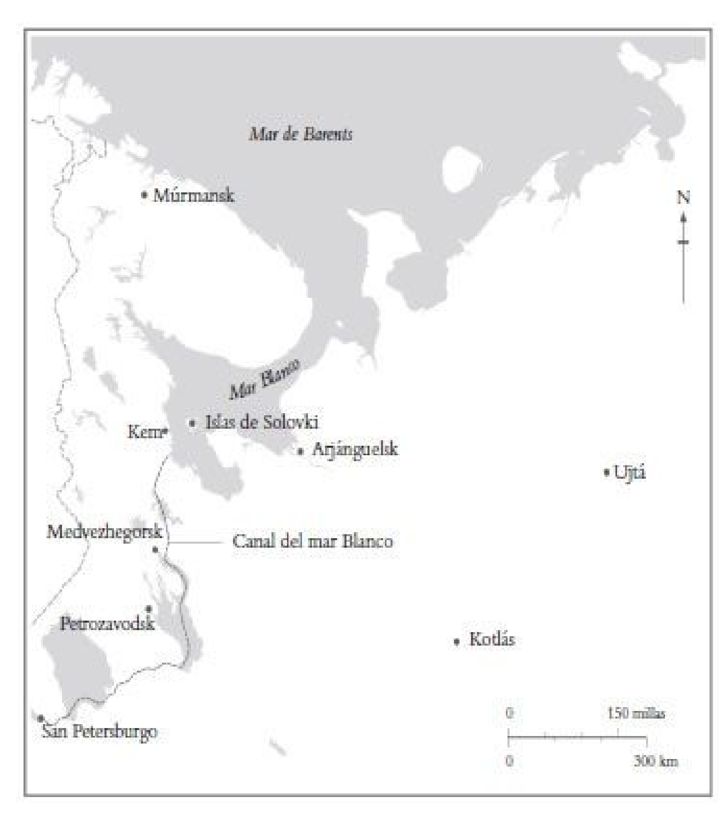
4

El canal del mar Blanco

Donde solían dormitar los musgosos acantilados y las aguas,
allí gracias a la fuerza del trabajo
se edificarán fábricas
y crecerán ciudades.
…
bajo los cielos del norte
los edificios brillarán con las luces
de bibliotecas, teatros y clubes.

MEDVEDKOV,
un prisionero del canal del mar Blanco, 1934[1]

En contra de una difundida creencia, en realidad hubo extranjeros que describieron los campos soviéticos de prisioneros con bastante frecuencia. En la prensa alemana, francesa, británica y estadounidense aparecieron extensos artículos sobre las prisiones soviéticas, en especial en la prensa de izquierda, que mantenía un amplio contacto con los socialistas rusos encarcelados.[2] En 1927, un escritor francés llamado Raymond Duguet publicó un libro sorprendentemente preciso sobre Solovki: *Un bagne en Russie Rouge* (Una prisión en la Rusia Roja), que describía tanto la personalidad de Naftalí Frenkel como los horrores de la tortura de los mosquitos. S. A. Malsagov, un oficial del Ejército Blanco que logró escapar de Solovki y pasar la frontera, publicó *An Island Hell*, otro relato sobre Solovki, en Londres en 1926.



El canal del mar Blanco, norte de Rusia, 1932-1933.

Sin embargo, después de la expansión de los campos en 1929-1930, el interés extranjero por ellos se modificó; dejó de lado el destino de los presos socialistas y se centró en la amenaza económica que los campos parecían representar para los intereses empresariales occidentales. Las compañías y los sindicatos amenazados comenzaron a organizarse. Aumentó la presión, principalmente en Gran Bretaña y Estados Unidos, para boicotear los productos soviéticos más baratos producidos presuntamente con mano de obra forzada. Paradójicamente, el movimiento en pro de un boicot ocultó el verdadero problema a la izquierda occidental que todavía apoyaba la revolución rusa, en especial en Europa, aunque muchos de sus dirigentes se sentían molestos con el destino de sus hermanos socialistas. El Partido Laborista británico, por ejemplo, se opuso a la prohibición de los productos soviéticos porque desconfiaba de los motivos de las empresas que lo promovían.[3]

Sin embargo, en Estados Unidos, los sindicatos, sobre todo la American Federation of Labor, dieron apoyo al boicot. Tuvieron un éxito efímero. En Estados Unidos, la ley arancelaria de 1930 señalaba que: «Todos los productos … extraídos, producidos o manufacturados … por el trabajo de prisioneros

convictos y/o mediante trabajos forzados … no tiene derecho a ingreso en ninguno de los puertos de Estados Unidos».[4] Con esta base, el Departamento del Tesoro prohibió la importación de cerillas y pulpa de madera soviéticas. Aunque el Departamento de Estado no apoyó la prohibición, que duró solo una semana, el debate sobre el tema continuó.[5]

En efecto, el régimen soviético tomó en serio la amenaza del boicot y adoptó una serie de medidas para impedir la interrupción del flujo de divisas al país. Algunas de esas medidas fueron aparentes: por ejemplo, la comisión Yanson abandonó finalmente la expresión *kontslager* o «campo de concentración» en sus declaraciones públicas. A partir del 7 de abril de 1930 todos los documentos oficiales denominaban a los campos de concentración soviéticos, *ispravitelno-trudovye lagerya* (ITL) o «campos de trabajo correccional». En lo sucesivo únicamente se utilizaría este término.[6]

Las autoridades del campo hicieron otros cambios sobre el terreno, particularmente en la industria maderera. En ese momento 12 000 prisioneros fueron técnicamente «trasladados» de los campos de la OGPU, pero en realidad continuaron trabajando, aunque su presencia quedaba encubierta por la confusión burocrática.[7]

En otras partes, los presos que trabajaban en los campos de extracción maderera fueron efectivamente reemplazados por trabajadores libres (o con más frecuencia por «colonos» desterrados, *kulaks* que no tenían mejor opción en esta cuestión que los presos).[8] En algunas memorias se afirma que este cambio a veces ocurría de la noche a la mañana. George Kitchin, un empresario finlandés que pasó cuatro años en los campos de la OGPU antes de ser puesto en libertad con la ayuda del gobierno finlandés, escribió que poco antes de la visita de una delegación extranjera:

> Se recibió un telegrama secreto en clave procedente de la oficina principal en Moscú impartiendo instrucciones de hacer desaparecer nuestro campo en tres días, y hacerlo de tal manera que no quedara ningún rastro … se enviaron telegramas a todos los puestos de trabajo para que interrumpieran los trabajos en menos de veinticuatro horas, agruparan a los reclusos en centros de evacuación, eliminaran cualquier huella de los campos penales, tales como alambradas, torres de vigilancia y carteles; y para que todos los funcionarios vistieran trajes de civil, desarmaran a los guardias y esperasen nuevas instrucciones.

En marzo de 1931, Molótov, entonces presidente del Consejo de Comisarios

del Pueblo, se sentía seguro de que no había presos trabajando en la industria maderera soviética (al menos no serían visibles) e invitó a todos los extranjeros interesados en visitarla a comprobarlo por sí mismos.[9]

Pero aunque la presión del boicot había desaparecido hacia 1931, la campaña occidental en contra del trabajo esclavo soviético no había sido del todo inútil: la Unión Soviética era, y continuaría siendo, muy sensible a su imagen exterior, incluso bajo Stalin. Algunos (entre ellos Michael Jakobson) especulan ahora que la amenaza del boicot podría incluso haber sido una razón de peso para impulsar un cambio más amplio en la política. La industria maderera, que requiere mucho trabajo no calificado, había sido un modo idóneo para emplear a los presos. Pero las exportaciones de madera eran una de las principales fuentes de divisas en la Unión Soviética, y no podían ponerla en peligro con otro boicot. Los prisioneros tendrían que ser enviados a otra parte (preferiblemente a algún lugar donde su presencia se pudiera celebrar, no ocultar). No faltaban posibilidades, pero una en particular atrajo a Stalin: la construcción de un vasto canal, desde el mar Blanco hasta el mar Báltico que atravesaba un paisaje formado casi totalmente de granito.

En el contexto de la época, el canal del mar Blanco (*Belomorkanal* en ruso, o *Belomor*, para abreviar) no era algo excepcional. Para cuando empezó su construcción, la Unión Soviética ya había comenzado a ejecutar proyectos de envergadura similar con una parecida intensidad de trabajo: la siderúrgica más grande del mundo en Magnitogorsk, grandes plantas de tractores y automóviles, y nuevas y vastas «ciudades socialistas» en medio de los pantanos. Sin embargo, incluso entre otros vástagos de la gigantomanía de los años treinta, el canal del mar Blanco sobresalía.

Como muchos rusos sabían, el canal representaba el cumplimiento de un sueño muy antiguo. Los primeros planos para la construcción de ese canal se habían trazado en el siglo XVIII, cuando los mercaderes del zar buscaban un modo de hacer que los barcos llevaran madera y minerales de las frías aguas del mar Blanco a los puertos mercantes del Báltico sin hacer un viaje de 370 millas por el océano Glacial Ártico a lo largo de la costa de Noruega.[10]

Era un proyecto de una extrema y temeraria ambición, quizá por eso nadie lo había intentado antes. El canal se extendía 227 kilómetros y necesitaba cinco

diques y diecinueve compuertas. Los planificadores soviéticos deseaban construirlo utilizando el mínimo posible de tecnología en una región boreal y preindustrial que nunca había sido adecuadamente explorada y que, según Máximo Gorki, era «*terra incognita* desde el punto de vista hidrológico».[11] Todo esto, sin embargo, pudo haber hecho más atractivo el proyecto para Stalin, que deseaba un triunfo tecnológico (uno que el antiguo régimen no hubiera logrado nunca) lo más rápido posible. Exigía no solo que se construyese el canal, sino también que se hiciera en veinte meses. Cuando estuviera concluido, llevaría su nombre.

Stalin fue el primer impulsor del canal del mar Blanco y deseaba específicamente que fuera construido con trabajo penitenciario. Su influencia puede apreciarse en la celeridad con que comenzó la construcción. La decisión de abrir el canal fue tomada en febrero de 1931 y después de apenas siete meses de trabajo de ingeniería y prospección preparatoria, en septiembre empezaron las obras.

Administrativa, física y aun psicológicamente, los primeros campos de prisioneros asociados con el mar Blanco fueron una prolongación de SLON. Los campos del canal se organizaron según el modelo de SLON, y emplearon sus equipos y sus cuadros. Tan pronto como se inició, los jefes del canal transfirieron inmediatamente muchos reclusos de los campos continentales de SLON y las islas de Solovki para que trabajaran en el nuevo proyecto. Durante un tiempo, la vieja burocracia de SLON y la nueva del canal del mar Blanco compitieron para controlar el proyecto, pero el canal triunfó. Finalmente, SLON dejó de ser una entidad independiente. El kremlin de Solovki fue reconvertido en una prisión de alta seguridad, y el archipiélago de Solovki simplemente se transformó en una división del campo penitenciario Belomor-Baltiskii (mar Blanco-mar Báltico), llamado «Belbaltlag». Varios guardias y altos funcionarios de la OGPU pasaron de SLON al canal. Entre ellos Naftalí Frenkel, que dirigió el trabajo diario en el canal desde noviembre de 1931 hasta su finalización.[12]

En las memorias de los supervivientes, el caos que acompañó la construcción del canal adquiere casi una dimensión mitológica. La necesidad de ahorrar dinero hacía que los presos utilizaran madera, arena y piedras, en vez de metal y cemento. Donde se podía se simplificaban los detalles. Después de muchos debates, el canal se excavó con una profundidad de solo cuatro metros, apenas

suficiente para las embarcaciones navales. Dado que la tecnología moderna era muy cara o inaccesible, los planificadores del canal utilizaron una gran cantidad de mano de obra no calificada. Durante 21 meses trabajaron en el proyecto aproximadamente 170 000 prisioneros y «desterrados especiales» utilizando palas de madera, toscos serruchos, picos y carretillas para abrir el canal y edificar sus grandes diques y compuertas.[13]

Todo se hacía a mano, desde las carretillas hasta los andamios. Un recluso recordaba que «no había tecnología. Incluso los automóviles constituían una rareza».[14] La propaganda soviética alardeaba de que las piedras eran extraídas del canal con «Fords *Belomor*»: «un pesado camión de cuatro pequeñas y sólidas ruedas de madera hechas de tocones de árbol».[15]

Las condiciones de vida no eran menos improvisadas, pese a los esfuerzos de Yágoda, el jefe de la OGPU que tenía la responsabilidad política del proyecto. Parecía creer genuinamente que los prisioneros debían ser dotados de buenas condiciones de vida si debían terminar el canal a tiempo, y con frecuencia arengaba a los jefes de los campos a tratar mejor a los presos, «a observar con la mayor atención que los prisioneros estuvieran correctamente alimentados, vestidos y calzados». Los jefes siguieron su ejemplo, como hizo el jefe de Solovki del proyecto del canal en 1933, quien, entre otras cosas, ordenó a sus subalternos que acabaran con las colas de comida por la noche, eliminaran el robo de la cocina y limitaran el recuento nocturno a una hora.[16]

Inevitablemente, la precipitación y la falta de planificación ocasionaron grandes sufrimientos. A medida que avanzaba la obra, tenían que construirse nuevos campos a lo largo del curso del canal. Los prisioneros y desterrados, al llegar a cada uno de estos nuevos campos, no encontraban nada. Antes de comenzar a trabajar tenían que construir sus propios barracones de madera y organizar el suministro de alimento. En el ínterin, el frío gélido del invierno de Carelia los mataba antes de que completaran sus tareas. Según algunos cálculos, más de 25 000 prisioneros murieron, aunque esta cifra no incluye a aquellos que fueron puestos en libertad debido a enfermedad o accidente y que murieron poco después.[17]

Entonces (como ocurriría después) algunos problemas se hacían constar en los informes oficiales. En una reunión de la célula del Partido Comunista de Belbaltlag en agosto de 1932, hubo quejas sobre la mala organización de la

distribución de alimentos, las cocinas sucias y los casos de escorbuto cada vez más numerosos. El secretario de la célula escribió con pesimismo: «Dudo que el canal sea construido a tiempo…».[18] Pero la mayoría no tenía la opción de dudar. En efecto, las cartas y los informes escritos por los directores del canal durante el período de su construcción transmiten un tono de pánico abrumador. Stalin había decretado que el canal fuera construido en veinte meses, y sus constructores comprendían que su sustento, y posiblemente su vida, dependían de que se terminara en ese plazo. Para acelerar el trabajo, los jefes de campo comenzaron a adoptar prácticas que ya se utilizaban en el mundo laboral «libre», incluidas las «competiciones socialistas» entre los equipos de trabajadores —carreras por ser los primeros en cumplir el cupo de trabajo asignado por la norma, mover piedras o excavar una zanja—, así como «maratones» nocturnos en que los presos «voluntariamente» trabajaban de veinticuatro a cuarenta y ocho horas seguidas.[19]

Junto con estas competiciones, las autoridades también favorecían el culto del *udarnik* o «trabajador de choque». Después, estos trabajadores fueron rebautizados con el nombre de «estajanovistas» en honor a Alexéi Stajánov, un minero que encabezó el movimiento para aumentar el rendimiento del trabajo. Los *udarniki* y los estajanovistas eran prisioneros que habían superado el cupo de trabajo establecido por la norma; por lo tanto, recibían comida extra y privilegios especiales, incluido el derecho (impensable posteriormente) a un traje nuevo cada año, además de un conjunto nuevo de ropa de trabajo cada semestre.[20] Los mejores trabajadores también recibían mejor comida. En los comedores comían en mesas separadas, bajo unos carteles que decían: «Para los mejores trabajadores, la mejor comida». Los de rendimiento inferior se sentaban bajo carteles que decían: «Aquí comen la peor comida: los refractarios, los haraganes, los vagos».[21]

Finalmente, los mejores trabajadores eran puestos en libertad antes: por cada tres jornadas al cien por cien en que se cumpliera con la cuota de trabajo estipulado por la norma, a cada prisionero se le condonaba un día de condena. Cuando el canal fue terminado en el plazo previsto, en agosto de 1933, 12 484 presos fueron liberados. Muchos otros recibieron medallas y premios.[22]

La construcción del canal del mar Blanco fue notable en muchos sentidos: por el

caos abrumador, por la precipitación y por su importancia para Stalin. Pero la retórica utilizada para referirse al proyecto fue única: el canal del mar Blanco era el primero, el último y el único proyecto del Gulag que se expuso a la luz de la propaganda soviética tanto en el ámbito nacional como en el internacional. Y el hombre escogido para explicar, promover y justificar el canal ante la Unión Soviética y el resto del mundo no fue otro que Máximo Gorki.

No era una elección sorprendente. En esa época, Gorki era real y verdaderamente parte de la jerarquía estalinista. Después de que Stalin viajara triunfante en un barco a vapor por el canal concluido en agosto de 1933, Gorki encabezó a 120 escritores soviéticos en una expedición similar. Los escritores estaban (o así lo aseguraron) tan emocionados con este viaje que apenas podían sostener sus cuadernos: sus dedos estaban «temblando de asombro».[23] Aquellos que se pusieron entonces a escribir sobre la construcción del canal recibieron muchos alicientes materiales, incluido «un espléndido bufet libre en el Astoria», un grandioso hotel de la época de los zares en Leningrado, para celebrar su participación en el proyecto.[24]

Incluso para los bajos estándares del realismo socialista, el libro que surgió de sus esfuerzos, *Kanal imeni Stalina* (El canal bautizado en honor de Stalin), es un extraordinario testimonio de la corrupción de los escritores y los intelectuales en las sociedades totalitarias. Como la incursión de Gorki en Solovki, *Kanal imeni Stalina* justifica lo injustificable, pretendiendo no solo documentar la transformación espiritual de los prisioneros en resplandecientes modelos de *Homo sovieticus*, sino también de crear un nuevo tipo de literatura. Aunque lleva una introducción y una conclusión de Gorki, la responsabilidad del libro no fue atribuida a un individuo sino a un colectivo de 36 escritores. Usando un lenguaje florido, hipérboles y un sutil acomodamiento de los hechos, trataron conjuntamente de captar el espíritu de la nueva época.

Para aquellos que no tienen familiaridad con el género, algunos aspectos socialrealistas de *Kanal* podrían resultar sorprendentes. Por lo pronto, el libro no intenta ocultar toda la verdad, pues describe los problemas que planteaban la falta de tecnología y de especialistas preparados. Pero el mensaje es claro: las condiciones materiales eran difíciles, el material humano era tosco, pero la omnisciente e incansable policía política soviética triunfó contra todas las previsiones. Gran parte del libro está dedicado en realidad a historias edificantes

semirreligiosas y a la «rehabilitación» de los prisioneros mediante el trabajo en el canal. Muchos de los que así habían renacido eran delincuentes, pero no todos. A diferencia del trabajo de Gorki sobre Solovki, que descartaba o minimizaba la presencia de presos políticos, *Kanal* incluye de modo estelar a algunos conversos políticos. Dominado por sus prejuicios de casta, el ingeniero Maslov, un antiguo «minador»», trata de «sellar con hierro esos procesos oscuros y profundos de reconstrucción de su conciencia que continuamente afloraban en su interior». El ingeniero Zubrik, antiguo saboteador de clase obrera, «ganó honestamente el derecho a volver otra vez al seno de la clase en que había nacido».[25]

Mas *Kanal imeni Stalina* no era en modo alguno la única obra literaria de la época en alabar el poder transformador de los campos. La pieza teatral de Nikolái Pogodin, *Aristokraty*, una comedia sobre el canal del mar Blanco, es un notable ejemplo, sobre todo porque adopta un antiguo tema bolchevique: una visión condescendiente de los ladrones.

Estrenada en diciembre de 1934, la obra de Pogodin (finalmente convertida en una película titulada *Prisioneros*) olvida a los *kulaks* y a los presos políticos que constituían el grueso de los reclusos del canal, pero recoge las divertidas bromas de los bandidos del campo (los «aristócratas» del título) utilizando una forma muy estilizada de la jerga de los criminales. Sin embargo, al final todos confiesan sus crímenes, ven la luz y comienzan a trabajar con entusiasmo. Se canta una canción:

Sí, fui un cruel bandido
robaba al pueblo, odiaba trabajar,
mi vida era negra como la noche,
pero entonces me llevaron al canal.
Ahora todo lo pasado parece una pesadilla.
Es como si hubiera vuelto a nacer.
Quiero trabajar y vivir y cantar…[26]

Fuera de los campos, esta literatura tenía dos funciones. Por una parte, desempeñaba una función en la campaña continua para justificar el rápido crecimiento de los campos ante un público extranjero escéptico. Por otra, probablemente también sirvió para tranquilizar a los ciudadanos soviéticos, inquietos por la violencia de la colectivización y la industrialización, prometiéndoles un final feliz: incluso las víctimas de la revolución estalinista tendrían la oportunidad de reconstruir sus vidas en los campos de trabajo.

La propaganda funcionó. Después de ver *Aristokraty*, Jerzy Gliksman, un socialista polaco, solicitó visitar un campo de trabajo verdadero. Para su sorpresa, pronto fue llevado al campo de «muestra» en Bolshevo, no lejos de Moscú. Recordaba después «las bonitas camas y los cubrecamas blancos, las agradables lavanderías. Todo estaba inmaculadamente limpio», y encontró a un grupo de jóvenes prisioneros que le contaron las mismas historias edificantes que habían referido Pogodin y Gorki. Encontró a un ladrón que estaba estudiando para ser ingeniero. También a un gamberro que había reconocido los errores de su vida y ahora estaba a cargo del almacén del campo. «¡Qué bello podría ser el mundo!», le susurró al oído un director de cine francés. Lástima por Gliksman, cinco años después se encontraba a bordo de un atestado vagón de ganado, en dirección a un campo que no guardaba la menor relación con el campo modelo de Bolshevo, en compañía de presos muy diferentes de los de la comedia de Pogodin.[27]

Dentro de los campos, también una propaganda semejante desempeñaba un papel. Las publicaciones y los «periódicos murales» —hojas pegadas en pizarrones para que las leyeran los prisioneros— contenían el mismo tipo de historias y poemas que se contaban en el exterior, con algunas pequeñas diferencias de énfasis. El periódico *Perekovka* (*Regeneración*) escrito y producido por los reclusos del canal Moscú-Volga, un proyecto iniciado a raíz del «éxito» del canal del mar Blanco, es típico. Pleno de elogios a los «trabajadores de choque» y descripciones de sus privilegios («No tienen que esperar turno, las camareras enseguida les sirven en la mesa»), *Perekovka* pasa menos tiempo que los autores de *Kanal imeni Stalina* cantando himnos a las ventajas de la transformación espiritual, y más tiempo analizando los privilegios concretos que podrían obtener los reclusos si trabajaban más duro.

Asimismo notable es la sección de *Perekovka* dedicada a las «quejas». Los prisioneros escribían para quejarse de las «riñas y juramentos» en los barracones de las mujeres, y el «canto de himnos» en otra; sobre los cupos de trabajo imposibles fijados por la norma; sobre la escasez de zapatos y de ropa interior limpia; sobre los golpes innecesarios a los caballos; sobre el mercado negro en el centro de Dimitrov, la sede del campo; y el mal uso de la maquinaria («no hay máquinas malas, solo malos gestores»). Esta suerte de apertura sobre los problemas del campo desaparecería posteriormente, limitada a la

correspondencia privada entre los inspectores del campo y sus superiores en Moscú. A comienzos de los años treinta, no obstante, tal *glasnost* era bastante común fuera y dentro de los campos. Era una parte natural del impulso frenético y urgente por mejorar las condiciones, los estándares de trabajo y, sobre todo, por mantenerse a la altura de las febriles demandas de la cúpula estalinista.[28]

Caminando por las orillas del canal del mar Blanco hoy en día, es difícil evocar esa atmósfera convulsa. Visité el lugar un relajado día de agosto de 1999, en compañía de varios historiadores. Nos detuvimos brevemente a mirar el pequeño monumento a las víctimas del canal en Povenets, que lleva esta breve inscripción: «A los inocentes que murieron construyendo el canal del mar Blanco, 1931-1933». Uno de mis acompañantes insistió en fumar ceremoniosamente un cigarrillo Belomor. Explicó que la marca de cigarrillos Belomor, otrora la más popular de la Unión Soviética, fue durante décadas el único monumento a los constructores del canal.

En el canal había muchachos nadando y tirando piedras. Las vacas caminaban en el agua poco honda y fangosa, y la maleza crecía en las grietas del hormigón. Al lado de una de las compuertas, en una pequeña caseta con cortinas rosadas y con las originales columnas estalinistas en el exterior, la mujer que controlaba la subida y la bajada de las aguas nos dijo que pasaban al día siete buques como mucho, y con frecuencia solo tres o cuatro. Después de todo, parece que la ruta naval del Báltico al mar Blanco no ha resultado tan urgentemente necesaria.

5

Los campos se expanden

Avanzamos y detrás de nosotros
toda la cuadrilla camina alegremente.
Ante nosotros la victoria de los estajanovistas
abre un nuevo camino…

Pues ya no conocemos el viejo camino,
de nuestras mazmorras nos hemos levantado a la llamada
por el camino del triunfo estajanovista
con fe caminamos hacia una vida de libertad…

Del diario *Kuznitsa*, impreso en Sazlag, 1936[1]

Aunque era atípico entre los nuevos proyectos del Gulag, el canal del mar Blanco fue el más importante de su época, pero no fue el primero ni el más grande. En realidad, antes de que la construcción del canal comenzara, con menos alharaca y propaganda, la OGPU ya había comenzado a enviar trabajadores prisioneros por todo el país. A mediados de los años treinta, el sistema del Gulag tenía 300 000 reclusos a su disposición, distribuidos en aproximadamente una decena de campos.

A medida que se expandían los campos, cambió el carácter de la OGPU. Como antes, los agentes de la policía secreta soviética continuaron espiando a los enemigos del régimen, interrogando a los disidentes sospechosos y descubriendo «tramas» y «conspiraciones». A partir de 1929 también asumieron parte de la responsabilidad por el desarrollo económico de la Unión Soviética. En la década siguiente se convirtieron en una especie de pioneros, que con frecuencia organizaban la prospección y la explotación de los recursos naturales de la Unión Soviética. Planearon y equiparon expediciones geológicas en busca de carbón, petróleo, oro, níquel y otros metales que yacían bajo la tundra helada

de las regiones del Ártico y Subártico del extremo norte soviético. Decidían cuál de las enormes arboledas sería la siguiente en ser talada para exportar su valiosa madera en bruto. Para trasladar estos recursos a las principales ciudades y centros industriales de la Unión Soviética, organizaron una amplia red de carreteras y ferrovías, formando un rudimentario sistema de transporte que atravesaba miles de kilómetros de bosque deshabitado. A veces ellos mismos tomaron parte en estas empresas. Vestidos con gruesos abrigos de pieles y calzados con fuertes botas, se internaban en la tundra y telegrafiaban las noticias de sus hallazgos a Moscú.

Al igual que sus custodios, los prisioneros asumieron un nuevo papel. Aunque algunos continuaron laborando tras las alambradas, sacando carbón o cavando zanjas, durante la primera mitad de los años treinta, también hubo prisioneros que transportaron el equipo necesario para las prospecciones geológicas —en lanchas, remando en los ríos que discurren al norte del Círculo Polar Ártico— y horadaron los terrenos de las nuevas minas de carbón y los pozos de petróleo. Construyeron barracones, cercaron los campos con alambradas y erigieron sus atalayas. Instalaron las refinerías necesarias para procesar los recursos, pusieron las traviesas de las ferrovías y pavimentaron las carreteras. Finalmente, se asentaron en los nuevos territorios abiertos, poblando la tierra virgen.

Después, los historiadores soviéticos llamarían líricamente a este episodio de la historia soviética «la apertura del extremo norte», y en verdad representó una ruptura real con el pasado. Ni en las últimas décadas del régimen zarista, cuando finalmente una retrasada revolución industrial estalló en toda Rusia, nadie había intentado explorar y colonizar las regiones del extremo norte del país con tal intensidad.

Hubo muchas tragedias, sobre todo al inicio de esta nueva época. Recientemente, un documento hallado en los archivos de Novosibirsk ha permitido confirmar la veracidad de un espantoso incidente, que desde hacía tiempo formaba parte de la leyenda de los supervivientes de los campos. Firmado por un instructor del comité del partido en Narym, en el oeste de Siberia, y enviado a la atención de Stalin en mayo de 1933, en el documento se describe con exactitud la llegada de un grupo de campesinos deportados (llamados «elementos atrasados») a la isla de Nazino en el río Ob. Eran

desterrados, y como tales se suponía que colonizarían la tierra y presumiblemente la cultivarían:

> El primer convoy trajo 5070 personas, y el segundo, 1044. Eran 6114 en total. Las condiciones de transporte eran indignantes: la poca comida que había disponible era incomible y los deportados estaban hacinados en un espacio casi sin aire. El resultado fue la muerte diaria de 35 a 40 personas. Estas condiciones de vida, no obstante, resultaron un lujo en comparación con lo que esperaba a los deportados en la isla de Nazino … La isla de Nazino es un lugar despoblado, sin ningún asentamiento … No había herramientas, ni granos, ni alimentos. Así comenzó su nueva vida. Al día siguiente de la llegada del primer convoy, el 19 de mayo, comenzó a nevar otra vez, y se levantó el viento. Muertos de hambre, consumidos por meses de comida insuficiente, sin cobijo y sin herramientas … estaban atrapados. Ni siquiera eran capaces de encender el fuego para paliar el frío. Comenzaron a morir más y más personas … El primer día enterraron a 295 personas. Fue solo el cuarto o quinto día después de la llegada del convoy a la isla cuando las autoridades enviaron un poco de harina por barco, realmente nada más que unas cuantas libras por persona.

El 20 de agosto, tres meses después, proseguía el funcionario del partido, casi 4000 de los 6114 «colonos» originales habían muerto. Los restantes habían sobrevivido porque comieron la carne de los que habían muerto. Según un recluso, que encontró a algunos de estos supervivientes en la prisión de Tomsk, parecían «cadáveres andantes» y todos estaban bajo arresto acusados de canibalismo.[2]

Aunque la tasa de mortalidad no fuera tan terrorífica, las condiciones de vida en los primeros proyectos más conocidos del Gulag podían ser casi igualmente intolerables. BAMlag, un campo organizado para construir un ramal del ferrocarril de Baikal a Amur en el lejano oriente ruso (parte del sistema ferroviario del Expreso Transiberiano), fue un caso notable de cómo las cosas podían ir de mal en peor simplemente por la falta de planificación. Como el canal del mar Blanco, la construcción del ferrocarril fue llevada a cabo con gran precipitación, sin una preparación previa. Los planificadores del campo realizaron simultáneamente la prospección del terreno, el trazado y la construcción del ferrocarril; la construcción comenzó antes de que se completaran las prospecciones. Los mapas existentes eran deficientes. Se cometieron costosos errores. Según un superviviente, «dos equipos de obreros [cada uno de los cuales exploraba una extensión diferente de terreno] descubrieron que no podían terminar el trabajo, porque los dos ríos por cuyas orillas caminaban se unían en los mapas, pero en la realidad estaban muy

alejados».[3]

Sin embargo, aunque todos los complejos de campos fundados a comienzos de los años treinta estaban desorganizados y no estaban preparados para comenzar (y desde luego no lo estaban para recibir a los macilentos presos que provenían de los distritos donde reinaba la hambruna), no todos se hundieron en un caos letal. En determinadas circunstancias (condiciones favorables del terreno, combinadas con un fuerte apoyo de Moscú), algunos pudieron prosperar. Con celeridad sorprendente, desarrollaron estructuras burocráticas más estables, construyeron edificios permanentes, e incluso floreció en ellos una élite local del NKVD. Finalmente unos pocos campos llegarían a abarcar grandes extensiones del territorio, convirtiendo regiones enteras en vastas prisiones. Dos de los campos fundados en esta época (la expedición Ujtinskaya y el consorcio Dalstrói) alcanzarían finalmente el tamaño y la categoría de imperios industriales. Sus orígenes merecen ser considerados en detalle.

Para el viajero poco observador, un viaje en automóvil por la deteriorada autopista que une la ciudad de Siktivkar, la capital administrativa de la República de Komi, y la ciudad de Ujtá, uno de los principales centros industriales de Komi, parecería ofrecer muy poco interés. El camino, durante unos 200 kilómetros, pasa por pinares inacabables y cruza por terrenos pantanosos. Aunque el camino pasa por unos pocos ríos, las vistas son en todo caso poco notables: es la taiga, el paisaje espléndido y monótono del Subártico por el cual Komi (y en efecto toda Rusia septentrional) es famosa.

Sin embargo, un examen más atento revela algunas rarezas. Si uno sabe dónde mirar, es posible ver hendiduras en ciertos lugares, precisamente junto al camino. Son la única prueba existente del campo que una vez se extendió a lo largo del camino, y de las cuadrillas de prisioneros que lo construyeron. Debido a que los sitios de construcción eran temporales, los prisioneros no se alojaban en barracones, sino en *zemlyanki*, refugios subterráneos: de ahí las marcas en el terreno.

En otra sección de la carretera quedan los restos de un tipo de campo más establecido, antaño adyacente a un pequeño yacimiento petrolífero. Ahora cubren el lugar la maleza y el sotobosque, pero aún se pueden ver tablones de madera podridos (posiblemente preservados por el petróleo que se desprendía de

las botas de los presos) y restos de alambrada. Aquí no hay ningún monumento, aunque hay uno en Bograzdino, un campo de tránsito situado más lejos, donde hubo 25 000 personas. No queda ni rastro de Bograzdino. Todavía en otro lugar del camino (tras una moderna gasolinera, propiedad de Lukoil, una nueva compañía rusa) queda una vieja atalaya, rodeada de chatarra y fragmentos de alambrada.

Aunque a primera vista son difíciles de distinguir, los restos del Gulag son visibles por todo Komi, esta vasta región de taiga y tundra situada al noreste de San Petersburgo y al oeste de los Urales. Los prisioneros planificaron y construyeron las principales ciudades de la república, no solo Ujtá, sino también Siktivkar, Pechora, Vorkutá e Inta. Los prisioneros construyeron los ferrocarriles y las carreteras de Komi, así como su infraestructura industrial original. Muchos de sus pueblos aún son llamados con los nombres locales de la época estalinista: «Barrio chino», por ejemplo, donde estaba recluido un grupo de presos chinos, o Berlín, habitado antaño por los prisioneros de guerra alemanes.

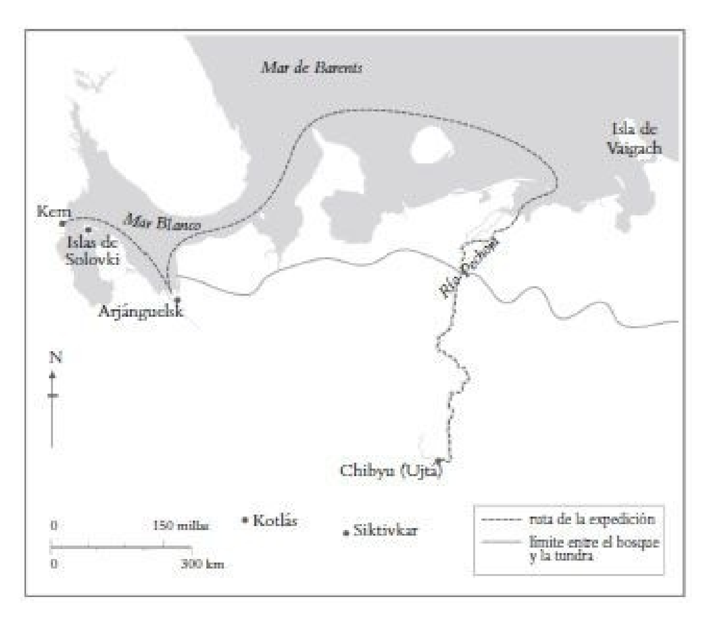
Los orígenes de esta vasta república de prisiones se remontan a una de las primeras expediciones de la OGPU, la expedición Ujtinskaya que en 1929 emprendió la exploración de lo que hasta entonces era un yermo. Para los estándares soviéticos, la expedición estaba relativamente bien preparada. Contaba con una plétora de especialistas, que en su mayoría eran ya presos del sistema Solovki: solo en 1928 se habían enviado 68 ingenieros de minas a SLON, quienes eran víctimas de la campaña de ese año contra los «minadores» y saboteadores que supuestamente obstaculizaban el ímpetu hacia la industrialización de la Unión Soviética.[4]

En noviembre de 1928, con un misterioso sentido de la oportunidad, la OGPU arrestó también a N. Tijonovich, un famoso geólogo. Sin embargo, después de recluirlo en la prisión de Butyrka de Moscú, no realizaron una instrucción ordinaria. Por el contrario, lo llevaron a una reunión de planificación. Sin detenerse en preámbulos (recordaba después Tijonovich) un grupo de ocho personas (no se le dijo quiénes eran) le preguntaron, a quemarropa, cómo preparar una expedición a Komi. ¿Qué ropa llevaría si tuviera que ir? ¿Qué cantidad de provisiones? ¿Qué herramientas? ¿Con qué medios de transporte? Tijonovich, que había estado por primera vez en la región en 1900, recomendó la vía naval, señalando que los barcos podrían llevar equipo pesado. Siguiendo su

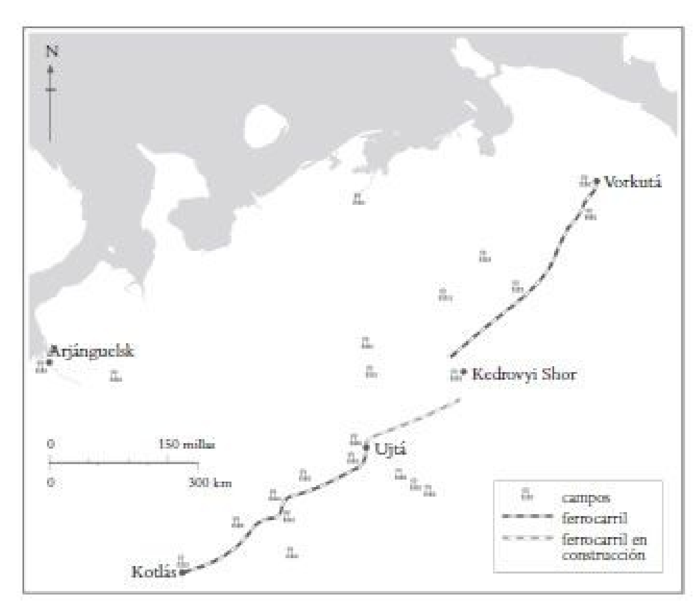
recomendación, la expedición se realizó por mar. Tijonovich, todavía preso, se convirtió en el geólogo jefe.

No se perdió tiempo, ni se ahorró en gastos, pues la cúpula soviética consideraba que la expedición era una prioridad urgente, aunque no es de sorprender que encontrara muchas dificultades. Pequeños grupos de prisioneros lograron escapar en varios puntos de la ruta. Cuando finalmente la expedición llegó a la desembocadura del río Pechora, resultó difícil encontrar guías locales: los nativos komi no deseaban establecer vínculos con los presos ni con la policía secreta, y rehusaron cooperar para que la embarcación navegara río arriba. Sin embargo, después de siete semanas el barco llegó por fin. El 21 de agosto establecieron el campamento base en el pueblo de Chibyu, después rebautizado como Ujtá.

Nada más llegar, los presos comenzaron a trabajar doce horas al día, construyendo el campo y los locales de trabajo. Los geólogos comenzaron la búsqueda de los lugares idóneos para iniciar la prospección de petróleo. La mayoría de los especialistas llegó en el otoño. También llegaron nuevos convoyes de prisioneros, primero mensualmente, después semanalmente, durante toda la «temporada» de 1930. Hacia el final del primer año de la expedición, el número de presos había pasado de 139 a casi 1000.



La ruta de la expedición de Ujtinskaya,
República de Komi, 1929.



Ujtpechlag, República de Komi, 1937.

Pese a la planificación previa, las condiciones en esos primeros días, tanto para los presos como para los desterrados, eran tan espantosas como en todas partes. La mayoría tenía que vivir en tiendas, pues no había barracones. Tampoco había suficiente ropa de invierno ni calzado, ni suficiente comida en las proximidades. La harina y la carne llegaban en cantidades menores que las ordenadas, al igual que las medicinas. El número de presos enfermos y débiles aumentó, como admitieron los jefes de la expedición en un informe posterior. El aislamiento era asimismo difícil de soportar. Tan alejados estaban estos campos de la civilización (y de las carreteras, por no hablar de los ferrocarriles) que en Komi no se utilizaron alambradas hasta 1937. La huida no tenía sentido.

Sin embargo, los presos continuaron llegando con las expediciones complementarias que salían del campamento establecido en Ujtá. Si tenían éxito, cada una de estas expediciones fundaba una nueva base —un *lagpunkt*— a veces en lugares impensablemente remotos, a varios días o semanas de camino de Ujtá. Y, a su vez, fundaban nuevos subcampos, edificaban caminos o granjas colectivas para atender las necesidades de los presos. De esta manera, los campos se expandieron como la mala hierba por los bosques deshabitados de Komi.

En 1931, un equipo de veintitrés personas salió hacia el norte desde Ujtá en barco, y llegó hasta los canales interiores con el propósito de comenzar la explotación de un enorme yacimiento de carbón (la cuenca hullera del Vorkutá)

descubierto en la tundra ártica, en la zona norte de Komi, el año anterior. Como en todas las expediciones de este tipo, los geólogos señalaban la ruta, los presos tripulaban los barcos y un pequeño contingente de la OGPU dirigía la operación, abriéndose paso remando entre las nubes de insectos que habitan la tundra en los meses estivales. Pasaron las primeras noches a campo abierto; después, de algún modo construyeron un campo, sobrevivieron al invierno y levantaron un primitivo campamento minero en primavera: Rudnik n.º 1. Usando picos, palas y carretillas, sin ningún tipo de equipo mecanizado, los presos comenzaron la extracción de carbón. En solo seis años, Rudnik n.º 1 se convertiría en la ciudad de Vorkutá y en el cuartel general de Vorkutlag, uno de los campos más grandes y más duros de todo el sistema Gulag. En 1938, Vorkutlag tenía 15 000 presos y había producido 188 206 toneladas de carbón.[5]

Técnicamente, no todos los nuevos habitantes de Komi eran prisioneros. Desde 1929, las autoridades comenzaron también a enviar «desterrados especiales» a la región. Primero eran casi todos *kulaks*, que llegaban con sus esposas e hijos (se suponía que vivirían de la tierra). Yágoda había declarado que a los desterrados se les daba «tiempo libre» en el que debían cultivar huertos, criar cerdos, pescar y construir sus propias casas: «Primero vivirán de las raciones del campo, después a su propia costa».[6] Aunque todo esto era bastante risueño, en realidad, en 1930, cuando llegaron casi 5000 de esas familias desterradas (más de 16 000 personas) no encontraron prácticamente nada, como era habitual. En noviembre de ese año se construyeron 268 barracones, aunque se necesitaban al menos 700. Tres o cuatro familias compartían una habitación. No había suficiente comida, ropa ni botas de invierno. Los pueblos de desterrados carecían de baños, caminos, servicio de correos y cables telegráficos.[7]

Aunque algunos murieron y muchos trataron de escapar (a finales de julio lo habían intentado 344), los desterrados de Komi se convirtieron en una adición permanente al sistema de campos. Los desterrados no vivían en el recinto de alambradas, pero tenían los mismos trabajos que los presos, a veces en los mismos lugares. Muchos desterrados acabaron trabajando como guardias o administradores en los campos.[8]

Con el tiempo, este crecimiento geográfico se reflejó en la nomenclatura del campo. En 1931, la expedición Ujtinskaya fue rebautizada como Campo de

Trabajo Correccional Ujto-Pechorsky o Ujtpechlag. En las dos décadas siguientes, Ujtpechlag cambiaría de nombre repetidas veces y asimismo sería reorganizada y subdividida, reflejando la cambiante geografía de su imperio en expansión y de su creciente burocracia. A finales de la década, efectivamente, Ujtpechlag ya no sería en absoluto un único campo. Antes bien generó toda una red de campos (dos docenas en total) que comprendía: Ujtpechlag y Ujtizhemlag (petróleo y carbón), Ustvymlag (silvicultura), Vorkutá e Intá (carbón) y Sevheldorlag (ferrocarriles).[9]

En el curso de los años siguientes, Ujtpechlag y sus retoños también se hicieron más densos, adquirieron nuevas instituciones y nuevos edificios acordes con sus requerimientos siempre mayores. Al necesitar hospitales, los jefes del campo los construyeron, e introdujeron sistemas para preparar presos farmacéuticos y presas enfermeras. Si se necesitaban alimentos, construían sus propias granjas colectivas, con sus propios almacenes y sus propios sistemas de distribución. Si se necesitaba electricidad, edificaban centrales eléctricas. Si se necesitaban materiales de construcción, se construían fábricas de ladrillos.

En caso de necesitar trabajadores calificados, formaban a los que tenían. Gran parte de los antiguos *kulaks* resultaron ser analfabetos o semianalfabetos, lo que causaba enormes problemas al afrontar proyectos de una relativa complejidad técnica. La dirección del campo por tanto estableció escuelas de preparación técnica, que a su vez exigieron más edificios nuevos y nuevos cuadros: profesores de matemáticas y física, así como «instructores políticos» para supervisar su trabajo.[10] Hacia los años cuarenta, Vorkutá —una ciudad edificada en el suelo helado (permafrost), cuyos caminos cada año tenían que ser desenterrados, y los conductos, reparados— había conseguido dotarse de un Instituto Geológico y una universidad, teatros y teatrines de títeres, piscinas y guarderías.

Pero la expansión de Ujtpechlag no fue muy publicitada ni fue desordenada. El destino del campo se analizaba en los niveles más altos posible. Vale la pena señalar que en noviembre de 1932, el Politburó —con la asistencia de Stalin— dedicó más de una reunión a debatir la situación y los planes futuros de Ujtpechlag, examinando perspectivas y suministros con sorprendente detenimiento. Por las actas de la reunión, parece como si el Politburó tomase todas las decisiones, o al menos aprobase todos los asuntos de cierta relevancia:

qué minas debía explotar el campo, qué ferrocarriles debía construir, cuántos tractores, coches y barcos requería, cuántas familias desterradas podía absorber. El Politburó también asignó dinero para la construcción del campo: más de 26 000 000 de rublos.[11]

No fue casual que en los tres años que siguieron a esta decisión el número de prisioneros casi se cuadruplicara: de 4797 a mediados de 1932 a 17 852 a mediados de 1933.[12] En los niveles más altos de la jerarquía soviética, alguien deseaba mucho que Ujtpechlag creciera. Dado su poder y prestigio, este no podía ser otro que el propio Stalin.

«Kolimá —escribió un historiador— es un río, una cordillera, una región y una metáfora.»[13] Rica en minerales —y sobre todo en oro—, la vasta región de Kolimá en el extremo nororiental de Siberia, en la costa del Pacífico, quizá sea la región más inhóspita de Rusia. Kolimá es más fría que Komi (las temperaturas descienden regularmente a unos -45 ºC en invierno) y aún más remota.[14] Para llegar a los campos de Kolimá, los presos viajaban en tren a través de toda la URSS, a veces durante tres meses, hasta Vladivostok. Hacían el resto del viaje en barco, viajando hacia el norte cerca de Japón, a través del mar de Ojotsk, hacia el puerto de Magadán, la entrada del valle del río Kolimá.

El primer jefe de Kolimá, Eduard Berzin, es una de las figuras más curiosas en la historia del Gulag. En 1926, Stalin le asignó la tarea de organizar Vishlag, uno de los primeros campos de gran tamaño. La OGPU construyó Vishlag al mismo tiempo que el canal del mar Blanco, y al parecer Berzin apoyó las ideas de Gorki sobre la reforma penitenciaria (o al menos mostraba entusiasmo en público). Imbuido de buena voluntad paternalista, Berzin dotó a sus reclusos de salas de cine y clubes de discusión, bibliotecas y comedores «estilo restaurante». Construyó jardines con fuentes y un pequeño parque zoológico. También pagó a los presos salarios regulares y aplicó la misma política de «liberación anticipada a cambio de un buen trabajo» como hicieron los jefes del canal del mar Blanco. No todos se beneficiaron de estas comodidades: los presos que eran considerados trabajadores deficientes o que simplemente no tuvieron suerte, podrían ser enviados a uno de los numerosos pequeños campos de silvicultura de Vishlag, *lagpunkts* en la taiga, donde las condiciones eran malas, la tasa de mortalidad más elevada y donde se torturaba e incluso se asesinaba a los

prisioneros sin hacer ruido.[15]

La intención de Berzin era que el campo *pareciera* una institución honorable. Su talento para crear imágenes risueñas pudo haber sido precisamente lo que la cúpula soviética deseaba. Pues, aunque posteriormente sería absorbido por la administración del Gulag, al comienzo se hablaba de Dalstrói (en público) como si fuera una entidad separada, una especie de conglomerado empresarial que no tenía nada que ver con el Gulag. Las autoridades fundaron discretamente Sevostlag, un campo del Gulag que alquilaba presos al consorcio Dalstrói. En la práctica, las dos instituciones nunca compitieron. El jefe de Dalstrói era también el jefe de Sevostlag, y no había duda sobre ello. En el papel, sin embargo, se mantenían separadas, y en público aparecían como entidades distintas.[16]



Kolimá, 1937.

Había cierta lógica en esta entente. Por una parte, Dalstrói necesitaba atraer voluntarios, en especial ingenieros y mujeres casaderas (había siempre escasez de ambos en Kolimá), y Berzin dirigió muchos proyectos de reclutamiento en un intento de persuadir a los «trabajadores libres» de emigrar a la región, estableciendo oficinas con ese fin en Moscú, Leningrado, Odessa, Rostov y Novosibirsk.[17] Por esa única razón, Stalin y Berzin pueden haber querido evitar asociar Kolimá demasiado estrechamente con el Gulag temiendo que ese vínculo pudiera espantar a los potenciales reclutas. Aunque no hay pruebas fehacientes, estas maquinaciones pueden haber estado dirigidas al mundo exterior. Como la

madera soviética, el oro de Kolimá debía venderse directamente a Occidente, a cambio de la tecnología y la maquinaria que tan desesperadamente se necesitaba. Esto puede contribuir a explicar por qué la cúpula soviética deseaba hacer que los campamentos de oro de Kolimá parecieran una empresa económica tan «normal» como fuera posible. Un boicot contra el oro soviético habría sido mucho más perjudicial que un boicot a la madera soviética.

En cualquier caso, el compromiso personal de Stalin con Kolimá fue muy firme desde el comienzo. En 1932 exigió efectivamente informes diarios sobre la extracción aurífera, y como se ha señalado, se interesó por los detalles de los proyectos de prospección de Dalstrói y en el cumplimiento de las cuotas de producción. Envió inspectores a examinar los campos, y exigió a los jefes de Dalstrói que viajaran con frecuencia a Moscú. Cuando el Politburó asignó dinero a Dalstrói, también impartió instrucciones precisas referidas a cómo debía gastarse el dinero, como hizo con Ujtpechlag.[18]

Sin embargo, la «independencia» de Dalstrói no era una mera ficción. Aunque obedecía a Stalin, Berzin consiguió dejar su huella en Kolimá, hasta tal punto que la «época de Berzin» sería recordada con cierta nostalgia. Berzin parece haber asumido su tarea de un modo bastante sencillo: su trabajo era hacer que sus prisioneros sacaran tanto oro como fuera posible. No estaba interesado en privarlos de alimento ni matarlos ni castigarlos; solo importaban las cifras de producción. Bajo el primer jefe de Dalstrói, las condiciones no fueron tan duras como lo serían después; y los presos no estaban tan hambrientos. Parcialmente a raíz de ello, la producción de oro de Kolimá se multiplicó por ocho en los primeros dos años de funcionamiento de Dalstrói.[19]

Esto no significa, por supuesto, que los primeros años no estuvieran plagados del mismo caos y la desorganización que reinaban en otras partes, particularmente a causa de que Kolimá creció aún más rápido que Ujtpechlag. En 1932, casi 10 000 presos trabajaban en la región, entre ellos el grupo de ingenieros y especialistas reclusos cuya calificación concordaba precisamente con la tarea que tenían ante sí, junto con más de 3000 «trabajadores libres» voluntarios (trabajadores del campo que no eran prisioneros).[20] La elevada cifra estaba acompañada por una elevada tasa de mortalidad. De los 16 000 presos que viajaron a Kolimá en el primer año de Berzin, solo 9928 llegaron vivos a Magadán.[21] Los demás fueron abandonados, mal abrigados y sin protección, a

las tormentas invernales: los supervivientes de este primer año aseguraban después que solo la mitad de ellos había sobrevivido.[22]

Sin embargo, una vez superado el caos inicial, la situación mejoró gradualmente. Berzin trabajó mucho para mejorar las condiciones, creyendo al parecer, y no sin razón, que los prisioneros necesitaban estar bien abrigados y alimentados para poder extraer grandes cantidades de oro. Un superviviente de ese campo, Varlam Shalámov, cuyos *Cuentos de Kolimá* están entre los más crudos de la narrativa sobre los campos, también escribió sobre el período de Berzin como una época de

> … comida excelente, jornada de cuatro a seis horas en invierno y diez en verano, y salarios colosales para los prisioneros, que les permitirían volver al continente como hombres ricos cuando cumplieran sus condenas … Los cementerios de esos días eran tan pocos en número que los primeros residentes de Kolimá les parecían inmortales a los que vinieron después.[23]

Si las condiciones de vida eran mejores que las que vendrían después, la dirección del campo también trataba a los prisioneros con un mayor grado de humanidad. En esa época, la división entre los trabajadores libres voluntarios y los prisioneros no era clara. Los dos grupos hacían vida social con normalidad: a veces se permitía a los reclusos que abandonaran los barracones y se trasladaran a una aldea de trabajadores libres, y podían ser ascendidos para convertirse en guardias militarizados, así como en geólogos e ingenieros.[24]

Como en Ujtpechlag, la infraestructura de Kolimá pronto se volvió más compleja. En los años treinta, los prisioneros no solo abrieron pozos mineros, sino que también construyeron los muelles y rompeolas del puerto de Magadán, así como la única carretera importante de la región, la autopista de Kolimá, que se dirige al norte desde Magadán. Los prisioneros también edificaron la propia ciudad de Magadán, que hacia 1936 ya tenía 15 000 habitantes, y continuaría creciendo. Al volver a la ciudad en 1947, después de servir siete años en campos remotos, Evgeniya Guinzburg «casi se desmayó de sorpresa y admiración» al ver la rapidez del crecimiento de Magadán: «Solo después de algunas semanas advertí que uno podía contar con los dedos de la mano los edificios altos, pero entonces fue para mí realmente una gran metrópoli».[25]

En realidad, Guinzburg fue de los pocos prisioneros que observó una peculiar paradoja. Era extraño pero cierto; tanto en Kolimá como en Komi,

lentamente el Gulag fomentaba la «civilización» (si esto se puede llamar así) en la remota tundra. Se construían carreteras donde solo había habido bosques, donde había habido pantanos estaban apareciendo casas. Los pobladores nativos eran desplazados para dar paso a las ciudades, las fábricas y los ferrocarriles.

Evgeniya Guinzburg hizo una observación paradójica:

> ¡Qué extraño es el corazón del hombre! Maldecía con toda mi alma a aquellos que habían concebido la idea de construir una ciudad en este suelo perpetuamente helado, ablandando el suelo con la sangre y las lágrimas de personas inocentes. Pero al mismo tiempo era consciente de un orgullo ridículo … ¡Cómo había crecido, y qué bella se había vuelto nuestra Magadán durante mis siete años de ausencia! Era prácticamente irreconocible. Yo admiraba cada luz, cada tramo de asfalto, e incluso el cartel que anunciaba que la Casa de la Cultura estaba presentando la opereta *La princesa del dólar*. Atesoraba cada momento de nuestra vida, incluso el más amargo.[26]

En 1934, la expansión del Gulag en Kolimá, en Komi y en Siberia, en Kazajstán, y en otras partes de la URSS, había seguido el mismo patrón que Solovki. En los primeros días, la negligencia, el caos y el desorden causaron muchas muertes innecesarias. Incluso sin un sadismo declarado, la irreflexiva crueldad de los guardias, que trataban a los presos como animales domésticos, causó muchas penalidades.

Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, el sistema parecía acomodarse a tropezones: la tasa de mortalidad descendió respecto al récord de 1933 cuando disminuyó la hambruna en todo el país y los campos se organizaron mejor. Hacia 1934, se mantenía en un 4% (según la estadística oficial).[27] Ujtpechlag estaba produciendo petróleo, Kolimá, oro; los campos en la región de Arjánguelsk producían madera. Se construían carreteras que cruzaban Siberia. Abundaban los errores y los percances, pero lo mismo ocurría en toda la URSS. La celeridad de la industrialización, la falta de planificación y la escasez de especialistas bien preparados hacían inevitables los accidentes y el gasto excesivo, tal como sabían los directores de los grandes proyectos.

Pese a los contratiempos, la OGPU rápidamente se estaba convirtiendo en uno de los elementos económicos más importantes del país. En 1935, Dmitlag, el campo que construyó el canal Moscú Volga, disponía de casi 200 000 presos, más de los que había empleado para el canal del mar Blanco.[28] Siblag había crecido también, jactándose de 63 000 prisioneros en 1934, mientras que Dallag había más que triplicado su tamaño a cuatro años de haber sido fundado,

contando con 50 000 en 1934. Otros campos habían sido fundados por toda la Unión Soviética: Sazlag, en Uzbekistán, donde los prisioneros trabajaban en granjas colectivas; Svirlag, cerca de Leningrado, donde los prisioneros talaban árboles y fabricaban objetos de madera para la ciudad; y Karlag, en Kazajstán, que empleaba a los prisioneros como agricultores, obreros de fábrica e incluso pescadores.[29]

Fue también en 1934 cuando la OGPU fue reorganizada y rebautizada una vez más, en parte para reflejar su nuevo estatus y sus mayores responsabilidades. En ese año, la policía secreta se convirtió oficialmente en el Comisariado del Pueblo del Interior y comenzó a conocerse generalmente por sus siglas, NKVD. Con este nuevo nombre, el NKVD controló ahora el destino de más de un millón de prisioneros.[30] Pero la relativa calma no debía durar. Abruptamente, el sistema estaba a punto de sufrir el trastorno de una revolución que destruiría a amos y esclavos por igual.

6

El «gran terror» y sus secuelas

> Esto sucedió cuando solo los muertos sonreían,
> alegres por haber hallado al fin reposo,
> y como un apéndice inútil, Leningrado colgaba
> del portón de sus cárceles, mecido por el viento.
> En tiempos en que, locos de dolor,
> los condenados desfilaban al paso
> mientras las locomotoras lanzaban al aire
> su breve canción de despedida…
> Estrellas de muerte planeaban en lo alto,
> y la inocente Rusia se retorcía
> bajo las botas ensangrentadas
> y bajo las ruedas de furgones celulares.

ANNA AJMÁTOVA,
Réquiem, 1935-1940[1]

Hablando objetivamente, en la historia de los campos, el número más elevado de muertes no ocurrió durante los años del «gran terror» (1937 y 1938). Tampoco en esa época se produjo la expansión más importante de los campos: el número de prisioneros fue mucho mayor en la década siguiente, y después, en 1952, aumentó más de lo que se suele recordar. Aunque las estadísticas disponibles no son completas, es evidente que la tasa de mortalidad en los campos fue más alta durante el período álgido de la hambruna rural (1922-1923), así como en el peor momento de la Segunda Guerra Mundial (en 1942-1943), cuando el número total de personas asignadas a los campos de trabajo forzado, prisioneros y soldados rasos rondaba los cuatro millones.[2]

Después de todo, el «gran terror» fue la continuación de dos décadas previas de represión. A partir de 1918 hubo regularmente detenciones y deportaciones masivas, que a comienzos de la década de 1920 afectaron primero a los políticos

de la oposición; después, a finales de dicha década, a los «saboteadores», y finalmente a los *kulaks* a comienzos de los años treinta. Todos estos episodios de arrestos masivos eran acompañados de periódicas redadas contra los responsables de «desorden social».

A su vez, el «gran terror» fue seguido por aún más detenciones y deportaciones: de polacos, ucranianos y bálticos de los territorios invadidos en 1939; de «traidores» al Ejército Rojo apresados por el enemigo; de ciudadanos que se encontraban en el lado equivocado de la línea del frente después de la invasión nazi de 1941. Posteriormente, en 1948, habría nuevas detenciones de antiguos reclusos de los campos, y todavía después, poco antes de la muerte de Stalin, detenciones masivas de judíos. Aunque las víctimas de 1937 y 1938 eran quizá más conocidas, y aunque después no habría algo tan espectacular como los procesos públicos de aquellos años, las detenciones del «gran terror» se definen con más exactitud, no como el apogeo de la represión, sino como una de las más extraordinarias oleadas represivas que abatiera al país durante el régimen de Stalin: afectó más a la élite (antiguos bolcheviques, miembros destacados del ejército y del partido), abarcó a una clase de personas más amplia y se tradujo en un número inusitado de ejecuciones.

En la historia del Gulag, sin embargo, 1937 marca una verdadera línea divisoria, pues fue el año en que los campos soviéticos dejaron de ser prisiones administradas temporalmente con displicencia donde la gente moría por accidente, y pasaron a convertirse en verdaderos campos de exterminio donde los prisioneros eran obligados a trabajar hasta la muerte, o eran asesinados, en un número que no tenía precedentes en el pasado.

Como el resto del país, los habitantes del Gulag percibieron las señales que anunciaban el terror inminente y que comenzaron a encenderse en 1934. A raíz del hasta hoy no aclarado asesinato de Serguéi Kírov, el popular dirigente del partido en Leningrado, en diciembre de ese año, Stalin impuso una serie de decretos que otorgaban al NKVD amplios poderes para arrestar, procesar y ejecutar a los «enemigos del pueblo». En unas semanas, dos ilustres bolcheviques, Kámenev y Zinóviev (ambos opositores de Stalin en el pasado) se convirtieron en víctimas de estos decretos, y fueron arrestados junto con sus partidarios y presuntos partidarios, muchos de Leningrado.

Lentamente, la purga se hizo más sangrienta. Durante la primavera y el

verano de 1936, los agentes interrogadores de Stalin presionaron a Kámenev y Zinóviev, así como a un grupo de antiguos admiradores de Trotski, preparándolos para «confesar» en un gran proceso público, que tuvo lugar en agosto. Todos fueron ejecutados, junto con muchos de sus parientes. Otros procesos de destacados bolcheviques, entre ellos el del carismático Nikolái Bujarin, siguieron a su debido tiempo.

La obsesión de arrestar y ejecutar se difundió de arriba abajo por la jerarquía del partido y por toda la sociedad. Fue impulsada desde arriba por Stalin, que la utilizó para eliminar a sus enemigos, crear una nueva clase de líderes leales, aterrorizar a la población soviética y llenar los campos de concentración. A partir de 1937 firmó órdenes que fueron enviadas a los jefes regionales del NKVD, con listas de personas que debían ser arrestadas (sin especificar el motivo) en determinadas regiones. Algunos debían ser condenados a la pena de «primera categoría» (la muerte), y otros a la de «segunda categoría» (confinamiento en un campo de concentración por un período de ocho a diez años).

Leer estas órdenes se parece mucho a leer las órdenes de un burócrata que ha ideado la última versión del plan quinquenal. He aquí, por ejemplo, una fechada el 30 de julio de 1937:

	1.ª CATEGORÍA	2.ª CATEGORÍA	TOTAL
Azerbaiyán RSS	1.500	3.750	5.250
Armenia RSS	500	1.000	1.500
Bielorrusia RSS	2.000	10.000	12.000
Georgia RSS	2.000	3.000	5.000
Kirguizistán RSS	250	500	750
Tadzhikistán RSS	500	1.300	1.800
Turkmenistán RSS	500	1.500	2.000
Uzbekistán RSS	750	4.000	4.750
Bashkiria RSS	500	1.500	2.000
Buriatia RSSA	350	1.500	1.850
Daguestán RSSA	500	2.500	3.000
Carelia RSSA	300	700	1000
Kabardá y Balkaria RSSA	300	700	1.000
Crimea RSS	300	1.200	1.500
Komi RSSA	100	300	400
Kalmukia RSS	100	300	400
Mari El RSSA	300	1.500	1.800
Otros[3]			

[3]

Sin duda, la purga no fue espontánea: nuevos campos para nuevos presos eran preparados incluso con antelación. Por otra parte, la purga no encontró demasiada resistencia. La dirección del NKVD en Moscú esperaba que sus subordinados provinciales mostraran entusiasmo, y estos obedecieron con fervor. «Pedimos permiso para fusilar 700 personas más de las bandas de Dashnak y otros elementos antisoviéticos», solicitaba a Moscú el NKVD armenio en septiembre de 1937.

En el Gulag, la purga primero dejó su impronta en las filas de los jefes de campo eliminando a muchos de ellos. Si 1937 sería recordado en todo el país como el año en que la revolución devoró a sus hijos, en el sistema de campos sería recordado como el año en que el Gulag aniquiló a sus fundadores comenzando por el mando superior: Yágoda, el jefe de la policía secreta que tenía la mayor responsabilidad por la expansión del sistema de campos, fue procesado y fusilado en 1938 después de suplicar que le perdonaran la vida en una carta al Soviet Supremo: «Es duro morir —escribió el hombre que había enviado a tantos a la muerte—. Me arrodillo ante el pueblo y el partido y les pido que me perdonen y me salven la vida».[4]

Muchos de los jefes y directores de campos, preparados y ascendidos por Yágoda compartieron su destino. Junto con cientos de miles de ciudadanos soviéticos, fueron implicados en vastas conspiraciones, arrestados e interrogados en complejos casos que podían involucrar a cientos de personas. Uno de los casos más notorios se organizó en torno a Matvei Berman, director del Gulag de 1932 a 1937. Los años de servicios prestados al partido no le sirvieron de nada. En diciembre de 1938, el NKVD acusó a Berman de haber dirigido una «organización trotskista derechista saboteadora y terrorista» que había creado «condiciones privilegiadas» para los prisioneros en los campos, había debilitado deliberadamente la «preparación física y militar» de los guardias de los campos (de ahí el gran número de fugas) y, además, había saboteado los proyectos de construcción del Gulag (de ahí su lento avance).

Berman no cayó solo. En toda la Unión Soviética, los jefes de campos del Gulag y los principales directores fueron acusados de pertenecer a la misma «organización trotskista derechista» y fueron sentenciados de un plumazo. Aleksandr Izrailev, por ejemplo, jefe suplente de Ujtpechlag, fue condenado por

«obstaculizar el crecimiento de la extracción de hulla». Aleksandr Polisonov, un coronel que trabajaba en la división de la guardia militarizada del Gulag, fue acusado de haber creado «condiciones imposibles» para ella. Mijaíl Goskin, jefe de la sección de construcción del ferrocarril del Gulag, fue señalado por haber «creado planes irreales» para el ramal de ferrocarril Volochaevka-Konsomolets. Isaak Guinzburg, jefe de la división sanitaria del Gulag, fue hecho responsable de la alta tasa de mortalidad entre los prisioneros, y acusado de haber creado condiciones especiales para otros presos contrarrevolucionarios, facilitándoles la puesta en libertad anticipada por enfermedad. La mayoría de estos hombres fueron condenados a muerte, aunque a varios se les conmutó esta sentencia por la de reclusión en una prisión o en un campo, y unos cuantos incluso sobrevivieron y fueron rehabilitados en 1955.[5]

Un número asombroso de los primeros directores del Gulag tuvo el mismo destino. Fiódor Eichmanns, antiguo jefe de SLON y posteriormente jefe del Departamento Especial de la OGPU, fue fusilado en 1938. Lazar Kogan, el segundo jefe del Gulag, fue fusilado en 1939. El sucesor de Berman como jefe del Gulag, Izrail Pliner, duró un año en el cargo y fue fusilado en 1939. Era como si el sistema necesitase una explicación de por qué funcionaba tan mal, como si necesitara personas a las cuales culpar. O quizá «sistema» es un término equívoco: quizá era el propio Stalin el que necesitaba explicar por qué sus proyectos con trabajo esclavo perfectamente planificados avanzaban con lentitud y con resultados tan variados.

Quizá la más dramática de las historias de los jefes de campos en 1937 fue la que ocurrió a finales de ese año en Magadán, y comenzó con el arresto de Eduard Berzin, director de Dalstrói. Como subordinado directo de Yágoda, Berzin debería haber sospechado que su carrera pronto sería truncada. Debería haberlo sospechado cuando en diciembre recibió a un nuevo grupo de «suplentes» del NKVD, entre ellos al mayor Pávlov, un funcionario del NKVD de más alto rango que el suyo. Aunque Stalin solía presentar de esta manera ante los funcionarios que caerían en desgracia a sus sucesores, Berzin no dio signos de sospechar nada. Cuando el barco ominosamente llamado *Nikolái Yezhov* atracó en la bahía de Nagaevo trayendo al nuevo «personal», Berzin organizó una banda de música para darles la bienvenida. Después de pasar varios días mostrándoles cómo funcionaba todo, aunque ellos virtualmente lo desdeñaron,

Berzin mismo embarcó en el *Nikolái Yezhov*.

Al llegar a Vladivostok, con toda normalidad, procedió a tomar el Expreso Transiberiano a Moscú. Pero aunque Berzin dejó Vladivostok como pasajero de primera clase, llegó como prisionero. A 70 kilómetros de Moscú, en el pueblo de Alexandrov, el tren hizo una parada. En la noche del 19 de diciembre de 1937, Berzin fue arrestado en la plataforma de la estación en las afueras de la capital, de modo que no causara un alboroto en el centro de Moscú y fue llevado a la Lubianka, la prisión central de Moscú para ser interrogado. Fue rápidamente acusado de «actividades contrarrevolucionarias minadoras y saboteadoras». El NKVD lo acusó de organizar una «organización espía diversionista trotskista en Kolimá», que enviaba oro al gobierno japonés y preparaba un ataque japonés en el extremo norte de Rusia. También lo acusaron de espiar para Inglaterra y Alemania. Evidentemente, el director de Dalstrói había sido un hombre muy ocupado. Fue fusilado en agosto de 1938 en el sótano de la Lubianka.

La absurdidad de los cargos no redujo los plazos previstos para el caso. A finales de diciembre, Pávlov, trabajando a toda prisa, había arrestado a la mayoría de los subordinados de Berzin. Situando esta experiencia en perspectiva, la élite de Kolimá no fue la única red poderosa que fue eliminada en 1937-1938. A finales de ese año, Stalin había depurado el Ejército Rojo de un gran número de altos mandos, incluido el mariscal Tujachevski, adjunto al comisario del pueblo para la Defensa, junto con sus esposas e hijos, la mayor parte de los cuales fueron fusilados, aunque algunos acabaron en los campos.[6] El Partido Comunista sufrió un destino similar. La purga alcanzó no solo a los potenciales enemigos de Stalin en la cúpula del partido, sino también a la élite provincial, a los secretarios titulares, a los jefes de los consejos locales y regionales, a los directores de fábricas e instituciones importantes pertenecientes al Gulag.

Tan rigurosa fue la oleada de detenciones en determinados lugares y en el seno de una determinada clase social (escribiría Yelena Sidorkina, asimismo arrestada en noviembre de 1937) que: «Nadie sabía lo que depararía el mañana. La gente estaba temerosa de hablar con otros o de reunirse, especialmente las familias donde el padre o la madre ya habían sido “aislados”. Los pocos individuos lo bastante imprudentes para defender a los arrestados eran automáticamente candidatos al “aislamiento”».[7]

Mas no todos murieron, ni todos los campos fueron depurados. Lo cierto es que los directores de campo menos conocidos salieron mejor parados que el funcionario medio del NKVD, como muestra el caso de V. A. Barabanov, un protegido de Yágoda. En 1935, cuando era jefe suplente de Dmitlag, Barabanov fue arrestado junto con un colega por haber llegado al campo «en estado de ebriedad». Por consiguiente, perdió su puesto, recibió una sentencia de prisión menor, y estaba trabajando en un campo remoto en el extremo norte en 1938 cuando tuvo lugar el arresto masivo de los esbirros de Yágoda. En el caos, olvidaron su existencia. Hacia 1954, perdonada su afición al alcohol, fue ascendido en la jerarquía una vez más para convertirse en el jefe suplente de todo el sistema del Gulag.[8]

En la memoria colectiva surgida en los campos, 1937 no solo fue recordado como el año del «gran terror», también fue el año en que cesó finalmente la propaganda sobre las excelencias de la reeducación del criminal, junto con toda referencia nominal al ideal. En parte, esto pudo haberse debido a los fusilamientos y arrestos de quienes estaban más vinculados a esta campaña. Máximo Gorki había muerto súbitamente en junio de 1936. I. L. Aberbaj, colaborador de Gorki en *Kanal Imeni Stalina* y autor de *Del crimen al trabajo*, un tomo subsiguiente dedicado al canal Moscú-Volga, fue denunciado por trotskista y arrestado en abril de 1937. Así ocurrió con muchos otros escritores que habían tomado parte en el colectivo de Gorki sobre el canal del mar Blanco.[9]

Pero el cambio tenía orígenes más profundos. A medida que la retórica política se hacía más radical, que la cacería de los infractores políticos se intensificaba, el estatus de los campos donde estaban recluidos estos políticos peligrosos cambió igualmente. En un país atrapado por la paranoia y la obsesión del espionaje, la existencia de los campos para «enemigos» y «minadores» se convirtió, si no exactamente en un secreto (los presos que trabajaban construyendo carreteras y bloques de apartamentos debieron de ser figuras habituales en muchas grandes ciudades en la década de 1940), al menos en un tema nunca examinado en público. *Kanal Imeni Stalina* de Gorki fue puesto entre los libros prohibidos por razones que no se han aclarado. Quizá los nuevos jefes del NKVD no podían soportar la enfática alabanza del defenestrado

Yágoda. O quizá su brillante descripción del éxito de la reeducación de los «enemigos» no tenía ya sentido en una época en que afloraban nuevos enemigos, y centenares de miles de ellos se ejecutaban en vez de reformarlos.

No deseando parecer relajados en la tarea de aislar a los enemigos del régimen, los directores del Gulag en Moscú emitieron también nuevas regulaciones internas para mantener el secreto, lo cual implicaba costes enormes. Toda la correspondencia tenía que ser enviada por correo especial. Solo en 1940, los mensajeros del NKVD tuvieron que enviar 25 millones de paquetes secretos. Aquellos que escribían cartas a los campos ahora escribían exclusivamente a los apartados postales, pues la ubicación de los campos se había vuelto secreta. Los mismos campos desaparecieron de los mapas. Incluso la correspondencia interna del NKVD se refería a ellos con eufemismos como «objetos especiales» (*spetsobekty*) o «subsecciones» (*podrazdeleniya*) con el fin de ocultar su verdadera actividad.[10]

El lenguaje utilizado en el interior de los campos también cambió. Hasta el otoño de 1937, los documentos y cartas oficiales solían referirse a los reclusos del campo por su profesión, por ejemplo, llamándolos simplemente «leñadores». En 1940, un preso ya no era un leñador, era solo un preso: un *zaklyuchennyi* o *zlk* en la mayoría de los documentos (se pronuncia *zek*).[11] Un grupo de prisioneros era un *kontingent* («contingente» o «cuota»), un término despersonalizado y burocrático. Tampoco los presos podían obtener el codiciado título de estajanovista: un director de campo envió una airada carta a sus subordinados ordenándoles que se refirieran a los presos laboriosos como «prisioneros que trabajan como trabajadores de choque» o «prisioneros que trabajan según los métodos de trabajo estajanovistas».

El término «político» sufrió también una transformación radical. Se aplicaba a cualquier persona que hubiera sido sentenciada según el infausto artículo 58 del código penal, que comprendía todos los delitos «contrarrevolucionarios» y tenía connotaciones completamente negativas. A los políticos —a veces llamados «krs» (contrarrevolucionarios), *kontras* o *kontriks*— se los llamaba cada vez más *vragi naroda*: «enemigos del pueblo».[12]

Este término, un epíteto jacobino, fue utilizado por Lenin por primera vez en 1917. En 1927 fue tomado por Stalin para referirse a Trotski y a sus seguidores. En 1936 comenzó a adquirir un significado más amplio a partir de una carta

secreta (cuyo autor era Stalin, en opinión de Dmitri Volkogonov, su biógrafo ruso) que el comité central envió a las organizaciones del partido en las regiones y las repúblicas. La carta explicaba que aunque un enemigo del pueblo parecía «dócil e inofensivo», hacía todo lo posible para «deslizarse furtivamente en el socialismo», aunque «secretamente no lo acepta». En otras palabras, los enemigos no podían ser identificados por sus opiniones en público. Un jefe posterior del NKVD, Laurenti Beria, también citaría con frecuencia a Stalin, señalando que «el enemigo del pueblo no es solo quien comete sabotaje, sino quien duda de la línea del partido».

En los campos, «enemigo del pueblo» se convirtió en una expresión oficial utilizada en los documentos oficiales. Las mujeres fueron arrestadas por ser «esposas de enemigos del pueblo» después de que un decreto del NKVD de 1937 hizo posibles tales arrestos, y el mismo criterio se aplicó a los niños. La sentencia oficial que debían recitar cuando los funcionarios de la prisión se lo ordenasen era «ChSVR»: «miembro de la familia de un enemigo de la revolución».[13] La propaganda describió a los «enemigos» como seres que estaban por debajo de los animales. A partir de finales de los años treinta, Stalin también comenzó a referirse a los «enemigos del pueblo» como «gusanos», «escoria», «carroña», o a veces simplemente como «malas hierbas» que debían ser extirpadas.[14]

El mensaje era claro: los *zeks* no eran ya considerados ciudadanos plenos de la Unión Soviética, si es que eran considerados personas en algún sentido. Un prisionero observaba que estaban sometidos a «una especie de excomunión de la vida política, y no se les permitía tomar parte en sus liturgias y ritos compartidos».[15] A partir de 1937, ningún guardia utilizaba la palabra *tovarich* o camarada para dirigirse a los presos, y los presos podían ser golpeados por usarla dirigiéndose a los guardias, a los que debían llamar *grazhdanin* («ciudadano»). Las fotografías de Stalin y otros líderes nunca aparecían en los muros de los campos o prisiones. Una imagen relativamente común a mediados de los años treinta: un tren de prisioneros, con sus vagones cubiertos de retratos de Stalin y banderolas anunciando que sus ocupantes eran estajanovistas, se volvió impensable a partir de 1937.[16]

Con la deshumanización de los presos políticos se produjo un cambio muy pronunciado, y en algunos lugares drástico, de las condiciones de vida. En los

campos, los políticos fueron destituidos de los trabajos que ocupaban en planificación o ingeniería, y obligados a volver a los «trabajos comunes», es decir, el trabajo físico no calificado en minas y bosques: a los «enemigos» ya no se les podía permitir ostentar ningún cargo de importancia, por temor a que se dedicaran al sabotaje. En un informe realizado en febrero de 1939, el jefe de Belbaltlag aseguraba que había «expulsado a todos los trabajadores que no merecían confianza política», y en particular, «a todos los antiguos presos, sentenciados por delitos contrarrevolucionarios». De ahora en adelante, prometía, los trabajos administrativos y técnicos se reservarían «a los comunistas, a los miembros del Komsomol [miembros de la Unión de Jóvenes Comunistas] y a los especialistas leales». Evidentemente, la productividad económica no era ya la prioridad suprema de los campos.[17]

Los regímenes del campo se volvieron más severos para los delincuentes comunes y para los políticos. La ración de pan por «trabajo común» al comienzo de los años treinta podía ser hasta de un kilo diario, incluso para aquellos que no cumplían al cien por cien con la cuota fijada por la norma, y hasta de dos kilos para los estajanovistas.[18] A finales de la década, la ración garantizada había disminuido a menos de la mitad, cayendo hasta los 400-450 gramos de pan, mientras que aquellos que lograban cumplir el cien por cien de la tarea obtenían un extra de 200 gramos. La ración de castigo era de 300 gramos.[19]

Asimismo, las condiciones empeoraron porque el número de prisioneros aumentó en algunos lugares con asombrosa rapidez. Es cierto que el Politburó había tratado de preparar con antelación esta afluencia, dando instrucciones al Gulag en 1937 para que comenzara la construcción de cinco nuevos campos madereros en la región de Komi, y otros más «en las áreas remotas de Kazajstán». Con el fin de acelerar la construcción, el Gulag había recibido «un adelanto de un millón de rublos» para organizar estos nuevos campos. Además se ordenó a los comisariados del pueblo para la Defensa, Sanidad y Explotación Forestal que encontraran 240 oficiales de comando y trabajadores políticos, 150 médicos, 400 auxiliares médicos, 10 eminentes especialistas en silvicultura y «50 graduados de la Academia de Tecnología Forestal de Leningrado» para que trabajaran en el Gulag de inmediato.[20]

Sin embargo, en los campos existentes, otra vez colmados de nuevos reclusos, se repitió el hacinamiento de comienzos de los años treinta. En un

lagpunkt edificado para 250-300 personas en Siblag, el campo forestal siberiano, un superviviente calculaba que el número real de presos en 1937 superaba los 17 000. Aunque el número real hubiera ascendido solo a la cuarta parte de esa cifra, lo excesivo de la estimación indica que se percibía una extrema aglomeración en el lugar. Desprovistos de barracones, los prisioneros excavaron *zemlyanki* (refugios subterráneos); pero incluso estos estaban tan atestados que era «imposible moverse, sin pisar la mano de alguien». Los presos rehusaban salir por miedo a perder su sitio en el suelo. No había escudillas, ni cucharas, y había largas colas para la comida. Se desató una epidemia de disentería y los presos murieron rápidamente.

En una reunión posterior del partido, la dirección del campo de Siblag recordó solemnemente las «terribles lecciones de 1938», en particular por el «número de jornadas perdidas» durante la crisis.[21] En todo el sistema de campos, el número de muertes se duplicó oficialmente de 1937 a 1938. No hay estadísticas disponibles para todos los campos, pero se presume que las tasas de mortalidad fueron mucho más elevadas en los campos boreales: Kolimá, Vorkutá, Norilsk, donde fueron enviados presos políticos en gran número.[22]

Mas los prisioneros no solo murieron de inanición y exceso de trabajo. En la nueva atmósfera, la reclusión de enemigos pronto comenzó a parecer insuficiente: era mejor que dejaran de existir por completo. De modo que en agosto de 1937, Yezhov firmó un decreto ordenando la ejecución de prisioneros recluidos en las prisiones políticas de máxima seguridad. El NKVD, dijo, debe «terminar en dos meses la operación de represión de los elementos contrarrevolucionarios más activos … aquellos condenados por espionaje, diversionismo, terrorismo, actividades revolucionarias y bandolerismo, así como aquellos sentenciados por ser militantes de partidos antisoviéticos».[23]

A los presos políticos se sumaron los «bandidos y elementos criminales» que estaban en Solovki, que en esa época se había convertido en una prisión política de máxima seguridad. Se estableció la cuota para Solovki: 1200 reclusos confinados allí debían ser fusilados. Un testigo recordaba el día en que algunos tuvieron que salir:

> Inesperadamente sacaron a todos de las celdas abiertas del Kremlin para un recuento general. En el recuento, leyeron una enorme lista —varios centenares de nombres— de los que debían ser trasladados. Se les dio dos horas para prepararse, y después debían volver a reunirse en la misma

> plaza central. Siguió una terrible confusión. Algunos corrieron a recoger sus cosas, otros a decir adiós a sus amigos. En dos horas, la mayoría de los que debían ser trasladados estaban en su lugar … los presos salieron desfilando con sus maletas y mochilas…[24]

Al parecer algunos también llevaron cuchillos, con los que malhirieron a los encargados de fusilarlos cerca del pueblo de Sandormoj, en el norte de Carelia. A raíz de este incidente, el NKVD hacía desnudar a todos los presos antes de fusilarlos. Posteriormente, el jefe de esta operación fue premiado con un objeto que los archivos describen como un «valioso presente» por su valentía para realizar esta tarea. Unos meses después, también él fue fusilado.[25]

En Solovki, la selección de presos que debían ser ejecutados parece haber sido casual. En algunos campos, no obstante, la dirección aprovechó la ocasión para librarse de presos particularmente difíciles. Fue posiblemente el caso de Vorkutá, donde un gran número de los presos elegidos eran en verdad antiguos trotskistas (es decir, genuinos seguidores de Trotski, algunos de los cuales habían participado en huelgas y otras rebeliones en los campos). Un testigo presencial calculaba que al inicio del invierno de 1937-1938, la dirección de Vorkutá había confinado a 1200 presos, trotskistas en su mayoría, así como a otros políticos y a unos cuantos delincuentes comunes, en una fábrica de ladrillos abandonada y en una serie de tiendas grandes, abarrotadas («desbordadas»). No se les daba ni una comida caliente: «La ración diaria consistía solo en 400 gramos de pan medio seco».[26] Allí permanecieron hasta finales de marzo, cuando llegó de Moscú un nuevo grupo de funcionarios del NKVD. La «comisión especial» ordenó a los prisioneros formar en grupos de cuarenta. Se les dijo que serían trasladados. A cada uno se le dio un trozo de pan. Los prisioneros en la tienda escucharon cómo se los llevaban, «y después el sonido de los tiros».

La atmósfera en el interior de las tiendas se volvió infernal. Un campesino, apresado por el delito de «especulación» (había vendido un lechón en un mercado), estaba tendido en su camastro, con los ojos abiertos, sin reaccionar ante nada: «¿Qué tengo yo que ver con vosotros, políticos? —se quejaba de vez en cuando—. Vosotros peleabais por el poder, por la jerarquía, y yo solo necesito vivir». Según un testigo presencial, otro hombre se suicidó; dos enloquecieron. Finalmente, cuando quedaban alrededor de 100 personas, los fusilamientos cesaron, tan abrupta e inexplicablemente como habían comenzado. Los jefes del NKVD regresaron a Moscú. Los prisioneros restantes fueron devueltos a las

minas. En todo el campo habían sido fusilados cerca de 2000 presos.

Stalin y Yezhov no siempre enviaban delegados de Moscú para realizar esa tarea. Con el fin de acelerar el proceso en todo el país, el NKVD organizó «troikas», que operaban tanto dentro como fuera de los campos. Una troika era exactamente eso: tres hombres, por lo común, el jefe del NKVD regional, el secretario general del partido en la provincia y un representante de la fiscalía o del gobierno local. Juntos tenían el derecho de condenar a un reo *in absentia*, sin necesidad de juez ni jurado, de abogado ni juicio.[27]

La histeria no duró. En noviembre de 1938, los fusilamientos masivos se interrumpieron, tanto en los campos como en el resto del país. Quizá la purga había ido demasiado lejos, incluso para el gusto de Stalin; quizá simplemente había logrado lo que se proponía lograr; o quizá estaba causando demasiado daño a una economía todavía frágil. Fuera cual fuese el motivo, Stalin dijo en el Congreso del Partido Comunista de 1939 que la purga había estado acompañada de «más errores de los esperados».[28]

Nadie pidió perdón ni se arrepintió, ni nadie fue castigado. Solo unos meses antes, Stalin había enviado una circular a todos los jefes del NKVD, felicitándolos por «infligir una aplastante derrota a los agentes subversivos del espionaje de los servicios de inteligencia extranjeros» y por «limpiar el país de cuadros subversivos e insurreccionales y de espías». Solo entonces señaló algunas «deficiencias» de la operación, tales como los «procedimientos simplificados de investigación», la falta de testigos y de pruebas.[29]

Tampoco la purga del propio NKVD se interrumpió por completo. En noviembre de 1938, Stalin destituyó al presunto autor de todos los «errores», Nikolái Yezhov, y lo sentenció a muerte. La ejecución se cumplió en 1940, después de que Yezhov suplicara el perdón, al igual que hiciera Yágoda antes que él: «Decid a Stalin que moriré con su nombre en los labios».[30]

La productividad del campo continuó en una espiral descendente durante un tiempo. En Ujtpechlag, los fusilamientos masivos, el mayor número de presos enfermos y débiles, y la pérdida de los especialistas presos habían impuesto una pronunciada caída de la producción del campo de 1936 a 1937. En julio de 1938, una comisión especial del Gulag fue convocada a Moscú para examinar el gran déficit de Ujtpechlag.[31] La productividad de las minas de oro de Kolimá

también bajó. Ni siquiera el gran flujo de prisioneros logró hacer subir la cantidad de oro extraído a niveles comparables con los del pasado.[32]

Entretanto, el jefe de Bellbaltlag, que había alardeado orgullosamente de su éxito en limpiar de presos políticos el personal administrativo del campo, se quejó de la presente «necesidad urgente de personal administrativo y técnico». La purga había hecho sin duda al personal técnico políticamente «más sano», escribió con prudencia, pero había «aumentado sus deficiencias». La 14.ª división del campo, por ejemplo, tenía 12 500 prisioneros, de los cuales solo 657 eran presos comunes. De estos, la mayoría tenía condenas muy duras por delitos graves, lo cual los descalificaba para trabajar como especialistas y administradores, mientras que 184 eran analfabetos, de modo que solo 70 podían ser empleados como oficinistas o ingenieros.[33]

En general, la facturación de los campos del NKVD, según las estadísticas oficiales, descendió de 3500 millones de rublos a 2000 millones de rublos en 1937. El valor de la producción industrial bruta de los campos también cayó de 1100 millones de rublos a 945 millones de rublos.[34]

La escasa rentabilidad y la inmensa desorganización de la mayoría de los campos, así como el creciente número de presos enfermos y agónicos, no pasaron desapercibidos en Moscú, donde tuvo lugar un debate sumamente franco durante las reuniones de la célula del Partido Comunista encargada de la dirección central del Gulag. En una reunión de 1938, un burócrata se quejó del «caos y el desorden» de los campos de Komi. También acusó a los jefes del campo de Norilsk de construir una fábrica de níquel «mal planeada», y de desperdiciar en consecuencia una gran suma de dinero.

Hacia abril de 1939, las quejas aumentaron. En los campos septentrionales había una «situación particularmente difícil con respecto al suministro de alimentos», que generó «un porcentaje enorme de trabajadores débiles, de presos que no podían trabajar en absoluto, y una alta tasa de mortalidad y de morbilidad».[35] Ese mismo año, los comisarios del Consejo del Pueblo reconocieron que hasta un 60% de los presos del campo padecían de pelagra y otras enfermedades causadas por la desnutrición.[36]

La gran purga no era responsable de todos estos problemas, por supuesto. Se ha advertido que incluso los campos forestales de Frenkel, tan admirados por Stalin, nunca consiguieron beneficios.[37] El trabajo penitenciario siempre ha

sido (y siempre será) mucho menos productivo que el trabajo libre. Pero esta lección aún no había sido aprendida. Cuando Yezhov fue depuesto en noviembre de 1938, su sustituto al frente del NKVD, Laurenti Beria, se dispuso casi enseguida a reformar el régimen de los campos, cambiando las normas y los procedimientos, con el fin de colocar los campos donde Stalin deseaba que estuvieran: en el núcleo de la economía soviética.

Hay que dejar constancia de que Beria no puso en libertad al gran número de presos injustamente acusados (aunque el NKVD liberó a algunos de las cárceles). Ni entonces ni después, los campos se hicieron más humanitarios. La deshumanización de los «enemigos» continuó impregnando el lenguaje de los guardias y directores del campo hasta la muerte de Stalin. Beria solo cambió un aspecto del sistema: ordenó a los directores de los campos que mantuvieran con vida a más prisioneros para utilizarlos mejor.

Aunque la política nunca fue clara, en la práctica Beria también suspendió la prohibición de «contratar» a presos políticos con conocimientos científicos, técnicos o de ingeniería para trabajar en los puestos técnicos de los campos. Si bien nunca resolvió completamente el dilema, Beria estaba demasiado interesado en convertir el NKVD en un factor productivo de la economía soviética como para permitir que los científicos e ingenieros más importantes perdieran las extremidades por congelamiento en el extremo norte. En septiembre de 1938 comenzó a organizar las *sharashki*, establecimientos especiales para los científicos presos. Solzhenitsin trabajó en una *sharashka* dedicada a la investigación secreta, a la que oficialmente se hacía referencia con un código numérico, y la describió en *El primer círculo*:

> Al viejo edificio de propietarios rústicos de los alrededores de Moscú, previamente rodeado de alambre de púas, habían sido trasladados unos ciento cincuenta *zek* reclamados de los *lager* … En aquellos tiempos, la *scharaschka* no sabía aún sobre qué tendrían ellos que efectuar sus investigaciones, y Nershin se dedicaba a abrir las numerosas cajas transportadas allí por dos convoyes ferroviarios; se hacía cargo de sillas y de mesas cómodas, seleccionaba el diverso material…[38]

Inicialmente, las *sharashki* fueron bautizadas con el nombre de «oficinas especiales de construcción». Después fueron llamadas colectivamente «4.º departamento especial» del NKVD. Y allí trabajarían cerca de 1000 científicos. En algunos casos Beria personalmente seguía el rastro de los científicos de

talento y ordenaba que fueran llevados de regreso a Moscú. Los agentes del NKVD los hacían bañarse, cortarse el cabello y rasurarse, así como tomar un buen descanso, y los enviaban a trabajar en los laboratorios de la prisión. Entre los «hallazgos» más importantes de Beria estuvo el ingeniero aeronáutico Tupolev, que llegó a su *sharashka* llevando una bolsa con una hogaza de pan y varios terrones de azúcar (rehusó dejarlas, incluso después que le dijeron que la comida mejoraría).

Tupolev, a su vez, le dio una lista de personas a quienes llamar, entre ellos Valentin Glushko, uno de los padres de la bomba atómica soviética, y Serguéi Korolev, que sería el padre del Sputnik, el primer satélite soviético; en realidad, el padre de todo el programa espacial soviético. En un informe preparado en agosto de 1944, Beria enumeraría veinte nuevas piezas importantes de tecnología militar inventadas en su *sharashka*, y detallaba los diversos modos en los que habían sido usadas en la industria de defensa durante la Segunda Guerra Mundial.[39]

En cierto modo, el reinado de Beria parecería haber traído una mejora para los *zeks* comunes también. Beria solicitó que se fijaran nuevas cuotas de alimentación, de modo que las «capacidades físicas de la fuerza de trabajo del campo puedan ser de máxima utilidad a cualquier industria».[40] Pero, aunque se elevó la cuota de alimentos, la transformación de los prisioneros de seres humanos a unidades de trabajo había avanzado varios grados más. Los prisioneros todavía podían ser condenados a morir en los campos, pero no por meras inclinaciones contrarrevolucionarias. En cambio, aquellos que rehusaban trabajar o activamente desorganizaran el trabajo debían ser sometidos a «un régimen de campo más estricto, celdas de castigo, peor comida y peores condiciones de vida, y otras medidas disciplinarias». Los «haraganes» también recibirían nuevas sentencias, incluso la pena de muerte.[41]

Los años del «gran terror» dejaron asimismo su huella en otro aspecto. Nunca más el Gulag volvería a tratar a los presos como seres susceptibles de ser redimidos completamente. El sistema de «liberación anticipada» por buena conducta fue abolido. En su única intervención pública sobre el funcionamiento cotidiano de los campos, el propio Stalin había abolido este sistema, fundándose en que dañaba su funcionamiento económico. Dirigiéndose al congreso del Presidium del Soviet Supremo en 1938, preguntaba: «¿No podríamos pensar en

otra forma de premiar su trabajo como medallas o condecoraciones? Estamos actuando incorrectamente, perturbando el trabajo del campo».[42] Se promulgó un decreto con este propósito en junio de 1939. Unos meses después, otro decreto eliminó la «libertad condicional» para los inválidos. El número de presos enfermos se elevaría en consecuencia.[43]

Varias de estas iniciativas iban contra las leyes de la época y efectivamente encontraron resistencia. El fiscal general Vishinski y el comisario de Justicia del Pueblo, Richkov, se opusieron al unísono a la liquidación de la puesta en libertad anticipada, así como a la imposición de la pena de muerte a los reos acusados de «desorganizar la vida del campo». Pero obviamente Beria, como Yágoda antes que él, contaba con el apoyo de Stalin, y ganó todas las batallas. A partir de enero de 1940 se concedió al NKVD el derecho a recuperar unos 130 000 reclusos que había «prestado» a otros ministerios. Beria estaba decidido a hacer el Gulag real y verdaderamente rentable.[44]

Con sorprendente celeridad se acusó el impacto de los cambios de Beria. En los meses previos a la Segunda Guerra Mundial, la actividad económica del NKVD comenzó otra vez a aumentar. En 1939, la facturación era de 4200 millones de rublos; en 1940, era de 4500 millones. Cuando los prisioneros comenzaron a afluir a los campos durante los años de la contienda, aquellas cifras crecerían aún más rápidamente.[45] Según las estadísticas oficiales, el número de muertos en los campos también se redujo de 1938 a 1939, del 5% al 3%, aunque el número de presos continuaba aumentando.[46]

Había muchos más campos que antes, y eran mucho más grandes que a comienzos de la década. Entre el 1 de enero de 1935 y el 1 de enero de 1938, el número de prisioneros casi se había duplicado: de 950 000 a 1 800 000, más cerca de otro millón de personas condenadas al destierro.[47] Campos que habían tenido unas cuantas cabañas y algunas alambradas se habían convertido en gigantes industriales. En Sevotslag, el principal campo de Dalstrói, había casi 200 000 presos en 1940.[48] En Vorkutlag, el campamento minero que se había desarrollado a partir de Rudnik n.º 1 de Ujtpechlag había 15 000 presos en 1938; hacia 1951, su número era más de 70 000.

Pero ahora también había nuevos campos. Quizá el más lúgubre de esta

nueva generación era Norillag, llamado comúnmente Norilsk. Ubicado al norte del Círculo Polar Ártico, como Vorkutá y Kolimá, Norilsk se extendía sobre un inmenso yacimiento de níquel, probablemente el más grande del mundo. Los prisioneros de Norilsk no solo lo extraían, sino que también construyeron la planta de procesamiento de níquel y las centrales eléctricas junto a las minas. Después edificaron la ciudad de Norilsk para dar albergue a los hombres del NKVD responsables de las minas y las fábricas. Como sus antecesores, Norilsk creció rápidamente. El campo tenía 1200 prisioneros en 1935; hacia 1940 tenía 19 500. En el momento de su mayor expansión, en 1942, había allí 68 849 reclusos.[49]

Había otros campos que abrían, cerraban y se reorganizaban con tanta frecuencia que es difícil dar cifras exactas para cada año en particular. Algunos eran pequeños, construidos para satisfacer las necesidades de una determinada fábrica o industria o un determinado proyecto de construcción. Otros eran temporales, construidos a efectos de abrir una carretera o tender una vía férrea, y eran abandonados después. Para gestionar este gran número de campos y sus complejos problemas, la dirección del Gulag estableció finalmente subsecciones: la Dirección General de Campos Industriales, la Dirección General de Construcción de Caminos, la Dirección General del Patrimonio Forestal, y así sucesivamente.

Lo más importante es que los campos habían evolucionado. No eran ya centros de trabajo gestionados de modo idiosincrásico, sino «complejos industriales de campos», con sus normas internas y sus prácticas habituales, sus sistemas especiales de distribución y sus jerarquías.[50] Una vasta burocracia, también con su propia cultura particular, regía desde Moscú el remoto imperio del Gulag. El centro enviaba regularmente órdenes a los campos locales, tutelando la política general hasta los menores detalles. Aunque los campos locales no siempre siguieron (no pudieron seguir) la letra de la ley, el carácter *ad hoc* de los primeros días del Gulag no se repetiría jamás.


Leningrado
Arjánguelsk
Kargopollag
Rechlag
Vorkutlag
Norillag
Moscú
Minlag
Salejrad
Igarka
Vyatlag
Perm
Novosibirsk
Siblag
Steplag
Dzhezkazgán
Igarka: nombres de lugar
Gorlag: nombres de campo
0
500 millas
0
1000 km



El Gulag en su apogeo, 1939-1953.

La suerte de los prisioneros todavía fluctuaría al ritmo de la política y la economía soviéticas, y sobre todo en el curso de la Segunda Guerra Mundial. Pero la época de los ensayos y los experimentos había terminado. Ahora el sistema estaba constituido. Al iniciarse los años cuarenta, el conjunto de procedimientos que los prisioneros llamaban la «trituradora de carne» (los métodos de arresto, instrucción de sumario, transporte, alimentación y trabajo) estaba esculpido en piedra y, en lo esencial, cambiaría muy poco hasta la muerte de Stalin.

II

La vida y el trabajo en los campos

7

El arresto

> Al conocer alguna nueva detención, jamás preguntábamos «¿Por qué le han detenido?». Pero como nosotros había pocos. La gente loca de miedo, se hacía esa pregunta con el único fin de consolarse: si eran detenidos por algo, a mí no me llevarán, no hay ningún motivo. Se ingeniaban para inventar causas y justificaciones de cada detención: «Es cierto, se dedicaba al contrabando», «Se permitía cada cosa…», «Yo mismo lo he oído decir…». Y también «Era de suponer, tiene un carácter terrible», «Siempre tuve la impresión de que no era trigo limpio», «Es una persona totalmente ajena a nosotros». Debido a eso, nosotros proscribimos la pregunta «¿Por qué lo han detenido?».
> «¿Por qué?», gritaba furiosa Ajmátova cuando alguien en nuestro entorno contagiado por el estilo general, hacía esta pregunta.
> «¿Cómo, por qué? Ya es hora de saber que a la gente se le detiene por nada…»
>
> NADEZHDA MANDELSTAM,
> *Contra toda esperanza*[1]

La poetisa Anna Ajmátova, citada en el epígrafe por la viuda de otro poeta, acertaba y se equivocaba a la vez. Por una parte, desde mediados de los años veinte, cuando el aparato del sistema represivo soviético quedó establecido, el gobierno soviético ya no sacaba a las personas de la circulación y las ponía en prisión sin una buena razón o explicación: había arrestos, investigaciones, procesos y sentencias. Por otra parte, los «delitos» por los cuales las personas eran arrestadas, procesadas y condenadas, eran disparatados, y los procedimientos de investigación a que se veían sometidas, absurdos, incluso surrealistas.

Retrospectivamente, este es uno de los aspectos específicos del sistema de campos soviético: la mayoría de las veces, los reclusos llegaron a ellos a través del sistema legal, aunque no siempre a través del sistema judicial ordinario. En su gran mayoría, los reclusos de los campos soviéticos habían sido sometidos a un interrogatorio (si bien expeditivamente), a un proceso (aunque se tratara de

una farsa) y habían sido declarados culpables (aun si esto se hacía en menos de un minuto). Sin duda, la convicción de que actuaban dentro de la ley motivaba a quienes trabajaban en el servicio de seguridad, así como a los guardias y los mandos que después controlarían la vida de los presos en los campos.

Pero insisto: el hecho de que el sistema represivo fuera legal no significa que fuera lógico. Por el contrario, no era más fácil predecir con alguna certeza si quien sería arrestado en 1937 lo habría sido en 1917. Es cierto que se podía sospechar quién sería *probablemente* arrestado. Durante las oleadas de terror en particular, el régimen parece haber escogido a sus víctimas, a partir de su pertenencia a cualquier categoría de personas que estuviera bajo sospecha en ese momento.

Algunas de estas categorías eran relativamente específicas (los ingenieros y los especialistas a finales de los años veinte, los *kulaks* en 1931, los polacos o bálticos en los territorios ocupados durante la Segunda Guerra Mundial), mientras que otras eran en realidad muy vagas. Durante los años treinta y cuarenta, por ejemplo, los «extranjeros» fueron considerados sospechosos. Por «extranjeros» entiendo aquellos que eran ciudadanos de otros países o las personas que podían tener algún vínculo, imaginario o real, con un país extranjero. Sin importar lo que hicieran, eran firmes candidatos al arresto, y los extranjeros que se destacaban por alguna razón estaban especialmente expuestos. Robert Robinson, uno de los comunistas negros que se trasladaron a Moscú en los años treinta, escribió: «Todos los negros que conocí a comienzos de los años treinta desaparecieron de Moscú en siete años».[2]

Los comunistas extranjeros eran un objetivo seguro. En febrero de 1937, Stalin dijo en tono amenazador a Georgi Dmitrov, secretario general del Comintern (la Internacional Comunista, la organización dedicada a promover la revolución mundial): «Todos vosotros en el Comintern estáis haciéndole el juego al enemigo». De los 394 miembros del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista en enero de 1936, solo quedaban 171 en abril de 1938. Los demás habían sido fusilados o enviados a los campos; eran de nacionalidades muy diversas: alemanes, austríacos, yugoslavos, italianos, búlgaros, fineses, bálticos e incluso ingleses y franceses. Los judíos parecen haber sufrido desproporcionadamente. Por último, Stalin asesinó a más militantes del Politburó del Partido Comunista alemán de antes de 1933 que Hitler: de los 68

dirigentes comunistas alemanes que huyeron a la Unión Soviética después de la llegada al poder de los nazis, 41 murieron ejecutados o internados en los campos.

Pero no era necesario ser miembro de un partido comunista extranjero: Stalin también puso en la mira a los «compañeros de viaje» extranjeros, de los cuales los 25 000 «finlandeses americanos» eran los más numerosos. Los finlandeses, que habían emigrado a Estados Unidos o habían nacido allí, hablaban finés y llegaron a la Unión Soviética durante la década de 1930, los años de la gran depresión en Estados Unidos. La mayoría eran obreros fabriles y habían estado sin empleo en Estados Unidos. Animados por la propaganda soviética (los reclutadores soviéticos viajaban por las comunidades de habla finesa de Estados Unidos, divulgando las maravillosas condiciones de vida y oportunidades laborales en la URSS), se agruparon en la República de Carelia de habla finesa. Casi de inmediato causaron problemas a las autoridades, pues resultó que Carelia no era muy parecida a Estados Unidos. Muchos así lo señalaron a quienes quisieron escucharlos. Después intentaron volver, pero fueron a parar al Gulag a finales de los años treinta.[3]

Los ciudadanos soviéticos con vínculos en el extranjero no eran menos sospechosos. Los primeros eran los de las «nacionalidades de la diáspora»: los polacos, los alemanes y los finlandeses carelios (que tenían parientes y conocidos al otro lado de la frontera), así como los bálticos, griegos, iraníes, coreanos, afganos, chinos y rumanos desperdigados por toda la URSS. Según sus propios archivos, entre julio de 1937 y noviembre de 1938, el NKVD condenó a 335 513 personas en estos operativos «nacionales».[4]

Pero ni siquiera era necesario hablar en una lengua extranjera para suscitar sospechas. Cualquiera que tuviera un vínculo con el extranjero era sospechoso de espionaje: los filatelistas, los practicantes del esperanto, todo el que mantuviera correspondencia con un amigo o con parientes en el extranjero. El NKVD también arrestó a los ciudadanos soviéticos que hubieran trabajado en el Ferrocarril Oriental de China, un ramal que iba a través de Manchuria, cuyo origen se remontaba a la época de los zares, y los acusó de haber espiado para Japón. En los campos, eran llamados «jarbintsy» por la ciudad de Jarbin, donde muchos habían vivido.[5]

Y sin embargo, no todos los extranjeros fueron arrestados, ni todos los

acusados de tener vínculos con el extranjero realmente los tenían. En ocasiones las personas eran detenidas por razones bastante más idiosincrásicas.[6] Como resultado, la pregunta ¿Por qué? —que tanto desagradaba a Ajmátova— suscitó una serie en verdad asombrosa de explicaciones obvias.

El esposo de Nadezhda Mandelstam, Osip Mandelstam, por ejemplo, fue detenido por haber criticado a Stalin en un poema:

Vivimos sin sentir el país bajo nuestros pies,
nuestras voces a diez pasos no se oyen.
Y cuando osamos hablar a medias,
al montañés del Kremlin siempre evocamos.
Sus gordos dedos son sebosos gusanos
y sus seguras palabras, pesadas pesas.
De sus mostachos se carcajean las cucarachas,
y relucen las cañas de sus botas.
Una taifa de pescozudos jefes le rodea,
con los hombrecillos juega a los favores…[7]

Aunque oficialmente se mencionaron diferentes razones, se cree que Tatiana Okunevskaya, una de las más queridas actrices de cine de la Unión Soviética, fue detenida por negarse a dormir con Viktor Abákumov, el jefe del contraespionaje soviético durante la guerra. Ella afirma que para que estuviera segura de que esa era la verdadera razón, se le mostró una orden de detención con la firma de Abákumov.[8] Los cuatro hermanos Starostin, todos jugadores de fútbol destacados, fueron arrestados en 1942. Siempre creyeron que fue debido a que su equipo, el Spartak, había tenido la desgracia de infligir una derrota decisiva al Dynamo, el equipo favorito de Laurenti Beria.[9]

Pero no era necesario ser un personaje extraordinario. Liudmila Jachatrian fue detenida por casarse con un extranjero, un soldado yugoslavo. Lev Razgon recordaba la historia de un campesino, Seryogin, quien, cuando le dijeron que alguien había matado a Kírov, replicó: «Me importa un rábano». Seryogin no conocía a Kírov, y creyó que se trataba de alguien que había muerto en una reyerta en el pueblo colindante. Por ese error, fue condenado a diez años.[10] Hacia 1939, contar un chiste o escuchar uno sobre Stalin; llegar tarde al trabajo; tener la desgracia de ser nombrado por un amigo aterrorizado o un vecino envidioso como «co-conspirador» en una trama inexistente; poseer cuatro vacas en un pueblo donde la mayoría poseía una; robar un par de zapatos; ser primo de

la esposa de Stalin; todas estas cosas podían, en determinadas circunstancias, acarrear una sentencia en un campo de concentración soviético. Según una ley de 1940, los parientes de una persona que hubiese tratado de cruzar la frontera soviética eran susceptibles de ser detenidos, hubieran o no sabido del intento de fuga.[11]

Si las razones para el arresto eran muchas y variadas, también lo eran los métodos. Algunos reos recibieron numerosas advertencias. Galina Serebriakova, esposa de un alto funcionario y autora de *El joven Marx*, solía ser «invitada» todas las noches a la Lubianka, donde esperaba hasta las dos o tres de la mañana a ser interrogada y era puesta en libertad a las cinco de la mañana, regresando después a su apartamento. Los agentes rodeaban su domicilio y un coche negro la seguía cuando salía. Tan convencida estaba de su inminente detención que intentó suicidarse. Sin embargo, soportó durante meses este tipo de acoso antes de ser arrestada realmente.[12]

Durante las intensas oleadas de detenciones masivas, muchos sabían que llegaba su turno simplemente porque todos en su entorno estaban siendo arrestados. Elinor Lipper, una comunista holandesa que había llegado a Moscú en los años treinta, vivía en 1937 en el Hotel Lux, un hotel especial para revolucionarios extranjeros: «Cada noche desaparecían del hotel unas cuantas personas más … por la mañana, había grandes sellos rojos pegados en las puertas de unas cuantas habitaciones más».[13]

Sin embargo, a algunos el arresto los cogió totalmente desprevenidos. El escritor polaco Aleksandr Wat, que entonces vivía en la ocupada Lvov, fue invitado a una fiesta en un restaurante con un grupo de escritores. Preguntó al anfitrión qué se celebraba. Se le respondió «Ya verás». Se armó una trifulca, y fue arrestado al instante.[14] Solzhenitsin repite la historia (posiblemente apócrifa) de una mujer que fue al Teatro Bolshoi con su pretendiente, un juez instructor, que la llevó directamente del teatro a la Lubianka.[15] La superviviente Nina Gagen-Torn recuerda en sus memorias la historia de una mujer que había sido arrestada cuando descolgaba las sábanas de un tendedero en un patio de Leningrado; estaba vestida con un albornoz, y había dejado a su hijo solo en su apartamento, creyendo que estaría de vuelta a los pocos minutos. Rogó inútilmente que le permitieran recogerlo.[16]

De hecho, parece como si las autoridades deliberadamente hubieran

modificado sus tácticas, arrestando a unos en casa o en la calle y a otros en el trabajo o en los trenes. Por ejemplo, un memorándum enviado por Viktor Abákumov a Stalin, fechado el 17 de julio de 1947, explicaba que la policía «sorprendía» de manera rutinaria a los presos para impedirles la fuga o la resistencia, o que advirtieran a otros implicados en la «conspiración» contrarrevolucionaria, y destruyeran las pruebas. En algunos casos, continuaba el documento, «se realiza una detención secreta en la calle».[17]

Sin embargo, la detención más común era la que tenía lugar en la casa de las personas a altas horas de la noche. En las épocas de arrestos masivos, se generalizó el miedo a la «llamada a la puerta» a medianoche. Un antiguo chiste soviético recoge la terrible ansiedad que Iván y su mujer Masha experimentaban cuando alguien llamaba a la puerta y su alivio al saber que solo era el vecino que acudía a informarles de que el edificio se estaba incendiando. Un proverbio soviético también lo dice: «Los ladrones, las prostitutas y el NKVD trabajan casi siempre de noche».[18]

Las detenciones masivas de personas de nacionalidades específicas, como las que tuvieron lugar en la antigua Polonia oriental y los estados bálticos (territorios ocupados por el Ejército Rojo en 1939-1941), solían tener un carácter aún más arbitrario. Janusz Bardach, un adolescente judío del pueblo polaco de Wlodzimierz-Wolynsju, fue obligado a actuar de «testigo» civil durante una de esas detenciones masivas. Acompañó a un grupo de matones ebrios del NKVD que iban de casa en casa la noche del 5 de diciembre de 1939, agrupando a las personas que serían arrestadas o deportadas. A veces arremetían contra los ciudadanos ricos o bien relacionados, cuyos nombres estaban marcados en una lista; a veces simplemente arrestaban a los «refugiados» (generalmente judíos que habían escapado de la Polonia occidental ocupada por los nazis hacia la Polonia oriental ocupada por los soviéticos), sin molestarse en escribir sus nombres. En una casa un grupo de refugiados trató de defenderse diciendo que habían sido miembros del Bund, el movimiento socialista judío. Sin embargo, al escuchar que venían de Lublin, en ese momento al otro lado de la frontera, Gennadi, el jefe del pelotón del NKVD comenzó a vociferar:

> «¡Inmundos refugiados! ¡Espías nazis!» Los niños comenzaron a llorar, lo que irritó más a Gennadi. «¡Hacedlos callar! ¿O queréis que me encargue de ellos?»
>
> La madre los llevó junto a ella, pero no conseguía que dejaran de llorar. Gennadi cogiendo de la

> mano a un niño pequeño, lo arrancó de los brazos de su madre y lo lanzó contra el suelo. «¡Que te calles, digo!» La madre gritó. El padre trató de decir algo, pero solo pudo aspirar aire. Gennadi levantó al niño y lo sostuvo un segundo mirándolo de cerca, entonces lo lanzó con fuerza contra la pared.

Los que dirigían esas operaciones eran con frecuencia miembros de la guardia de convoyes (soldados que vigilaban los trenes de deportación en mayor número que el NKVD), tenían menor preparación que la policía secreta que dirigía los arrestos «normales» de los delincuentes «normales». Oficialmente no se ordenó aplicar la violencia, pero parece ser que, ya que eran soldados soviéticos que arrestaban a los «capitalistas» del «occidente» más rico, se les condonaba la borrachera, el desorden e incluso la violación, como ocurriría después, durante la marcha del Ejército Rojo a través de Polonia y Alemania.[19]

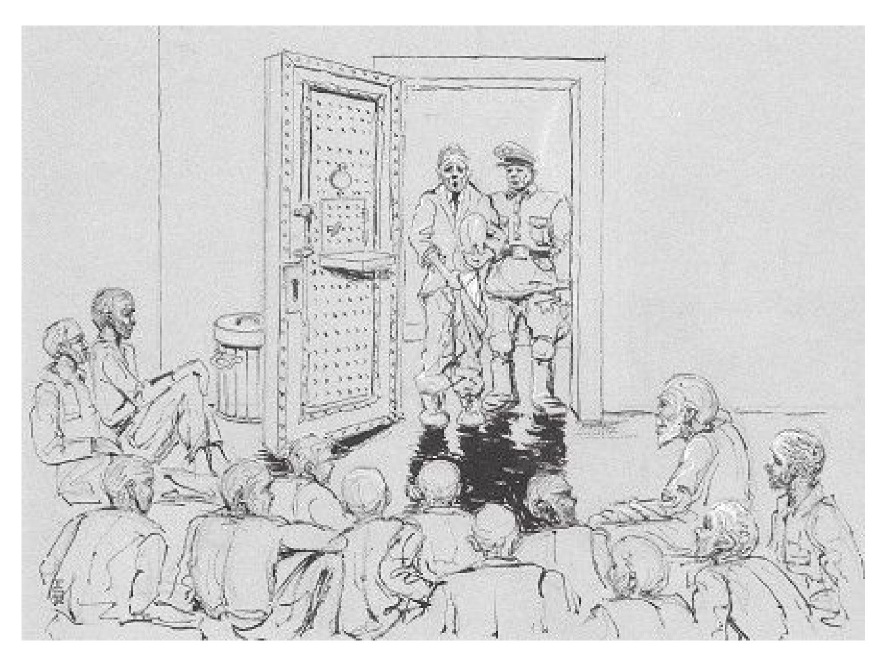
Sin embargo, ciertos aspectos de su conducta fueron establecidos estrictamente por la superioridad. Hasta noviembre de 1940, se ordenaba a los soldados que no dijeran a los prisioneros adónde iban ni por cuánto tiempo. La fórmula aceptada era: «¿Para qué preocuparse? Solo te estamos llevando para conversar». A veces decían a los deportados que los estaban trasladando a otra área, lejos de las fronteras, «por su propia seguridad».[20] El objetivo era impedir que los detenidos se atemorizaran, resistieran o escaparan. El resultado fue privar a las personas de los instrumentos básicos que necesitarían para vivir en un clima extraño y difícil.

Aunque los campesinos polacos que experimentaban el régimen soviético por primera vez podrían ser disculpados por creer tales patrañas, las mismas fórmulas funcionaban con igual efectividad en los intelectuales de Moscú y Leningrado y en los *apparatchiks*, convencidos, como solían estar, de su propia inocencia. Al ser arrestada, se le dijo a Evgeniya Guinzburg, por aquel entonces trabajadora militante del partido en Kazán, que saldría en «cuarenta minutos, quizá una hora». Por ello no aprovechó la oportunidad para despedirse de sus hijos.[21]

A Sofía Alexandrova, la ex esposa del chequista Gleb Boki, la disuadieron de llevar consigo una chaqueta cuando el NKVD fue a buscarla («hace calor esta noche y regresaremos en una hora como máximo»). Su yerno, el escritor Lev Razgon, reflexionaba sobre la extraña crueldad del sistema: «¿Qué necesidad había de enviar a una mujer de mediana edad no muy saludable a prisión, sin ni

siquiera la bolsita con ropa interior y objetos de aseo que siempre se ha permitido llevar consigo a toda persona detenida desde la época de los faraones?».[22]

Al menos la esposa del actor Georgui Zhenov tuvo la sensatez de comenzar a preparar su equipaje. Cuando le dijeron que él regresaría pronto, ella replicó: «Aquellos que caen en vuestras manos no regresan enseguida».[23] No se equivocaba. La mayoría de las veces cuando un detenido traspasaba las pesadas puertas de hierro de una prisión soviética, pasaban muchos años antes de que regresara a casa.



Hombre entrando por primera vez a la celda de prisión, dibujo de Thomas Sgovio, terminado después de su liberación.

Si el método soviético de arresto parece haber sido bastante caprichoso a veces, los rituales que seguían al arresto eran, hacia los años cuarenta, virtualmente inmutables. Cuando un prisionero traspasaba el umbral de la prisión local, una vez en su interior los hechos seguían un curso muy previsible. Por regla general, los prisioneros eran fichados, fotografiados y se les tomaban las huellas dactilares mucho antes de decirles por qué habían sido detenidos, o cuál sería su destino. Durante las primeras horas o a veces durante los primeros días, no encontraban a nadie de autoridad superior a la de los celadores comunes, a

quienes su suerte les era por completo indiferente, ni tenían idea de sus presuntos delitos, y solían responder a sus preguntas encogiéndose de hombros con displicencia.

Muchos antiguos presos creen que las primeras horas de cautividad estaban planeadas para confundirlos, para impedirles pensar de modo coherente. Inna Shijeeva-Gaister, arrestada por ser la hija de un enemigo del pueblo, sintió que esto le ocurría al cabo de unas horas en la Lubianka.

> Aquí en la Lubianka, ya no eres una persona. A tu alrededor no hay personas. Ellos te llevan por el corredor, te fotografían, te desnudan, te registran mecánicamente. Todo se efectúa de un modo del todo impersonal. Buscas una mirada humana, no digo una voz humana, solo una mirada, pero no la encuentras. Estás confundida frente al fotógrafo, procuras arreglarte la ropa de algún modo, y con el dedo se te indica dónde sentarte. Una voz inexpresiva dice «de frente» y «de perfil». ¡No te ven como a un ser humano! Te has convertido en un objeto…[24]

El registro del cuerpo que seguía era peor. En su novela *El primer círculo*, Aleksandr Solzhenitsin cuenta la detención de Innokentii, un diplomático soviético, a quien, a las pocas horas de llegar a la Lubianka, un vigilante le examina cada orificio del cuerpo:

> Como si Innokentii fuese un caballo en venta, estirándole con las sucias manos primero una mejilla, después la otra, una órbita ocular, después la otra, y habiéndose convencido de que en ningún lugar, bajo la lengua, bajo los carrillos y dentro de los ojos había nada oculto, el vigilante con un ademán violento, echó hacia atrás la cabeza de Innokentii de forma que en las ventanillas de la nariz diese la luz, luego inspeccionó ambas orejas, tirando de los lóbulos, ordenó que abriese los dedos y se persuadió de que no había nada, seguidamente le hizo mover los brazos y se persuadió de que tampoco bajo las axilas había nada. Entonces, siempre con la misma voz mecánicamente irrefutable, ordenó: «Cójase el pene con la mano. Tire la piel hacia arriba. Más aún. Así. Basta. Levante el pene a la derecha hacia arriba. A la izquierda hacia arriba. Está bien, déjelo. Vuélvase de espaldas. Abra las piernas. Más abiertas. Inclínese adelante hasta llegar al suelo. Más abiertas las piernas. Sepárese con las manos las nalgas. Así. Esta bien. Ahora siéntese sobre los tobillos… ¡Pronto! ¡Otra vez!».
>
> Cuando en el pasado pensaba en el arresto, Innokentii se imaginaba un furibundo duelo moral. Se sentía interiormente tenso, dispuesto a una especie de sublime defensa del propio destino y las propias convicciones. Pero nunca se había imaginado que la cosa fuera tan simple y tan sucia, tan inexorable. Los hombres que lo habían recibido en la Lubianka, subordinados, limitados, eran indiferentes a su personalidad y al acto que lo había llevado allí.[25]

El efecto de esos registros podía ser peor para las mujeres. Mientras sufría una estancia de doce meses en Aleksandrovsky Tsentral en 1941, T. P. Miliutina (quien escribió sus memorias) fue registrada repetidas veces. Las mujeres de las

celdas eran llevadas a una caja de escalera sin calefacción, de cinco en cinco. Se les dijo que se desnudaran totalmente, dejaran la ropa en el suelo y levantaran los brazos. Les ponían las manos «en el pelo, las orejas, bajo la lengua, también entre las piernas», tanto cuando estaban de pie como sentadas. Después del primero de estos registros, escribió Miliutina, «muchas rompían a llorar, otras se ponían histéricas…».[26]

Después del registro, algunos presos quedaban incomunicados. «La idea destructiva de las primeras horas de cárcel —continuaba Solzhenitsin— consiste en separar al preso de los demás reclusos, de forma que no haya nadie que le infunda ánimos, de forma que parezca que solo se ejerce sobre él la presión del sistema que sostiene todo el aparato con sus mil ramificaciones…»[27]

Como ocurrió con Alexander Dolgun, un empleado de la Embajada de Estados Unidos, era bastante común ser introducido en una *bokx* (una celda de «unos cuatro por nueve pies. Un cajón vacío con un banco») durante las primeras horas después del arresto, y ser dejado allí varias horas o incluso varios días.[28] Liubov Bershadskaya, una superviviente que más tarde colaboró en la realización de una huelga en Vorkutá, estuvo incomunicada durante el período de instrucción del sumario. Bershadskaya pasó nueve meses sola, y escribió que realmente esperaba ser interrogada, solo para tener alguien con quien hablar.[29]

Sin embargo, para el recién llegado una prisión atestada podía ser aún más horrorosa que una solitaria. La descripción de Olga Adamova-Sliozberg de su primera celda en Butirka parece una escena del Bosco: «La celda era enorme. Las paredes arqueadas solo dejaban espacio para un angosto pasillo; los cuerpos se apretujaban en unas tarimas que servían de cama. En los cordeles tendidos sobre ellas se secaban trapos diversos. El aire estaba lleno del humo sucio de un tabaco barato y fuerte, e iba cargado de peleas, gritos y sollozos».[30]

Aino Kuusinen, la esposa finlandesa de Oleg Kuusinen, el jefe del Comintern, creía que en su primera noche había sido deliberadamente puesta donde pudiera oír a los presos sometidos a interrogatorio:

> Aún hoy, después de treinta años, apenas puedo describir el horror de esa primera noche en Lefortovo. En mi celda podía escuchar todos los ruidos del exterior. Cerca, como después descubrí, está el «departamento de interrogatorios», una estructura separada que en realidad era una cámara de torturas. Toda la noche oía alaridos inhumanos y el sonido repetido del látigo. Un animal desesperado y atormentado no habría podido lanzar alaridos más terribles que los de las víctimas

sometidas durante una hora a amenazas, golpes y maldiciones.[31]

Pero dondequiera que se encontrasen la primera noche bajo arresto, en una antigua prisión zarista, en el calabozo de una estación de ferrocarril, una iglesia o un monasterio reconvertido, todos los presos tenían una tarea inmediata y urgente: recobrarse de la sorpresa, adaptarse a las peculiares normas de la vida en prisión y afrontar el interrogatorio. La rapidez con que lograran hacerlo contribuiría a decidir cuán bien o mal saldrían del sistema, y por último, cómo les iría en los campos.

Las «investigaciones» realizadas por la policía secreta soviética eran únicas, si no por sus métodos, por su carácter masivo. En algunas épocas, los «casos» solían incluir a cientos de personas, que eran arrestadas por toda la Unión Soviética. Representativo de esta época es un informe archivado por el departamento regional de Orenburg del NKVD sobre «Medidas operativas para liquidación de grupos clandestinos de trotskistas y bujarinistas, así como de otros grupos contrarrevolucionarios, aplicadas desde el 1 de abril hasta el 18 de septiembre de 1937». Según el informe, el NKVD de Orenburg había detenido a 420 miembros de una conspiración «trotskista» y a 120 «derechistas», así como a más de 2000 miembros de una «organización militar derechista cosaca japonesa», además de 1500 oficiales y funcionarios zaristas exiliados de San Petersburgo en 1935, a unos 250 polacos acusados como parte del caso contra los «espías polacos», a 95 personas que habían trabajado en el ferrocarril de Harbin en China y eran consideradas como espías del Japón, a 3290 antiguos *kulaks* y a 1399 «elementos criminales».

En total, el NKVD de Orenburg detuvo a más de 7500 personas en un período de cinco meses, lo que no dejó mucho tiempo para llevar a cabo un minucioso examen de las pruebas. Era irrelevante, puesto que la investigación de cada una de estas conspiraciones contrarrevolucionarias se había iniciado en Moscú. Los NKVD locales cumplían meramente con su deber, al aportar las cuotas numéricas que les habían sido dictadas por sus superiores.[32]

A causa del gran número de arrestos, se utilizaron procedimientos especiales, que no siempre entrañaban una mayor crueldad. Por el contrario, el gran número de presos a veces implicaba que el NKVD reducía las investigaciones efectivas

al mínimo. El reo era interrogado a toda prisa, y después condenado con igual rapidez, a veces en una audiencia sumamente breve. El general Gorbatov recordaba que su audiencia duró «cuatro o cinco minutos», y consistió en una confirmación de sus datos personales, y una pregunta: «¿Por qué no admitió usted sus delitos durante la investigación?». Posteriormente, fue condenado a quince años.[33]

A algunos no se los sometía a ningún proceso: eran sentenciados *in absentia*, sea por una *osohoe soveshchanie*, «comisión especial», o por una troika de tres oficiales, antes que por un tribunal. Otros eran condenados con muchas menos pruebas incluso, después de investigaciones aún más expeditivas. Puesto que estar bajo sospecha era considerado en sí mismo un signo de culpabilidad, los prisioneros rara vez eran liberados sin cumplir al menos una condena parcial. El judío ruso Leonid Finkelstein, arrestado a finales de los años cuarenta, tuvo la impresión de que aunque nadie había logrado formular una acusación coherente contra él, había merecido una sentencia corta en el campo solo para probar que los órganos de arresto nunca cometían un error.[34]

Por otra parte, parece que cuando el NKVD tenía más interés (y también el propio Stalin), la actitud de los investigadores hacia los detenidos durante los períodos de detenciones masivas podía pasar rápidamente de ser indiferente a ser siniestra. En ciertas circunstancias, el NKVD exigía incluso que los investigadores fraguaran pruebas en una escala masiva; como ocurrió, por ejemplo, durante la investigación de 1937 de la que Yezhov llamaba «la más poderosa y quizá la más importante red de espionaje diversionista de la inteligencia polaca en la URSS».[35] La operación masiva contra la presunta red de espionaje polaca representa el otro extremo de los interrogatorios: los sospechosos eran interrogados con el único objetivo de hacerlos confesar.

La operación comenzó con la orden 00485 del NKVD, una orden que estableció el patrón para los posteriores arrestos masivos. Esta orden relacionaba claramente el tipo de personas que debían ser arrestadas: todos los restantes prisioneros de guerra polacos de la guerra polaco-bolchevique de 1920-1921; todos los refugiados y emigrantes polacos en la Unión Soviética; todo aquel que hubiera sido miembro de un partido político polaco; todos los activistas antisoviéticos de las regiones de habla polaca de la Unión Soviética.[36] En la práctica, cualquier persona de origen polaco que viviera en la Unión Soviética (y

había muchas, sobre todo en las regiones fronterizas de Ucrania y Bielorrusia) estaba bajo sospecha.

Pero los arrestos eran solo el comienzo. Puesto que no había nada que incriminara a alguien por tener un apellido polaco, la orden 00485 instaba a los jefes regionales del NKVD a «comenzar la investigación al mismo tiempo que los arrestos. El objetivo básico de la investigación debería ser terminar de desenmascarar a los organizadores y jefes del grupo diversionista, con el fin de descubrir la red diversionista…».[37]

En la práctica, esto significó (como ocurriría en muchos otros casos) que los propios detenidos se vieron obligados a proporcionar las pruebas a partir de las cuales se formaría una causa contra ellos. El sistema era sencillo. Los detenidos polacos eran interrogados primero por su participación en la red de espionaje. Después, cuando afirmaran no saber nada de eso, eran golpeados o torturados para que «recordaran». Habiendo confesado, se obligaba a los prisioneros a nombrar a otros «cómplices en la conspiración». Entonces el ciclo comenzaba de nuevo, como resultado de lo cual la «red de espionaje» iba creciendo.

Al cabo de dos años de iniciada, la llamada «línea polaca de investigación» había desencadenado el arresto de más de 140 000 personas, según algunos cálculos el 10% de todos los reprimidos durante el «gran terror». Pero la operación polaca también fue famosa por el uso indiscriminado de la tortura y las falsas confesiones. En 1939, durante el breve período de reacción contra las detenciones masivas, el propio NKVD inició una investigación sobre los «errores» que se habían cometido cuando se estaba llevando a cabo.[38]

Mas las confesiones también eran importantes para los agentes del NKVD encargados de la instrucción de sumario. Quizá el obtenerlas contribuía a que sintieran confianza en la legitimidad de sus acciones: hacía que la locura del arresto arbitrario y masivo pareciera más humana o al menos legal. El sistema político y económico soviético también estaba obsesionado con los resultados (cumplir el plan, satisfacer las cuotas fijadas), y las confesiones eran una «prueba» concreta de un interrogatorio exitoso. Como escribe Robert Conquest: «Se había llegado a establecer el principio de que una confesión era el mejor resultado que se podía conseguir. Quienes podían obtenerla debían ser considerados agentes eficaces, mientras que un agente ineficaz del NKVD tenía una corta esperanza de vida».[39]

Cualquiera que fuera el origen de la fijación del NKVD en la confesión, los agentes interrogadores de la policía usualmente la buscaban sin la indiferencia aplicada a algunos casos ni la mortífera determinación mostrada en el caso de los «espías polacos». En cambio, los prisioneros experimentaban una mezcla de ambas actitudes. Por una parte, el NKVD exigía que confesaran y se inculparan a sí mismos e inculparan a otros. Por otro lado, el NKVD parecía sentir una descuidada falta de interés por el resultado en general.

Este sistema con sus toques surrealistas estaba ya funcionando hacia la década de 1920, en los años previos al «gran terror», y siguió funcionando mucho después de que este se hubiera pasado. Ya en 1931, un agente que examinaba a Vladimir Chernavin, un científico acusado de «obstruccionismo» y sabotaje, lo amenazó de muerte si no confesaba. En otro momento, le dijo que si confesaba obtendría una sentencia más «indulgente» en el campo. Finalmente, rogó a Chernavin que hiciera una confesión falsa. «Nosotros, los examinadores, también estamos obligados muchas veces a mentir, también decimos cosas que no pueden quedar en las actas y bajo las cuales nunca pondríamos una firma», le dijo el agente en tono suplicante.[40]

Cuando el resultado les interesaba más, se empleaba la tortura. Antes de 1937, las palizas como tales parecen haber estado prohibidas. Un antiguo empleado del Gulag confirma que eran definitivamente ilegales en el primer lustro de la década de 1930.[41] Pero cuando aumentó la presión de hacer confesar a los miembros importantes del partido, la tortura física comenzó a utilizarse, probablemente en 1937, aunque cesó otra vez en 1939.

Tan difundido se hizo el uso de la tortura durante este período —y tantas veces fue cuestionado— que a comienzos de 1939, el propio Stalin envió un memorándum a los jefes regionales del NKVD, confirmando que «desde 1937 en el NKVD el uso de la tortura física [de prisioneros] fue permitido por el comité central», y explicando que se permitió

> solo con respecto a enemigos declarados del pueblo tales que aprovechaban los métodos de interrogatorio humanitarios para rehusar desvergonzadamente la entrega de los conspiradores, que durante meses no daban testimonio y trataban de impedir que se desenmascarara a aquellos conspiradores que aún estaban libres.

Consideraba, a continuación, que se trataba de un «método totalmente

correcto y humanitario», aunque admitía que ocasionalmente podría haber sido aplicado «a personas inocentes detenidas de modo accidental». Lo que este notable memorándum deja claro es naturalmente que Stalin sabía qué tipo de métodos habían sido utilizados durante los interrogatorios y que los había aprobado personalmente.[42]

Sin duda es cierto que durante este período muchísimos prisioneros dejaron constancia de haber sido golpeados con los puños y los pies; les daban puñetazos en la cara y les produjeron desgarramientos en los órganos. Evgeni Gnedin, el hijo del revolucionario, cuenta que fue simultáneamente golpeado por dos hombres en la cabeza, uno desde la derecha y otro desde la izquierda, y después le pegaron con una porra de caucho. En su caso, esto tuvo lugar en presencia de Beria, en su despacho privado de la prisión de Sujanovka.[43]

Uno de los relatos de tortura física más escalofriantes fue escrito por el director teatral Vsevelod Meyerhold, cuya carta formal de queja ha sido preservada en su expediente:

> Los agentes comenzaron a usar la fuerza contra mí, un hombre enfermo de 65 años. Me hicieron poner boca abajo y entonces me dieron con una correa de goma en las plantas de los pies y en la columna vertebral. Me sentaron en una silla y me golpearon los pies desde arriba con mucha fuerza … Los días siguientes, cuando esas partes de mis piernas estaban cubiertas de hematomas, otra vez me golpearon los moretones con la correa y el dolor fue tan intenso que sentía como si me estuvieran echando agua hirviendo en las partes lastimadas. Aullé y lloré de dolor. Me golpearon en la espalda con la misma correa de goma y me dieron puñetazos en el rostro, impulsando los puños desde mucha distancia…
>
> Una vez, el cuerpo me temblaba de modo tan incontrolable que el guardia que me escoltaba de regreso de ese interrogatorio me preguntó: «¿Ha contraído la malaria?». Cuando me acosté en el catre y me dormí, después de dieciocho horas de interrogatorio, y antes de regresar al cabo de una hora para continuar, me desperté con mi propio gemido agitándome como un paciente en las últimas fases de fiebre tifoidea.[44]

Sin embargo, aunque esta clase de tortura estuvo técnicamente prohibida a partir de 1939, el cambio de política no necesariamente hizo la instrucción sumarial más humanitaria. Durante las décadas de 1920, 1930 y 1940, por ejemplo, cientos de miles de presos fueron sometidos no a los golpes u otros castigos físicos, sino a la tortura psicológica. Aquellos que permanecían firmes y rehusaban confesar, podían ser lentamente privados de comodidades, primero de los paseos, después de los paquetes o libros, luego de la comida. Los podían meter en celdas de castigo riguroso, demasiado frías o demasiado calientes.

Otros eran careados con «testigos», como lo fue Guinzburg, que vio cómo su amiga de la infancia Nalya «parloteaba como una cotorra» acusándola de militar en la clandestinidad trotskista.[45] Incluso otros fueron amenazados con perjudicar a los miembros de su familia, o fueron puestos, después de largos períodos de incomunicación, en celdas con informantes a los cuales se sentían felices de confiarse. Las mujeres eran violadas o amenazadas con la violación. En sus memorias, una polaca narra la historia siguiente:

> De pronto, sin razón aparente, el juez instructor comenzó a mostrarse muy insinuante. Se levantó de su escritorio, y vino a sentarse junto a mí en el sofá. Me levanté y fui a beber un poco de agua. Me siguió y se puso detrás de mí. Me escabullí y volví al sofá. Allí se sentó de nuevo junto a mí. Y otra vez me levanté a beber agua. Estas maniobras duraron unas dos horas. Me sentía humillada e indefensa…[46]

Había también formas de tortura menos toscas que las palizas y fueron empleadas habitualmente a partir de los años veinte. Lo más común, sin embargo, era privar a los prisioneros del sueño: esta forma de tortura engañosamente simple, que parecía no requerir ninguna aprobación previa y podía durar muchos días e incluso semanas, era llamada por los prisioneros «ser puesto en la cinta transportadora». El método era sencillo: los prisioneros eran interrogados durante la noche, y después se les prohibía dormir de día. Eran constantemente despertados por los guardias, y amenazados con celdas de castigo o algo peor si no lograban permanecer despiertos. Uno de los mejores relatos sobre «la cinta transportadora» y sus efectos físicos fue hecho por el recluso estadounidense del Gulag, Alexander Dolgun. Durante el primer mes en Lefortovo, virtualmente privado de sueño, se le permitía dormir una hora o menos: «Al recordar parece que una hora es demasiado, pueden haber sido unos pocos minutos, no más, algunas noches». Como resultado su cerebro comenzó a jugarle malas pasadas:

> Había períodos en que súbitamente me daba cuenta de que no recordaba lo que había pasado en los últimos minutos. Lagunas mentales. Cosas borradas por completo… Entonces, por supuesto, después, comencé a tratar de dormir de pie, para ver si podía aprender a mantener el cuerpo erecto. Pensé que si eso funcionaba podría evitar que lo detectaran en la celda unos pocos minutos cada vez, porque el guardia de la mirilla no pensaría que estaba dormido si estaba sentado erguido.
>
> Y así fue, robando diez minutos aquí, una media hora allá, ocasionalmente un poco más si Sidorov se marchaba antes de las seis de la mañana y los guardias me dejaban solo hasta el toque de diana. Pero era muy poco. Demasiado tarde. Podía sentir que me iba hundiendo, que me volvía más

relajado y menos disciplinado cada día. Temía volverme loco casi más —no, realmente más— que morir.

Dolgun se resistió a confesar durante largos meses, un hecho que le procuró algo de que estar orgulloso durante el resto de su prisión. Sin embargo, cuando muchos meses después fue llamado de regreso a Moscú del campo en Dzherkazgán y fue golpeado otra vez, firmó una confesión pensando: «¡Al demonio! Me tienen de todos modos. ¿Por qué no lo he hecho antes? Me habría ahorrado mucho sufrimiento».[47]

¿Por qué no, realmente? Era una pregunta que muchos se hacían dándole respuestas distintas. Parece que algunos (un alto porcentaje de escritores de memorias) se resistieron por principio o por la equivocada creencia de que con ello evitarían ser condenados. «Prefiero morir antes que rebajarme», dijo el general Gorbatov a sus interrogadores, aunque lo estaban torturando (no especifica cómo). Otros se sometieron, para evitar el dolor, o por la creencia igualmente errónea de que con ello evitarían ser condenados.

En última instancia, la importancia principal de la instrucción sumarial era la huella psicológica que dejaba en los prisioneros. Incluso antes de que fueran sometidos al largo traslado al este, y antes de que llegaran a los primeros campos, habían sido «preparados» a cierto nivel para la nueva vida de trabajadores esclavos. Ya sabían que no gozaban de los derechos humanos normales, ni tampoco del derecho a un juicio justo ni siquiera a una vista justa. Ahora sabían que el poder del NKVD era absoluto, y que el Estado podía disponer de ellos como quisiera. Si habían confesado un delito que no habían cometido, se sentían humillados. Pero, aunque no lo hubieran hecho, se los había despojado de cualquier sombra de esperanza, de cualquier pensamiento de que el error de su detención sería pronto subsanado.

8

La prisión

Una gitana leyó las cartas:
un camino,
un camino lejano y una prisión.
Quizá la vieja prisión central
otra vez me aguarda,
aguarda a un joven…

Canción tradicional de los presos rusos.

El arresto y la instrucción del sumario extenuaban a los prisioneros, los confundían hasta someterlos, perturbarlos y desorientarlos; pero el propio sistema soviético de prisiones en que los reclusos eran confinados antes de la instrucción, durante y muchas veces un largo tiempo después de la instrucción, tenía una enorme influencia en su estado mental.

Ciertas actitudes oficiales hacia las prisiones reflejan los cambios en las prioridades de quienes dirigían los campos. Por ejemplo, Yágoda dio una orden en agosto de 1935 —en el período en que las detenciones de presos políticos comenzaban a aumentar con rapidez—, dejando claro que el «punto» más importante de un arresto era satisfacer la exigencia cada vez más frenética de una confesión. La orden de Yágoda puso en manos de los agentes del NKVD que investigaban los casos no solo los «privilegios», sino también las condiciones de vida más básicas de los presos. En el supuesto de que el prisionero colaborara —lo que por lo general significaba confesar—, se le permitiría recibir cartas, paquetes de comida, periódicos y libros, tener visitas mensuales de sus familiares y hacer una hora de ejercicio diaria. Si no, podía ser privado de todas estas cosas, e incluso perder la ración de comida.[1]

En contraste, en 1942, después de que Beria hubo asumido el mando,

jurando convertir el Gulag en una máquina económica eficiente, las prioridades de Moscú habían cambiado. Los campos se estaban transformando en un factor importante para la producción de la época bélica, y los jefes del campo habían comenzado a quejarse de los numerosos prisioneros que llegaban a los centros laborales de los campos totalmente incapaces de trabajar. Desnutridos, sucios y entumecidos, simplemente no podían extraer carbón ni talar árboles al ritmo requerido. Beria, por tanto, dictó nuevas disposiciones sobre la instrucción sumarial en mayo de ese año, exigiendo que los directores de prisiones observaran unas «condiciones de sanidad mínimas» y limitando el control de los agentes sobre la vida cotidiana de los prisioneros.

Según la nueva orden de Beria, los prisioneros tenían que hacer una caminata diaria «no inferior a una hora» (con la notoria excepción de aquellos que aguardaban la pena capital, cuya salud apenas si importaba para las cifras de producción del NKVD). Las autoridades de la prisión tenían que asegurarse de que hubiera un patio especialmente construido con ese propósito. «Ni un solo prisionero debe permanecer en la celda durante estos paseos … los presos débiles y ancianos deben ser ayudados por sus compañeros de celda». Se ordenó a los celadores que se aseguraran de que los reclusos (exceptuados los que estaban sometidos a la instrucción) durmiesen ocho horas, que los que sufrieran diarrea recibieran más vitaminas y una mejor alimentación, y que los *parashi*, los cubos que servían de letrina, fueran reparados si estaban agujereados.

Pese a estas regulaciones específicas, las prisiones continuaron siendo muy diferentes. En parte, se diferenciaban por la ubicación. Por lo general, las prisiones provinciales eran más sucias y relajadas; las de Moscú, más limpias y monótonas. Pero incluso las tres prisiones de Moscú tenían un carácter ligeramente distinto. La tristemente célebre Lubianka, que todavía domina una gran plaza en el centro de Moscú (y todavía sirve como sede del FSB, sucesor del KGB) era utilizada para la recepción y el interrogatorio de los infractores políticos más serios. Había relativamente pocas celdas (un documento de 1956 habla de 118) y 94 eran muy pequeñas, para uno o cuatro presos.[2] Antaño oficinas de una compañía de seguros, algunas celdas del edificio de la Lubianka tenían pisos de parquet que los presos debían limpiar cada día. A. M. Garaseva, un anarquista que después trabajó como secretario de Solzhenitsin, estuvo preso en Lubianka en 1926 y recordaba que la comida todavía era servida por

camareras uniformadas.[3]

En contraste, Lefortovo, también utilizada para la instrucción, había sido una prisión militar del siglo XIX. Sus celdas, nunca destinadas a custodiar un gran número de presos, eran más oscuras y sucias, y estaban atestadas. Lefortovo tenía la forma de una letra k, y en el centro, recordaba en sus memorias Dmitri Panin, «un asistente de pie con una bandera dirigía el flujo de presos que entraban y salían del interrogatorio».[4] A finales de la década de 1940, Lefortovo estaba tan atestada que el NKVD abrió un anexo en el monasterio Sujanovsky, en las afueras de Moscú. Denominado oficialmente «Objeto 110» y llamado por los prisioneros «Sujanovka», el anexo adquirió una horrenda reputación debido a las torturas. El propio Beria tenía un despacho allí, y supervisaba personalmente las sesiones de tortura de los prisioneros de Sujanovka.[5]

La prisión de Butirka, la más antigua de las tres, construida en el siglo XVIII, había sido concebida como un palacio, aunque pronto se convirtió en una prisión. Generalmente se utilizaba para encerrar a los presos que habían terminado con la instrucción y estaban esperando el transporte. Butirka estaba también atestada y sucia, pero era más relajada. Garaseva recuerda que mientras que en Lubianka los guardias obligaban a los presos a «ejercitarse» caminando en un pequeño círculo, «en Butirka uno podía hacer lo que quería».[6]

Las prisiones también cambiaban según la época. A comienzos de los años treinta, un gran número de prisioneros fueron sentenciados a meses e incluso a años de aislamiento. Un prisionero ruso, Boris Cherverikov, mantuvo la cordura durante dieciséis meses que estuvo incomunicado lavando ropa, limpiando el suelo y las paredes, y cantando todas las arias y canciones que conocía.[7]

Guinzburg pasó casi dos años en el aislado Yaroslavl, en el interior de Rusia central, la mayor parte del tiempo completamente sola: «Cuando cierro los ojos aún puedo ver cada resalte y cada grieta de esas paredes, pintadas hasta la mitad con los colores habituales de las prisiones, rojo parduzco y blanco sucio la mitad superior».[8] En los años cuarenta, cuando aumentó el ritmo de las detenciones, resultó más difícil aislar a los prisioneros, aun a los nuevos detenidos, ni siquiera durante unas horas. En 1947, Leonid Finkelstein fue llevado a la prisión *vokzal* (literalmente «estación de ferrocarril»), una «enorme celda común donde se metía primero a los presos sin ningún tipo de servicios. Después eran

distribuidos, gradualmente, enviados a los baños, y después a las celdas».[9] En realidad, la experiencia de un hacinamiento desesperante era mucho más habitual que el aislamiento solitario. No faltan ejemplos: en la prisión principal de la ciudad de Arjánguelsk, que tenía una capacidad para 740 individuos, en 1941 había entre 1661 y 2380 presos.[10]

Las prisiones en las provincias más distantes podían ser peores. En 1940, en la prisión de Stanislawlow, en la recién ocupada Polonia oriental, había 1709 personas, un número muy superior al de su capacidad de 472, y poseía apenas 150 juegos de sábanas.[11] En febrero de 1941, en las prisiones de la República de Tartarstán, con una capacidad de 2710 presos, había 6353.[12] Esta masificación tenía un efecto especialmente negativo sobre aquellos que todavía estaban siendo interrogados, cuya vida entera era sometida a un escrutinio intenso y hostil cada noche, y que pese a ello debían pasar el día en compañía de otros. Un prisionero relató sus efectos:

> El proceso de desintegración de la personalidad tenía lugar ante los ojos de todo el mundo en la celda. Un hombre no podía ocultarse allí ni por un instante; incluso tenía que defecar en un retrete abierto situado en la misma sala. El que quisiera llorar, lo hacía delante de todo el mundo, y el sentimiento de vergüenza aumentaba su tormento. El que intentara el suicidio (por la noche, tratando de cortarse las venas del brazo con los dientes bajo la manta) sería rápidamente descubierto por uno de los insomnes de la celda, y no podría terminar su tarea.[13]

Quizá debido a que eran conscientes del hacinamiento, las autoridades de la prisión hicieron grandes esfuerzos para quebrar todo asomo de solidaridad entre los presos. Ya la orden de Yágoda de 1935 prohibía a los prisioneros que hablaran, gritaran, cantaran o escribieran en los muros de la celda, que dejaran marcas o signos en ninguna parte de la prisión, que se asomaran a las ventanas de la celda o que intentaran comunicarse de alguna manera con los que estuvieran en otras celdas.[14] Los detenidos en la década de 1930 mencionan con frecuencia el silencio obligado: «Nadie hablaba en voz alta y algunos se hacían comprender por signos», escribió Margarete Buber-Neumann sobre Butirka, donde «los cuerpos medio descubiertos de casi todas las mujeres habían adquirido un tinte raro, color azul grisáceo, debido al largo confinamiento sin luz ni aire».[15]

En algunas prisiones, la regla del silencio se mantuvo vigente hasta muy

avanzada la década siguiente, en otras menos: un antiguo prisionero habla del «completo silencio» de Lubianka en 1949, en comparación con la cual visitar «la celda número 106 en Butirka era como ir a un bazar después de visitar una pequeña tienda».[16] Otro, preso en la ciudad de Kazán, recordaba que cuando los prisioneros comenzaban a susurrar, «la ventanilla de la comida se abría de golpe y alguien decía: ¡chitón!…».[17]

El silencio obligatorio hacía que incluso el camino a las salas de la instrucción causara nerviosismo. Alexander Dolgun recuerda que cuando caminaba por los pasillos alfombrados de Lubianka: «Lo único que escuchaba mientras avanzábamos era el sonido que hacía el guardia al chasquear la lengua … todas las puertas de metal eran grises, del color de un acorazado, y el efecto de la melancolía y el silencio y las puertas grises repitiéndose por los corredores hasta confundirse con las sombras era opresivo y desalentador».[18]

Para impedir que los prisioneros de una celda averiguaran los nombres de los de las otras celdas, los prisioneros eran llamados —para la instrucción o para el traslado— no por sus nombres, sino por una letra del alfabeto. El guardia gritaba G, por ejemplo, y todos los prisioneros cuyo apellido comenzaba con G se ponían de pie y daban sus nombres de pila y patronímicos.[19]

Se mantenía el orden, exactamente como se hacía en la mayoría de las prisiones, mediante una rígida regulación de la vida cotidiana. Zayara Vesyolaya, hija del famoso escritor y «enemigo» ruso, describe en sus memorias un día en la Lubianka. Comenzaba con *opravka*, una excursión al retrete:

> «¡Preparaos para el retrete!», grita el guardia, y las mujeres silenciosamente forman filas, en parejas. Una vez allí, se les da unos diez minutos, no solo para hacer sus necesidades sino para asearse y lavar la ropa que pudieran. A continuación de *opravka* venía el desayuno: agua caliente mezclada quizá con algo parecido al té o al café, más la ración diaria de pan, junto con dos o tres terrones de azúcar. Al desayuno seguía una visita del guardia que tomaba las solicitudes para consultar al doctor, y después venía «la actividad central del día», un paseo de veinte minutos por «un pequeño patio cerrado, caminando en fila india en círculo pegadas a la pared».

Solo una vez se alteró el orden. Aunque nunca se le explicó por qué, Vesyolaya fue llevada una noche al tejado de la Lubianka, después de que los prisioneros habían recibido la orden de dormir. Como la Lubianka estaba en el centro de Moscú, pudo ver, si no la ciudad, al menos sus luces. Tuvo la impresión de pertenecer a otro país.[20]

Normalmente, sin embargo, el resto del día era monótono: comida (sopa de prisión hecha de vísceras, grano o col podrida) y lo mismo para la cena. Había otra excursión al retrete por la noche. Entre estas actividades, las prisioneras hablaban susurrando, se sentaban en sus literas, y a veces leían libros. Vesyolaya recuerda que se le permitía leer un libro a la semana, pero las normas variaban de una prisión a otra, así como la calidad de las bibliotecas que, como he dicho, a veces eran excelentes. En algunas prisiones se permitía a los reclusos comprar alimentos del economato si sus parientes les habían enviado dinero.

Pero había otras torturas además del aburrimiento y la mala comida. Se prohibía a todos los presos dormir durante el día, no solo a los que estaban sometidos a interrogatorios. Los celadores mantenían una vigilia constante, mirando por el «agujero de Judas» (la mirilla en la puerta de la celda), para asegurarse de que se cumplía esta norma. Liubov Bershadskaya recuerda que, aunque «nos despertábamos a las seis, no se nos permitía sentarnos en la cama hasta las once de la noche. Teníamos que caminar o sentarnos en los bancos sin apoyarnos en la pared».[21]

La noche no era mejor. Dormir era difícil, si no imposible: los brillantes focos de las celdas nunca se apagaban, y una norma prohibía a los presos dormir con las manos bajo la manta. Vesyolaya comenzaría tratando de obedecer: «Era incómodo … y me resultaba difícil conciliar el sueño… tan pronto como me adormecía, no obstante, instintivamente me subía la manta hasta la barbilla. La llave chirriaba en la cerradura, y el guardia sacudía mi cama: ¡las manos!».[22]

Quizá el arma más efectiva para impedir que los prisioneros estuvieran demasiado cómodos en su entorno era la presencia de delatores, que también existían en otras esferas de la vida soviética. Desempeñarían asimismo un importante papel en los campos, pero allí sería más sencillo evitarlos. En la prisión, nadie podía eludirlos tan fácilmente, y obligaban a las personas a vigilar sus palabras cuidadosamente. Buber-Neumann recordaba que, con una excepción, «nunca escuché ni una palabra de crítica al régimen soviético de labios de un preso ruso durante el tiempo que estuve en Butirka».[23]

Los presos tenían constancia de que había al menos un delator en cada celda. Cuando había dos personas en una celda, una sospechaba de la otra. En las celdas, el delator muchas veces era conocido, y los demás reclusos lo rehuían. Cuando Olga Adamova-Sliozberg llegó a Butirka, vio un espacio libre para

dormir junto a la ventana. Se le dijo que podía dormir allí, «pero no tendrás la mejor de las vecinas». Resultó que la mujer que dormía aparte era una delatora que pasaba el tiempo «escribiendo declaraciones denunciando a todos en la celda, de modo que nadie le hablaba».

No todos los delatores eran identificados con facilidad, y la paranoia era tan grande que cualquier comportamiento inusual suscitaba la hostilidad. El escritor Varlam Shalámov escribía que ser trasladado de celda dentro de una prisión «no es agradable. Siempre suscita sospechas, torna precavidos a los nuevos compañeros: ¿no será un delator?».[24]

Sin duda, el sistema era rígido, inflexible e inhumano. Y sin embargo, si podían, los presos resistían el tedio, las constantes y pequeñas humillaciones, los intentos de dividirlos y atomizarlos. Más de un antiguo recluso ha escrito que la solidaridad de los prisioneros era más fuerte realmente en las cárceles que la que habría en los campos después. Una vez que los prisioneros estaban en los campos, los mandos podían dividirlos y reinar con más tranquilidad. Para separar a los reclusos, podía tentarlos con la promesa de un puesto más alto en la jerarquía del campo, con mejor comida o trabajos más fáciles.

En la prisión, en cambio, todos eran más o menos iguales. Había alicientes para colaborar, pero eran escasos. A muchos presos, los días o meses pasados en la cárcel, antes de la deportación, les habían proporcionado una especie de curso introductorio a las técnicas elementales de supervivencia, y pese a todos los esfuerzos de las autoridades, una primera experiencia de unidad contra la autoridad.

Algunos prisioneros simplemente aprendieron de sus compañeros de reclusión la forma de preservar la higiene y la dignidad. En su celda, Shijeeva-Gaister aprendió a hacer botones con trozos de pan masticado para sujetarse la ropa y a hacer agujas de espinas de pescado.[25] Dmitri Bistroletov —un antiguo espía en Occidente— aprendió también a hacer «hilo» destejiendo las medias viejas; la punta del hilo se adelgazaba con un poco de jabón. Ese hilo, al igual que las agujas que aprendieron a hacer con las cerillas, podía ser permutado en el campo por comida.[26]

Los prisioneros también preservaban cierto control sobre su existencia mediante la institución del *starosta*, el «síndico» de la celda. Por una parte, en

las prisiones, los vagones de ferrocarril y en los barracones de los campos, el *starosta* era una figura autorizada, cuyas funciones eran descritas en los documentos oficiales. Por otra parte, los numerosos deberes del *starosta* (que iban desde hacer que la celda estuviese limpia hasta asegurar el orden de los turnos en el retrete) significaba que su autoridad tenía que ser aceptada por todos.[27] Los delatores, y otros favorecidos por los celadores de la prisión, no eran por tanto necesariamente los mejores candidatos. Aleksandr Weissberg escribió que en las celdas más grandes, donde podría haber 200 presos o más, «la vida normal no era posible sin un síndico de la celda que organizase la distribución de la comida, los turnos de ejercicio, y así sucesivamente». Sin embargo, debido a que la policía secreta rehusaba reconocer cualquier forma de organización de los presos («su lógica era simple: una organización de contrarrevolucionarios era una organización contrarrevolucionaria»), se encontró una solución clásicamente soviética: el *starosta* era elegido «ilegalmente» por los presos. El gobernador se enteraba a través de sus espías y entonces nombraba oficialmente al elegido por los presos.[28]

En las celdas más atestadas, la principal tarea del *starosta* era dar la bienvenida a los nuevos presos, y asegurarse de que todos tuvieran un lugar para dormir. Casi siempre, los nuevos prisioneros eran enviados a dormir junto a la *parasha*, el cubo de excrementos, avanzando progresivamente hacia la ventana en orden de antigüedad. «No se hacían excepciones —anotaba Elinor Lipper— por edad ni por enfermedad.»[29] El *starosta* también resolvía las peleas, y mantenía el orden en la celda, una tarea que distaba de ser sencilla.

Sin duda, los presos ponían su mayor ingenio en burlar la norma más rigurosa: la prohibición estricta de comunicación entre las celdas y con el mundo exterior. Quizá la forma más elaborada de comunicación prohibida era el código Morse de los prisioneros, que se golpeteaba en las paredes de las celdas o en las cañerías de la prisión. El código había sido ideado en la época zarista; Varlam Shalámov lo atribuye a los decembristas.[30] Elinor Olitskaya lo había aprendido de sus colegas eseritas mucho antes de ser recluida en 1924.[31] De hecho, la revolucionaria rusa Vera Figner había descrito el código en sus memorias, de donde lo aprendió Guinzburg. Cuando estuvo bajo la instrucción sumarial, recordaba lo suficiente como para utilizarlo y comunicarse con la celda contigua.[32] El código era relativamente sencillo: cada letra del alfabeto ruso se disponía

en cinco series de seis letras.

А	Б	В	Г	Д	Е (Ё)
Ж	З	И	К	Л	М
Н	О	П	Р	С	Т
У	Ф	Х	Ц	Ч	Ш
Щ	Ъ	Ы	Э	Ю	Я

Cada letra era designada por un par de golpecitos, el primero indicaba la fila y el segundo la columna.

1,1	1,2	1,3	1,4	1,5	1,6
2,1	2,2	2,3	2,4	2,5	2,6
3,1	3,2	3,3	3,4	3,5	3,6
4,1	4,2	4,3	4,4	4,5	4,6
5,1	5,2	5,3	5,4	5,5	5,6

Incluso aquellos que no habían leído sobre el código ni lo hubieran aprendido de otros, a veces lo entendían, pues había métodos uniformes de enseñarlo. Aquellos que lo conocían a veces pulsaban todo el alfabeto, una y otra vez, junto con una o dos preguntas simples, con la esperanza de que la persona invisible al otro lado del muro pudiera comprenderlo. Así fue como Alexander Dolgun aprendió el código en Lefortovo, memorizándolo con ayuda de cerillas. Cuando finalmente fue capaz de «hablar» con el hombre de la celda contigua, y comprendió que le estaba preguntando ¿quién eres?, sintió «una oleada de amor puro por el hombre que había estado preguntándome durante tres meses quién era yo».[33]

En ciertos lugares y en ciertos momentos, los métodos de los prisioneros para organizarse adoptaron formas más complejas. Shalámov describe una en especial en el relato «Los comités de pobres», que también es mencionada por otros autores.[34] Sus orígenes se deben a una norma injusta: en cierto momento, a finales de la década de 1930, las autoridades decidieron súbitamente que los prisioneros sometidos a interrogatorio no debían recibir paquetes de sus familiares; en su opinión, «con dos bollos franceses, cinco manzanas y un par de pantalones viejos se podía transmitir cualquier texto en el interior de la prisión».

Solo podía enviarse dinero, y en números redondos, de manera que las sumas no pudieran utilizarse para «crear un nuevo alfabeto de señales cifradas». Pero no todas las familias de los presos tenían dinero para enviar. Algunas eran demasiado pobres, o estaban muy lejos, mientras que otras incluso habían participado en la denuncia de sus parientes. Eso significaba que, aunque algunos presos tuvieran acceso una vez por semana al economato de la prisión (para comprar mantequilla, queso, salchichón, tabaco, pan blanco, cigarrillos), otros tenían que subsistir con la pobre dieta carcelaria, y aún más importante, se sentían «excluidos de la fiesta», es decir, del día de economato.

Para resolver este problema, los presos de Butyrka retomaron una idea del período del comunismo de guerra, en los primeros años de la revolución, y organizaron «los comités de pobres». Cada preso donaba el 10% de su dinero a ese comité. A su vez, el comité compraba alimentos para los presos que no tenían dinero. Este sistema continuó durante algunos años, hasta que las autoridades decidieron eliminarlo, prometiendo a algunos prisioneros diversas compensaciones para que se negaran a que se les descontara dinero. Sin embargo, las celdas se resistieron y aislaron a los que no participaban. Y ¿quién, pregunta Shalámov, «se atrevería a enfrentarse en solitario a todo el grupo, a unos hombres que pasan las veinticuatro horas contigo, y cuando solo el sueño te salva de las miradas hostiles de tus compañeros»?

Curiosamente, este breve relato es uno de los pocos del amplio repertorio de Shalámov que termina con una nota positiva: «La masa carcelaria —cohesionada como siempre ocurre en la cárcel, a diferencia de la “calle” y de los campos—, en un espacio carente del más mínimo derecho, halla un punto de apoyo para aplicar sus energías espirituales en la afirmación del eterno derecho del hombre a vivir a su modo».[35]

Este escritor, pesimista entre los pesimistas, había encontrado en esta forma organizada de solidaridad entre los presos, un jirón de esperanza. El trauma del transporte y el horror inaudito de los primeros días en los campos pronto lo destruiría.

9

El transporte, la llegada y la selección

Recuerdo el puerto de Vanino
y el clamor del lúgubre vapor
cuando entrábamos por la pasarela
a la fría y tenebrosa bodega.

Los *zeks* sufrían con el vaivén del oleaje,
el mar profundo los rodeaba bramando
y ante ellos estaba Magadán,
la capital del país de Kolimá.

De cada pecho brotaba
no el llanto, sino un gemido lastimero,
pues se despedían de la Tierra Grande.
El barco se balanceaba, forcejeaba, crujía…

Canción de presos soviéticos.

En 1827, la princesa Maria Volkonskaya, esposa del rebelde decembrista Serguéi Volkonski, dejó a su familia, a su hijo y la apacible vida de San Petersburgo para unirse a su esposo en el exilio siberiano. Su biógrafo describe el viaje, que en su tiempo se consideraba de una dureza insoportable:

> Días tras día, el trineo avanzaba veloz hacia el horizonte infinito. Maria experimentaba un estado de júbilo febril. El viaje infundía una sensación de irrealidad: la falta de sueño y el escaso alimento. Se detuvo solo en un relevo ocasional para tomar una taza de té con limón del indefectible samovar de cobre. La embriagadora velocidad del trineo, arrastrado por tres caballos saltarines, devoraba las extensiones vacías al galope. «¡Adelante…!, ¡adelante!», los arreaban los conductores, alcanzando una gran velocidad mientras grandes penachos de nieve se levantaban bajo los cascos de los caballos, y los cascabeles de los arreos repicaban sin cesar anunciando que el vehículo se aproximaba.[1]

Ni caballos ni trineos llevaron a los prisioneros del siglo XX con

«embriagadora velocidad» surcando la nieve siberiana, tampoco hubo tazas de té caliente con limón servidos de los samovares de cobre en las estaciones de relevo. La princesa Volkonskaya quizá lloró durante su viaje, pero los prisioneros que vinieron después ni siquiera podían oír la palabra *étap* (término de jerga carcelaria para decir transporte), sin sentir un sobresalto de miedo o de pavor que les dejaba la boca seca. Cada viaje era un salto desgarrador a lo desconocido, un paso lejos de los habituales compañeros de celda y los tratos ya conocidos, con todas las deficiencias que pudieran tener.

Para aquellos que sufrían la ordalía por primera vez, el acontecimiento estaba cargado de simbolismo. La detención y la instrucción del sumario habían sido una iniciación al sistema, pero el viaje en tren a través de Rusia representaba una ruptura geográfica con el pasado de los prisioneros y el comienzo de una nueva vida. Las emociones eran siempre fuertes en los trenes que dejaban Moscú y Leningrado, con dirección al norte y al este. Thomas Sgovio, un estadounidense que no pudo recuperar su pasaporte, recordaba lo que pasó cuando su tren salió para Kolimá: «Nuestro tren dejó Moscú la noche del 24 de junio. Era el inicio de un viaje hacia el este que duraría un mes, nunca olvidaré ese momento. Setenta hombres … comenzaron a llorar».[2]

En la mayoría de los casos, el largo proceso de transporte tenía lugar por etapas. Si estaban en las grandes prisiones de la ciudad, los *zeks* eran conducidos a los trenes en camiones cuyo diseño proclamaba la obsesión por el secreto del NKVD. Desde fuera, los «cuervos negros», como se los apodaba, parecían camiones de carga. En los años treinta, solían llevar la palabra «pan» pintada en los laterales.[3]

El interior de los camiones a veces estaba dividido en dos hileras de pequeñas jaulas sin aire, tal como las describió un prisionero.[4] Los campesinos y aquellos que fueron transportados al inicio de la deportación masiva de los estados bálticos y Polonia oriental, lo pasaron mucho peor. Tal como me contó un anciano lituano, eran embutidos «como sardinas» en camiones de carga normales: el primer preso abría las piernas, el segundo se sentaba entre ellas también con las piernas abiertas y así sucesivamente hasta que el camión estuviera lleno.[5] Tal disposición era especialmente incómoda cuando había demasiadas personas que recoger, y un viaje a la estación podía durar todo un día. Durante la deportación que tuvo lugar en los antiguos territorios polacos en

febrero de 1940, los niños murieron congelados antes de llegar a los trenes, y los adultos sufrieron una congelación grave de brazos y piernas de la cual nunca se recuperaron.[6]

En las ciudades de provincia, las normas de secreto eran más relajadas y los prisioneros a veces marchaban a la estación de tren por los pueblos, una experiencia que a menudo les brindaba una última visión de la vida civil; y una de las pocas imágenes que los civiles tendrían de los prisioneros. Janusz Bardach recuerda su sorpresa ante la reacción de los ciudadanos en Petropavlovsk cuando vieron a los prisioneros marchando por la calle:

> La mayoría de los viandantes eran mujeres envueltas en chales y gruesos abrigos de fieltro. Para mi asombro, comenzaron a gritar a los guardias: «¡Fascistas… asesinos… Por qué no vais a pelear al frente…!». Comenzaron a tirarles bolas de nieve. Ellos lanzaron varios disparos al aire y las mujeres retrocedieron unos pasos, pero continuaron maldiciendo y siguiéndonos. Arrojaban a la columna paquetes, hogazas de pan, patatas y tocino, envueltos en tela. Una mujer se quitó el chal y el abrigo y se los dio a un hombre que no tenía nada. Yo recogí un par de mitones de lana.[7]

A pie o en camión, los prisioneros finalmente llegaban a las estaciones de tren. A veces eran estaciones convencionales, a veces especiales («un trozo de tierra rodeado de alambradas», según recuerda Leonid Finkelstein).

Desde fuera, los vagones parecían del todo normales, aunque estaban más custodiados que la mayoría. Edward Buca, que había sido arrestado en Polonia, examinó el suyo con el ojo atento de un hombre que albergaba la esperanza de evadirse. Recordaba que «cada vagón estaba rodeado de varias hileras de alambre de espino, había plataformas de madera en el exterior para los guardias, se habían instalado luces eléctricas arriba y abajo en cada vagón, y las ventanillas estaban protegidas con gruesas barras de hierro». Después, Buca inspeccionó el vagón por debajo para ver si había clavos en la base. Allí estaban.[8]

Había trenes de dos tipos. Los primeros eran los *Stolypinki* (o «vagones Stolypin»), así llamados irónicamente en alusión al nombre de un primer ministro zarista —uno de los más enérgicos y un gran promotor de reformas— de principios del siglo XX, quien los habría introducido. Eran vagones ordinarios que habían sido remodelados para los presos. Podían ser unidos formando un enorme vehículo o enganchados a los trenes normales uno o dos cada vez. Un antiguo pasajero los describió así:

> Un Stolypinka se parece a un vagón ruso de tercera clase normal excepto en que tiene muchas más barras de hierro y rejillas. Las ventanas, por supuesto, llevan barras. Los compartimientos individuales están separados por tela metálica en lugar de paredes, como jaulas, y una larga valla de hierro separa los compartimientos del corredor. Esta disposición permite a los guardias vigilar constantemente a todos los prisioneros del vagón.[9]

En los vagones Stolypin también se hacinaban muchas personas, pero tenían otra desventaja más grave. Dentro de ellos, los guardias podían vigilar a los presos todo el tiempo, y por tanto, podían controlar lo que los prisioneros comían, oír sus conversaciones y decidir cuándo y dónde podrían hacer sus necesidades. Como resultado, en casi todas las memorias que describen los trenes se mencionan los horrores asociados con el hecho de orinar y defecar. Una o dos veces al día, en ocasiones nunca, los guardias llevaban a los pasajeros al retrete o detenían el tren para dejar salir a los prisioneros.

Para los prisioneros con problemas estomacales u otras dolencias, la situación era mucho peor tal como recordaba un testigo: «Los prisioneros incapaces de controlarse se ensuciaban los pantalones y con frecuencia también ensuciaban a los presos situados a su lado. Incluso en una comunidad de sufrimiento, a algunos presos les resultaba difícil no detestar a los infortunados que lo hacían».[10] Por esta razón, algunos prisioneros preferían la otra forma de transporte: los vagones de ganado. Tal como suena: eran vagones vacíos, no necesariamente adecuados para los seres humanos, a veces con una pequeña estufa en el centro a modo de calefacción y a veces con literas. También tenían «retretes» —agujeros en el suelo del vagón—, lo que aliviaba la necesidad de pedir y rogar a los guardias o de lo contrario pasar la vergüenza de ensuciarse encima.[11]

Pero el verdadero tormento no era el hacinamiento ni los retretes o la vergüenza, sino la falta de alimento, especialmente la falta de agua. Por lo común, la «ración seca» del prisionero consistía en pan, que podía ser distribuido en pequeños trozos de 300 gramos diarios, o en grandes cantidades (dos kilos más o menos) que debía durar los 34 días del viaje. Junto con el pan, los prisioneros recibían habitualmente pescado salado, el cual les provocaba una sed excesiva.[12] Pese a ello, rara vez se les daba más de un jarro de agua al día, incluso en verano. Tan frecuente era esta práctica que los relatos de la terrible sed experimentada por los prisioneros durante el viaje aparecen una y otra vez.

«Una vez, no nos dieron agua en tres días, y en la víspera de Año Nuevo de 1939, cerca del lago Baikal, tuvimos que lamer los carámbanos ennegrecidos que colgaban de los vagones», escribió un antiguo *zek*.[13]

También aquellos que recibían un jarro de agua padecían. Guinzburg recordaba la atroz decisión que debían tomar los presos: o bebían toda la taza por la mañana, o trataban de conservarla. «Aquellos que iban tomando un trago de vez en cuando y lo hacían durar todo el día, no tenían un minuto de paz. Vigilaban sus jarros como águilas desde el amanecer hasta el anochecer.»[14]

Peores eran los recuerdos de Nina Gagen-Torn, que estuvo en un tren de transporte parado tres días en las afueras de Novosibirsk en plena canícula. La prisión de tránsito de la ciudad estaba llena: «Era julio. Muy caluroso. Los techos de los vagones Stolypin enrojecieron por la acción del calor, y nosotros estábamos en las literas como bollos en el horno». Las personas que iban en su vagón decidieron hacer una huelga de hambre, aunque los guardias las amenazaron con penas más largas. «No queremos morir de disentería —les respondieron a gritos las mujeres—. Hace cuatro días que estamos encima de nuestra propia mierda». Con reluctancia, los guardias finalmente les permitieron beber un poco y asearse.[15]

Los más ancianos y los más jóvenes sufrían mucho más. Barbara Armonas, una lituana casada con un estadounidense, fue deportada junto con un gran grupo de hombres, mujeres y niños lituanos. Entre ellos había una paralítica de 83 años que no podía mantenerse limpia: «Muy pronto todo apestaba a su alrededor y ella estaba cubierta de llagas». También había tres niños pequeños:

> Sus padres tenían grandes problemas con los pañales, que era imposible lavarlos con regularidad. A veces cuando el tren se detenía después de un chaparrón, las madres bajaban de un salto a lavar los pañales en las acequias. Había peleas por estas acequias porque algunas querían lavar los platos, otras lavarse la cara y otras lavar los pañales sucios, todas a la vez.[16]

Se tomaron medidas especiales para los enemigos arrestados, en contraposición a los deportados, lo que no necesariamente mejoraba las cosas. Mariya Sandratskaya, arrestada cuando su hijo tenía dos meses, fue llevada en un transporte lleno de madres que amamantaban a sus hijos. Durante dieciocho días, sesenta y cinco mujeres con sus sesenta y cinco hijos viajaron en dos vagones de ganado, sin calefacción a excepción de dos estufas pequeñas que

arrojaban mucho humo. No había raciones especiales ni agua caliente para bañar a los niños o lavar los pañales, que se volvieron «verdes de mugre». Dos mujeres se suicidaron cortándose la garganta con un vidrio, otra perdió la razón. Sus tres hijos fueron recogidos por otras madres. Sandratskaya «adoptó» a uno de ellos. Hasta el fin de sus días, estuvo convencida de que solo la leche materna había salvado a su propio hijo, que contrajo una pulmonía. Por supuesto, no había medicinas a mano.[17]

De vez en cuando, los trenes de transporte hacían paradas, pero estas no necesariamente ofrecían demasiado alivio. Los prisioneros eran sacados de los trenes, cargados en camiones y llevados a las prisiones de tránsito. El régimen de esos lugares era parecido a las prisiones de la instrucción sumarial, excepto en que los carceleros tenían incluso menos interés en el bienestar de los presos a su cuidado, a quienes quizá nunca volverían a ver. El régimen de la prisión de tránsito era completamente impredecible.

Probablemente las prisiones de tránsito más primitivas eran las situadas en la costa del Pacífico, donde los prisioneros permanecían antes de que los embarcaran con rumbo a Kolimá. En los años treinta, solo había una: Vtoraya Rechka, cerca de Vladivostok. Tan abarrotada estaba que se construyeron dos campos de tránsito adicionales en 1939: Bujta Najodka y Vanino. Ni siquiera entonces había suficientes barracones para los miles de reclusos que esperaban los barcos.[18] Un prisionero se encontró en Bujta Najodka a finales de julio de 1947: «A la intemperie custodiaban a 20 000 personas. Ni se mencionaba un edificio para ellos; allí se sentaban, se tumbaban y vivían, allí mismo, en la tierra».[19]

Tampoco el acceso al agua había mejorado mucho con respecto al existente en los trenes, pese al hecho de que los prisioneros todavía subsistían en buena medida gracias a una dieta de pescado salado en pleno verano. «Por todo el campo había carteles que decían “No beba agua sin hervir”. Dos epidemias, una de tifus y otra de disentería, estaban causando estragos entre nosotros. Pero los prisioneros no prestaban atención a los carteles y bebían el agua que se deslizaba aquí y allá en la tierra del complejo … cualquiera puede entender cuán desesperados estábamos por un trago de agua para aplacar nuestra sed.»[20]

Para los presos que habían estado viajando durante muchas semanas, las

condiciones de los campos de tránsito en la costa del Pacífico eran casi insoportables. Los escritores de memorias informan de viajes en tren a Bujta Najodka de hasta cuarenta y siete días.[21] Uno recuerda que cuando el vehículo llegó a dicha localidad, el 70% de sus camaradas sufrían de ceguera nocturna, un efecto colateral del escorbuto, así como de diarrea.[22] Tampoco había asistencia médica disponible. Sin medicinas ni cuidados adecuados, el poeta ruso Osip Mandelstam murió paranoico y delirante en Vtorya Rechka en diciembre de 1938.[23]

Para aquellos que no estaban demasiado enfermos, era posible conseguir un poco más de pan en los campos de tránsito del Pacífico. Los prisioneros podían trasladar cubetas con cemento, descargar vagones y cavar letrinas.[24] De hecho, Bujta Najodka es recordada por algunos como el «único campo donde los prisioneros suplicaban por trabajar». Una mujer polaca recordaba: «Alimentan solo a aquellos que trabajan, pero como hay más presos que trabajo, algunos mueren de hambre … La prostitución florece como los lirios en los prados siberianos».[25]

Sin embargo, recuerda Sgovio, algunos subsistían gracias al trueque:

> Hay un gran espacio abierto llamado el bazar. Los presos se reúnen allí y hacen trueque … La moneda no tiene valor. Hay mayor demanda de pan, tabaco y de trozos de papel periódico usado para fumar. Hay presos comunes que cumplen condena como encargados de los servicios y el mantenimiento. Cambian pan y tabaco por ropa con los recién llegados, después revenden nuestra ropa a los ciudadanos en el exterior por rublos, acumulando así una suma para el día en que los dejen ir al mundo soviético. El bazar era el lugar más populoso del campo durante el día. Allí, en ese antro comunista, presencié lo que era en realidad la forma más cruda de un sistema de libre empresa. [26]

No obstante, para estos prisioneros, los horrores del viaje no terminaban con los trenes ni los campos de tránsito. Debían completar el trayecto por barco. Los barcos no eran nada extraordinario. Viejos vapores de carga holandeses, suecos, ingleses y estadounidenses (que no fueron construidos para transportar pasajeros) hacían la ruta a Kolimá. Habían sido acondicionados para cumplir su nueva función, pero los cambios eran en su mayor parte superficiales. Las letras D. S. (por Dalstrói) habían sido pintadas en sus chimeneas, se habían colocado nidos de ametralladora en las cubiertas y se habían construidos toscos camarotes en la bodega, secciones de la cual estaban separadas entre sí por una rejilla de

hierro. La flota más grande de Dalstrói, concebida para transportar grandes cantidades de cable, fue bautizada inicialmente con el nombre de *Nikolái Yezhov*. Después de que Yezhov cayera en desgracia, fue rebautizada la *Félix Dzerzhinski*, una modificación que exigió un costoso cambio en el registro internacional naviero.[27]

Pocas concesiones más se hicieron al cargamento humano de los barcos, cuyos elementos eran mantenidos a la fuerza bajo cubierta en la primera parte del viaje, cuando las naves pasaban cerca de la costa de Japón. Durante esos días, la escotilla que comunicaba la cubierta con la bodega permanecía cerrada a cal y canto, no fuera que un barco japonés perdido estuviera a la vista.[28] Estos viajes se consideraban tan secretos que, efectivamente, cuando el *Indigirka*, un barco de la Dalstrói que llevaba 1500 pasajeros (en su mayoría prisioneros de regreso al continente) chocó contra un escollo cerca de la isla japonesa de Hokkaido en 1939, la tripulación de la nave optó por dejar morir a la mayoría de los pasajeros antes que buscar auxilio. Por supuesto no había equipos de salvamento a bordo, y la tripulación, que no deseaba revelar el verdadero contenido de su «carga naval», no pidió auxilio a los barcos de la zona, aunque había muchos disponibles. Unos pescadores japoneses acudieron a auxiliar la nave por propia voluntad, pero fue en vano: más de 2000 personas murieron en el naufragio.[29]

Pero incluso cuando no había una catástrofe, los prisioneros sufrían debido al secreto que se debía guardar de su confinamiento forzado. Los guardias les arrojaban la comida a la bodega, y debían agarrarla como pudieran. Recibían el agua en cubos que les bajaban de la cubierta. La comida y el agua eran escasas, y también faltaba aire. Al bajar a la bodega, Guinzburg comenzó a sentirse mal: «Si me mantuve en pie fue solamente porque no había un lugar donde caerse». Una vez en la bodega, «era imposible moverse, nuestras piernas se adormecían, el hambre y la sed nos producían mareos, y todos nosotros sentíamos náuseas … apenas podíamos respirar; nos sentábamos o nos estirábamos en el suelo sucio una detrás de otra, abriendo las piernas para hacer sitio a la persona de delante…».[30]

Una vez pasada la costa japonesa, a veces se les permitía a los prisioneros subir a cubierta para que pudieran utilizar los escasos retretes del barco, que eran inadecuados para los miles de presos.

> Un armatoste improvisado de planchas en forma de caja estaba adosado a una de las bandas del barco … era bastante complicado subir desde la cubierta del barco en movimiento por la barandilla y entrar en la caja. Los prisioneros más viejos y los que nunca habían navegado tenían miedo de entrar. Un codazo del guardia y la premura de hacer sus necesidades finalmente les obligaba a superar su reluctancia. Una larga cola se formaba en la escalerilla día y noche durante el viaje. Solo se permitía entrar en la caja a dos hombres cada vez.[31]

Sin embargo, las penurias físicas de la vida en los barcos eran superadas por los tormentos ideados por los propios presos, mejor dicho, por los delincuentes que había entre ellos. Esto era especialmente cierto a finales de los años treinta y comienzos de los cuarenta, cuando la influencia de los delincuentes en los campos estaba en su apogeo y los presos políticos y los comunes estaban mezclados sin la debida discriminación. Elinor Lipper, que hizo el viaje a Kolimá a finales de los años treinta, cuenta que las políticas «yacían apretujadas en el suelo alquitranado de la bodega porque las delincuentes se habían adueñado de la tarima. Si una se atrevía a levantar la cabeza le daban la bienvenida desde arriba con una lluvia de cabezas de pescado y tripas. Cuando alguna de las delincuentes mareadas tenía náuseas, el vómito caía directamente sobre nosotras».[32]

Los prisioneros bálticos y polacos, que tenían mejores ropas y pertenencias de más valor que sus homólogos soviéticos, eran un blanco especial. En una ocasión, un grupo de presos comunes apagó las luces del barco y asaltó a un grupo de presos polacos matando a uno y robando a los restantes.[33]

La combinación de hombres y mujeres prisioneros podía tener peores consecuencias que la combinación de presos comunes y políticos. Técnicamente estaba prohibido: los hombres y las mujeres debían permanecer separados en las embarcaciones. En la práctica, los guardias eran sobornados para que permitieran a los hombres estar en la bodega de las mujeres. En todo el sistema de campos se hablaba del «tranvía de Kolimá» (las violaciones masivas a bordo). Elena Glink, una superviviente, cuenta que:

> Violaban según la orden del «conductor» del tranvía … después a la orden de *koncha bazar* [«detened el bazar»] se separaban con esfuerzo, a regañadientes, dejando su lugar al siguiente hombre, que estaba de pie preparado … a las mujeres muertas las arrastraban por las piernas hacia la puerta, y las amontonaban en el umbral. A las que quedaban las reanimaban tirándoles agua, y la fila comenzaba otra vez. En mayo de 1951, a bordo del *Minsk* [famoso en todo Kolimá por su «gran tranvía»] los cadáveres de las mujeres fueron arrojados por la borda. Los guardias ni siquiera anotaron los nombres de las muertas…[34]

Hasta donde llega el conocimiento de Glink, nadie fue nunca castigado por violación a bordo de esos barcos. Janusz Bardach, un adolescente polaco que se encontró en un barco rumbo a Kolimá en 1942, lo confirma. Estaba presente cuando una banda de hampones planeó un asalto a la bodega de las mujeres, y los observó abrir un hueco en la reja de hierro que separaba a ambos sexos:

> Tan pronto como las mujeres aparecieron por el hueco, los hombres les arrancaron la ropa. Varios hombres a la vez asaltaban a una mujer. Pude ver sus blancos cuerpos retorciéndose. Las mujeres los golpeaban enérgicamente con las piernas y les clavaban las uñas en la cara. Mordían, gritaban y aullaban. Los violadores les respondían a golpes … cuando se quedaron sin mujeres, algunos de los más robustos se volvieron a las literas en busca de hombres jóvenes. Estos adolescentes fueron incluidos en la carnicería, yacían boca abajo, sangrando y gritando en el suelo.

Ninguno de los prisioneros trató de detener a los violadores: «Cientos de hombres colgados de las tarimas donde dormían vieron la escena, pero ni uno solo trató de intervenir». El asalto solo terminó, escribe Bardach, cuando los guardias de la cubierta superior lanzaron un chorro de agua a la bodega. Unas cuantas mujeres muertas y heridas fueron sacadas a rastras después. No se castigó a nadie.[35]

«Alguien —escribió otro preso superviviente— que hubiera visto el infierno de Dante diría que no era nada comparado con lo que ocurrió en ese barco.»[36]

Hay muchos más relatos de los transportes, algunos tan trágicos que resulta insoportable repetirlos. Es cierto que no hay pruebas de que los guardias de los convoyes hubieran sido explícitamente instruidos para torturar a los prisioneros que trasladaban. Por el contrario, había elaboradas normas sobre cómo proteger los transportes de prisioneros, y había gran indignación oficial cuando estas normas eran desobedecidas con frecuencia. Un decreto de diciembre de 1941, «sobre la mejora de la organización del transporte de prisioneros», señalaba con vehemencia la «irresponsabilidad» y a veces la conducta «criminal» de algunos guardias del convoy y empleados del Gulag: «Esto ha provocado que los presos lleguen al lugar designado en estado de desnutrición, con el resultado de que no puedan ser puestos a trabajar durante algún tiempo».[37]

Una airada orden oficial, del 25 de febrero de 1940, se lamentaba de que no solo prisioneros enfermos e incapacitados hubiesen sido conducidos en trenes a

los campos septentrionales (lo cual estaba prohibido), sino que también muchos más no hubieran recibido alimentos, ni agua, ni ropa apropiada para la estación en curso y no hubieran sido enviados con sus expedientes personales, que se habían perdido. En otras palabras, los prisioneros llegaron a los campos sin que nadie tuviera conocimiento de su delito o su sentencia. En noviembre de 1939, otros 272 prisioneros, todos ellos sin abrigos de invierno, fueron transportados en camiones descubiertos a lo largo de 500 kilómetros, como resultado de lo cual muchos cayeron enfermos y algunos murieron. Todos estos hechos fueron relatados con la indignación y la cólera pertinentes, y los guardias negligentes fueron castigados.[38]

Asimismo, los asuntos de las prisiones de tránsito eran regulados por numerosas instrucciones. El 26 de julio de 1940, por ejemplo, una orden disponía la organización de las prisiones de tránsito, exigiendo explícitamente que sus jefes construyeran baños, sistemas de desinfección contra los parásitos y cocinas que funcionaran.[39] No menos importante era la seguridad y la protección de la flota de prisiones de Dalstrói. Cuando en diciembre de 1947, hubo una explosión de dinamita en dos de los barcos atracados en el puerto de Magadán, con un saldo de 97 muertos y 224 hospitalizados, Moscú acusó a las autoridades del puerto de «negligencia criminal». Los responsables del delito fueron procesados y condenados.[40]

Pese a todas las baladronadas, el sistema de transporte cambió muy poco a lo largo del tiempo. Se despacharon órdenes, se enviaron quejas. Pero el 24 de diciembre de 1944, un convoy llegó a la estación de Komsomolsk en el lejano oriente en una condición deplorable, incluso desde el punto de vista del fiscal del sistema del Gulag. Su informe oficial sobre el destino del «destacamento SK 950», un tren compuesto de 51 vagones, permanece como ejemplo de cuán bajo se podía llegar en la espeluznante historia del transporte del Gulag:

> Los presos llegaron en vagones sin calefacción que no habían sido preparados para el transporte de prisioneros. En cada vagón había entre 10 y 12 literas, con una capacidad máxima de 18 personas, pero había hasta 48 en cada vagón. Los vagones no tenían suficientes latas para el agua, con el resultado de que había interrupciones en el suministro de agua, a veces durante días y noches enteros. Se daba pan helado a los prisioneros, y durante diez días no se les dio nada. Llegaron vestidos con uniformes de verano, sucios, llenos de piojos, con evidentes síntomas de congelación … los prisioneros enfermos fueron abandonados en el suelo del vagón, sin auxilio médico, y allí habían expirado. Los cadáveres permanecieron en los vagones durante largo tiempo…

De las 1402 personas enviadas en el destacamento SK 950, 1291 llegaron, 53 murieron por el camino, 66 fueron hospitalizadas por el camino. Al llegar, otras 334 fueron hospitalizadas con congelación de tercero y cuarto grado, neumonía y otras enfermedades. Al parecer, el convoy había estado viajando 60 días, 24 de los cuales no se había movido, estacionado en vías secundarias «debido a la deficiente organización». Pero aun en este caso extremo, el jefe del destacamento —un tal camarada Jabarov— no recibió nada más que una «amonestación con advertencias».[41]

Muchos supervivientes de transportes parecidos han tratado de explicar este grotesco maltrato a los prisioneros a manos de guardias jóvenes y sin experiencia, que estaban lejos de ser los asesinos profesionales empleados en el sistema penitenciario. Nina Gagen-Torn especuló que «no era una prueba de la maldad, solo de la completa indiferencia del convoy. No nos veían como personas. Éramos carga viva».[42] Antoni Ekart, un polaco arrestado después de la invasión soviética de 1939, pensaba que

> … la falta de agua no era algo deliberado para torturarnos, sino porque la escolta tenía que hacer más trabajo para traerla y no lo haría sin una orden. El jefe de la escolta no tenía ningún interés en esa cuestión y los guardias no querían escoltar a los presos varias veces al día a los pozos o fuentes de agua en las estaciones debido al riesgo de fuga.[43]

Sin embargo, algunos prisioneros hablan de algo más que indiferencia: «Por la mañana, el jefe del convoy venía al pasillo … de pie, mirando por la ventana, dándonos la espalda, gritaba insultos y maldiciones: “¡Estoy aburrido de vosotros!”».[44]

El aburrimiento, o más bien, el aburrimiento y la indignación de tener que realizar un trabajo tan denigrante, era también la explicación que Solzhenitsin daba a este fenómeno de otra manera incomprensible. Incluso trató de comprender la mentalidad de los guardias del convoy. Estaban muy ocupados y no tenían suficiente personal; y además de tener que «ir llevando agua en cubos, tiene que ser traída desde muy lejos, y es una afrenta, ¿por qué un soldado soviético tiene que cargar agua como un burro para los enemigos del pueblo?».[45]

Cualquiera que fuese su motivación (indiferencia, aburrimiento, indignación, orgullo herido), el efecto sobre los prisioneros era abrumador. Por lo general

llegaban a los campos no solo desorientados y humillados por su experiencia en la prisión y la instrucción sumarial, sino físicamente agotados y listos para la siguiente etapa del viaje en el sistema del Gulag: el ingreso en el campo.

Si no estaba oscuro, la salud los acompañaba y tenían cierto interés en echar una ojeada, la primera cosa que los prisioneros veían al llegar al campo era el portón, sobre el que muchas veces había un lema. En el portón de uno de los *lagpunkts* de Kolimá «colgaba el panel de un arco iris con una bandera en cuyos pliegues se leía: “El trabajo en la URSS es una cuestión de honradez, gloria, valor y heroísmo”».[46] Barbara Armonas fue recibida en la colonia penal de los suburbios de Irkutsk con una banderola que decía: «Con el trabajo justo pagaré mi deuda a la patria».[47] Al llegar a Solovki en 1933 (por entonces transformada en una prisión de alta seguridad) otro prisionero vio un letrero que decía: «Con puño de hierro, llevaremos a la humanidad a la felicidad».[48] Yuri Chirkov, arrestado a la edad de catorce años, también se tropezó con un letrero en Solovki que decía: «¡Libertad! mediante el trabajo», un lema incómodamente próximo al que colgaba en la entrada de Auschwitz: *Arbeit macht frei* (El trabajo os hará libres).[49]

Como la llegada a la prisión, el inicio de una nueva etapa en el campo también tenía sus rituales: los reclusos de la prisión, extenuados por el traslado, ahora debían convertirse en *zeks* que trabajaban. Un prisionero polaco, Karol Colonna-Czosnowski, recordaba:

> Al llegar al campo, pasaron mucho tiempo contándonos … Aquella noche no parecía tener fin. Tuvimos que formar un sinfín de veces en columnas de cinco en fondo y cada fila debía avanzar tres pasos que varios agentes del NKVD con cara de preocupación marcaban «*odin, dva, tri*…» y escribían trabajosamente cada nombre en sus tableros con sujetapapeles. Supuestamente el número de los vivos sumado al de los que habían sido fusilados *en route* no arrojaba el total esperado.[50]

Después del recuento, hombres y mujeres fueron llevados a los baños y rasurados por completo. Este procedimiento, realizado de acuerdo con una orden oficial por razones higiénicas[51](se suponía correctamente que los presos que llegaban de las cárceles soviéticas estarían llenos de piojos), también tenía una importancia ritual. Las mujeres lo describen con especial horror y desagrado, lo cual no es sorprendente. Con frecuencia, tenían que despojarse de sus ropas y

esperar desnudas bajo la mirada de los soldados su turno para ser rasuradas. Olga Adamova-Sliozberg había sufrido la misma experiencia en una prisión de tránsito:

> Nos desnudamos y entregamos nuestra ropa para la desinfección. Ya estábamos a punto de subir al baño cuando nos dimos cuenta de que la escalera estaba ocupada de arriba abajo por los guardias. Sonrojadas, bajamos la cabeza y nos apiñamos todas juntas. Después alcé la vista y mis ojos se encontraron con los del oficial que los dirigía. Me lanzó una mirada hosca. «¡Vamos, vamos! —gritó —. ¡Muévanse!»
>
> De pronto me sentí aliviada y la situación incluso me pareció bastante cómica. Pensé: «¡Al diablo con ellos! ¡Para mí no son más hombres que Vaska, el toro que me asustaba cuando era niña!».[52]

Una vez aseados y rasurados, el segundo paso del proceso de transformar a hombres y mujeres en *zeks* anónimos era la distribución de ropa. Los normas cambiaban de una época a otra, y de un campo a otro, en lo que atañía a permitir que los prisioneros usaran o no su propia ropa. A veces no importaba: cuando llegaban al campo, las ropas de muchos prisioneros eran meros harapos, si es que no se las habían robado.

Los que no tenían ropa, tenían que usar los uniformes del campo, que estaban siempre viejos, rotos, mal hechos y mal cortados. A algunos, en especial a las mujeres, les parecía a veces como si la ropa que les daban eran parte de un deliberado intento de humillarlos. Anna Andreieva, esposa del escritor y espiritualista Danil Andréiev, fue primero enviada a un campo donde los prisioneros podían usar su propia ropa. Después, en 1948, la trasladaron a un campo donde no era así. Encontró el cambio realmente ofensivo: «Nos han privado de todo, de nuestros nombres, de todo lo que conforma la personalidad de un ser humano, y nos han vestido con un traje sin forma que ni siquiera puedo describir…».[53]

En términos igualmente mordaces para las modas del campo, otra prisionera escribió que les daban «abrigos cortos acolchados, medias acolchadas hasta la rodilla y zapatos de corteza de abedul. Parecemos monstruos extraños. Apenas nos han dejado nada nuestro. Todo ha sido vendido a las otras prisioneras, o más exactamente, cambiado por pan. Las medias y los pañuelos de seda suscitaban tal admiración que nos vimos obligadas a venderlas. Habría sido peligroso rehusar».[54]

Puesto que los trajes andrajosos parecían ideados para despojarlos de dignidad, muchos prisioneros harían después grandes esfuerzos para mejorarlos. Una prisionera recuerda que primero no le importaban las ropas viejísimas y harapientas que le daban. Después, sin embargo, comenzó a remendarle los agujeros, a hacerles bolsillos y a mejorarlas «tal como las otras mujeres hacían», de modo que se sintió menos degradada.[55] Varlam Shalámov comprendía muy bien la importancia de estos pequeños cambios:

> En el campo hay ropa interior «individual» y «común»; tales son las perlas verbales que se encuentran en el discurso oficial. La ropa interior «individual» es más nueva y un poco mejor, está reservada para los «reclusos de confianza», los capataces convictos, y otras personas privilegiadas … la ropa interior «común» es la que usa todo el mundo. Nos la entregan después del baño a cambio de la ropa interior sucia, que es reunida y contada por separado de antemano. No hay oportunidad de seleccionar nada según la talla. La ropa interior limpia es una lotería, y sentía una extraña y terrible piedad al ver a hombres adultos llorar por la injusticia de recibir ropa interior limpia vieja a cambio de ropa interior sucia en buen estado. Nada puede sacar de la cabeza de un ser humano lo desagradable de la vida…[56]

No obstante, el trauma de ser lavado, rapado y vestido como *zeks* no solo era el primer paso de una larga iniciación. Inmediatamente después, los prisioneros pasaban por uno de los procedimientos más cruciales en la vida del recluso: la selección y segregación en categorías de trabajadores. El proceso de selección afectaría todo, desde el estatus del prisionero en el campo hasta el tipo de barracón en que viviría, el tipo de trabajo que se le asignaría. Todo lo cual podía a su vez determinar si viviría o moriría. A los prisioneros débiles se les otorgaba un período de «cuarentena», tanto para asegurarse de que las enfermedades que traían no se contagiaran como para permitirles «engordar», recobrar la salud después de largos meses de prisión y terribles viajes. Los jefes del campo parecen haber tomado esta práctica en serio y los prisioneros son de la misma opinión.[57]

Por ejemplo, Aleksandr Weissberg recibió una buena alimentación y se le permitió descansar antes de ser enviado a las minas.[58] Guinzburg recordaba sus primeros días en Magadán, la principal ciudad de Kolimá, como un «torbellino de dolor, pérdida de la memoria, y un oscuro abismo de inconsciencia». Como otros, había sido llevada directamente del navío soviético *Dzhurma* a un hospital, donde después de dos meses recuperó completamente la salud. Algunos

eran escépticos. «Un cordero para el sacrificio —le dijo Liza Sheveleva, otra prisionera—. ¿Para quién te estás recobrando?, preguntó. Tan pronto como salgas de aquí, irás directo al trabajo forzado, y en una semana serás el mismo cadáver que eras a bordo del *Dzhurma*…»[59]

Una vez restablecidos (si se lo habían permitido) y vestidos (si les habían dado ropa nueva), comenzaba de verdad la selección y la segregación. En principio, era un proceso muy regulado. Ya en 1930, el Gulag dictó órdenes muy estrictas y complicadas sobre la clasificación de los prisioneros. En teoría, las asignaciones de trabajo de los prisioneros debían reflejar dos criterios: el «origen social» y la condena, y el estado de salud. En esos primeros días, los presos fueron colocados en tres categorías: los reclusos de la «clase proletaria» no condenados por crímenes contrarrevolucionarios, con sentencias no mayores de cinco años; los reclusos de la «clase proletaria» no condenados por crímenes contrarrevolucionarios, con sentencias superiores a cinco años, y los reclusos sentenciados por crímenes contrarrevolucionarios.

Cada una de estas tres categorías era entonces asignada a una de las tres categorías del régimen penitenciario: privilegiada, suave, y de «primer orden» o dura. Seguidamente debían ser examinados por una comisión médica, que determinaba si eran capaces de realizar trabajo pesado o ligero. Después de tomar en cuenta todos estos criterios, la dirección del campo asignaría a cada prisionero un puesto de trabajo. Según cómo cumplían las cuotas fijadas para ese puesto en particular, a cada prisionero se le asignaba uno de los cuatro niveles de ración alimenticia: básica, funcional, «reforzada» o «de castigo».[60] Todas estas categorías cambiaban muchas veces. Las órdenes de Beria de 1939, por ejemplo, dividían a los prisioneros en categorías de «hábiles para el trabajo pesado», «hábiles para el trabajo liviano» e «inhábiles» (a veces llamadas grupos A, B y C), cuyo número era regularmente controlado por la dirección central en Moscú, que criticaba con severidad a los campos que tenían demasiados prisioneros «inhábiles».[61]

El proceso distaba de ser ordenado. Tenía aspectos formales (impuestos por el jefe del campo) e informales (pues los prisioneros hacían pactos y negociaban entre sí). Para muchos la primera experiencia de clasificación en el campo era relativamente desagradable. Jerzy Gliksman describió el proceso de segregación que tuvo lugar en Kotlás, el campo de tránsito que proporcionaba prisioneros a

los campos del norte de Arjánguelsk. Allí los guardias despertaban a los prisioneros en plena noche y les decían que se reunieran con todas sus pertenencias a la mañana siguiente. Cada preso estaba obligado a asistir, aunque estuviera gravemente enfermo. Después, salían del campo y se dirigían al bosque. Una hora después llegaban a un amplio claro, donde los hombres formaban en columnas de dieciséis en fondo:

> Todo el día veía que agentes desconocidos, de uniforme o con ropas de civil, paseaban entre los prisioneros, a algunos les ordenaban quitarse las *fufaikas* [chaquetas], les palpaban los brazos y las piernas, les miraban las palmas de las manos, a otros les ordenaban que se inclinaran. A veces ordenaban a un prisionero que abriera la boca y le miraban los dientes como comerciantes de caballos en una feria comarcal … Algunos buscaban ingenieros y herreros o torneros con experiencia; otros requerían carpinteros de construcción; pero todos necesitaban hombres fuertes físicamente para trabajar en los aserraderos, en la agricultura, en las minas de carbón y en los pozos de petróleo.

Desde el comienzo, también quedó claro que las normas existían para ser quebrantadas. Nina Gagen-Torn sufrió un proceso de selección especialmente humillante en el campo de Temnikovski, que no obstante tuvo un resultado positivo. Al llegar al campo, su convoy fue enviado de inmediato a las duchas, y la ropa, enviada a las cámaras de desinfección. Fueron entonces llevadas a una sala, aún chorreando agua y desnudas: se les comunicó que había una «inspección sanitaria». Los «doctores» iban a examinarlas, y así lo hicieron junto con el jefe de producción del campo y los guardias:

> El mayor pasaba revista, examinando de modo fugaz los cuerpos. Estaba escogiendo bienes: ¡para la producción!, ¡para la fábrica de confección!, ¡para la granja colectiva!, ¡para la zona!, ¡para el hospital! El jefe de producción anotaba los apellidos.
>
> Pero cuando escuchó su apellido, el mayor la miró y le preguntó:
>
> —¿Qué parentesco tiene con el profesor Gagen-Torn?
>
> —Soy su hija.
>
> —Llévenla al hospital, está con sarna, tiene marcas rojas en el estómago.

Puesto que no tenía marcas rojas en el estómago, Gagen-Torn supuso correctamente lo que después se confirmó: que el hombre había conocido y admirado a su padre, y deseaba salvarla al menos temporalmente del trabajo pesado.[62]

La conducta de los prisioneros en los primeros días de la vida en el campo, durante y después del proceso de selección, podía tener una profunda

repercusión en su destino. Durante el período de tres días de descanso al llegar a Kargopollag, por ejemplo, el novelista polaco Gustav Herling evaluó su situación y «vendí mis botas de oficial por 900 gramos de pan a un *urka* [preso por delito común] de la brigada del ferrocarril». En recompensa, el delincuente preso usó sus contactos para conseguir a Herling un trabajo como camarero en el centro de provisión de alimentos. Era un trabajo duro (se le dijo a Herling), pero al menos podría robar alguna ración extra (como en efecto ocurrió).[63]

Había también otras formas de estos tejemanejes. Al llegar a Ujtizhemlag, Gliksman se percató de inmediato que el título de «especialista» que le habían otorgado en el campo de tránsito de Kotlás (había sido clasificado como economista experto) no tenía ninguna importancia en el campo de concentración. Entretanto, advirtió que durante los primeros días en el campo, sus conocidos rusos más avispados no se molestaban con las formalidades oficiales:

> La mayoría de los «especialistas» utilizaban los tres días libres para visitar las oficinas y despachos del campo, buscando antiguos conocidos por doquiera que iban y realizaban sospechosas negociaciones con algunos de los agentes del campo. Todos estaban inquietos y preocupados. Cada uno de ellos tenía sus secretos y temía que otro le malograse la oportunidad de aferrarse al trabajo más cómodo que todos deseaban. En un santiamén la mayoría de estas personas supo adónde ir, qué puerta tocar y qué decir.

En consecuencia, un doctor polaco debidamente acreditado fue enviado a talar árboles en el bosque, mientras que un antiguo proxeneta fue encargado de un despacho como contable, «aunque no tenía la menor noción de contabilidad y era medio analfabeto».[64]

Aquellos prisioneros que de este modo lograban evitar el trabajo físico habían preparado realmente las bases de una estrategia de supervivencia. Ahora tendrían que aprender las extrañas normas que regulaban la vida cotidiana en los campos.

10

La vida en los campos

No, no de nuestros escasos libros, que parecen un saco de mendigo, sabremos cómo para nosotros la vida era dura, insoportable…

OLGA BERGGOLTS, arrestada en 1938[1]

Según la estadística más exacta hasta la fecha, entre 1929 y 1953 había bajo el dominio del Gulag 476 complejos formados por campos.[2] Pero esta cifra es equívoca. En la práctica, cada uno de estos complejos podía contener decenas o incluso centenares de campos más pequeños. Estas unidades inferiores —*lagpunkts*— no han sido contabilizadas, y probablemente no pueden serlo, puesto que algunas eran temporales, otras permanentes, y algunas técnicamente pertenecieron a diferentes campos en distintos momentos. Tampoco puede decirse mucho sobre las costumbres y las prácticas de los *lagpunkts* que se pueda aplicar con seguridad a todos y cada uno de ellos. Incluso durante el dominio de Beria sobre el sistema (que en efecto duró desde 1939 hasta la muerte de Stalin en 1953), las condiciones de vida y de trabajo en el Gulag continuarían variando enormemente, tanto de un año a otro como de un lugar a otro, e incluso dentro de un mismo complejo de campos.

«Cada campo es un mundo en sí mismo, una ciudad aparte, un país distinto», escribía la actriz soviética Tatiana Okunevskaya, y cada campo tiene su propio carácter.[3] Vivir en los masivos campos industriales en el extremo norte era muy diferente a vivir en un campo de granjas agrícolas en el sur de Rusia. Estar en cualquier campo durante el período álgido de la Segunda Guerra Mundial, cuando cada año moría uno de cuatro *zeks*, era muy distinto a estar en uno a

comienzos de la década de 1950, cuando la tasa de mortalidad era casi la misma que en el resto del país. Un jefe relativamente tolerante hacía que la vida en un campo no fuera igual que en otro dirigido por un sádico. Los *lagpunkts* también eran muy diferentes en tamaño, unos tenían unos cuantos miles y otros apenas unas decenas de prisioneros.

Sin embargo, en vísperas de la guerra, ciertos elementos de la vida y el trabajo eran comunes a la inmensa mayoría de los campos. El ambiente todavía difería de un *lagpunkt* a otro, pero las enormes fluctuaciones de la política nacional que habían caracterizado los años treinta habían cesado. En cambio, la misma burocracia inerte cuya influencia se dejaría sentir virtualmente en todas las facetas de la vida en la Unión Soviética se apoderó del Gulag.

A este respecto, son sorprendentes las diferencias entre las normas y regulaciones bastante elementales y vagas para los campos dictadas en 1930 y las normas más detalladas dictadas en 1939, después de que Beria se hubiera hecho con el control. Esta diferencia parece reflejar una relación cambiante entre los órganos de control central (la propia dirección del Gulag en Moscú) y los jefes de los campos en las regiones. Durante la primera década experimental del Gulag, las órdenes no trataban de dictar cómo debían ser los campos, y apenas se ocupaban de la conducta de los prisioneros. Plantearon un boceto a grandes rasgos, y dejaron que los jefes locales llenaran los espacios en blanco.

En cambio, las órdenes posteriores eran muy específicas y detalladas, dictando virtualmente cada aspecto de la vida del campo, desde el método de construcción de los barracones hasta el régimen cotidiano de los prisioneros, en concordancia con la nueva meta del Gulag.[4] A partir de 1939 parece que Beria (con el respaldo de Stalin presumiblemente) no deseaba que los campos del Gulag fueran campos de exterminio, como algunos lo habían sido efectivamente en 1937. En lo sucesivo, las preocupaciones centrales de Moscú eran económicas: los prisioneros debían ser asignados a los planes de producción de los campos como piezas de un engranaje.

Con esa meta, Moscú dictó normas para un control estricto de los prisioneros, que se debía conseguir mediante la manipulación de sus condiciones de vida. Como se ha observado, en principio el campo clasificaba a cada *zek* según la sentencia, la profesión y su *trudosposobnost* (o «capacidad de trabajo»). El campo debía satisfacer sus necesidades vitales básicas (alimento, vestido,

vivienda, espacio vital) según cuán bien o cuán mal cumpliera estas normas. En principio, todos los aspectos de la vida en el campo se habían concebido para mejorar las cifras de producción: incluso los departamentos «educativo-culturales» existían en buena medida porque los jefes del Gulag creían que podrían convencer a los prisioneros de trabajar más intensamente. En principio, los equipos de inspección existían para asegurarse de que todos los aspectos de la vida del campo funcionaran armoniosamente. En teoría, todo *zek* tenía el derecho de quejarse al jefe del campo, a Moscú, a Stalin, si los campos no funcionaban según las regulaciones.

Y sin embargo, en la práctica, las cosas eran muy diferentes. Las personas no eran máquinas, los campos no eran fábricas pulcras que funcionaran bien, y el sistema nunca operó del modo en que se esperaba. Los guardias eran corruptos, los funcionarios robaban y los prisioneros desarrollaron formas de luchar o subvertir las reglas del campo. En los campos, los prisioneros pudieron formar sus propias jerarquías informales que a veces armonizaban o a veces entraban en conflicto con la jerarquía oficial creada por la jefatura del campo. Pese a las visitas regulares de los inspectores de Moscú, con frecuencia seguidas por amonestaciones y airadas cartas desde la capital, pocos campos estuvieron a la altura del modelo teórico. Pese a la aparente seriedad con que las quejas de los presos eran tratadas (existían comisiones para examinarlas), rara vez generaban un cambio real.[5]

Este desfase entre lo que la dirección del Gulag en Moscú pensaba que los campos debían ser y lo que realmente eran en la práctica (el desfase entre las normas escritas en el papel y los procedimientos puestos en práctica) era lo que daba a la vida en el Gulag su peculiar sabor surrealista. En teoría, la dirección del Gulag en Moscú dictaba los aspectos más nimios de la vida del prisionero, que, en la práctica, estaban también influidos por las relaciones de los prisioneros entre sí y con los que tenían el control.

LA ZONA: DENTRO DE LA ALAMBRADA

Por definición, el instrumento fundamental que tenían los jefes del campo era el control sobre el espacio en que los prisioneros vivían: la *zona* o «zona de la prisión». Por ley, una zona debía tener la forma de un cuadrado o un rectángulo.

«Para asegurar mejor la vigilancia», no se permitían formas orgánicas o irregulares.[6] Dentro de ese cuadrado o rectángulo, no había casi nada interesante. Los edificios en un *lagpunkt* tipo eran notablemente parecidos. Las fotografías de los edificios de los campos tomadas por los directores de Vorkutá, y conservadas en los archivos de Moscú, muestran una hilera de primitivas construcciones de madera, sin otra distinción que las leyendas que designaban a una «celda de castigo» y a otra «comedor».[7] Casi siempre había un amplio espacio al aire libre en el centro del campo, cerca de la entrada, donde los prisioneros permanecían firmes dos veces al día para ser contados. Junto a la entrada principal había generalmente unos cuarteles para los guardias y las casas de los mandos, también hechas de madera.

Lo que distinguía la zona de cualquier otro centro de trabajo era, desde luego, la valla que la rodeaba. Jacques Rossi en *The Gulag Handbook* escribía que la valla

> … por lo general está hecha de postes de madera hundidos en el suelo un tercio. Van de 2,5 a 6 metros de alto, dependiendo de las condiciones locales. De siete a quince hileras de alambrada se tienden horizontalmente entre los postes, que están unos 6 metros de distancia entre sí. Dos hileras de alambre se cruzan en diagonal entre cada par de postes.[8]

Si el campo o la colonia estaba ubicada cerca de una ciudad, la alambrada era reemplazada por una tapia o valla de madera o ladrillo, de modo que nadie que se acercara al lugar pudiera ver el interior.

Para atravesar la valla, los presos y los guardias por igual tenían que pasar por la *vajta* o «puesto de guardia». Durante el día, los guardias de la *vajta* controlaban a todos los que entraban y salían del campo, comprobando los pases de los trabajadores libres que llegaban al campo, y de los guardias del convoy que escoltaban a los presos en su salida. En el campo en Perm-36, que ha sido restaurado en su forma original, la *vajta* contiene un pasadizo cerrado por dos portones. El prisionero atravesaba el primero, y se detenía en el pequeño espacio entre este y el segundo para ser registrado o controlado.

Pero no solo la alambrada y los muros definían los límites de la zona. En la mayoría de los campos, guardias militarizados observaban a los prisioneros desde altas atalayas de madera. A veces también había perros guardianes situados alrededor del campo, encadenados a un alambre metálico que había sido

tendido en todo el perímetro de la zona. Los perros, llevados por perreros especiales de entre los guardias, estaban entrenados para ladrar a los prisioneros que se acercaban y rastrear el olor y cazar a todo aquel que intentara escapar. La vista, el olor y el sonido servían para confinar a los prisioneros tanto como las alambradas y los muros de ladrillo.

En los reglamentos de 1939, Beria ordenó que todos los jefes de los campos rodearan la valla con una tierra de nadie, una franja de tierra no inferior a cinco metros de anchura.[9] Los guardias regularmente rastrillaban la tierra de nadie en verano y la dejaban cubierta de nieve en invierno a propósito, para que las huellas de los prisioneros que se fugaban pudieran ser visibles.[10]

Pero las vallas y los muros, los perros y las barricadas que rodeaban los *lagpunkts* no eran del todo impenetrables. El sistema soviético clasificaba a los prisioneros en *konvoinyi* o *beskonvoinyi* (con escolta o sin escolta), y permitía que la pequeña minoría de prisioneros sin escolta cruzara la valla sin ser vigilados, para hacer encargos para los guardias, para trabajar durante el día en un área no vigilada del ferrocarril e incluso para vivir en apartamentos privados fuera de la zona. Este último privilegio había sido establecido al inicio de la historia de los campos, en los años caóticos de principios de la década de 1930.[11] Aunque después fue expresamente prohibido en varias ocasiones, siguió existiendo. Una serie de normas escritas en 1939 recordaba a los jefes de campo: «Se prohíbe a todos los prisioneros sin excepción vivir fuera de la zona en pueblos, apartamentos privados o casas pertenecientes al campo».[12] En la práctica, estas normas eran con frecuencia incumplidas.

La oficina de la fiscalía de Moscú escribió una carta al campo situado cerca de la ciudad siberiana de Komsomolsk, acusando a los jefes de permitir que no menos de 1763 presos consiguieran el estatus de «sin escolta». A raíz de ello, el fiscal escribía indignado: «Se pueden encontrar prisioneros en cualquier parte del pueblo, en cualquier institución y en apartamentos privados».[13] También denunciaron a otro campo que dejaba que 150 prisioneros vivieran en apartamentos privados, una violación del régimen, que había causado «incidentes de embriaguez, vandalismo e incluso robos a los lugareños».[14]

Pero dentro de los campos los prisioneros no estaban privados de toda libertad de movimiento. Por el contrario, esta es una de las rarezas del campo de concentración, uno de los aspectos en que se diferenciaba de la cárcel: cuando no

estaban trabajando o durmiendo, la mayoría de los prisioneros podían decidir, dentro de sus límites, cómo pasar el tiempo.

Al llegar a los campos procedentes de las claustrofóbicas prisiones soviéticas, los reclusos con frecuencia se sentían sorprendidos y aliviados por este cambio. Un *zek* dijo al llegar a Ujtpechlag: «Estuvimos de un humor maravilloso una vez al aire libre».[15] Olga Adamova-Sliozberg recordaba que al llegar a Magadán hablaba «de la mañana a la noche sobre las ventajas del campo frente a la vida en la prisión»:

> La población del campo (cerca de mil mujeres) nos parecía enorme: ¡tanta gente, tantas conversaciones, tantas amigas potenciales! Después estaba la naturaleza. Dentro del complejo, que estaba vallado con alambradas, podíamos caminar libremente, mirar el cielo y las montañas lejanas, subir a los árboles y palparlos con las manos. Respirábamos un húmedo aire marino, sentíamos la llovizna de agosto en la cara, nos sentábamos en el césped húmedo y dejábamos que la tierra se deslizara entre nuestros dedos. Durante cuatro años habíamos vivido sin hacer todo esto y descubríamos al hacerlo que era esencial para nuestro ser; sin eso dejabas de sentirte una persona normal.[16]

Con el tiempo, la aparente «libertad» de la vida del campo generalmente comenzaba a hacerse gravosa. Un prisionero polaco, Kazimierz Zarod, escribía que mientras estaba en la prisión era todavía posible creer que se había cometido un error, que la puesta en libertad llegaría pronto. Después de todo, «estábamos rodeados por todos los símbolos de la civilización; fuera de los muros de la prisión había una gran ciudad». Sin embargo, en el campo se movía libremente entre «una extraña variedad de hombres … todas las sensaciones de la normalidad estaban en suspenso. Con el paso de los días, me embargaba una suerte de pánico que poco a poco se iba convirtiendo en desesperación. Trataba de expulsar ese sentimiento a las profundidades del inconsciente, pero lentamente comenzaba a caer en la cuenta de que estaba atrapado en un cínico acto de injusticia del cual parecía no haber escapatoria…».[17]

Peor aún, esta libertad de movimiento fácil y rápidamente podía volverse anarquía. Los guardias y los mandos del campo abundaban en el *lagpunkt* durante el día, pero con frecuencia desaparecían por completo durante la noche. Uno o dos se quedaban en la *vajta*, pero el resto se retiraba al otro lado de la valla. Solo cuando los prisioneros creían que su vida estaba en peligro, recurrían a veces a los guardias en la *vajta*. En sus memorias, un prisionero recuerda que

después de una reyerta entre presos políticos y comunes (un fenómeno habitual en la época de posguerra, como veremos), los delincuentes perdedores «corrieron a la *vajta*» suplicando auxilio. Fueron enviados en un transporte a otro *lagpunkt* al día siguiente, pues la administración del campo prefería evitar el asesinato masivo.[18] Una mujer, sintiendo que estaba en peligro de ser violada y posiblemente asesinada por un preso común, «se entregó» a la *vajta* y pidió que la pusieran en la celda de castigo del campo por la noche para estar protegida.[19]

Sin embargo, la *vajta* no era una zona de seguridad fiable. Los guardias que residían en el cuartel no necesariamente reaccionaban ante las peticiones de los presos. Hay constancia, tanto en los documentos oficiales como en las memorias, de que los guardias militarizados hacían caso omiso o no se tomaban en serio los casos de asesinato, tortura y violación ocurridos entre los prisioneros. Al describir una violación en masa que tuvo lugar en uno de los *lagpunkts* de Kargopollag durante la noche, Gustav Herling cuenta que la víctima, «en medio del llanto, dejó escapar un grito ahogado y ronco que su falda amortiguó. Una voz somnolienta dijo desde la atalaya: "Vamos, vamos muchachos, ¿qué estáis haciendo? ¿No os da vergüenza?". Los ocho hombres arrastraron a la joven detrás de las letrinas y continuaron…».[20]

En teoría, las normas eran estrictas: los prisioneros debían permanecer dentro de la zona. En la práctica, las normas eran quebrantadas. Y la conducta que no quebrantaba técnicamente las normas, sin importar cuán violenta o perjudicial fuera, no era necesariamente castigada.

REZHIM: LAS NORMAS PARA VIVIR

La zona controlaba los movimientos de los prisioneros en el espacio;[21] pero lo que controlaba su tiempo era el *rezhim* (el régimen). Dicho de modo más simple era la serie de normas y procedimientos según la cual operaba el campo.

El régimen era de distinta severidad de un *lagpunkt* a otro, tanto según las diversas prioridades como según el tipo de prisionero confinado en un campo determinado. En diferentes momentos, hubo campos de régimen liviano para inválidos, campos con un régimen ordinario y campos con un régimen de castigo. Pero el sistema básico era el mismo. El régimen determinaba cuándo y

cómo debía despertarse el prisionero, cómo debía marchar al trabajo, cuándo y cómo recibiría la comida, y a qué hora y cuánto tiempo debía dormir.

En la mayoría de los campos, el día del prisionero oficialmente comenzaba con el *razvod*: el procedimiento de organizar a los prisioneros en brigadas que luego marcharían a trabajar. Una sirena u otra señal los despertaba. Una segunda sirena anunciaba que el desayuno había terminado y que el trabajo debía comenzar. Entonces los prisioneros formaban frente a los portones del campo para el recuento matutino, que, según las instrucciones de Moscú, no debía durar más de quince minutos.[22] Por supuesto, como Kazimierz Zarod escribía, con frecuencia duraba mucho más, pese al mal tiempo:

> Hacia las tres y media de la mañana era preceptivo que estuviéramos en medio de la plaza, de pie en filas de cinco, a la espera del recuento. Los guardias a menudo cometían errores, y entonces se efectuaba un segundo recuento. Una mañana en que estuviera nevando este proceso era largo, frío e interminable. Si los guardias estaban despiertos y se concentraban, el recuento generalmente se hacía en treinta minutos, pero si se equivocaban, podíamos estar firmes al menos una hora.[23]

Mientras esto ocurría, en algunos campos se tomaron medidas para «levantar el ánimo de los prisioneros». Kazimierz Zarod anota el extraño fenómeno de una banda mañanera, compuesta de músicos prisioneros, tanto profesionales como aficionados:

> Cada mañana, la «banda» se paraba junto a la puerta tocando música militar y se nos exhortaba a marchar «con fuerza y alegría» a nuestra jornada. Habiendo tocado hasta que el final de la columna hubiera pasado el portón, los músicos dejaban sus instrumentos y se ponían al final de la columna, uniéndose a los trabajadores que caminaban hacia el bosque.[24]

Desde allí los prisioneros eran llevados al trabajo. Los guardias gritaban la orden del día: «Un paso a la derecha o a la izquierda será considerado como un intento de fuga. El convoy disparará sin aviso. ¡Marchad!». Y los prisioneros marchaban aún en filas de cinco, al lugar de trabajo. Si había una gran distancia, iban acompañados de guardias y perros. El procedimiento para el regreso vespertino al campo era muy similar. Después de la cena (que duraba una hora), los prisioneros volvían a formar filas. Y otra vez, los guardias contaban (si los prisioneros tenían suerte) y volvían a contar (si no la tenían). Las instrucciones de Moscú asignaban más tiempo al recuento vespertino, de treinta a cuarenta minutos, posiblemente con el fundamento de que era más probable que la fuga

del campo tuviera lugar desde el centro de trabajo.[25] Después sonaba otra sirena. Era hora de ir a dormir.

Estas normas y horarios no estaban escritos en piedra. Por el contrario, el régimen cambiaba con el tiempo, volviéndose generalmente más severo. Jacques Rossi ha escrito que «el principal rasgo del régimen penitenciario soviético es su intensificación sistemática, la introducción gradual de un sadismo arbitrario sin atenuantes en el estatuto de la ley», y, en efecto, hay algo de esto.[26] Durante los años cuarenta, el régimen se volvió más rígido, la jornada de trabajo se prolongó, los días de descanso se volvieron más raros. En 1931, los prisioneros de la Expedición de Vaigach, una parte de la expedición Ujtinskaya, trabajaban seis horas al día en tres turnos. Los trabajadores de la región de Kolimá a comienzos de los años treinta también trabajaban la jornada normal, más corta en invierno y más larga en verano.[27] Sin embargo, al cabo de una década la duración de la jornada laboral se había duplicado. A finales de los años treinta, las mujeres de la fábrica de confección de Elinor Olitskaya trabajaban «doce horas en una sala sin ventilación», y la jornada de Kolimá había sido ampliada hasta doce horas.[28] Después incluso Olitskaya trabajó en una cuadrilla de albañiles: de catorce a dieciséis horas diarias, con descansos de cinco minutos a las diez de la mañana y a las cuatro de la tarde, y un descanso de una hora para comer al mediodía.[29]

No era la única. En 1940, la jornada laboral del Gulag fue ampliada oficialmente a once horas.[30] En marzo de 1942, la dirección del Gulag en Moscú envió una carta furibunda a todos los jefes de campo, recordándoles la norma de que «a los prisioneros debe permitírseles dormir no menos de ocho horas». En la carta se decía que muchos jefes de campo habían desdeñado esta norma, y no habían permitido a los prisioneros más que cuatro o cinco horas de sueño cada noche. En consecuencia, la dirección del Gulag se quejaba, «los prisioneros están perdiendo su capacidad de trabajar, se están convirtiendo en "trabajadores débiles" e inválidos».[31]

Las infracciones continuaron, en especial cuando las exigencias de la producción se intensificaron durante los años de la guerra. En septiembre de 1942, después de la invasión alemana, la dirección del Gulag amplió oficialmente a doce horas la jornada laboral para los prisioneros que construían las instalaciones del aeropuerto, con un descanso de una hora para la comida. El patrón fue el mismo en toda la URSS. Se registraron jornadas de dieciséis horas

en Viatlag durante la guerra.[32] Serguéi Bondarevski, un prisionero en una *sharashka* durante la guerra, uno de los laboratorios especiales para científicos reclusos, también recuerda haber trabajado once horas con descansos.[33]

En cualquier caso, las normas se infringían con frecuencia. Un *zek* asignado a una cuadrilla que lavaba oro en Kolimá, tenía que cernir 150 carretillas diarias. Los que no habían terminado con la cuota al final de la jornada, simplemente se quedaban hasta terminar, a veces hasta medianoche. Después se irían a casa, cenarían y se levantarían otra vez a las cinco de la mañana para comenzar de nuevo.[34]

Tampoco se concedían muchos descansos durante el día, como un prisionero de la época de la guerra, destinado a trabajar en una fábrica textil, explicó después:

> A las seis teníamos que estar en la fábrica. A las diez teníamos un descanso de cinco minutos para fumar un cigarrillo, para lo cual teníamos que correr a un sótano que estaba a unos 180 metros de distancia, el único lugar del local de la fábrica donde esto estaba permitido. El incumplimiento de esta regulación era punible con dos años extra de prisión. A la una había un descanso de media hora para comer. Con la escudilla de barro en la mano, teníamos que ir como un rayo al comedor, ponernos en la larga cola, recibir unas repugnantes habichuelas que a todo el mundo le sentaban mal, y a todo correr volver a la fábrica donde los motores comenzaban a trabajar. Después de eso, sin dejar nuestro lugar, nos sentábamos hasta las siete de la noche.[35]

El número de días libres también estaba estipulado por ley. Los prisioneros del régimen ordinario podían tener uno a la semana, y los asignados a un régimen más severo, dos al mes. Pero estas normas también variaban en la práctica. Ya en 1933, la dirección del Gulag en Moscú envió una orden recordando a los jefes de campo la importancia de los días de descanso del prisionero, muchos de los cuales fueron cancelados en el frenesí por cumplir con el plan.[36] Una década después, casi nada había cambiado.

> Según los reglamentos, los prisioneros tenían derecho a un día de descanso cada diez días de trabajo. Pero en la práctica resultaba que incluso un día libre al mes amenazaba con disminuir la producción del campo, y se había vuelto habitual anunciar ceremoniosamente el premio de un día de descanso cuando el campo había superado el plan de producción para un trimestre determinado … Naturalmente no teníamos la oportunidad de examinar las cifras o el plan de producción, de modo que esta convención era una ficción que de hecho nos ponía enteramente a merced de las autoridades del campo.[37]

Incluso en sus raros días libres, a veces los prisioneros se veían obligados a hacer trabajos de mantenimiento en el campo, limpiando los barracones y las letrinas, despejando la nieve en el invierno.[38] Todo lo cual hacía que una orden, dictada por Kogan, el jefe de Dmitlag, resultara harto patética. Preocupado por los numerosos informes sobre los caballos del campo que se desplomaban de cansancio, Kogan anotaba: «El creciente número de casos de enfermedad y agotamiento de los caballos tiene varias causas, incluidas el exceso de carga, la difícil condición de los caminos y la ausencia de un tiempo de descanso pleno y completo para que los caballos recuperen sus fuerzas».

Continuaba entonces dando nuevas instrucciones:

> 1. La jornada de los caballos del campo no debe superar diez horas, sin contar dos horas obligatorias para su descanso y alimentación.
> 2. Como promedio los caballos no deben recorrer más de 32 kilómetros diarios.
> 3. Se debe permitir a los caballos un día de descanso regular, cada ocho días, y el descanso de ese día debe ser completo.[39]

Lamentablemente, no hacía mención de la necesidad de los prisioneros de un día de descanso regular cada ocho días.

BARAKI: EL ESPACIO VITAL

La mayoría de los prisioneros en la mayoría de los campos vivían en barracones. Sin embargo, era raro el campo cuyos barracones hubiesen sido construidos antes de la llegada de los prisioneros. Aquellos prisioneros que tenían la mala suerte de ser enviados a edificar un nuevo campo vivían en tiendas o a la intemperie. Janusz Sieminski, un prisionero polaco en Kolimá después de la guerra, formó parte de un equipo que construyó un nuevo *lagpunkt* «de la nada» durante el crudo invierno. Por la noche, los prisioneros dormían en la tierra. Muchos murieron, en especial aquellos que perdieron la pelea por dormir cerca de la hoguera.[40]

Cuando los prisioneros construían los barracones, se trataba indefectiblemente de edificios extremadamente simples, hechos de madera. Moscú dictaba su diseño y, por consiguiente, las descripciones de ellos son bastante repetitivas: un prisionero tras otro describen edificios de madera, largos

y rectangulares, las paredes sin enlucir, las grietas rellenas con barro, el interior pleno de hileras y más hileras de literas de factura igualmente deficiente. A veces había una tosca mesa, otras veces no. A veces había bancos para sentarse, a veces no.[41] En Kolimá, y en otras regiones donde la madera era escasa, los prisioneros construían barracones de piedra, con igual rapidez y bajo costo.

Con frecuencia, los barracones no eran exactamente lo que se llamaría edificaciones, sino más bien *zemlianki* o refugios subterráneos. A. P. Evstonichev vivió en uno en Carelia, a comienzos de la década de 1940:

> Una *zemlianka* era un espacio despejado de nieve y sin la capa superficial de tierra. Las paredes y el techo se hacían de troncos toscos y redondos. Toda la estructura estaba cubierta por otra capa de tierra y nieve. La entrada al refugio estaba cubierta por una lona a modo de puerta, en una esquina había un barril de agua. En el centro había una estufa de metal, junto con una tubería de metal que atravesaba el techo y un barril de queroseno.[42]

En los *lagpunkts* temporales construidos junto a los lugares donde se construirían carreteras y vías férreas, las *zemlianki* eran ubicuas. A veces los presos vivían en tiendas también. Unas memorias de los inicios de Vorkutlag describen la construcción durante los primeros tres días de «quince tiendas con literas de tres niveles» para 100 prisioneros cada una, así como de una zona con cuatro atalayas y una alambrada.[43]

Pero los verdaderos barracones rara vez cumplían los ínfimos estándares que Moscú había establecido para ellos. Estaban casi siempre atestados, incluso después de que el caos de los años treinta disminuyera. En un informe de una inspección de veintitrés campos, escrito en 1948, se mencionaba con indignación que en la mayoría de ellos: «Los prisioneros no tienen más que un metro o metro y medio de espacio por persona», y que incluso ese espacio estaba en condiciones insalubres: «Los prisioneros no tienen su propio lugar para dormir ni sus propias sábanas ni mantas».[44]



En el barracón: reclusos escuchando a un músico prisionero, dibujo de Benjamin Mkrtchayan, 1953.

Los prisioneros del régimen ordinario debían recibir camas llamadas *vagonki*, nombre alusivo a las camas que se encontraban en los vagones de trenes de pasajeros. Eran literas de dos niveles, con sitio para dos reclusos en cada nivel, cuatro reclusos en total. En muchos campos, los prisioneros dormían en los todavía más simples *sploshnye navy*, que consistían en largas tarimas de madera para dormir, ni siquiera separadas en literas. Los prisioneros asignados a ellas se acostaban uno al lado del otro en una larga hilera. Como estas camas comunales eran consideradas antihigiénicas, los inspectores del campo solían censurarlas en sus informes. En 1948, la dirección central del Gulag expidió una directriz exigiendo que fueran reemplazadas por *vagonki*.[45] Sin embargo, Anna Andreieva, prisionera en Mordovia a finales de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta, durmió en una *sploshnye navy*, y recuerda que muchos prisioneros dormían todavía en el suelo debajo de ellas.[46]

La ropa de cama se distribuía de forma aleatoria, y variaba mucho de un campo a otro, pese a las normas más estrictas (y bastante modestas) dictadas en Moscú. Los reglamentos señalaban que todos los prisioneros debían recibir una nueva toalla cada año, una almohada cada cuatro años, sábanas cada dos años, y

una manta cada cinco años.[47] En la práctica, «un mal llamado colchón de paja iba con cada cama de prisionero», escribía Elinor Lipper:

> No había paja en él y rara vez heno, porque no había suficiente heno para el ganado; en cambio contenía serrín o las ropas sobrantes del prisionero, si es que las tenía. Además, tenía una manta de lana y una funda de almohada que podía rellenar con lo que tuviera a mano, pues no había almohadas.[48]

Lo peor era el «hedor horrible e insoportable» que invadía los barracones, gracias a la enorme cantidad de ropa sucia y mohosa que se secaba en el borde de las literas o las mesas, donde fuera posible colgar algo. En los campos de destino especial, donde las puertas de los barracones se cerraban por la noche y las ventanas estaban tapiadas, la pestilencia «casi impedía respirar».[49]

La carencia de letrinas no ayudaba a mejorar la calidad del aire. En los campos donde los prisioneros eran encerrados en los barracones por la noche, los *zeks* tenían que hacer uso de una *parasha* o «cubo», exactamente como en la prisión. Un prisionero contaba que por la mañana «era imposible mover la *parasha*, de modo que era arrastrada por el suelo resbaladizo. El contenido invariablemente se derramaba».[50]

Pero la mugre y el hacinamiento no eran meros problemas estéticos, o cuestiones de una incomodidad relativamente menor. Las literas repletas y la falta de espacio también podían ser letales, en especial en los campos donde los prisioneros trabajaban las veinticuatro horas. De uno de esos campos, donde los prisioneros trabajaban en tres turnos, día y noche, un testigo escribía: «La gente dormía en los barracones en cualquier momento del día. Luchar por poder dormir era luchar por la vida. Cuando discutían por eso la gente se insultaba, se peleaba e incluso se mataba. La radio en los barracones estaba a todo volumen todo el tiempo, y resultaba odiosa».[51]

Dado que la cuestión del lugar de dormir era tan decisiva, las condiciones del sueño constituían un arma de extrema importancia para el control de los prisioneros, y la administración las utilizó de forma consciente. En el archivo central de Moscú, los archivistas del Gulag preservaron cuidadosamente fotografías de los distintos tipos de barracones, destinados a las diferentes categorías de prisioneros. Los barracones de los *otlichniki* (los «excelentes» o «trabajadores de choque») tienen camas individuales con colchones y mantas,

suelo de madera y cuadros en las paredes. Los prisioneros, si no exactamente sonriendo al fotógrafo, al menos aparecen leyendo periódicos y parecen estar relativamente bien alimentados. Por otra parte, las barracones *rezhimnye* (las barracones de castigo para los trabajadores deficientes o rebeldes) tenían unas tarimas de madera puestas sobre unas estacas en lugar de camas. En estas fotografías, tomadas con fines propagandísticos, los prisioneros *rezhimnye* no tienen colchones, y aparecen compartiendo las mantas.[52]

En algunos campos el protocolo para organizar el sueño se tornó muy complejo. El espacio era tan escaso que poseerlo y disponer de privacidad eran considerados grandes privilegios concedidos solo a aquellos que estaban en las filas de la aristocracia del campo. A los prisioneros de rango más alto (los jefes de brigada, los supervisores de la cuota de trabajo y otros) se les permitía con frecuencia dormir en barracones más pequeños con menos personas. Solzhenitsin, a quien inicialmente se le asignó el trabajo de «director de obras» al llegar al campo en Moscú, se le dio un lugar en un barracón donde

> en lugar de las literas múltiples había catres normales y una mesa de noche para dos personas, no para toda la brigada. Durante el día la puerta estaba cerrada y uno podía dejar sus cosas allí. Por último, había una especie de hornillo eléctrico, y no era necesario ir y apretujarse alrededor de la cocina común en el patio.[53]

Todo esto era considerado un gran lujo. En efecto, los trabajos más deseables (el de carpintero, el de reparador de herramientas) también conllevaban el derecho muy codiciado de dormir en el taller. En casi todos los campos, a los médicos (incluso los médicos prisioneros) se les permitía dormir aparte, un privilegio que reflejaba su estatus especial. Isaac Vogelfanger, un cirujano, se sentía privilegiado porque se le permitía dormir en una litera en un «pequeño cuarto adyacente al área de recepción» de la enfermería de su campo: «La luna parecía sonreírme cuando me iba a dormir».[54]

De manera informal existía otra jerarquía en el interior de los barracones. En la mayoría de ellos, las decisiones cruciales sobre quién dormía dónde fueron tomadas por los grupos más fuertes y cohesionados de los campos. Hasta finales de los años cuarenta, en que los grandes grupos nacionales (ucranianos, bálticos, chechenos, polacos) se consolidaron, los prisioneros mejor organizados eran habitualmente los delincuentes comunes. Por lo general dormían en las literas

superiores, donde había más aire y más espacio, golpeando a aquellos que se opusieran a ello. Los que dormían en los literas inferiores tenían menos poder. Los que dormían en el suelo (los prisioneros de rango más bajo en el campo) sufrían más, según recuerda un prisionero:

> Este nivel era llamado «el sector del *koljoz*», donde los ladrones obligaban a ir a los *koljozniki* (esto es, varios intelectuales y sacerdotes ancianos, e incluso algunos de los suyos que habían quebrantado el código moral de los ladrones). Sobre ellos no solo caían cosas de las literas de arriba y de abajo: los ladrones también vertían enjuagues, agua, sopa del día anterior. Y el sector del *koljoz* tenía que tolerar todo esto, si se quejaban podían recibir incluso más suciedad … las personas enfermaban, se asfixiaban, perdían el sentido, enloquecían, morían de tifus, se suicidaban.[55]

BANYA: LA CASA DE BAÑOS

En los años cuarenta, los jefes del Gulag habían reconocido el peligro mortal del tifus exantemático y, oficialmente, dirigieron una batalla constante contra los parásitos. Los baños eran supuestamente obligatorios cada diez días. Se suponía que toda la ropa debía ser hervida en las unidades de desinfección, tanto al entrar al campo como después a intervalos regulares, para destruir todos los parásitos.[56] Como hemos visto, los barberos del campo rasuraban todo el cuerpo a los hombres y las mujeres que ingresaban presos en los campos, y con posterioridad les rapaban con regularidad la cabeza. El jabón, aunque en cantidades exiguas, estaba incluido en la lista de productos que debían distribuirse a los prisioneros: en 1944, por ejemplo, este llegaba a 200 gramos al mes para cada prisionero. Se suponía que estas barritas servirían para la higiene personal así como para el lavado de la ropa de cama y los vestidos.[57]

Sin embargo, no todos estaban convencidos de la eficacia de los métodos de despioje del campo. Varlam Shalámov escribió: «No solo era totalmente inútil el despioje, ni un piojo muere en esta cámara de desinfección. Es una formalidad y el aparato se ha creado con el fin de atormentar aún más a los prisioneros».[58]

Desde el punto de vista del sistema, Shalámov se equivocaba. El aparato no fue creado con el propósito de atormentar a los reos (como he dicho, la dirección central del Gulag en Moscú impartió directrices muy estrictas y ordenó a los jefes de campo que combatieran a los parásitos, e innumerables informes de

inspección censuraron su fallo en hacerlo). En 1940, en una investigación sobre las condiciones en un conjunto de campos septentrionales se señalaba con indignación: «Los piojos en los barracones, junto con las chinches, tienen un impacto negativo en la posibilidad de descansar de los reclusos» en un *lagpunkt*, mientras que el campo penal de trabajo de Novosibirsk tenía «un cien por cien de infección de piojos entre los prisioneros y … como resultado de las deficientes condiciones sanitarias, hay un índice elevado de enfermedades de la piel y dolencias estomacales … así pues, es evidente que las condiciones insalubres del campo son sumamente costosas».

Mientras tanto, se habían producido dos brotes de tifus en otro *lagpunkt*, los prisioneros estaban «negros de mugre», se decía en el informe con gran inquietud.[59] Las quejas por los piojos y las airadas órdenes para que se los eliminara figuraban año tras año en los informes de inspección remitidos a los fiscales del Gulag.[60] Después de la epidemia de tifus en Temlag en 1937, el director del *lagpunkt* y el subdirector del departamento médico del campo fueron despedidos, acusados de «negligencia e inactividad criminales», y fueron procesados.[61] Se usó tanto el premio como el castigo: en 1933, a los prisioneros de un barracón en Dmitlag se los premió con vacaciones por haber limpiado de chinches todas sus camas.[62]

Sin embargo, Shalámov no se equivocaba del todo en su cínica descripción del sistema higiénico. Pues aunque habían recibido instrucciones para preocuparse de los baños, con frecuencia los jefes del campo local se limitaban a observar los rituales de despiojе y baño, sin que pareciera importarles el resultado. Tampoco había suficiente carbón para mantener el aparato de desinfección a la temperatura requerida; ni se habían distribuido los cupos de jabón durante meses; o el jabón había sido robado.

A menudo, los guardias se aburrían con el proceso de bañar a los prisioneros y les permitían solo unos minutos en los baños, por pura formalidad.[63] En un *lagpunkt* de Siblag en 1941, un inspector indignado descubrió que «los prisioneros no se habían bañado en dos meses» debido al total desinterés de los guardias.[64] Y en los peores campos, el desprecio por la humanidad de los prisioneros hacía del baño una tortura, que muchos han descrito, pero nadie tan bien como, una vez más, Shalámov, quien dedica un relato a los horrores de los baños de Kolimá. Pese al cansancio, los prisioneros esperaban su turno durante

horas: «Las sesiones de baño son arregladas antes o después del trabajo. Después de muchas horas en el frío (y no es más fácil en el verano) cuando todos los pensamientos y esperanzas se centran en el deseo de llegar a tu litera y comer para dormir tan pronto como sea posible, la demora en los baños es casi insoportable».

Primero, los *zeks* hacían cola, afuera en el frío; después eran conducidos a los vestuarios repletos, construidos para quince personas y donde había hasta cien. Mientras tanto sabían que se limpiaban y registraban sus barracones. Sus escasas pertenencias, incluidos los platos y los peales, eran aventadas en la nieve:

> Es una característica del hombre, sea un ladrón o sea un premio Nobel, adquirir rápidamente fruslerías … lo mismo vale para el recluso. Después de todo, es un trabajador y necesita agujas y material para parches, y un tazón de más quizá. Todo esto es sacado y vuelto a juntar después de cada día de baño, a menos que sea enterrado en alguna parte muy hondo en la nieve.

Una vez en los baños, muchas veces había tan poca agua que era imposible asearse. Se daba a los prisioneros «un tazón de madera con agua no muy caliente … no había más agua ni uno podía comprarla». Tampoco los baños tenían calefacción: «La sensación de frío aumentaba con las mil corrientes que atravesaban la puerta y las rendijas. Los baños no estaban calientes, tenían rendijas en las paredes». Dentro, había también «una constante barahúnda acompañada de humo, aglomeración y griterío; incluso hay un dicho popular: “gritar como en los baños”».[65]

Después, cuando todo había terminado, comenzaba otra vez el mismo proceso humillante para recoger la ropa, escribe Shalámov, siempre obsesivo con la cuestión de la ropa interior: «Después de haberse lavado, los hombres se reunían ante la ventanilla mucho antes de que comenzara la distribución efectiva de la ropa interior. Una y otra vez hablaban pormenorizadamente de la ropa interior que habían recibido la última vez, la ropa interior recibida hace cinco años en Bamlag…».[66]

Inevitablemente, el derecho a bañarse con relativa comodidad también llegó a estar estrechamente relacionado con el sistema de privilegios. En Temlag, por ejemplo, los empleados en determinados trabajos tenían derecho a bañarse más veces.[67] El mismo trabajo de encargado de los baños, que implicaba tanto el

acceso al agua limpia como el derecho a permitir o negar a otros dicho acceso, era uno de los más codiciados en el campo. Al final, pese a las órdenes más drásticas, severas y estrictas de Moscú, la comodidad de los prisioneros dependía por completo de los caprichos y las circunstancias locales.

Por tanto era otro aspecto de la vida cotidiana trastrocado, convertido de un placer simple en lo que Shalámov llama «un hecho negativo, una carga en la vida del condenado … un testimonio de esa inversión de valores que es la principal cualidad que el campo inculca en los reclusos…».[68]

STOLOVAYA: EL COMEDOR

La vasta literatura sobre el Gulag contiene descripciones variadas de los campos y refleja la experiencia de una amplia gama de personalidades. Pero un aspecto de la vida del campo se mantiene inalterado de un campo a otro, de un año a otro, y de unas memorias a otras: la descripción de la *balanda*, la sopa que se servía a los prisioneros una o dos veces al día.

De modo unánime, los antiguos prisioneros coinciden en que el sabor del medio litro de sopa de los prisioneros era repugnante: su textura era acuosa y su contenido, sospechoso. Galina Levinson escribía que estaba hecha de «col podrida y patatas, a veces con un trozo de manteca de cerdo, a veces con cabezas de arenque».[69] Barbara Armonas recordaba la sopa hecha de «vísceras de pescado o de animales y unas cuantas patatas».[70]

Otro prisionero recuerda una sopa hecha de carne de perro, que uno de sus compañeros no pudo comer: «Un hombre de los países occidentales no siempre puede superar una barrera psicológica, aunque se esté muriendo de hambre», concluía.[71] Incluso Lazar Kogan, el jefe de Dmitlag, se quejó una vez de que «algunos cocineros actúan como si no estuvieran preparando comida soviética, sino más bien sobras para cerdos».[72]

El hambre era una motivación poderosa: la sopa podía haber sido incomible en circunstancias normales, pero en los campos, donde la mayoría de las personas estaba siempre hambrienta, los prisioneros la comían con gusto. Tampoco su hambre era accidental: se mantenía hambrientos a los prisioneros, debido a que la regulación de la alimentación era, después de la reglamentación

del tiempo y el espacio para vivir, el instrumento de control más importante de la dirección del campo.

Por esa razón, la distribución de alimento a los prisioneros en los campos se convirtió en una compleja ciencia. Las cantidades exactas para cada categoría de prisioneros y trabajadores del campo eran establecidas en Moscú, y cambiaban con frecuencia. La dirección del Gulag constantemente ponía al día sus cifras, calculando y volviendo a calcular la cantidad mínima de comida necesaria para que los prisioneros continuaran trabajando. Las nuevas órdenes que enumeraban las cantidades incluidas en la ración eran enviadas a los jefes de campo con gran frecuencia. Finalmente se convirtieron en documentos largos y complejos escritos en un pesado lenguaje burocrático.

Por ejemplo, era típica de la dirección del Gulag la orden dictada el 30 de octubre de 1944. Las órdenes estipulaban una ración básica o «garantizada» para la mayoría de los prisioneros: 550 gramos de pan al día, 8 gramos de azúcar y otros productos teóricamente destinados a ser utilizados en la *balanda*, la sopa del mediodía, y en la *kasha* o «gachas», servida en el desayuno y la cena: 75 gramos de alforfón o fideos, 15 gramos de carne o de productos cárnicos, 55 gramos de pescado o derivados de pescado, 10 gramos de manteca, 500 gramos de patatas o verduras, 15 gramos de sal y 2 gramos de «sucedáneo de té».

A esta lista de productos, se agregaron algunas notas. Los jefes de campo recibieron instrucciones de reducir la ración de pan a los prisioneros que solo cumplieran el 75% de la cuota de trabajo a 50 gramos, y a los que cumplieran solo con el 50% de ella a 100 gramos. Aquellos que superaban el plan, por otra parte, recibían un extra de 50 gramos de alforfón, 25 gramos de carne y 25 gramos de pescado, entre otras cosas.[73]

En comparación, los guardias del campo en 1942 —durante la gran hambruna de la URSS— debían recibir 700 gramos de pan, casi un kilo de verduras frescas y 75 gramos de carne, con complementos especiales para aquellos que vivían a mayor altitud.[74] Los prisioneros que trabajaban en las *sharashki* durante la guerra estaban incluso mejor alimentados, en teoría, con 800 gramos de pan y 50 gramos de carne en contraste con los 15 concedidos a los prisioneros normales. Además, recibían 15 cigarrillos al día y cerillas.[75] Las mujeres embarazadas, los presos menores de edad, los prisioneros de guerra, los trabajadores libres y los niños residentes en las guarderías del campo recibían

una ración ligeramente mejor.[76]

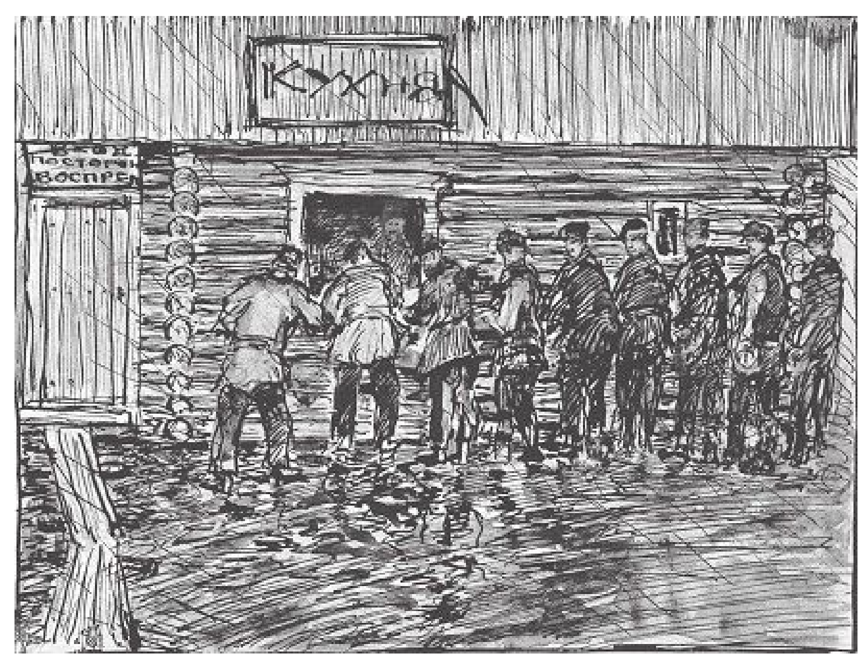
Como se puede imaginar, la necesidad de distribuir a las personas precisas estas cantidades exactas de alimento (que a veces variaban diariamente) requería una enorme burocracia, y muchos campos tenían dificultades para afrontarla. Tenían que guardar una documentación completa de instrucciones a mano, enumerando qué prisioneros en qué situaciones debían recibir algo. Incluso los *lagpunkts* más pequeños guardaban una documentación copiosa, enumerando el cumplimiento diario de la cuota de trabajo de cada prisionero, y la cantidad de alimento que le correspondía. En el pequeño *lagpunkt* de Kedrovi Shor, por ejemplo, una granja colectiva dependiente de Intlag, había en 1943 al menos trece escalas diferentes para la comida. El contable del campo —posiblemente un prisionero— tenía que determinar qué nivel debía aplicarse a cada uno de los 1000 reclusos del campo. En grandes hojas de papel, primero trazaba a mano unas líneas con lápiz y después agregaba los nombres y números con bolígrafo, llenando hoja tras hoja con sus cálculos.[77]

En los campos más grandes, la burocracia era aún peor. El antiguo contable jefe del Gulag, A. S. Narinski, ha descrito que la dirección de un campo, encargada de construir uno de los ramales del ferrocarril septentrional, concibió la idea de distribuir vales de comida entre los presos, para asegurarse de que recibieran la ración correcta cada día. Pero incluso conseguir los vales era problemático en un sistema asediado por la escasez crónica de papel. Incapaces de hallar otra solución, optaron por usar los billetes de autobús, que demoraban tres días en llegar. Este problema «amenazaba constantemente con desorganizar todo el sistema de comidas».[78]

El transporte invernal de alimentos a los *lagpunkts* lejanos era también un problema, en especial para aquellos campos que no tenían su propia panadería. «El pan recién horneado —escribe Narinski—, cuando se transporta en un camión de carga a lo largo de 400 kilómetros a 50 grados bajo cero llega tan helado que ya no sirve, no digamos para el consumo humano, sino para combustible».[79]

Debido a la falta de alimentos frescos, los prisioneros sufrían casi siempre de deficiencia vitamínica, aun cuando no estuvieran realmente famélicos, un problema que los funcionarios del campo tomaban más o menos con seriedad. A falta de tabletas de vitaminas, muchos prisioneros fueron obligados a beber *joya*,

un brebaje nauseabundo hecho de agujas de pino de dudosa eficacia.[80] A modo de comparación, la asignación para los «oficiales de las fuerzas armadas» estipulaba expresamente vitamina C y frutos secos para compensar la falta de vitaminas en las raciones habituales. Los generales y los almirantes, además, oficialmente podían recibir queso, caviar, conservas de pescado y huevos.[81]



En la cocina del campo: prisioneros haciendo cola para recibir la sopa, dibujo de Iván Sykahnov, Temirtau, 1935-1937.

Incluso el proceso de servir la sopa, con vitaminas o sin ellas, podía ser muy arduo en el frío de un invierno boreal, sobre todo si se servía al mediodía, en el lugar de trabajo. En 1939, un médico de Kolimá presentó una queja formal al jefe del campo denunciando que se hacía comer la ración de comida a los prisioneros a la intemperie, y que se les congelaba mientras todavía estaban comiendo.[82]

La distribución de alimento también podía ser desbaratada por acontecimientos externos: durante la Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, con frecuencia cesó por completo. Los peores años fueron 1942 y 1943, cuando una buena parte de la URSS occidental estaba ocupada por las tropas alemanas, y el resto del país se dedicaba a combatirlas. El hambre cundía en todo el país, y el Gulag no era una prioridad. Vladimir Petrov, un prisionero de Kolimá, recuerda

un período de cinco días sin distribución de comida en su campo: «Una verdadera hambruna asoló la mina. Cinco mil hombres no tenían ni un pedazo de pan».

Los platos y los cubiertos faltaban siempre. Una prisionera creía que había sobrevivido porque «cambió pan por un tazón de medio litro»: «Si tienes tu propia escudilla, consigues las primeras porciones y toda la grasa está encima. Los demás tienen que esperar a que acabes con tu tazón. Uno come, después lo pasa a otro, quien lo da a otro…».[83]

Otros prisioneros se fabricaban sus propias escudillas y cubiertos de madera. El pequeño museo situado en la sede de la Sociedad Memoria de Moscú expone algunos de estos objetos caseros extrañamente conmovedores.[84] Como siempre, la dirección era consciente de esta escasez, y ocasionalmente trataban de hacer algo al respecto: en cierto momento las autoridades felicitaron a un campo por hacer un uso ingenioso de las latas sobrantes con ese fin.[85]

Por todas esas razones, los reglamentos sobre las raciones de alimento emitidos en Moscú —ya calculadas al nivel mínimo requerido para sobrevivir— no son una guía fiable de lo que comían los prisioneros. Tampoco necesitamos basarnos en las memorias para saber que los reclusos de un campo soviético pasaban mucha hambre. El propio Gulag realizaba inspecciones periódicas de los campos, y conservaba documentos de lo que los prisioneros estaban comiendo realmente, en oposición a lo que se suponía que deberían comer. Una vez más el desfase surreal entre las listas de las raciones de alimentos preparadas en Moscú y los informes de los inspectores es asombroso.

La investigación en el campo de Volgostrói en 1942, por ejemplo, revelaba que en un *lagpunkt* había ochenta casos de pelagra, una enfermedad producida por la desnutrición: «La gente se está muriendo de inanición», se indicaba en el informe. En Siblag, un gran campo al oeste de Siberia, un fiscal suplente soviético descubrió que en el primer trimestre de 1941, las normas de alimentación habían sido «violadas de modo sistemático: la carne, el pescado y las grasas muy rara vez son distribuidos … nunca se reparte azúcar».[86]

Parece que algunos prisioneros habían sido privados de comida porque el campo no había recibido el envío correcto. Era un problema permanente: en Kedrovi Shor, los contables del *lagpunkt* guardaban una relación de todos los productos alimenticios que podían sustituir a aquellos que los prisioneros

deberían haber recibido. Figuraban galletas y setas en vez de pan, bayas silvestres en vez de azúcar.[87] No es extraño que, por consiguiente, la dieta de los prisioneros tuviera un contenido muy diferente del que mencionaba el documento de Moscú. Una inspección en Birlag en 1940 determinaba que «la comida de los *zeks* que trabajan consiste en agua, más 130 gramos de cereales, y el segundo plato es pan negro (unos 100 gramos). Para el desayuno y la cena calientan la misma sopa». En una conversación con el cocinero del campo, se le dijo al inspector que las «normas teóricas nunca se cumplían», que no había envíos de pescado, carne, verduras ni grasas. El campo, concluía el informe, «no tiene dinero para comprar víveres ni ropa … y sin dinero ninguna organización de suministro desea cooperar». Se informó de más de 500 casos de escorbuto.[88]

Sin embargo, con igual frecuencia la comida que llegaba a los campos era robada de inmediato. El robo tenía lugar en todos los niveles prácticamente. Aquellos que trabajaban en la cocina o en las instalaciones de almacenamiento de alimentos solían robar comida mientras la preparaban. Por esa razón los prisioneros buscaban los trabajos que dieran acceso a la comida (cocinar, lavar platos, trabajos en la despensa) para poder robar. Guinzburg fue una vez «salvada» por el trabajo de lavar platos en el comedor de los hombres. No solo pudo comer «verdadero caldo de carne y excelentes frituras en aceite de girasol», sino también descubrió que otros prisioneros la miraban con admiración. Al hablar con ella, la voz de un hombre temblaba «con una mezcla de envidia y adoración humilde por quienquiera que hubiera ocupado una posición tan elevada en la vida: "donde está la comida"».[89]

Posteriormente, durante su reclusión en el campo, Guinzburg también trabajó cuidando los pollos que servirían para la comida de los jefes del campo. Ella y su colega aprovecharon la situación al máximo: «Cubríamos la sémola del campo con aceite de hígado de bacalao que tomábamos "prestado" de los pollos. Hervíamos gelatina de harina de avena. También comíamos tres huevos diarios entre las dos: uno en la sopa, otro que cada una se comía crudo como una delicia gastronómica especial. (No cogíamos más porque no nos atrevíamos a rebajar el índice de productividad de huevos, según el cual nuestro trabajo era evaluado)».[90]

El robo también tenía lugar en una escala mucho mayor, sobre todo en los pueblos de los campos en la región boreal, donde la escasez de alimentos entre

los trabajadores libres, los guardias del campo, y los prisioneros hacía que fuera conveniente para todos robar. Un informe del despacho del fiscal para 1947, por ejemplo, relaciona muchos casos de robo, entre ellos uno en Viatlag, donde doce personas, incluido el jefe de almacén del campo, se apoderaron de productos alimenticios y verduras por un valor de 170 000 rublos. Otro informe de ese año estimaba que en treinta y cuatro campos investigados solo en el segundo trimestre de 1946, se había robado un total de 70 000 kilogramos de pan, junto con 132 000 kilogramos de patatas y 17 000 kilogramos de carne. El inspector que escribía el informe concluía: «El complicado sistema de alimentar a los prisioneros crea las condiciones que favorecen el robo de pan y otros productos». También responsabilizaba al «sistema de alimentar a los trabajadores libres con cartillas de racionamiento», así como a los equipos de inspección interna del campo, cuyos miembros eran asimismo corruptos.[91]

Al final, no todos morían de hambre. Pues aunque la mayoría de los productos alimenticios desaparecían antes de convertirse en sopa, un alimento básico era habitualmente accesible: el pan. En los campos donde había más hambre, durante los años de hambruna, el pan adquirió casi un estatuto sagrado, y se dispuso un ordenamiento especial para su consumo. Por ejemplo, mientras los ladrones del campo robaban casi todo con impunidad, el robo de pan era considerado especialmente abyecto y casi imperdonable. Vladimir Petrov descubrió en su largo viaje en tren a Kolimá que «robar era lícito y podía hacerse con prácticamente cualquier objeto al alcance de la capacidad y la suerte del ladrón, pero había una excepción: el pan. El pan era sagrado e inviolable, sin tener en cuenta las distinciones entre los que iban en el vagón». En efecto, Petrov había sido elegido como el *starosta* del vagón, y en esa calidad fue encargado de castigar a un ladronzuelo que había robado pan. Cumplió debidamente.[92] Thomas Sgovio también escribió sobre la ley no escrita de los delincuentes del campo en Kolimá: «Robad todo, excepto la santa ración de pan». Asimismo había «visto a más de un prisionero ser apaleado hasta la muerte por violar la sagrada tradición».[93]

Como muchos prisioneros que vivieron los años de hambruna de la guerra, Dmitri Panin, el amigo íntimo de Solzhenitsin, también escribió con elocuencia sobre los rituales individuales con que algunos prisioneros comían el pan. Si los prisioneros recibían pan solo una vez al día, por la mañana, se veían ante la

angustiosa decisión de comérselo todo o dejar una parte para la tarde. Guardar el pan conllevaba el riesgo de pérdida o robo de la preciosa barra de cuarto. Por otra parte, uno podía tener ganas de comer un pedazo de pan durante el día. La cautela de Panin hacia la segunda opción debe quedar como un testimonio único de la ciencia de engañar el hambre:

> Cuando recibes tu ración tienes un deseo inmenso de prolongar el placer de comerla, cortando todo el pan en trocitos iguales, amasando las migajas en bolitas. Con palillos y cuerdas improvisas una balanza y pesas cada pieza. Así tratas de prolongar la ocupación de comer unas tres horas o más. ¡Pero esto equivale al suicidio!
>
> Por nada del mundo tardes más de media hora en comer tu ración. Cada bocado de pan debe ser bien masticado, para hacer que el estómago lo digiera lo más fácilmente posible de modo que dé a tu organismo la máxima cantidad de energía … Si siempre divides tu ración y dejas una parte para la noche, estás acabado. Cómela toda de una vez; por otra parte, si te la tragas demasiado rápido, como la persona con hambre hace muchas veces en circunstancias normales, acortarás tus días…[94]

Sin embargo, los *zeks* no eran los únicos habitantes de la Unión Soviética que se obsesionaron con el pan y los muchos modos de comerlo. Susanna Pechora, una prisionera de Minlag en los años cincuenta, escuchó de pasada una conversación sobre el pan del campo entre dos campesinas rusas, también prisioneras, mujeres que habían conocido lo que había sido la vida *sin* el pan del campo:

> Una de ellas sostenía un pedazo de pan y lo frotaba. «Oh, mi *jlebushka* [“mi pancito”, un diminutivo como se podría decir a un niño]», decía con agradecimiento, «cada día te recibimos gracias a ellos». La otra dijo: «Podríamos secarlo, y enviarlo a los niños, después de todo tienen hambre. Pero no creo que nos permitan enviarlo…».[95]

Pechora me dijo que después de eso, lo pensaba dos veces antes de quejarse por la falta de comida en los campos.

11

El trabajo en los campos

Aquellos que están enfermos, malo,
demasiado débiles para la mina,
los degradan, los envían
al campo de abajo,
a talar los árboles de Kolimá.
Es muy simple cuando
se anota en un papel.
Pero no puedo olvidar
los trineos en la nieve
y la gente, uncida,
forzando sus hundidos pechos, tirando de los carros.
Se detienen a descansar
o se tambalean en las empinadas cuestas…
El tremendo peso va rodando
y en cualquier momento
los hará caer…

¿Quién no ha visto trastabillar a un caballo?
Pero nosotros hemos visto hombres bajo un yugo…

ELENA VLADIMIROVA, «Kolimá»[1]

RABOCHAYA ZONA: LA ZONA DE TRABAJO

El trabajo era la función central de la mayoría de los campos soviéticos. Era la principal ocupación de los prisioneros, y la principal preocupación de la dirección. La vida diaria estaba organizada en torno al trabajo, y el bienestar de los prisioneros dependía de cuán satisfactoriamente trabajaran. Sin embargo, es difícil generalizar sobre cómo era el trabajo del campo: la imagen del prisionero en medio de una tormenta de nieve, extrayendo oro o carbón con un pico es solo un estereotipo. Había muchos de esos prisioneros (millones, como las cifras de

los campos de Kolimá y Vorkutá dejan claro), pero ahora sabemos que también había campos en el centro de Moscú donde los prisioneros diseñaban aeroplanos, campos en Rusia central donde los prisioneros construían y dirigían plantas de energía nuclear, pesquerías en la costa del Pacífico y campos de granjas colectivas en el sur de Uzbekistán.[2]

Sin duda, la gama de actividades económicas en el Gulag era tan amplia como la que existía en la URSS. Un vistazo a la *Guía del sistema de campos de trabajo correccionales en la URSS*, la lista más completa de los campos hasta la fecha, revela la existencia de campos organizados en torno a una serie de actividades: minas de oro, minas de carbón, minas de níquel; construcción de carreteras y autopistas; fábricas de armamento, plantas químicas y metalúrgicas; centrales eléctricas; edificación de aeropuertos, de bloques de apartamentos, sistemas de desagüe, tala de bosques y envasado de pescado.[3] Los propios directores del Gulag preservaban un álbum fotográfico dedicado en exclusiva a los bienes producidos por los reclusos. Entre otras, hay fotos donde aparecen minas, misiles y otros tipos de armamento; piezas de coches, cerraduras, botones; troncos flotando en los ríos; mobiliario de madera (sillas, armarios, cabinas telefónicas y barriles); zapatos, canastas y tejidos (con muestras añadidas); alfombras, cuero, sombreros de piel, abrigos de piel de oveja; tazas, lámparas y jarras de vidrio; jabón y velas, incluso juguetes (tanques de madera, molinillos de viento y conejos de cuerda con un tamboril).[4]

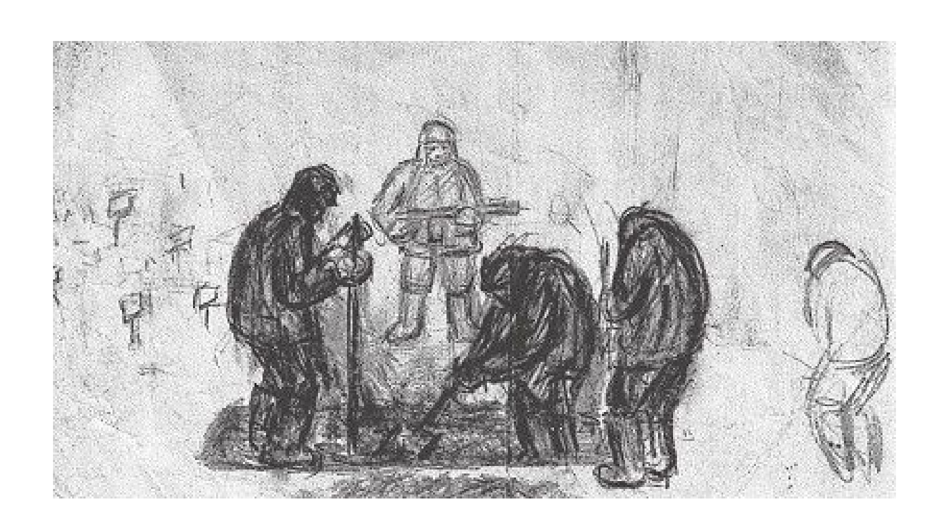
La actividad económica se diversificaba dentro del propio campo y de un campo a otro. Es cierto que muchos prisioneros en los campos forestales no hacían otro trabajo que talar árboles. Los prisioneros con sentencias de tres años o menos trabajaban en «colonias de trabajo correccional», campos con un régimen suave que por lo general se organizaban en torno a una sola fábrica o actividad productiva. Los campos más grandes del Gulag, en cambio, podían contener diversas industrias: minas, fábricas de ladrillos y una central eléctrica, así como terrenos para la construcción de viviendas y carreteras. En estos campos, los prisioneros descargaban diariamente los productos de los trenes, conducían camiones, recogían verduras, trabajaban en las cocinas, hospitales y guarderías infantiles. De modo extraoficial, también trabajaban de sirvientes, niñeras y sastres para los jefes del campo, los guardas y sus esposas.

Los prisioneros con sentencias largas con frecuencia tenían diversos

empleos, cambiando de trabajo a menudo según los altibajos del azar. En sus casi dos décadas de trabajo en el campo, Evgeniya Guinzburg taló árboles, cavó zanjas, limpió la hostería del campo, lavó platos, crió pollos, lavó para las esposas de los jefes del campo y cuidó a los niños de los prisioneros. Finalmente, se convirtió en enfermera.[5]

Pero aunque los trabajos podían ser tan variados dentro del sistema de campos como en el mundo exterior, los prisioneros que trabajaban se dividían generalmente en dos categorías: aquellos asignados al *obshchie raboty* («trabajo común») y los *pridurki*, una palabra que puede traducirse como «reclusos de confianza». Como veremos, estos últimos tenían el estatus de una casta separada. El trabajo común, el destino de la mayoría de los prisioneros, era tal como suena: trabajo no calificado, trabajo duro en términos de esfuerzo físico.

Con excepción de aquellos que habían tenido suerte en la primera tanda de asignación de trabajo (casi siempre aquellos que eran ingenieros civiles o miembros de alguna profesión útil para el campo, o que se hubieran hecho valer como informantes), por lo general la mayoría de los *zeks* eran asignados al trabajo común después de cumplir una semana de aislamiento más o menos. También eran asignados a una brigada: un grupo que oscilaba entre cuatro y cuatrocientos *zeks*, que no solo trabajaban juntos, sino que comían juntos y por lo común dormían en el mismo barracón. Cada brigada era dirigida por un jefe, un recluso de confianza de estatus superior, que era responsable de asignar las tareas, supervisar el trabajo y asegurarse de que el equipo cumpliera con la cuota de producción.



Cavando una tumba, dibujo de Benjamin Mkrtchayan, Ivdel, 1953.

La importancia del jefe de brigada, cuyo estatus se situaba más o menos entre el de prisionero y el de funcionario, no pasó desapercibida a las autoridades del campo. En 1933, el jefe de Dmitlag envió una orden a todos sus subordinados, recordándoles la necesidad de «encontrar entre nuestros "trabajadores de choque" las personas capaces que son tan necesarias para el trabajo», puesto que «el jefe de brigada es la persona más importante, más relevante para la obra de construcción».[6]

Desde el punto de vista de cada prisionero, su relación con el jefe de brigada era más que trascendente: podía determinar no solo su calidad de vida, sino si moría o sobrevivía, tal como escribió un recluso:

> La vida de una persona depende mucho de su brigada y su jefe de brigada, dado que uno pasa todos los días y las noches en su compañía. En el trabajo, en el comedor y en las literas, siempre las mismas caras. Los miembros de la brigada pueden trabajar todos juntos, en cuadrillas o individualmente. Pueden ayudar a que uno sobreviva o pueden contribuir a destruirlo. O compasión y ayuda, u hostilidad e indiferencia. El papel del jefe de brigada no es menos importante. También importa quién es él, cuáles cree que son sus tareas y obligaciones: servir a los jefes y a su propio provecho a costa de uno, tratar a los brigadistas como subordinados, sirvientes y lacayos, o ser un camarada en la desgracia y hacer lo posible para hacer la vida más llevadera a los miembros de la brigada.[7]

Algunos jefes de brigada efectivamente amenazaban e intimidaban a sus trabajadores. En su primer día en las minas de Karaganda, Aleksandr Weissberg se desvaneció de hambre y extenuación: «Con un berrido de toro enloquecido el jefe de brigada se volvió y se abalanzó con todo su robusto cuerpo sobre mí, golpeándome y dándome puñetazos, y finalmente me dio tal golpe en la cabeza que caí al suelo, medio inconsciente, cubierto de moretones y la sangre corriéndome por la cara…».[8]

En otros casos, el jefe de brigada permitía que la brigada funcionara como un grupo organizado de iguales, presionando a los prisioneros para que trabajaran más duro. A Vernon Kress, prisionero en Kolimá, sus camaradas de brigada lo increparon y golpearon por no poder mantener el ritmo y finalmente lo obligaron a pasar a una brigada «débil», ninguno de cuyos miembros recibió jamás la ración completa.[9]

Si uno tenía la mala suerte de acabar en una brigada «mala», y no podía

evadirse ni sobornar para librarse, uno podía hundirse. M. B. Mindlin, uno de los fundadores de la Sociedad Memoria, fue asignado a una brigada de Kolimá compuesta mayoritariamente por georgianos y dirigida por un jefe de brigada georgiano. Pronto se dio cuenta de que los brigadistas temían tanto al jefe de brigada como a los guardias del campo, pero también que, por ser el «único judío en una brigada de georgianos», no se le harían favores especiales. Un día trabajó muy duro intentando ser recompensado con la ración más alta: 1200 gramos de pan. El jefe de brigada se negó a reconocerlo y dictaminó que solo merecía 700 gramos. Por medio de un soborno, Mindlin cambió de brigada, y encontró una atmósfera muy diferente: el nuevo jefe de brigada se preocupaba realmente por sus subordinados, e incluso le permitió unos días de trabajo liviano al comienzo para que recuperara fuerzas: «Todos los que estaban en esta brigada se consideraban afortunados y se salvaban de la muerte».[10]

La actitud del jefe de brigada era importante porque en la mayoría de los casos el trabajo no se planeaba para ser una farsa o una actividad sin un propósito. Es cierto que hubo excepciones a esta regla. A veces, guardias sádicos o estúpidos ponían efectivamente a los prisioneros a realizar tareas sin objeto. Susanna Pechora recordaba que se le asignó transportar cubos de arcilla de un lugar a otro, «un trabajo sin ninguna utilidad». Uno de los jefes «a cargo de la zona de trabajo le dijo explícitamente: “No necesito tu trabajo, necesito que sufras”, una frase que les habría resultado familiar a los prisioneros de Solovki en los años veinte».[11]

La mayoría de las veces no se pretendía que los prisioneros sufrieran (quizá la manera más exacta de decirlo es que no importaba si sufrían o no). Mucho más importante era que se adaptaran al plan de producción del campo y que cumplieran con la cuota de rendimiento. Una cuota podía aplicarse a cualquier cosa: un cierto número de metros cúbicos de madera que talar, o zanjas que cavar, o de carbón que transportar. Y estas cuotas eran consideradas con absoluta seriedad. Los campos estaban plenos de carteles exhortando a los prisioneros a cumplir con sus cuotas. Los comedores y plazas centrales ostentaban enormes pizarrones, enumerando cada brigada y su último rendimiento respecto a la cuota.[12]

Las cuotas eran calculadas con gran cuidado y razonamiento científico por los supervisores de la cuota (*normirovshchik*) cuyo trabajo presuntamente

requería gran habilidad. Jacques Rossi señala, por ejemplo, que a aquellos que apartaban la nieve se les asignaba una cuota diferente dependiendo de si la nieve estaba recién caída, si estaba blanda, o si estaba menos o más compacta (esta requería hacer presión con el pie sobre la pala) o si estaba congelada (esta requería el uso de un pico). Y después de todo eso, «una serie de coeficientes daban razón de la distancia y altura de la nieve apartada, y así sucesivamente». [13]

Pero aunque teóricamente científico, el proceso de establecer cuotas para el trabajo y de determinar quiénes debían conseguirlas, estaba pleno de corrupción, irregularidades e incongruencias. En primer lugar, se asignaba a los prisioneros cuotas que habitualmente correspondían a las asignadas a los trabajadores libres: se esperaba que debían lograr lo mismo que los leñadores y los mineros profesionales. No obstante, los prisioneros por lo general no eran profesionales, y con frecuencia tenían una vaga idea de lo que se suponía que debían hacer. Por otra parte, después de largos períodos en la cárcel y agotadores viajes en vagones de ganado sin calefacción, no estaban en las condiciones físicas requeridas.

Cuanta menos experiencia tuviera y más extenuado estuviera el prisionero, más sufriría. Evgeniya Guinzburg hizo la descripción de dos intelectuales que no estaban acostumbradas al trabajo duro, debilitadas por años en la prisión, tratando de talar árboles:

> Durante tres días Galya y yo luchamos por conseguir lo imposible. Pobres árboles, cómo deben haber sufrido con las mutilaciones perpetradas por nuestras manos inexpertas. Medio muertas y sin ninguna destreza, no estábamos en condiciones de afrontar la tarea. El hacha se nos resbalaba y miles de astillas nos saltaban a la cara. Aserrábamos febrilmente, a sacudidas, acusándonos de torpeza mutuamente en silencio (sabíamos que no nos podíamos permitir el lujo de una pelea). Una y otra vez el hacha se atascaba. Pero el momento más aterrador era cuando el árbol estaba por fin a punto de caer, y no sabíamos en qué dirección. Una vez, Galya recibió un golpe en la cabeza, pero el enfermero se negó a ponerle yodo en la herida, diciendo: «¡Ajá, ese viejo truco! Quieres que te exima el primer día, ¿verdad?».

Al acabar el día, el jefe de brigada declaró que Evgeniya y Galya habían logrado el 18% de la cuota, y les «pagó» por su deficiente desempeño: «Recibiendo el mendrugo de pan que correspondía a nuestro rendimiento, fuimos llevadas al día siguiente a nuestra zona de trabajo literalmente tambaleándonos de debilidad». Entretanto, el jefe de brigada continuaba repitiendo que «no tenía intención de desperdiciar el precioso alimento en

traidoras que no podían conseguir la cuota».[14]

En los campos del extremo norte (en especial en los campos de la región de Kolimá, así como Vorkutá y Norilsk, todos ellos más allá del Círculo Polar Ártico), el clima y el terreno exacerbaban las dificultades. El verano, en contra de lo que se cree, no es más soportable en las regiones árticas que el invierno. Incluso allí, la temperatura puede llegar a más de 30 ºC. Cuando se derrite la nieve, la superficie de la tundra se vuelve barro, dificultando el caminar, y los mosquitos aparecen volando en grandes nubes, haciendo un zumbido tan fuerte que es imposible escuchar nada más. Un prisionero los recordaba:

> Los mosquitos se nos metían por debajo de las mangas y de los pantalones. La cara nos reventaba de picaduras. En la zona de trabajo, nos llevaban la comida y, si estabas tomando la sopa, los mosquitos llenaban el tazón como una papilla de avena. Nos llenaban los ojos, la nariz y la garganta, y tenían un gusto dulce, como la sangre. Cuanto más te movías y los apartabas, más atacaban. Lo mejor era no hacerles caso, vestir ropas ligeras y en vez de ponerte un sombrero contra los mosquitos, utilizar un trenzado de hierba o de corteza de haya.[15]

Por supuesto, los inviernos eran muy fríos. Las temperaturas bajaban hasta 30 ºC, 40 ºC o 50 ºC bajo cero. Los escritores de memorias, poetas y novelistas han batallado por describir la sensación de trabajar en ese helor. Uno escribía que

> era peligroso dejar de moverse. Durante el recuento saltábamos, movíamos los pies y nos palmeábamos el cuerpo para mantener el calor. Constantemente doblaba los dedos del pie y cerraba los dedos de la mano … tocar una herramienta de metal con la mano desnuda podía rasgarle a uno la piel…[16]

Algunas tareas del trabajo común eran peores que otras, desde el punto de vista del clima. Isaak Filshtinski acabó asignado a uno de los trabajos invernales más desagradables en Kargopollag: clasificar los troncos para su procesamiento. Implicaba estar de pie en el agua todo el día, y aunque el agua era tibia (provenía de la central eléctrica), el aire no:

> Como en ese verano en la región de Arjánguelsk había una helada estable de 40-45.ºC bajo cero, una espesa niebla planeaba siempre sobre el pozo de salida. Hacía mucho frío y al mismo tiempo había mucha humedad … el trabajo no era muy difícil, pero al cabo de 30 o 40 minutos tenía todo el cuerpo empapado a causa de la humedad, la barbilla, los labios y las pestañas cubiertas de escarcha y el hielo penetrándome en los huesos, atravesaba el paupérrimo traje del campo.[17]

Los peores trabajos de invierno se realizaban en el bosque. Pues la taiga no solo era fría en invierno, sino que periódicamente la azotaban terribles e impredecibles tormentas invernales, llamadas *burany* o *purgai*. Dmitri Bistroletov, un prisionero en Siblag, quedó atrapado por una:

> En ese instante, el viento comenzó a ulular salvaje y terrorífico, obligándonos a tendernos en el suelo. La nieve formaba remolinos en el aire, y todo desapareció: las luces del campo, las estrellas, la aurora boreal. Nos quedamos solos en medio de la niebla blanca. Abriendo los brazos, rodando y tropezando con torpeza, cayendo y apoyándonos, tratamos de encontrar el camino lo más pronto posible. De repente, un trueno reventó sobre nuestras cabezas. Apenas si conseguí aferrarme del que me acompañaba a subir, cuando un remolino de nieve, hielo y piedras comenzó a borbotar hacia nosotros. El remolino de nieve impedía respirar, ver…[18]

Janusz Bardach también quedó atrapado por una *buran* en Kolimá cuando trabajaba en una cantera. Junto con los guardias y sus compañeros de prisión, caminaron de regreso al campo siguiendo a los perros guardianes, atados unos a otros con una cuerda:

> No podía ver nada más que la espalda de Yuri y me agarré a la cuerda como a una tabla de salvación … Todos los hitos conocidos habían desaparecido. No tenía idea de cuánto más teníamos que caminar y estaba seguro de que nunca regresaríamos. Mi pie tocó algo suave, un prisionero que se había desprendido de la cuerda. «Deteneos», grité. Pero nadie se detuvo. Nadie podía oírme. Me incliné y llevé su brazo hacia la cuerda. «¡Aquí!», traté de que su mano se agarrase a la cuerda. «¡Agárrate!» Era inútil. El brazo del hombre cayó al suelo cuando lo solté. La orden severa de Yuri de que me moviera me hizo avanzar…

Cuando la brigada de Bardach regresó al campo, faltaban tres prisioneros. Por lo general, «los cuerpos de los prisioneros que se perdían no eran encontrados hasta la primavera, a menudo a unos doscientos metros de la zona».[19]

La ropa de rigor asignada a los prisioneros les brindaba poca protección. En 1943, por ejemplo, la dirección central del Gulag ordenó que los prisioneros recibieran, entre otras prendas, una chaqueta de invierno acolchada (que debía durar dos años), pantalones acolchados de invierno (al menos para 18 meses) y botas (que debían durar dos años por lo menos) y ropa interior (para nueve meses).[20] En la práctica, siempre faltaban esos míseros artículos. Una inspección de veintitrés campos en 1948 informaba que el suministro de «trajes, ropa interior y calzado es insatisfactorio». Esto parece ser un eufemismo. En

Norilsk, en el extremo norte, solo el 75% tenía botas de invierno, y solo el 86% ropa de abrigo. En Vorkutá, también en el extremo norte, solo el 25-30% tenía ropa interior, mientras que solo el 48% tenía botas de invierno.[21] A falta de calzado, los prisioneros improvisaban. Se hacían botas de corteza de haya, de trozos de tela, de neumáticos viejos. En el mejor de los casos, estos artilugios entorpecían y dificultaban el caminar, en especial en la nieve acumulada; en el peor, tenían agujeros que aseguraban una congelación.[22]

Se suponía que los mandos del campo harían concesiones al frío. Según las normas, en ciertos campos boreales los prisioneros recibían raciones suplementarias. Pero estas, según los documentos de 1944, podían llegar apenas a 50 gramos más de pan al día (unos cuantos mordiscos) que difícilmente compensaban el frío extremo.[23] En teoría, cuando hacía demasiado frío o cuando la tormenta era inminente, los prisioneros no debían trabajar en absoluto. Vladimir Petrov afirma que durante el régimen de Berzin en Kolimá, los prisioneros habían dejado de trabajar cuando la temperatura llegaba a 50.ºC bajo cero. En el invierno de 1938-1939, después de la caída de Berzin, la temperatura tenía que bajar a 60 ºC bajo cero para que cesara el trabajo. Pero ni siquiera esta norma se seguía siempre, escribe Petrov, puesto que la única persona en la mina de oro que tenía un termómetro era el jefe del campo.[24]

Pero el clima no era el único obstáculo al cumplimiento de las cuotas. En muchos campos se fijaban a un nivel inalcanzable. En parte era un efecto secundario de la lógica de la planificación central soviética, que decretaba que las empresas tenían que aumentar su rendimiento cada año. Elinor Olitskaya recordaba que sus compañeras de prisión se afanaban en cumplir las cuotas fijadas para la fábrica de confección del campo, deseando conservar sus puestos en un lugar protegido y con calefacción. Pero, como las cumplían, la dirección del campo seguía subiéndolas, como resultado de lo cual se hicieron inalcanzables.[25]

Las cuotas se volvían más exigentes porque los prisioneros y los supervisores de la cuota mentían por igual, al calcular al alza cuánto trabajo se había hecho y se haría en el futuro. Por consiguiente, con el tiempo las cuotas se fijaron en un nivel astronómico. Aleksandr Weissberg recuerda que incluso para los trabajos supuestamente más fáciles, las cuotas fijadas resultaban increíbles: «Parecía que todos debían asumir una tarea virtualmente imposible. Los dos

hombres encargados de la lavandería tenían que lavar la ropa de 800 hombres en diez días».[26]

En tales condiciones (largas jornadas, pocos días libres y muy poco descanso durante el día), los accidentes eran frecuentes. El cansancio y el clima con frecuencia producían una combinación fatal, como testifica Alexander Dolgun:

> Con los dedos fríos y entumecidos no podían sujetar los mangos, ni las palancas, la madera o los cajones, y había muchos accidentes, a menudo mortales. Un hombre fue aplastado cuando estábamos sacando troncos de un carro con plataforma usando dos troncos a modo de rampa. Quedó sepultado cuando veinte o más troncos se soltaron, y él no pudo apartarse a tiempo.[27]

Moscú guardaba una estadística de los accidentes, y estos ocasionalmente provocaban airados intercambios de informes entre los inspectores y los jefes del campo. Una de esas compilaciones, para el año de 1945, relaciona 7124 accidentes en las minas de carbón de Vorkutá, incluidos 482 que provocaron heridas graves y 137 que acabaron en muerte. Los inspectores los atribuían a la escasez de lámparas, a la inexperiencia y a la frecuente rotación de los trabajadores. Con disgusto los inspectores calculaban que el número de jornadas de trabajo perdidas a causa de los accidentes eran 61 492.[28]

Una organización absurdamente deficiente y la descuidada gestión también entorpecían el trabajo. Aunque es importante señalar que los centros de trabajo normales en la URSS también estaban mal dirigidos, la situación era peor en el Gulag, donde la vida y la salud de los trabajadores no eran consideradas importantes, y donde la llegada regular de recambios era dificultada por el clima y las grandes distancias.

Para los que trabajan en las explotaciones forestales «no había sierras de cadena, ni tractores para transportar los troncos ni cargadoras mecánicas».[29] Aquellos que trabajaban en fábricas textiles recibían «o muy pocas herramientas o herramientas inadecuadas». Esto significaba, según un prisionero, que «todas las costuras tenían que ser alisadas con una plancha enorme que pesaba dos kilos. Uno tenía que planchar 426 pares de pantalones durante una sesión, las manos se entumecían de levantar ese peso y las piernas se hinchaban y dolían».[30]

La maquinaria se estropeaba constantemente, un factor que no siempre se

tenía en cuenta al calcular las cuotas de trabajo. En la misma fábrica textil «cada dos por tres se llamaba a los mecánicos. Eran en su mayoría prisioneras. Las reparaciones duraban horas, pues las mujeres no tenían preparación. Resultaba imposible cumplir la cuota de trabajo obligatoria y, por consiguiente, no recibíamos pan».[31]

El tema de la maquinaria averiada aparece con reiteración en los anales de la dirección del Gulag. Por ejemplo, en 1938, una carta dirigida al viceministro de Interior encargado del Gulag dice que «el 40 o 50% de los tractores están averiados». Pero incluso los métodos de trabajo más primitivos con frecuencia dejaban de funcionar. Una carta, un año después, apunta que de 36 491 caballos empleados por el Gulag, el 25% no eran adecuados para el trabajo.[32]

Las empresas del Gulag también se resentían de la falta de ingenieros y administrativos. Pocos técnicos preparados trabajaban voluntariamente en los proyectos del Gulag. A lo largo de los años se hicieron muchos esfuerzos para atraer trabajadores libres a los campos, y se ofrecieron sustanciosos incentivos. Ya a mediados de la década de 1930, los reclutadores de Dalstrói recorrían el país haciendo campaña y ofreciendo privilegios especiales a todo el que firmara un contrato de trabajo de dos años. Entre ellos figuraba un salario un 20% más alto que el salario medio soviético durante los dos primeros años (y un 10% más alto en los siguientes), así como vacaciones remuneradas, acceso a productos alimenticios y suministros especiales, y una generosa pensión.[33]

Los campos del extremo norte eran descritos con gran alharaca y entusiasmo por la prensa soviética. En todo caso, tales esfuerzos no lograron atraer a los especialistas del nivel necesario, haciendo que el Gulag tuviera que confiar en los prisioneros que se encontraran allí por accidente. Había proyectos enteros del Gulag que empleaban miles de personas y enormes recursos, que fueron mal concebidos y resultaron ser un derroche. De estos, quizá el más famoso fue el intento de construir un ramal de ferrocarril de la región de Vorkutá hasta la desembocadura del río Ob en el mar Ártico. La decisión de comenzar la construcción fue tomada por el gobierno soviético en abril de 1947. Un mes después comenzaron simultáneamente la exploración, la prospección y la construcción. Los prisioneros también comenzaron a construir un nuevo puerto marítimo en el cabo de Kamenny, donde el río Ob desemboca en el mar. A fin de año, el equipo de prospección había establecido que el cabo de Kamenny era una

ubicación inadecuada para el puerto: no había suficiente profundidad para las embarcaciones grandes y el terreno era demasiado inestable para la industria pesada. En enero de 1949, Stalin convocó una reunión a medianoche en que la cúpula soviética decidió cambiar el emplazamiento, y también el ferrocarril: el ramal ahora enlazaría el Ob, no con la región de Vorkutá al este, sino con el río Yenisei en el este. Se construyeron dos nuevos campos: el campo de construcción n.º 501 y el n.º 503. Cada uno comenzó a tender la vía del ferrocarril a la vez. La idea era encontrarse en el medio. La distancia entre ellos era de 1300 kilómetros.

La obra prosiguió. En el momento de máxima actividad había, según un testimonio, 80 000 personas trabajando en el ferrocarril, y según otro, 120 000. El proyecto empezó a ser llamado «la ruta de la muerte». La construcción resultó casi imposible en la tundra ártica. Como el permafrost del invierno se convertía en barro en el verano, tenían que vigilar constantemente que las vías no se doblaran o se hundieran. Aun así, los vagones con frecuencia descarrilaban. Debido a los problemas de suministro, los prisioneros comenzaron a utilizar madera en lugar de acero en la construcción de la vía férrea, una decisión que aseguró el fracaso del proyecto. Cuando Stalin murió, en 1953, se habían tendido 500 kilómetros en un extremo del ferrocarril, y 200 kilómetros en el otro extremo. El puerto solo existía sobre el papel. Pocas semanas antes del funeral de Stalin, todo el proyecto, que había costado 40 000 millones de rublos y diez mil vidas, fue abandonado para siempre.[34]

En menor escala, estos sucesos se repetían a diario en el Gulag. Sin embargo, pese al clima, la inexperiencia y la mala gestión, la presión sobre los jefes de campo nunca se relajó, ni disminuyó la presión sobre los prisioneros. Los jefes estaban sometidos a interminables inspecciones y programas de verificación, y constantemente se les exhortaba a mejorar. Aunque fueran ficticios, los resultados importaban. Aunque pareciera ridículo a los prisioneros, que sabían que el trabajo se hacía muy mal, era realmente un juego muy serio. Muchos de ellos no lo sobrevivirían.

KVCH: EL DEPARTAMENTO CULTURAL-EDUCATIVO

Si no estuviera claramente indicado como perteneciente al archivo del NKVD, se

podría excusar al observador distraído por pensar que las fotografías de Bogoslovlag, que aparecen en un álbum cuidadosamente preservado, fechadas en 1945, no pertenecen a un campo en absoluto. Las fotografías muestran jardines cuidados, con flores, arbustos y una glorieta donde los prisioneros podían sentarse y descansar. La entrada del campo está señalada por una estrella roja y el lema: «¡Toda nuestra fuerza al servicio del poder futuro de la madre patria!». Las fotografías de los prisioneros que decoran otro álbum, archivado junto a este, son igualmente difíciles de conciliar con la imagen popular del recluso del Gulag. Hay un hombre alegre con una calabaza, bueyes arando, un jefe de campo sonriente recogiendo una manzana. Junto a las fotos hay gráficos. Uno muestra el plan de producción del campo, el otro el cumplimiento del plan. [35]

Todos estos álbumes pulcramente organizados, pegados y etiquetados fueron creados por una institución: el Kulturno-Vosptatelnaya Chast, el Departamento Cultural-Educativo del Gulag, o KVCh, como era habitualmente llamado por los prisioneros. El KVCh, o su equivalente, había existido desde el comienzo del Gulag. En la mayoría de los casos, el objetivo de la propaganda era conseguir cifras más altas de producción. Este fue el objetivo incluso durante la construcción del canal del mar Blanco, cuando, como hemos visto, la propaganda sobre la «reeducación» estaba en su apogeo y probablemente era más sincera. En ese momento, el culto nacional al «trabajador de choque» estaba en auge. Los artistas del campo pintaban retratos de los mejores trabajadores del canal, y los actores y los músicos organizaban espectáculos especiales para ellos. Los «trabajadores de choque» eran invitados a grandes asambleas, en las que se cantaban canciones y se leían discursos. Una de esas asambleas, realizada el 21 de abril de 1933, fue seguida por dos días de trabajo frenético: durante cuarenta y ocho horas, ninguno de los 30 000 «trabajadores de choque» dejó su puesto de trabajo para nada.[36]

Esta suerte de actividad fue abandonada bruscamente a finales de los años treinta, cuando los prisioneros se convirtieron en enemigos y ya no podían ser «trabajadores de choque» al mismo tiempo; sin embargo, cuando Beria asumió el control de los campos en 1939, la propaganda se reanudó lentamente. Aunque nunca más habría un canal del mar Blanco (un proyecto del Gulag cuyo éxito fue proclamado al mundo entero), el lenguaje de la reeducación retornó a los

campos. En los años cuarenta, en teoría cada campo debía tener al menos un instructor del KVCh, así como una pequeña biblioteca y un «club» del KVCh, donde se presentaran funciones teatrales y conciertos, se pronunciaran conferencias políticas y se realizaran debates políticos. Thomas Sgovio rememoraba uno de estos clubes: «La sala principal, donde se sentaban alrededor de treinta personas, tenía paredes de madera pintadas llamativamente. Había unas cuantas mesas, supuestamente para leer. Sin embargo, no había libros, ni periódicos ni revistas. ¿Cómo podía ser? Los periódicos valían su peso en oro, los usábamos para fumar».[37]

Parece como si los instructores cultural-educativos dentro de los campos intentaran difundir el valor del trabajo entre los prisioneros de la misma forma que los militantes del Partido Comunista trataban de hacerlo en el exterior, fuera de los muros de la prisión. En los campos más grandes, la KVCh publicó periódicos. Algunos eran periódicos completos, con artículos largos y reportajes sobre los éxitos del campo, así como comentarios de «autocrítica» (comentarios sobre lo que estaba yendo mal dentro del campo), algo característico de toda la prensa soviética. Excepto durante un breve período a comienzos de los años treinta, estos periódicos estaban destinados principalmente a los trabajadores libres y a la dirección del campo.[38]

Para los prisioneros había «periódicos murales», no destinados a la distribución (había escasez de papel, después de todo), sino a ser exhibidos en pizarrones especiales para noticias. Un prisionero describía el periódico mural como «una característica del modo de vida soviético, nadie los leía, pero aparecían con regularidad». Aunque les parecieran ridículos a muchos, la dirección central del Gulag en Moscú los tomaba muy en serio. Una directriz ordenaba que debían «dar cuenta de los mejores ejemplos de trabajo, hacer propaganda de los “trabajadores de choque”, condenar a los haraganes». No se permitían fotos de Stalin: después de todo, todavía eran delincuentes, no «camaradas», y todavía estaban marginados de la vida soviética, se les prohibía incluso mirar al jefe.

Además de colgar periódicos, la KVCh también exhibía películas. Gustav Herling vio un musical de Estados Unidos, «lleno de mujeres con corpiños ajustados, hombres con chaquetas apretadas y corbatas de fantasía», así como una película de propaganda que terminaba con «el triunfo de la rectitud»: «Los

torpes estudiantes llegaron primero en la emulación socialista del trabajo y con ojos relampagueantes dieron un discurso glorificando al Estado donde el trabajo manual había sido elevado al puesto de honor más elevado».[39]

La KVCh también patrocinaba partidos de fútbol, torneos de ajedrez, conciertos y actuaciones, llamados solemnemente «actividades creativas autodidactas». Un documento de archivo enumera el siguiente repertorio de un conjunto de música y danza del NKVD, que estaba de gira por los campos:

1. Balada de Stalin.
2. Meditación cosaca sobre Stalin.
3. La canción de Beria.
4. La canción de la madre patria.
5. La lucha por la patria.
6. Todo por la patria.
7. La canción de los guerreros del NKVD.
8. La canción de los chequistas.
9. La canción del lejano puesto en la frontera.
10. La marcha de los guardias fronterizos.[40]

El repertorio teatral incluye algunas obras de Chéjov. Sin embargo, el grueso de las actividades artísticas se orientaba, al menos en teoría, a la instrucción de los prisioneros, no a su esparcimiento. Como se dice en una orden de Moscú de 1940: «Cada actuación debe educar a los prisioneros, proporcionándoles una mayor conciencia del trabajo».[41] Como veremos, los prisioneros utilizaron estas actuaciones como una ayuda para la supervivencia.

Pero la «actividad creativa autodidacta» no era la única preocupación del departamento, ni la única forma de aliviar la carga de trabajo. La KVCh también era responsable de recoger las sugerencias para mejorar o «racionalizar» el trabajo de los prisioneros, una tarea que asumió con siniestra seriedad. En el informe semestral a Moscú, en un campo en Nizhne-Amursk se aseguraba, sin ironía, que había logrado 302 racionalizaciones, de las cuales 157 habían sido puestas en práctica, ahorrando con ello 812 332 rublos.[42]

Isaak Filshtinski también advierte, con gran ironía, que algunos prisioneros adquirieron la habilidad de darle la vuelta a esta política en provecho propio. Uno, un antiguo chófer, aseguró que sabía cómo construir un mecanismo que permitiría que los carros funcionaran con oxígeno. Entusiasmados con la perspectiva de una «racionalización» verdaderamente importante, los jefes del

campo le brindaron un laboratorio para que trabajara en la idea: «No puedo decir si le creían o no. Simplemente acataban las instrucciones del Gulag. En cada campo debía haber personas trabajando como racionalizadores e inventores … y quién sabe, puede ser que Vdovin encontrara algo, y entonces ¡todos recibirían el premio Stalin!».[43]

Como en el mundo exterior, en los campos también continuaron celebrándose «competiciones socialistas», concursos de trabajo en que los prisioneros rivalizaban entre sí para elevar la producción. También rendían honores a los «trabajadores de choque», por su presunta capacidad para triplicar o cuadruplicar la cuota de rendimiento fijada. En el capítulo 4 he descrito la primera de estas campañas, que comenzaron en los años treinta, pero continuaron (con menos entusiasmo y de forma mucho más absurdamente hiperbólica) en los años cuarenta. Los prisioneros que participaban podían recibir muchos tipos de premios. Unos obtenían raciones más grandes o mejores condiciones de vida. Otros recibían premios menos tangibles. En 1942, por ejemplo, un premio por un buen rendimiento podía incluir un *knizhka otlichnika*, un libreta otorgada a aquellos que lograban el grado de trabajadores «excelentes». Contenía un pequeño calendario con espacio para anotar los porcentajes de la cuota cumplidos diariamente; otro espacio en blanco para hacer sugerencias de «racionalización»; una relación de los derechos del poseedor de la libreta (recibir el mejor lugar en los barracones, obtener el mejor uniforme; derecho ilimitado a recibir paquetes, etc.) y una cita de Stalin: «La persona laboriosa se siente ciudadano libre de su país, un activista social. Y si trabaja duro, y da a la sociedad lo que puede dar, es un héroe del trabajo».[44]

Los instructores del KVCh también eran responsables en última instancia de convencer a los «haraganes» de que debían trabajar por su propio bien, no sentarse en las celdas de castigo ni intentar arreglarse con las raciones pequeñas. Desde luego, no todos tomaban las lecciones en serio: había muchas otras formas de persuadir a los prisioneros de que trabajaran. Pero muchos lo hicieron con gran satisfacción de los directores del Gulag en Moscú, quienes, en efecto, asumían esta función con seriedad y mantenían reuniones periódicas con los instructores de la KVCh con el fin de debatir cuestiones tales como «¿cuáles son los motivos esenciales de aquellos que se niegan a trabajar?» y «¿cuáles son los resultados prácticos de eliminar el día libre de los prisioneros?».

En una de estas reuniones, celebrada durante la Segunda Guerra Mundial, los organizadores compararon sus notas. Uno reconocía que algunos «haraganes» no podían trabajar porque estaban demasiado débiles para subsistir con la ración de comida que se les daba. Sin embargo, sostenía, incluso las personas hambrientas pueden ser motivadas: le había dicho a un «haragán» que su conducta era «como un cuchillo en el cuello de su hermano, que estaba en el frente». Esto fue suficiente para persuadir al hombre de engañar el hambre y trabajar más duro. Otro dijo que, en su campo, a las mejores brigadas se les permitía decorar sus barracones, y que se animaba a los mejores trabajadores a plantar flores en sus parcelas individuales. En las minutas de esta reunión preservadas en los archivos alguien ha anotado junto a este comentario: «¡Jorosho!» («¡Excelente!»).[45]

El intercambio de experiencias era considerado tan importante que en el momento álgido de la guerra, la división cultural-educativa del Gulag en Moscú se tomó el trabajo de publicar un opúsculo sobre el tema. El título, con evidentes resonancias religiosas, era *Regreso a la vida*. El autor, un tal camarada Loginov, describía una serie de relaciones que tenía con los prisioneros «haraganes». Utilizando ingeniosas tácticas psicológicas los había convertido uno a uno a la creencia en el valor del trabajo duro.

Las historias eran bastante previsibles. En una de ellas, por ejemplo, Loginov explica a Ekaterina S., la educada esposa de un hombre condenado a muerte por «espionaje» en 1937, que su vida destrozada puede volver a tener sentido en el seno del Partido Comunista. A otro prisionero, Samuel Goldshtein, Loginov le refiere las «teorías raciales» de Hitler y le explica lo que «el nuevo orden de Hitler» en Europa significaría para él. Tan inspirado se siente Goldshtein por esta sorprendente apelación a su condición de judío (en la URSS), que quiere marchar de inmediato al frente. Loginov le dice «hoy tu arma es el trabajo» y lo persuade de trabajar más intensamente en el campo.[46]

Es evidente que el camarada Loginov estaba orgulloso de su tarea, y se aplicó a ella con gran energía. Su entusiasmo era verdadero. Los premios que recibió por ello también: V. G. Nasedkin, entonces director del sistema del Gulag, estaba tan satisfecho con sus esfuerzos que ordenó que el opúsculo fuera enviado a todos los campos, y premió a Loginov con un bono de 1000 rublos.

Si Loginov y sus haraganes creían realmente en lo que estaban haciendo no está tan claro. No sabemos, por ejemplo, si Loginov comprendió en algún

momento que muchas de las personas a las que «retornaba a la vida» eran inocentes de todo crimen. Ni tampoco sabemos si personas como Ekaterina S. (si existió) realmente se reconvirtieron a los valores soviéticos, o si se dio cuenta súbitamente de que aparentando que se convertía podía obtener mejor alimento, mejor trato y un trabajo más fácil. Las dos posibilidades no se excluyen mutuamente. Para las personas traumatizadas y desconcertadas por la rápida transición de ciudadanos útiles a despreciables prisioneros, la experiencia de «ver la luz» e integrarse en la sociedad soviética pudo haberlas ayudado a recobrarse psicológicamente, así como proporcionarles mejores condiciones para conservarse con vida.

De hecho, la pregunta «¿creían en lo que estaban haciendo?» forma parte de una cuestión más amplia que apunta al núcleo del carácter de la Unión Soviética: ¿creían sus dirigentes en lo que estaban haciendo? La relación entre la propaganda soviética y la realidad soviética fue siempre extraña: la fábrica apenas funcionaba, no había nada que comprar en las tiendas, las ancianas no podían permitirse calentar sus apartamentos, pero en las calles había banderolas que proclamaban «el triunfo del socialismo» y los «heroicos logros de la patria soviética». Estas paradojas no eran distintas en los campos.

Sin embargo, la extrañeza era mayor en los campos. Si en el mundo libre, el enorme desfase entre la propaganda soviética y la realidad soviética impresionaban a muchos por su incoherencia, en los campos, la irracionalidad parecía alcanzar nuevas cotas. En el Gulag, donde los prisioneros eran llamados constantemente «enemigos», se les prohibía explícitamente utilizar el término «camarada» entre ellos y contemplar el retrato de Stalin, y se esperaba que trabajaran para la grandeza de la patria socialista como si fueran libres y que participaran en la «actividad creativa autodidacta» como si fueran impulsados por amor al arte. El absurdo era evidente para todos. En cierto momento de su vida en prisión, Anna Andreieva se convirtió en una «artista» del campo, lo que quería decir que en realidad se ocupaba de pintar consignas. Este oficio, muy fácil para los estándares del campo, de seguro que la mantuvo con salud y posiblemente con vida. Sin embargo, al entrevistarla años después, afirmaba que no era capaz de recordar las consignas. Suponía que «los jefes las formulaban. Algo así como "Demos toda nuestra fuerza para trabajar", algo por el estilo… Los escribía muy rápido, y muy bien técnicamente, pero he olvidado por

completo lo que escribía. Fue una especie de mecanismo de defensa».[47]

Leonid Trus, un prisionero de comienzos de los cincuenta, también se sorprendió por la irrelevancia de las consignas que cubrían los edificios del campo, y que eran repetidas por los altavoces:

> Había un sistema de radio del campo, que transmitía regularmente información sobre nuestros éxitos laborales, y reprendía a aquellos que no trabajaban bien. Estas transmisiones eran muy burdas, pero me recordaban las que había escuchado cuando era libre. Llegué a estar convencido de que no eran diferentes, excepto que en libertad las personas eran más lúcidas, sabían cómo describirlo todo de un modo más elegante.[48]

Los extranjeros que no estaban acostumbrados a la presencia de consignas y banderolas consideraban el trabajo de los «reeducadores» aún más extraño. Viktor Ekart, un polaco, describía una ejemplar sesión de adoctrinamiento:

> El método empleado era el siguiente. Un hombre de la KVCh, un agitador profesional con la mentalidad de un niño de seis años, hablaba a los prisioneros sobre la nobleza de poner todo su esfuerzo en el trabajo. Les decía que las personas nobles eran patriotas; que todos los patriotas amaban la Unión Soviética, el mejor país del mundo para el trabajador; que los ciudadanos soviéticos se sentían orgullosos de pertenecer a un país así, etc. durante dos horas; todo esto a un público cuya misma piel era testimonio de la incoherencia e hipocresía de esas afirmaciones. Pero el conferenciante no se inmutaba ante la tibia recepción y seguía hablando. Finalmente prometía a todos los trabajadores «de choque» mejor salario, raciones más grandes y mejores condiciones. El efecto en aquellos que sufrían la disciplina del hambre puede imaginarse.[49]

Gustav Herling, también polaco, definía las actividades culturales del campo como «un recuerdo testimonial de las regulaciones formuladas en Moscú en los días en que los campos eran destinados realmente a ser instituciones correccionales y educativas. Gogol habría apreciado esta ciega obediencia a la ficción oficial pese a la práctica general del campo; era como la educación de “almas muertas”».[50]

Estas opiniones no eran raras: las encontramos en muchas memorias, la mayoría de las cuales o no mencionan el KVCh o se burlan de él. Debido a ello es difícil, al escribir sobre la función de la propaganda en los campos, saber cómo evaluar su importancia para la dirección central. Por una parte, puede sostenerse fundadamente (y muchos lo hacen) que la propaganda, al igual que toda la propaganda soviética, era una pura farsa, que nadie la creía, que fue elaborada por la dirección del campo para engañar a los prisioneros de un modo

bastante ingenuo y transparente. Por otra parte, si la propaganda, los carteles y las sesiones de adoctrinamiento eran una farsa total, y nadie los creía, entonces ¿por qué se invirtió tanto tiempo y dinero en ella? Solo en los archivos de la dirección del Gulag, hay cientos de documentos que prueban el trabajo intensivo del departamento cultural-educativo.

Los instructores culturales del campo elaboraban informes semestrales o trimestrales de su trabajo, relacionando sus logros a menudo en detalle. El instructor del KVCh de Vorsturallag (que entonces era un campo con 13 000 prisioneros) envió un informe de ese tipo en 1943, con 21 páginas, que comenzaba admitiendo que en el primer semestre de ese año el plan industrial del campo no se había «cumplido». En el segundo semestre, sin embargo, se habían hecho avances. El departamento cultural-educativo había contribuido a «movilizar a los prisioneros para cumplir y superar las tareas de producción establecidas por el camarada Stalin», a «devolver la salud a los prisioneros y a prepararse para el invierno» y a «eliminar insuficiencias en el trabajo cultural-educativo».[51] A continuación el jefe del KVCh del campo relacionaba los métodos empleados. Señalaba con énfasis que en el segundo semestre de ese año, se habían dado 762 discursos, a los que habían asistido 70 000 prisioneros (probablemente muchos asistieron varias veces). Al mismo tiempo, la KVCh realizó 444 sesiones de información política, a las que asistieron 82 400 prisioneros; imprimieron 5046 «periódicos murales» que leyeron 350 000 personas; organizó 232 conciertos y representaciones, exhibió 69 películas y formó 38 grupos teatrales. Uno de estos últimos escribió una canción citada con orgullo en el informe:

> Nuestra brigada es fraternal.
> Nos llama el deber.
> Nos espera la construcción.
> El frente necesita nuestro trabajo.[52]

Se puede intentar ofrecer una explicación de este enorme esfuerzo. Quizá el departamento cultural-educativo funcionaba, dentro de la burocracia del Gulag, como una perfecta cabeza de turco: si el plan no se estaba cumpliendo, no era debido a la mala organización o a la desnutrición, ni a las políticas de trabajo absurdas y crueles, ni a la falta de botas forradas, sino a la propaganda. Quizá la

rígida burocracia del sistema estaba equivocada: una vez que la dirección había decretado que debía haber propaganda, todos trataron de cumplir la orden sin cuestionar su absurdidad. Quizá la dirección en Moscú estaba tan desvinculada de los campos que quería creer que 444 sesiones de información política y 762 discursos políticos harían trabajar más intensamente a hombres muertos de hambre, aunque dados los datos también accesibles a ellos en los informes de inspección de los campos, esto parecía improbable.

O quizá no hay una buena explicación. Vladimir Bukovski, el disidente soviético después prisionero, se encogió de hombros cuando se lo planteé. Esta paradoja, dijo, era lo que hacía único al Gulag: «En nuestros campos, se esperaba no solo que uno fuera un esclavo sino que cantara y sonriera mientras trabajaba. Ellos no solo querían oprimirnos: deseaban que se lo agradeciéramos».[53]

12

Premios y castigos

Al que no ha estado allí le llegará su turno. El que ha estado allí no lo olvidará.

Proverbio soviético sobre la prisión[1]

SHIZO: LAS CELDAS DE CASTIGO

Muy pocos de los campos de concentración soviéticos han sobrevivido intactos hasta el presente, ni siquiera en ruinas. Sin embargo, es un hecho curioso que todavía sigan en pie ciertas *shtrafnoi izolateri* («celdas de castigo») o SHIZO (utilizando las inevitables siglas). Nada queda del *lagpunkt* n.º 7 Ujtpechlag, excepto el pabellón de castigo, que es ahora el taller de reparaciones de un mecánico de coches armenio. Ha dejado las ventanas con las rejas intactas, en espera, dice, de que «Solzhenitsin compre el edificio». Tampoco queda nada del *lagpunkt* agrícola de Aizherom, Lokchimlag, excepto una vez más el pabellón de castigo, ahora convertido en una vivienda habitada por varias familias. Una de las ancianas que vive allí elogia la solidez de una de las puertas. Todavía tiene un gran «agujero de Judas» en el centro, la mirilla por la que los guardias observaban a los prisioneros y les lanzaban la ración de pan.

La longevidad de los pabellones de castigo prueba la solidez de su construcción. Con frecuencia era la única edificación de ladrillo en un campo hecho de madera. El pabellón de castigo era la *zona* dentro de la *zona*. Entre sus muros regía el *rezhim* dentro del *rezhim*.

Hacia 1940, las autoridades de Moscú habían dado instrucciones minuciosas, describiendo tanto la construcción de los pabellones de castigo como las normas

que se debían aplicar a los condenados a vivir en ellos. Cada *lagpunkt* (o conjunto de *lagpunkts*, en el caso de los campos más pequeños) tenía un pabellón de castigo, normalmente al lado de la *zona*; si se encontraba dentro de la *zona*, estaba «rodeado por una valla insalvable» a cierta distancia de los otros edificios del campo. Según un prisionero, este rigor no habría sido necesario, puesto que muchos prisioneros trataban de evitar la celda de castigo del *lagpunkt* «rodeándolo a cierta distancia, sin siquiera mirar en dirección a esas paredes de piedra grisácea, horadada por orificios que parecían exhalar un vacío frío y oscuro».[2]

Cada complejo de campos debía tener también un bloque central de castigo cerca de su sede, fuera en Magadán, Vorkutá o Norilsk. El edificio central era con frecuencia una prisión muy grande que estaba reservada para los «elementos especialmente perniciosos». Los prisioneros mantenidos en incomunicación no debían ser llevados a trabajar. Además, se les prohibía todo tipo de ejercicio, el tabaco, el papel y las cerillas, además de las restricciones «ordinarias» que se aplicaban a aquellos que estaban en las celdas colectivas: no había cartas, ni paquetes, ni visitas de familiares.[3]

Aparentemente, la existencia de celdas de castigo parece contradecir los principios económicos generales sobre los que se fundaba el Gulag. Mantener edificios especiales y centinelas adicionales era costoso y mantener prisioneros sin trabajar era un desperdicio. Sin embargo, desde el punto de vista de los mandos del campo, las celdas no eran una forma de tortura suplementaria, sino más bien parte integral del enorme esfuerzo de hacer que los prisioneros trabajaran más. Junto con las cantidades reducidas de alimento, el régimen de castigo estaba concebido para amedrentar a los *otkazchiki*, aquellos que rehusaban trabajar, así como para castigar a aquellos que habían sido sorprendidos cometiendo un delito en el campo, quizá un asesinato o un intento de fuga.

Como estas dos infracciones tendían a ser cometidas por diferentes categorías de prisioneros, las celdas de castigo tenían en algunos campos una atmósfera peculiar. Por una parte, estaban plenos de ladrones profesionales, quienes muy probablemente eran asesinos o fugitivos. Con el tiempo, no obstante, otra categoría de prisionero comenzó a poblar las celdas de castigo: los religiosos, así como las «monashki» («monjas»), que también rehusaban por

principio trabajar para el Satán soviético. Aino Kuusinen, por ejemplo, estaba en un *lagpunkt* de Potma cuyo jefe construyó unos barracones de castigo especiales para unas mujeres muy religiosas que «rehusaban trabajar en los campos y pasaban el día rezando en voz alta y cantando himnos». Las mujeres no eran alimentadas con los demás prisioneros, sino que recibían raciones de castigo en sus propios barracones. Diariamente las escoltaban a las letrinas centinelas armados: «De vez en cuando el jefe visitaba sus barracones con un látigo, y la choza resonaba con los alaridos de dolor: las mujeres eran desnudadas generalmente antes de ser golpeadas, pero ninguna crueldad podía disuadirlas de sus hábitos de rezar y ayunar».[4]

Otros «renegados» crónicos se hallaron también camino de las celdas de castigo. En efecto, la misma existencia de estas celdas planteaba a los prisioneros una alternativa. Podían trabajar o sentarse unos cuantos días en la celda obteniendo raciones pequeñas, sufriendo el frío y la incomodidad, pero sin extenuarse en los bosques. Lev Razgon cuenta la historia del conde Tiszkiewicz, un aristócrata polaco que, al hallarse en un campo de explotación forestal siberiano, concluyó que no podría sobrevivir con las raciones que se le suministraban y simplemente se negó a trabajar. Calculó que de ese modo mantendría sus fuerzas, aunque solo recibiera la ración de castigo.

> Cada mañana antes de que los prisioneros marcharan al campo a trabajar y la columna de *zeks* formara en el patio, dos celadores sacaban a Tiszkiewicz de la celda de castigo. Con una barba de varios días y la cabeza rapada, vestido con los restos de un viejo abrigo y las piernas envueltas en peales. El agente de seguridad del campo comenzaba su ejercicio educativo diario: «Bien, tú, j…o conde, estúpido j…o, ¿vas a trabajar o no?».
>
> —No, señor, no puedo trabajar —respondía el conde con una voz firme.
> —Ah, así que no puedes, cretino. —El agente le explicaba públicamente al conde lo que pensaba de él y de sus amigos íntimos y lejanos, y lo que haría con él muy pronto. Este espectáculo diario era una fuente de amplia satisfacción para los demás reclusos del campo.[5]

Pero aunque Razgon cuenta la historia con humor, había grandes riesgos en semejante estrategia, pues el régimen de castigo no estaba concebido para ser agradable.

Para la mayoría de los prisioneros, lo más desagradable del régimen de castigo no era la dureza física (el pabellón aislado, la comida deficiente), sino los tormentos adicionales debidos al capricho de la dirección local del campo.

Janusz Bardach fue destinado a una celda de castigo con el suelo cubierto de agua y las paredes húmedas y mohosas:

> Con el calzoncillo y la camiseta ya húmedas, temblaba y tenía los hombros contraídos y rígidos. La madera empapada estaba pudriéndose, sobre todo los bordes del banco … el banco era tan estrecho que no podía tenderme de espaldas, y cuando me ponía de costado, mis piernas colgaban. Era difícil decidir de qué lado tumbarme, por un lado la cara tropezaba con la pared mohosa; por el otro, la espalda se me humedecía.[6]

La humedad y el frío eran habituales. Aunque las normas establecían que la temperatura en las celdas de castigo no debía bajar de 16 ºC, con frecuencia se descuidaba la calefacción. Gustav Herling recordaba que en su pabellón de castigo, «las ventanas en las pequeñas celdas no tienen vidrios ni siquiera una tabla para cubrirlas, de modo que la temperatura nunca es superior a la del exterior».[7]

Los jefes del campo también podían decidir si permitían a un prisionero llevar ropa en la celda (muchos eran encerrados en paños menores), y si sería enviado a trabajar o no. Si no trabajaba, sería mantenido todo el día en el frío sin hacer ejercicio. Si trabajaba, estaría muy hambriento. Debido a estos frecuentes e inesperados giros del régimen de castigo, a los prisioneros les aterraba ser enviados a esas celdas. «Los prisioneros lloraban como niños y prometían comportarse bien solo para que los sacaran de allí», escribió Herling.[8]

Dentro de los complejos más grandes había diferentes tipos de torturas: no solo celdas de castigo, sino también barracones de castigo e incluso *lagpunkts* enteros de castigo. A finales de los años treinta, el *lagpunkt* de castigo de Dalstrói se convirtió en uno de los más famosos del Gulag: Serpantinnaya (o Serpantinka), ubicado en las colinas muy lejos, al norte de Magadán. Cuidadosamente situado para recibir muy poca luz solar, más frío y más oscuro que el resto de los campos del valle (que ya lo eran durante buena parte del año), el campo de castigo de Dalstrói estaba mucho más fortificado que los demás *lagpunkts*, y también sirvió como lugar de ejecución en 1937-1938. Su solo nombre solía aterrorizar a los prisioneros, que equiparaban una condena en Serpantinka a la pena de muerte.[9] En realidad, se sabe poco de Serpantinka, en gran parte porque muy poca gente salió de allí viva para contarlo. Aún menos se sabe de los *lagpunkts* de castigo establecidos en otros campos, como por

ejemplo, Iskitim, el *lagpunkt* de castigo del complejo Siblag, que fue construido en torno a una cantera. Los prisioneros trabajaban allí sin maquinaria ni equipo, sacando piedra caliza con las manos. Tarde o temprano, el polvo los mataba, aquejados de enfermedades pulmonares u otras dolencias respiratorias.[10] La mayoría de los prisioneros y muertos de Iskitim han quedado en el anonimato.[11]

Sin embargo, no han sido totalmente olvidados. El sufrimiento de los prisioneros que trabajaban allí ha actuado tan poderosamente sobre el imaginario de la población local de Iskitim que, muchas décadas después, la aparición de un manantial fue considerada un milagro. Como el barranco que está bajo el manantial era el lugar donde se ejecutó en masa a prisioneros, creen que el agua es la expresión de que Dios los recuerda.

POCHTOVYI YASHCHIK: EL BUZÓN DE CORREOS

El SHIZO era el castigo máximo del sistema penitenciario. Pero el Gulag también podía ofrecer premios a sus reclusos: zanahoria así como palo. Junto con la comida, las posibilidades de dormir y el lugar de trabajo, el campo controlaba el contacto del prisionero con el mundo exterior.

Por lo general, los contactos con el exterior se fueron reduciendo con el tiempo. Las instrucciones que definieron el régimen de prisión en 1930, por ejemplo, dicen simplemente que los prisioneros pueden escribir y recibir un número ilimitado de cartas y paquetes. Las visitas de parientes están permitidas sin restricciones especiales, aunque su número (no especificado en las instrucciones) dependería de la buena conducta de los prisioneros.[12]

En 1939, sin embargo, las instrucciones eran mucho más detalladas. Decían específicamente que a aquellos prisioneros que cumplían con la cuota de producción fijada se les permitiría ver a sus parientes, pero solo una vez cada seis meses. Aquellos que superaban la cuota podían tener una visita al mes. Se limitó aún más el número de paquetes: los prisioneros solo podían recibir uno al mes, y los reos convictos de delitos contrarrevolucionarios solo podían recibir un paquete cada tres meses.[13]

En efecto, hacia 1939, el conjunto de normas que regulaban el envío y la recepción de cartas había aumentado. Los censores del campo prohibieron

explícitamente a los prisioneros escribir sobre ciertos temas: no podían mencionar el número de prisioneros que había en el campo, hablar de los detalles del régimen del campo, mencionar el nombre de los guardias, ni revelar el tipo de trabajo que realizaban. Las cartas que incluían esos detalles no solo eran confiscadas, también eran cuidadosamente registradas en el expediente del prisionero, presumiblemente porque eran una prueba de «espionaje».[14]

Todos estos reglamentos cambiaban continuamente, enmendados y adaptados a las circunstancias. Durante los años de la guerra, por ejemplo, se suspendieron las limitaciones relativas al número de paquetes de alimentos: los mandos del campo quizá esperaban que los familiares ayudaran a alimentar a los prisioneros, una tarea que el NKVD consideraba muy difícil en ese momento.

Debido a que las regulaciones eran tan variadas y complicadas, y debido a que cambiaban con gran frecuencia, los contactos con el mundo exterior quedaban en realidad (una vez más) a merced del capricho de los jefes del campo. Las cartas y paquetes nunca llegaban a los prisioneros en las celdas, barracones o *lagpunkts* de castigo. Tampoco llegaban a los prisioneros que caían en desgracia ante los mandos del campo. Además, había campos muy remotos y, por tanto, no recibían ningún tipo de correo;[15] y otros eran tan desorganizados que nadie se molestaba en distribuir el correo. De uno de esos campos, un inspector del NKVD escribió con fastidio que «paquetes, cartas y giros no son distribuidos a los prisioneros, sino que se amontonan a millares en almacenes y en puestos de avanzada».[16] Si se perdieron o fueron robados, nadie puede decirlo. A su vez, prisioneros a quienes les estaba estrictamente prohibido recibir cartas a veces las recibían de todos modos, pese a los grandes esfuerzos de la dirección del campo.[17]

Por otra parte, algunos censores del campo no solo cumplieron con su deber y distribuyeron las cartas, incluso permitieron que algunas cartas pasaran sin ser abiertas. Dmitri Bistroletov recordaba a «una joven *komsomolka*», militante de la liga juvenil comunista, que entregaba a los prisioneros sus cartas sin abrir y sin censurar: «No solo arriesgaba un trozo de pan, sino la libertad: por eso, le impondrían una sentencia de diez años».[18]

Por supuesto, había otras formas de evitar la censura de las cartas y las restricciones. Anna Rozina recibió una vez una carta de su esposo que había sido horneada dentro de una tarta: cuando la recibió, él ya había sido ejecutado. El

general Gorbatov cuenta que envió una carta sin pasar censura a su esposa desde un tren de transporte, utilizando un método que también ha sido mencionado por muchos otros. Primero, compró el cabo de un lápiz a uno de los presos comunes:

> Le di al preso el tabaco, tomé el lápiz y mientras el tren partía escribí una carta en papel de fumar, numerando cada hoja. Después hice un sobre de la envoltura de *majorka* y la puse bajo pan húmedo. De ese modo mi carta no se la llevaría el viento a los bosques que estaban junto al ferrocarril. Le di peso con una corteza de pan que amarré con hilachas que saqué de mi toalla. Entre el sobre y la corteza puse un rublo y cuatro papeles de fumar cada uno con un mensaje: ¿podría por favor quien encontrara el sobre pegarle una estampilla y ponerlo en el correo? Me acerqué con sigilo a la ventana de nuestro vagón justo cuando pasábamos por una gran estación y dejé caer la carta… [19]

Poco tiempo después, su esposa la recibió.

Algunas limitaciones para escribir cartas no se mencionaban en las instrucciones. Estaba muy bien que se permitiera escribir, pero no siempre era fácil encontrar el material para hacerlo, tal como recuerda Bystroletov: «El papel en los campos era un artículo de gran valor, porque era indispensable para los prisioneros, pero imposible de conseguir: ¿qué significa la voz: ¡Día de correo!, ¡entreguen sus cartas! si no hay dónde escribir, si solo los afortunados pueden hacerlo y los demás yacen melancólicamente en sus camastros?»[20]

Un prisionero recordaba haber cambiado pan por dos páginas arrancadas del libro de Stalin *La cuestión del leninismo*. Escribió una carta a su familia entre las líneas.[21] Incluso los funcionarios del campo, en los *lagpunkts* más pequeños, tenían que imaginar soluciones ingeniosas. En Kedrovil Shor, un contable del campo utilizaba el antiguo papel pintado de las paredes para los documentos oficiales.[22]

Los reglamentos sobre los paquetes eran aún más complejos. Las instrucciones enviadas a cada uno de los jefes de campo estipulaban que los prisioneros abrieran todos los paquetes en presencia de un guardia, que podía confiscar cualquier objeto prohibido.[23] En efecto, la recepción de un paquete solía ir acompañada de todo un ceremonial. Primero, se anunciaba al prisionero su buena suerte. Después, los guardias lo escoltaban al almacén, donde los objetos personales del prisionero eran guardados bajo llave. A continuación abría el paquete, los guardias cortaban o examinaban cada producto (cada cebolla, cada salchicha para asegurarse de que no contuvieran mensajes secretos, armas

potenciales o dinero). Si todos los artículos pasaban la inspección, se permitía que el prisionero cogiera algo del paquete. El resto quedaría en el almacén, para una ulterior visita autorizada. Dmitri Bystroletov estaba en un *lagpunkt* que carecía de almacén, y tenía que aguzar el ingenio:

> Entonces trabajaba en la tundra, en la construcción de una fábrica, y vivía en los barracones de los trabajadores, donde era imposible dejar nada, y tampoco se podía llevar nada a la zona de trabajo: los soldados que vigilaban la entrada del campo confiscaban cualquier cosa que encontraban y se la comían, y todo lo que dejáramos lo robarían y lo comerían los *dnevalni* [los prisioneros asignados para limpiar y guardar los barracones]. Todo tenía que ser comido de una vez. Saqué un clavo de una litera del barracón, hice dos huecos en una lata de leche condensada, y debajo de la manta comencé a sorberla. Sin embargo, estaba tan exhausto que me dormí, y el precioso líquido se derramó inútilmente en el sucio colchón de paja.[24]

Puesto que no todo el mundo los recibía, se suscitaron complejas cuestiones morales en torno a los paquetes. ¿Debían ser compartidos o no? Algunos los compartían, bien por amabilidad, o bien por deseo de conciliación. Otros convidaban solo a un pequeño círculo de amigos. Y a veces, como recordaba un prisionero, «ocurría que uno comía galletas en la cama por la noche, pues era desagradable comer a la vista de todo el mundo».[25]

Durante los años más difíciles de la guerra, en los campos boreales más duros, los paquetes podían determinar la diferencia entre la vida y la muerte. En sus memorias, el actor Georgui Zhenov, asegura que fue literalmente salvado por dos paquetes. Su madre se los envió desde Leningrado en 1940, y los recibió tres años después, «en el momento más crítico, cuando, hambriento, perdida toda esperanza, moría poco a poco de escorbuto…».

En ese momento, Zhenov trabajaba en los baños del campo en un *lagpunkt* de Kolimá, porque estaba demasiado débil para trabajar en el bosque. Al oír que le habían llegado dos paquetes, primero no lo creyó. Después, convencido de que era cierto, pidió al jefe de los baños permiso para caminar los diez kilómetros hasta la sede administrativa central del campo donde estaba ubicado el almacén. Después de dos horas y media, regresaba: «Apenas si había caminado un kilómetro». Entonces, al ver a un grupo de jefes del campo en un trineo, «se me ocurrió una idea fantástica: ¿y si les pido que me lleven con ellos?». Dijeron que sí, y lo que ocurrió después fue «como un sueño». Zhenov subió al trineo, viajó los diez kilómetros, salió del trineo con gran dificultad,

ayudado por los jefes del NKVD, entró en el almacén, reclamó los paquetes de hacía tres años y los abrió:

> Todo lo que había en el paquete: azúcar, salchichas, manteca, caramelos, cebollas, ajos, galletas, dulces, cigarrillos, chocolate, junto con el papel de envolver en que cada cosa había sido empaquetada, y que me había seguido durante tres años de destino en destino, se había mezclado, como en una lavadora, tornándose finalmente en una masa dura con un dulce olor a podredumbre, moho, tabaco y el perfume de los dulces…
>
> Fui a la mesa, cogí un cuchillo y corté un trozo, y delante de todos, casi sin masticar, lo engullí a toda prisa sin distinguir el gusto ni el olor, temiendo en suma que alguien me interrumpiera o me lo quitara…[26]

DOM SVIDANII: EL LOCAL DE ENCUENTRO

Las cartas y los paquetes no suscitaban la emoción más profunda ni el mayor sufrimiento entre los prisioneros. Mucho más desgarradoras eran las visitas de familiares, por lo común la esposa o la madre. Solo los prisioneros que habían cumplido la cuota de trabajo y acatado con obediencia las normas del campo podían recibir esas visitas: en los documentos oficiales se mencionan como un premio por «el trabajo útil, concienzudo y eficiente».[27] Y la promesa de la visita de un familiar era en realidad una motivación muy poderosa para una buena conducta.

No todos los prisioneros estaban en posición de recibir visitas, por supuesto, pues sus familiares tenían que tener un espíritu valeroso para mantener contacto con el pariente «enemigo». El viaje a Kolimá, Vorkutá, Norilsk o Kazajstán, incluso como ciudadano libre, requería una gran fortaleza física. No solo tendría que sufrir el visitante un largo viaje en tren a una ciudad remota y primitiva, también tendría que caminar o hacer un trayecto en la caja de un camión traqueteante, hasta el *lagpunkt*. Después de eso, el visitante quizá tuviera que esperar varios días o más, rogando a los desdeñosos jefes del campo permiso para ver al pariente preso, permiso que muy bien podía ser denegado sin explicación. Después, debía emprender el largo viaje de regreso por la misma tediosa ruta.

Dejando de lado las penalidades físicas, la tensión psicológica de estas visitas podía ser terrible. Las mujeres que llegaban a ver a sus maridos, escribió

Herling, «sienten el infinito sufrimiento del prisionero, sin comprenderlo por completo, ni ser capaces de ayudar; los largos años de separación han destruido muchos de sus sentimientos hacia sus esposos … el campo, remoto y hermético para el visitante, impone su sombría amenaza sobre ellas. No son prisioneras, pero están emparentadas con estos enemigos del pueblo…».[28]

En las prisiones, y en ciertos campos también, tales visitas eran invariablemente breves, y por lo general tenían lugar en presencia de un guardia, una norma que creaba una enorme tensión. «Deseaba hablar, hablar mucho, contarle todo lo que había pasado ese año», recordaba un prisionero de la única visita que le concedieron a su madre. Y no solo era difícil encontrar las palabras; cuando «comenzabas a hablar, a describir algo, el atento guardia te interrumpía: “¡No está permitido!”».[29]

Aún más dramático es el relato de Bystroletov, a quien se le concedieron varias visitas de su esposa en 1941, y en todas estuvo presente un guardia. Ella había viajado desde Moscú para despedirse: desde su arresto, había contraído la tuberculosis y estaba a punto de morir. Al decirle adiós, ella se levantó y le rozó el cuello, un gesto que no estaba permitido, pues las visitas tenían prohibido el contacto físico con los prisioneros. El guardia le apartó con rudeza el brazo y ella se desplomó, expectorando sangre. Bistroletov escribe que «perdió la cabeza» y golpeó al guardia, quien comenzó a sangrar. Lo salvó del castigo la guerra, que estalló precisamente ese mismo día: en el caos subsiguiente, su agresión al guardia fue olvidada. Nunca más volvió a ver a su esposa.

Sin embargo, los guardias no siempre estaban presentes. En efecto, en los *lagpunkts* más amplios, en los campos más grandes, a veces se permitía a los prisioneros visitas de varios días, sin la presencia de los guardias. En la década de 1940, estas visitas tenían lugar usualmente en un sitio denominado «local de encuentro» —*Dom Svidanii*— una edificación construida con ese propósito en un extremo del campo. Herling describe una:

> La casa, vista desde la carretera que conducía al campo desde el pueblo, causaba una impresión agradable. Estaba edificada de toscos troncos de pino, los espacios rellenos de estopa, el tejado estaba hecho de buenas tejas … La puerta situada fuera de la zona, que solo podía ser utilizada por los visitantes libres, era accesible a través de unos cuantos sólidos escalones de madera; había cortinas de algodón, y largos maceteros con flores en el alféizar de las ventanas. Cada sala estaba amueblada con dos camas de buena factura, una gran mesa, dos bancos, una palangana y una jarra de agua, un guardarropa y una estufa de hierro; había incluso una pantalla para la bombilla eléctrica.

> ¿Qué más podía desear el prisionero, que vivía durante años en la litera común de un barracón sucio que esta modélica vivienda pequeñoburguesa? Nuestros sueños de una vida en libertad se basaban en esa habitación.[30]

Y no obstante, aquellos que habían esperado con ansia ese «sueño de libertad» se sentían mucho peor cuando el encuentro resultaba decepcionante, lo que ocurría con frecuencia. Los hombres que veían a sus mujeres por primera vez en años eran asediados por el deseo sexual, tal como Herling recuerda.

> Años de trabajo pesado y de hambre habían debilitado su virilidad, y ahora, ante la perspectiva de un encuentro íntimo con una mujer casi desconocida, sentían, además de la excitación nerviosa, una rabia y una desesperación inútiles. Varias veces escuché a algunos hombres pavoneándose de sus proezas después de una visita, pero generalmente esos asuntos eran motivo de vergüenza y todos los prisioneros callaban respetuosamente.[31]

Las mujeres que los visitaban tenían sus propios problemas de que hablar. Por lo general, habían sufrido mucho a causa del confinamiento de sus maridos. No podían encontrar trabajo, ni estudiar, y a menudo tenían que ocultar su matrimonio a los vecinos curiosos. Una visita así podía ser peor que no tener ninguna. Izrail Mazus, arrestado en la década de 1950, cuenta la historia de un prisionero que cometió el error de decirles a sus compañeros de prisión que su esposa había llegado. Mientras se sometía a las formalidades rutinarias establecidas para los prisioneros que recibían visitas (ir a los baños, al barbero, al almacén a recoger ropa adecuada), los demás prisioneros le hacían guiños y le daban palmadas sin cesar, haciéndole bromas sobre la cama en el local de encuentro.[32] Pero al final, ni siquiera se le permitió estar a solas con su mujer en la misma habitación.

Los contactos con el mundo exterior siempre se complicaban con los deseos, las expectativas, la anticipación. Herling también escribe que:

> Cualquiera que fuera la razón de la decepción —que la libertad vivida durante tres días no hubiera estado a la altura de la expectativa idealizada, o que hubiera sido muy corta, o que, al desvanecerse como un sueño interrumpido, dejaba un vacío nuevo en el que ya no había nada que esperar—, los prisioneros siempre se quedaban silenciosos e irritables después de las visitas, sin mencionar a aquellos para quienes la visita se había transformado en la triste formalidad de la separación y el divorcio. Krestynski … en dos ocasiones intentó colgarse después de la visita de su esposa, que le pidió el divorcio y su consentimiento para dejar a los hijos de ambos en un orfelinato municipal.

Herling, que era polaco, «nunca esperó una visita» en el local de encuentro, sin embargo apreció la importancia del lugar con más claridad que muchos escritores soviéticos: «Llegué a la conclusión de que si la esperanza puede ser el único significado que queda en la vida, entonces su realización puede a veces ser un tormento insoportable».[33]

13

Los guardias

A los chequistas

Ilich os ha hecho responsables
de una gran tarea.
El rostro del chequista muestra
preocupaciones que nadie puede comprender.

Hay valor en el rostro del chequista,
está listo para luchar, incluso hoy,
por la felicidad común y el bienestar,
se levanta por el pueblo trabajador.

…

¡Temblad, temblad, enemigos!
¡Pronto, muy pronto llegará vuestro fin!
¡Tú, chequista, siempre en guardia,
en la batalla dirigirás a la multitud!

Poema de MIJAÍL PANCHENKO, inspector del sistema penal soviético, conservado en el mismo expediente personal que relata su expulsión del partido y del NKVD[1]

Aunque pueda parecer extraño, no todas las normas del campo fueron escritas por los jefes del campo. Había también normas no escritas (sobre cómo alcanzar un rango más alto o privilegios, cómo vivir un poco mejor que los demás), al igual que había una jerarquía informal. Aquellos que dominaban las normas no escritas, y aprendían cómo ascender en la jerarquía, tenían menos dificultades para sobrevivir.

En la cúspide de la jerarquía del campo estaban los jefes, los supervisores, los celadores, los carceleros y los guardias. Deliberadamente escribo «en la

cúspide», y no «por encima» o «al margen» de la jerarquía del campo, porque en el Gulag los jefes y los guardias no eran una casta separada, aparte y distante de los prisioneros. A diferencia de los guardias de las SS en los campos de concentración alemanes, los soviéticos no eran considerados como inmutable y racialmente superiores a los prisioneros, cuya procedencia étnica a menudo compartían.

Los guardias y los prisioneros no vivían en esferas sociales completamente separadas. Algunos guardias y jefes tenían complejos negocios de mercado negro con los prisioneros. Muchos «cohabitaban» con los prisioneros, según el eufemismo usado en el Gulag para referirse a las relaciones sexuales.[2] Más específicamente: muchos habían sido prisioneros. A comienzos de los años treinta, se consideraba normal que los prisioneros con buena conducta se «graduaran» para el cargo de guardias del campo, y algunos incluso llegaron más alto.[3] La vida de Naftalí Frenkel representa quizá la transformación más notoria, pero hubo otras.

Por ejemplo, la trayectoria de Yakov Kuperman fue menos notable que la de Frenkel, pero más ejemplar. Kuperman —que después donó sus memorias inéditas a la Sociedad Memoria de Moscú— fue detenido en 1930 y condenado a diez años. Pasó el tiempo en Kem, la prisión de tránsito de Solovki, y después fue a trabajar en la división de planificación del canal del mar Blanco. En 1932, su caso fue revisado y su situación cambió de prisionero a desterrado. Finalmente fue puesto en libertad, y se le dio un cargo en el ferrocarril de Baikal-Amur (BAMlag), una experiencia que recordaría «con satisfacción», hasta el fin de su vida.[4] Su decisión no era extraña. En 1938, más de la mitad de los funcionarios y casi la mitad de guardias militarizados en Belbaltlag, el campo que regulaba el canal del mar Blanco, eran prisioneros y antiguos prisioneros.[5]

Este cargo podía conseguirse, pero también se podía perder. Del mismo modo que era relativamente fácil para un prisionero convertirse en carcelero, también lo era (relativamente) el proceso inverso. Entre los miles de hombres del NKVD detenidos en la purga de 1937-1938 figuraban funcionarios del Gulag y jefes de campos. En los años posteriores, guardias de rango superior y empleados del Gulag fueron regularmente arrestados debido a las sospechas de sus colegas. En los *lagpunkts* aislados, la murmuración y los reproches eran habituales: muchos documentos de los archivos del Gulag contienen denuncias y

contradenuncias, airadas cartas sobre las deficiencias del campo, y exhortaciones para arrestar a los culpables o a las personas no gratas.[6]

Los guardias militarizados y los funcionarios eran arrestados habitualmente por deserción, embriaguez, pérdida de armas, e incluso por maltrato a los prisioneros.[7] Los documentos del campo de tránsito en el puerto de Vanino, por ejemplo, contienen datos de V. N. Sadovnikov, un guardia militarizado que asesinó a la enfermera del campo, al intentar asesinar a su esposa; de I. M. Soboléiev, que robó 300 rublos a un grupo de prisioneros, y después se embriagó y perdió su carnet del partido; de V. D. Suvorov, que organizó una borrachera y empezó una reyerta con un grupo de oficiales, así como de otros que «bebían hasta perder el sentido» o estaban tan ebrios que no podían ocupar sus puestos.[8] Tan aburrida era la vida en los puestos de avanzada más remotos que un jefe de campo se quejó en una carta a Moscú de que la falta de entretenimiento «empuja a muchos jóvenes a desertar, violar la disciplina, embriagarse y jugar a los naipes, todo lo cual termina por lo general con una sentencia penal».[9]

Incluso era posible, y por cierto bastante común, que algunos recorrieran todo el ciclo: los funcionarios del NKVD se volvían prisioneros, y después otra vez carceleros, iniciando una nueva carrera en la dirección del Gulag. En efecto, muchos antiguos prisioneros han escrito de la rapidez con que los funcionarios del NKVD caídos en desgracia se habituaban otra vez a los campos, y continuaban hasta conseguir los puestos de verdadero poder. En sus memorias, Lev Razgon recuerda un encuentro con Korabelnikov, un empleado de bajo rango del NKVD, a quien había conocido durante el viaje desde Moscú. Korabelnikov le dijo a Razgon que había sido arrestado porque «hablé con mi mejor amigo … sobre una de las mujeres de los jefes … me cayeron cinco años por “ser un elemento socialmente peligroso”, y me pusieron en un transporte con el resto». Pero no era exactamente igual. Unos meses después Razgon lo encontró de nuevo. Esta vez llevaba un uniforme del campo, limpio y bien hecho. Había conseguido un «buen» puesto, estaba a cargo del campo de castigo de Ustvimlag.[10]

La historia de Razgon refleja una realidad documentada en los archivos. Muchísimos funcionarios del Gulag tenían en verdad un archivo criminal. En efecto, parecía como si la dirección del Gulag funcionara abiertamente en el NKVD como un lugar de destierro, un último refugio para un policía secreto

caído en desgracia.[11] Una vez enviados a las fronteras remotas del imperio del Gulag, rara vez se permitía a estos funcionarios volver a alguna división del NKVD, y no digamos a Moscú. Como signo de un estatus diferenciado, los empleados del Gulag llevaban un uniforme distintivo, y tenían un sistema ligeramente diferente de insignias y grados.[1] En unas conferencias del partido, los funcionarios del Gulag se quejaron de su estatus inferior. «El Gulag es visto como una dirección de la que todo se puede exigir sin dar nada a cambio —protestaba un funcionario—. Este modesto modo de pensar, de que somos los peores, es una equivocación, y permite que continúen las desigualdades en la paga, la vivienda y otras cuestiones.»[13]

En realidad, los jefes de campo habían tenido un estatus relativamente bajo desde el comienzo. En una carta enviada clandestinamente desde Solovki, a comienzos de los años veinte, un prisionero escribió que la dirección del campo estaba formada casi por entero por chequistas deshonestos que «han sido condenados por especulación, extorsión, asalto o cualquier otro delito contra el código penal ordinario».[14] En los años treinta y cuarenta, el Gulag comenzó a ser el destino final de los funcionarios del NKVD cuyas biografías no armonizaban con los requisitos: aquellos cuyos orígenes sociales no eran lo bastante proletarios, o cuya nacionalidad polaca, judía o báltica los hacía sospechosos en momentos en que esos grupos étnicos estaban siendo activamente reprimidos. El Gulag era también el último refugio de quienes eran simplemente estúpidos, incompetentes o alcohólicos. En 1937, el jefe del Gulag, Izrail Pliner se quejaba:

> Conseguimos las sobras de las demás secciones, nos envían personas de acuerdo con el principio «podéis tomar lo que no necesitamos». La flor y nata son los borrachos incorregibles; una vez que un hombre se da a la bebida, lo asignan al Gulag … Desde el punto de vista del aparato del NKVD, si alguien comete un delito, el mayor castigo es enviarlo a trabajar en un campo.[15]

En 1945, Vasili Chernishev, entonces director del Gulag, envió un memorándum a todos los jefes de campo y jefes regionales del NKVD expresando su horror ante la indigna condición de los guardias militarizados de los campos, entre los que había descubierto altas tasas de «suicidio, deserción, pérdida y robo de armamento, embriaguez y otros actos amorales», así como un «frecuente quebrantamiento de las leyes revolucionarias».[16]

Los propios archivos del Gulag también confirman la creencia, delicadamente expresada por un antiguo prisionero, de que tanto los guardias como los jefes eran «las más de las veces, personas muy limitadas».[17] Por ejemplo, de los once hombres que tuvieron el cargo de «director del Gulag», el encargado de todo el sistema de campos, entre 1939 y 1960, solo cinco habían tenido algún tipo de educación superior, mientras que tres nunca pasaron de la escuela primaria.[18]

En la base de la jerarquía del NKVD, por otra parte, los expedientes personales de los empleados del servicio de prisiones desde la década de 1940 muestran que incluso los carceleros de élite (miembros del partido y los aspirantes a ingresar en él) procedían casi todos del campesinado y habían recibido una instrucción elemental. Pocos habían terminado ni siquiera cinco años de estudios, y algunos solo tres en su haber.[19]

Los guardias militarizados del campo —miembros de la *voenizirovanaya ojrana* (la Guardia Interior de la República) llamados generalmente, gracias a la obsesión soviética por las siglas, VOJR— tenían aún menos instrucción. Eran los hombres que recorrían el perímetro de los campos, que llevaban los prisioneros al trabajo, que conducían los trenes que los llevaban al este, muchas veces sin la menor idea de por qué lo hacían. Según un informe de Kargopollag, «parece que los guardias no saben los nombres de los miembros del Politburó ni de los jefes del partido».[20] Otro documento relaciona una serie de incidentes en que estaban implicados guardias que hicieron mal uso de sus armas. Uno de ellos hirió a tres prisioneros «por no saber cómo funcionaba su revólver».[21] Había un flujo constante de cartas de Moscú a los campos, exhortando a los jefes locales a emplear más tiempo en el «trabajo educativo-cultural» de los guardias.[22]

Sin embargo ni aun con «las sobras» y los «borrachos incorregibles» de otros departamentos del NKVD se lograba cubrir la demanda de empleados del Gulag. La mayoría de las instituciones soviéticas sufrían una falta crónica de personal, y el Gulag la sufría en mayor grado. Ni siquiera el NKVD podía generar suficientes empleados delincuentes para cubrir una ampliación de personal, que se multiplicó por dieciocho, entre 1930 y 1939, ni de las 150 000 personas que tuvieron que ser contratadas entre 1939 y 1941, o para la enorme expansión de posguerra. En 1947, contando con 157 000 personas que trabajaban solo en las brigadas de la Guardia Interior, el Gulag todavía calculaba que le faltaban 40 000

guardias.[23]

Hasta el momento en que el sistema fue desmantelado, este dilema nunca dejó de agobiar a la dirección del Gulag. Con la excepción de los trabajos de rango superior, el trabajo en los campos no era considerado atractivo ni prestigioso, y difícilmente garantizaba unas condiciones de vida razonables, en especial en los puestos más remotos y pequeños del extremo norte. La escasez general de comida hacía que los guardias y los funcionarios recibieran alimentos racionados en cantidades asignadas de acuerdo con el rango del receptor.[24] Al volver de una gira de inspección de los campos septentrionales de Vorkutá, un inspector del Gulag se quejó de las deficientes condiciones de vida de los guardias militarizados, que trabajaban de catorce a dieciséis horas diarias en las «difíciles condiciones climáticas del norte», no siempre con la ropa y el calzado adecuados y viviendo en barracones desaseados. Algunos sufrían de escorbuto, pelagra y otras enfermedades por avitaminosis, exactamente igual que los prisioneros.[25] Otro escribió que en Kargopollag, veintiséis miembros del VOJR habían recibido sentencias penales, en muchos casos por quedarse dormidos en sus puestos.

Desde la muerte de Stalin, los antiguos funcionarios de los campos solían justificar su medio de vida aludiendo a las dificultades y penalidades del trabajo. Cuando entrevisté a Olga Vasileeva, una antigua inspectora de los campos en la sección de construcción de caminos del Gulag, ella me ofreció el relato de la dura existencia de un empleado del Gulag. Durante nuestra conversación, mantenida en su inusitadamente espacioso apartamento de Moscú, regalo de un partido agradecido, Vasileeva me dijo que una vez, al visitar un campo remoto, fue invitada a dormir en la casa del jefe del campo, ocupando la cama del hijo. Por la noche sintió mucho calor y picazón. Pensando que quizá estaba enferma, encendió la luz: «La manta grisácea estaba viva, infestada de piojos. No solo los prisioneros tenían piojos, también los tenían los jefes».

Tal como lo veía Vasileeva, el trabajo de jefe de campo era muy difícil: «No era broma, uno estaba a cargo de cientos, miles de prisioneros, eran reincidentes y asesinos, reos de graves delitos; de ellos podías esperar cualquier cosa. Tenías que estar en guardia todo el tiempo». Los jefes, presionados para trabajar con la mayor eficiencia posible, se veían además obligados a resolver todo tipo de problemas:

> El director de un proyecto de construcción era también el jefe del campo y pasaba al menos el 60% del tiempo no en las obras, ni tomando decisiones de ingeniería o resolviendo los problemas de construcción, sino ocupado en el campo. Uno enfermaba, podía haberse desatado una epidemia, o había ocurrido un accidente, lo que significaba que había que llevar a alguien al hospital, otro necesitaba un carro o una carreta con caballos.

En 1930, cuando todavía se consideraba al sistema como parte de la expansión económica de la época, la OGPU realizó campañas de publicidad interna, pidiendo a los entusiastas que trabajaran en los que entonces eran nuevos campos del extremo norte:

> El entusiasmo y la energía de los chequistas creó y fortaleció los campos de Solovki, desempeñando un papel positivo en el desarrollo industrial y cultural en la zona europea del extremo norte de nuestro país. Los nuevos campos, como Solovki, debían desempeñar un papel en la reforma de la economía y la cultura de las regiones remotas. Para esta responsabilidad … necesitábamos especialmente chequistas fuertes, voluntarios que desearan hacer un trabajo duro…

Se ofreció a los voluntarios, entre otras cosas, hasta un 50% de paga extra, dos meses de vacaciones al año, y un bono, al cabo de tres años, de tres meses de salario y tres meses de vacaciones. Además, los funcionarios recibirían una ración mensual de paquetes gratis, y acceso a «radio, instalaciones deportivas y culturales».[26]

Después, cuando el entusiasmo genuino se desvaneció por completo (si es que había existido alguna vez), los alicientes se hicieron más sistemáticos. Los campos fueron clasificados según la distancia y la dificultad. A mayor distancia y dificultad, mayor sería la paga que recibirían los funcionarios del NKVD por trabajar en ellos. Algunos consideraron meritoria la organización de actividades deportivas y similares para sus empleados. Además, el NKVD construyó sanatorios especiales en el mar Negro, en Sochi y Kislovodsk, de modo que los altos funcionarios pudieran pasar largas vacaciones en un entorno cómodo y cálido.[27]

La dirección central también creó escuelas donde los funcionarios del Gulag pudieran mejorar su preparación y su categoría. Una, por ejemplo, establecida en Járkov, impartía cursos obligatorios de «Historia del partido» e «Historia del NKVD», y también derecho penal, políticas de campo, administración, gestión, contabilidad y temas militares.[28]

El dinero y los beneficios eran desde luego suficientes para atraer a algunos

empleados de menor rango. Muchos simplemente consideraban el Gulag como la mejor entre las malas opciones posibles. En la Unión Soviética de Stalin, un país en guerra, que sufría hambruna y desnutrición, el empleo de celador o guardia de prisiones podía significar un progreso social inconmensurable. Susanna Pechora, una prisionera a comienzos de la década de 1950, recordaba haber conocido a una celadora que trabajaba en el campo porque era el único camino para escapar de la miseria atroz de la granja colectiva donde había nacido: «Alimentaba a siete hermanos y hermanas con el salario del campo».[29]

Pero ni la perspectiva de salarios elevados, largas vacaciones y mejora social eran siempre suficientes para incorporar trabajadores al sistema. Las oficinas laborales soviéticas simplemente enviaban trabajadores donde eran necesarios, sin ni siquiera decirles adónde iban. Una antigua enfermera del Gulag, Zoya Eremenko, fue enviada directamente de la escuela de enfermería a trabajar en lo que le habían dicho que sería una zona de construcción. Cuando llegó, descubrió que se trataba de un campo penitenciario, Krasnoyarsk-26. «Estábamos sorprendidas, asustadas, pero cuando llegamos a conocer el lugar, descubrimos que "allí" las personas eran las mismas y el trabajo médico era el mismo que el que nos habían enseñado en nuestros estudios», recordaba.[30]

Especialmente dramáticos fueron los casos de quienes fueron obligados a trabajar en los campos después de la Segunda Guerra Mundial. Miles de antiguos soldados del Ejército Rojo que habían penetrado en Alemania, así como los civiles que habían vivido «en el extranjero» durante la guerra en condición de deportados o refugiados, fueron arrestados al cruzar la frontera de regreso a la Unión Soviética, y confinados en «campos de control y filtrado», donde fueron interrogados a conciencia. Aquellos que no eran arrestados, fueron enviados de inmediato a trabajar en el servicio de guardia de prisiones. A comienzos de 1946 había 31 000 de estas personas, y en algunos campos constituían el 80% del servicio de guardia.[31] Tampoco podían salir fácilmente. Muchos habían sido privados de sus documentos (pasaportes, permisos de residencia, certificados de servicio militar). Sin ellos era imposible que dejaran los campos, por no hablar de buscar un nuevo empleo. Entre 300 y 400 se suicidaban cada año. Otros simplemente se corrompían. Karlo Stajner, un comunista yugoslavo prisionero en Norilsk durante y después de la guerra, recordaba que esos guardias eran «muy distintos de los que no habían luchado en la guerra»:

> Se apreciaban claros signos de desmoralización. Podías ver su disponibilidad a ser sobornados por las prisioneras o a hacerse clientes de las más bonitas, o permitir que los delincuentes dejaran la brigada para meterse en algún apartamento y compartir el botín con ellos. No tenían miedo de los severos castigos que les aplicarían si sus superiores se enteraban de estas fechorías.[32]

Muy pocos protestaban. Por ejemplo, los archivos documentan el caso de un recluta reluctante, Daniliuk, que rehusó categóricamente trabajar en el servicio de la Guardia Interior de la República, dando como razón: «No deseo servir en los órganos del Ministerio del Interior». Daniliuk persistió en su actitud, pese a lo que los archivos llaman «sesiones de trámite» (sin duda largos períodos de intimidación y quizá de malos tratos). Finalmente fue relegado del servicio. Al menos en su caso, la negativa constante y persistente a trabajar para el Gulag tuvo su recompensa.[33]

En última instancia, sin embargo, el sistema premiaba a sus miembros más leales y afortunados, algunos de los cuales consiguieron más que un mero ascenso social o mejores raciones: aquellos que entregaban grandes cantidades de oro o madera al Estado gracias a sus trabajadores prisioneros recibirían finalmente su premio. Y aunque el *lagpunkt* maderero nunca fue un lugar agradable para vivir, ni siquiera para los que lo dirigían, las oficinas centrales de los campos más grandes con el tiempo se hicieron realmente muy confortables.

Hacia los años cuarenta, las ciudades que estaban en el centro de los complejos de campos más vastos (Magadán, Vorkutá, Norilsk, Ujtá) eran asentamientos grandes, animados, con tiendas, teatros y parques. Las oportunidades de vivir bien habían aumentado enormemente desde los primeros días del Gulag. Los jefes superiores en los campos más grandes conseguían salarios más altos, mejores casas y vacaciones más largas que aquellos que trabajaban en el mundo laboral ordinario. Tenían mejor acceso a alimentos y a bienes de consumo que eran escasos en otras partes. «La vida en Norilsk era mejor que en cualquier otra parte de la Unión Soviética», recordaba Andréi Cheburkin, un capataz en Norilsk, y después burócrata local:

> En primer lugar, todos los jefes tienen criadas, prisioneras criadas. En segundo lugar, la comida era increíble. Había todo tipo de pescados. Podías ir y pescarlo en los lagos. Y si en el resto de la Unión había cartillas de racionamiento, aquí vivíamos virtualmente sin ellas. Carne, mantequilla. Si querías champán, tenías que coger cangrejo también, había tantos. Caviar … había barriles de eso

por ahí. Estoy hablando de los jefes, por supuesto. No estoy hablando de los trabajadores. Pero entonces los trabajadores eran presos … La paga era buena.

El primer punto de Cheburkin, «todos los jefes tenían criadas», es clave, pues no solo se aplicaba a los jefes sino a todos. Técnicamente, el empleo de prisioneros como servidores domésticos estaba prohibido. Pero estaba muy difundido, como las autoridades sabían muy bien, y pese a los reiterados intentos de poner fin a esta práctica, continuó.[34]

Thomas Sgovio trabajó como ordenanza personal de un guardia del campo de rango superior en Kolimá, preparándole la comida y tratando de conseguirle alcohol. El hombre llegó a tenerle confianza. «Thomas, hijo —le decía—, recuerda una cosa. Cuida mi carnet del partido. Cuando esté borracho, vigila que no lo pierda. Eres mi criado, y si alguna vez lo pierdo, tendré que pegarte un tiro como a un perro … y no deseo hacer eso.»[35]

Pero para los jefes realmente importantes, los criados eran solo el comienzo. Iván Nikishov, que llegó a ser el jefe de Dalstrói en 1939, tras las purgas, y siguió en ese puesto hasta 1948, se hizo tristemente célebre por acumular riquezas en medio de una pobreza desesperante. Nikishov pertenecía a una generación diferente de la de su predecesor, Berzin; una generación bastante alejada de los años de escasez y fervor de la revolución y la guerra civil. Quizá a consecuencia de esto, Nikishov no tenía escrúpulos en utilizar su puesto para vivir bien. Se equipó de una «gran fuerza de seguridad personal, automóviles de lujo, amplias oficinas y una magnífica dacha que dominaba el océano Pacífico»,[36] y que, según los relatos de los prisioneros, estaba provista de alfombras orientales, pieles de oso y candelabros de cristal. En el lujoso comedor, él y su segunda esposa, una ambiciosa y joven jefa de campo llamada Gridasova, comían según se dice carne de oso a la brasa con vino del Cáucaso, frutas y bayas transportadas del sur en avión, así como tomates y pepinos frescos de invernaderos privados.[37]

Con frecuencia se requería que los prisioneros contribuyeran a estos caprichos. Isaac Vogelfanger, un médico del campo, se veía siempre escaso de alcohol medicinal porque el farmacéutico lo utilizaba para hacer el coñac con el que el jefe del campo agasajaba a los jerarcas invitados: «Cuanto más alcohol toman, mejor es su opinión del trabajo en Sevurllag». Vogelfanger también

presenció cómo un cocinero del campo preparó un «banquete» para unos huéspedes, utilizando ingredientes que había guardado para la ocasión: «Caviar, anguilas ahumadas, panecillos calientes hechos de masa con setas, trucha del Ártico con gelatina de limón, lechón asado, ganso asado».[38]

Fue en este período, los años cuarenta, cuando jefes como Nikishov comenzaron a considerarse como algo más que meros carceleros. Algunos empezaron a competir entre sí como si se tratara de una extravagante rivalidad vecinal. Rivalizaban por organizar los mejores grupos teatrales de prisioneros, las mejores orquestas de prisioneros, y por conseguir los mejores artistas prisioneros. Lev Kopelev estaba en Unzhlag en 1946, en un momento en que el jefe debía seleccionar directamente de la prisión a «los mejores actores, músicos y artistas, a quienes les daría los mejores trabajos de confianza, como limpiadores y enfermeros en el hospital». El campo llegó a ser conocido como un «asilo para artistas».[39] Lev Razgon cuenta también que el jefe de Ujtizhmlag «tenía una verdadera compañía de ópera Ujtá», dirigida por un afamado actor soviético. También «empleaba» a una famosa bailarina del Bolshoi, así como a cantantes y músicos famosos:

> A veces el jefe de Ujtizhmlag visitaba a sus colegas vecinos. Aunque el propósito oficial era «compartir experiencias», esta simple descripción es desmentida por los elaborados preparativos y el protocolo por lo que más parecía la visita de un jefe de Estado extranjero. Los jefes estaban acompañados por un gran séquito de jefes de sección. Reservaban habitaciones de hotel especiales para ellos, planeaban el itinerario con cuidado y traían presentes … El jefe de Ujtizhmlag también traía a sus mejores artistas de modo que sus anfitriones pudieran ver que las artes allí estaban más que prosperando.[40]

Hoy en día, el antiguo teatro de Ujtizhemlag —un inmenso edificio blanco con columnas y símbolos teatrales en el frontón— es uno de edificios más importantes de la ciudad de Ujtá.

Pero no solo satisfacían sus caprichos quienes tenían gustos artísticos. Aquellos que preferían los deportes también tenían la oportunidad de fundar sus propios equipos de fútbol, que competían con encarnizamiento. Nikolái Starostin —el jugador estelar que fue arrestado porque su equipo tuvo la desgracia de ganar al de Beria— también fue enviado a Ujtá, donde lo esperaban en la misma estación de tren. Fue llevado ante el entrenador de fútbol, quien le habló con educación y le dijo que el jefe del campo había requerido especialmente su

presencia: «El alma del jefe está en el fútbol. Es él quien te ha traído aquí». Starotsin debió pasar buena parte de su confinamiento dirigiendo equipos de fútbol para el NKVD, yendo de un campo a otro, según el jefe que lo quisiera como entrenador.[41]

De vez en cuando (pero solo de vez en cuando), la noticia de estos excesos hacía sonar la señal de alarma, o al menos despertaba interés en Moscú. En cierta ocasión, quizá en respuesta a las quejas, Beria encargó una investigación secreta sobre el lujoso estilo de vida de Nikishov. El informe confirma entre otras cosas que Nikishov llegó a gastar 15 000 rublos, una suma colosal en esa época, en un banquete ofrecido para celebrar la visita de la Compañía de Opereta Jabarovsk.[42] El informe también condena la atmósfera de adulación que rodeaba a Nikishov y a su esposa, Gridasova: «La influencia de Gridasova es tan grande que incluso los delegados de Nikishov testimonian que pueden permanecer en sus puestos solo durante el tiempo en que ella los mire con benevolencia».[43] Sin embargo, no se tomaron medidas y Gridasova y Nikishov continuaron reinando en paz.

En los últimos años se ha puesto de moda señalar que, contrariamente a sus protestas de posguerra, pocos alemanes fueron obligados a trabajar en los campos de concentración o en los escuadrones de la muerte. Un estudioso afirmaba no hace mucho que la mayoría lo había hecho de manera voluntaria, una opinión que ha causado cierta controversia.[44] En el caso de Rusia y los demás estados postsoviéticos, la cuestión tiene que examinarse de otro modo. Con frecuencia, los empleados del campo, como la mayoría de los ciudadanos soviéticos, tenían pocas alternativas. Un comité laboral simplemente los asignaba a un lugar de trabajo, y ellos tenían que ir. La falta de opciones formaba parte integral del sistema económico soviético.

Sin embargo, no es totalmente exacto decir que los agentes del NKVD y los guardias militarizados «no eran mejores que los prisioneros que mandaban», o que eran víctimas del propio sistema, como algunos han intentado. Pues, aunque podrían haber preferido trabajar en otra parte, una vez que estaban dentro del sistema, los empleados del Gulag tenían algunas opciones, muchas más que sus homólogos en los campos nazis, cuyo trabajo se definía de un modo mucho más rígido. Podían optar por comportarse con brutalidad o por actuar con amabilidad;

por hacer trabajar a los prisioneros hasta matarlos o por mantenerlos con vida tanto como fuera posible; por compadecerlos, pues alguna vez habían compartido o podrían compartir su destino, o por limitarse a sacar provecho de su racha de buena suerte.

Nada en su pasado indicaba qué camino escogerían, pues tanto los funcionarios del Gulag como los guardias tenían una diversidad de orígenes sociales y étnicos. En efecto, al pedirles que describieran el carácter de sus custodios, los supervivientes del Gulag casi siempre decían que era muy diverso. Anna Andreieva me dijo que «había sádicos enfermos, y había gente completamente normal y buena». Andreieva también recordaba el día —poco después de la muerte de Stalin— en que el contable jefe del campo entró como una exhalación en la oficina de contabilidad donde estaban trabajando las prisioneras y alegremente las abrazó exclamando: «Quitaos los números, chicas, os van a devolver la ropa».[45]

Irena Arguinskaya también me dijo que los guardias de su campo eran no solo «diferentes tipos de personas», sino que también cambiaban con el tiempo. En especial los soldados reclutados a la fuerza se comportaban «como bestias» cuando se incorporaban al trabajo, pues venían embotados de propaganda, pero «después de un tiempo comenzaban a comprender —no todo, pero una buena parte— y a menudo cambiaban».[46]

Es cierto que las autoridades ejercían presión sobre los guardias y los funcionarios para disuadirlos de mostrar cierta amabilidad con los prisioneros. El archivo de la inspección del Gulag documenta el caso de Liven, el jefe de la división de suministros de una sección de Dmitlag en 1937, que fue investigado con tenacidad por su tolerancia.[47]

Sin embargo, esas restricciones no se implementaban con rigor. En efecto, varios jefes de alto nivel llegaron a ser famosos precisamente por su benevolencia con los prisioneros. En *Let the History Judge*, una denuncia del estalinismo, el historiador y publicista disidente Roy Medvedev habla de un jefe de campo, V. A. Kundush, que tomaba con seriedad las exigencias de incrementar la producción durante la época bélica. Puso a los prisioneros políticos más educados en los trabajos administrativos y se dispuso a tratar bien a los prisioneros, asegurándoles a algunos una salida anticipada. Su empresa recibió la «Bandera roja de gestión» durante la guerra. Pero cuando la guerra

terminó, también él fue arrestado, quizá a causa de la misma benevolencia con que había transformado la producción.[48]

Y hubo otros. En cierto momento de su vida en los campos, Genrij Gorchakov, un judío ruso arrestado en 1945, fue asignado a un campo de inválidos en el complejo de Siblag. No hacía mucho que el campo había sido encomendado a un nuevo jefe, un antiguo oficial del frente que no pudo encontrar otro trabajo después de la guerra. Asumió con seriedad su trabajo, e hizo construir nuevos barracones, se preocupó de que los prisioneros tuvieran colchones e incluso sábanas, y reorganizó el sistema de trabajo, transformando por completo el campo.[49]

Había otras formas de obrar bondadosamente. Galina Levinson recuerda en sus memorias a un jefe del campo que habló con una prisionera sobre un aborto. «Cuando dejes el campo, estarás sola —le dijo—, piensa qué bueno será tener un hijo». Hasta el fin de sus días, esta mujer le estuvo agradecida.[50] Anatoli Zhigulin escribió sobre otro jefe de campo «honesto» que salvó a cientos de la muerte; desafiando las normas, llamaba a los reclusos «camaradas prisioneros», y ordenó al cocinero que los alimentara mejor. Obviamente, apuntaba Zhigulin, «no conocía todavía las normas». Mariya Sandratskaya, arrestada por ser la esposa de un «enemigo», también habla de un jefe de campo que prestaba especial atención a las madres que tenía bajo su custodia, asegurándose de que la guardería funcionara bien, que las mujeres que amamantaban tuvieran suficiente alimento, y que las madres no trabajaran demasiado.[51]

De hecho, la bondad era posible: en todos los niveles, siempre hubo unos pocos que rechazaban la propaganda que hacía enemigos a todos los prisioneros, unos cuantos que entendieron el verdadero estado de la cuestión. Y un número asombroso de memorias refieren alguna experiencia de benevolencia de algún guardia o algún caso de consideración. «No dudo —escribió Evgeni Gnedin— de que en el enorme ejército de funcionarios del campo había trabajadores honrados a quienes entristecía el papel de vigilantes de personas completamente inocentes.»[52] Sin embargo, al mismo tiempo la mayoría de los autores de memorias se maravillan de cuán excepcional era esa comprensión, pues a despecho de algunos ejemplos, las prisiones limpias no eran la norma, muchos campos eran letales, y la mayoría de los guardias trataban a los reclusos en el mejor de los casos con indiferencia, y en el peor con abierta crueldad.

Insisto en que en ningún campo la crueldad era un requisito. Por el contrario, la crueldad deliberada era oficialmente repudiada por la dirección central. Los guardias y funcionarios del campo que eran innecesariamente rigurosos con los prisioneros podían ser castigados, y lo fueron con frecuencia. Los archivos de Viatlag contienen informes de guardias castigados por «golpear sistemáticamente a los *zeks*», por robar sus pertenencias y por violar a las prisioneras.[53] Los archivos de Dmitlag documentan sentencias penales dictadas contra funcionarios del campo acusados de golpear a los prisioneros en estado de ebriedad.[54]

Pero la crueldad persistió. A veces era genuinamente sádica. Viktor Bulgakov, un prisionero de la década de 1950, recuerda que uno de sus guardias, un kazajo analfabeto, al que parecía darle placer obligar a los prisioneros a permanecer de pie, helándose poco a poco en medio de la nieve; y otro, al que le gustaba, «mostrar su fuerza y golpear a los prisioneros» sin ningún motivo en particular.[55]

Más frecuente era la crueldad no tanto motivada por el sadismo como por el interés. Los guardias que dispararan contra prisioneros fugitivos recibían premios monetarios, e incluso podían conseguir vacaciones. Por tanto hubo guardias que intentaban alentar esas «fugas». Zhigulin cuenta el resultado:

> El guardia gritaba a alguien en la columna:
> —¡Tú, tráeme esa plancha!
> —Pero hay que cruzar la valla…
> —No importa. ¡Anda!
> El prisionero iba y una ráfaga de ametralladora lo seguía.[56]

Tales incidentes eran comunes, y los archivos lo muestran. En 1938, los guardias del VOJR que trabajaban en Viatlag fueron condenados por matar a dos prisioneros a quienes habían «incitado» a escapar. Después resultó que el jefe de la división y sus asistentes se habían apoderado de las pertenencias de los prisioneros.[57] El escritor Boris Diakov también menciona la práctica de provocar fugas en su memoria «prosoviética» del Gulag, publicada en la URSS en 1964.[58]

Sin embargo, en la mayoría de los casos la crueldad de los guardias de campo soviéticos era una crueldad irreflexiva, absurda y ociosa, del modo que

puede ejercerse con las vacas o las ovejas. Si los guardias no eran explícitamente instruidos para maltratar a los prisioneros, en especial a los presos políticos, tampoco se les enseñaba a considerarlos como seres humanos. Por el contrario, se orquestó una campaña para cultivar el odio contra los prisioneros, a quienes se tildaba de «criminales peligrosos, espías y saboteadores, que tratan de destruir al pueblo soviético». Esta propaganda tenía un impacto enorme en las personas que estaban marcadas por la desgracia, por un trabajo no deseado y unas condiciones de vida deficientes.[59] También moldeaba las opiniones de los trabajadores libres del campo (los lugareños que trabajaban en el campo y no eran empleados del NKVD), así como de los guardias militarizados; tal como recuerda un prisionero: «Por lo común, un muro de mutua desconfianza nos separaba de los trabajadores libres… Nuestras figuras grises, el hecho de ser llevados en convoyes y a veces con perros, era probablemente algo muy desagradable, en lo cual era mejor no pensar».[60]

Esto era cierto ya en los años veinte, la época en que los guardias de Solovki obligaban a los prisioneros ateridos a saltar a los ríos al grito de «¡Delfín!». Y empeoró a finales de los años treinta con la degradación de los presos políticos a la categoría de «enemigos del pueblo», y el endurecimiento del régimen del campo.

Incluso después de que terminara el «gran terror», la propaganda nunca cesó. Durante los años cuarenta y ya en los cincuenta, se hablaba de los prisioneros habitualmente como criminales de guerra y colaboradores, traidores y espías. Los nacionalistas ucranianos que comenzaron a afluir a los campos después de la Segunda Guerra Mundial fueron llamados «perros serviles de los verdugos nazis, reptiles», los «fascistas germano ucranianos» o «agentes de los servicios de inteligencia extranjeros». Nikita Jruschov, entonces líder de Ucrania, dijo en un pleno del comité central que los nacionalistas ucranianos «se habían suicidado en su afán de complacer a su jefe, Hitler, y para conseguir una ínfima parte del botín a cambio de su servicio perruno».[61] Durante la guerra, los guardias llamaban a casi todos los presos políticos «fascistas», «hitlerianos» o «vlasovistas» (seguidores del general Vlasov, que desertó del Ejército Rojo y apoyó a Hitler).

Esto era especialmente mortificante para los judíos, para los veteranos que habían luchado valientemente contra los alemanes y para los comunistas

extranjeros que habían huido del fascismo en sus propios países.[62] Margarete Buber-Neumann, una comunista alemana que fue liberada del Gulag solo para ser transferida directamente a un campo de concentración alemán, Ravensbruck, también escribió que se la llamó repetidas veces «fascista alemana».[63] Y cuando un agente del NKVD arrestado, Mijaíl Schreider, le dijo al juez instructor que como judío difícilmente podía ser acusado de colaborar con Hitler, se le contestó que él no era judío, sino más bien «un alemán disfrazado de judío».[64]

Sin embargo, estas denominaciones no eran meras prácticas triviales sin objeto. Al describirlos como «enemigos» o como «infrahumanos», los guardias se reafirmaban en la legitimidad de sus propias acciones. En efecto, la retórica de los «enemigos» no solo conformaba una parte de la ideología de los cuadros de la guardia del Gulag. La otra parte (llamémosla, la retórica de la «esclavitud estatal») insistía en la importancia del trabajo, y de las cifras de producción siempre en aumento que eran necesarias para la existencia futura de la Unión Soviética. Para decirlo sin ambages: todo podía justificarse si con ello se extraía más oro de las minas. Esta tesis fue perfectamente sintetizada por Alexéi Loginov, un director de producción jubilado y del campo de prisioneros en Norilsk, en una entrevista que concedió a un cineasta británico que filmaba documentales:

> Desde el comienzo sabían perfectamente que el mundo exterior nunca dejaría en paz nuestra revolución soviética. No solo Stalin se percató de ello, todos, cada comunista de base, toda persona se daba cuenta de que teníamos no solo que construir, sino construir con el conocimiento pleno de que pronto estaríamos en guerra. De modo que en mi área, la búsqueda de todas las fuentes de materias primas, cobre, níquel, aluminio y hierro, y cosas semejantes, fue increíblemente intensa. Teníamos conocimiento de los enormes recursos en Norilsk, pero ¿cómo desarrollarlos en el Ártico? De modo que toda la empresa fue puesta en las manos del NKVD, el Ministerio del Interior. ¿Qué otro podría haberlo realizado? Usted sabe cuántas personas habían sido arrestadas, y necesitábamos decenas de miles allí…[65]

Loginov hablaba en los años noventa, casi medio siglo después de que Norilsk hubiera dejado de ser un vasto complejo penitenciario. En ese amplio contexto de lealtad a la Unión Soviética y a sus objetivos económicos, la crueldad ejercida en nombre de las cifras de producción les parecía a los ejecutores absolutamente admirable; aún más, la verdadera naturaleza de la crueldad, como la verdadera naturaleza de los campos, quedaba oculta bajo la

jerga económica.

En los niveles más altos, los funcionarios solían referirse a los prisioneros como si fueran máquinas o herramientas, necesarias para realizar el trabajo y nada más. Se los consideraba abiertamente como trabajo barato y conveniente, simplemente una necesidad como el suministro de cemento o acero. También Loginov, el jefe de Norilsk, lo expresa a la perfección:

> Si hubiésemos enviado civiles [a Norilsk] primero habríamos tenido que construir casas para vivir. Y ¿cómo podían los civiles vivir allí? Con los prisioneros es más fácil, todo lo que uno necesita es un barracón, un horno con chimenea, y ellos sobreviven. Y después tal vez un lugar donde comer. En suma, los prisioneros eran, en las condiciones de esa época, las únicas personas susceptibles de ser empleadas a gran escala. Si hubiéramos tenido tiempo, probablemente no lo habríamos hecho de ese modo…[66]

Asimismo, la jerga económica permitía a los mandos del campo justificar cualquier cosa, incluso la muerte. Los archivos documentan el siguiente comentario referido en una reunión de funcionarios de Viatlag en enero de 1943. Hablando en el lenguaje puramente neutral de las estadísticas, el camarada Avrustki hizo la siguiente propuesta: «Tenemos el cien por cien de nuestra fuerza de trabajo, pero no podemos cumplir con nuestro programa, puesto que el grupo B continúa creciendo. Si el alimento que damos al grupo B fuera dado a otro contingente, entonces no habría ningún grupo B en absoluto y cumpliríamos el programa…».[67] La frase «grupo B» se refería a los prisioneros más débiles, que en efecto dejarían de existir si no se les daba ningún alimento.

Si los jefes del campo se daban el lujo de tomar decisiones tan alejadas de las personas que estaban siendo afectadas realmente, la proximidad no necesariamente suscitaba en los niveles inferiores de la jerarquía más compasión. Un prisionero polaco, Kazimierz Zarod, iba en una columna de prisioneros que marchaba a un nuevo campo. Casi sin alimento, los prisioneros comenzaron a desfallecer. Finalmente, uno de ellos cayó, y era incapaz de levantarse de nuevo. El primer guardia lo apuntó con su arma. Un segundo guardia lo amenazó con disparar:

> —Por amor de Dios —escuché gemir al hombre—, si me dejan descansar un momento los alcanzaré.
>
> —Camina o eres hombre muerto —dijo el primer guardia.
>
> Lo vi levantar el rifle y apuntar. No podía creer que dispararía. Los hombres en la columna

> detrás de mí se habían reagrupado en ese momento y me impedían ver lo que estaba ocurriendo, pero de pronto se oyó un disparo y luego otro más, y supe que el hombre estaba muerto.

Pero Zarod también refiere que no a todos los que caían mientras marchaban los mataban. Si eran jóvenes, los que estaban demasiado exhaustos para seguir caminando, eran lanzados a una carreta, donde «yacían como sacos hasta que se recuperaban». El razonamiento, hasta donde puedo alcanzar, era que los jóvenes se recuperarían y podrían trabajar, mientras que a los viejos no valía la pena salvarlos. Por supuesto, los hombres arrojados como fardos de ropa vieja a las carretillas de provisiones no estaban allí por ninguna razón humanitaria. Los guardias, también jóvenes, habían viajado por esta ruta antes y al parecer carecían de cualquier sentimiento de humanidad.[68]

Aunque no hay memorias que lo documenten, esta actitud seguramente influyó en quienes ocupaban cargos en la dirección del sistema de campos. En los capítulos anteriores, he citado con frecuencia informes encontrados en los archivos de la inspección del Gulag, parte del despacho de la fiscalía soviética. Estos informes, archivados con gran regularidad y precisión, son notables por su franqueza. Se refieren a las epidemias de tifus, a la escasez de comida y de ropa. Informan sobre los campos donde las tasas de mortalidad eran «demasiado altas». Acusan con acritud a ciertos jefes de campo de no proporcionar condiciones de vida apropiadas a los prisioneros. Hacen estimaciones del número de «jornadas» perdidas por enfermedad, accidentes, muertes. Al leerlos, uno no puede dudar de que los directores del Gulag en Moscú sabían, real y verdaderamente, cómo era la vida en los campos: está todo allí, en un lenguaje no menos sincero que el usado por Solzhenitsin y Shalámov.[69]

Sin embargo, aunque a veces se hicieron cambios, aunque de vez en cuando los jefes fueron sentenciados, lo que sorprende de los informes es su carácter repetitivo: traen a la mente la absurda cultura de la farsa de inspección tan perfectamente descrita por el escritor ruso decimonónico Nicolái Gogol. Se observaban las formas, se redactaban los informes, se expresaba un enojo ritual, y los efectos reales en los seres humanos no se tenían en cuenta. Los jefes de campo eran reprendidos rutinariamente por no mejorar el nivel de vida y este continuaba sin mejorar, y allí terminaba la discusión.

A fin de cuentas, nadie obligaba a los guardias a salvar a los jóvenes y asesinar a los viejos. Nadie obligaba a los jefes de campo a dejar morir a los

enfermos, ni a los jefes del Gulag en Moscú a soslayar las consecuencias de los informes de los inspectores. Pero tales decisiones eran tomadas cada día abiertamente por guardias y funcionarios, convencidos al parecer de que tenían derecho a tomarlas. Tampoco la ideología de la esclavitud estatal era exclusiva de los que gobernaban el Gulag. Los prisioneros también fueron alentados a cooperar, y algunos lo hicieron.

14

Los prisioneros

El hombre es un ser que se acostumbra a todo. Creo que esa es su mejor definición.

FIÓDOR DOSTOIEVSKI,
Recuerdos de la casa de los muertos[1]

URKI: LOS CRIMINALES

Para el prisionero político sin experiencia, un primer encuentro con los *urki*, la casta criminal profesional de la Unión Soviética, habría sido sorprendente, insondable y desconcertante. Evgeniya Guinzburg encontró a las primeras delincuentes cuando iba a bordo del barco hacia Kolimá:

> Eran la flor y nata del hampa: asesinas, sádicas, adeptas a todo tipo de perversiones sexuales … sin perder el tiempo se dispusieron a aterrorizar e intimidar a las «damas», encantadas de descubrir que las «enemigas del pueblo» eran criaturas más despreciadas que ellas mismas…[2]

Viajando por la misma ruta, Aleksandr Gorbatov (el general Gorbatov, héroe soviético de la guerra, un hombre al que no se puede considerar un cobarde) fue despojado de sus botas mientras estaba en la bodega del barco soviético *Dzhurma*, cruzando el mar de Ojotsk:

> Uno de ellos me golpeó con fuerza en el pecho y en la cabeza, y con una mirada maligna dijo: «¡Míralo, me vende sus botas hace unos días, se embolsa el dinero y no quiere entregármelas!». Se fueron con su botín, riéndose a carcajadas, y solo se detuvieron a golpearme otra vez cuando, por pura desesperación, los seguí y les pedí que me devolvieran las botas.[3]

En decenas de memorias se encuentran escenas similares. Los criminales profesionales se acercaban a los demás prisioneros con algo parecido a una furia demencial, los expulsaban de las literas o los trenes; les robaban lo que les quedaba de ropa; aullaban, maldecían y juraban. Para la generalidad de las personas, su aspecto y su conducta resultaba sumamente extraña. Antoni Ekart, un prisionero polaco, se quedó horrorizado ante «la absoluta falta de inhibición de los *urki*, que realizan abiertamente todas las funciones naturales, incluido el onanismo. Resultan asombrosamente parecidos a los monos, con quienes parecen tener más en común que con los hombres».[4] Mariya Ioffe, la esposa de un famoso bolchevique, también escribió que los ladrones tenían relaciones sexuales en público, que caminaban desnudos en torno a los barracones y carecían de sentimientos: «Solo sus cuerpos están vivos».[5]

Solo al cabo de semanas o meses en los campos los recién llegados comenzaban a comprender que el hampa no era un mundo uniforme, que tenía su propia jerarquía, su propio sistema de rangos; en efecto, había muchos tipos diferentes de ladrones. Lev Razgon explicaba: «Hay una división por castas y comunidades, cada una con su propia férrea disciplina, con muchas reglas y costumbres, y si estas eran infringidas el castigo era severo: en el mejor de los casos, el individuo era expulsado del grupo, y, en el peor, lo mataban».[6]

Karl Kolonna-Czonowski, un prisionero polaco que resultó ser el único preso político en un campo maderero en el norte destinado exclusivamente a criminales, también observó estas diferencias:

> El hampa rusa era de una conciencia de clase extrema en esos días. En efecto, la clase para ellos lo era todo. En su jerarquía, los delincuentes de altos vuelos, tales como asaltantes de trenes o bancos, eran miembros de la clase superior. Grisha Tchorny, el cabecilla de la mafia del campo, era uno de ellos. En el extremo opuesto de la escala social estaban los ladrones de poca monta, como carteristas. Los peces gordos los empleaban de ayudas de cámara y mensajeros, y eran muy poco considerados. Todos los otros delitos eran atribución del grueso de la clase media, pero incluso entre ellos había distinciones.
>
> En muchos sentidos, esta sociedad extraña era, en caricatura, una réplica del mundo «normal». En ella uno podía encontrar el equivalente de todos los matices de la virtud o el vicio humanos. Por ejemplo, uno podía rápidamente reconocer al hombre ambicioso en su ascenso, al esnob, al arribista, al estafador o al hombre honesto y generoso…[7]

En la cúspide de la jerarquía, marcando las normas para todos los demás, estaban los delincuentes profesionales. Conocidos como *urki*, *blatnoi*, o, si

pertenecían a la élite más exclusiva del hampa, *vori v zakone* («ladrones honorables»), los delincuentes profesionales rusos que vivían ateniéndose a una serie completa de normas y costumbres anteriores al Gulag, y persistieron después de su desaparición. No tenían nada que hacer con la amplia mayoría de los reclusos del Gulag que habían sido sentenciados por delitos «comunes». Los llamados delincuentes «comunes» (personas condenadas por hurto, infracción de las normas laborales, y otros delitos no políticos) odiaban a los «ladrones honorables» con la misma pasión que detestaban a los presos políticos.

Y no es extraño: los «ladrones honorables» tenían una cultura muy diferente de la del ciudadano soviético medio. Sus orígenes se remontaban a los bajos fondos de la Rusia zarista, cuando las hermandades clandestinas de ladrones y mendigos controlaban los delitos menores.[8] Pero se había expandido mucho más en los comienzos del régimen soviético, gracias a los cientos de miles de huérfanos —víctimas directas de la revolución, la guerra civil y la colectivización—, que habían logrado sobrevivir, primero como niños de la calle, después como ladrones. A finales de los años veinte, cuando los campos comenzaron a crecer a escala masiva, los delincuentes profesionales se habían transformado en una comunidad completamente separada, que tenía un código de conducta estricto que les prohibía tener cualquier relación con el Estado soviético. Un verdadero ladrón rehusaba trabajar, se negaba a poseer un pasaporte y a cooperar con las autoridades a no ser que pudiera sacarles provecho: los «aristócratas» de la obra de Nikolái Pogodin de 1934, *Aristokraty*, ya son identificables como «ladrones honorables» que rehúsan, por principio, realizar cualquier trabajo.[9]

En su mayor parte, los programas de adoctrinamiento y reeducación de comienzos de los años treinta estaban dirigidos efectivamente a los «ladrones honorables» antes que a los presos políticos. Siendo los ladrones «socialmente adaptados» (*sotsialno-blizki*), en tanto que opuestos a los políticos, que eran «socialmente peligrosos» (*sotsialno-opasnyi*), se suponía que eran reformables. Pero a finales de los años treinta, al parecer las autoridades abandonaron la idea de reformar a los delincuentes profesionales. En cambio, decidieron utilizar a los «ladrones honorables» para controlar e intimidar a los demás prisioneros, en especial a los «contrarrevolucionarios», a quienes los ladrones odiaban naturalmente.[10]

Esta situación no era del todo nueva. Un siglo antes, los delincuentes presos en Siberia odiaban a los presos políticos. En *Recuerdos de la casa de los muertos*, sus memorias, apenas noveladas, de los cinco años que estuvo en prisión, Dostoievski refiere la observación de un compañero de prisión: «No, a ellos no les agradan los caballeros presos, especialmente los políticos; no les importaría matarlos, lo cual no es extraño; para comenzar, uno es un tipo diferente de persona, no como ellos…».[11]

En la Unión Soviética, la dirección del campo empleó abiertamente pequeños grupos de delincuentes profesionales desde más o menos 1937 hasta el fin de la guerra. Durante este período los «ladrones honorables» de mayor nivel no trabajaban, pero en cambio se aseguraban de que otros lo hicieran.[12] Como Lev Razgon dice:

> No trabajaban, pero se les asignaba la ración completa; recaudaban tributo en dinero de todos los «campesinos» (los que trabajaban); se apoderaban de la mitad de los paquetes de comida y de las compras del economato del campo; y descaradamente desvalijaban a los recién llegados, quitándoles la mejor ropa. Eran, en una palabra, pandilleros, bribones, miembros de una pequeña mafia. Todos los reclusos comunes del campo, que formaban la mayoría, los detestaban intensamente.[13]

Algunos presos políticos encontraron la manera de llevarse bien con los «ladrones honorables», en especial después de la guerra. A algunos de los jefes supremos de los delincuentes les agradaba tener políticos de mascotas o adláteres. Alexander Dolgun se ganó el respeto del jefe en un campo de tránsito al apalear a un hampón de baja estofa.[14] En parte porque él también había derrotado a un delincuente en un pugilato, Marlen Korallov (un joven preso político, después miembro de la Sociedad Memoria) atrajo la atención de Nikola, el jefe del hampa del campo, quien le permitió sentarse junto a él en los barracones. La decisión alteró el estatus de Korallov en el campo, donde inmediatamente pasó a ser considerado un «protegido» de Nikola, y obtuvo un mejor lugar para dormir: «El campo comprendió: si yo era de la troika de Nikola, entonces era parte de la élite del campo … todos cambiaron de actitud conmigo instantáneamente».[15]

En la mayoría de los casos, sin embargo, el dominio de los ladrones sobre los políticos era absoluto. Su posición superior contribuye a explicar, según dice un criminólogo, por qué se sentían «en casa» en los campos; vivían mejor que los

demás prisioneros y tenían un grado de poder real en los campos que no disfrutaban en el exterior.[16] Por ejemplo, Korallov explica que Nikola era el único que tenía una cama de hierro en el barracón, que estaba colocada en una rincón. Nadie más dormía en esa cama, y un grupo de adláteres de Nikola rondaban por ahí para asegurarse de que fuera así. También colgaban mantas de las camas que rodeaban la de su jefe para impedir que alguien mirase. El acceso al espacio que rodeaba al jefe estaba cuidadosamente controlado. Dichos prisioneros consideraban sus largas sentencias con un cierto orgullo machista. Korallov observaba que

> había algunos tipos jóvenes que para obtener más autoridad hacían un intento de fuga, una intentona sin posibilidades, y después les caían otros veinticinco años, tal vez otros veinticinco por sabotaje. Entonces aparecían en otro campo y decían que tenían una sentencia de cien años, lo cual los hacía personas importantes según la moralidad del campo.[17]

El estatus más alto hacía que el mundo de los ladrones resultara atractivo a los jóvenes prisioneros, que a veces eran admitidos en la fraternidad mediante complejos rituales de iniciación. Según la versión compilada por los agentes de la policía secreta y funcionarios penales en la década de 1950, los nuevos miembros del clan tenían que adherirse a un juramento en que prometían ser «ladrones dignos» y aceptar las normas estrictas de la vida del ladrón. Otros ladrones recomendaban al novato, quizá alabándolo por «desafiar la disciplina del campo» y le conferían un apodo. La noticia de su «coronación» llegaba a todo el sistema de campos mediante la red de contactos de los ladrones, de modo que, aunque fuera trasladado a un nuevo *lagpunkt*, su posición sería mantenida.[18]

Esta era la situación que Nikolái Medvedev (sin parentesco con los intelectuales moscovitas) encontró en 1946. Siendo adolescente fue arrestado por robar grano de una granja colectiva, Medvedev fue tomado bajo la protección de uno de los principales «ladrones honorables» cuando estaba en el transporte, y gradualmente fue admitido en el mundo de los ladrones. Al llegar a Magadán, se lo puso a trabajar como a otros prisioneros —se le asignó la limpieza del comedor, una tarea difícilmente onerosa—, pero su mentor le gritó que se detuviera, «de modo que yo no trabajé, igual que los demás ladrones que no

trabajaban». En cambio otros prisioneros hicieron el trabajo por él.[19]

Como explica Medvedev, la dirección del campo no estaba interesada en si ciertos prisioneros trabajaban o no. «A ellos solo les importaba una cosa: que la mina produjera oro, tanto oro como fuera posible, y que el campo estuviera en orden». Y, como escribe con cierto beneplácito, los ladrones aseguraban que prevaleciera el orden. Lo que los campos perdían en horas de trabajo de los presos, lo ganaban en disciplina. Medvedev explicaba que «si uno molestaba a otro, este iría a los capos mafiosos con sus quejas», no a los mandos del campo. Este sistema, afirmaba, mantenía bajo control el nivel de la violencia y las reyertas, que de otro modo habría sido muy alto.[20]

La narración positiva de Nikolái Medvedev sobre el reinado de los ladrones en los campos es inusitada, en parte porque describe el mundo de los ladrones desde dentro —muchos de los *urki* eran analfabetos y apenas escribieron memorias—, pero principalmente porque se muestra comprensiva con él. La mayoría de los cronistas «clásicos» del Gulag, testigos del terror, el robo y las violaciones que los ladrones infligían a los demás habitantes de los campos, los odiaban con vehemencia. «Los delincuentes no son humanos —escribía Shalámov sin atenuantes—, las fechorías cometidas por los delincuentes en los campos son innumerables.»[21]

Zhigulin describió gráficamente cómo imponían el orden los ladrones. Un día, mientras estaba sentado en una sala prácticamente vacía, escuchó a dos prisioneros que pugnaban por una cuchara. De pronto, Dezemiya, el suplente del «ladrón honorable» síndico del campo, gritó en la puerta:

> —¿Por qué tanta bulla? ¿Por qué esta pelea? No os está permitido perturbar la paz del comedor.
>
> —Mira, se ha agenciado mi cuchara y me la ha cambiado. Yo tenía una entera y me ha dado una rota.
>
> —Os castigaré a ambos y os reconciliaréis. —Hizo un rápido movimiento contra los contendientes con su uñeta, rápido como un rayo les había sacado un ojo a cada uno.[22]

En efecto, la influencia de los ladrones en el campo tenía un arraigo profundo. Su jerga, tan distinta del ruso común que casi podía ser una lengua aparte, se convirtió en el más importante medio de comunicación en el campo. Aunque famosa por su amplio vocabulario de complicados tacos, la lista de palabras recopilada en los años ochenta (muchas todavía eran las mismas que se

usaban en los años cuarenta), también incluye cientos de palabras de la jerga del hampa para los objetos cotidianos, ropa, partes del cuerpo y utensilios, bastante diferentes de las palabras rusas usuales. Para las cosas de interés especial (dinero, prostitutas, robos y ladrones), había literalmente decenas de sinónimos.

Aprender a hablar *blatnoe slovo*, «la jerga de los ladrones», era un ritual de iniciación que la mayoría de los prisioneros soportaba, aunque no necesariamente de buen grado. Algunos nunca se acostumbraron a él. Una prisionera política escribiría más tarde:

> La cosa más difícil de soportar en esos campos son los constantes vituperios e insultos … las malas palabras que las delincuentes usan son tan obscenas que son inaguantables y parecen que solo son capaces de hablar entre ellas con los términos más groseros y bajos. Cuando comenzaban a maldecir y a jurar, las detestábamos tanto que solíamos decir entre nosotras: «Si estuviera muriéndose a mi lado, no le daría ni una gota de agua».[23]

De vez en cuando, la dirección del campo trató de eliminar la jerga. En 1933, el jefe de Dmitlag ordenó a sus subordinados que «adoptaran las medidas apropiadas» para que los prisioneros —así como los guardias y funcionarios del campo— dejaran de usar la jerga del hampa, que era de «uso general, incluso en cartas y discursos oficiales».[24] No hay ninguna prueba de su éxito.

Los ladrones de alto nivel no solo hablaban de un modo diferente, también tenían un aspecto distinto del de otros prisioneros. Quizá más que su jerga, su vestimenta y su curioso sentido de la moda los singularizaba como una casta identificable y separada, que afianzaba el poder de intimidación que ejercían sobre los demás prisioneros. En los años cuarenta, según Shalámov, los «ladrones honorables» usaban cruces de aluminio colgadas del cuello, sin finalidad religiosa: «Era una especie de símbolo».

Georgi Feldgun, que también estuvo en los campos en los años cuarenta, recordaba que los ladrones tenían una forma de caminar distintiva, «con pasos cortos, y las piernas un poco separadas», usaban cadenas de oro o fundas de oro en los dientes que se habían hecho poner siguiendo una especie de moda: «El *vor* de 1943 se paseaba normalmente con un terno azul oscuro, los pantalones metidos en la caña de las botas. La camisa bajo el chaleco, pero con los faldones por fuera. Una gorra le cubría los ojos. Por lo común llevaban tatuajes sentimentales: “No olvidaré a mi querida madre”, “No hay felicidad en la

vida”…».[25]

Estos tatuajes, que muchos mencionan, también servían para distinguir a los miembros del *blatnoi mir*, el «mundo del hampa», de otros delincuentes presos, y para identificar el papel de cada ladrón en ese mundo. Según un historiador de los campos, había tatuajes diferentes para los homosexuales y para los adictos, para los violadores y los asesinos.[26] Solzhenitsin es más específico:

> Entregaban su piel bronceada al tatuaje y de ese modo satisfacían poco a poco sus ansias artísticas, eróticas e incluso morales: en el pecho, el vientre y la espalda podían admirar mutuamente poderosas águilas posadas sobre unos arrecifes o volando en el cielo. O el gran martillo, el sol, con sus rayos disparados en todas las direcciones, o mujeres y hombres copulando, o los órganos particulares del disfrute sexual, o de pronto, junto a sus corazones Lenin o Stalin, o los dos juntos … A veces se reían al ver un fogonero echando carbón al ano de alguien o a un mono masturbándose. También se leían mutuamente los lemas, aun cuando ya los conocieran, porque les gustaba repetirlos: «… todas las mujeres en la boca…». O en el vientre de una ladrona: «Moriría por un buen…».[27]

Los ladrones también se distinguían de otros prisioneros en su manera de divertirse. Sus partidas de cartas estaban rodeadas de complejos rituales, que implicaban grandes riesgos, tanto por el juego mismo, como por las autoridades, que castigaban a quien fuera sorprendido jugando.

El ritual del juego de cartas era otro ingrediente del terror que los ladrones ejercían sobre los presos políticos. Cuando jugaban entre sí, los ladrones apostaban dinero, pan y ropa. Cuando perdían sus posesiones, apostaban el dinero, el pan y la ropa de los demás prisioneros.

Una prisionera vivía en un barracón de mujeres que había sido «perdido» en una partida de cartas. Después de escuchar la noticia, las mujeres esperaron con ansia durante días, «incrédulas», hasta que una noche fueron atacadas: «El tumulto era aterrador, las mujeres gritaban, sus gritos clamaban al cielo, hasta que los hombres llegaron a rescatarnos … al final solo robaron unos cuantos fardos de ropa y acuchillaron al *starosta*».[28]

Pero los naipes podían ser no menos peligrosos para los propios delincuentes profesionales. El general Gorbatov conoció a un ladrón en Kolimá que solo tenía dos dedos en la mano izquierda. Explicaba:

> Estaba jugando a las cartas y perdí. No tenía dinero y empeñé un buen traje, no era mío por supuesto, era un traje que llevaba un político. Me propuse apoderarme del traje por la noche cuando

el nuevo preso se lo hubiera quitado para dormir. Tenía que cogerlo antes de las ocho de la mañana, pero se llevaron al político a otro campo ese mismo día. Un consejo de veteranos se reunió para castigarme. El demandante quería todos los dedos de mi mano izquierda. Los veteranos le ofrecieron dos. Negociaron un poco y aceptaron tres. Entonces puse la mano en la mesa y el hombre que ganó agarró un palo y con cinco golpes me cercenó tres dedos…

El hombre terminó su relato casi con orgullo: «Tenemos nuestras leyes también, solo que más duras que las vuestras. Si uno perjudica a sus camaradas, tiene que responder por ello».[29]

Las autoridades conocían estos rituales y ocasionalmente trataron de intervenir, no siempre con éxito. En un incidente, en 1951, un tribunal de ladrones sentenció al ladrón llamado Yurilkin a muerte. Los mandos del campo se enteraron y trasladaron a Yurilkin, primero a otro campo, después a una prisión de tránsito, y finalmente a un tercer campo en la otra punta del país. Sin embargo, dos «ladrones honorables» le siguieron la pista hasta allí y lo asesinaron cuatro años después.[30]

Los tribunales de los ladrones podían castigar a personas ajenas a su mundo, lo que quizá explica por qué inspiraban tanto terror. Leonid Finkelstein, un preso político de comienzos de los años cincuenta, recordaba un asesinato por venganza:

… personalmente solo vi un asesinato, pero fue espectacular. ¿Sabe lo que es una gran lima de metal? Una lima así, afilada en la punta, es un arma tremendamente mortífera…

Teníamos un *naryadchik*, el hombre que asignaba trabajo a cada prisionero. De qué era culpable, no se lo puedo decir. Pero los «ladrones honorables» decidieron que debía morir. Pasó cuando estábamos formados para el recuento, antes de ir al trabajo. Cada brigada estaba separada de la otra. El *naryadchik* estaba delante. Kazajov era su nombre, era un hombre grueso con una gran panza. Uno de los ladrones salió de la fila y le hincó la lima en el estómago, en el vientre. Probablemente era un asesino profesional. El hombre fue capturado de inmediato, pero tenía una condena de veinticinco años. Por supuesto que lo procesaron de nuevo, y le impusieron otros veinticinco años. De forma que su condena fue prolongada un par de años, ¡a quién le importa…![31]

Sin embargo, era relativamente raro que los ladrones dirigieran su «justicia» hacia los que gobernaban los campos. Por lo general, si no eran exactamente leales ciudadanos soviéticos, al menos estaban satisfechos de cooperar con una tarea que las autoridades soviéticas habían fijado para ellos: es decir, estaban contentos con reinar sobre los presos políticos, ese grupo que era, citando de nuevo a Guinzburg, «aún más despreciado y marginal que ellos mismos».

KONTRIKIU Y BYTOVYE: LOS PRESOS POLÍTICOS Y LOS COMUNES

Con su jerga especial, su indumentaria distintiva y su rígida cultura, los delincuentes profesionales eran fáciles de identificar y de describir. Es bastante más arduo hacer generalizaciones sobre el resto de los prisioneros, las personas que formaban la materia prima de la fuerza de trabajo del Gulag, ya que provenían de todos los estratos de la sociedad soviética. En efecto, durante mucho tiempo, nuestra comprensión de quiénes eran exactamente la mayoría de los reclusos de los campos ha quedado sesgada por la forzosa necesidad de recurrir a las memorias, sobre todo en las publicadas fuera de la Unión Soviética. Por lo común, sus autores eran intelectuales, a menudo extranjeros, y casi siempre presos políticos.

A partir de la *glasnost* de Gorbachov en 1989, sin embargo, un número más amplio de memorias se ha vuelto accesible, junto con algunos datos de archivo. Según estos últimos (que deben ser tratados con gran cautela), resulta que la inmensa mayoría de los prisioneros no eran intelectuales, ni personas de la intelectualidad técnica y académica rusa, que constituía efectivamente una clase social aparte, sino trabajadores y campesinos. Algunas cifras para la década de 1930, los años en que el grueso de reclusos del Gulag eran *kulaks*, son reveladoras. En 1934, solo el 0,7% de la población de los campos tenía educación superior, mientras que el 39,1% solo tenía educación primaria. Al mismo tiempo, el 42,6% respondía a la descripción de «semianalfabeta», y el 12% era analfabeta. Incluso en 1938, el año en que el «gran terror» arreciaba entre los intelectuales de Moscú y Leningrado, los presos que tenían educación superior en los campos solo eran todavía el 1,1%, mientras que más de la mitad tenían educación primaria y un tercio eran semianalfabetos.[32]

Al parecer, no existen cifras comparables sobre los orígenes sociales de los prisioneros, pero vale la pena señalar que, en 1948, menos de la cuarta parte de los presos eran políticos (los sentenciados según el artículo 58 del Código Penal, por delitos «contrarrevolucionarios»). Esto obedece a un patrón más antiguo. Los presos políticos oscilaban entre el 12% y el 18% de los prisioneros en los años del terror de 1937 y 1938; aumentaron en torno al 30-40% durante la guerra, y ascendieron en 1946 a casi el 60%, a causa de la amnistía concedida a

los delincuentes comunes a raíz de la victoria; después se mantuvieron estables, oscilando entre la cuarta parte y un tercio de los reclusos, durante el resto del dominio de Stalin.[33]

Teniendo en cuenta el nuevo conjunto de memorias acumulado en Rusia desde la caída de la Unión Soviética, también comenzó a verse claro que muchos de los políticos no eran realmente «presos políticos» en el sentido en que definimos el término hoy en día. En los años veinte, se recluía en los campos a militantes de los partidos antibolcheviques, a los que se llamaba «políticos». Había también, en los años treinta, unos cuantos trotskistas genuinos (personas que apoyaron a Trotski frente a Stalin). En los años cuarenta, después de las detenciones masivas en Ucrania, los estados bálticos y Polonia, una oleada de activistas y guerrilleros auténticamente antisoviéticos llegó a los campos. A comienzos de los años cincuenta, un puñado de estudiantes antiestalinistas fue arrestado.

Sin embargo, de los cientos de miles de personas a las que en los campos se llamaba presos políticos, la inmensa mayoría no eran disidentes, ni sacerdotes que dijeran la misa en secreto ni siquiera peces gordos del partido. Eran personas del común, arrastradas por las detenciones masivas, que no necesariamente tenían puntos de vista políticos definidos. Olga Adamova-Sliozberg, que había trabajado para uno de los ministros de Industria en Moscú, escribió: «Antes de mi detención, yo llevaba una vida bastante normal, propia de una profesional soviética no afiliada al partido. Trabajaba duro, pero no tenía un papel destacado en la política ni en los asuntos públicos. Mis intereses reales eran la familia y la casa».[34]



Esbozo del retrato de dos zeks, dibujo de Serguéi Reijenberg, Magadán, sin fecha.

Si los presos políticos no eran necesariamente políticos, la gran mayoría de los presos comunes no eran necesariamente hampones. Aunque había algunos delincuentes profesionales y durante los años de la guerra hubo algunos criminales de guerra y genuinos colaboradores de los nazis en los campos, la mayoría de los prisioneros habían sido condenados por los llamados delitos «comunes» o no políticos que en otras sociedades no serían considerados delitos. El padre de Aleksandr Lebed, el general y político ruso, llegó diez minutos tarde al trabajo un par de veces, por lo cual fue condenado a cinco años en el campo.[35] En el campo de Polianski, mayoritariamente destinado a los presos comunes, cerca de Krasnoyarsk-26, base de uno de los reactores nucleares de la Unión Soviética, los archivos documentan el caso de un delincuente «común» condenado a seis años por robar una bota de caucho en un mercado, otro a diez años por robar diez barras de pan, y otro —un camionero que criaba a sus dos hijos él solo— a diez años por robar tres botellas del vino que estaba repartiendo. Y otro fue condenado a cinco años por «especulación», porque había comprado cigarrillos en un lugar y los había vendido en otro.[36] En este mundo al revés del Gulag, los delincuentes presos no eran más susceptibles de ser verdaderos delincuentes que los presos políticos de ser opositores activos al régimen.

En otras palabras, los delincuentes no siempre eran personas que hubieran cometido un delito político. Los políticos estaban clasificados según la sección del artículo 58 del Código Penal que se les hubiera aplicado. Evgeniya

Guinzburg anotaba que entre los presos políticos era mucho mejor haber sido sentenciado según la sección 10 del artículo 58, por «agitación antisoviética». Eran los «parlanchines»: habían contado una broma desafortunada sobre el partido, o habían dejado caer alguna crítica de Stalin o del jefe local del partido (o habían sido acusados de haberlo hecho por un vecino envidioso). Incluso las autoridades del campo reconocían que los «parlanchines» no habían cometido delito alguno, de modo que a los condenados por «AAS» a veces les resultaba más fácil conseguir una asignación a un trabajo menos pesado.

Por debajo de ellos estaban los condenados por «actividades contrarrevolucionarias» (KRD). Y les seguían los condenados por «actividad contrarrevolucionaria terrorista» (KRTD). La «T» adicional podía significar, en algunos campos, que se prescribía efectivamente a un prisionero la asignación del trabajo común más duro (tala de árboles, trabajo en las minas, construcción de carreteras), en especial si el KRTD iba acompañado de una sentencia de diez a quince años o más.[37]

Y era posible descender aún más. Por debajo del KRTD estaba todavía la categoría: KRTTD, no solo actividades terroristas, sino «actividades trotskistas terroristas». «Supe de casos —escribió Lev Razgon— en que la T adicional aparecía en los documentos del campo de un prisionero a raíz de una pelea durante el recuento general con el distribuidor del trabajo o el jefe de la distribución, que eran ambos delincuentes.»[38] Un pequeño cambio como este podía significar la diferencia entre la vida y la muerte, ya que ningún capataz asignaría a un prisionero KRTTD algo que no fuera el trabajo físico más duro.

Las sentencias oficiales por sí solas no determinaban el lugar de los políticos en la jerarquía del campo. Aunque no tenían un rígido código de conducta como los delincuentes, ni un lenguaje unificado, finalmente se separaban en distintos grupos. Estos clanes políticos se mantenían unidos por espíritu de camaradería y necesidad de protección, o porque compartían una visión del mundo común. Los clanes no eran distintos, se yuxtaponían entre sí y con los clanes de los presos no políticos, y no existían en todos los campos. Cuando los había, sin embargo, podían ser vitales para la supervivencia del prisionero.

Los clanes políticos fundamentales y en última instancia más poderosos eran los formados según la nacionalidad o el lugar de origen. Esos clanes se hicieron más

poderosos e importantes durante la Segunda Guerra Mundial y con posterioridad, cuando el número de prisioneros extranjeros aumentó de manera espectacular. Su formación era bastante natural. Cuando llegaba un nuevo prisionero, de inmediato buscaba en el barracón a sus compatriotas estonios, ucranianos o, en unos poquísimos casos, compatriotas estadounidenses. Walter Warwick, uno de los estadounidenses de origen finlandés que acabó en los campos a finales de los años treinta, describió en un escrito que envió a su familia, que los presos de habla finesa se agruparon para protegerse del latrocinio y el bandidaje de los *urki*: «Llegamos a la conclusión de que si queríamos un poco de paz de ellos, debíamos formar una banda. De modo que organizamos la nuestra para ayudarnos mutuamente. Éramos seis: dos finlandeses de Estados Unidos, dos finlandeses de Finlandia y dos del distrito de Leningrado…».[39]

No todos los clanes nacionales tenían el mismo carácter. Por ejemplo, hay opiniones diferentes respecto a si los prisioneros judíos tenían realmente su propia red, o si se fundían con la población rusa en general. Muchos de los judíos arrestados a finales de los años treinta, durante la represión de la alta jerarquía y el ejército, parecen haberse considerado comunistas en primer lugar y judíos en segundo lugar.

Después, cuando llegaron más judíos junto con los polacos durante la guerra, parecen haber formado redes étnicas reconocibles. Ada Federolf, que escribió sus memorias, al igual que Ariadna Efron, la hija de Marina Tsvetaeva, describe un campo donde el taller de sastrería, un espacio de lujo para trabajar según los estándares del campo, era dirigido por un hombre llamado Lieberman. Cada vez que llegaba un transporte, caminaba entre la multitud gritando: «¿Judío?, ¿algún judío?». Cuando los encontraba, llegaba a acuerdos para que trabajasen con él en su taller; de ese modo, los salvaba del trabajo común en los bosques. Lieberman concibió un ingenioso plan para salvar a los rabinos, y para que pudieran efectuar sus rezos. Construyó un armario especial para un rabino, y lo ocultó en el interior de modo que nadie supiera que no estaba trabajando. También inventó el trabajo de «supervisor de calidad» para otro rabino. Esto permitía que el hombre caminara entre las mujeres que cosían durante toda la jornada, sonriéndoles y rezando en voz baja.[40]

Debido a su pequeño número, los europeos occidentales y los

estadounidenses que se encontraban en los campos tenían dificultades para formar redes estables. Estaban en una difícil posición para ayudarse, a muchos los desorientaba la vida en el campo, no hablaban ruso, la comida les parecía incomible y las condiciones de vida, intolerables. Después de ver a un grupo entero de alemanas morir en la prisión de tránsito de Vladivostok, pese a que se les permitió beber agua hervida, Nina Gagen-Torn, una prisionera rusa, escribió con cierta ironía: «Los barracones están llenos de ciudadanos soviéticos, acostumbrados a la comida, que pueden tolerar el pescado salado, incluso si está malogrado. Cuando un gran transporte lleno de miembros arrestados de la Tercera Internacional llegaba, todos bajaban con una grave disentería».[41]

Pero los occidentales, un grupo que incluía polacos, checos y otros europeos orientales, también disfrutaban de unas cuantas ventajas. Eran objeto de especial fascinación e interés, y a veces les reportaba contactos, regalos de comida y un trato más amable. Flora Leipman, una mujer escocesa cuyo padrastro ruso había hablado a su familia de trasladarse a la Unión Soviética, utilizaba su «carácter escocés» para divertir a sus compañeros de prisión:

> Me levantaba la falda por encima de las rodillas para que pareciera un *kilt* y me bajaba las medias hasta la rodilla. A la manera escocesa, me ponía la manta sobre el hombro y me colgaba el sombrero por delante como una escarcela. Mi voz se alzaba orgullosamente cantando *Annie Laurie*, *Ye Banks and Braes o'Bonnie Doon*, siempre terminando con *God save the King*, sin traducirlo.[42]

John Noble, un estadounidense apresado en Dresde, se convirtió en «el personaje distinguido de Vorkutá», y entretenía a sus compañeros con anécdotas de la vida en Estados Unidos que estos encontraban increíbles. «Johnny —le dijo uno de ellos—, tú podrías hacernos creer que los trabajadores de Estados Unidos conducen su propio coche.»[43]

Pero aunque ser extranjero causaba admiración, también impedía establecer los contactos más estrechos con que se sostuvieron muchos en los campos. Leipman escribió que «incluso mis nuevos "amigos" del campo me temían, porque yo era una extranjera para ellos».[44]

En una posición más delicada, se hallaban los musulmanes y otros prisioneros de Asia central y de algunas repúblicas caucásicas. Sufrían la misma desorientación de los occidentales, pero generalmente no eran capaces de divertir ni interesar a los rusos. Llamados *natsmeny* (derivado del término ruso

para las «minorías nacionales»), se habían incorporado a la vida de los campos en los años veinte. Habían sido arrestados en gran número durante la pacificación —y sovietización— de Asia central y el Cáucaso septentrional, y enviados a trabajar en el canal del mar Blanco; a partir de 1933 muchos de ellos trabajaron en el canal Moscú-Volga. Después Gustav Herling los encontró trabajando en un campo maderero en el norte. Recordaba haberlos visto cada noche en la enfermería del campo, esperando para ver al médico:

> En la sala de espera soportaban el dolor de vientre, pero en el momento en que traspasaban la puerta estallaban en un penoso quejido, y los lamentos se mezclaban confusamente con su ruso curiosamente imperfecto. No había remedio para su mal … simplemente morían de nostalgia, de anhelo por su patria, de hambre, de frío y de la monótona blancura de la nieve. Sus ojos rasgados, deshabituados al paisaje boreal, estaban siempre llorosos y sus pestañas estaban pegadas con una fina legaña amarilla. En los raros días de asueto, los uzbekos, turcomanos y kirguizos se congregaban en un rincón del barracón, vestidos con sus ropas de fiesta, túnicas largas de colores y casquetes bordados. Era imposible imaginar de qué hablaban con esa animación y emoción, gesticulando, gritando y asintiendo tristemente con la cabeza, pero estoy seguro de que no era del campo.[45]

La vida no era mucho mejor para los coreanos (generalmente ciudadanos soviéticos de origen coreano), ni para los japoneses (la sorprendente cifra de 600 000 llegó al Gulag y a los campos de prisioneros de guerra al final de la guerra). Los japoneses sufrían a causa de la alimentación, que no solo era escasa, sino extraña y virtualmente incomible. En consecuencia, ellos cazaban y comían cosas que los demás prisioneros encontraban igual de incomibles: hierbas silvestres, insectos, escarabajos, serpientes y setas que ni los rusos tocarían. De vez en cuando sus incursiones acababan mal: hay documentos sobre prisioneros japoneses que murieron a causa de la ingestión de grama venenosa o hierbas silvestres.[46]

Algunas de las nacionalidades del Lejano Oriente se adaptaron con más rapidez. En ciertas memorias se menciona la cohesionada organización de los chinos, algunos de los cuales eran chinos étnicos «soviéticos» nacidos en la URSS, entre los cuales había trabajadores invitados legalmente en los años veinte; otros eran personas sin suerte que por accidente o por azar habían cruzado la amplia frontera chino-soviética.[47]

En los campos, recuerda Dmitri Panin, uno de los compañeros de Solzhenitsin, los chinos «solo hablaban entre ellos. Para responder a cualquiera

de nuestras preguntas, ponían cara de incomprensión». Karlo Stajner recuerda que eran muy buenos para procurarse trabajos: «En toda Europa, los chinos son famosos como malabaristas, pero en los campos eran empleados en la lavandería. No puedo recordar haber visto un trabajador en las lavanderías que no fuera chino en ninguno de los campos en los que estuve».[48]

Pero los grupos étnicos más importantes fueron los formados por los bálticos y los ucranianos occidentales que habían sido llevados *en masse* a los campos durante y después de la guerra (véase el capítulo 20). En un número menor, pero significativo, los polacos, en especial los guerrilleros anticomunistas, también aparecieron en los campos a finales de los años cuarenta, así como los chechenos, de quienes Solzhenitsin dice que eran «la única nación que no claudicaría, ni adquiriría los hábitos mentales de la sumisión», y que se distinguían de los demás caucásicos.[49] La fuerza de estos grupos étnicos específicos provenía de su número, y de su clara oposición a la Unión Soviética, cuya invasión de sus respectivos países consideraban ilegal. Los polacos, bálticos y ucranianos de la posguerra tenían experiencia en la lucha guerrillera y militar, y en algunos casos mantuvieron sus organizaciones guerrilleras en los campos. Poco después de la guerra, el ejército ucraniano rebelde, uno de los grupos que luchaban por el control de Ucrania en ese momento, publicó una declaración para todos los ucranianos que habían sido deportados o enviados a los campos: «Dondequiera que estéis, en las minas, los bosques, o los campos, permaneced siempre como habéis sido antes, verdaderos ucranianos, y continuad luchando».

En los campos, los guerrilleros se ayudaban mutuamente, y observaban a los recién llegados. Adam Galinski, un polaco que había luchado con el ejército patriota polaco, antisoviético, tanto durante como después de la guerra, escribió: «Cuidábamos especialmente de la juventud del ejército patriótico, y manteníamos la moral, la más alta en la atmósfera de decadencia moral que prevalecía entre los diferentes grupos nacionales confinados en Vorkutá».[50]

Cuando adquirieron mayor poder para influir en el funcionamiento de los campos, los polacos, bálticos y ucranianos, así como los georgianos, armenios y chechenos, formaron sus propias brigadas nacionales; dormían en barracones separados según la nación, y organizaban celebraciones de sus respectivas fiestas nacionales. A veces, estos grupos poderosos cooperaban entre sí. El escritor

Aleksandr Wat escribió que los polacos y los ucranianos, enemigos encarnizados en la guerra, cuyos movimientos guerrilleros se disputaban la Ucrania occidental centímetro a centímetro, se relacionaban en las prisiones soviéticas «con reserva pero con increíble lealtad. “Somos enemigos, pero no aquí”».[51]

En otros momentos estos grupos étnicos rivalizaban, entre sí y con los rusos. Liudmila Jachatrian, arrestada por haberse enamorado de un soldado yugoslavo, recordaba que los ucranianos del campo rehusaban trabajar con los rusos.[52] Los grupos nacionales de resistencia, escribía otro testigo, «se caracterizan, por una parte, por la hostilidad al régimen, y por otra, por su hostilidad a los rusos». Edward Buca recordaba una hostilidad más generalizada: «Era infrecuente que un prisionero ayudara en modo alguno a alguien de una nacionalidad diferente».[53] Aunque Pavel Negretov, en Vorkutá al mismo tiempo que Buca, consideraba que la mayoría de las nacionalidades se llevaban bien, excepto cuando sucumbían a las «provocaciones» de la jefatura: «Trataban, mediante sus informantes … de enfrentarnos».[54]

A finales de los años cuarenta, cuando los diversos grupos étnicos asumieron el papel de policías *de facto* en los campos, a veces se enfrentaron por el control. Marlen Korallov recordaba que «comenzaron a luchar por el poder, y el poder significaba un gran aliciente, porque el cocinero trabajaría directamente para su amo». Según Korallov, el equilibrio entre los diversos grupos era sumamente delicado, y podía romperlo la llegada de un nuevo transporte. Cuando un grupo de chechenos llegó a su *lagpunkt*, entraron a los barracones y «lanzaron todo lo que había en las literas inferiores al suelo» (en ese campo las literas inferiores eran las «aristocráticas»), y «se instalaron en ellas con sus pertenencias».[55]

Leonid Sitko, un prisionero que pasó una temporada en un campo nazi para soldados rasos y que fue arrestado al regresar a Rusia, fue testigo de una batalla mucho más grave entre chechenos, rusos y ucranianos a finales de los años cuarenta. La discusión, que comenzó con una disputa personal entre los jefes de brigada, fue subiendo de tono: «Se convirtió en una guerra, una guerra declarada». Los chechenos organizaron un ataque contra los barracones rusos y hubo muchos heridos. Después, todos los cabecillas fueron recluidos en el pabellón de castigo. Aunque en las disputas se dirimía la influencia en el campo, tenían su origen en profundos sentimientos nacionales. Sitko explicaba: «Los bálticos y los ucranianos consideraban que los soviéticos y los rusos eran la

misma cosa. Aunque había muchos rusos en el campo, esto no les impedía pensar en ellos como ladrones y ocupantes».

En cierta ocasión Sitko fue rodeado en plena noche por un grupo de ucranianos occidentales:

> —Tu nombre es ucraniano —me dijeron—. ¿Qué eres tú, un traidor?
>
> Les dije que había crecido en el Cáucaso septentrional, en una familia que hablaba ruso, y que no sabía por qué tenía un nombre ucraniano. Se sentaron un rato y después se fueron. Podrían haberme matado. Tenían un cuchillo.[56]

Una prisionera, que no recordaba que las diferencias nacionales fueran de «gran importancia», también bromeaba que eso era exacto excepto para los ucranianos, que simplemente «odiaban a todos los demás».[57]

Aunque parezca raro, en la mayoría de los campos no había un clan de rusos, el grupo étnico que formaba la absoluta mayoría en los campos, según las propias estadísticas del Gulag, durante toda su existencia.[58] Los rusos, es cierto, se relacionaban entre sí según la ciudad y la zona del país de donde provenían. Los moscovitas encontraban a otros moscovitas, los habitantes de Leningrado a sus paisanos, y así sucesivamente. Vladimir Petrov fue auxiliado en cierta ocasión por un médico que le preguntó:

> —¿Qué era usted antes?
>
> —Un estudiante de Leningrado.
>
> —¡Ah!, entonces es paisano mío, muy bien —dijo el médico, dándome palmaditas en el hombro.[59]

Los moscovitas eran especialmente poderosos y organizados. Leonid Trus, arrestado cuando era un estudiante, recuerda que los moscovitas más viejos del campo formaban un estrecho círculo que lo excluía. Cuando una vez quiso tomar en préstamo un libro de la biblioteca del campo, primero tuvo que convencer al bibliotecario, un miembro de ese clan, de que se le podía confiar el libro.[60]

Las más de las veces, tales vínculos eran débiles, ofreciendo a los prisioneros poco más que unas cuantas personas que recordaban las calles donde habían vivido o que conocían el colegio donde habían estudiado. Mientras que otros grupos étnicos formaban redes de apoyo, buscaban sitio en los barracones para los recién llegados, y los ayudaban a conseguir trabajos más livianos, los rusos no lo hacían. Ariadna Efron escribió que al llegar a Turujansk, donde fue

deportada con otras prisioneras al final de su sentencia en el campo, su tren fue recibido por los deportados que ya vivían allí:

> Un judío llevó aparte a las judías de nuestro grupo, les dio pan, les explicó cómo comportarse, qué hacer. A continuación un grupo de georgianas fue recibido por un georgiano, y finalmente solo quedamos las rusas, quizá diez o quince. Nadie vino a recibirnos, a darnos pan ni consejo.[61]

Sin embargo, había algunas diferencias entre los reclusos rusos, diferencias basadas en la ideología más que en la etnia. Nina Gagen-Torn escribió que «la mayoría de las mujeres de los campos comprendían que su destino y su sufrimiento eran una desgracia accidental, y no trataban de encontrar explicaciones». Sin embargo, para aquellas que «averiguaban por sí mismas algún tipo de explicación de lo que pasaba, y la creían, las cosas eran más llevaderas».[62] Las primeras que tenían una explicación eran las comunistas; es decir, las prisioneras que continuaban defendiendo su inocencia, que continuaban siendo leales a la Unión Soviética, y continuaban creyendo, pese a las pruebas, que todos los demás eran enemigos genuinos y debían ser evitados. Anna Andreieva recordaba que las comunistas se buscaban entre sí: «Se encontraban y se mantenían juntas, estaban limpias, eran personas soviéticas, y pensaban que las demás eran unas delincuentes».[63] Susanna Pechora cuenta que las vio al llegar a Minlag a comienzos de los años cincuenta: «Sentadas en un rincón se decían: "Somos honestas personas soviéticas; viva Stalin, no somos culpables y nuestro Estado nos librará de la compañía de estos enemigos"».[64]

Tanto Pechora como Irena Arguinskaya, una prisionera de Kengir, recuerdan que la mayoría de ellas pertenecían a la clase de los jerarcas del partido arrestados en 1937 y 1938. Muchas eran ancianas; Arguinskaya recordaba que con frecuencia se agrupaban en los campos de inválidos, donde todavía había muchas personas arrestadas en esa época anterior. Anna Larina, esposa del dirigente soviético Nikolái Bujarin, fue una de las arrestadas que permaneció fiel a la revolución al comienzo. Mientras estaba en prisión, escribió un poema conmemorando la revolución de octubre:

Aunque estoy entre rejas,
sintiendo la angustia de los condenados,
todavía celebro este día
junto con mi feliz país.
Hoy tengo una nueva fe:

volveré a la vida otra vez,
¡y marcharé con mi Komsomol
hombro a hombro por la Plaza Roja!

Después, Larina llegó a pensar en este poema «como el delirio de una lunática», pero en esa época lo recitaba a las esposas prisioneras de los viejos bolcheviques, y «se conmovían hasta las lágrimas y aplaudían».[65]

Solzhenitsin dedicó un capítulo de *Archipiélago Gulag* a los comunistas, a quienes se refería, sin demasiada compasión, como «los bienpensantes». Le maravillaba su capacidad para explicar incluso su propio confinamiento, «el trabajo sagaz de los servicios de inteligencia extranjeros», «obstruccionismo a gran escala», «una confabulación del NKVD local», una «traición». Algunos salieron incluso con una explicación más magistral si cabe: «Estas represiones son un necesidad histórica para el desarrollo de nuestra sociedad».[66]

El único grupo que superó a los comunistas en esa absoluta fe fueron los fieles ortodoxos, así como los miembros de las diversas sectas protestantes que también fueron sometidos a la persecución política: baptistas, testigos de Jehová, y sus derivaciones rusas. A finales de los años cuarenta, Anna Andreieva recuerda que «la mayoría de los prisioneros eran creyentes», que se organizaban de modo que «en los días festivos los católicos trabajaran por los ortodoxos, y viceversa».[67]

Como se ha observado antes, algunas de estas sectas rehusaban cooperar con el Satán soviético, y no trabajaban ni firmaban ningún documento oficial. Gagen-Torn describe a una mujer religiosa que fue liberada por razones de salud, pero se negó a dejar el campo. «No reconozco tu autoridad —le dijo al guardia que le ofreció entregarle los documentos necesarios y enviarla a casa—. Tu poder es ilegítimo, el Anticristo aparece en sus pasaportes … Si me voy, me arrestarán otra vez. No hay ninguna razón para salir.»[68]

Solzhenitsin cuenta la historia, repetida con variaciones por otros, de un grupo de sectarios religiosos que fueron llevados a Solovki en 1930. Rechazaban todo lo que provenía del «Anticristo», rehusando los pasaportes y el dinero soviético. Como castigo fueron enviados a una pequeña isla del archipiélago de Solovki, donde se les dijo que recibirían alimento si aceptaban firmar por él. Se negaron. En dos semanas todos habían muerto de hambre. El siguiente barco a la isla, recuerda un testigo ocular, «solo encontró cadáveres que habían sido

devorados por las aves».[69]

Los creyentes más fanáticos solían inspirar sentimientos encontrados en otros prisioneros. Arguinskaya, una prisionera claramente laica, recordaba bromeando que «todos los odiábamos», sobre todo a aquellos que, por razones religiosas, se negaban a bañarse.[70] Pero en cierto sentido, aquellos hombres o mujeres que al llegar a un nuevo campo se unían de inmediato a un clan o a una secta religiosa eran afortunados. Las bandas de hampones, los grupos nacionales más militantes, los verdaderos comunistas y las sectas religiosas, proporcionaban comunidades instantáneas, redes de apoyo y solidaridad. La mayoría de los presos políticos, por otra parte, y la mayoría de los delincuentes «comunes» (la gran mayoría de los habitantes del Gulag) no encajaba fácilmente en ninguno de estos grupos. Era más difícil para ellos saber cómo vivir en el campo, y lidiar con la moralidad y la jerarquía existentes en él. Sin una fuerte red de contactos tendrían que aprender las reglas de ascenso por sí solos.



Vasily Zhurid; Aleksandr Petlosy; Grigori Maifet; Arnold Karro; Valentina Orlova (*de arriba a abajo y de izquierda a derecha*).

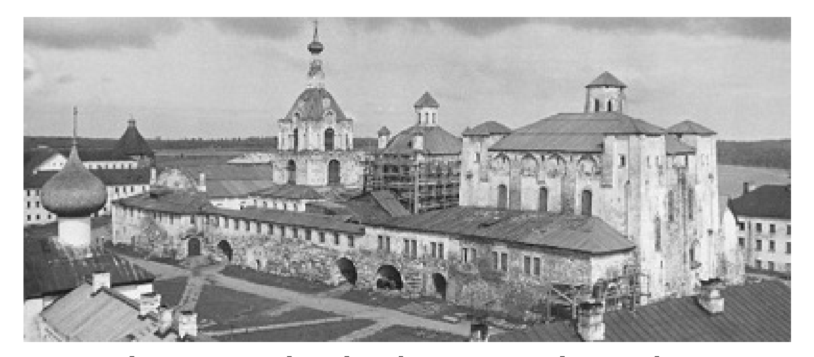


Presos llegando a Kem, el campo de tránsito de Solovetsky.


Mujeres recolectando turba.



Maxim Gorky (en el centro), con gorra de paño, chaqueta y corbata, visitando Solovetsky, 1929, con su hijo, su nuera y los comandantes del campo. Al fondo, la iglesia de Serkika —la celda de castigo.



El monasterio de Solvestky, como puede verse hoy.



Naftaly Frenkel.



Prisioneros picando piedra con herramientas manuales.


“Todo se hacía a mano… hemos cavado la tierra a mano, la hemos transportado en carretillas, hemos excavado las colinas a mano…”

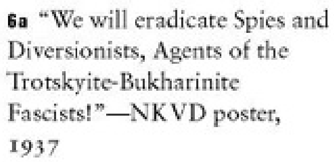


“Los mejores trabajadores”: este cartel se colocaba en un lugar de honor.

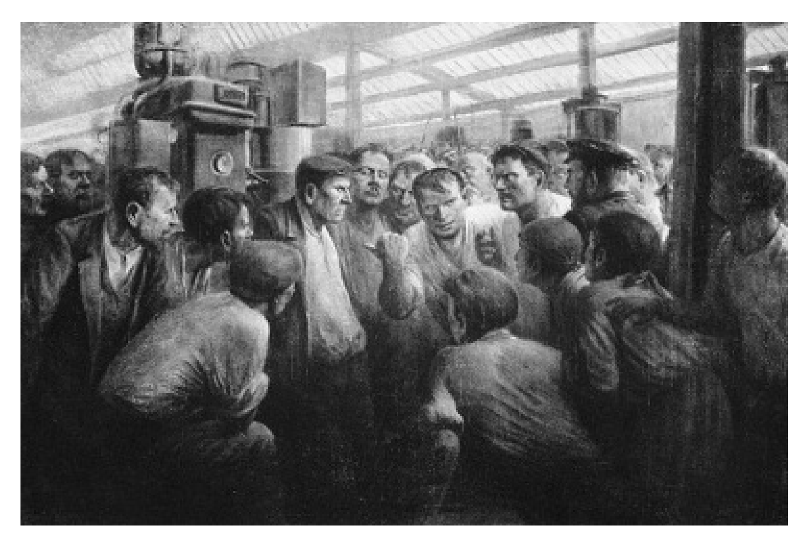

Stalin y Yezhov, visitan el canal de Mar Blanco para celebrar su finalización.

ИСКОРЕНИМ
ШПИОНОВ и ДИВЕРСАНТОВ,
ТРОЦКИСТСКО-БУХАРИНСКИХ АГЕНТОВ ФАШИЗМА!






"¡Erradicaremos a los espías y diversionistas, agentes trostkistas-bujarinistas y fascistas!".
Cartel de la NKVD, 1937.



Arresto de un enemigo en el lugar de trabajo. Pintura soviética, 1937.2



Cuatro comandantes de campo, Kolyma, 1950. La hija de un prisionero ha escrito "¡Asesinos!" en la fotografía.



Guardias armados, con perros.



Junto a la tumba de la abuela.



En Asia central.



A la entrada de una *zemlyanka*, un refugio de tierra.



El paisaje de Kolima.



Entrada al *lagpunkt* de Vorkuta (en el cartel puede leerse: “trabajar en la URSS es una cuestión de honor y gloria…”)



Serrando troncos.


El acarreo de la madera.

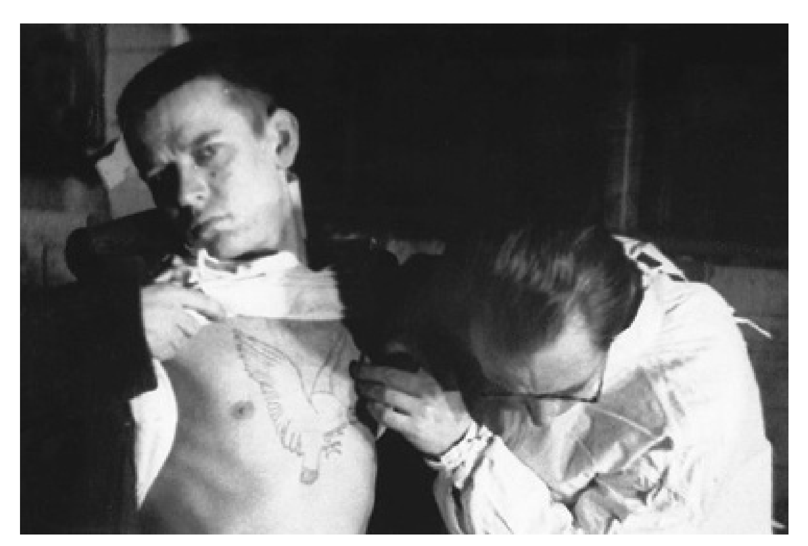

Excavando el canal Fergana.



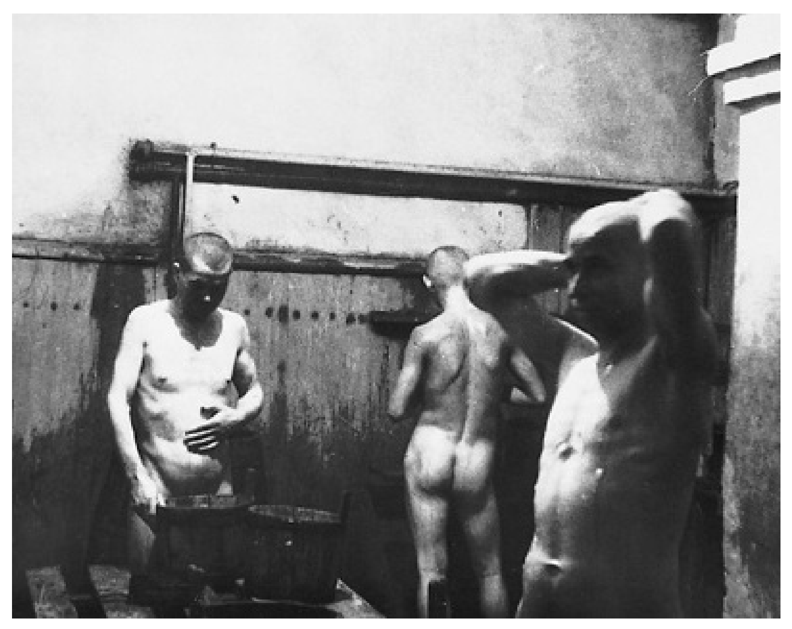
Extracción de carbón.



“Si tienes tu propio cuenco, comerás antes”.



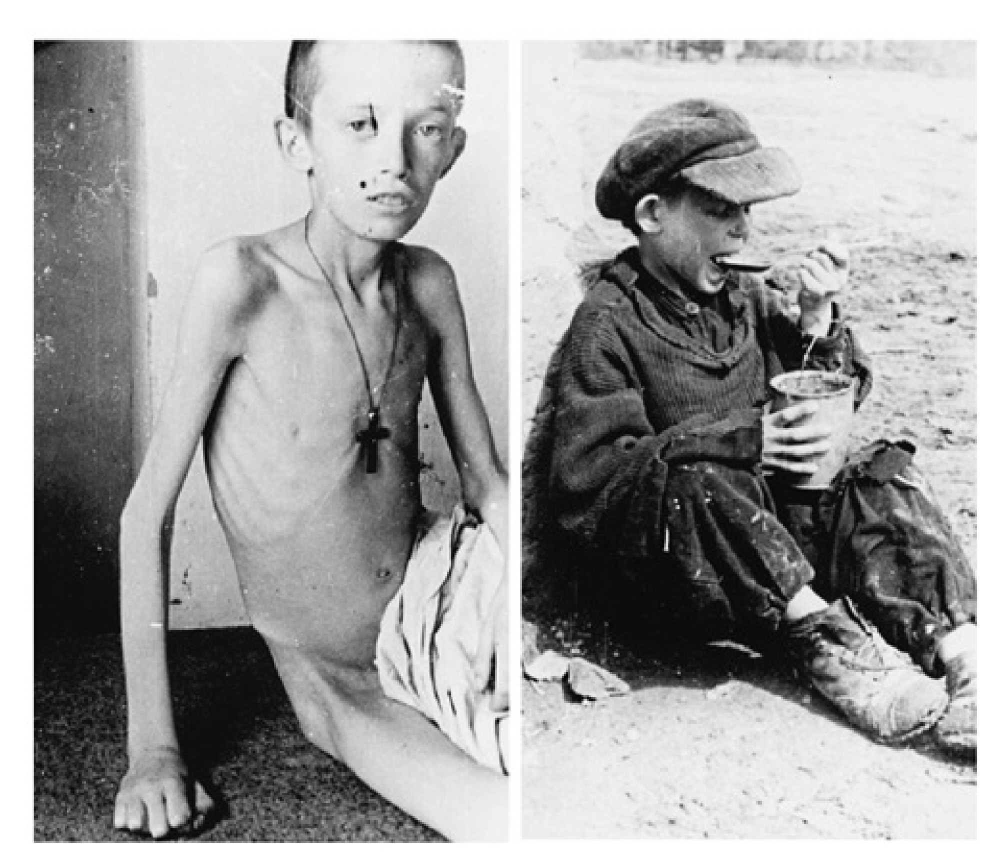
“Entregaron su bronceada piel al tatuaje y así satisficieron gradualmente sus necesidades artísticas, eróticas e incluso las morales”.



“Recibimos una tina de madera, una taza de agua caliente, un vaso de agua fría y un pedazo de jabón negro y maloliente…”



“Tras ser ingresados con signos de avanzada desnutrición, la mayoría moría en el hospital…”



Niños polacos fotografiados justo antes de la amnistía, 1941.


Maternidad del campamento: una prisionera amamanta a su recién nacido.


Guardería: decorando un árbol de Navidad.



Barracas atestadas…



… y aislados en la celda de castigo.

15

Las mujeres y los niños

Recuerdo cómo se llevaron a mi madre,
fue la pérdida más horrible;
cómo los vecinos apartaron la mirada
de mí, de ella, de los soldados.

Corrí hacia ella por el patio,
una niña enferma de seis años,
en el cruel viento de enero
como un cachorro sin hogar.

OLGA ASTAFIEVA, «Infancia»[1]

Muchas mujeres supervivientes están convencidas de que su condición les reportaba grandes ventajas en el sistema de campos. Las mujeres estaban más preparadas para cuidarse, para remendar la ropa y conservar limpio el cabello. Parecían ser más capaces de sustentarse con poca cantidad de comida, y no sucumbían tan fácilmente a la pelagra y otras enfermedades provocadas por la desnutrición.[2]

Establecían fuertes lazos de amistad y se ayudaban, mientras que los prisioneros no lo hacían. Sin embargo, en muchos de estos prevalecía el punto de vista opuesto, según el cual las mujeres degeneraban moralmente con mayor rapidez que los hombres. Gracias a su género, tenían oportunidades especiales para conseguir una mejor clasificación en el trabajo, un trabajo más fácil, y con un estatus superior en el campo. Por consiguiente se desorientaban, se perdían en el inhumano mundo del campo. Por ejemplo, Gustav Herling relata el caso de una joven polaca, a quien un «jurado informal de *urka*» otorgaba una alta calificación. Primero,

> … iba al trabajo con la cabeza erguida orgullosamente, y rechazaba a cualquier hombre que se le acercara, con una mirada furibunda … Por las noches regresaba más humilde, pero todavía intocable y modestamente orgullosa. Iba directamente del puesto de guardia a la cocina en busca de su ración de sopa, y no dejaba los barracones de las mujeres durante la noche. Parecía que no sucumbiría a la caza nocturna en la zona del campo.

Pero estos primeros escarceos fueron en vano. Después de unas semanas de vigilancia extrema por parte del supervisor, que le prohibió robar una sola zanahoria o una patata podrida en el almacén de alimentos donde trabajaba, la joven cedió.

> Desde ese momento la joven sufrió un cambio radical. Ya no se apresuraba a tomar la sopa como antes, sino que al regresar del trabajo, vagaba por la zona del campo hasta entrada la noche como un gato en celo. Quien lo deseara podía poseerla, en una litera, debajo de la litera, en el cubículo de los técnicos o en el almacén de ropa. Si me veía, giraba la cabeza y apretaba los labios temblorosos. Una vez, al entrar en el almacén de patatas, la encontré sobre un montón de patatas con el brigadier del 56.º, el mestizo jorobado Levkovich; estalló en un sollozo espasmódico, y cuando volvía a la zona del campo por la noche contenía sus lágrimas apretando los puños…[3]

Herling da su versión de una historia muchas veces contada, la cual, dicho sea de paso, suena un poco distinta cuando es narrada desde el punto de vista de la mujer. Por ejemplo, otra versión proviene de Tamara Ruzhnevits, cuyo «idilio» en el campo comenzó con una carta, «una vulgar carta de amor, una carta del campo», de Sasha, un joven cuyo trabajo de zapatero lo convertía en parte de la aristocracia del campo. Era una carta escueta y tosca: «Ven a vivir conmigo, te ayudaré». Unos días después de enviarla, Sasha acorraló a Ruzhnevits y quiso conocer su respuesta. «¿Vivirás conmigo o no?», preguntó. Ella dijo que no. La golpeó con una duela de metal. Después la llevó al hospital (donde su puesto le daba influencia), y le dijo al encargado que la cuidara. Allí se quedó recobrándose de las heridas durante varios días. Al salir, habiendo tenido bastante tiempo para pensarlo, fue al encuentro de Sasha. De otro modo, la habría golpeado de nuevo.

«Así comenzó mi vida familiar», escribió Ruzhnevits. Los beneficios fueron inmediatos: «Mi salud mejoró, caminaba con bonitos zapatos, ya no iba vestida de andrajos, tenía una nueva chaqueta, nuevos pantalones. E incluso un sombrero nuevo». Muchos años después, Ruzhnevits confesó que Sasha fue «su primer, genuino y verdadero amor». Desgraciadamente, pronto fue enviado a otro campo y no lo volvió a ver nunca más.[4] La historia de Ruzhnevits, como la

que cuenta Herling, puede ser considerada como la historia de una degradación moral, pero también como una historia de supervivencia.

Desde el punto de vista de la administración, nada de esto debía pasar. En principio, los hombres y las mujeres no debían ser confinados juntos en los campos por ningún concepto, y hay prisioneros que hablan de no haber posado los ojos en ningún miembro del sexo opuesto durante años. Tampoco los jefes de los campos deseaban tener la custodia de las prisioneras. Físicamente más débiles, eran susceptibles de convertirse en un lastre para el rendimiento de la producción del campo; por consiguiente, algunos funcionarios del campo trataban de devolverlas. En cierto momento, en febrero de 1941, la dirección del Gulag envió una carta a todos los dirigentes del NKVD y los jefes de campo, ordenándoles con severidad que aceptaran convoyes de prisioneras, y enumerando todos los trabajos que las mujeres podían hacer con provecho. La carta menciona la industria ligera y las fábricas de tejidos, metalurgia y mobiliario, ciertos tipos de tareas de la explotación forestal, y de carga y descarga.[5]

Quizá debido a las objeciones de los jefes de campo, el número de mujeres que fue enviado a los campos era relativamente bajo (como el número de mujeres ejecutadas durante la purga de 1937-1938). Según las estadísticas oficiales, por ejemplo, solo el 13% de prisioneros del año 1952 eran mujeres. Esta cifra aumentó al 30% en 1945, debido en parte al enorme número de prisioneros reclutados y enviados al frente, y también a la ley que prohibía a los trabajadores dejar su fábrica, leyes que provocaron la detención de muchas jóvenes.[6] En 1948 era del 22%, disminuyendo otra vez al 17% en 1951 y 1952.[7] Sin embargo, estas cifras no reflejan la verdadera situación, pues era bastante más probable que las mujeres fueran asignadas a cumplir sentencia en las «colonias» de régimen menos estricto. En los grandes campos industriales del extremo norte, eran incluso menos, y su presencia era más rara.

Su número reducido significaba que había casi siempre una escasez de mujeres (como ocurría con la comida, la ropa y otros objetos). De modo que aunque podían tener poco valor para los que compilaban las estadísticas de producción del campo, tenían otro tipo de valor para los prisioneros, los guardias y los trabajadores libres del campo. En aquellos campos donde había contactos

más o menos abiertos entre prisioneros de diferente sexo, o donde se permitía en la práctica a ciertos hombres el acceso a los campos de mujeres, a muchas se les ofrecía comida y un trabajo fácil a cambio de favores sexuales.

Desde el comienzo, el destino de una mujer dependía en buena medida de su estatus y de su posición en los diferentes clanes del campo. En el mundo del hampa, las mujeres estaban sometidas a un elaborado sistema de normas y rituales, y se las trataba con muy poco respeto. Según Shalámov: «La tercera o cuarta generación de delincuentes aprende a despreciar a las mujeres desde la niñez … la mujer, un ser inferior, ha sido creada para satisfacer el ansia animal del delincuente, para ser el objeto de sus bromas crueles y la víctima del escarnio público cuando su macarra decide “armar jolgorio”». Las prostitutas efectivamente «pertenecían» a los principales delincuentes, y podían ser intercambiadas o vendidas, o incluso heredadas por un hermano o un amigo, si el hombre era trasladado a un campo diferente o asesinado.[8]

Las mujeres no eran el único blanco. Entre los delincuentes profesionales, la homosexualidad parece haber estado organizada según reglas igualmente brutales. Algunos jefes de los maleantes tenían en su séquito a jóvenes homosexuales, junto con «esposas» del campo o en vez de ellas. Thomas Sgovio habla de un brigadier que tenía una «esposa», un joven que recibía un extra de comida a cambio de favores sexuales.[9] Sin embargo, es difícil describir las normas que regían la homosexualidad masculina en los campos, porque las memorias rara vez mencionan el tema. Esto puede deberse a que la homosexualidad sigue siendo parcialmente un tabú en la cultura rusa, y se opta por no escribir sobre este tema. La homosexualidad masculina parece haber estado limitada al hampa, y los delincuentes han dejado pocas memorias.

No obstante, sabemos con seguridad que hacia los años setenta y ochenta, los criminales soviéticos desarrollaron normas sumamente complejas de protocolo homosexual. Los homosexuales «pasivos» sufrían el ostracismo del resto de la sociedad carcelaria, comían en mesas separadas, y no hablaban con otros hombres.[10] Aunque rara vez se mencionan, normas similares parecen haber existido ya en los años treinta, cuando Piotr Yakir, de quince años, observó un fenómeno similar en una celda de delincuentes juveniles. Primero quedó perplejo al oír a los demás jóvenes hablar de sus experiencias sexuales y creyó que ellos las exageraban:

> … pero estaba equivocado. Uno de los chicos, que había guardado su ración de pan hasta la noche, preguntó a Mashka, que no había comido nada en todo el día: «¿Quieres un pedazo?». «Sí», contestó Mashka. «Entonces bájate los pantalones».
>
> Ocurrió en un rincón, que era difícil de ver desde la mirilla, pero a la vista de todo el mundo en la celda. No extrañaba a nadie y yo fingí que no me sorprendía. Hubo muchos otros casos mientras estuve en la celda; siempre eran los mismos muchachos quienes desempeñaban el papel pasivo. Eran tratados como parias, no se les permitía beber del jarro común, y eran objeto de humillaciones.[11]

Curiosamente, el lesbianismo en los campos era más abierto, o al menos se habla de él con mayor frecuencia. Entre las delincuentes, también estaba muy ritualizado. Las lesbianas eran llamadas con el pronombre neutro ruso, *ono*, y se dividían entre las «yeguas» femeninas y los «maridos» masculinos. Según un relato, las primeras eran «auténticas esclavas», que lavaban y cuidaban a sus «maridos». Las segundas adoptaban apodos masculinos, y casi siempre fumaban.[12] Hablaban abiertamente del lesbianismo e incluso cantaban canciones sobre el tema:

> *Oh, gracias a ti, Stalin.*
> *Me has hecho baronesa,*
> *soy vaca y soy toro,*
> *mujer y hombre.*[13]

Frid habla de delincuentes prisioneras que vestidas de hombre se hacían pasar por hermafroditas. Una llevaba «el cabello corto, era bonita y vestía pantalones de oficial», otra parecía tener una verdadera deformación genital.[14] Otra prisionera relata un caso de «violación» lésbica: vio que una pareja de lesbianas perseguía a una «joven tranquila y modesta» por debajo de las literas, donde le rompieron el himen.[15] En los círculos intelectuales, el lesbianismo parece haber sido considerado con menor amabilidad. Una presa política lo recordaba como «una práctica repugnante».[16] Sin embargo, aunque se mantenía en mayor reserva entre las políticas, también existía entre ellas, y con frecuencia entre las mujeres que tenían esposos e hijos en libertad. Susanna Pechora me dijo que en Minlag, un campo donde predominaban los políticos, las relaciones lésbicas «ayudaron a algunas personas a sobrevivir».[17]

Fueran voluntarias u obligatorias, las relaciones heterosexuales y homosexuales se vivían en los campos en una atmósfera generalmente brutal. Por necesidad, ocurrían con una publicidad que muchos prisioneros

consideraban desagradable. «Una litera colectiva separada por un cortinaje harapiento del resto de las mujeres era un cuadro clásico en el campo», escribió Solzhenitsin.[18] Hava Volovich, escribió que «las cosas que una persona libre podría haber pensado cientos de veces antes de hacerlas, ocurrían aquí tan simplemente como ocurrían entre los gatos del tejado».[19]

En efecto, el sexo era tan público que era considerado con un cierto grado de apatía: la violación y la prostitución eran para algunos parte de una rutina diaria. Edward Buca estaba una vez trabajando junto a una cuadrilla de mujeres en un aserradero. Un grupo de delincuentes prisioneros llegaron y «asieron a las mujeres que deseaban y las tumbaron en la nieve o las violaron contra un pila de troncos. Las mujeres parecían habituadas a ello y no ofrecieron resistencia. Tenían su propia jefa de cuadrilla, pero ella no se opuso a esta interrupción; en realidad, esta parecía ser otra parte del trabajo».[20]

En algunos campos había ciertos barracones de mujeres que parecían ser poco menos que burdeles públicos. Solzhenitsin cuenta que uno estaba

> incomparablemente sucio y abandonado, y tenía un olor opresivo, y las literas carecían de sábanas. Estaba prohibido que los hombres entraran allí, pero esta prohibición era obviada, y nadie la obedecía. No solo iban los hombres, sino también los adolescentes, chicos de doce a trece años, que se reunían para aprender … Todo tenía lugar de modo natural, como en la naturaleza, a la vista de todos, y en varios lugares a la vez. La ancianidad y la fealdad evidentes eran las únicas defensas para las mujeres allí, nada más.[21]

Y sin embargo, en contra de las historias de sexo brutal y vulgaridad, en muchas memorias de los campos hay historias de amor igualmente inciertas, que comenzaron simplemente a causa del deseo de protección de las mujeres. Según las normas idiosincrásicas de la vida del campo, las mujeres que tomaban un «marido del campo» por lo general no eran molestadas por los demás hombres. No eran necesariamente «matrimonios» de iguales: mujeres respetables vivieron a veces con ladrones.[22] Como cuenta Ruzhnevits, tampoco eran necesariamente elecciones libres. Sin embargo, no sería del todo correcto decir que se trataba de prostitución. Por el contrario, Valeri Frid escribe que eran *braki po raschetu*, «matrimonios calculados», y «que a veces eran matrimonios por amor». Aunque hubieran comenzado por razones puramente prácticas, los prisioneros tomaban estas relaciones con seriedad. «De su amante más o menos permanente, un *zek* diría “mi esposa” —escribió Frid—. Y ella diría de él “mi marido”. No se decía

en broma: las relaciones en el campo humanizaron nuestra vida.»[23]

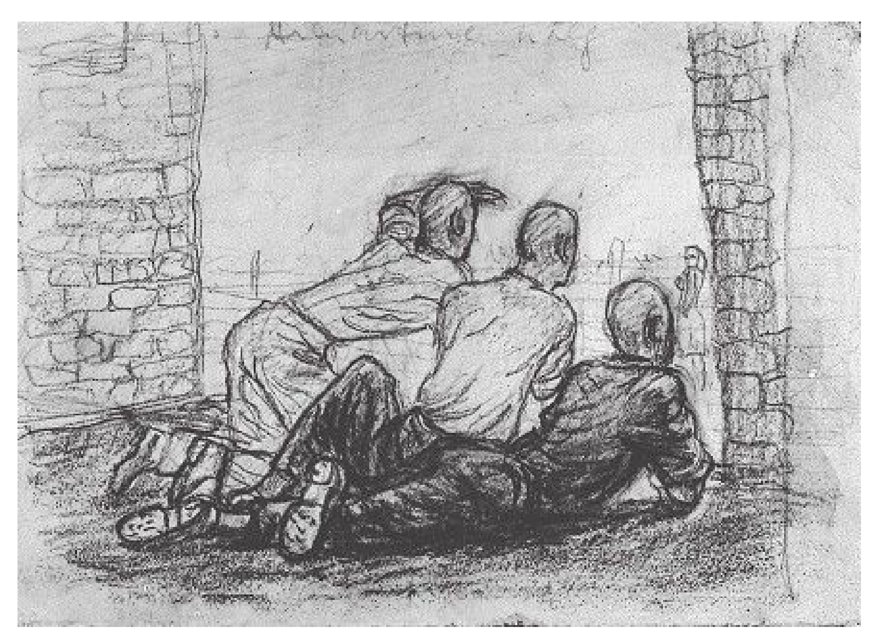
Y, aunque parezca extraño, los prisioneros que no estaban demasiado exhaustos o famélicos, buscaban realmente el amor. En las memorias de Anatoli Zhigulin hay un relato de la relación amorosa que logró mantener con una alemana, una presa política, la «alegre Marta, rubia y de ojos verdes». Supo después que había tenido un niño, a quien ella llamó Anatoli. Esto pasó en el otoño de 1951, y como la muerte de Stalin fue seguida por una amnistía general para los prisioneros extranjeros, pensó que «Marta y el niño, suponiendo que no hayan tenido mala suerte, volvieron a su país».[24] Las memorias del médico de un campo, Isaac Vogelfanger a veces parecen una novela romántica, cuyo héroe tiene que sortear con cuidado los peligros de una relación con la esposa del jefe del campo, y las alegrías del verdadero amor.[25]

Tan desesperadamente deseaban estas personas privadas de todo una relación sentimental que a veces entablaron profundas relaciones de amor platónico por medio de cartas. Así sucedió en los campos de presos políticos a finales de los años cuarenta, donde los hombres y las mujeres prisioneros eran mantenidos estrictamente separados. En Minlag, uno de estos campos, los hombres y las mujeres se enviaban notas con la complicidad de sus compañeros del hospital, que ambos sexos compartían.

Las cartas, recuerda Leonid Sitko, estaban escritas en pedacitos de papel con una letra diminuta. Todos firmaban con un nombre falso. El suyo era Hamlet; el de su novia, «Marsianka». Habían sido «presentados» por otras mujeres, que le habían dicho que estaba muy deprimida, porque le habían quitado a su pequeño hijo después de arrestarla. Comenzó a escribirle e incluso lograron reunirse una vez en el interior de una mina abandonada.[26]

Otros desarrollaron incluso métodos más surrealistas en su búsqueda de algún tipo de intimidad. En el campo de destino especial de Kengir, había prisioneros (casi todos presos políticos extranjeros privados de todo contacto con sus familiares, amigos y cónyuges que se habían quedado en sus países) que mantuvieron complicadas relaciones con personas que no conocían.[27] Había *zeks* que se casaron efectivamente a través del muro que separaba el campo de las mujeres y el de los hombres, sin encontrarse jamás en persona. La mujer estaba de pie a un lado y el hombre al otro, y un sacerdote prisionero registraba la ceremonia en un trozo de papel.

Estos amores persistieron, incluso cuando la dirección del campo elevó la altura del muro, lo cubrió con una alambrada y prohibió a los prisioneros que se acercaran a él. Al describir estos matrimonios a ciegas, Solzhenitsin prescinde del cinismo con que habla de casi todas las relaciones del campo: «En este matrimonio con una persona desconocida al otro lado del muro … se oía un coro de ángeles. Es como la contemplación desinteresada y pura de los cuerpos celestiales. Es también demasiado elevado para esta época de cálculo egoísta y movidas para arriba y para abajo».[28]



Hambre de amor: prisioneros atisbando la zona de las mujeres por encima de la valla, dibujo de Yula-Imar Sooster, Karagandá, 1950.

El amor y el sexo, la violación y la prostitución formaban parte de la vida del campo, al igual que el embarazo y el alumbramiento. Junto a las minas y las zonas de construcción, las cuadrillas forestales y los pabellones de castigo, los barracones y los trenes de ganado, en el Gulag también había casas de maternidad y campos de maternidad, así como guarderías para niños.

No todos los niños que se encontraron en estas instituciones habían nacido en los campos. Algunos habían sido «arrestados» junto con sus madres. Las normas que regían esta práctica siempre fueron poco claras. En la práctica, se detuvo tanto a mujeres preñadas como a madres que todavía amamantaban a sus hijos. Natalia Zaporozhets fue enviada en un transporte cuando estaba embarazada de

ocho meses: después de viajar en trenes y en camiones dio a luz a un niño muerto.[29] La artista y escritora Evfrosiniya Kersnovskaya ayudó a nacer a un niño a bordo de un convoy.[30]

En efecto, cientos de niños fueron detenidos junto con sus padres durante las dos grandes oleadas de deportación: la primera de los *kulaks* a comienzos de los años treinta, y la segunda de los grupos nacionales y étnicos «enemigos» durante y después de la Segunda Guerra Mundial.

Para estos niños, el impacto de la nueva situación los acompañaría el resto de sus vidas. Una prisionera polaca recuerda que una mujer en su celda estaba acompañada por su hijo de tres años: «El niño se comportaba bien, pero era delicado y callado. Lo entreteníamos como podíamos con relatos y cuentos de hadas, pero nos interrumpía de vez en cuando preguntando: “estamos presos, ¿verdad?”».[31]

Pese a las penurias, había mujeres que deliberadamente, y aun cínicamente, quedaban embarazadas en los campos. Por lo general, eran delincuentes o mujeres condenadas por delitos menores que deseaban quedar preñadas para ser relevadas del trabajo duro, para recibir mejor comida, y para beneficiarse de las periódicas amnistías que se otorgaban a las mujeres que tenían niños pequeños. Estas amnistías (hubo, por ejemplo, una en 1945 y otra en 1948), no solían incluir a las mujeres condenadas por crímenes contrarrevolucionarios.[32] «Podías hacer que la vida fuera más llevadera si quedabas embarazada», me dijo Liudmila Jachatrian, para explicarme por qué las mujeres se acostaban de buen grado con sus carceleros.[33] Suzanne Joffe, una prisionera que quedó preñada después de habérsele concedido un encuentro con su esposo, escribió que sus compañeras en los «barracones de nodrizas» simplemente «no tenían instinto maternal» y abandonaban a sus hijos en cuanto podían.[34]

No es, pues, extraño que no todas las mujeres que descubrían que estaban preñadas desearan proseguir su embarazo. La dirección del Gulag parece haber sido ambivalente respecto a si debía permitirse o no abortar a las mujeres, a veces permitiéndolo o a veces aplicando una segunda sentencia a quienes lo intentaban.[35] Tampoco está claro cuán frecuentes eran los abortos, porque rara vez hay referencias a ellos: en una decena de entrevistas y memorias, he leído o escuchado dos relatos pertinentes. En una entrevista, Anna Andreieva me dijo que una mujer «se metió clavos, se sentó y comenzó a trabajar en su máquina de

coser. Finalmente comenzó a sangrar mucho».[36] Otra mujer cuenta cómo un médico del campo intentó poner fin a su embarazo:

> Imagínese el cuadro. Es de noche, está oscuro… Andrei Andreievich está tratando de provocarme un aborto, usando sus manos, cubiertas de yodo, sin instrumentos. Pero está tan nervioso que no ocurre nada. El dolor me impide respirar, pero lo soporto sin protestar, de modo que nadie oiga nada. «¡Basta!», grito por fin. El dolor es insoportable, y toda la operación se detiene durante dos días. Al final, salió todo, el feto, con mucha sangre. Por eso nunca llegué a ser madre. [37]

Pero había mujeres que deseaban ser madres y la tragedia marcaba también su destino. La antítesis de todo lo que se ha escrito sobre el egoísmo y la venalidad de las mujeres que daban a luz en los campos, la tenemos en la historia de Hava Volovich. Detenida como política en 1937, se sentía muy sola en el campo, y se propuso tener un hijo, aunque no sentía especial amor por el padre. Eleonora nació en 1942, en un campo que carecía de instalaciones para las madres:

> Había tres madres allí, y nos dieron un pequeño habitáculo en los barracones. Las chinches caían como granos de arena del techo y las paredes; pasábamos toda la noche apartándolas de los niños. Durante el día, teníamos que ir a trabajar y dejábamos a los pequeños con cualquier anciana que hubiera sido relevada del trabajo; estas mujeres se comían sin miramientos el alimento que habíamos dejado para los niños.

Sin embargo, escribió Volovich,

> cada noche durante todo un año, estuve junto a la cuna de mi hija, apartando las chinches y rezando. Le rogaba a Dios que prolongara mi pena cien años si con ello podía seguir junto a mi hija. Le rogaba que me soltaran con ella, aunque me convirtiera en una mendiga o una lisiada. Le rogaba que pudiera criarla hasta que creciera, aunque tuviera que arrastrarme a los pies de las gentes y suplicarles una limosna. Pero Dios no respondió a mi plegaria. Mi hija apenas había comenzado a caminar, apenas había escuchado sus primeras palabras, la maravillosa palabra «mamá», cuando vestidas con harapos pese al hielo del invierno, nos pusieron en un carro de carga, y nos trasladaron al «campo de madres». Y allí mi pequeño ángel con sus rizos de oro pronto se convirtió en un fantasma pálido de ojeras azules y labios llagados.

Volovich fue colocada primero en una cuadrilla de leñadores, después la enviaron a trabajar a un aserradero. Por las noches, llevaba a la zona un hato de leña que daba a las enfermeras de la guardería. A cambio a veces le permitían ver a su hija fuera de las horas normales de visita.

Veía a las enfermeras que hacían levantar a los niños por las mañanas. Los sacaban a la fuerza de sus camas frías a golpes y empellones, los empujaban con los puños y los maldecían con aspereza, les quitaban el pijama y los lavaban con agua fría. Los niños no se atrevían ni a llorar. Resoplaban como ancianos y gemían bajito.

Este desagradable gemido salía de las mantas varias veces al día. Niños que ya eran grandes para gatear o sentarse se quedaban tumbados, hechos un ovillo, haciendo esos extraños ruidos, como el zureo apagado de una paloma.

Lentamente Eleonora comenzó a marchitarse.

En algunas visitas encontré moretones en su cuerpecito. Nunca olvidaré cómo se cogió de mi cuello con sus escuálidas manitas y murmuró: «¡Mamá, quiero ir a casa!». No había olvidado el cuartucho lleno de chinches donde por primera vez vio la luz del día, y donde había estado con su madre todo el tiempo…

La pequeña Eleonora, que ya tenía quince meses, pronto se dio cuenta de que sus ruegos de «ir a casa» eran vanos. Me rehuía cuando iba a visitarla, se alejaba en silencio. El último día de su vida, cuando la tomé en brazos (me permitían darle de mamar) miró a lo lejos con los ojos muy abiertos, después empezó a golpearme la cara, con sus pequeños y débiles puños, se aferraba a mi pecho, lo mordía. Después señaló su cuna.

Por la noche, cuando regresé con mi hato de leña, su cuna estaba vacía. La encontré desnuda en la morgue entre los cadáveres de los prisioneros adultos. Había pasado un año y cuatro meses en este mundo, y murió el 3 de marzo de 1944… Esta es la historia de cómo, al dar a luz a mi única hija, cometí el peor crimen que existe.[38]

En los archivos del Gulag se han preservado las fotografías del tipo de guardería del campo que Volovich describe. Uno de esos álbumes comienza con la siguiente introducción:

El sol brilla en la patria estalinista. La nación rebosa de amor por los líderes, nuestros maravillosos niños son felices, todo nuestro joven país es feliz. Aquí, en amplias y tibias camas, duermen los nuevos ciudadanos de nuestro país. Después de haber comido, duermen apacibles y sus sueños son felices…

En cierto nivel, la dirección de Moscú debió de saber cuán terrible era la vida para los niños que vivían en los campos. Sabemos, como mínimo, que los inspectores de los campos transmitieron la información: un informe de 1949 sobre la situación de las mujeres en los campos señalaba con desagrado que de las 503 000 mujeres que estaban en el sistema del Gulag, 9300 estaban embarazadas y otras 23 790 tenían niños pequeños a su cargo. «Teniendo en cuenta la negativa influencia en la salud y la educación de los niños», el informe abogaba por la liberación anticipada de las madres, así como la de aquellas

mujeres que tenían hijos en su antiguo hogar, un total de casi 70 000, exceptuando a las reincidentes y las presas políticas contrarrevolucionarias.[39]

De vez en cuando se concedían estas amnistías. Pero pocas mejoras se hicieron en la vida de los niños que se quedaban. Por el contrario, como ellos no contribuían en nada a la productividad del campo, su salud y su bienestar ocupaban un lugar secundario en la lista de prioridades de la mayoría de los jefes de campos, e indefectiblemente habitaban en los pabellones más pobres, fríos y viejos. Un inspector comprobó que la temperatura en el local de los niños de un campo nunca subía a más de 11 ºC.[40] En un informe de 1933 sobre Siblag se decía que faltaban 800 pares de zapatos, 700 abrigos y 900 juegos de cubiertos para los niños.[41] Tampoco los que trabajaban en ellos eran los más aptos. Por el contrario, las tareas de la guardería eran trabajos «de confianza», y como tales se solían asignar a las delincuentes profesionales. Joffe escribe que, «durante horas, permanecían bajo la escalera con sus “maridos” o simplemente se ausentaban, mientras los niños, sin comida ni atención, enfermaban y comenzaban a agonizar».[42]

Por lo general, tampoco se permitía a las madres, cuyo embarazo había costado mucho a los campos, que compensaran esta negligencia (en el caso de que eso les preocupara). Se les hacía volver al trabajo tan pronto como fuera posible, y solo a regañadientes se les concedía un tiempo libre para amamantar. Una vez que la lactancia terminaba, a las madres se les prohibía cualquier contacto ulterior con sus hijos. Una antigua supervisora de la guardería decía que en su campo se había prohibido expresamente a todas las madres prisioneras que salieran a caminar con sus hijos; en su opinión, los perjudicaban. Aseguraba que había visto a una darle de comer a su hijo azúcar mezclado con tabaco con el fin de envenenarlo. Otra le había quitado los zapatos al niño a propósito. «Yo era responsable de la tasa de mortalidad en los campos», dijo, y me explicó por qué había tomado medidas para mantener a las madres alejadas. «Estos niños eran innecesarios para sus madres, y ellas deseaban matarlos.»[43] Esta misma lógica pudo haber llevado a otros jefes de campo a prohibir a las madres que vieran a sus hijos. Sin embargo, también es posible que tales normas fueran otro resultado de la inconcebible crueldad de la dirección del campo: era inconveniente arreglar las cosas para que las madres vieran a sus hijos, luego se prohibía esta práctica.

Las consecuencias de separar a los padres de los hijos a una edad tan temprana eran previsibles. Las epidemias infantiles eran legión. La tasa de mortalidad infantil era sumamente elevada, tan alta que era ocultada a sabiendas, tal como los informes de los inspectores también documentan.[44] Pero incluso aquellos niños que superaban la primera infancia tenían pocas posibilidades de llevar una vida normal en las guarderías de los campos. Algunos podían tener la suerte de ser cuidados por las más bondadosas de las enfermeras prisioneras. Otros no. Guinzburg trabajó en la guardería de un campo y descubrió que los niños mayores no habían aprendido a hablar:

> Solo algunos de los niños de cuatro años podían proferir unas cuantas palabras inconexas. Los sonidos inarticulados, la mímica y los golpes eran los principales medios de comunicación. «¿Cómo se podía esperar que hablaran? ¿Quién estaba allá para enseñarles?», explicaba Annya sin entusiasmo. Los niños pasaban todo el día tumbados en sus cunas. Nadie los cogía en brazos, aunque lloraran hasta quedarse sin pulmones. No estaba permitido, excepto para cambiarles los pañales (cuando había pañales secos, por supuesto).

Cuando Guinzburg intentó enseñar a los niños, descubrió que solo uno o dos, aquellos que habían mantenido algún contacto con sus madres, pudieron aprender alguna cosa. E incluso su experiencia era muy limitada:

> —Mira —le dije a Anastas, mostrándole una casita que yo había dibujado—. ¿Qué es esto?
>
> —Barracón —replicó el niño claramente.
>
> Con unos trazos de lápiz dibujé un gato al lado de la casa. Pero nadie lo reconoció, ni siquiera Anastas. Nunca habían visto ese animal tan raro. Entonces, dibujé una valla rústica tradicional alrededor de la casa.
>
> —¿Y qué es esto?
>
> —¡*Zona*! —exclamó Vera, encantada.[45]

Por lo general, los niños eran trasladados de las guarderías de los campos a los orfanatos a los dos años. Algunas madres se alegraban de esto, pues era una oportunidad de que los niños escaparan de los campos. Otras protestaban, sabían que podían ser trasladadas deliberada o accidentalmente a otros campos, lejos de sus hijos, cuyos nombres podían ser cambiados u olvidados, haciéndoles imposible establecer una relación ni un contacto.[46]

Nada tiene de raro que cuando sus hijos eran trasladados, las madres «lloraran y clamaran, y algunas enloquecieran y fueran encerradas en un búnker hasta que se calmaran». Una vez que se los llevaban, las posibilidades de un

reencuentro eran escasas.[47]

Fuera, la vida de los niños nacidos en el campo no necesariamente mejoraba. Se unían a las nutridas filas de niños que habían sido trasladados directamente a los hogares infantiles después de la detención de sus padres. Otra categoría de víctima infantil. Por lo general, los orfanatos estatales estaban sumamente abarrotados y eran muy sucios, no tenían personal suficiente, y la muerte no era rara en ellos. Una antigua prisionera recuerda la emoción y las grandes esperanzas con que su campo envió a un grupo de hijos de prisioneros a un orfanato de la ciudad, y el horror que sintieron al saber que once habían muerto durante una epidemia.[48] En 1931, en el apogeo de la colectivización, los directores de los hogares infantiles de los Urales escribieron cartas desesperadas a las autoridades regionales, rogándoles auxilio para cuidar a los cientos de niños de los *kulaks* que recientemente habían quedado huérfanos:

> En una habitación de doce metros cuadrados, hay treinta muchachos. Para 38 niños hay siete camas, en las que duermen los «reincidentes». Dos chicos de dieciocho años han destruido la instalación eléctrica, han robado el almacén y beben con el director … los niños duermen en el suelo sucio, juegan con naipes que han hecho de fotos rotas del «jefe», fuman, rompen los barrotes de las ventanas y tratan de franquear la tapia para escapar.[49]

En 1933, un hogar infantil en Smolensk envió el siguiente telegrama a la comisión competente en Moscú: «El suministro de alimento en el hogar ha sido interrumpido. Cien niños están muriendo de hambre. No hay socorro. Tomad medidas urgentes».[50]

Las cosas no cambiaron mucho con el paso del tiempo. En 1938, una orden del NKVD informa de un hogar infantil en el cual dos niñas de ocho años habían sido violadas por los chicos mayores, y otro en que 212 niños compartían doce cucharas y veinte platos y dormían vestidos y calzados por falta de pijamas.[51] En 1940, Natalia Leonidovna Savelieva fue «raptada» del hogar infantil (sus padres habían sido arrestados), y adoptada por una familia que quería que fuera su sirvienta. De este modo fue separada de su hermana, a quien nunca volvió a encontrar.[52]

Los hijos de los presos políticos sufrían mucho más en esos hogares y a menudo eran tratados peor que los huérfanos comunes con quienes estaban. Se les decía, como ocurrió con Svetlana Kogteva, que «olvidaran a sus padres,

puesto que eran enemigos del pueblo».[53] Los agentes del NKVD responsables de tales hogares recibían instrucciones de mantener una vigilancia especial, y marcar a los hijos de los contrarrevolucionarios para asegurarse de que no recibieran privilegios de ningún tipo.[54] Gracias a esta norma, Piotr Yakir duró exactamente tres días en uno de estos orfanatos. En ese tiempo, «logró hacerse un nombre como cabecilla de los hijos de los "traidores"» y fue arrestado de inmediato a los catorce años. Trasladado a una prisión, finalmente fue enviado a un campo.[55]

Era muy frecuente que los hijos de los presos políticos fueran acosados y marginados. Uno de ellos recuerda que al llegar al orfanato, a los hijos de los «enemigos» se les tomaban las huellas dactilares, como si fuesen delincuentes. Los maestros y cuidadores temían mostrarles demasiado afecto, no deseando ser acusados de tener simpatía por los «enemigos».[56]

En este entorno, incluso los hijos de personas educadas aprendían hábitos delictivos. Vladimir Glebov, hijo del destacado bolchevique Lev Kámenev, fue uno de esos niños. Tenía cuatro años cuando su padre fue arrestado, y Glebov fue «desterrado» a un orfanato especial en Siberia occidental. Cerca del 40% de esos niños eran hijos de «enemigos», otro 40% eran delincuentes juveniles y un 20% eran gitanos, que habían sido arrestados por el delito de nomadismo. Como Glebov explicó al escritor Adam Hochschild, había algunas ventajas, incluso para los hijos de los políticos, en tener un contacto temprano con los jóvenes delincuentes:

> Mi colega me enseñó algunas cosas sobre cómo protegerme que me sirvieron mucho después en la vida. Aquí tengo una herida, y aquí otra … cuando te atacan con un cuchillo, tienes que saber cómo reaccionar. El principio esencial es responder antes, no dejar que te toquen. Esa fue nuestra feliz niñez soviética.[57]

Algunos niños, sin embargo, quedaban marcados por su experiencia en el orfanato. Al volver del destierro, una madre se reunió con su pequeña hija. La niña, a la edad de ocho años, apenas podía hablar, cogía la comida con la mano, y se comportaba como el animal salvaje que el orfanato le había enseñado a ser.[58] Otra madre, liberada al cumplir ocho años de condena, fue a recoger a sus hijos del orfanato, solo para descubrir que estos se negaban a ir con ella. Les habían enseñado que sus padres eran «enemigos del pueblo» que no merecían

cariño ni afecto. Habían sido instruidos para que rehusaran salir «si tu madre alguna vez viene por ti», y nunca quisieron volver a vivir con sus padres.[59]

No es extraño que los niños escaparan de esos orfanatos en gran número. Una vez en la calle, caían rápidamente en el submundo criminal. Y una vez que eran parte de él, el ciclo de depravación proseguía. Tarde o temprano, probablemente serían arrestados.

A primera vista, el informe anual de 1944-1955 del NKVD sobre un grupo particular de ocho campos en Ucrania no presenta nada fuera de lo ordinario. El informe enumera los campos que cumplieron o incumplieron el plan quinquenal. Alaba a los «trabajadores de choque» reclusos. Advierte severamente que en la mayoría de los campos el alimento era muy deficiente y monótono. Con más aprobación señala que solo se había declarado una epidemia en uno de los campos durante el período de inspección y que se había detectado a raíz del traslado de cinco reclusos desde una prisión atestada de Jarkov.

Unos cuantos detalles del informe, no obstante, sirven para ilustrar el carácter exacto de estos campos ucranianos. Un inspector se queja, por ejemplo, de que en uno de los campos escasean «libros de texto, lápices, cuadernos, bolígrafos».[60] Los ocho campos en cuestión eran las ocho colonias infantiles de Ucrania. Pues no todos los niños que entraban en la jurisdicción del Gulag eran hijos de padres arrestados. Algunos acabaron en ellos por sí mismos. Cometieron un delito, fueron arrestados y enviados a campos especiales para delincuentes juveniles, que eran dirigidos por los mismos burócratas que dirigían los campos de adultos, y se parecían a ellos en muchos sentidos.

Originariamente, estos campos de niños estaban organizados para los *besprizornye*, los «huérfanos», niños de la calle sucios y abandonados que habían perdido a sus padres o escapado de ellos durante los años de la guerra civil, la hambruna, la colectivización y las detenciones masivas. Estos niños de la calle se habían convertido en una figura común, a comienzos de los años treinta, en las estaciones de tren y en los parques públicos de las ciudades soviéticas. El escritor ruso Victor Serge los describe:

> Los veía en Leningrado y en Moscú, viviendo en las alcantarillas, en los quioscos, en las tumbas de los cementerios, donde eran los amos indiscutibles; tenían reuniones nocturnas en los urinarios, viajaban en los techos de los vagones de tren o en las barras inferiores. Aparecían pestilentes, negros

de sudor, para pedir unos cuantos cópecs a los viajeros y se tumbaban esperando la oportunidad de robar una maleta…[61]

Tan numerosos y problemáticos eran estos niños que en 1934 el Gulag estableció las primeras guarderías en los campos de adultos, para impedir que los hijos de los padres detenidos vagaran por las calles.[62] Poco después, en 1935, el Gulag decidió establecer colonias especiales para niños. Los niños fueron recogidos de la calle en redadas masivas, y enviados a las colonias para ser educados y preparados para unirse a la fuerza de trabajo.

En 1935, las autoridades soviéticas también aprobaron una notoria ley que hacía que los niños de doce años fueran susceptibles de ser acusados como adultos. Después, niñas campesinas de doce años arrestadas por robar unos cuantos granos de trigo, e hijos de «enemigos» sospechosos de colaborar con sus padres fueron a parar a la cárcel de menores, junto con prostitutas y carteristas menores de edad, niños de la calle y otros.[63] Tan numerosos eran en la Unión Soviética los niños delincuentes que el NKVD creó hogares infantiles con un «régimen especial» en 1937, para los niños que sistemáticamente infringieran las normas de los hogares infantiles comunes. En 1939, los meros huérfanos no eran enviados a los campos de menores, que eran reservados para los niños delincuentes que habían sido sentenciados realmente por tribunales o por *osoboe soveshchanie* (comisiones especiales).[64]

Pese a la amenaza de castigos más duros, el número de delincuentes juveniles continuó aumentando. La guerra no solo produjo huérfanos, sino también fugitivos, niños sin vigilancia cuyos padres estaban en el frente, y cuyas madres estaban trabajando doce horas en las fábricas, así como nuevas categorías de menores delincuentes: trabajadores menores de edad que abandonaban su puesto de trabajo en las fábricas, a veces después de que estas hubieran sido evacuadas lejos de las familias de los niños. Con ello violaban la ley de la guerra «Sobre el abandono no autorizado del trabajo en las empresas militares».[65] Según las propias estadísticas del NKVD, los «centros de recepción» de menores acogieron el extraordinario número de 842 144 niños sin hogar en los años 1943-1945. La mayoría fueron enviados a sus padres, a hogares infantiles o a escuelas de oficios. Pero un buen número, 52 830 según los documentos, fueron asignados a «colonias educativas laborales». La

denominación «colonia educativa laboral» no era otra cosa que una descripción más aceptable de campo de concentración para niños.[66]

En muchos aspectos, el trato a los niños en los campos de menores no era muy diferente del dado a sus padres. Los niños eran detenidos y trasladados siguiendo las mismas pautas, con dos excepciones: debían ser mantenidos separados de los adultos, y no se les podía aplicar la ley de fugas.[67] Eran encerrados en el mismo tipo de cárcel que los adultos, en celdas separadas pero igualmente deficientes.[68]

Algunos prisioneros jóvenes eran interrogados como los adultos. Después de su arresto en el orfanato, Piotr Yakir, a los dieciocho años, fue conducido a una prisión de adultos, y se lo sometió a un interrogatorio como si fuera un adulto. El instructor lo acusó de «organizar una banda de caballería anarquista, cuyo objeto era realizar actividades tras las líneas del Ejército Rojo», citando como prueba el hecho de que Yakir era un jinete excelente. Después, Yakir fue sentenciado por el delito de ser un «elemento socialmente peligroso».[69] En 1939, cuando la prensa soviética informó de algunos casos de agentes del NKVD arrestados por obtener con amenazas falsas confesiones, un periódico siberiano publicó la historia de un caso de 160 menores, la mayoría de los cuales tenían de 12 a 14 años, aunque algunos apenas tenían 10. Cuatro agentes del NKVD y la oficina del fiscal fueron sentenciados de cinco a diez años por interrogar a estos niños.

Los niños prisioneros no estaban exentos de las implacables demandas del sistema de trabajo esclavo. Aunque las colonias de niños por lo general no solían estar ubicadas en las zonas más duras de campos madereros o mineros en el norte, en los años cuarenta había un *lagpunkt* para menores en el campo de Norilsk en el extremo norte.[b] Algunos de sus 1000 reclusos eran enviados a trabajar en la fábrica de ladrillos de Norilsk, mientras que a otros se les encargaba sacar la nieve. Entre ellos había varios niños de doce, trece y catorce años, mientras que la mayoría tenía quince o dieciséis. Los mayores ya habían sido trasladados a los campos de adultos. Muchos inspectores se quejaban de las condiciones del campo para menores de Norilsk, y finalmente fue trasladado a una zona más al sur de la URSS, pero no sin que antes muchos de los jóvenes presos cayeran víctimas de las mismas enfermedades, del frío y la desnutrición que sus homólogos adultos.[70]

Más representativo es el informe ucraniano que explica que a los niños de las

colonias de Ucrania se les habían asignado trabajos de carpintería, metalistería y costura.[71] En todo caso, las colonias infantiles seguían muchas de las prácticas de los campos de adultos. Había metas de producción que había que alcanzar, cuotas de trabajo individuales que cumplir, un régimen que acatar. Una orden del NKVD de 1940 establecía que los niños de 12 a 16 años trabajaran cuatro horas al día, y pasaran otras cuatro horas haciendo tareas escolares y que los adolescentes de 16 a 18 años trabajaran ocho horas al día, con dos horas dedicadas a tareas escolares.[72] En el campo de Norilsk este régimen no era observado, pues no había escuela.[73]

Los niños no estaban allí para ser educados: en 1944, Beria informó con orgullo a Stalin que los campos de menores del Gulag habían contribuido de forma impresionante al esfuerzo bélico, produciendo minas, granadas y otros bienes evaluados en 150 millones de rublos.[74]

Los niños estaban sometidos al mismo tipo de propaganda que los adultos. A mediados de los años treinta, los periódicos del campo mostraban niños estajanovistas y se deshacían en alabanzas con los «del 35», los niños de la calle destinados a los campos según la ley de 1935, elogiando a los que habían visto la luz y se habían reformado mediante el trabajo físico. Los mismos periódicos también arremetían contra los menores que no habían comprendido que «debían abandonar su pasado, que es tiempo de comenzar una nueva vida … los juegos de naipes, la embriaguez, el vandalismo, la vagancia, el robo, etc., muy difundidos entre ellos».[75]

Finalmente, los niños eran sometidos a las mismas presiones psicológicas que los adultos. Un dirigente del NKVD de 1941 hizo una llamada para organizar una *agenturno-operativnoe obsluzhivanie*, una «red de delatores», dentro de las colonias y en los centros de recepción de menores del NKVD. Se decía que habían aflorado sentimientos contrarrevolucionarios entre el personal y los niños de los campos, sobre todo entre los hijos de los contrarrevolucionarios. En un campo, los niños protagonizaron una pequeña revuelta. Se adueñaron del comedor, lo destrozaron y atacaron a los guardias, hiriendo a seis de ellos.[76]

En un único sentido los niños de los campos para menores fueron afortunados: no habían sido enviados a campos ordinarios, no estaban rodeados de presos adultos ordinarios, como otros niños. En efecto, como las

omnipresentes mujeres embarazadas, el número siempre en aumento de menores en los campos de adultos era un quebradero de cabeza permanente para los jefes de campo. En octubre de 1935, Yágoda escribió furibundo a todos los jefes de campo que, «pese a mis instrucciones, los prisioneros menores de edad no están siendo enviados a trabajar a las colonias infantiles, sino que conviven en la prisión con los adultos».[77] Trece años después, en 1948, los investigadores de la oficina del fiscal denunciaban que todavía había muchos prisioneros menores de edad en campos de adultos, donde estaban siendo corrompidos por los criminales adultos.[78]

Los *maloletki*, «los menores», inspiraban poca simpatía entre los demás reclusos. «El hambre y el horror de lo que había ocurrido los había privado de todas las defensas», escribía Lev Razgon, que observó que los menores gravitaban naturalmente hacia aquellos que parecían ser los más fuertes. Estos eran los delincuentes comunes, que convertían a los jóvenes en «sirvientes, esclavos mudos, bufones, rehenes, y todo lo demás», y hacían que los muchachos y las muchachas ejercieran la prostitución.[79] Sin embargo, su horripilante experiencia no inspiraba demasiada piedad; por el contrario, algunas de las invectivas más duras en la literatura de las memorias de los campos están reservadas para ellos. Razgon escribió que cualquiera que fuera su origen, los niños prisioneros pronto «mostraban una crueldad temible e incorregiblemente vengativa, sin freno ni responsabilidad». Peor,

> no temían a nada ni a nadie. Los guardias y jefes del campo temían entrar en los barracones separados donde vivían los menores. Era allí donde ocurrían los actos más viles, más cínicos y crueles que tenían lugar en el campo. Si uno de los jefes de los delincuentes presos estaba apostando, perdía todo y se jugaba la vida también, los muchachos lo mataban por la ración de pan de un día o simplemente «por divertirse». Las chicas se vanagloriaban de que podían satisfacer a una brigada entera de leñadores. No quedaba nada humano en estos niños, y era imposible imaginar que pudieran volver al mundo normal y convertirse en seres humanos normales otra vez.[80]

Un prisionero holandés, Johan Vigman, también escribe sobre los jóvenes a quienes «probablemente no les importaba realmente tener que vivir en estos campos. Oficialmente se suponía que trabajarían, pero en la práctica era la última cosa que harían nunca. Al mismo tiempo se beneficiaban de las comidas regulares y tenían la oportunidad de aprender de sus compinches».[81]

Hubo excepciones. Aleksandr Klein cuenta la historia de dos muchachos de

trece años arrestados por guerrilleros, que fueron sentenciados a veinte años en el campo. Ambos permanecieron diez años en los campos, y lograron mantenerse juntos declarándose en huelga de hambre cuando alguien intentaba separarlos. Debido a su edad, la gente los compadecía, y les daba trabajos fáciles y comida extra. Ambos consiguieron matricularse en los cursos técnicos del campo, y se convirtieron en ingenieros competentes antes de ser liberados en una de las amnistías que siguieron a la muerte de Stalin. Si no hubiera sido por los campos, escribió Klein, «¿quién habría ayudado a dos niños campesinos semianalfabetos a convertirse en personas educadas, en buenos especialistas?».[82]

Sin embargo, cuando, a finales de los años noventa, comencé a buscar memorias de personas que hubieran sido menores prisioneros, descubrí que era muy difícil encontrar alguno. Con la excepción de las de Yakir, de Kmiecik, y de unas cuantas más reunidas por la Sociedad Memoria y otras organizaciones, había muy pocas.[83] Sin embargo, había habido cientos de miles de esos niños, y muchos todavía debían de estar vivos. Incluso sugerí a una amiga rusa que pusiéramos un anuncio en el periódico para tratar de encontrar a alguno de esos supervivientes y entrevistarlo. «No —me contestó ella—. Todos sabemos en qué se han convertido». Las décadas de propaganda, de carteles cubriendo los muros de los orfanatos, agradeciendo a Stalin «nuestra infancia feliz», no consiguieron convencer al pueblo soviético de que los niños en los campos, las calles y los orfanatos se hubieran convertido en otra cosa que en miembros plenos de la considerable y omnipresente clase criminal de la Unión Soviética.

16

Los moribundos

Extenuación ¿qué significa?
¿Qué significa fatiga?
Cada movimiento es aterrador,
cada movimiento de las piernas y los brazos doloridos.
Un hambre terrible.
«Pan, pan», late el corazón.
A lo lejos en el siniestro cielo,
el sol indiferente gira.
Tu respiración es un silbido tenue
a cincuenta grados bajo cero,
morir ¿qué significa?
Las montañas miran, y se quedan calladas.

NINA GAGEN-TORN, *Memoria*[1]

En el Gulag, los prisioneros siempre reservaron el último lugar de la jerarquía del campo para los moribundos, o mejor dicho para los muertos en vida. Un subdialecto entero de la jerga del campo fue inventado para describirlos. A veces, los moribundos eran llamados *fitili* o «mechas», como la mecha de una vela, pronta a apagarse con un soplo. Eran también llamados *gavnoedy*, «comemierdas», o *pomoechniki* (lavazas). Con más frecuencia eran llamados *dojodiagi*, del verbo ruso *dojodit* (alcanzar o llegar), una palabra que se puede traducir como «alcanzado». Jacques Rossi, en *The Gulag Handbook*, asegura que era una expresión sarcástica: los moribundos por fin habían «alcanzado el socialismo».[2] Otros, de modo más prosaico, decían que la expresión significaba que habían alcanzado no el socialismo, sino el final de la vida.

En términos simples, los *dojodiagi* se estaban muriendo de hambre, y sufrían de enfermedades provocadas por la desnutrición y la carencia de vitaminas: escorbuto, pelagra, varias formas de diarrea. En las primeras etapas, estas

enfermedades se manifestaban con la pérdida de la dentadura y ampollas en la piel, síntomas que con frecuencia afectaban incluso a los guardias del campo.[3] En las etapas subsiguientes, los prisioneros perdían la capacidad de ver en la oscuridad. Gustav Herling recuerda «la imagen de los que padecían ceguera nocturna, caminando lentamente por la *zona* al amanecer y al anochecer, con los brazos extendidos, tratando de orientarse con el tacto».[4]

Los que sufrían de desnutrición también experimentaban malestares estomacales, mareos y una grotesca hinchazón de las piernas. Thomas Sgovio, que estuvo al borde de la desnutrición antes de recobrarse, se levantó una mañana «para descubrir que una de sus piernas estaba de color morado y se le había hinchado como dos veces el tamaño de la otra. Me picaba. Tenía manchas por todas partes». Pronto «las manchas se convirtieron en enormes forúnculos, de los que salía sangre y pus. Cuando presionaban con el dedo sobre la piel amoratada, se quedaba marcada mucho tiempo».[5]

En los últimos estadios de la desnutrición, los *dojodiagi* tenían un aspecto extraño e inhumano, se convertían en la encarnación de la retórica deshumanizadora utilizada por el Estado; en otras palabras, durante su agonía, los enemigos del pueblo dejaban de ser personas. Enloquecían, y a veces deliraban y despotricaban durante horas. Sus ojos tenían un brillo extraño. Se movían con lentitud, no podían controlar el intestino ni los esfínteres y, por consiguiente despedían un hedor terrible. Tamara Perkevich cuenta la primera vez que los vio:

> Allí, tras la alambrada, había una hilera de criaturas que recordaban vagamente a los seres humanos … eran unos diez, esqueletos de varios tamaños cubiertos de una piel parda, apergaminada, todas desnudas hasta la cintura, con las cabezas afeitadas y los pechos marchitos y colgantes. Su único vestido era unos tristes calzones, y sus tibias sobresalían como proyectadas de círculos cóncavos y vacíos. ¡Mujeres! El hambre, el calor y el trabajo duro las habían transformado en secos especímenes que todavía se aferraban a los últimos vestigios de vida.[6]

Varlam Shalámov también ha dejado una inolvidable descripción poética de los *dojodiagi*, invocando su similitud, su falta de rasgos individualizados y humanos.

> *Brindo por un camino en el bosque,*
> *por aquellos que cayeron en la marcha,*
> *por aquellos que no pueden arrastrarse más,*

pero están obligados a proseguir.

Por sus labios endurecidos y morados,
por sus rostros idénticos,
por sus abrigos andrajosos, cuajados de escarcha,
por sus manos sin guantes.

Por el agua que sorben de una vieja lata,
por el escorbuto que se adhiere a sus dientes,
por los dientes de los gordos perros grises
que los despiertan al amanecer.

Por el sombrío sol
que los contempla sin interés,
obra de sagaces tormentas de nieve.

Por la ración de pan crudo y pegajoso
engullido rápidamente,
por el pálido cielo demasiado alto,
¡por el río Ayan-Yuryaj![7]

Pero el término *dojodiagi*, como era utilizado en los campos soviéticos, no describía meramente un estado físico. Los «alcanzados», tal como Sgovio ha explicado, no estaban simplemente enfermos: eran prisioneros que habían alcanzado un nivel de desnutrición tan severo que ya no se cuidaban. El deterioro generalmente avanzaba por etapas; los prisioneros dejaban de lavarse, dejaban de reaccionar ante los insultos como lo haría un ser humano, hasta que literalmente enloquecían de hambre. Sgovio se sintió profundamente consternado cuando vio por primera vez a una persona en ese estado, un comunista estadounidense llamado Eisenstein, un conocido suyo en Moscú:

> Primero no reconocí a mi amigo. Eisenstein no respondió cuando lo saludé. Su rostro tenía la expresión vacía de los *dojodiagi*. Me miró sin verme, como si yo no estuviera allí. Eisenstein no parecía ver a nadie. No había expresión en sus ojos. Recogiendo los platos vacíos de las mesas, examinaba cada uno en busca de restos de partículas de comida. Pasaba los dedos por los platos y después los lamía.

Eisenstein, escribe Sgovio, se había vuelto como las otras «mechas», había perdido todo sentido de dignidad personal:

> Se abandonaban, no se lavaban, aunque tuvieran la posibilidad de hacerlo. Tampoco las «mechas» se molestaban en matar los piojos que les chupaban la sangre. Los *dojodiagi* no se sonaban los mocos que les caían de la nariz con las mangas de sus *bushlats* … la mecha era

> indiferente a los golpes. Cuando los demás *zeks* lo atacaban, se cubría la cabeza para evitar los golpes. Caía al suelo y cuando lo dejaban, si se lo permitía su estado, se levantaba y proseguía su camino cojeando como si nada hubiera pasado. Después del trabajo el *dojodiaga* podía ser visto rondando por la cocina, pidiendo las sobras. Para divertirse, el cocinero le arrojaba un cucharón de sopa a la cara. En esas ocasiones, el pobre rápidamente se pasaba los dedos por los bigotes mojados y los chupaba … Las mechas se paraban alrededor de las mesas en espera que alguien dejara algo de sopa o engrudo. Cuando esto ocurría, el que estaba más cerca se abalanzaba a tomar las sobras. En la rebatiña consiguiente, con frecuencia derramaban la sopa, y entonces, a gatas, se peleaban y arañaban lo que fuera hasta meterse en la boca la última menudencia del precioso alimento.[81]

La fascinación de la cocina y la obsesión por la comida ofuscaban a muchos, tal como Gustav Herling también ha tratado de explicar:

> No hay límite a los efectos físicos del hambre más allá de los cuales la dignidad humana pueda mantener un equilibrio incierto pero independiente. Muchas veces aplastaba mi cara demacrada contra el cristal escarchado de la ventana de la cocina, para rogar con una mirada estúpida otro cucharón de sopa aguada al ladrón Fyedka de Leningrado que era el encargado. Y recuerdo que mi mejor amigo, el ingeniero Sadovski, una vez, en la plataforma vacía junto a la cocina, me arrebató de las manos una lata de sopa y, corriendo con ella, ni siquiera esperó a llegar a la letrina sino que en el camino engulló el caliente brebaje con labios febriles. Si Dios existe, que castigue sin piedad a los que destruyen a sus semejantes por inanición.[9]

Yehoshua Gilboa, un sionista polaco arrestado en 1940, describe con elocuencia las tretas que los prisioneros utilizaban para convencerse de que estaban comiendo más de lo que comían:

> Intentábamos engañar el hambre majando el pan hasta que casi parecía harina, y lo mezclábamos con sal y grandes cantidades de agua. Esta exquisitez era llamada «salsa de pan». El agua salada cogía algo del color y el gusto del pan. La bebía, y quedaba la papilla del pan. Le agregabas más agua hasta que la última pizca del sabor del pan hubiera desaparecido. Si después de haberla saturado de agua, te comías esta salsa de pan de postre, por así decirlo, no tenía gusto, pero te hacías la ilusión de que aumentaba varios cientos de gramos.[10]

Una vez que un prisionero merodeaba alrededor de la cocina recogiendo sobras, por lo general estaba a punto de morir, y podía morir realmente en cualquier momento: de noche en la cama, de camino al trabajo, al ir por la *zona*, en la cena. Janusz Bardach vio caer a un prisionero durante el recuento al final de la jornada.

> Se formó un grupo en torno a él. «Para mí el sombrero», dijo un hombre. Otros cogieron las botas, los peales, el abrigo y los pantalones. Hubo una pelea por la ropa interior.
>
> Apenas hubo sido despojado de sus pertenencias, el prisionero caído movió la cabeza, levantó la

mano y dijo débil pero claramente: «Hace mucho frío». Pero su cabeza volvió a caer en la nieve y una mirada vidriosa apareció en sus ojos. El grupo de saqueadores se apartó con los despojos, sin alterarse. En los pocos minutos que pasaron después de que lo desnudaron probablemente murió de frío.[11]

Sin embargo, la inanición no era la única causa de muerte entre los prisioneros. Muchos morían en el trabajo, en las condiciones inseguras de las minas y las fábricas. Algunos, debilitados por el hambre, sucumbían fácilmente a otras enfermedades y epidemias.

Aunque curiosamente es un tema tabú, también hubo prisioneros que se suicidaron. Es difícil calcular cuántos optaron por esta vía. No hay estadísticas oficiales. Tampoco existe un consenso entre los supervivientes sobre cuántos suicidios hubo. Nadezha Mandelstam, la esposa del poeta, escribió que las personas en los campos no se suicidaban, pues luchaban muy duramente para vivir, y esta afirmación ha sido repetida por otros.[12] Evgeni Gnedin escribió que aunque pensó en suicidarse en la prisión y después en el destierro, durante sus ocho años en los campos «el pensamiento del suicidio nunca pasó por su cabeza. Cada día era una lucha por la vida: en esa lucha, ¿cómo podría pensar en abandonar la vida? Había un objetivo: salir de ese sufrimiento, y una esperanza: reunirse con los seres queridos».[13]

La historiadora Catherine Merridale plantea una teoría diferente. Durante su investigación, encontró a dos psicólogos residentes en Moscú que habían estudiado o trabajado en el sistema del Gulag. Como Mandelstam y Gnedin insistían en que el suicidio y la enfermedad mental eran raros, «se mostraron consternados y casi ofendidos» cuando ella les mostró pruebas de lo contrario. Merridale atribuye esta curiosa insistencia al «mito del estoicismo» en Rusia, pero no descarta otras opciones.[14] El crítico literario Tzvetan Todorov piensa que los testigos escriben sobre la extraña ausencia del suicidio porque tratan de subrayar lo extraordinario de su experiencia. Fue tan espantoso que nadie pensó en tomar la ruta «normal» del suicidio: «El superviviente intenta sobre todo transmitir la extrañeza de los campos».[15]

En realidad, los vestigios episódicos de suicidios son muchos, y numerosas las memorias que los mencionan. Una describe el suicidio de un joven cuyos favores sexuales fueron «ganados» por un hampón en una partida de naipes.[16] Otras hablan del suicidio de un ciudadano soviético de origen alemán, que dejó

una nota para Stalin: «Mi muerte es un acto de protesta consciente contra la violencia e ilegalidad dirigida contra nosotros, los alemanes soviéticos, por los órganos del NKVD».[17] Un superviviente de Kolimá ha escrito que en los años treinta era relativamente habitual que los prisioneros caminaran, con rapidez y resolución, hacia la «zona muerta», la tierra de nadie que rodeaba la valla del campo, y se quedaran allí, esperando que les dispararan.[18]



Un zek moribundo, retrato por Serguéi Reijenberg, Magadán, sin fecha.

Evgeniya Guinzburg en persona cortó la soga de la que se colgó su amiga Polina Melnikova, y escribió con admiración: «Ella había afirmado su derecho a ser persona actuando de ese modo, y había hecho un buen trabajo con ello».[19] Todorov escribe que muchos supervivientes del Gulag y de los campos nazis veían el suicidio como una oportunidad para ejercitar su libre albedrío: «Al suicidarse, uno cambia el curso de los hechos —si bien solo por última vez en la vida— en vez de simplemente reaccionar ante ellos. Los suicidios de este tipo son actos de desafío, no de desesperación».[20]

A la dirección del campo le daba lo mismo cómo murieran los prisioneros.

Lo que importaba era mantener la tasa de mortalidad en secreto, o al menos en semisecreto. Los jefes de *lagpunkt* cuya tasa era considerada demasiado alta se arriesgaban a ser castigados.[21] Por eso, como han explicado algunos antiguos prisioneros, se sabía que los médicos ocultaban los cadáveres a los inspectores de los campos, y por eso en algunos campos era una práctica común liberar a los prisioneros agonizantes. De esa manera no aparecían en las estadísticas de mortalidad del campo.[22]

Y si bien los fallecimientos eran registrados, los documentos no siempre eran fiables. De un modo u otro, los jefes del campo se aseguraban de que los médicos que redactaban los certificados de defunción no escribieran «inanición» como la principal causa de muerte. Al cirujano Isaac Vogelfanger, por ejemplo, se le ordenó expresamente que escribiera «fallo del músculo cardíaco» sin importar la verdadera causa del deceso de un prisionero.[23] Este subterfugio podía ser contraproducente: en un campo, los médicos firmaron tantos ataques al corazón que el inspector empezó a sospechar. Los fiscales obligaron a los médicos a exhumar los cadáveres, estableciendo que habían muerto de pelagra.[24] El caos no siempre era deliberado: en otro campo los documentos estaban en tal desorden que un inspector denunció que «los muertos eran incluidos entre los prisioneros vivos, los fugitivos entre los prisioneros, y viceversa».[25]

A menudo se mantenía a los prisioneros a sabiendas en la ignorancia sobre el hecho de la muerte. Aunque no se la podía ocultar por completo (un prisionero habla de cadáveres «amontonados cerca de la valla hasta el deshielo»),[26] se podía encubrir la muerte de varias formas. En muchos campos, los cadáveres eran trasladados de noche y llevados a lugares secretos. Las fosas comunes también podrían haber sido mantenidas en secreto, porque estaban técnicamente prohibidas, lo cual no equivale a decir que fueran infrecuentes. Los antiguos emplazamientos de los campos en toda Rusia contienen pruebas de lo que claramente habían sido fosas comunes, y de vez en cuando esas fosas reaparecen: el permafrost del norte boreal no solo preserva los cuerpos, a veces en la estremecedora condición original, también se desliza y se desplaza con las heladas y los deshielos anuales, como dice Shalámov: «La piedra, el norte se resiste con todas sus fuerzas a este trabajo del hombre, no entrar en sus entrañas a los muertos … la tierra se abrió mostrando sus subterráneos tesoros, pues bajo la tierra en Kolimá, no solo hay oro, no solo plomo y wolframio, no solo uranio,

sino también cuerpos humanos sin corromper».[27]

Sin embargo, se suponía que no debían estar allí, y en 1946, la dirección del Gulag expidió una orden a todos los jefes de campo para que enterraran los cadáveres por separado, envueltos en mortajas, y en tumbas de al menos 1,5 metros de profundidad. La ubicación de los cuerpos debía ser marcada no con el nombre, sino por el número. Se suponía que solo los archiveros del campo debían saber dónde estaba enterrado cada quien.[28]

Todo lo cual suena muy civilizado, excepto que otra orden daba a los campos permiso para sacar los dientes de oro a los prisioneros muertos. Estas extracciones debían tener lugar con la supervisión de una comisión, integrada por los representantes del servicio médico, la dirección y el departamento económico del campo. El oro debía ser llevado al banco estatal más cercano. Sin embargo, es difícil imaginar que la comisión se reuniera con mucha frecuencia. El robo directo de los dientes de oro era simplemente demasiado fácil de realizar y de ocultar en un mundo en que había demasiados cadáveres.[29]

Pues *había* demasiados cadáveres, y esto, finalmente era lo aterrador de una muerte en prisión; como Herling escribió:

> La muerte en el campo entrañaba otro horror: su anonimato. No teníamos conocimiento de dónde eran enterrados los muertos, o si, después de la muerte de un prisionero, se redactaba algún tipo de certificado de defunción … La certeza de que nadie sabría nunca de su muerte, que nadie sabría nunca dónde habían sido enterrados, era uno de los grandes tormentos psicológicos de los prisioneros…
>
> Los barracones estaban cubiertos de los nombres de los prisioneros grabados en el yeso, y se pedía a los amigos que completaran los datos después de la muerte, agregando una cruz y una fecha; cada prisionero escribía a su familia en intervalos rigurosamente estrictos, de modo que una interrupción súbita en la correspondencia les diera la fecha aproximada de su muerte.[30]

Pese a los esfuerzos de los prisioneros, muchísimas muertes quedaron sin ser anotadas, ni recordadas ni documentadas. No se llenaron los formularios; ni se notificó a los familiares; los hitos de madera se desintegraron. Al caminar por los antiguos campos en el extremo norte, uno ve las huellas de las fosas comunes: el terreno desigual y con manchas, los pinos jóvenes, la larga hierba que cubre las fosas después de medio siglo. A veces, un grupo de vecinos ha levantado un monumento. Con más frecuencia, no hay ninguna marca. Los nombres, las vidas, las historias personales, las relaciones familiares, la historia, todo se ha perdido.

17

Estrategias de supervivencia

Soy pobre, estoy solo, desnudo,
no tengo fuego.
Lila la penumbra polar
me rodea por completo…

Recito mis poemas,
los grito,
pelados y sordos, los árboles
tienen miedo.

Solo el eco de las montañas distantes
resuena en los oídos.
Y con un profundo suspiro,
vuelvo a respirar con calma.

VARLAM SHALÁMOV, *Neskolko moij Zhiznei*[1]

Al final, los prisioneros sobrevivieron, incluso en los campos más terribles, en las condiciones más duras, aun en los años de la guerra, de la hambruna y de las ejecuciones en masa. No solo eso, algunos sobrevivieron lo bastante enteros psicológicamente como para regresar a su hogar, recobrarse y vivir una vida relativamente normal. Janusz Bardach se hizo cirujano plástico en Iowa City. Isaak retomó la enseñanza de la literatura árabe. Lev Razgon volvió a escribir cuentos para niños. Anatoli Zhigulin reanudó la escritura de poesía. Evgeniya Guinzburg se trasladó a Moscú, y durante años fue el alma y el corazón de un círculo de supervivientes que se reunían con regularidad para comer, beber y discutir en torno a la mesa de su cocina.

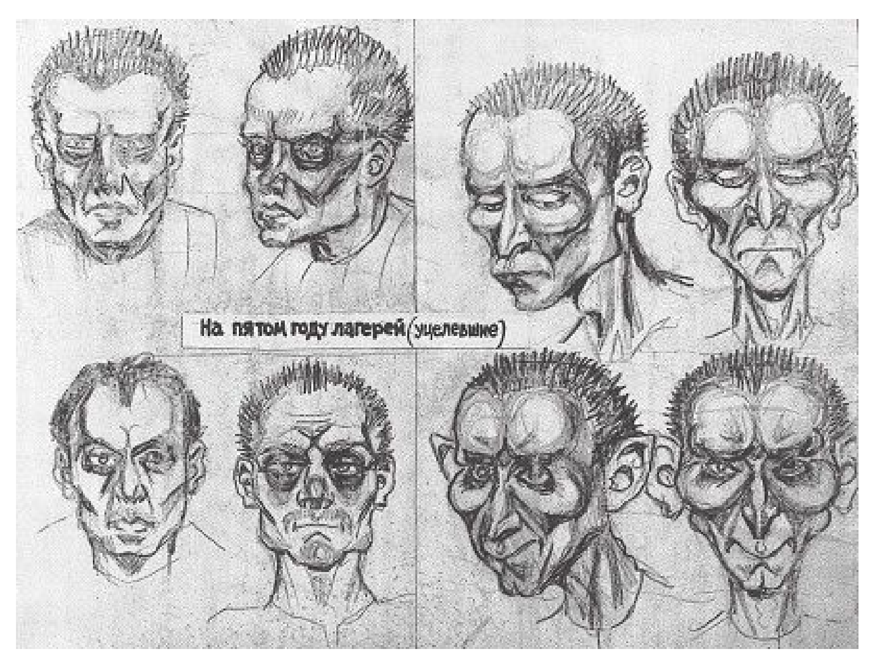
Ada Purizhinskaya, arrestada cuando era una adolescente, se casó y tuvo cuatro hijos, algunos de los cuales han llegado a ser músicos consumados. Conocí a dos de ellos en una cena familiar, llena de generosidad y buen humor,

en la que Purizhinskaya sirvió un plato tras otro de deliciosas viandas, y pareció sentirse decepcionada al ver que yo no podía comer más.

La vida de algunos siguió siendo una vida extraordinaria. Aleksandr Solzhenitsin se convirtió en uno de los más famosos escritores rusos con una obra de las más vendidas y famosas. El general Gorbatov colaboró en la dirección del ataque soviético contra Berlín. Después de su condena en Kolimá y en una *sharashka* durante la guerra, Serguéi Korolev se convirtió en el padre del programa espacial de la Unión Soviética. Gustav Herling dejó los campos, luchó en el ejército polaco, y aunque escribe en su exilio napolitano, se ha convertido en el hombre de letras más respetado de la Polonia poscomunista. En la capacidad para recuperarse, estos hombres y mujeres no estuvieron solos. Isaac Vogelfanger, que llegó a ser profesor de cirugía en la Universidad de Ottawa, escribió: «Las heridas sanan, y uno vuelve a estar completo otra vez, un poco más fuerte, y más humano que antes…».[2]

No todas las historias de los supervivientes del Gulag terminaron bien, por supuesto, lo cual no necesariamente se puede inferir a partir de las memorias. Obviamente, las personas que no sobrevivieron no escribieron. Aquellos que quedaron mental o físicamente incapacitados a causa de sus experiencias en los campos, tampoco lo hicieron, o si lo hicieron, no necesariamente contaron toda la historia. Hay escasísimas menciones de delatores, o de personas que confiesen haberlo sido, y muy pocos supervivientes admiten haber herido o matado a un compañero de prisión para preservar su vida.

La cuestión de quién sobrevivió, y por qué, debe ser enfocada con mucho cuidado. Sobre este tema, no hay documentos de archivo sobre los que basarse, y no hay «pruebas» reales. Tenemos que aceptar la palabra de aquellos que desean describir sus experiencias, sobre el papel o ante un entrevistador. Cualquiera de ellos podría tener razones para ocultar aspectos de su biografía a los lectores.



En el quinto año del campo (supervivientes): rostros de prisioneros transformados con el paso del tiempo, dibujo de Alexéi Merekov, prisionero, sin lugar, ni fecha.

Con esa salvedad, es posible identificar patrones en los cientos de memorias que han sido publicadas o depositadas en los archivos. Pues hubo estrategias para sobrevivir y eran conocidas en ese momento, aunque variaran mucho de acuerdo con las particulares circunstancias de cada prisionero. Sobrevivir en una colonia laboral en el occidente de Rusia a mediados de los años treinta o incluso a finales de los cuarenta, cuando el grueso del trabajo era de tipo fabril y la comida era regular aunque no abundante, quizá no exigía una adaptación mental especial. Sobrevivir en uno de los campos boreales —Kolimá, Vorkutá, Norilsk— durante los años de la hambruna, por otra parte, requería a menudo cualidades que, de haber permanecido en libertad, los prisioneros podrían no haber descubierto nunca en sí mismos.

Sin duda, muchos prisioneros sobrevivieron porque encontraron el modo de situarse por encima de los demás prisioneros, o de distinguirse de la masa de los famélicos *zeks*. Docenas de proverbios y refranes de los campos reflejan los corrosivos efectos morales de esta competencia desesperada: «Tú puedes morir hoy, yo mañana», era uno de ellos.

Muchos antiguos *zeks* llaman cruel a la lucha por la supervivencia, otros la llaman darwiniana. «El campo era una gran prueba de nuestra fortaleza moral, de nuestra moralidad cotidiana, y el 99% de nosotros sucumbíamos», escribió

Shalámov.[3] «Después de unas tres semanas la mayoría de los prisioneros eran hombres abatidos, solo les interesaba comer. Se comportaban como animales, sentían un desagrado y una sospecha mutuas, viendo en el amigo de ayer un competidor en la lucha por la supervivencia», escribió Edward Buca.[4] Galina Usakova cuenta la transformación de su personalidad en los campos: «Yo era una muchacha muy educada, bien criada, de una familia de la *intelligentsia*. Pero con estas cualidades no sobrevives, tienes que curtirte, aprender a mentir, a actuar con hipocresía».[5]

Gustav Herling añade una descripción de cómo el nuevo prisionero aprendía paulatinamente a vivir «sin piedad»:

> Primero comparte el pan con los prisioneros enloquecidos por el hambre, guía a los que padecen ceguera nocturna al trabajo, pide socorro cuando su compañero se ha cortado dos dedos en el bosque, y subrepticiamente lleva latas de sopa y cabezas de arenque al depósito de cadáveres. Después de varias semanas se da cuenta de que sus motivos en todo esto no son puros ni realmente desinteresados, que está siguiendo los mandatos egoístas de su cerebro y poniéndose a salvo sobre todo a sí mismo. El campo, donde los prisioneros viven en el nivel más bajo de humanidad y siguen su propio código brutal de conducta con los demás, le ayuda a llegar a esta conclusión. ¿Cómo podría haber pensado, ya en la prisión, que un hombre puede estar tan degradado como para no despertar compasión sino solo odio y repugnancia a sus compañeros? ¿Cómo puede ayudar a los que padecen de ceguera nocturna cuando cada día ve que son golpeados con la culata del rifle porque demoran el retorno de la cuadrilla al trabajo, y después ve que los prisioneros que se apresuran a la cocina para comer la sopa los apartan con impaciencia? ¿Cómo visitar el depósito de cadáveres y sortear la constante oscuridad y el hedor del excremento? ¿Cómo compartir el pan con un loco hambriento que al día siguiente lo saludará en el barracón con una mirada persistente y exigente? … Recuerda y cree las palabras del juez instructor, que le dijo que la escoba de hierro de la justicia soviética solo barre la escoria a los campos…[6]

En los campos soviéticos, los delincuentes prisioneros no tardaban en adoptar la retórica deshumanizadora del NKVD: insultaban a los prisioneros políticos y a los «enemigos», y expresaban asco por los *dojodiagi* que había entre ellos. Por su inusitada situación de prisionero político en un *lagpunkt* donde casi todos eran criminales, Karol Colonna-Czonowski pudo enterarse de cómo veían los delincuentes a los políticos: «El problema es que hay demasiados. Son débiles, van sucios, y solo se afanan en comer. No producen nada. Por qué se molestan las autoridades, solo Dios lo sabe…». Otro hampón, prosigue Colonna-Czonowski, contó que encontró a un occidental en un campo de tránsito; se trataba de un científico, un profesor universitario: «Lo sorprendí

comiendo, sí, realmente comía, la cola medio podrida de un pescado de Treska. Lo insulté, te puedes imaginar. Le pregunté si sabía lo que estaba haciendo. Dijo que tenía hambre … De modo que le di una tunda y comenzó a vomitar por aquí y por allá. Me enferma pensar en ello. Incluso se lo dije a los guardias, pero el viejo inmundo estaba muerto al día siguiente. ¡Él se lo buscó!».[1]

Otros prisioneros observaban, aprendían e imitaban, como escribió Varlam Shalámov:

> El joven campesino que se ha convertido en prisionero ve que en este infierno solo los delincuentes viven comparativamente bien, que son importantes, que la todopoderosa dirección del campo les teme. Los delincuentes siempre tienen ropa y comida, y se ayudan entre sí … comienza a parecerle que poseen la verdad de la vida del campo, que solo imitándolos cruzará el camino que le salvará la vida … que el preso intelectual está aplastado por el campo. Todo lo que valora se desvanece mientras que la civilización y la cultura desaparecen en él en unas semanas. El método de persuasión es el puño o el palo. La manera de inducir a alguien a hacer algo es por medio del culatazo con el rifle, el puñetazo en la boca…[8]

Y sin embargo, sería incorrecto decir que no había moralidad en los campos, que no era posible la amabilidad o la generosidad. Numerosas memorias constatan que el Gulag no era un mundo en blanco y negro, donde la línea entre amos y esclavos estuviese claramente definida, ni que el único modo de sobrevivir fuera la crueldad. Los reclusos, los trabajadores libres y los guardias pertenecían a una compleja red social, y esa red cambiaba sin cesar, como hemos visto. Los prisioneros podían ascender o descender en la jerarquía, y así ocurrió muchas veces. Podían cambiar su destino no solo colaborando o desafiando a las autoridades, sino también urdiendo intrigas, contactos y relaciones. La buena y la mala suerte también determinaban el derrotero de una vida en el campo: si era larga, podía tener períodos «felices», en que el prisionero ocupaba un buen puesto de trabajo, comía bien y trabajaba poco, así como períodos en que el mismo prisionero caía en el submundo del hospital, el depósito de cadáveres y la sociedad de los *dojodiagi* que se agolpaban en torno al montón de basura, buscando restos de comida.

De hecho ambos métodos de supervivencia estaban inscritos en el sistema. La mayor parte del tiempo, los jefes del campo no pretendían matar a los prisioneros, solo trataban de que cumplieran las cuotas de trabajo imposibles que establecía la planificación central en Moscú. Por consiguiente, los guardias del

campo estaban más que deseosos de premiar a los prisioneros que consideraban útiles para alcanzar ese fin. Los prisioneros, desde luego, sacaban ventaja de este deseo. Los dos grupos tenían diferentes fines —los guardias querían aumentar la extracción de oro o la tala de árboles, y los prisioneros querían sobrevivir—, pero a veces encontraron medios comunes para cumplir estos diferentes fines. Había estrategias de supervivencia que eran beneficiosas para los guardias y los prisioneros, y aquí sigue una lista de ellas.

TUFTA: LA SIMULACIÓN DEL TRABAJO

Describir de un modo sencillo la *tufta* —un término que se puede traducir muy imprecisamente como «engañar al jefe»— no es una tarea fácil. Hay que señalar que tales prácticas estaban tan profundamente arraigadas en el sistema soviético que no es exacto describirlas como si fueran inherentes al Gulag.[9] Tampoco eran exclusivas de la URSS. El proverbio de la época comunista: «Ellos hacen como que nos pagan, y nosotros hacemos como que trabajamos», podía ser escuchado muchas veces en la mayoría de las lenguas del pacto de Varsovia. Más aún, la *tufta* impregnaba virtualmente todo aspecto del trabajo: la asignación de tareas, la organización laboral, la contabilidad del trabajo, y afectaba virtualmente a todos los miembros de la colectividad del campo, desde los directores del Gulag en Moscú hasta los guardias de rango inferior y los prisioneros más oprimidos.

En los años transcurridos desde que comenzó a debatirse el tema, la controversia también ha versado sobre cuán duro trabajaban los prisioneros, cuánto esfuerzo ponían o dejaban de poner en eludir el trabajo. Desde que la publicación en 1962 de la obra de Solzhenitsin, *Un día en la vida de Iván Denísovich*, abrió un debate más o menos público sobre el tema de los campos, la gran comunidad de supervivientes, los polemistas y los historiadores de los campos han tenido notables dificultades para llegar a un acuerdo unánime sobre la moralidad del trabajo en el campo. Buena parte de la novela de Solzhenitsin está dedicada en realidad a los esfuerzos del héroe por eludir el trabajo. Durante el curso del día, Iván Denísovich acude al médico con la esperanza de conseguir una baja por enfermedad; fantasea con ponerse enfermo durante unas cuantas semanas; observa el termómetro del campo, esperando que resulte demasiado

frío para ir a la zona de trabajo; habla con admiración de los jefes de brigada que pueden «hacer parecer como si el trabajo hubiera sido hecho, fuera cierto o no lo fuera»; se sienten aliviados cuando su jefe obtiene un «buen rango por el trabajo», pese al hecho de que «la mitad del día había pasado y no había hecho nada»; roba astillas de la zona de trabajo para encender la hoguera del barracón; y birla gachas a la hora de la cena. «Trabajo es aquello de que mueren los caballos», y es lo que él trata de evitar.

En los años que siguieron a la publicación del libro, este retrato de un *zek* tipo fue cuestionado por otros supervivientes, tanto por razones ideológicas como personales. Por otra parte, aquellos que creían en el sistema soviético —y por tanto también creían que el «trabajo» de los campos era valioso y necesario — consideraban ofensiva la «ociosidad» de Denísovich. Muchos de los relatos «alternativos» y «más prosoviéticos» de la vida del campo, publicados en la prensa oficial soviética a raíz de *Iván Denísovich*, se centraron explícitamente en la dedicación al trabajo mostrada por aquellos que, pese a la injusticia de su arresto, seguían siendo auténticos convencidos. El escritor soviético (y delator vitalicio) Boris Diakov describió a un ingeniero en un proyecto de construcción del Gulag cerca de Perm que se enfrascó de tal modo en el trabajo que olvidó que era un prisionero. «Durante un tiempo disfruté tanto de mi trabajo que había olvidado en qué me había convertido». En la historia de Diakov, el ingeniero era una persona tan concienzuda que incluso envía secretamente una carta al periódico local quejándose de la deficiente organización del sistema de transporte y de los suministros del campo. Aunque es reprendido por el jefe del campo por su indiscreción (nunca se había oído que el nombre de un prisionero apareciese en los periódicos), el ingeniero, como dice Diakov, se siente complacido de que «después del artículo, las cosas mejorasen un poco».[10]

La perspectiva de aquellos que dirigían los campos era aún más radical. Anónimamente, una antigua funcionaria del campo me dijo con bastante enojo que todas las historias de que los reclusos vivían mal eran simplemente falsas. Aquellos que trabajaban bien, vivían muy bien, decía, mucho mejor que el resto: incluso podían comprar *leche condensada* (la cursiva es mía), algo que no podía hacer la mayoría. «Solo los que trabajaban mal, malvivían», me dijo.[11] Por lo general, esas opiniones no eran manifestadas en público, pero hubo algunas excepciones. Anna Zajarova, la esposa de un funcionario del NKVD, cuya carta

a *Izvestia* circuló en la prensa clandestina soviética en los años sesenta, era terminantemente crítica con Solzhenitsin. Zajarova escribió que sentía cólera «en lo más hondo del alma» por *Un día en la vida…*:

> Podemos ver por qué el héroe de esta historia, con tal actitud hacia el pueblo soviético, no espera más que la excusa de la enfermedad para evitar de algún modo pagar por su culpa; el mal que ha hecho a su patria, con el trabajo … Y ¿por qué exactamente debería alguien evitar el trabajo físico y mostrar desdén por él? Después de todo, para nosotros el trabajo es el fundamento del sistema soviético, y solo en el trabajo reconoce el hombre sus verdaderas facultades.[12]

Otras objeciones, menos ideológicas, provenían de otros *zeks*. V. K. Yasnyi, prisionero durante cinco años a comienzos de los años cuarenta, escribió en sus memorias: «Tratábamos de trabajar honestamente, y no por miedo de perder la ración, o de terminar en el pabellón de castigo … el trabajo duro, y eso era así en nuestra brigada, ayudaba a olvidar, a desechar los pensamientos angustiosos».[13]

Los prisioneros que habían trabajado con entusiasmo en favor del régimen soviético toda su vida no cambiaban de opinión fácilmente. Aleksandr Borin, un preso político e ingeniero aeronáutico, fue asignado a la planta metalúrgica del Gulag. En sus memorias, cuenta con orgullo las innovaciones técnicas que realizó, la mayoría de las cuales las hizo durante su tiempo libre.[14] Alla Shister, otra presa política, arrestada a finales de los años treinta, me dijo en una entrevista: «Siempre trabajaba como si fuera libre. Este es mi carácter, no puedo trabajar mal. Si se tiene que cavar una zanja, sigo cavando hasta terminar». Después de dos años de trabajo común, Shister se convirtió en jefa de brigada, porque «vieron que trabajo no como trabaja una prisionera, sino con todas mis fuerzas».[15]

Había también quienes, por supuesto, reconocían la ventaja material que reportaba la realización del trabajo. Algunos prisioneros trataban de efectuar lo que se esperaba de ellos: superar la cuota establecida, conseguir el estatus de «trabajador de choque», recibir raciones más abundantes. Vladimir Petrov llegó al *lagpunkt* de Kolimá e inmediatamente percibió que los habitantes de la «tienda estajanovista», que trabajaban más duro que los demás prisioneros, poseían todos los atributos de los que carecían los *dojodiagi*:

> Sin punto de comparación, estaban mucho más limpios. Incluso en las condiciones sumamente duras de la vida en el campo habían logrado lavarse la cara todos los días, y cuando no podían

> conseguir agua, usaban nieve. Iban mejor vestidos, también … y eran más dueños de sí mismos. No se apiñaban junto a las estufas, sino que se sentaban en sus literas haciendo algo o hablando de sus asuntos. Incluso el exterior de su tienda parecía diferente.

Petrov rogó ser asignado a esa brigada, cuyos miembros recibían un kilo de pan cada día. Una vez admitido, no obstante, no pudo mantener el ritmo de trabajo. Fue expulsado de la brigada, que no podía tolerar tal debilidad.[16] Su experiencia no era infrecuente, como explicó Herling:

> La fascinación por la cuota de trabajo fijada no era el privilegio exclusivo de los hombres libres que la imponían, sino también el instinto dominante de los esclavos que trabajaban acatándola. En aquellas brigadas donde el trabajo era efectuado por equipos de hombres, los capataces más concienzudos y fervientes eran los propios prisioneros, pues allí la cuota era calculada colectivamente dividiendo el producto final por el número de trabajadores. Cualquier sentimiento de amistad mutua quedaba abolido en favor de una carrera de porcentajes. Un prisionero sin calificación asignado a un equipo coordinado de trabajadores experimentados no podía esperar que se le mostrara ninguna consideración; después de una corta lucha era obligado a rendirse y era asignado a otro equipo en el que a su vez muchas veces tenía que vigilar a compañeros más débiles. Había en todo ello algo inhumano, que cercenaba sin piedad el único vínculo natural que unía a los prisioneros: su solidaridad ante sus perseguidores.[17]

Sin embargo, la mayoría de las memorias (corroboradas hasta cierto punto por datos de archivo) hablan de la alusión del trabajo. Mas su primera motivación no era generalmente la mera pereza, ni siquiera el deseo de «mostrar desdén» por el sistema soviético: su principal motivación era la supervivencia. Habiendo recibido vestimenta inadecuada y comida insuficiente, habiendo sido enviados a trabajar en un clima inhóspito con maquinaria obsoleta, muchos se daban cuenta de que eludir el trabajo equivalía a salvar la vida.

Las memorias inéditas de Zinaida Usova, una de las esposas detenidas en 1938, ilustra a la perfección cómo los prisioneros llegaban a esta conclusión. Usova fue llevada primero a Temlag, un campo donde había una mayoría de mujeres como ella, esposas de jerarcas del partido y de los jefes militares que habían sido fusilados. Con un jefe de campo relativamente tolerante y un horario de trabajo razonable, en Temlag trabajaban con entusiasmo. No solo eran todavía en buena parte «leales ciudadanas soviéticas» convencidas de que su arresto había sido un error flagrante, sino que también creían que trabajando duro lograrían una liberación anticipada. Usova «iba a dormir y se levantaba pensando en el trabajo, pensando en diseños. Uno de ellos incluso fue llevado a

la producción».

Después, sin embargo, Usova y un grupo de esposas fueron trasladadas a otro campo, donde también había delincuentes. Allí se encontró trabajando en una fábrica de muebles. Su nuevo campo tenía cuotas de trabajo mucho más altas y más estrictas, «irracionales», como decían muchos prisioneros. Solo aquellos que cumplían con la cuota por entero recibían toda la ración de pan de 700 gramos. Aquellos que no podían hacerlo, o que eran incapaces de trabajar, obtenían 300 gramos, apenas lo suficiente para mantenerse vivos.

Para compensar, en su nuevo campo las prisioneras trataban de «engañar a los jefes, escaquearse del trabajo, hacer lo menos posible». Con su relativo entusiasmo por el trabajo, las prisioneras recién llegadas de Temlag se sintieron como parias. «Desde el punto de vista de las residentes más antiguas, éramos unas tontas, o algo parecido a esquiroles. Todas nos odiaron enseguida.»[18] Pronto, naturalmente, las mujeres de Temlag adoptaron los métodos de la elusión del trabajo que ya dominaban las demás. El propio sistema creaba la *tufta*, no al revés.

A veces, los prisioneros ideaban métodos de *tufta* singulares. Una mujer polaca trabajaba en una planta de procesamiento de pescado en Kolimá donde las únicas personas que cumplían con la cuota requerida eran aquellas que trampeaban. Los estajanovistas eran simplemente los «tramposos más astutos»: en lugar de envasar todo el arenque, simplemente ponían unos cuantos ejemplares en un recipiente y tiraban el resto y lo hacían «con tanta destreza que el supervisor nunca lo notaba».[19] Mientras colaboraba en la construcción de los baños del campo, a Valeri Frid le mostraron un truco parecido: cómo ocultar las grietas del edificio con musgo en vez de rellenarlas de concreto. Solo lamentaba una cosa de este recurso para ahorrar trabajo: «¿Qué pasaría si yo me bañara un día en este baño? Después de todo, el musgo se secará y caerá, y el viento helado penetrará por la grieta».[20]

Guinzburg también ha contado que ella y su compañera leñadora, Galya, lograron finalmente cumplir con la imposible cuota de árboles talados. Al advertir que una de sus colegas siempre lograba cumplirla, «pese a trabajar sola y con una sierra individual», le preguntaron cómo lo hacía:

> Cuando le insistimos, ella miró furtivamente alrededor y explicó:
> —Este bosque está lleno de troncos apilados cortados por anteriores cuadrillas. Nadie ha

contado hasta ahora cuántas pilas hay.

—Sí, pero cualquiera puede ver que no acaban de ser cortados.

—Lo ves porque la parte cortada es de color oscuro. Si tú sierras un poco esa parte, parece como si acabara de ser cortado. Luego los apilas en otra parte y esa es tu «cuota».

Este truco, al que denominamos «arreglar los bocadillos», nos salvó la vida por un tiempo … Puedo agregar que no siento el menor remordimiento…[21]

Con bastante frecuencia, la *tufta* fue organizada en el ámbito de las brigadas de trabajo, pues los jefes eran capaces de encubrir cuántos prisioneros habían trabajado. Un antiguo *zek* contaba que el jefe de su brigada declaró que había cumplido con el 66% de su cuota, cuando en realidad apenas si podía hacer nada.[22] Otros jefes aceptaban sobornos, como reconocióYuri Zorin, que lo había sido: «En los campos, hay leyes que no pueden ser entendidas por los que viven fuera de la zona», dijo eufemísticamente.[23] Leonid Trus recordaba que los jefes de brigada de Norilsk decidían «qué trabajadores merecían mejor comida y paga que otros», sin considerar lo que realmente hubieran logrado. El soborno y las lealtades de clan determinaban la «producción» de un prisionero.

Desde el punto de vista del *zek*, los mejores jefes de brigada eran aquellos que organizaban la *tufta* a gran escala. Mientras trabajaba en una cantera en el norte de los Urales a finales de los años cuarenta, Leonid Finkelstein se encontró en una brigada cuyo jefe había ideado un sistema de simulación muy complejo. Por las mañanas, la cuadrilla iba a la cantera. Los guardias permanecían en el extremo, donde pasaban el día sentados alrededor de las hogueras. Iván, el jefe de brigada, organizaba entonces la *tufta*:

Sabíamos con precisión qué zonas del fondo del cañón se veían desde arriba, y ese era el engaño… en la zona visible del fondo nosotros picábamos muy fuerte la piedra. Trabajábamos y había mucho ruido, los guardias podían vernos y oírnos trabajar. Entonces Iván caminaba a lo largo de la fila… y decía «uno a la izquierda», y todos nos movíamos un paso a la izquierda. Nunca lo notaron los guardias.

De ese modo, uno por uno pasaba a la izquierda, hasta que el último llegaba a la zona invisible, nosotros sabíamos donde estaba, había una línea de tiza en el suelo. Una vez en la zona invisible, nos relajábamos, nos sentábamos en el suelo, tomábamos el pico y golpeábamos el suelo cercano de un modo flojo, solo para hacer ruido. Después alguno se nos acercaba, y después otro y así sucesivamente. Entonces Iván decía: «Tú, a la derecha», y el hombre obedecía y se unía al ciclo de nuevo. Ninguno tuvo que trabajar ni siquiera la mitad del turno.[24]

Una vez, a Leonid Trus se le encargó descargar camiones de mercancías: «Simplemente anotábamos que habíamos llevado los objetos a una distancia

mayor de lo que lo habíamos hecho, por ejemplo 300 metros en lugar de 10». Por eso, recibían mejores raciones de comida. «La *tufta* era constante —decía de Norilsk—, sin ella no habría habido nada en absoluto».

La *tufta* también se organizaba en la cúpula de la jerarquía administrativa, mediante una prolija negociación entre los jefes de brigada y los supervisores de la cuota de trabajo, los funcionarios cuya tarea era determinar el rendimiento de una brigada durante una jornada. Los supervisores de la cuota de trabajo, como los jefes de brigada, eran propensos al favoritismo y al soborno, así como al capricho. En Kolimá, a finales de los años treinta, Olga Adamova-Sliozberg fue nombrada jefa de una brigada que cavaba zanjas integrada en su mayoría por prisioneras políticas, ya debilitadas por largas condenas de cárcel. Después de tres días de trabajo, cuando habían completado apenas el 3% de la cuota asignada, fue al supervisor y le rogó una asignación más fácil. Al saber que la brigada en falta estaba compuesta por antiguas militantes del partido, su rostro se ensombreció:

> Oh, sí, antiguas militantes del partido. Ahora, si hubierais sido prostitutas, habría accedido a dejaros limpiar las ventanas y cumplir tres veces con la cuota. Cuando esos militantes del partido decidieron castigarme por ser un *kulak*, me sacaron a mí y a mis seis hijos de casa; yo les pregunté: «¿Qué han hecho los niños?», y ellos me contestaron: «Esa es la ley soviética». De modo que aquí estamos, vosotras podéis cumplir a rajatabla vuestra ley soviética y sacar nueve metros cúbicos de lodo por día.[25]

Los supervisores de la cuota eran conscientes de la necesidad de conservar la fuerza de trabajo en ciertos momentos, por ejemplo cuando el campo había sido criticado por su elevada tasa de mortalidad, o cuando el campo estaba en el extremo norte y solo podía conseguir reemplazos una vez al año. En tales circunstancias, ellos podían reducir la cuota, o hacer la vista gorda cuando no se cumplía. Esta práctica era llamada en los campos «adaptar la cuota», y decir que estaba difundida es subestimar la realidad.[26]

El soborno también funcionaba en los niveles superiores de la jerarquía, a veces a través de toda la cadena de mando. Aleksandr Klein estaba en un campo a finales de los años cuarenta, en un momento en que se introdujo un pequeño salario para motivar a los *zeks* a que trabajaran más duro:

> Después de recibir el salario (no era mucho), el trabajador se lo daba al jefe de brigada. Esto era

obligatorio: el jefe de brigada tenía que sobornar al capataz y al supervisor de la cuota, quien determinaba el cupo que debía cumplir la brigada.

Klein escribió que, por lo general, entregaba la mitad de su «salario». De no hacerlo, las consecuencias podían ser funestas. Aquellos que no pagaban eran automáticamente señalados como si hubieran entregado un porcentaje inferior al de la cuota; por lo tanto, recibían menos comida. Los jefes de brigada que no querían pagar, lo pasaban peor. Según Klein, uno fue asesinado en la cama. Le golpearon la cabeza con una piedra, sin que quienes dormían junto a él se despertaran.[27]

La *tufta* también incidía en la compilación de estadísticas en todos los niveles de la vida del campo. Los jefes y los contables del campo con frecuencia modificaban las cifras en provecho propio, según decenas de informes sobre hurto guardados en los archivos de la inspección. En un *lagpunkt* en 1941, el jefe del campo y el contable «se valieron de su posición profesional» para abrir una fraudulenta cuenta bancaria, que les permitía saquear las cuentas del campo. El jefe robó 25 000 rublos, y el contable, 18 000, una fortuna en términos soviéticos.

No existe una gran diferencia entre robar y falsificar las estadísticas de producción. Si la *tufta* comenzaba en el ámbito de la brigada, y se acrecentaba en el del *lagpunkt*, para el momento en que los contables de los grandes campos estaban calculando las estadísticas totales de producción, las cifras estaban ya muy alejadas de la realidad, y (como veremos) daban una idea muy engañosa de la productividad real de los campos, que con toda probabilidad era sumamente baja.

En realidad, es casi imposible saber qué hacer con las cifras de producción del Gulag, dado el grado de falsedad y engaño que existía. Por esa razón, siempre me han causado perplejidad los pormenorizados informes anuales del Gulag, tales como uno realizado en marzo de 1940. En más de 124 páginas este impactante documento da cuenta de las cifras de producción de decenas de campos, cuidadosamente relacionados según su especialidad: los campos forestales, de fábricas, de minas, de granjas colectivas. El informe va acompañado de amplios cuadros y cálculos, y diferentes tipos de cifras. En conclusión, el autor del informe declara confiadamente que el valor total de la producción del Gulag en 1940 era 2659,5 millones de rublos, una cifra que

carece de sentido, dadas las circunstancias.[28]

PRIDURKI: COOPERACIÓN Y COLABORACIÓN

La *tufta* no era el único método que los prisioneros utilizaban para llenar la brecha entre las cuotas imposibles que se les exigían y las precarias raciones que se les asignaban, ni era el único instrumento que los mandos empleaban para cumplir con sus imposibles objetivos de producción. Había otras formas de persuadir a los prisioneros para que cooperaran, como Isaak Filshtinski describe memorable y brillantemente.

Filshtinski comienza su historia en uno de sus primeros días en Kargopollag, el campo de explotación forestal y construcción situado al norte de Arjánguelsk. Al llegar se encontró con otra recién llegada, una joven; formaba parte de un contingente femenino que había sido temporalmente agregado a su brigada. Al advertir su «aspecto tímido y asustado» y su harapienta ropa de campo, se acercó a ella en la fila de prisioneros. Sí, le dijo ella en respuesta a su pregunta, «llegué ayer en un transporte de la prisión». Comenzaron a conversar.

Cuando llegaron a la zona de trabajo, los hombres y las mujeres fueron separados, pero en el camino de regreso la joven artista encontró a Filshtinski de nuevo. Los diez días siguientes caminaron juntos hacia el bosque y de regreso al campo. Ella le hablaba de su nostalgia, del esposo que la había abandonado, del niño que quizá no volvería a ver. Después la brigada de mujeres fue separada de la de los hombres para siempre y Filshtinski perdió el rastro de su amiga.

Pasaron tres años. Fue un día caluroso —algo raro en el extremo norte— cuando Filshtinski la vio de nuevo. Esta vez vestía «una chaqueta impecable que se adaptaba perfectamente a su talla». En lugar de la habitual gorra de prisionero, llevaba una boina. Y en lugar de las habituales botas gastadas, calzaba zapatos. Su cara era más redonda, su apariencia era más vulgar. Cuando abrió la boca, habló con la jerga más grosera, «prueba de un vínculo prolongado y permanente con el hampa del campo». Al ver a Filshtinski, un gesto de horror apareció en su cara. Se dio media vuelta y se alejó «casi corriendo».

Cuando Filshtinski la encontró por tercera y última vez, la mujer vestía, según le pareció a él, a la «última moda de la ciudad». Estaba sentada detrás del escritorio del jefe, y ya no era una prisionera. Estaba casada con el mayor L., un

jefe de campo famoso por su crueldad. Se dirigió a Filshtinski con rudeza. Ya no se avergonzaba al hablar con él. La metamorfosis era completa: había pasado de prisionera a colaboradora, y de colaboradora a jefa de campo. Primero había adoptado el lenguaje del mundo del hampa, después la indumentaria y las costumbres. Por ese camino había alcanzado la posición privilegiada de las autoridades del campo. Filshtinski sintió que no tenía «nada más que decirle», aunque al salir de la sala se volvió a mirarla otra vez. Sus ojos se encontraron por un instante, y creyó percibir en los de ella un relámpago de «melancolía infinita» y un brillo de lágrimas.[29]

Los lectores familiarizados con otros sistemas de campos reconocerán el destino de la amiga de Filshtinski. Al hablar de los campos nazis, el sociólogo alemán Wolfgang Sofsky escribió que «el poder absoluto es una estructura, no una posesión». Con esto quería decir que en los campos alemanes el poder no se basaba en el mero control que una persona ejercía sobre la vida de los demás. En cambio, «al convertir a un pequeño número de las víctimas en cómplices, el régimen borraba la frontera entre el personal y los reclusos».[30] Aunque la brutalidad que reinaba en el Gulag era distinta, en su organización y sus efectos los campos nazis y soviéticos eran similares en este aspecto: el régimen soviético también hacía un uso análogo de los prisioneros, captando a algunos para que colaboraran con el sistema represivo, poniéndolos por encima de los demás, y otorgándoles privilegios que les permitieron, a su vez, colaborar con la autoridades en el ejercicio del poder. No es casual que, en su relato, Filshtinski reseñara la evolución de la indumentaria de su amiga: en los campos, donde había una escasez crónica de todo, las nimias mejoras en la ropa, la comida o las condiciones de vida eran suficientes para persuadir a los prisioneros de que cooperaran, de que procuraran una promoción. Los prisioneros que lo lograban eran los *pridurki* o «reclusos de confianza». Una vez que lograban esa condición su vida en los campos mejoraba de mil maneras.

Aun reconociendo que toda clasificación en este mundo carece de límites estrictos, Solzhenitsin trató de describir la jerarquía de los «reclusos de confianza». En el nivel más bajo, explicaba, estaban los «privilegiados»: los ingenieros, diseñadores, mecánicos y geólogos de confianza. Por encima de ellos estaban los capataces, planificadores, supervisores de la cuota de trabajo, supervisores de construcción, técnicos. Ambos grupos tenían que formar por las

mañanas y marchaban al trabajo en un convoy. Por otra parte, no hacían trabajo físico y, por lo tanto, no estaban «totalmente extenuados» al final del día; esto los convertía en privilegiados frente a los prisioneros que realizaban los trabajos comunes.

Los «reclusos de confianza» del complejo eran más privilegiados todavía. Eran prisioneros que nunca dejaban la *zona* durante el día. Según Solzhenitsin,

> Un trabajador de los talleres del campo vivía con más comodidad y mejor que el que se deslomaba en el trabajo común: no tenía que salir para formar, y esto significaba que podía levantarse y desayunar mucho más tarde; no tenía que marchar en convoy a la zona de trabajo y volver; sufría menos rigores, menos frío, gastaba menos esfuerzo; además, su jornada terminaba antes; o su trabajo era en un lugar abrigado, y si no siempre había cerca un lugar para calentarse … «Sastre» en los campos suena como «profesor titular» en el mundo libre.[31]

Los inferiores en la jerarquía de los «reclusos de confianza» del complejo en realidad hacían trabajos físicos: asistentes de los baños, lavanderas, lavaplatos, enfermeras; algunos trabajaban en los talleres del campo, remendaban la ropa y el calzado y reparaban la maquinaria. Por encima de estos trabajadores, estaban los genuinos «reclusos de confianza» del complejo, que no hacían el trabajo físico duro: los cocineros, los que distribuían el pan, los empleados, los médicos, enfermeras, asistentes médicos, barberos, ordenanzas veteranos, repartidores de tareas, contables.[32] Aunque en principio los prisioneros comunes podían convertirse en «reclusos de confianza» y viceversa: los «reclusos de confianza» podían ser relegados al rango de prisioneros comunes, había reglas complicadas que regulaban este proceso.

Estas reglas variaban mucho de un campo a otro y de una época a otra, aunque parece que hubo algunas convenciones que más o menos eran válidas en todo momento. Lo más importante era que resultaba más fácil convertirse en un «privilegiado» si un prisionero era clasificado como delincuente «socialmente próximo», y no como preso político «socialmente peligroso». Debido a la trastornada jerarquía moral del sistema soviético de campos que decretaba que los «socialmente próximos» eran más capaces de ser convertidos en buenos ciudadanos soviéticos, era automáticamente más probable que se les diera el estatus de «reclusos de confianza». Y en cierto sentido, los ladrones, que no temían el uso de la fuerza, eran «reclusos de confianza» idóneos. Como he dicho, así ocurrió en los años treinta y durante la guerra, años en que las bandas

de gángsteres reinaban sin discusión en los campos soviéticos. Incluso después (Filshtinski escribía a finales de los años cuarenta), la cultura de los «reclusos de confianza» apenas se diferenciaba de la cultura de los delincuentes profesionales.

Pero los delincuentes «de confianza» planteaban un problema a los mandos del campo. No eran «enemigos», pero tampoco tenían educación. En muchos casos ni siquiera sabían leer y escribir, y no querían aprender: aunque algunos campos establecieron planes de alfabetización, los delincuentes rara vez se molestaban en ir a clase.[33] Eso no dejaba a los jefes del campo otra opción, escribía Lev Razgon, que emplear a los presos políticos: «El plan ejercía una implacable presión que no toleraba excusas. Bajo su influencia, incluso los más rigurosos jefes de campo que expresaban el odio más profundo por los prisioneros contrarrevolucionarios estaban obligados a poner a los presos políticos a trabajar».[34]

En efecto, después de 1939, cuando Beria reemplazó a Yezhov —y simultáneamente se dispuso a hacer del Gulag una empresa rentable— las normas nunca quedaron claras en modo alguno. Las instrucciones de Beria de agosto de 1939, que explícitamente prohibían a los jefes de campo emplear a los presos políticos en ningún tipo de tarea administrativa, hacía en verdad algunas excepciones. Los médicos acreditados debían ser empleados en su esfera profesional y, en circunstancias especiales, los prisioneros condenados por alguno de los delitos «menores» del artículo 58, secciones 7, 10, 12 y 14, que incluían la «agitación antisoviética» (contar chistes contra el régimen, por ejemplo), y la «propaganda antisoviética». Por otra parte, aquellos sentenciados por «terrorismo» o «traición a la patria» no podían ser empleados en teoría salvo como trabajadores sin calificación.[35] Cuando estalló la guerra, esta orden fue revocada. Stalin y Molótov enviaron una circular especial que permitía a Dalstrói, «en vista de la situación excepcional», «cerrar acuerdos individuales por un cierto período con ingenieros, técnicos y trabajadores administrativos que han sido enviados a trabajar a Kolimá».[36]

Sin embargo, los jefes de campo que tenían demasiados presos políticos en trabajos de mayor nivel se arriesgaban a la censura, y siempre hubo un cierto grado de ambivalencia. Solzhenitsin y Razgon concuerdan en que a veces a los presos políticos se les encomendaban buenos trabajos de oficina, contabilidad y

teneduría de libros, pero solo temporalmente. Una vez al año, cuando se preveía la visita de los equipos de inspección de Moscú, eran despedidos.

En la práctica las normas eran muchas veces disparatadas. Como preso político en Kargopollag, Filshtinski tenía terminantemente prohibido seguir un curso de tecnología forestal. Sin embargo, se le permitió leer los libros de texto, y una vez que hubo pasado los exámenes estudiando por su cuenta, le fue permitido trabajar como especialista forestal también.[37] En los años de posguerra, a medida que los grupos nacionales más fuertes empezaron a tener influencia en el campo, el reinado de los hampones fue suplantado a menudo por el de los prisioneros mejor organizados, en la mayoría de los casos los ucranianos y los bálticos. Aquellos que tenían los mejores puestos, el capataz y los supervisores, podían cuidar de los suyos y lo hacían, y distribuían los buenos cargos entre los presos políticos, que casualmente eran sus paisanos.

Mas en ningún momento los prisioneros tenían todo el poder para distribuir los trabajos «de confianza». La jefatura del campo tenía la última palabra sobre los presos «de confianza», y la mayoría de los jefes de campo solían dar los trabajos más cómodos a aquellos que aceptaban colaborar más abiertamente; en otras palabras, a delatar. Lamentablemente es difícil decir cuántos delatores empleaba el sistema. Aunque los archivos estatales rusos permiten el acceso al archivo de la dirección del Gulag, no se permite la consulta de los documentos sobre la «Tercera División», la sección del campo encargada de los delatores. El historiador ruso Viktor Bersdinskij en su libro sobre Viatlag, cita algunas cifras sin dar la fuente. «En los años veinte, los jefes de la OGPU se impusieron la tarea de conseguir al menos un 25% de delatores entre los prisioneros del campo. En los años treinta y cuarenta, este número previsto bajó al 10%.» Pero Berdinskij también está de acuerdo en que una evaluación real de las cifras es complicada sin acceso a los archivos.[38]

Tampoco hay muchos autores de memorias que admitan abiertamente haber sido delatores, aunque algunos admiten haber sido reclutados. Los prisioneros que habían sido delatores en la prisión (o incluso antes de su arresto) llegaban ya a los campos con una nota en su expediente sobre su disposición a cooperar. Parece que otros eran sondeados al llegar al campo, cuando todavía estaban desorientados y temerosos. En su segundo día en el campo, Leonid Trus fue llevado ante el mando operativo, conocido en la jerga de los campos como *kum*,

el reclutador de delatores, y le pidieron que colaborara. Sin comprender realmente lo que se le pedía, rehusó. Piensa que por esto se le dio inicialmente un trabajo físico difícil, de bajo estatus, según los estándares del campo.

Quizá la excepción más famosa a la negativa casi universal a admitir la delación es, una vez más, Aleksandr Solzhenitsin, que cuenta sus devaneos con los mandos del campo extensamente. Su primer momento de debilidad se remonta a los primeros días en el campo, cuando todavía luchaba por asumir la abrupta pérdida de estatus. Cuando fue invitado a hablar con el mando operativo, fue llevado a una sala «pequeña, primorosamente amueblada», donde una radio emitía música clásica. Después de preguntarle cortésmente cómo se encontraba y si se adaptaba a la vida del campo, el reclutador le preguntó: «¿Todavía es usted un soviético?». Después de cierto tira y afloja, Solzhenitsin respondió afirmativamente.

Pero aunque la confesión de ser «soviético» equivalía a confesar un deseo de colaborar, inicialmente Solzhenitsin se negó a delatar. Entonces el reclutador cambió de táctica. Apagó la radio, y comenzó a hablar a Solzhenitsin sobre los hampones del campo, preguntándole cómo se sentiría si su esposa en Moscú fuese asaltada por algunos que consiguieran escapar. Finalmente, Solzhenitsin declaró que informaría si escuchaba que alguno de ellos planeaba evadirse. Firmó un compromiso, prometiendo dar noticias de cualquier fuga a los mandos, y eligió un seudónimo conspirativo: «Vetrov». Escribe: «Esas seis letras están marcadas con vergonzosas incisiones en mi memoria».[39]

Según su propio relato, Solzhenitsin nunca delató a nadie. Cuando fue llamado otra vez en 1956, dice que rehusó firmar nada. Sin embargo, su primera promesa fue suficiente para mantenerlo mientras estuvo en el campo en uno de los trabajos «de confianza», viviendo en los pabellones especiales, un poco mejor vestido y alimentado que los demás prisioneros. «Esta experiencia me llenó de vergüenza», escribió, y sin duda dio origen a su desdén por los «reclusos de confianza».

Cuando se publicó, la descripción de los «reclusos de confianza» hecha por Solzhenitsin generó controversia y aún la genera. Como su descripción de los hábitos laborales del recluso, desató un debate en el mundo de los supervivientes de los campos y de los historiadores, que aún continúa. Virtualmente, los autores de memorias más leídos fueron «reclusos de confianza» en un momento u otro.

Evgeniya Guinzburg, Lev Razgon, Varlam Shalámov, el propio Solzhenitsin. Puede ser, como algunos afirman, que la mayoría de los prisioneros que sobrevivieron fueran «reclusos de confianza» en algún momento de su vida en el campo. Conocí a un superviviente que me contó que una vez asistió a una reunión de antiguos amigos del campo. El grupo comenzó a recordar, y estaban riéndose de las viejas historias del campo, cuando uno de ellos al mirar a su alrededor, se dio cuenta de la razón que los había mantenido juntos y que hacía posible que, en vez de llorar, se rieran del pasado: «Todos habíamos sido *pridurki*».

No hay duda de que muchas personas sobrevivieron porque consiguieron trabajos «de confianza» en el complejo, escapando al horror del trabajo común. Pero ¿supuso siempre una activa colaboración con el régimen del campo? Solzhenitsin pensaba que sí. Incluso los «reclusos de confianza» que no eran delatores, afirmaba, todavía se definen como colaboradores. «¿Cuál de los puestos “de confianza” no implicaba halagar a los jefes y participar en el sistema general de coacción?»

Solzhenitsin explicaba que a veces la colaboración era indirecta, pero igualmente perjudicial. Los trabajos «de confianza» (los ajustadores de la cuota laboral, los tenedores de libros, los ingenieros) no torturaban a las personas, pero participaban en un sistema que obligaba a los prisioneros a trabajar hasta matarse. Lo mismo vale para los trabajos «de confianza» de la oficina: mecanógrafos que copiaban las órdenes para el mando del campo. Solzhenitsin escribió que, de cada persona que repartía el pan y podía robar una barra, se podría decir que estaba privando de su ración completa a un *zek* que trabajaba en el bosque: «¿Quién le sisaba el pan a Iván Denísovich? ¿Quién le robaba el azúcar mojándola con agua? ¿Quién se quedaba con la grasa, la carne y los buenos cereales de la olla común?».[40]

Implacablemente contrario a Solzhenitsin, como muchos lo estuvieron y lo están, se mostró Lev Razgon, un escritor que en la década de 1990 gozó de una autoridad casi tan notoria como aquel sobre el tema del Gulag. Mientras estaba en los campos, Razgon trabajaba como supervisor de la cuota de trabajo, uno de los más altos cargos «de confianza». Razgon sostenía que para él, como para muchos otros, optar por convertirse en «recluso de confianza» era simplemente optar por la vida. Durante los años de la guerra «era imposible sobrevivir si

estabas talando árboles». Solo sobrevivían los campesinos, «aquellos que sabían cómo afilar y arreglar los instrumentos, y aquellos a los que se les asignaba una labor agrícola que conocían, que podían prepararse una dieta con patatas, rábanos y otras verduras que birlaran».[41]

Razgon pensaba que no era inmoral optar por la vida, ni aceptaba que quienes lo hicieron no fueran «mejores que quienes los arrestaron». También se opone a la semblanza corrupta que Solzhenitsin presenta de los «reclusos de confianza». Una vez que estaban en trabajos más cómodos, muchos de ellos ayudaban a otros prisioneros:

> No eran indiferentes a los Ivanes Denísovich que iban a talar árboles, ni se sentían lejos de ellos. Simplemente no podían ayudar a quienes no sabían hacer otra cosa que trabajo físico. E incluso entre los últimos buscaban y encontraban personas con los conocimientos más insospechados: aquellos que sabían cómo hacer astiles curvados y toneles eran enviados a los lugares donde se fabricaban esquís, aquellos que podían hacer canastos comenzaban a hacer sillones, sillas y sofás de mimbre para los jefes.[42]

Razgon dice que así como había buenos y malos guardias, había también buenos y malos «reclusos de confianza», personas que perjudicaban a los demás, y personas que los ayudaban.

SANCHAST: HOSPITALES Y MÉDICOS

De las muchas absurdidades que había en la vida del campo, quizá la más rara era también la más vulgar: el médico del campo. Cada *lagpunkt* tenía uno. Si no había médicos preparados, entonces el *lagpunkt* al menos tenía una enfermera o un *feldsher*, un asistente médico que podía o no tener formación médica. Como ángeles de la guarda, el personal médico tenía el poder de arrancar a un recluso del frío, e internarlo en los aseados hospitales del campo, donde podían ser alimentados y reanimados gracias a sus cuidados. Todos los demás, los guardias, el jefe del campo y los jefes de brigada decían a los *zeks* que trabajaran más. Solo el médico no estaba obligado a hacerlo.

Algunos reclusos fueron literalmente salvados gracias a unas pocas palabras de un médico. A Lev Kopelev, ardiendo de fiebre, famélico y acosado por el hambre, un médico le diagnosticó pelagra, una infección estomacal y un

resfriado grave. «Te estoy enviando al hospital», le dijo. No era un viaje sencillo ir del *lagpunkt* al hospital central del campo, el *sanchast*. Kopelev dejó todas sus pertenencias, pues todo lo que era del campo debía permanecer allí, caminó por «charcos hondos y helados» y se apretujó con otros prisioneros enfermos y moribundos en un carro de ganado. El viaje fue infernal. Pero cuando despertó en su nuevo entorno, descubrió una transformación en su vida:

> En un gozoso sueño, estaba en una habitación brillante y limpia del hospital, sentado en una litera cubierta con una sábana increíblemente limpia… El médico era un hombre pequeño de cara redonda, cuyo mostacho gris y sus gruesas gafas subrayaban su gesto de gentileza e interés.
>
> —En Moscú —preguntó—, ¿conoce usted a una crítica literaria llamada Motilova?
>
> —¿Tamara Lazarevna Motilova? ¡Por supuesto!
>
> —Es mi sobrina.
>
> El tío Borya, como llegué a conocerlo, miró el termómetro.
>
> —Ajá. Haga que se asee —le dijo a su asistente— y que su ropa se hierva. Póngalo en la cama.

Al despertar de nuevo, descubrió que le habían llevado seis trozos de pan: «Tres trozos de pan negro y, ¡visión milagrosa!, tres trozos de pan blanco. Los comí con ansia, con los ojos llenos de lágrimas». Mejor todavía: le dieron raciones contra la pelagra: nabos y zanahorias, así como levadura y mostaza para extender en el pan. Por primera vez le permitieron recibir dinero y paquetes de su familia; por lo tanto, pudo comprar patatas hervidas, leche y *majorka*, el tabaco más barato. Habiendo estado condenado a la muerte en vida, se dio cuenta de que estaba destinado a salvarse.[43]

Era una experiencia común. Evgeniya Guinzburg llamaba «paraíso» al hospital de Kolimá donde trabajó.[44] Otros escriben recordando con asombro las sábanas limpias, la amabilidad de las enfermeras, los extremos a que llegaban los médicos para salvar a sus pacientes. Un prisionero cuenta la historia de un médico que, arriesgando su cargo, dejó ilegalmente el campo para conseguir las medicinas necesarias.[45] Vadim Aleksandrovich, que era también médico en un campo, recordaba: «El médico y su asistente en el campo son, si no dioses, semidioses. De ellos depende la posibilidad de unos cuantos días libres de un trabajo agotador, incluso la posibilidad de ser enviado a un sanatorio».[46]

Janos Rozsas, un húngaro de dieciocho años que se encontraba en el mismo campo que Aleksandr Solzhenitsin después de la guerra, escribió un libro titulado *La hermana Dusya*, así titulado en honor de la enfermera de campo que,

según cree, le salvó la vida. No solo se sentaba a hablar con él, lo convenció de que era imposible morir con sus cuidados. La hermana Dusya cambió su ración de pan por leche para Rozsas, que podía digerir muy pocos alimentos. Le estuvo agradecido el resto de su vida: «En mi mente evocaba dos rostros queridos, la lejana faz de mi madre y el rostro de la hermana Dusya. Eran increíblemente parecidas».[47]

La gratitud de Rozsas hacia la hermana Dusya finalmente se tradujo en su amor por la lengua y la cultura rusas. Al ser dado de alta del hospital comenzó, tal como dice Solzhenitsin, a «estudiar la lengua de sus carceleros y guardias de convoy con todo su corazón». Cuando encontré a Rozsas en Budapest, todavía hablaba un ruso elegante y fluido, todavía mantenía contacto con sus amigos rusos y orgullosamente me dijo dónde estaban las referencias a su historia en *Archipiélago Gulag* y en las memorias de la esposa de Solzhenitsin.[48]

Pero había, como muchos advirtieron, otra paradoja presente aquí. Cuando un prisionero con escorbuto estaba en la brigada de trabajo, nadie se interesaba por su dentadura ni por los forúnculos de sus piernas. Sus quejas provocaban el desprecio burlón de sus guardias, o algo peor. Pero cuando su temperatura llegaba al nivel requerido o la enfermedad alcanzaba el momento crítico (cuando «cumplía» como enfermo, en otras palabras), el prisionero agonizante recibía de inmediato raciones para el escorbuto o para la pelagra, y todo el cuidado médico que el Gulag podía ofrecer.

Esta paradoja estaba integrada en el sistema. Desde el comienzo de la existencia de los campos, los prisioneros enfermos habían sido tratados de modo diferente. Se establecieron brigadas de inválidos, para los prisioneros que no podían hacer un trabajo físico duro, ya en enero de 1931.[49] Después habría barracones de inválidos, e incluso *lagpunkts* para inválidos, dedicados a cuidar a prisioneros débiles para que se recuperaran. En 1933, Dmitlag organizó «*lagpunkts* de recuperación» programados para dar cabida a 3600 prisioneros.[50]

Tan extraño fue para Gustav Herling este contraste entre las condiciones letales de la vida del campo, y los esfuerzos que los médicos del campo ponían en curar a los prisioneros cuya salud había sido destruida con tesón, que llegó a la conclusión de que en la Unión Soviética debía existir un «culto al hospital»:

> Había algo incomprensible en el hecho de que en el momento en que un prisionero dejaba el

> hospital se convertía otra vez en un prisionero, pero mientras estaba tumbado sin moverse en una cama limpia, todos los derechos de un ser humano, aunque siempre con la excepción de la libertad, le eran otorgados. Para un hombre desacostumbrado a los violentos contrastes de la vida soviética, los hospitales del campo le parecían como iglesias que ofrecían asilo frente a la todopoderosa Inquisición.[51]

Desde luego que los jefes del Gulag en Moscú tomaban muy en serio el problema planteado por el gran número de prisioneros inválidos «incapaces de trabajar». Aunque su existencia no era una novedad, el problema se agudizó tras la decisión de Stalin y Beria de eliminar la política de la «libertad condicional anticipada» para los inválidos: de pronto, no se podía dejar a los enfermos fácilmente fuera de la nómina de trabajo. Si no por otra cosa, esto obligó a los jefes de campo a prestar atención a los hospitales del campo. Un inspector calculó con precisión el tiempo y el dinero perdidos por enfermedad: «De octubre de 1940 a la primera quincena de marzo de 1941 hubo 3472 casos de congelación, merced a los cuales se perdieron 42 334 jornadas laborales. 2400 prisioneros estaban demasiado débiles para trabajar».[52]

Sin embargo, como las demás cuestiones del Gulag, la necesidad de curar a los enfermos no se consideró de modo directo. En algunos campos parece que los *lagpunkts* especiales para inválidos se crearon para impedir que estos inválidos hundieran las estadísticas de producción. Este fue el caso de Siblag, que contaba con 9000 inválidos y 15 000 «semiinválidos» entre sus 63 000 prisioneros en 1940-1941 (más de un tercio). Cuando estos prisioneros débiles eran sacados de las zonas de trabajo importantes y reemplazados por nuevos trabajadores «frescos», las cifras de producción del campo aumentaban como por arte de magia.[53]

La presión para cumplir el plan obligaba a muchos jefes de campo a afrontar un dilema. Por una parte, deseaban genuinamente curar a los enfermos (de modo que pudieran volver al trabajo), pero, por otra, no querían alentar a los «ociosos». En la práctica, eso provocó que las jefaturas de los campos pusieran límites, a veces muy precisos, a cuántos prisioneros podían estar enfermos al mismo tiempo, y cuántos podían ser enviados a los *lagpunkts* de recuperación.[54]

Si había más enfermos, tendrían que esperar. Es característica la historia de un prisionero de Ustvimlag, que declaró varias veces que estaba enfermo y que no podía trabajar. Según el informe oficial archivado después: «Los trabajadores

médicos no prestaron atención a sus protestas, y fue enviado a trabajar. No estando en condición de hacerlo, se negó, por lo cual fue encerrado en la celda de castigo. Allí se le mantuvo cuatro días, después de lo cual se le llevó muy debilitado al hospital, donde murió».[55]

El reducido número fijado de permisos por enfermedad hacía que los médicos se hallaran bajo presiones encontradas y terribles. Podían ser censurados o incluso condenados, si morían demasiados prisioneros enfermos, al haberles denegado la entrada al hospital del campo.[56] Podían ser también amenazados por los elementos más violentos y agresivos de la élite criminal del campo, que querían verse libres del trabajo. Si el médico del campo prescribía descanso a los auténticos enfermos, tenía que soportar la presión de los delincuentes.

Cuando llegó a trabajar como *feldsher* en un *lagpunkt* de delincuentes, Karol Colonna-Czosnowski fue advertido de que su predecesor había sido «muerto a cuchilladas» por sus pacientes. En su primera noche en el campo se enfrentó con un hombre que llevaba un pico y que exigía ser eximido del trabajo al día siguiente. Karol afirma que consiguió sorprenderlo y echarlo de la cabaña de *feldsher*. Al día siguiente hizo un trato con Grisha, el jefe de los hampones del campo: además de los verdaderamente enfermos, Grisha le daría los nombres de dos personas más al día a quienes exoneraría del trabajo.[57]

Aun en el caso de que un prisionero finalmente ingresara al hospital, con frecuencia descubría que la calidad del cuidado médico variaba mucho. Los campos más grandes tenían hospitales provistos de personal y medicinas. El hospital central de Dalstrói, en la ciudad de Magadán, era conocido por poseer el equipo más moderno, así como por su personal integrado por los mejores médicos prisioneros, a menudo especialistas de Moscú. Aunque la mayoría de los pacientes eran agentes del NKVD o empleados del campo, algunos prisioneros afortunados también eran tratados por los especialistas allí y en otras partes: mientras cumplía condena en los campos, a Leonid Finkelstein se le permitió consultar a un dentista.[58] Algunos de los *lagpunkts* de inválidos también estaban bien equipados, y parecen haber tenido el propósito de velar por la recuperación de los prisioneros. Tatiana Okunevskaya fue enviada a uno, y se maravilló de los espacios abiertos, los amplios barracones, los árboles: «¡No los había visto en años! ¡Y era primavera!».[59]

En los hospitales de los *lagpunkts* más pequeños, la situación era mucho más deprimente. En uno de ellos, en el *lagpunkt* de Sevurallag, «el tratamiento y la documentación eran deficientes», según Isaac Vogelfanger, que había sido cirujano jefe del campo. Peor todavía,

> … las raciones alimenticias eran sumamente inadecuadas y había muy pocos fármacos disponibles. Los casos de cirugía, las fracturas y heridas musculares graves, eran mal atendidos y descuidados. Rara vez, como después supe, se daba de alta a los pacientes para que volvieran al trabajo. Al ser ingresados con signos terminales de desnutrición, la mayoría de ellos moría en el hospital.[60]

Peores eran los barracones, o más bien depósitos de cadáveres, para los enfermos terminales. En uno de ellos, establecido para los prisioneros con disentería, «los pacientes yacían en cama durante semanas. Si tenían suerte, se curaban, pero era más frecuente que se murieran. No había tratamiento, ni medicinas … los pacientes solían ocultar una muerte durante tres o cuatro días para quedarse con la ración del fallecido».[61]

Aunque se puede decir que muchos médicos de los campos salvaron la vida a muchas personas, no todos necesariamente mostraban una inclinación a ayudar. Algunos, desde su situación privilegiada, habían llegado a simpatizar más con los jefes que con los «enemigos» a quienes estaban obligados a tratar. Una doctora de la sección del hospital de un campo, que era la esposa del jefe, fue efectivamente censurada por la inspección porque «retrasaba el ingreso de los enfermos graves en el hospital, no exoneraba a los enfermos del trabajo, era grosera con ellos y los expulsaba de la enfermería».[62]

Hubo casos en que los médicos trataron mal a sabiendas a los pacientes prisioneros. Cuando trabajaba en un campo minero a comienzos de los años cincuenta, a Leonid Trus le aplastaron la pierna. El médico del campo vendó la herida, pero era necesario hacer algo más. Trus había perdido mucha sangre, y estaba comenzando a sentir mucho frío. Como el campo no tenía instalaciones para efectuar transfusiones de sangre, los mandos del campo lo enviaron, en la caja de un camión, al hospital local. Semiconsciente, oyó al médico que decía a la enfermera que comenzara la transfusión. El amigo que lo acompañaba dio sus datos personales: nombre, edad, sexo, lugar de trabajo, después de lo cual el médico interrumpió la transfusión. Ese tipo de auxilio no debía darse a un prisionero. Trus recuerda que le administraron algo de glucosa, gracias a su

amigo que pagó un soborno, y algo de morfina. Al día siguiente, le amputaron la pierna:

> El cirujano estaba tan convencido de que no sobreviviría, que ni siquiera hizo la operación él mismo, sino que la encargó a su esposa, una terapeuta que estaba tratando de ser acreditada como cirujana. Después me dijeron que ella lo hizo todo bien, que sabía lo que estaba haciendo, excepto que pasó por alto algunos detalles. No los había olvidado, pero no creía que yo viviría, y por tanto no importaba si estos detalles médicos se cumplían. Y mire, ¡seguí viviendo![63]

Tampoco los médicos del campo, amables o indiferentes, estaban necesariamente preparados. Aquellos que tenían el título podían ser de los mejores especialistas de Moscú cumpliendo sentencias de reclusión, como ser charlatanes que no sabían nada de medicina, pero que fingían conocimientos para conseguir un puesto de categoría. Ya en 1932, la OGPU se quejaba de la escasez de personal médico calificado.[64] Esto significaba que los prisioneros con título de medicina eran la excepción a las reglas que regulaban los trabajos «de confianza»: cualquiera que fuera el acto contrarrevolucionario que teóricamente hubieran cometido, siempre se les permitía ejercer la medicina.[65]

Esta escasez hacía que se capacitara a los prisioneros como enfermeros y *feldshers*, con una preparación que era muchas veces elemental. Evgeniya Guinzburg se formó como enfermera después de pasar «varios días» en un hospital de campo, aprendiendo el arte de «ahuecar las manos» y cómo poner una inyección.[66] Alexander Dolgun, que había aprendido en un campo las tareas básicas del cargo de *feldsher*, fue puesto a prueba después de haber sido trasladado a otros campos. Un funcionario, desconfiando de su preparación, le ordenó que hiciera una autopsia; «realicé la mejor actuación que pude y procedí como si lo hubiera hecho cono frecuencia».[67] Para conseguir el trabajo de *feldsher*, Janusz Bardach también mintió: afirmó que cursaba el tercer año de medicina cuando en realidad no había entrado todavía a la universidad.[68]

Los resultados eran previsibles. Al llegar a su primer puesto como médico convicto en Sevurallag, Isaac Vogelfanger, que era un cirujano titulado, se sorprendió al observar que el *feldsher* local trataba los forúnculos del escorbuto (un síntoma causado por la desnutrición, no por una infección) con yodo. Después, vio que ciertos pacientes murieron porque un doctor sin preparación insistió en inyectarles una solución casera hecha de azúcar.[69]

Nada de esto habría sorprendido a los mandos del Gulag, uno de los cuales se quejaba en una carta a su jefe en Moscú de la escasez de doctores: «En varios *lagpunkts*, el auxilio médico es ofrecido por enfermeros autodidactas, prisioneros sin ningún tipo de preparación médica».[70] Los mandos sabían que los servicios médicos eran deficientes, los prisioneros también, y no obstante continuaron funcionando igual que siempre.

Incluso con todas sus deficiencias, aun cuando los doctores eran corruptos, los dispensarios mal equipados, la medicación escasa, tan atractiva les parecía la vida en el hospital o la enfermería a los prisioneros, que para ingresar en ellos no solo eran capaces de herir o amenazar a los médicos, sino también de herirse a sí mismos. Como soldados que tratasen de evitar el campo de batalla, los *zeks* practicaban el *samorub*, «automutilación», y la *mastyrka*, «fingirse enfermos», en un intento desesperado de salvar la vida. Algunos creían que finalmente recibirían una amnistía para inválidos. Tantos lo creían que el Gulag al menos una vez emitió una declaración negando que se soltaría a los inválidos (aunque esto se hizo de manera ocasional).[71] La mayoría, sin embargo, estaban satisfechos simplemente con evitar el trabajo.

El castigo por automutilación era especialmente severo: un aumento de la condena en el campo. Quizá esto reflejaba el hecho de que un trabajador inválido era una carga para el Estado y un lastre para el plan de producción. «La automutilación era castigada cruelmente, como un sabotaje», escribió Zhigulin.[72] Un prisionero cuenta la historia de un ladrón que se cortó cuatro dedos de la mano izquierda. Sin embargo, en vez de ser enviado a un campo de inválidos, lo hicieron sentar en la nieve a observar a los que trabajaban. Se le prohibió moverse, bajo pena de aplicarle la ley de fugas; «muy pronto él mismo pidió una pala y moviéndola como una muleta, con la mano que le quedaba, picaba la tierra helada, llorando y maldiciendo».[73]

Sin embargo, muchos prisioneros pensaban que los beneficios potenciales merecían que valiera la pena correr el riesgo. Algunos de los métodos eran rudimentarios. Los delincuentes eran famosos por cortarse sencillamente el dedo medio, el anular y el índice con un hacha, de modo que no podían talar árboles ni llevar carretillas en las minas. Algunos se cortaban un pie o una mano, o se frotaban los ojos con ácido. Y otros, al salir para el trabajo, se envolvían un peal húmedo alrededor del pie, y por la noche regresaban con una congelación de

tercer grado.

Pero también se utilizaban métodos más sutiles. El delincuente más audaz robaba una jeringa y se inyectaba jabón disuelto en el pene: la eyaculación resultante parecía el síntoma de una enfermedad venérea. Otro prisionero encontró el modo de fingir silicosis, una enfermedad pulmonar. Primero limó un poco un anillo de plata que había logrado conservar entre sus pertenencias, después mezcló la limadura con tabaco, y se lo fumó. Aunque no sentía nada, se presentó en el hospital tosiendo del modo en que tosen los enfermos de silicosis.[74]

Los prisioneros también intentaban crear infecciones o dolencias largas. Gustav Herling vio a un prisionero poner el brazo al fuego, cuando pensó que nadie lo veía; lo hacía una vez al día, lo mejor para mantener viva una herida misteriosamente persistente.[75] Para ponerse enfermo, Anatoli Zhigulin bebió agua helada y después salió a respirar aire frío, lo cual hizo que la temperatura le subiera hasta el punto de permitirle ser excusado del trabajo: «¡Oh, diez días felices en el hospital!».[76]

Los prisioneros también fingían locura. Bardach, durante su trayectoria de *feldsher*, trabajó un tiempo en la sala psiquiátrica del hospital central de Magadán. Allí, el principal método para desenmascarar a los falsos esquizofrénicos era ponerlos en una sala con verdaderos esquizofrénicos. «En unas horas, muchos prisioneros, incluso los más decididos, tocaban la puerta para salir.»[77]

Había también un procedimiento establecido para descubrir a aquellos prisioneros que intentaban fingir parálisis, según Elinor Lipper. El paciente era colocado en la mesa de operaciones y se le daba un poco de anestesia. Cuando se despertaba, los médicos lo ponían de pie. Inevitablemente, cuando lo llamaban por su nombre, daba unos pasos antes de recordar que debía desplomarse.[78]

Pero también había doctores que ayudaban a los pacientes a encontrar métodos de automutilación. Alexander Dolgun, aunque muy débil y con una diarrea incontrolable, no tenía una fiebre lo bastante alta para ser excusado del trabajo. Sin embargo, cuando dijo que era estadounidense al médico del campo, un letón educado, este se alegró: «Me moría por encontrar alguien con quien practicar inglés», dijo, y le enseñó el modo de infectar una pequeña herida. Eso le produjo un enorme forúnculo en el brazo, suficiente como para impresionar a

los guardias del MVD que inspeccionaban el hospital con la gravedad de su mal.[79]

Una vez más, la idea de la moral se invertía. En el mundo libre, un médico que deliberadamente provocara una enfermedad en sus pacientes no sería considerado un buen hombre. En los campos, sin embargo, un médico así era venerado como un santo.

«Virtudes ordinarias»

No todas las estrategias para sobrevivir en los campos se derivaban necesariamente del propio sistema. Tampoco implicaban la colaboración, la crueldad o la automutilación. Si algunos prisioneros (quizá la inmensa mayoría) lograron mantenerse vivos manipulando las normas del campo en su provecho, también hubo otros que se fortalecieron en lo que Tzvetan Todorov, en su libro sobre la moralidad del campo de concentración, denomina las «virtudes ordinarias»: el afecto, la amistad, la dignidad y la vida intelectual.[80]

El afecto adoptó múltiples formas. Había prisioneros, como hemos visto, que formaron sus propias redes de ayuda para sobrevivir. Los miembros de los grupos étnicos que dominaban algunos campos a finales de los años cuarenta (ucranianos, bálticos, polacos) crearon sistemas de asistencia mutua. Algunos construyeron redes de relaciones independientes durante años en los campos. Y otros hicieron dos o tres amigos íntimos. Quizá el caso más famoso de estas amistades del Gulag sea el de Ariadna Efron, hija de la poetisa Marina Tsvetaeva, y su amiga Ada Federolf. Hicieron grandes esfuerzos para permanecer juntas, tanto en los campos como en el destierro, y después publicaron sus memorias conjuntamente en un volumen. En cierto momento de su relato, Federolf cuenta cómo se reunieron después de una larga separación cuando Efron fue llevada en un transporte diferente:

> Era verano. Los primeros días fueron horribles. Nos llevaron a hacer ejercicio un día, el calor era insoportable. Entonces, de repente, un nuevo transporte de Ryazan y… Alya. Me ahogaba la felicidad, la llevé a la litera superior, cerca del aire fresco … Esa es la felicidad del prisionero, simplemente encontrar a una persona.[81]

Muchos coinciden en esto. «Es muy importante tener un amigo, una persona

de confianza, que no te abandonará en los momentos difíciles.»[82] Había límites naturalmente; Janusz Bardach escribió de su mejor amigo del campo: «Ninguno de nosotros pidió nunca al otro comida, ni la ofreció. Ambos sabíamos que este tema debía ser sagrado si queríamos seguir siendo amigos».[83]

El respeto hacia los demás ayudaba a algunos a preservar su humanidad, y a otros el respeto por sí mismos. Las mujeres en particular hablaban de la necesidad de mantenerse limpias, o tan limpias como fuera posible, como una forma de preservar la dignidad. Olga Adamova-Sliozberg cuenta que una compañera de celda «lavaba y secaba el cuello blanco de su blusa y lo cosía de nuevo» cada mañana.[84] Otros hacían ejercicio o prácticas higiénicas rutinarias. Otra vez nos dice Bardach:

> … pese a mi cansancio y al frío, seguí practicando los ejercicios rutinarios que había realizado en casa y en el Ejército Rojo, lavándome la cara y las manos en la bomba de agua. Quería conservar todo el orgullo que pudiera, separándome de aquellos prisioneros que había visto rendirse día a día. Primero dejaban de preocuparse por su aseo y su apariencia, después desatendían a sus compañeros y, finalmente, sus propias vidas. Si yo no tenía control sobre otra cosa, tenía el control del ritual que yo creía me libraría de la degradación y la muerte segura.[85]

Otros también practicaban disciplinas intelectuales. Muchísimos prisioneros escribían poesías, o las aprendían de memoria, repitiendo sus versos y los de otros para sí mismos una y otra vez, para después recitarlos a sus amigos.

Shalámov ha escrito que la poesía, en medio de «la simulación y el mal, el deterioro», lo salvó de encanallarse por completo. Este es el poema que escribió titulado «A un poeta»:

Comí como un animal, gruñendo por la comida.
Una simple hoja de papel de escribir
parecía un milagro
que cayera del cielo al oscuro bosque.

Bebía como una bestia, lamiendo el agua
humedeciéndome los largos mostachos,
midiendo la vida no por meses ni años
sino por horas.

Y cada anochecer,
sorprendido de estar vivo aún,
repetí versos
como si escuchara tu voz.

Y los susurraba como oraciones.
Y los veneraba como el agua de la vida,
como un icono salvado en una batalla,
como una estrella guiadora.

Eran el único vínculo con otra vida;
allí, donde el mundo nos asfixiaba
con la mugre cotidiana
y la muerte nos pisaba los talones.[86]

Solzhenitsin «escribió» poesía en los campos, componiéndola en su cabeza y recitándola después para sí mismo con la ayuda de una colección de palillos rotos; como cuenta su biógrafo Michael Scammell:

> Ponía dos filas de diez palillos con su pitillera, una fila representaba las decenas y otra las unidades. Después recitaba sus versos en silencio, moviendo una «unidad» por cada verso o una «decena» por cada diez versos. El quincuagésimo y el centésimo verso eran memorizados con especial cuidado, y una vez al mes recitaba el poema completo. Si olvidaba un verso o lo colocaba fuera de su lugar, volvía a empezar una y otra vez hasta hacerlo bien.[87]

Quizá por razones parecidas, la oración ayudaba a algunos. Las memorias de un baptista, enviado a los campos postestalinistas en los años setenta, consisten casi por completo en relatos de cuándo y dónde rezó, y dónde y cómo ocultaba sus biblias.[88] Muchos autores de memorias han escrito sobre la importancia de las festividades religiosas. La Pascua se celebraba en secreto, como ocurrió un año en la prisión de tránsito de Solovki, o podía hacerse públicamente en los trenes de transporte: «El vagón se balanceaba, los cánticos eran inarmónicos y estridentes, los guardias golpeaban los flancos del vagón en cada parada, pero ellos seguían cantando».[89] La Navidad podía celebrarse en un barracón. Yuri Zorin, un prisionero ruso, recuerda con sorpresa el acierto con que los lituanos de su campo habían organizado la celebración navideña, una festividad que comenzaban a preparar con un año de antelación.[90]

Kazimierz Zarod estuvo entre los polacos que celebraron la Nochebuena de 1940 en un campo de trabajo con la guía de un sacerdote que iba calladamente diciendo misa en cada barracón del campo esa noche:

Sin la ayuda de la Biblia o un devocionario, comenzó a decir las palabras de la misa, el latín habitual, pronunciado en un murmullo apenas audible y respondido en voz tan baja que era como un suspiro.

«*Kyrie eleison, Christe eleison*». Señor ten piedad de nosotros. Cristo ten piedad de nosotros. «*Gloria in excelsis Deo*…!»

Las palabras nos redimían y la atmósfera de la cabaña, siempre brutal y tosca, cambió de manera imperceptible; los rostros vueltos hacia el sacerdote, se suavizaban y distendían, mientras que los hombres se esforzaban por escuchar el murmullo apenas perceptible.

«Todo claro», dijo el hombre que permanecía sentado observando desde la ventana.[91]

Muchas personas educadas sobrevivieron espiritual y físicamente, al emprender algún proyecto intelectual o artístico más ambicioso. Pues aquellos con dones o talento artístico con frecuencia encontraban un uso práctico para ellos. En un mundo de constante escasez, por ejemplo, donde las posesiones más elementales tenían un gran significado, las personas que podían proporcionar algo que los demás necesitaban estaban constantemente solicitadas.

No todos los objetos que los prisioneros producían para los demás eran necesariamente de carácter utilitario. Los servicios de Anna Andreieva, una artista, estaban en constante demanda y no solo por parte de prisioneros. Los mandos del campo le pidieron que decorara una lápida para un funeral, que reparara la loza y los juguetes, y que los elaborara también: «Hacíamos de todo para los jefes, lo que necesitaran o pidieran».[92] Un prisionero grababa pequeños souvenirs para otros prisioneros en colmillos de mamut: brazaletes, miniaturas con temas «del norte», anillos, medallones, botones.[93]

El museo de la Sociedad Memoria de Moscú, fundada por antiguos prisioneros y dedicada a divulgar la historia de la represión en tiempos de Stalin, está hoy día lleno de objetos, retazos de encaje, baratijas hechas a mano, naipes pintados e incluso pequeñas obras de arte (pinturas, dibujos, esculturas), que preservaron los prisioneros, llevándoselas a casa y donándolas después.

Los bienes que los prisioneros aprendieron a suministrar no siempre eran objetos tangibles. Aunque parezca extraño, en el Gulag era posible cantar, danzar o actuar, para salvar la vida. Esto es exacto sobre todo respecto a los prisioneros con talento artístico en los campos más grandes, donde había jefes más sofisticados que deseaban alardear de sus orquestas y compañías de teatro. Si el jefe de Ujtizhemlag aspiraba a mantener una verdadera compañía de ópera, como algunos lo hicieron, esto equivalía a salvar la vida de decenas de cantantes

y bailarines. Como mínimo podrían tener tiempo libre para ensayar. Más importante todavía era que podían recuperar algún sentimiento de humanidad. «Cuando los actores estaban en escena, olvidaban la constante sensación de hambre, la carencia de derechos, el convoy que los esperaba con perros guardianes en la entrada», escribió Aleksandr Klein.[94]

Algunas veces las recompensas eran incluso superiores. Un documento de Dmitlag describe el vestuario especial que fue entregado a los integrantes de la orquesta del campo —que incluía las codiciadas botas de los funcionarios— y las órdenes al jefe del *lagpunkt* de ponerlos en barracones especiales.[95]

En los campos más pequeños, los artistas obtenían mejores condiciones. Georgi Feldgun recibió comida extra cuando estaba en un campo de tránsito, después de tocar el violín para un grupo de hampones. Sintió que la experiencia era muy rara: «Aquí estamos nosotros, en el confín del mundo, en el puerto de Vanino… y estamos tocando la música eterna, escrita hace más de 200 años. Tocamos Vivaldi para cincuenta gorilas».[96]

Dmitri Panin describió a un payaso profesional de Odessa que actuó toda su vida, sabiendo que si hacía reír a los mandos del campo, se salvaría de ser transferido a un campo de castigo: «La única incongruencia de esta alegre danza estaba en los grandes ojos negros del payaso, que parecían estar implorando piedad. Nunca he visto una actuación tan emotiva».[97]

De todas las formas de sobrevivir mediante la colaboración con los mandos, «salvarse» actuando en el teatro del campo o participando en alguna actividad cultural era el método que les parecía a los prisioneros menos problemático moralmente. Quizá se debía a que otros prisioneros también se beneficiaban en alguna medida. Incluso aquellos que no recibían un trato especial, el teatro les brindaba un gran apoyo moral, lo cual también es necesario para sobrevivir. «Para los prisioneros, el teatro era una fuente de felicidad, era amado, adorado», escribió uno de ellos.[98] Gustav Herling recuerda que al asistir a los conciertos, «los prisioneros se quitaban la gorra en la puerta, se sacudían la nieve de las botas en el pasillo exterior, y ocupaban su lugar en los bancos con una ceremoniosa antelación y una reverencia casi religiosa».[99]

Quizá eso era porque aquellos cuyo talento artístico les permitía vivir mejor les inspiraban admiración, no envidia ni odio. Tatiana Okunevskaya, la estrella de cine enviada a los campos por negarse a dormir con Abákumov, el jefe del

contraespionaje soviético, era reconocida en todas partes y todos la ayudaban. Durante un concierto del campo, sintió que le tiraban a las piernas cosas que parecían piedras; al mirar hacia abajo, se dio cuenta de que eran latas de piña mexicana, una exquisitez inimaginable, que un grupo de ladrones había comprado para ella.[100]

Nikolái Starostin, el jugador de fútbol, también era muy respetado por los *urki*, quienes se pasaron el mensaje: no toquéis a Starostin. Por las noches, cuando comenzaba a contar anécdotas de fútbol, las «partidas de cartas se interrumpían» y los prisioneros se agrupaban a su alrededor. Cuando llegaba a un nuevo campo, solían ofrecerle una cama limpia en el hospital del campo: «Era la primera cosa que me daban, dondequiera que llegara, si, entre los médicos o los mandos, había un aficionado».[101]

Un gran número de prisioneros políticos que escribieron memorias (y esto puede explicar *por qué* las escribieron) atribuyen su supervivencia a su capacidad de «contar historias»: de entretener a los delincuentes prisioneros contándoles el argumento de novelas o películas. En el mundo de los campos y las prisiones, donde los libros son escasos y las películas una rareza, un buen narrador de historias es muy apreciado. Leonid Finkelstein dice: «Siempre estaré agradecido al ladrón que, en mi primer día de prisión, reconoció ese potencial en mí, y dijo: "Probablemente has leído muchos libros. Cuéntaselos a la gente, y vivirás muy bien". Y en efecto vivía mejor que los demás. Gozaba de cierta notoriedad, de cierta fama… Me encontraba con personas que me decían: "Tú eres Leonchik-Romanist [Leonchik, el narrador de historias], oí hablar de ti en Taishet"». Debido a su aptitud, Finkelstein fue invitado, dos veces al día, a la cabaña del jefe de brigada, donde recibía un jarro de agua. En la cantera donde él trabajaba, «eso significaba la vida». Finkelstein descubrió que los clásicos rusos y extranjeros funcionaban mejor: tenía mucho menos éxito contando los argumentos de las novelas soviéticas más recientes.[102]

Lo mismo les ocurrió a otros. En el tren caluroso y mal ventilado que la llevaba a Vladivostok, Guinzburg descubrió que «recitar poesía tenía sus ventajas… Por ejemplo, después de cada acto de *La desgracia de ser* de Griboyedov, me ofrecían un sorbo de agua del jarro de alguna persona como premio por los "servicios a la comunidad"».[103]

Aleksandr Wat contó *Rojo y negro* de Stendhal a un grupo de bandidos

mientras estaba en prisión.[104] Alexander Dolgun contó el argumento de *Los miserables*,[105] Janusz Bardach la historia de *Los tres mosqueteros*: «Sentía ascender de categoría en cada lance inesperado».[106] En respuesta a los ladrones que despreciaban a los políticos hambrientos como “gusanos”, Colonna-Czosnowski se defendió contándoles «mi propia versión de una película, debidamente aderezada para conseguir el mayor efecto dramático, que había visto en Polonia unos años antes. Era una historia de “ladrones y policías”, que tenía lugar en Chicago, en que figuraba Al Capone. Por si acaso, puse a Bugsy Malone, e incluso a Bonnie y Clyde. Decidí incluir todo lo que podía recordar, más algunas mejoras que improvisé sobre la marcha». La historia impresionó a los oyentes, y le pidieron al polaco que la repitiera muchas veces: «Como niños, escuchaban con atención. No les importaba escuchar la misma historia una y otra vez. Como a los niños, también les gustaba que utilizara las mismas palabras cada vez. Y advertían el más ligero cambio o la más pequeña omisión … a las tres semanas de mi llegada, yo era un hombre distinto».[107]

Mas el talento artístico no siempre proporcionaba al prisionero dinero o pan para salvarle la vida. Alexéi Smirnof, uno de los principales defensores de la libertad de prensa en la Rusia actual, cuenta la historia de dos literatos que, mientras estaban en los campos, crearon un poeta francés ficticio del siglo XVIII, y escribieron un poema de la época en francés.[108]

Incluso a Irena Arguinskaya la ayudó su sensibilidad estética. Años después de su liberación, todavía hablaba de la «belleza increíble» del extremo norte, donde el crepúsculo y la visión de los espacios abiertos y los extensos bosques la dejaban sin respiración.[109]

Y, sin embargo, la belleza no siempre ayuda a todos, y su percepción es algo subjetivo. Rodeada por la misma taiga, el mismo espacio abierto, los mismos paisajes imponentes, a Nadezhda Ulianovskaya este paisaje solo le inspiraba repugnancia: «Casi contra mi voluntad, recuerdo los grandiosos amaneceres y crepúsculos, los pinares, las brillantes flores que por alguna razón no tenían perfume».[110]

Tan perpleja me dejó su comentario que cuando visité el extremo norte en la canícula, miré con otros ojos los amplios ríos y los bosques infinitos de Siberia, el paisaje lunar vacío que es la tundra ártica. En las afueras del *lagpunkt* de Vorkutá, incluso recogí un puñado de flores silvestres árticas para ver si tenían

perfume. Lo tienen. Quizá Ulianovskaya simplemente no deseaba percibirlo.

18

Rebelión y fuga

> Si entonces hubiera oído a los perros del trineo anunciando el inicio de la patrulla, creo que me habría sentido físicamente enfermo. Corrimos unos metros hasta la valla exterior … probablemente hacíamos poco ruido, pero me parecía que la conmoción era ensordecedora … Enloquecidos, trepamos de un salto y caímos sobre el último tramo de la alambrada al pie de la valla exterior, nos repusimos; jadeantes, nos preguntamos si todo iba bien, y de común acuerdo, comenzamos a correr.
>
> SLAVOMIR RAWICZ, *La larga marcha*[1]

Entre los numerosos mitos que existen sobre el Gulag, el mito de la imposibilidad de escapar es el más imponente. Evadirse de los campos de Stalin, escribió Solzhenitsin, era «una empresa de gigantes, pero de gigantes condenados».[2] Shalámov, con su característico pesimismo, escribió: «Los condenados que trataban de escapar eran casi siempre recién llegados, que estaban en su primer año, hombres cuya libertad y vanidad no habían sido aniquiladas».[3] Nikolái Abákumov, el antiguo jefe suplente de la guarnición de Norilsk, desdeñaba la idea de una fuga exitosa: «Algunas personas huyen de los campos, pero ninguna logra llegar a "tierra firme"», es decir, a la Rusia central.[4]

Gustav Herling narra la historia de un compañero recluso que trató de escapar y fracasó: después de meses de minuciosa planificación, una huida exitosa, y siete días de hambriento vagabundeo por el bosque, se encontró a unos trece kilómetros del campo y consumido por el hambre; voluntariamente, se entregó.

Los campos, por supuesto, estaban construidos para impedir las fugas: en última instancia, para eso estaban los muros, la alambrada, las atalayas y la tierra

de nadie cuidadosamente rastrillada. Pero en muchos campos, las alambradas no necesariamente eran lo que mantenía a los prisioneros confinados. El clima conspiraba contra la fuga (diez meses al año la temperatura estaba por debajo de cero), al igual que la geografía, un hecho imposible de apreciar hasta que uno no ha visto realmente la ubicación de algunos de los campos más lejanos por sí mismo.

Por ejemplo, es exacto decir que Vorkutá, la ciudad que surgió junto a las minas de carbón de Vorkutlag, no solo está aislada, sino que es virtualmente inaccesible. No hay camino que lleve a Vorkutá, pues está ubicada por encima del Círculo Polar Ártico: la ciudad y sus minas solo son accesibles en tren o en avión. En invierno, cualquier cosa que se mueva por la vasta tundra sin árboles, sería un blanco móvil. En verano el mismo paisaje se convierte en una ciénaga vasta e impenetrable.

Por si esto no bastara, había centinelas por todas partes: la región entera de Kolimá, cientos de kilómetros cuadrados de taiga, era una inmensa prisión, como lo eran la República de Komi, las extensas franjas del desierto de Kazajstán y el norte de Siberia. En estas zonas había pocas aldeas y pocos habitantes normales. Cualquiera que caminara solo sin los correspondientes documentos de identidad sería identificado de inmediato como un fugitivo, y podía ser tiroteado o golpeado para luego ser devuelto al campo.

No era probable que el prisionero fugitivo encontrara mucha ayuda de los lugareños que no eran guardias, ni tampoco de prisioneros, aun en el caso de que encontrara alguno. En la Siberia zarista había habido una tradición de compasión por el recluso o siervo fugitivo, para los cuales se dejaban tazones de leche y pan en las puertas por la noche.

En la Unión Soviética de Stalin, el clima era diferente. La inmensa mayoría habría optado por entregar al «enemigo» fugitivo, y aún con más satisfacción por entregar a un delincuente «reincidente». Y no solo porque creyeran del todo o a medias la propaganda sobre los prisioneros, sino porque si no lo hacían se arriesgaban a ser condenados a una larga pena ellos mismos.[5] Tampoco sus temores tenían que ser específicos, dada la atmósfera paranoica de la vida cotidiana:

> Respecto a los lugareños, ninguno nos salvaría ni nos rescataría, en la forma que otros salvaron y ocultaron a los que escapaban de los campos de concentración alemanes. Se debía a que durante

> años habían vivido en el temor y la sospecha constantes, esperando de un momento a otro una nueva desgracia, temerosos uno del otro.[6]

En el caso de que la ideología y el miedo no compelieran a los lugareños a entregar a los prisioneros prófugos, la codicia sí lo hacía. Con razón o sin ella, muchos autores de memorias creían que los miembros de las tribus locales (los esquimales del norte polar, los kazajos del sur) eran cazadores que buscaban prisioneros a cambio de un kilo de pan o de un saco de trigo.[7] En Kolimá, un lugareño que trajera la mano derecha de un prófugo (o según algunos relatos, la cabeza) recibía un premio de 250 rublos, y las recompensas parecen haber sido similares en otras partes.[8] En un caso documentado, un lugareño reconoció a un prisionero que se hacía pasar por hombre libre, e informó de su presencia a la policía. Recibió 250 rublos. Su hijo, que había ido a la comisaría, recibió 150 rublos. En otro caso, un hombre que delató el paradero de un prófugo al jefe del campo recibió la bonita suma de 300 rublos.[9]

Los evadidos que eran capturados recibían castigos muy severos. Muchos eran fusilados al instante. Los cuerpos de los fugitivos muertos tenían un uso propagandístico:

> Cuando llegábamos al portón, por un momento pensé que vivía una pesadilla: un cuerpo desnudo estaba suspendido en el puesto de entrada. Tenía las manos y los pies atados con alambre, la cabeza estaba inclinada hacia un lado, los ojos fijos estaban entrecerrados. Sobre la cabeza había una inscripción: «Este es el destino de los que intentan escapar de Norilsk».[10]

Zhigulin recuerda que los cadáveres de los hombres que habían intentado escapar eran colocados en el centro del *lagpunkt* de Kolimá, a veces durante un mes.[11] La práctica era antigua, se remontaba a Solovki. En 1940 era casi universal.[12]

Y sin embargo, los prisioneros trataban de escapar. En efecto, a juzgar por las estadísticas oficiales, y por la airada correspondencia que se conserva en los archivos del Gulag, tanto las fugas fallidas como las exitosas eran más comunes de lo que conceden los autores de memorias. Por ejemplo, hay documentos sobre los castigos aplicados después de las fugas exitosas. En 1945, después de varias fugas colectivas de los campos que rodeaban la «Zona de construcción 500 del NKVD», un ferrocarril a través de Siberia occidental, los oficiales de la Guardia Interior de la República fueron sentenciados de cinco a diez días de prisión, con

el salario reducido en 50% por cada día pasado tras las rejas.[13]

También existen documentos sobre los guardias que frustraron las fugas. Una recompensa de 300 rublos se otorgó al guardia que hizo sonar la alarma cuando los prisioneros fugitivos habían asfixiado al centinela nocturno. Su jefe recibió 200 rublos, al igual que otro jefe de prisiones, y los soldados que participaron recibieron 100 rublos cada uno.[14]

Ningún campo era completamente seguro. Solovki, con su emplazamiento remoto, era considerado inexpugnable. Pero un par de guardias blancos, S. A. Malsagov y Yuri Bessonov, escaparon de uno de los campos continentales de SLON en mayo de 1925. Después de reducir a los guardias, caminaron durante treinta y cinco días hasta la frontera finlandesa. Ambos escribieron libros sobre su experiencia, que estuvieron entre los primeros textos que aparecieron sobre Solovki en Occidente.[15] En 1934 se produjeron dos fugas especialmente espectaculares, también de Solovki. En una participaron cuatro «espías», y en la otra «un espía y dos bandidos». En los dos casos los prófugos lograron apoderarse de unas lanchas, y se evadieron por vía fluvial, presumiblemente a Finlandia. Por consiguiente, el jefe del campo fue cesado y sus subordinados fueron amonestados.[16]

Cuando los campos de SLON se expandieron a la tierra firme de Carelia a finales de los años veinte, las oportunidades para escapar se multiplicaron, y Vladimir Chernavin las aprovechó. Chernavin era un experto en pesca que había tratado valientemente de infundir algún realismo al plan quinquenal del Consorcio Pesquero de Múrmansk. Su crítica al proyecto le reportó una condena de cinco años por «obstrucción». Fue enviado a Solovki. SLON finalmente lo puso a trabajar como experto prisionero en el norte de Carelia, donde debía planear nuevas empresas pesqueras.

Chernavin aguardó el momento oportuno. Durante meses fue ganando la confianza de sus superiores, quienes dieron permiso a su esposa y a su hijo de quince años, Andréi, para visitarlo. Un día durante su visita, en el verano de 1933, la familia se fue de picnic a la bahía cercana. Cuando llegaron al extremo occidental, Chernavin y su esposa le dijeron a Andréi que abandonaban la URSS a pie. «Sin brújula ni mapa, caminamos por las montañas vírgenes, por los bosques y las ciénagas, hasta Finlandia y la libertad», escribió Chernavin.[17]

La experiencia de Chernavin no sería la única; en efecto, el período de

expansión del Gulag fue quizá la época dorada de la evasión. El número de prisioneros se multiplicaba, el número de guardias era insuficiente, los campos estaban relativamente cerca de Finlandia, y los castigos drásticos para los prófugos todavía no eran obligatorios. En 1930, 1174 presos huidos fueron capturados en la frontera finlandesa. Hacia 1932, 7202 fueron recapturados, y puede ser que el número de los que lograron escapar hubiera aumentado en proporción.[18] Según las estadísticas del Gulag, que no son del todo fiables, en 1933, 45 744 personas huyeron de los campos, de las cuales solo algo más de la mitad fueron capturadas (28 370).[19] Se informó de que la población local estaba siendo aterrorizada por un gran número de reclusos evadidos, y los jefes del campo enviaron constantes peticiones de refuerzos, al igual que los guardias de fronteras y el NKVD local.[20]

En respuesta, la OGPU estableció un control más estricto. En esa época se impuso la participación activa de la población local: una orden de la OGPU implantó la creación de un cinturón de 25 a 30 kilómetros alrededor de cada campo, dentro del cual la población local podría actuar activamente contra los prófugos. Las nuevas leyes dictaron penas de prisión adicionales para los prófugos. Los guardias sabían que si disparaban contra un prisionero en el curso de una fuga, podrían incluso recibir una recompensa.[21]

Sin embargo, el número de fugas no disminuyó tan rápidamente. En los años treinta, la evasión en grupo era más común en Kolimá que posteriormente. Los delincuentes fugitivos, acampados en los bosques, se organizaban en bandas, robaban armas, e incluso atacaban a los lugareños, a las expediciones geológicas y las aldeas locales. Después de al menos veintidós de estos incidentes, en 1936 se estableció una división especial para 1500 «elementos especialmente peligrosos» (prisioneros con probabilidades de escapar).[22]

En los primeros días de la Segunda Guerra Mundial, el número de prófugos volvió a aumentar abruptamente, gracias a las oportunidades creadas por la evacuación de los campos en la zona occidental del país, y al caos generalizado.[23] La cifra comenzó a disminuir con posterioridad en el curso de la guerra, pero no desapareció por completo. En 1947, cuando las fugas alcanzaron el nivel más alto de la posguerra, 10 440 prisioneros intentaron evadirse, solo 2894 fueron capturados.[24] Este es quizá un pequeño porcentaje de los millones que entonces estaban en los campos, pero sugiere que la evasión no era imposible, como

algunos recuerdan. Y quizá su frecuencia contribuya a explicar el endurecimiento del régimen de los campos y el mayor grado de seguridad, que caracterizaron la vida en el Gulag durante el primer lustro de su existencia.

Por lo común, las memorias coinciden en que la abrumadora mayoría de futuros fugitivos eran delincuentes profesionales. La jerga del hampa lo refleja. Al referirse a la llegada de la primavera, se menciona la llegada del «fiscal verde» (como en «Vasya fue liberado por el fiscal verde»), ya que en la primavera se pensaba en las fugas del verano: «Un viaje a través de la taiga solo es posible durante el verano, cuando es posible comer hierba, bayas, raíces, o tortitas hechas de harina de musgo, y atrapar ratones de campo, ardillas, conejos…».[25] En el extremo norte más lejano, el tiempo óptimo para escapar era el invierno, al cual los delincuentes llamaban el «fiscal blanco»: solo entonces las ciénagas y el barro de la tundra eran practicables.[26]

De hecho, los delincuentes profesionales tenían más éxito en evadirse porque una vez que habían salido «de la alambrada» tenían una mayor posibilidad de sobrevivir. Si lograban llegar a una ciudad importante, podían mezclarse con el hampa local, falsificar documentos y encontrar lugares para esconderse. Con unas pocas aspiraciones de regresar al mundo «libre», los delincuentes también escapaban por diversión, para estar «fuera» una temporada. Si eran capturados, y lograban sobrevivir, ¿qué era una nueva sentencia de diez años para alguien que ya tenía dos sentencias de veinticinco años o más? Un antiguo *zek* recuerda que una delincuente huyó para acudir a una cita con un hombre. Regresó «rebosante de placer», aunque de inmediato fue enviada a la celda de castigo.[27]

Los prisioneros políticos escapaban con menor frecuencia. No solo les faltaba la red de contactos y la experiencia, sino que también eran perseguidos con más ahínco. Chernavin, que pensó mucho en estos temas antes de escapar él mismo, explicó la diferencia:

> Los guardias no tomaban muy en serio la evasión de los delincuentes y no dedicaban mucho esfuerzo a perseguirlos: serían capturados cuando llegaran al ferrocarril o al pueblo. Pero para perseguir a los presos políticos, se organizaban partidas de inmediato: a veces se movilizaba a todas las aldeas vecinas y se llamaba a los guardias de la frontera para que colaborasen. El preso político siempre trataba de escapar al extranjero; en su patria no tenía refugio.[28]

Los intentos de fuga con frecuencia se iniciaban desde los campos de trabajo

menos vigilados, pero no siempre era así. Si tomamos al azar el mes de septiembre de 1945, el 51% de los intentos de fuga documentados tuvieron lugar en las zonas de trabajo, el 27% en las zonas de alojamiento, y el 11% durante el traslado.[29] Edward Buca planeó fugarse con un grupo de jóvenes ucranianos de un tren de prisioneros con destino a Siberia:

> Con la hoja de mi sierra tratamos de cortar cuatro o cinco tablones trabajando durante la noche y ocultando las marcas con una mezcla de pan y excremento de caballo del suelo del vagón. Cuando la abertura estuviera lista esperaríamos hasta que el tren se detuviera en el bosque y entonces empujaríamos los tablones y saltaríamos del vagón todos los que pudiéramos y nos dispersaríamos en todas direcciones para confundir a la guardia. A algunos nos dispararían, pero la mayoría podría escapar.[30]

Tuvieron que desistir del plan cuando se comenzó a sospechar del intento de fuga. Sin embargo, otros trataron de escapar de los trenes: en junio de 1940, dos delincuentes prisioneros consiguieron huir a través de una brecha del vagón.[31]

Algunos, como Chernavin, utilizaron su posición especial en el campo para organizar la huida. Los archivos documentan la historia de un prisionero que provocó un accidente en un tren de mercancías y escapó en medio de la confusión.[32] En otro caso, los prisioneros que habían sido destinados a enterrar cadáveres en el cementerio del campo le dispararon al guardia del convoy y lo pusieron en la fosa común, de modo que su cadáver no fuera reconocido de inmediato.[33] La evasión era más fácil para los prisioneros «no custodiados» que tenían pases que les permitían desplazarse de un campo a otro.

También se utilizó el disfraz. Shalámov cuenta la historia de un prisionero que escapó y logró vivir dos años en libertad, vagando por Siberia, simulando ser un geólogo. En cierto momento, las autoridades locales, orgullosas de tener a tal experto entre ellos, le pidieron muy respetuosamente que les diera una conferencia. «Krivoshei sonrió, citó a Shakespeare, esbozó un esquema en la pizarra y pronunció una decena de nombres extranjeros». Fue atrapado porque envió dinero a su esposa.[34] Su historia posiblemente es apócrifa, pero los archivos guardan casos similares. En cierta ocasión, un prisionero de Kolimá robó unos documentos, se coló en un avión y viajó a Yakutsk, donde fue descubierto cómodamente instalado en un hotel, con 200 gramos de oro en el bolsillo.[35]

No todas las evasiones implicaban ingeniosos proyectos imaginarios. Probablemente muchas o la mayoría de las fugas de los delincuentes implicaban violencia. Los fugitivos atacaban a los guardias militarizados, les disparaban o los estrangulaban, así como a los trabajadores libres y a los moradores.[36] Tampoco perdonaban a sus compañeros de reclusión. Uno de los métodos de evasión utilizados por los delincuentes implicaba la práctica del canibalismo. Un par de delincuentes acordaba fugarse previamente, junto con un tercer hombre (la «carne») que estaba destinado a convertirse en el sustento de los otros dos durante el viaje. Buca también cuenta el juicio de un asesino y ladrón profesional, que, junto con un colega, escapó con el cocinero del campo, su «suministro andante»:

> No eran los primeros en tener esta idea. Cuando una gran colectividad de personas no sueña sino en escapar, es inevitable que se debatan todos los posibles medios de evasión. Un «suministro andante» es, en realidad, un prisionero gordo. Si uno tiene que hacerlo, puede matarlo y comérselo. Y hasta que uno lo necesite, él mismo está llevando la «comida».

Los dos hombres llevaron a cabo el plan, mataron al cocinero y se lo comieron, pero no habían contado con la duración del viaje. Comenzaron a sentir el aguijón del hambre:

> Ambos sabían en el fondo de su corazón que el primero que se durmiera sería asesinado por el otro. De modo que ambos fingieron no estar cansados y pasaban la noche contando cuentos, vigilándose el uno al otro con atención. Su antigua amistad hacía imposible que uno atacara de improviso al otro, o confesarse mutuamente sus sospechas.

Finalmente, uno cayó dormido. El otro le cortó la garganta. Fue capturado, según afirma Buca, dos días después con trozos de carne cruda todavía en un saco.[37]

Aunque no hay manera de saber con qué frecuencia ocurría este tipo de evasión, hay suficientes historias similares, contadas por una gama bastante amplia de prisioneros, de los campos de comienzos de los años treinta y finales de los cuarenta, para estar seguro de que tuvieron lugar al menos de vez en cuando.[38] También se pueden encontrar en la tradición oral del Gulag algunas historias de fugas y fugitivos realmente extraordinarias, muchas de las cuales son igualmente apócrifas.

Finalmente tenemos el curioso caso de Slavomir Rawicz, cuyas memorias,

La larga marcha, contienen la descripción más conmovedora y espectacular de la literatura del Gulag. Según su relato, Rawicz fue capturado después de la invasión soviética de Polonia, y deportado a un campo en el norte de Siberia. Afirma haberse escapado con la connivencia de la esposa del jefe del campo, en compañía de otros seis prisioneros, uno de ellos estadounidense. Con una joven polaca, una deportada que encontraron por el camino, lograron salir juntos de la Unión Soviética.

En su viaje (que de haber tenido lugar realmente habría sido extraordinario), rodearon a pie el lago Baikal, en la frontera de Mongolia, cruzaron el desierto de Gobi, atravesaron el Himalaya y el Tíbet, y llegaron a la India. Por el camino murieron cuatro prisioneros, el resto sufrió privaciones extremas. Desafortunadamente, los intentos de verificar la historia, que es casi idéntica al relato «El hombre que pudo reinar» de Rudyard Kipling, no han arrojado ningún resultado.[39] *La larga marcha* es una narración espléndida, aun en el caso de que nunca haya ocurrido. Su convincente realismo puede servir muy bien de lección para todos los que tratamos de escribir una historia objetiva de las fugas del Gulag.

Pues, de hecho, la fantasía de huir desempeñaba un papel importante en la vida de muchos prisioneros; incluso para miles de ellos que nunca lo intentarían, el sueño de escapar seguía siendo un apoyo importante. Los hombres jóvenes en especial especulaban, conversaban y discutían sobre los mejores métodos de evasión. Para algunos, esta conversación era una manera de combatir la sensación de impotencia, tal como escribe Gustav Herling:

> Nos encontrábamos muchas veces en uno de los barracones, un grupo de amigos polacos, para hablar de los detalles del plan; recogíamos restos de metal en el trabajo, cajas viejas y trozos de vidrio, con los que nos imaginábamos que haríamos una brújula, reuníamos información sobre el campo circundante, y las distancias, las condiciones climáticas, y las peculiaridades geográficas del norte…
>
> En esta tierra de pesadilla donde habíamos sido traídos de Occidente en cientos de trenes de mercancías, cada sondeo de nuestro ensueño privado nos daba nueva vida. Después de todo, si la participación en una organización terrorista inexistente puede ser un crimen castigado con diez años en un campo de trabajo, entonces, ¿por qué un clavo puntiagudo no podía ser una aguja de la brújula, un trozo de madera, un esquí, y un pedazo de papel lleno de puntos y líneas, un mapa?

Herling sospecha que todos los que participaban en estas conversaciones creían, en el fondo, que los preparativos eran inútiles. Sin embargo, el ejercicio

tenía un propósito:

> Recuerdo a un joven oficial de la caballería polaca que, durante los peores momentos de hambruna en el campo, tuvo la suficiente fuerza de voluntad para cortar una delgada rebanada de pan de su ración diaria, secarla al fuego y guardar este trozo en un saco que escondía en un misterioso escondrijo en el barracón. Años después, nos encontramos de nuevo en el desierto iraquí, y cuando bebiendo vodka recordábamos los días de prisión en una tienda de campaña, me burlé de su plan de fuga. Pero me respondió con seriedad: «No deberías reírte. Yo sobreviví al campo gracias a la esperanza de huir, y sobreviví al depósito de cadáveres gracias al pan que guardé. Un hombre no puede vivir si no sabe para qué está viviendo».[40]

Si la evasión del campo era algo imposible en la memoria colectiva de los supervivientes, la rebelión era impensable. La caricatura del *zek* oprimido, derrotado y deshumanizado, desesperado por colaborar con los mandos, incapaz de pensar mal del régimen soviético (por no hablar de organizarse contra él), aparece en muchas memorias, en especial en las de dos de las figuras literarias más célebres de la comunidad rusa de supervivientes, Solzhenitsin y Shalámov. Y puede ser que durante la mayor parte de la historia del Gulag, esta imagen no estuviera lejos de la verdad. El sistema de espionaje interno y de delación inspiraba en los prisioneros una mutua desconfianza. La demoledora fatalidad del trabajo y el dominio de los «mafiosos» hacía difícil que los prisioneros pensaran en organizar una oposición.

Sin embargo, una vez más los archivos aportan una perspectiva diferente, revelando la existencia de numerosas protestas y paros laborales de menor envergadura en el campo. Al parecer los cabecillas del hampa llevaron a cabo huelgas apolíticas cortas y frecuentes en la zona de trabajo cuando deseaban algo de los mandos del campo, quienes consideraban estos incidentes como una mera molestia. A finales de los años treinta y comienzos de los cuarenta, la privilegiada posición de los criminales profesionales hacía que sintieran poco temor del castigo y les habría dado más oportunidades de organizar estas pequeñas revueltas.[41]

Las protestas de los delincuentes también ocurrieron muchas veces en los largos viajes en tren hacia el este, cuando no había agua ni comida, excepto arenques salados. Para obligar a los guardias a darles agua, los delincuentes presos se ponían de acuerdo en «gritar y clamar todos juntos», haciendo un ruido que los guardias detestaban, como recordaba un prisionero: «Una vez, las

legiones romanas lloraron con el sonido del alarido de los antiguos germanos, tan aterrador era. El mismo terror sentían los sádicos del Gulag…».[42] Esta tradición duró hasta los años ochenta, cuando, como recuerda la poetisa disidente Irina Ratushinskaya, los prisioneros durante el transporte, si estaban insatisfechos con el trato, llevaban la protesta un poco más allá:

> —¡Ea, compañeros! ¡Comienza la movida! —gritaba un hombre.
>
> Los prisioneros comenzaban a sacudir el vagón con el cuerpo. Todos a la vez, iban primero hacia un lado y después hacia el opuesto. El vagón estaba tan lleno que los resultados podían apreciarse de inmediato. De esta manera, se podía sacar el vagón de la vía, descarrilando todo el tren.[43]

El hacinamiento y el alimento deficiente podían provocar protestas que podríamos definir como estallidos de histeria semiorganizados. Un testigo describe una escena de este tipo protagonizada por un grupo de mujeres delincuentes:

> Unas doscientas mujeres, como obedeciendo una orden, de pronto se quitaron las ropas y comenzaron a correr completamente desnudas. Con poses groseras se agolpaban alrededor de los guardias y gritaban, se rascaban, reían y juraban, se desplomaban en aterradoras convulsiones, se arañaban el rostro hasta sangrar, caían de nuevo al suelo y de nuevo se levantaban para correr hasta la entrada, todas lanzando alaridos.[44]

Además de estos momentos de locura y espontaneidad, había otra tradición de protesta más antigua cuyos fines y métodos eran el legado directo de los primeros presos políticos (que a su vez la habían heredado de la Rusia prerrevolucionaria): los socialdemócratas, los anarquistas y los mencheviques que fueron encarcelados a comienzos de los años veinte. Este grupo de prisioneros mantuvo la tradición de las huelgas de hambre después de que fueron enviados en 1925 a las prisiones aisladas en la costa de Solovki.[45]

Pero incluso después de que fueron trasladados de la prisión de regreso a los campos otra vez, algunos trataron de mantener la tradición. A mediados de los años treinta, los trotskistas se unieron con los socialistas en una huelga de hambre. En octubre de 1936, cientos de trotskistas, anarquistas y otros prisioneros políticos del *lagpunkt* de Vorkutá comenzaron una huelga de hambre que duraría, según los documentos, 132 días. Sin duda que el propósito era político: los huelguistas exigieron que se los separara de los presos comunes, que la jornada se limitara a ocho horas, que fueran alimentados sin tener en cuenta el

trabajo, y que sus sentencias fueran revocadas. En otro *lagpunkt* de Vorkutá, una gran huelga (a la que se unieron unos cuantos delincuentes profesionales) duró 115 días. En marzo de 1937, la dirección del Gulag decretó que se aceptaran las reivindicaciones de los huelguistas. A finales de 1938, no obstante, la mayoría había muerto en las ejecuciones masivas de ese año.[46]

Más o menos por la misma época, otro grupo de trotskistas se declaró en huelga en el campo de tránsito de Vladivostok, mientras esperaban pasar a Kolimá. Tenían reuniones para organizarse y eligieron un jefe que exigió el derecho a examinar el barco en que serían llevados. La petición fue rechazada. Cuando subían a la embarcación, cantaron canciones revolucionarias e incluso (si damos fe a lo que relataban los informantes del NKVD), desplegaron pancartas con lemas como: «¡Viva Trotski, el genio revolucionario!» y «¡Abajo Stalin!». Cuando el vapor llegó a Kolimá, los prisioneros volvieron a plantear sus reivindicaciones: cada uno debía trabajar en su especialidad, debía ser retribuido por ello, los cónyuges no debían ser separados, todos los prisioneros tenían derecho a enviar y recibir correo sin restricciones. A su debido tiempo, convocaron una serie de huelgas de hambre, una de las cuales duró cien días. Un testigo coetáneo escribió: «La dirección de los trotskistas prisioneros ha entrado en un mundo de fantasía y desconoce las relaciones reales de poder».[47]

Quizá en respuesta a estos amagos de rebelión, el NKVD comenzó a tratar las huelgas de hambre y las huelgas laborales con más seriedad. Desde finales de los años treinta, a los promotores de tales desórdenes se les impondrían castigos adicionales, e incluso la pena de muerte. Las huelgas laborales eran consideradas con más severidad que las huelgas de hambre: vulneraban la esencia del campo. El prisionero que no trabajaba no solo planteaba un problema disciplinario, también constituía un grave obstáculo para las metas económicas del campo.

Mas ni siquiera la perspectiva de un castigo seguro —y la conciencia de una muerte segura— podía eliminar por completo el impulso de todo prisionero a rebelarse. Después, a la muerte de Stalin, algunos lo harían masivamente. Pero aun en vida de este, aun durante los años más duros y difíciles de la guerra, el espíritu de rebelión siguió vivo, como lo demuestra la notable historia de la revuelta de Ust-Usa de enero de 1942.

Hasta donde sabemos, la rebelión de Ust-Usa fue única en los anales del Gulag.

Si hubo otras rebeliones masivas en vida de Stalin, todavía no tenemos conocimiento de ellas. Sobre Ust-Usa sabemos bastante: las versiones de la historia han sido largo tiempo parte de la historia oral del Gulag, y los últimos años ha sido documentada con minuciosidad.[48]

Curiosamente esta rebelión no fue dirigida por un prisionero, sino por un trabajador libre. Mark Retyunin, en aquel tiempo, era el jefe del *lagpunkt* Lesoreid, un pequeño campo forestal dentro del complejo de Vorkutlag. El *lagpunkt* tenía cerca de 200 prisioneros, más de la mitad de los cuales eran presos políticos. Retyunin había tenido mucha experiencia del sistema de campos hacia 1942: como muchos jefes de campos pequeños, era un antiguo prisionero que había sido condenado a diez años por presunto robo a un banco. Sin embargo, los mandos del campo tenían confianza en él. Uno de ellos lo describía como un hombre «dispuesto a sacrificar la vida por los intereses productivos del campo». Otros lo recuerdan como un bebedor o un jugador de naipes, prueba quizá de su pasado delictivo.

Los motivos precisos de Retyunin no se han aclarado. Parece que se sintió escandalizado cuando, después del estallido de la guerra en junio de 1941, el NKVD aprobó un edicto prohibiendo que los presos políticos salieran de los campos, aunque hubieran cumplido su sentencia. Afanasi Yashkin, el único de los conspiradores originarios que sobrevivió a la rebelión, confesó a los interrogadores del NKVD que Retyunin había creído que todos los habitantes del *lagpunkt*, prisioneros y no prisioneros por igual, serían ejecutados cuando los alemanes comenzaran a penetrar en la Unión Soviética. «¿Qué tenemos que perder, si nos matan? —les habría exhortado—. ¿Cuál es la diferencia?: caemos muertos mañana, o morimos hoy como rebeldes».

No se conocen más detalles de los preparativos. No es extraño que Retyunin no dejara más documentación. Sin embargo, queda claro, a partir de los acontecimientos, que la rebelión fue cuidadosamente planeada. Los rebeldes hicieron su primer movimiento en la tarde del 24 de enero de 1942, un sábado, el día en que la Guardia Interior planeaba utilizar los baños del campo. Debidamente entraron en fila. El auxiliar del baño, un recluso chino llamado Lu Fa, que estaba involucrado en la conspiración, rápidamente cerró la puerta tras ellos. De inmediato, los conspiradores desarmaron al resto de los guardias, que se habían quedado vigilando en la *vajta*.

A continuación, un grupo de rebeldes abrió los almacenes y comenzó a distribuir ropa y botas de buena calidad a los prisioneros. Habían sido especialmente guardados por Retyunin, que llamó a los prisioneros a unirse a la rebelión. No todos lo hicieron, algunos tenían miedo, otros consideraban que era una situación sin salida, e incluso hubo quienes trataron de convencer a los rebeldes de que depusieran su actitud completamente. Otros se mostraron de acuerdo. Casi a las cinco de la tarde, más o menos una hora después de que la rebelión comenzara, un grupo de cien hombres marchaban en formación hacia Ust-Usa, el pueblo vecino.

Primero, los moradores, confundidos por el aspecto bien trajeado de los prisioneros, no entendieron lo que sucedía. Después los rebeldes, divididos en dos grupos, atacaron la estafeta de Correos y la cárcel del pueblo con éxito total. Abrieron las celdas de la cárcel y doce prisioneros más se unieron a sus filas. En la estafeta, cortaron las comunicaciones con el exterior. Ust-Usa había caído bajo el control de los prisioneros.

En ese momento, la gente del pueblo comenzó a resistir. Una batalla campal se produjo en el centro de Ust-Usa. Los rebeldes desarmaron a algunos policías del pueblo, y consiguieron más armas. Sin embargo, no lograron reducir a los animosos defensores del cuartel de la milicia. La batalla prosiguió durante toda la noche, y en la madrugada las bajas de los rebeldes eran graves: nueve muertos, un herido, cuarenta prisioneros. Los que quedaban resolvieron adoptar una nueva táctica: dejar Ust-Usa, y dirigirse a otro pueblo, Kozhva. Pero no sabían que las autoridades de Ust-Usa habían pedido ayuda, utilizando una emisora oculta en el bosque. Todos los caminos en todas las direcciones iban llenándose poco a poco de milicianos armados.

Tuvieron suerte al comienzo. Casi inmediatamente los rebeldes llegaron a un pueblo donde no encontraron una resistencia real. En la estafeta escucharon una transmisión en abierto y se dieron cuenta de que la milicia se dirigía hacia ellos. Dejaron la ruta principal, y se internaron en la tundra, ocultándose primero en una granja de caribúes, donde fueron descubiertos en la mañana del 28 de enero: se inició otra batalla con numerosas bajas para ambos bandos. Al anochecer, sin embargo, los rebeldes habían escapado (unos treinta quedaban vivos) y se escondieron dentro un refugio de cazadores en la montaña cercana. Unos decidieron permanecer allí y luchar. Otros salieron a los bosques donde, en la

crudeza del invierno, a campo abierto, no tendrían ninguna oportunidad.

El desenlace tuvo lugar el 31 de mayo y duró un día y una noche. Cuando la milicia se acercaba, algunos rebeldes se dispararon un tiro, incluido Retyunin. El NKVD dio caza a los restantes en los bosques, capturándolos uno por uno. La milicia amontonó los cadáveres, y en un frenesí de odio, los mutiló y los fotografió. Las fotografías conservadas en los archivos regionales muestran cuerpos torturados, retorcidos, cubiertos de nieve y sangre. No hay documentación sobre dónde fueron enterrados. La leyenda del lugar dice que los milicianos los quemaron en el mismo sitio.

Finalmente, los rebeldes capturados fueron enviados por avión a Siktivkar, la capital de la región, e inmediatamente sometidos a una investigación. Después de más de seis meses de interrogatorios y torturas, diecinueve fueron condenados a los campos nuevamente, y cuarenta y nueve ejecutados en agosto de 1942.

La mortandad entre los defensores del orden soviético fue alta. Pero no era solo la pérdida de unas decenas de guardias y civiles lo que preocupaba al NKVD. Según el testimonio preservado, Yashkin también «confesó» que el objetivo final de Retyunin era deponer a las autoridades regionales, imponer un régimen fascista y, naturalmente, aliarse con la Alemania nazi. Sabiendo lo que sabemos de los métodos de interrogación soviéticos, podemos desestimar estos motivos.

La rebelión fue algo más que una revuelta criminal. Es obvio que tuvo una motivación política y abiertamente antisoviética. Tampoco los participantes encajan en el perfil del fugitivo delincuente habitual: la mayoría eran presos políticos. El NKVD sabía que los rumores de la rebelión se propagarían rápidamente por los campos cercanos, que tenían un inusitado número de presos políticos en los años de la guerra. Entonces y después, algunos sospechaban que los alemanes conocían la existencia de los campos de Vorkutá, y que planeaban utilizarlos como quinta columna, si su avance en Rusia penetraba hasta allí. Los rumores de que los espías alemanes solían descender en paracaídas en la región persisten hasta hoy.

Moscú temía una nueva acción de este tipo y tomó medidas. El 20 de agosto de 1942, todos los jefes de los campos del sistema recibieron un memorándum: «Sobre el aumento de actividades contrarrevolucionarias en los campos correccionales de trabajo del NKVD». En él se exigía que se eliminara al

«elemento contrarrevolucionario y antisoviético». Las investigaciones ulteriores realizadas en toda la Unión Soviética «pusieron al descubierto» un número masivo de presuntas conspiraciones, desde el Comité de Liberación del Pueblo en Vorkutá hasta la Sociedad Rusa por la Venganza contra los Bolcheviques en Omsk. En un informe publicado en 1944, declaraba que se habían descubierto 603 grupos insurgentes que operaban dentro de los campos en los años 1941-1943 con un total de 4640 miembros.[49]

Sin duda, la gran mayoría de estos grupos eran ficticios. Fueron creados para probar que las redes de delatores en el interior de los campos estaban realmente haciendo algo. No obstante, los mandos estaban en lo correcto al preocuparse: la rebelión de Ust-Usa resultaría en verdad ser un presagio del futuro. Aunque fue derrotada, no fue olvidada ni lo fueron los sufrimientos de los socialistas y trotskistas ejecutados. Una década después, una nueva generación de prisioneros volvería a planear la huelga política, tomando el testigo de los rebeldes y los huelguistas de hambre, adaptando su táctica para una nueva época.

Sin embargo, hablando con propiedad, su historia pertenece a los capítulos siguientes. No son parte de la historia de la vida en los campos en el apogeo del régimen del Gulag, sino parte de una historia posterior: la de cómo el Gulag llegó a su fin.

III

El auge y la caída del complejo industrial de campos, 1940-1986

19

Comienza la guerra

Yo era un soldado, ahora soy un prisionero.
Mi alma está helada, mi lengua, en silencio.
¿Qué poeta, qué artista
podrá narrar mi terrible cautiverio?

Y los malvados cuervos no saben
qué clase de sentencia nos dieron
cuando nos martirizaban, cuando nos perseguían
de la prisión al destierro, al campo.

¡Pero los prodigios suceden! Sobre la cantera
una estrella libre brilla.
Aunque mi alma esté helada, no está rota.
Aunque mi lengua esté muda, ¡hablará!

LEONID SITKO, 1939[1]

El 1 de septiembre de 1939, fecha de la invasión alemana de Polonia occidental, marca para la memoria colectiva occidental el inicio de la Segunda Guerra Mundial. En cambio, para la conciencia histórica rusa, ni ese día, ni el 15 de septiembre de 1939, día de la invasión soviética de la Polonia oriental, cuentan como la fecha en que se inició la contienda. Pese a su espectacularidad, esta invasión conjunta, preparada durante la negociación que desembocó en el pacto de Hitler y Stalin, no afectó a la mayoría de los ciudadanos soviéticos.

En cambio, ningún ciudadano soviético ha olvidado jamás el 22 de junio de 1941, el día en que Hitler lanzó la operación Barbarroja, el ataque sorpresa contra sus aliados soviéticos. Karlo Stajner, entonces prisionero en Norilsk, oyó las noticias en la radio del campo:

De pronto se interrumpió la música y oímos la voz de Molótov hablando del «ataque traidor»

> nazi contra la Unión Soviética. Después de unas cuantas palabras, el programa dejó de emitirse. Había cerca de cien personas en los barracones, pero uno podría haber oído la caída de un alfiler: todos nos mirábamos fijamente uno al otro. El que estaba junto a Vasily dijo: «Todo ha terminado para nosotros».[2]

Acostumbrados a la idea de que cualquier acontecimiento político importante era malo para ellos, los presos políticos escucharon las noticias de la invasión con especial horror. Estaban en lo correcto al hacerlo: los «enemigos del pueblo», ahora considerados como una quinta columna potencial, fueron objeto en algunos casos de una represión más dura.

Los jefes de Kolimá suspendieron el derecho de los presos políticos a leer cartas y periódicos y suprimieron su acceso a la radio. En todas partes menudearon los registros, los recuentos matinales se hicieron más prolongados. Los jefes de los *lagpunkts* organizaron barracones especiales de máxima seguridad para los prisioneros de origen alemán. «Todos los Burgs, Bergs y Steins, a la izquierda», llamaban los guardias indicando a Evgeniya Guinzburg que se uniera a ellos. Logró meterse en la oficina de registro y distribución, donde persuadió al inspector de que cotejara su nacionalidad y ciudadanía: «Esta debe de haber sido la primera vez en la historia del mundo que ser judía era una ventaja».[3]

Los mandos de Karlag sacaron a todos los prisioneros de origen alemán y finlandés de la fábrica de procesamiento de madera del campo, y los enviaron a talar árboles. Un prisionero estadounidense de origen finlandés recordaba: «Después de cinco días, la fábrica dejó de producir porque los finlandeses y los alemanes eran los únicos especialistas que sabían hacer el trabajo… Sin permiso de Moscú, nos llevaron de nuevo a la fábrica».[4]

El cambio más notorio, para los afectados por ella, fue la orden (también dictada el 22 de junio de 1941) que prohibía dejar los campos a los prisioneros condenados por «traición a la patria, espionaje, terrorismo, diversionismo, trotskismo, tendencias derechistas y bandolerismo» (en otras palabras, todos los presos políticos). Este decreto fue llamado «condena complementaria», aunque era en verdad una orden administrativa, no una nueva sentencia. Según los documentos oficiales, 17 000 presos se vieron afectados de inmediato. Otros serían incluidos después.[5] Por lo general, no había advertencia previa: el día en que debían ser liberados, aquellos a quienes se aplicaba la orden simplemente

recibían un documento que les ordenaba permanecer dentro de la alambrada «durante la duración de la guerra».[6] Muchos creyeron que eso significaba que permanecerían en la prisión para siempre. «Solo entonces comprendí la tragedia de mi situación», recuerda uno de ellos.[7]

La tragedia golpeó a las mujeres con hijos con más dureza que a los demás. Un prisionero polaco cuenta la historia de una mujer que había sido obligada a dejar a su hijo en una guardería fuera del campo. Cada día de su condena, no pensaba en otra cosa sino en recuperarlo. Entonces, cuando llegó el día de su puesta en libertad, se le dijo que no la podían dejar ir debido a la guerra: «Dejó el trabajo, y cayendo sobre la mesa, comenzó no a sollozar, sino a aullar como un animal salvaje».[8]

Para cualquiera que permaneciera dentro de la alambrada, la vida se tornó más penosa a medida que proseguía la guerra. Las nuevas leyes establecieron jornadas de trabajo más largas. Rehusar trabajar ya no solo era ilegal, sino un acto de traición. En enero de 1941, Chernishev, entonces jefe de la autoridad central del Gulag, envió una carta a los jefes de todos los campos y colonias penitenciarias, explicando el destino de veintiséis prisioneros. El sistema judicial del campo los había juzgado, encontrándolos culpables de rehusar trabajar, condenando a cinco de ellos a diez años más de prisión en el campo. El tribunal condenó a muerte a los veintiuno restantes. De forma terminante, Chernishev comunicaba a sus subordinados que «informaran a los prisioneros de todos los campos y las colonias de trabajo correccional» sobre estas sentencias.[9]

El mensaje circuló muy rápidamente. Todos los prisioneros, escribía Herling, sabían que «entre las ofensas más graves que podían cometerse en el campo a partir del 22 de junio de 1941 estaban la propagación del derrotismo y la negativa a trabajar, y que, en las nuevas regulaciones de defensa, se incluían en la categoría de “sabotaje al esfuerzo bélico”».[10]

Los resultados de estas políticas, aunados a la masiva escasez de alimentos, fueron terribles. Aunque las ejecuciones masivas no eran tan comunes como lo habían sido en 1937-1938, la tasa de mortalidad de los prisioneros en 1942-1943 fue la más alta de la historia del Gulag. Según la estadística oficial, calculada casi con seguridad a la baja, 352 560 prisioneros murieron en 1942, esto es, uno de cada cuatro. Uno de cada cinco, es decir, 267 826 murieron en 1943.[11] El número de prisioneros enfermos, aunque se calculaba oficialmente en el 22% en

1943 y en el 18% en 1944, fue probablemente más alto, pues el tifus, la disentería y otras epidemias se propagaron en los campos.[12]

Hacia enero de 1943, la situación se había vuelto tan desesperada que el gobierno soviético creó un «fondo» especial de alimentos para el Gulag: los prisioneros podían ser «enemigos», pero todavía eran necesarios para la producción de guerra. La situación alimentaria mejoró cuando el curso de la guerra se volvió favorable a la Unión Soviética, pero incluso con raciones adicionales, la cuota alimenticia al final de la guerra contenía un tercio menos de calorías que a finales de los años treinta.[13] En total, más de dos millones de personas murieron en los campos y colonias del Gulag durante los años de la contienda, sin tomar en consideración a quienes murieron en el destierro y en otros establecimientos de confinamiento. Más de 10 000 fueron ejecutados, por traición o sabotaje, siguiendo las órdenes de los fiscales de campo.[14]

Para situar estas cifras y cambios en su contexto, debe decirse que la población libre de la Unión Soviética también sufrió durante la guerra, y que los regímenes más estrictos y las reglas más severas afectaron a los trabajadores tanto dentro como fuera de los campos. Ya en 1940, a raíz de la invasión soviética de Polonia y los países bálticos, el Soviet Supremo estableció una jornada laboral de ocho horas y una semana laboral de siete días para todas las instituciones y fábricas. Aún más drásticamente, el régimen prohibió a todos los trabajadores dejar el centro de trabajo. Hacerlo se convirtió en un delito merecedor de una sentencia en el campo. La producción de bienes de «baja calidad» (el «sabotaje») también se convirtió en un delito, y las sentencias por otras infracciones se hicieron más duras. Los trabajadores acusados de birlar piezas de recambio, herramientas, papel o útiles de escritorio de sus centros de trabajo podían ser condenados a pasar un año en el campo o más.[15]

Las personas también morían de hambre fuera de los campos casi en la misma proporción que dentro de ellos. Durante el bloqueo alemán de Leningrado, las raciones de pan disminuyeron a cuatro onzas diarias, lo que no bastaba para sobrevivir, y no había combustible para la calefacción, lo cual hacía del invierno boreal un martirio. La gente cazaba aves y ratas, robaba la comida a los niños agonizantes, comía cadáveres, y cometía asesinatos para apoderarse de una cartilla de racionamiento. En suma, la Unión Soviética calcula que perdió veinte millones de sus ciudadanos durante la guerra. Entre 1941 y 1945, el Gulag

no fue el único lugar donde hubo fosas comunes.

Una mayor reglamentación y normas más estrictas se dieron inmediatamente después de la declaración de guerra, pero también surgió el caos. La invasión alemana avanzaba con sorprendente celeridad. En las primeras cuatro semanas de «Barbarroja», casi todas las 319 unidades soviéticas comprometidas en el combate habían sido destruidas.[16] Hacia el otoño, las fuerzas nazis habían ocupado Kíev, sitiado Leningrado y parecían estar a punto de tomar Moscú.

Los puestos occidentales del Gulag fueron rebasados en los primeros días de la guerra. Los mandos habían cerrado todos los barracones restantes del archipiélago de Solovki en 1939, y habían trasladado a todos los prisioneros a prisiones continentales: consideraban que el campo estaba demasiado cerca de la frontera finlandesa.[17] (En el curso de la evacuación y la posterior ocupación finlandesa desapareció el archivo del campo. Fue destruido probablemente según se solía hacer, pero rumores nunca confirmados aseguran que los documentos fueron robados por el ejército finlandés, y que todavía están ocultos en una bóveda secreta del gobierno en Helsinki.)[18] En julio de 1941 las autoridades también dieron órdenes a Belbaltlag, el campo del canal del mar Blanco, de que evacuara a sus prisioneros, pero dejando allí los caballos y el ganado para el Ejército Rojo. No hay constancia de que este lograra hacer uso de ellos antes de que comenzara la invasión.[19]

En otras partes, el NKVD simplemente se dejó llevar por el pánico, y sobre todo en los territorios recién ocupados de Polonia oriental y los países bálticos, donde las cárceles estaban repletas de presos políticos. El NKVD no tenía tiempo para evacuarlos, pero difícilmente podía dejar a los «terroristas antisoviéticos» en manos de los alemanes. El 22 de junio, el mismo día de la invasión alemana, el NKVD comenzó a ejecutar a los reclusos de las prisiones de Lvov, la ciudad polaco-ucraniana cerca de la línea del frente germano-soviético. Sin embargo, mientras estaban realizando esta operación, un alzamiento dirigido por los ucranianos dominó la ciudad, obligando al NKVD a abandonar las prisiones. Envalentonados por la súbita ausencia de los guardias y el tronar de los disparos de la cercana artillería, algunos presos de la prisión de Brygidka, en el centro de Lvov, forzaron el paso hacia el exterior. Otros rehusaron salir, temiendo que los guardias estuvieran aguardando fuera de los

portones, a la espera de matarlos con esta excusa.

Los que se quedaron pagaron por su error. El 25 de junio, el NKVD, reforzado por los guardias de frontera, regresó a Brygidka, liberó a los presos comunes «normales», y ametralló a los restantes presos políticos en las celdas subterráneas. Los carros y camiones en la superficie de la calle ahogaron el ruido de los disparos. Los reclusos de otras prisiones de la ciudad tuvieron un destino similar. En total, el NKVD mató unos 4000 prisioneros en Lvov, y los dejó en fosas comunes que apenas si hubo tiempo de cubrir con una fina capa de arena.[20]

Atrocidades parecidas ocurrieron en todas las regiones fronterizas. Tras la retirada soviética, el NKVD dejó a cerca de 21 000 prisioneros detrás y liberó otros 7000. Sin embargo, en un último estallido de violencia, las tropas del NKVD y los soldados del Ejército Rojo mataron cerca de 10 000 prisioneros en decenas de ciudades y pueblos polacos y bálticos: Nilno (Vilnius), Crochobycz, Pinsk.[21]

Más lejos de la frontera, y con más tiempo para los preparativos, el Gulag intentó organizar evacuaciones de prisioneros ordenadas. Tres años después, en una larga y pomposa recapitulación del esfuerzo bélico del Gulag, V. G. Nasedkin, su director en esa época, describió esas evacuaciones como «organizadas». Los planes habían sido «elaborados por el Gulag en coordinación con la nueva ubicación de la industria», declaró, aunque «en relación con las notorias dificultades de transporte, una proporción significativa de presos fueron evacuados a pie».[22] En realidad, no había habido planes, y las evacuaciones fueron realizadas bajo el influjo del terror, a menudo mientras las bombas alemanas caían por doquier. Con las «notorias dificultades de transporte» se refería a que las personas se asfixiaban hasta morir en los atestados vagones de tren, o a que las bombas los aniquilaron antes de que llegaran a su destino.

Sin embargo, era una experiencia relativamente rara para los prisioneros estar en un tren durante un bombardeo aéreo (aunque solo fuera porque muy pocas veces se les permitía subir a los trenes de evacuación). En los trenes que salían de los campos, las familias y el equipaje de los guardias y funcionarios del campo ocupaban tanto espacio que no había sitio para los prisioneros.[23] En otras partes se dio prioridad al equipo industrial antes que a las personas, tanto por razones prácticas como propagandísticas. Aplastada en Occidente, la cúpula

soviética juró reconstruirse al este de los Urales.[24] Por consiguiente, esa «proporción significativa» de prisioneros (en verdad, la gran mayoría), que Nasedkin había dicho que «fue evacuada a pie», soportó largas marchas forzadas, cuya descripción resulta extrañamente similar a las marchas emprendidas por los prisioneros de los campos de concentración nazis cuatro años después: «No tenemos medios de transporte —dijo un guardia a un destacamento de prisioneros, mientras las bombas caían alrededor—. Aquellos que puedan caminar, que caminen. Protestad todo lo que queráis, caminaréis. A los que no puedan caminar, les pegaremos un tiro. No dejaremos a ninguno para los alemanes… Decidid vuestro destino».[25]

El veloz avance de los alemanes puso nervioso al NKVD, y cuando esto ocurría, comenzaban a disparar. El 2 de julio, los 954 presos de la cárcel de Czortków, en Ucrania occidental, emprendieron la marcha hacia el este. Por el camino, el oficial que escribió el subsiguiente informe identificó a 123 de ellos como nacionalistas ucranianos y los mató a tiros por «intento de rebelión y fuga». Después de caminar más de dos semanas, con el ejército alemán a unos 20 o 30 kilómetros, mató a los restantes 767 prisioneros.[26]

Aquellos que continuaron caminando a veces no tuvieron mejor suerte. M. Shteinberg, una presa política arrestada por segunda vez en 1943, describe así su evacuación de la prisión de Kirovograd:

> Una luz solar cegadora lo inundaba todo. Al mediodía se volvió insoportable. Era Ucrania en el mes de agosto. Estábamos a 35 ºC cada día. Una muchedumbre de personas caminaba, y sobre ellas pendía una brumosa nube de polvo. No se podía respirar, era imposible…
>
> Todos llevaban un atado entre los brazos. Yo también. Incluso había traído un abrigo, ya que sin uno es difícil sobrevivir en prisión. Sirve de almohada, de manta, de cobertor, para todo. En la mayoría de las prisiones no hay colchones, ni sábanas. Pero después de haber caminado treinta kilómetros con ese calor, tranquilamente dejé mi atado a la vera del camino. Sabía que no podía continuar cargándolo. La mayoría de las mujeres hicieron lo mismo. Aquellas que no lo hicieron después de los primeros treinta kilómetros, lo hicieron después de ciento treinta. Nadie lo cargó hasta el final. Cuando habíamos avanzado otros veinte kilómetros, me quité los zapatos y los dejé también…
>
> Cuando pasamos Adzhamka llevé a rastras a mi compañera de celda, Sokolovskaya, durante treinta kilómetros. Era una anciana de más de setenta años, tenía el cabello cano… caminaba con gran dificultad. Se aferró a mí e iba hablando de su nieto de quince años con quien había vivido. El mayor terror de la vida de Sokolovskaya era el miedo de que él también fuese arrestado. Con lo difícil que me resultaba arrastrarla, comencé a tambalearme. Me dijo «descansa un poco, yo caminaré sola». Enseguida se quedó rezagada unos dos metros. Éramos las últimas en el convoy. Me di cuenta de que se había caído, y me volví; quería recogerla, pero vi cómo la mataron. La

> atravesaron con la bayoneta. Por la espalda. Ella no vio lo que pasaba. Estaba claro que ellos sabían cómo hacerlo. Ni siquiera se movió. Después, me di cuenta de que la suya había sido una muerte fácil, más fácil que la de otras. No vio la bayoneta. No tuvo tiempo de sentir miedo…[27]

En total, el NKVD evacuó 750 000 prisioneros de 27 campos y 210 colonias de trabajo.[28] Otros 140 000 fueron evacuados de 272 prisiones y enviados a nuevas prisiones en el este.[29] Una proporción significativa, aunque puede que nunca sepamos la cifra exacta, nunca llegó.

20

Los «extraños»

Los sauces son sauces en todas partes.

Sauce de Alma Atá, cuán bello eres,
cubierto de resplandeciente escarcha blanca.
Pero si te olvidara, marchito sauce mío en
la calle Rosbrat de Varsovia,
¡que mi mano se marchite también!

Las montañas son montañas en todas partes
Tian Shan, ante mis ojos, navega majestuoso hacia el cielo púrpura…
Pero de olvidaros a vosotros, picos del Tatra
que dejé tan lejos, arroyo de Bialy donde
con mi hijo soñábamos coloridos viajes marinos…
Dejad que me vuelva una piedra del Tian Shan.

Si yo os olvidara,
si olvidara mi pueblo natal…

ALEKSANDR WAT,
«Sauces en Alma Atá», enero de 1942[1]

Desde los comienzos del Gulag, en sus campos siempre había habido un número notable de prisioneros extranjeros. En su mayor parte, eran comunistas occidentales y miembros del Comintern, aunque también había varias esposas británicas y francesas de ciudadanos soviéticos, y una minoría de empresarios expatriados. Eran tratados como rarezas o curiosidades; sin embargo, sus orígenes comunistas y su experiencia previa de la vida soviética parecían ayudarlos a acomodarse entre los demás prisioneros. Como Lev Razgon escribió:

> Eran todos «nuestros» porque habían nacido o crecido en el país, o habían venido a vivir aquí por su libre albedrío. Aunque hablaran muy mal el ruso o no lo hablaran en absoluto, eran nuestros. Y en el crisol de los campos rápidamente dejaron de distinguirse o parecer distintos en modo alguno.

> Aquellos que sobrevivían uno o dos años de la vida del campo solo se distinguirían de «nosotros» por su ruso deficiente.[2]

Muy diferentes eran los extranjeros que aparecieron a partir de 1939. Sin aviso previo, el NKVD había arrancado a estos recién llegados (polacos, bálticos, ucranianos, bielorrusos y moldavos) de su entorno burgués o campesino después de la invasión soviética de la Polonia oriental, Besarabia y los países bálticos, territorios de carácter multiétnico, y los había depositado en gran número en el Gulag y en los pueblos para desterrados. Razgon los llamó los «extraños», al compararlos con los extranjeros a los que llamaba «nuestros».[3]

Las detenciones en los territorios recientemente ocupados comenzaron de inmediato después de la invasión soviética de la Polonia oriental, en septiembre de 1939, y continuaron después de la invasión de Rumanía y los países bálticos. El objetivo del NKVD era la seguridad —deseaban impedir una rebelión y la aparición de una quinta columna— y la sovietización; por lo tanto, afectaron a las personas que creyeron más propensas a oponerse al régimen soviético. Entre ellas estaban no solo los miembros del antiguo gobierno polaco, sino también los negociantes y comerciantes, los poetas y escritores, los campesinos y granjeros ricos, cualquiera cuyo arresto fuera susceptible de contribuir al desplome psicológico de los habitantes de la Polonia oriental.[4] También se centraron en los refugiados de la Polonia occidental ocupada por los alemanes, entre los cuales había miles de judíos que huían de Hitler.

Una serie de instrucciones, dictadas por el comisario de la recién sovietizada Lituania en noviembre de 1940, decía que entre los deportados debían incluirse las siguientes categorías:

> … aquellos que viajan con frecuencia al extranjero, que mantienen correspondencia ultramarina, o están en contacto con representantes de estados extranjeros; esperantistas; filatelistas; los que trabajan con la Cruz Roja; refugiados; contrabandistas; los expulsados del Partido Comunista; sacerdotes y miembros activos de congregaciones religiosas; la nobleza, los terratenientes, comerciantes ricos, banqueros, industriales, propietarios de hoteles y restaurantes.[5]

Debido a la escala de los arrestos, las autoridades de la ocupación soviética tuvieron que suspender incluso la ficción de legalidad. Muy pocos de los detenidos por el NKVD en los nuevos territorios occidentales fueron realmente procesados, encarcelados o sentenciados. En cambio, la guerra trajo otra vez un

resurgimiento de la «deportación administrativa», el mismo procedimiento utilizado contra los *kulaks*. En efecto, «deportación administrativa» era un nombre elegante para un sencillo procedimiento. Significaba que las tropas del NKVD o los guardias de los convoyes llegaban a una casa y les decían a sus habitantes que debían partir. A veces tenían un día para prepararse, a veces unos minutos. Después llegaban los camiones, los llevaban a la estación y los obligaban a subir a un tren. No había arresto, ni proceso, ni ningún tipo de procedimiento formal.

El número de deportados fue enorme. El historiador Aleksandr Gurianov estima que 108 000 personas en los territorios de la Polonia oriental fueron arrestadas y enviadas a los campos del Gulag, mientras otras 320 000 fueron deportadas a aldeas para desterrados (algunas de las cuales habían sido fundadas por *kulaks*) en el extremo norte y Kazajstán.[6] A esto deben añadirse los 96 000 prisioneros arrestados y los 160 000 deportados de los países bálticos, así como 36 000 moldavos.[7] El efecto combinado de las deportaciones y la guerra en los países bálticos fue devastador: entre 1939 y 1945, la población de Estonia disminuyó en un 25%.[8]

La historia de estas deportaciones, como la historia de la deportación de los *kulaks*, es distinta de la historia del Gulag en sentido estricto, y, como he señalado, la historia de este desplazamiento de familias no puede ser explicada en el contexto de este libro. Sin embargo, tampoco está completamente desvinculada. Resulta difícil comprender por qué el NKVD decidía deportar a una persona y enviarla a vivir a una aldea para desterrados, y por qué decidía arrestar a otra y enviarla a vivir a un campo, pues los orígenes de los deportados y los arrestados parecen intercambiables.

Al margen de su función punitiva, la deportación encaja exactamente en el ambicioso proyecto de Stalin de repoblar las regiones septentrionales de Rusia. Como el Gulag, los pueblos de desterrados estaban deliberadamente situados en áreas remotas, y parecían ser permanentes. En efecto, los oficiales del NKVD dijeron a muchos desterrados que nunca volverían, y al partir en tren les ofrecieron discursos felicitando a los «nuevos ciudadanos» por su permanente inmigración a la Unión Soviética.[9]

Los deportados sufrieron tanto como sus compatriotas enviados a los campos de trabajo, o acaso más. Al menos los que estaban en los campos tenían una

ración diaria de pan y un lugar para dormir. Los deportados no tenían nada. En cambio, las autoridades los arrojaban en el bosque virgen o en diminutas aldeas, en el norte de Rusia, en Kazajstán y el Asia central, y debían ingeniárselas, a veces sin medios. En la primera oleada de deportaciones, los guardias de los convoyes prohibieron a muchos llevar nada con ellos, ni utensilios de cocina, ni ropa, ni herramientas. Solo en noviembre de 1940 los mandos de los guardias de los convoyes soviéticos modificaron esta decisión: incluso las autoridades soviéticas se percataron de que la falta de pertenencias de los deportados estaba causando una gran mortandad, y ordenaron a los guardias que advirtieran a los deportados que llevaran ropa de abrigo para tres años.[10]

Pero aun así, muchos de los deportados no estaban preparados ni física ni mentalmente para vivir como agricultores en el sistema del koljós. Muchos habían sido abogados, médicos, tenderos y comerciantes, acostumbrados a vivir en ciudades o pueblos de relativa sofisticación. El sufrimiento en los meses y años que siguieron solo aumentó, como se constata en una rara serie de documentos. Después de la guerra, el que por entonces era el gobierno polaco en el exilio comisionó y preservó una colección de «memorias» de la deportación, escritas por niños, que ilustran, mejor que cualquier relato de un adulto, tanto el impacto cultural como las privaciones físicas sufridas por los deportados. Un niño polaco, de trece años en el momento del arresto, escribió el siguiente relato de los meses de la deportación:

> No había nada que comer. Las gentes comían ortigas; por eso se hinchaban, y se iban al otro mundo. Nos apremiaban para que fuéramos a la escuela rusa por la fuerza, porque no nos daban pan si no íbamos a la escuela. Nos enseñaban a no rezar a Dios, pues no existía, y cuando la clase terminó y nos levantamos y comenzamos a rezar, el comandante del asentamiento me encerró en la *tyurma* [prisión].[11]

Otras historias reflejan el trauma de sus padres. Un muchacho que tenía catorce años en el momento de la deportación, relata el intento de suicidio de su madre:

> Mamá vino a los barracones, cogió una soga y se fue al bosque. Cuando la quise consolar en su aflicción, ella me golpeó con la soga y se fue. Unas pocas horas después encontraron a mi madre en una picea. Mamá tenía una soga alrededor del cuello. Bajo el árbol había algunas niñas, mamá pensó que eran mis hermanas y quiso decir algo, pero las niñas armaron un escándalo al comandante, que había tomado un hacha de su cinturón y taló la picea… Enloquecida, mamá agarró el hacha del

comandante y lo golpeó en la espalda; el comandante cayó al suelo…

Al día siguiente se llevaron a mi madre a una cárcel a 300 kilómetros lejos de mí.[12]

Pero no todas las madres sobrevivieron, tal como cuenta otro niño:

Vinimos al asentamiento y el segundo día nos llevaron a trabajar desde el amanecer hasta el anochecer. Cuando llegó el día de pago por la quincena, 10 rublos era el salario más alto, de modo que en dos días no había suficiente para el pan. La gente comenzó a morir de hambre. Comían caballos muertos. Así trabajaba mi madre y así se resfrió; porque no tenía ropa de abrigo le dio pulmonía y estuvo enferma cinco meses, enfermó el 3 de diciembre. El 3 de abril fue al hospital, allí no la curaron para nada; si no hubiera ido al hospital quizá estaría viva. Regresó a los barracones en el asentamiento y murió. Allí no había nada que comer, así que murió de hambre el 30 de abril de 1941. Mi madre estaba muriéndose y mi hermana y yo estábamos en casa. Papá no estaba allí, estaba trabajando, y mamá murió cuando papá regresó del trabajo; entonces mamá murió, y murió de hambre. Y después llegó la amnistía y salimos de aquel infierno.[13]

No menos cruel fue el destino de otro grupo de desterrados, que se unieron a los polacos y a los bálticos durante el curso de la guerra. Eran los grupos minoritarios soviéticos, a quienes Stalin había señalado al inicio de la guerra como una quinta columna potencial, y después como «colaboradores» de los alemanes. Los «quintacolumnistas» eran los alemanes del Volga, personas cuyos ascendientes alemanes habían sido invitados a vivir en Rusia en tiempos de Catalina II (que también se preocupaba por la repoblación de los grandes espacios vacíos de la nación), y la minoría de habla finesa que habitaba la república soviética de Carelia. Aunque no todos los alemanes del Volga hablaban alemán ni todos los finlandeses de Carelia hablaban finés, vivían en comunidades distintas, y tenían costumbres diferentes de las de sus vecinos rusos. En el contexto de la guerra con Finlandia y Alemania, era suficiente para convertirlos en personajes sospechosos. En un razonamiento enrevesado incluso para los parámetros soviéticos, toda la población alemana del Volga fue condenada, en septiembre de 1941, acusada de «ocultar a los enemigos»:

Según una información fiable recibida por las autoridades militares, entre la población alemana que vive en la zona del Volga hay miles y decenas de miles de diversionistas y espías que, a una señal de Alemania, deben realizar sabotajes en el área habitada por los alemanes en el Volga … [Sin embargo] ninguno de los alemanes de la zona del Volga ha informado a las autoridades soviéticas de ese gran número de diversionistas y espías; por consiguiente, la población alemana del Volga oculta en su seno a los enemigos del pueblo soviético y de la autoridad soviética.[14]

Entre los «colaboradores» figuraban varias pequeñas naciones caucasianas: los karachevos, los balcaros, los calmucos, los chechenos y los ingushos, así como los tártaros de Crimea y algunas otras pequeñas minorías.[15] De estas, solo la deportación de los chechenos y de los tártaros fue hecha pública en vida de Stalin. Su exilio, aunque realmente realizado en 1944, fue anunciado en el periódico *Izvestia* como si hubiera tenido lugar en junio de 1946:

> Durante la Gran Guerra patriótica, cuando los pueblos de la URSS defendían con heroísmo el honor y la independencia de la patria en la lucha contra los invasores germano-fascistas, muchos chechenos y tártaros de Crimea, instigados por agentes alemanes, se unieron a las unidades de voluntarios organizadas por los alemanes… En relación con esto, los chechenos y los tártaros de Crimea fueron reubicados en otras regiones de la URSS.[16]

De hecho, el objetivo de Stalin, al menos al deportar a los caucásicos y a los tártaros, no era probablemente la venganza por el colaboracionismo. Por el contrario, parece haber utilizado la guerra como una tapadera, una excusa para llevar a cabo operaciones de limpieza étnica largamente planeadas. Los zares habían soñado con una Crimea libre de tártaros desde que Catalina II incorporara la península de Crimea al imperio ruso. Los chechenos también habían acosado a la Rusia de los zares, y habían causado mayores problemas a la Unión Soviética. Una serie de alzamientos antirrusos y antisoviéticos habían tenido lugar en Chechenia, algunos después de la revolución, otros a raíz de la colectivización de 1929. En 1940 estalló otra rebelión. Todo indica que Stalin simplemente deseaba librarse de este pueblo problemático y hondamente antisoviético.[17]

Como las deportaciones de Polonia, del Volga alemán, las de Crimea y el Cáucaso fueron enormes. Al final de la guerra, se había deportado a 1 200 000 alemanes soviéticos; 90 000 calmucos; 70 000 karachevos; 390 000 chechenos; 90 000 ingushos; 40 000 balcaros, y 180 000 tártaros de Crimea, así como a 9000 finlandeses y otros.[18]

Dadas las cifras, la celeridad de estas deportaciones es notable, superando la rapidez de la deportación polaca y la báltica. En mayo de 1944, 31 000 oficiales, soldados y agentes del NKVD completaron la deportación de 200 000 tártaros, que en su mayoría fueron hacinados en trenes y enviados a Uzbekistán (hombres, mujeres, niños y ancianos). Entre 6000 y 8000 murieron antes de llegar.[19]

En todo caso, la operación chechena fue aún más cruel. Muchos testigos recuerdan que el NKVD utilizó Studebakers hechos en Estados Unidos para la deportación, adquiridos recientemente mediante el programa de Préstamo y Arriendo, que se enviaron a través de la frontera con Irán. Muchos han narrado que los chechenos fueron sacados de los Studebakers, y colocados en trenes sellados: no solo privados de agua, como los prisioneros «normales», sino también de comida. Hasta 78 000 chechenos pueden haber muerto solo en el transporte por tren.[20]

Al llegar al lugar designado para su destierro (Kazajstán, Asia central, Rusia septentrional), los deportados que no habían sido arrestados separadamente y enviados al Gulag fueron ubicados en aldeas especiales, igual que las que los polacos y los bálticos habían poblado, y las que los *kulaks* habían habitado hacía una generación; se les dijo que un intento de evasión significaría una sentencia de veinte años en un campo. Desorientados, alejados de sus comunidades tribales y aldeanas, muchos no pudieron adaptarse. Despreciados por lo general por la población local, a menudo sin empleo, rápidamente se debilitaron y enfermaron. Quizá el choque del nuevo clima fue lo más duro: «Cuando llegamos a Kazajstán —recordaba un deportado checheno— la tierra estaba helada y dura, y pensamos que todos moriríamos».[21] Hacia 1949, cientos de miles de caucasianos, y entre ellos de la tercera parte a la mitad de los tártaros de Crimea, habían muerto.[22]

Pero desde el punto de vista de Moscú había una diferencia importante entre la oleada de arrestos y deportaciones de la época bélica, y la anterior: la elección del objetivo era nueva. Por primera vez, Stalin había decidido eliminar no solo a miembros de nacionalidades particulares o sospechosas o a categorías de «enemigos» políticos, sino a naciones enteras (hombres, mujeres, niños, abuelos), y borrarlas del mapa.

Quizá «genocidio» no es un término apropiado para estas deportaciones, ya que no hubo ejecuciones en masa. En años posteriores, Stalin buscaría aliados y colaboradores entre estos grupos «enemigos», de modo que su odio no era estrictamente racial. Sin embargo, «genocidio cultural» no es un término inapropiado. Una vez abandonados, los nombres de los pueblos deportados fueron eliminados de los documentos oficiales, incluso de la Gran Enciclopedia Soviética. Las autoridades borraron las naciones del mapa, aboliendo la

República Autónoma de Chechenia-Ingushetia, la República Autónoma Alemana del Volga, la República Autónoma de Kabardino-Balkaria, y la provincia autónoma de Karachaevo. La República Autónoma de Crimea fue también liquidada, y Crimea se convirtió simplemente en otra provincia soviética. Las autoridades regionales destruyeron cementerios, rebautizaron las ciudades y las aldeas, y suprimieron de los libros de historia a los antiguos habitantes.[23]

En sus nuevos países, todos los deportados musulmanes (chechenos, ingushos, balcaros, karachevos y tártaros) fueron obligados a enviar a sus hijos a escuelas primarias de lengua rusa. Todos fueron disuadidos de utilizar su propia lengua, de practicar su religión y de recordar su pasado. Sin duda, los chechenos, los tártaros, los alemanes del Volga, y las pequeñas naciones caucásicas —y a largo plazo, los bálticos y los polacos— debían ser borrados, ser absorbidos en el mundo soviético de habla rusa. Después de la muerte de Stalin, por fin, estas naciones «reaparecieron», aunque lentamente. En 1967 se permitió a los chechenos volver a su patria, pero los tártaros no pudieron hacerlo hasta la época de Gorbachov. Solo en 1994 recibieron la «ciudadanía» crimea (el derecho legal a la residencia).

Dada la atmósfera de la época, la crueldad de la guerra y la presencia, a unos cientos de miles de kilómetros al oeste, de un genocidio planificado, algunos se han preguntado por qué Stalin simplemente no asesinó a los grupos étnicos que tanto despreciaba. Mi hipótesis es que la destrucción de las culturas, no de las personas, encajaba mejor en sus propósitos. La operación liberó a la URSS de lo que él consideraba estructuras sociales «adversas»: instituciones burguesas, religiosas y nacionales y personas educadas que podían oponerle resistencia. A la vez, también preservaba más «unidades de trabajo» para su uso futuro.

Mas la historia de los extranjeros en los campos no concluye con los chechenos y los polacos. Hubo otros modos en que los extranjeros acabaron en el sistema soviético de campos, y muchas personas entraron en él como prisioneros de guerra.

Técnicamente, el Ejército Rojo estableció los primeros campos para prisioneros de guerra en 1939, después de la ocupación de la Polonia oriental. El primer decreto de la época bélica sobre los campos de prisioneros de guerra fue

firmado el 19 de septiembre de ese año, cuatro días después de que los carros de combate soviéticos atravesaran la frontera.[24] A finales de septiembre, el Ejército Rojo tenía a 230 000 soldados y oficiales polacos en cautividad.[25] Muchos fueron liberados, en especial los soldados jóvenes de baja graduación, aunque algunos (aquellos considerados guerrilleros potenciales) fueron finalmente enviados al Gulag o a alguno de los aproximadamente cien campos para prisioneros de guerra del interior de la URSS.[26]

En abril de 1940, el NKVD asesinó en secreto a más de 20 000 de los oficiales polacos capturados, de un tiro en la nuca, por órdenes directas de Stalin,[27] y las dio por la misma razón que había ordenado el arresto de los sacerdotes y los maestros de escuela polacos: su intención era eliminar a la élite polaca, y ocultarlo. Pese a los enormes esfuerzos, el gobierno polaco en el exilio fue incapaz de descubrir qué había pasado con los oficiales hasta que los alemanes los encontraron. En la primavera de 1943, el régimen ocupante alemán descubrió 4000 cadáveres en el bosque de Katín.[28] Aunque la Unión Soviética negó la responsabilidad de la masacre de Katín (la cual se supo después), y aunque los aliados se adhirieron a esta interpretación —citando esta masacre como un crimen alemán en la acusación ante el tribunal de Nuremberg—, los polacos sabían por sus propias fuentes que el NKVD era responsable. El presidente ruso Boris Yeltsin admitió la responsabilidad soviética de la masacre solo en 1991.[29]

Cuando la suerte de la Unión Soviética en la guerra comenzó a cambiar, de modo muy repentino y aparentemente inesperado, el Ejército Rojo comenzó a capturar gran número de prisioneros alemanes y del Eje. Las autoridades estaban total y trágicamente desprevenidas. En vísperas de la rendición alemana después de la batalla de Stalingrado, recordada a menudo como el momento decisivo de la guerra, el Ejército Rojo capturó 91 000 soldados enemigos, para los cuales no se proporcionó instalaciones ni alimentos. A medida que avanzaba hacia el oeste, el Ejército Rojo conducía a los soldados capturados a los campos, a la intemperie como si fueran ganado, y los dejaba allí con un mínimo de comida y sin medicinas, si no los ejecutaba directamente.[30] En los primeros meses de 1943, la tasa de mortalidad entre los prisioneros de guerra giraba en torno al 60%, y cerca de 570 000 fueron catalogados oficialmente como fallecidos en cautividad (de hambre, por enfermedad o por heridas no curadas).[31] El número total puede haber sido más alto, pues muchos prisioneros deben de haber muerto antes de

que alguien pudiera incluirlos en el conteo.

A partir de marzo de 1944, sin embargo, el NKVD se dedicó a «mejorar» la situación, y estableció un nuevo departamento de campos de trabajo forzado, especialmente destinado a prisioneros de guerra, que no eran técnicamente parte del Gulag, sino que pertenecían primero a la Dirección de Prisioneros de Guerra del NKVD, y después de 1945, a la Dirección Central de Prisioneros y Confinados de Guerra.[32]

Durante el último año de la guerra e incluso después, el número de personas en estos nuevos campos continuó creciendo, alcanzando un nivel asombroso. Según las estadísticas oficiales, la Unión Soviética hizo 2 388 000 prisioneros de guerra alemanes entre 1941 y 1945. Asimismo, 1 097 000 soldados de otros países europeos que luchaban con el Eje cayeron en manos soviéticas (la mayoría italianos, húngaros, rumanos y austríacos, así como algunos franceses, holandeses y belgas), y cerca de 600 000 japoneses, una cifra sorprendente, considerando que la Unión Soviética estuvo en guerra con Japón durante un tiempo relativamente breve. En el momento del armisticio, el número total de soldados capturados superaba los cuatro millones.[33]

Esta cifra, a pesar de su importancia, no incluye a todos los extranjeros que fueron llevados a los campos soviéticos durante la marcha del Ejército Rojo a través de Europa. El NKVD, que seguía la estela del Ejército, también buscaba otro tipo de prisioneros: cualquiera que fuese acusado de crímenes de guerra, o que fuese considerado un espía (incluso para un gobierno aliado), o que fuera antisoviético, o que fuera del desagrado personal de la policía secreta. La gama era muy amplia en los países centroeuropeos, donde pretendían permanecer después del fin de la guerra. En Budapest, por ejemplo, rápidamente arrestaron a unos 75 000 civiles húngaros, enviándolos primero a campos temporales en Hungría, y después al Gulag.[34]

Prácticamente cualquiera podía ser arrestado. Entre los húngaros capturados en Budapest, por ejemplo, estaba George Bien, de dieciséis años. Fue arrestado, junto con su padre, por poseer una radio.[35] En el otro extremo del espectro social, los oficiales del NKVD arrestaron a Raul Wallenberg, un diplomático sueco que había salvado a miles de judíos húngaros de ser deportados a los campos de concentración nazis. En el curso de sus negociaciones, Wallenberg había tenido relaciones con autoridades fascistas y dirigentes occidentales.

También procedía de una familia sueca importante y rica. Para el NKVD, eran razones suficientes de sospecha. Lo arrestaron en Budapest en enero de 1945, junto con su chófer. Ambos desaparecieron en las prisiones soviéticas (Wallenberg fue registrado como «prisionero de guerra»), y nunca más se supo de ellos. Durante los años noventa, el gobierno sueco buscó pistas referidas al destino final de Wallenberg, pero sin resultados. Ahora se cree que murió en el interrogatorio, o que fue ejecutado.[36]

Tampoco Polonia, el país ocupado, fue una excepción. Los países bálticos y Ucrania fueron sometidos a una vasta represión de posguerra, como ocurrió con Checoslovaquia, Bulgaria, Rumanía y, sobre todo, Alemania y Austria. La gran mayoría de quienes quedaron atrapados en la lucha acabaron en los campos: en los campos de trabajo para prisioneros de guerra o en el sistema del Gulag. La distinción entre los dos tipos de campos nunca fue clara. Aunque técnicamente pertenecían a sistemas distintos, la administración de los campos para prisioneros de guerra pronto comenzó a parecerse a la de los campos de trabajo forzado, tanto que al estudiar la historia de los campos de prisioneros de guerra y la del Gulag, resulta difícil establecer la diferencia. A veces, los campos del Gulag establecían *lagpunkts* especiales solo para prisioneros de guerra, y los dos tipos de prisioneros trabajaban hombro con hombro.[37] Por razones no claramente perceptibles, el NKVD a veces envió prisioneros de guerra directamente al sistema del Gulag.[38]

Hacia el final de la guerra, las raciones de los prisioneros de guerra y los prisioneros del sistema penitenciario eran casi las mismas, como lo eran los barracones donde vivían y el trabajo que hacían. Como los *zeks*, los prisioneros de guerra trabajaban en la construcción, las minas, las manufacturas, en la construcción de carreteras y líneas de ferrocarril.[39] También como los *zeks*, los prisioneros de guerra mejor preparados acabaron en las *sharashki*, donde diseñaron nuevos aviones militares para el Ejército Rojo.[40]

Al igual que los *zeks*, los prisioneros de guerra se convirtieron en receptores de una «educación política» al estilo soviético. Desde 1943, el NKVD comenzó a organizar escuelas y cursos «antifascistas» en los campos de prisioneros de guerra, con el fin de convencer a los participantes de que «dirigieran la batalla por la reconstrucción “democrática” de sus países y erradicaran los restos del fascismo», al volver a sus países (Alemania, Rumanía o Hungría) y, por

supuesto, de que prepararan el camino para la dominación soviética.[41] En efecto, muchos antiguos prisioneros de guerra alemanes acabaron trabajando en la nueva fuerza policial de la Alemania del Este comunista.[42]

Pero incluso para aquellos que mostraban su nueva lealtad, el regreso a la patria no se produciría rápidamente. Aunque la URSS repatrió un contingente de 225 000 prisioneros (la mayoría soldados rasos heridos o enfermos) ya en junio de 1945, y aunque otros continuaron regresando a su país después de esa fecha, la repatriación total de los prisioneros de guerra capturados por los rusos duró más de una década: cuando Stalin murió, en 1953, quedaban 20 000 en la URSS.[43] Stalin, convencido de la eficacia de la esclavitud estatal, consideraba el trabajo de los prisioneros de guerra una forma de reparación, y justificaba su larga cautividad. Durante las décadas de 1940 y 1950, e incluso después, como pone de manifiesto el caso de Wallenberg, las autoridades soviéticas continuaron encubriendo la cuestión de los extranjeros cautivos mediante la confusión, la propaganda y la contrapropaganda, soltando a las personas que les convenía y negando todo conocimiento de su existencia cuando no era así.

En los primeros años de la posguerra, emisarios de todas las regiones del mundo siguieron presionando a Moscú con la relación de los ciudadanos desaparecidos durante la ocupación de Europa del Ejército Rojo, o de quienes por alguna razón habían acabado en los campos de prisioneros de guerra o del Gulag. Las respuestas no siempre llegaban con facilidad, ya que el propio NKVD no necesariamente conocía el paradero de estos prisioneros. Finalmente, las autoridades soviéticas establecieron una comisión especial para averiguar cuántos extranjeros estaban todavía en cautividad en la URSS, y examinar la cuestión de su liberación.[44]

En 1947, en el apogeo de la hambruna de posguerra, el NKVD inesperadamente liberó a varios cientos de miles de prisioneros de guerra. No hubo ninguna explicación política: simplemente la cúpula soviética evaluó que no tendría suficiente alimento para mantenerlos con vida.[45]

La repatriación no fluyó en una sola dirección. Si un gran número de europeos occidentales se encontraba en Rusia al terminar la guerra, un número igualmente elevado de rusos se encontraba en Europa occidental. En la primavera de 1945, más de 5 500 000 ciudadanos soviéticos se hallaban fuera de las fronteras de la

Unión Soviética. Algunos eran soldados capturados y confinados en campos de prisioneros de guerra nazis. Otros habían sido reclutados para los campos de trabajo esclavo en Alemania y Austria. Unos cuantos habían colaborado durante la ocupación alemana de su país, y se habían retirado con el ejército alemán. Hasta 150 000 eran «vlasovistas», soldados soviéticos que habían luchado (o más a menudo habían sido obligados a luchar) contra el Ejército Rojo, al mando del general Andréi Vlasov, un oficial ruso cautivo que se rebeló contra Stalin y luchó con Hitler.

Entre las muchas decisiones controvertidas que se tomaron en la conferencia de Yalta en febrero de 1945, Roosevelt, Churchill y Stalin acordaron que todos los ciudadanos soviéticos, fuera cual fuese su historial personal, debían ser devueltos a la Unión Soviética. Aunque los protocolos firmados en Yalta no ordenaban explícitamente que el regreso de los ciudadanos soviéticos se hiciera en contra de su voluntad, eso fue efectivamente lo que ocurrió.

Algunos querían volver a su país. Leonid Sitko, un soldado del Ejército Rojo que había pasado una temporada en un campo de prisioneros nazi, y después debió pasar más tiempo en un campo soviético, recordaba haber tomado la decisión de volver. Después expresó en versos sus sentimientos sobre esta decisión:

Había cuatro caminos, había cuatro países.
En tres de ellos había paz y sosiego.
En el cuarto, lo sabía, destruyen la lira de los poetas
y a mí, lo más probable, me matarán.

Y ¿qué pasó? A los tres países les dije:
¡que os lleve el demonio!
Y escogí mi patria.[46]

Otros, temiendo lo que les esperaba, fueron convencidos pese a todo de regresar por oficiales del NKVD que viajaron a los campos de prisioneros de guerra y de personas desplazadas desperdigados por toda Europa. Los oficiales buscaban a los rusos en los campos, ofreciéndoles visiones risueñas de un brillante futuro. Todo sería perdonado, aseguraban: «Ahora os consideramos verdaderos ciudadanos soviéticos, sin tener en cuenta el hecho de que fuisteis obligados a uniros al ejército alemán…».[47]

Los oficiales aliados tenían órdenes de enviarlos, y así lo hicieron. En Fort

Dix, Nueva Jersey, 145 prisioneros soviéticos, capturados vistiendo el uniforme alemán, se pertrecharon en sus barracones para evitar que los devolvieran a su país. Cuando los soldados estadounidenses echaron gas dentro del edificio, los que no se habían suicidado, se precipitaron al ataque con cuchillos de cocina y porras, hiriendo a algunos estadounidenses. Después dijeron que querían incitarlos a que les dispararan.[48]

Peores fueron los incidentes que implicaban a mujeres y niños. En mayo de 1945, las tropas británicas, por órdenes directas de Churchill (según se les dijo), procedieron a repatriar a más de 20 000 cosacos, que entonces vivían en Austria. Había antiguos guerrilleros antibolcheviques, algunos de los cuales se habían unido a Hitler para combatir a Stalin. Muchos de ellos habían abandonado la URSS después de la revolución y la mayoría no tenía pasaporte soviético. Después de muchos días de prometerles un buen trato, los británicos los engañaron invitando a los oficiales cosacos a una «conferencia», entregándolos a las tropas soviéticas y apresando a sus familias al día siguiente. En un incidente especialmente desagradable en un campo cerca de Lienz (Austria), los soldados británicos obligaron a miles de mujeres y niños con bayonetas caladas y a golpes de culata a subir a los trenes que los llevarían a la URSS. Antes que volver, las mujeres lanzaron a sus hijos desde los puentes y después saltaron ellas. Los cosacos sabían, por supuesto, lo que les esperaba a su retorno a la Unión Soviética: el pelotón de fusilamiento o el Gulag.[49]

Incluso los que volvieron a su país por propia voluntad podían suscitar sospechas. Sea que hubieran dejado la Unión Soviética voluntariamente o por la fuerza, que hubieran colaborado o que hubieran sido capturados, que hubieran regresado voluntariamente o fueran forzados a subir a los vagones de ganado, a todos se les exigió que rellenaran un formulario en la frontera en el que se les preguntaba si habían colaborado. Aquellos que confesaban (y algunos lo hicieron) y los que parecían sospechosos (incluidos muchos prisioneros de guerra soviéticos, pese a las penalidades que habían sufrido en los campos alemanes), eran retenidos para nuevos interrogatorios en «campos de control y filtrado». Estos campos se parecían a los campos del Gulag y producían la misma impresión: rodeados de alambradas, los que estaban dentro eran trabajadores forzados en todo sentido, salvo por la denominación.

De hecho, el NKVD estableció muchos campos de control y filtrado cerca de

los centros industriales, de modo que los «sospechosos» pudieran aportar trabajo gratis a la Unión Soviética, mientras las autoridades investigaban sus casos.[50]

Quizá debido a que el NKVD sentenciaba a trabajadores esclavos soviéticos y a prisioneros de guerra (personas que en realidad no habían cometido ningún delito), las autoridades inventaron un nuevo tipo de pena para los auténticos criminales de guerra: las personas que presuntamente habían cometido *verdaderos* crímenes. Ya en abril de 1943, el Soviet Supremo declaró que el Ejército Rojo, en el curso de la liberación del territorio soviético, había descubierto «actos de violencia bestial y horrorosa nunca oídos, perpetrados por monstruos fascistas alemanes, italianos, rumanos, húngaros y finlandeses, agentes hitlerianos, así como por espías y traidores entre los ciudadanos soviéticos».[51] En respuesta, el NKVD declaró que los criminales de guerra convictos recibirían sentencias de quince, veinte y aun de veinticinco años a cumplir en *lagpunkts* especiales, que fueron debidamente construidos en Norilsk, Vorkutá y Kolimá, los tres campos septentrionales más inhóspitos.[52]

Con una curiosa elocuencia lingüística, y un sentido irónico de la historia que quizá reflejara la intervención del propio Stalin, el NKVD llamó *katorga* a estos *lagpunkts* usando un término de la historia penitenciaria de la Rusia de los zares. La elección de la palabra no habría sido accidental; era un reflejo de la resurrección de la terminología zarista que se daba en otras esferas de la vida soviética (escuelas militares para hijos de los oficiales, por ejemplo), y debía de servir para distinguir un nuevo tipo de castigo dirigido a un nuevo tipo de prisionero peligroso e incorregible. A diferencia de los delincuentes normales condenados a penas ordinarias en los campos de trabajo correccional del Gulag, los prisioneros de la *katorga* no podían esperar ser reformados o redimidos, ni siquiera en teoría.

Los reos de la *katorga* estaban separados de los demás prisioneros por altas vallas. Se les daban uniformes distintos (a rayas con números cosidos en la espalda). Por las noches se los encerraba en barracones cuyas ventanas estaban enrejadas. Trabajaban más horas que los prisioneros normales, tenían menos días de descanso y les estaba prohibido realizar cualquier tipo de trabajo que no fuera el trabajo físico pesado, al menos durante los primeros dos años de reclusión. Eran vigilados con rigor: dos guardias de convoyes estaban a cargo de cada

decena de prisioneros y cada campo debía tener un mínimo de cinco perros.[53]

Al parecer, los prisioneros de la *katorga* se convirtieron en la avanzada de una nueva industria soviética. En 1944, el NKVD afirmaba en su enumeración de logros económicos que había producido el cien por cien del uranio de la Unión Soviética. «No es difícil —escribe la historiadora Galina Ivanova— deducir quiénes extrajeron y procesaron el mineral radiactivo.»[54] Los prisioneros y los soldados también edificarían el primer reactor nuclear en Cheliabinsk, después de la guerra: «En esa época, toda la zona de construcción era una especie de campo», recuerda un trabajador. En el lugar se habían construido cabañas «especiales» para los expertos alemanes que fueron reclutados para trabajar en el proyecto.[55]

Sin duda, entre los prisioneros de la *katorga* había muchos auténticos colaboradores de los nazis y criminales de guerra, incluidos los responsables del asesinato de cientos de miles de judíos soviéticos. Con estas personas en mente, Simeón Vilenski, un superviviente de Kolimá, me advirtió que no estuviera demasiado convencida de la inocencia de toda persona que hubiera sido recluida en el Gulag.[56]

Sin embargo, de los 60 000 prisioneros condenados a la *katorga* hacia 1947, unos cuantos habían sido sentenciados con fundamentos más que dudosos.[57] Entre ellos, por ejemplo, había miles de guerrilleros polacos, bálticos y ucranianos antisoviéticos, muchos de los cuales habían luchado contra los nazis antes de ponerse a luchar contra el Ejército Rojo. Al hacerlo, todos creían estar luchando por su propia liberación nacional. Según un documento sobre prisioneros menores de edad condenados a la *katorga*, enviado a Beria en 1945, entre estos guerrilleros estaba Andréi Levchuk, acusado de unirse a la Organización de los Nacionalistas Ucranianos, una de las dos principales agrupaciones guerrilleras de Ucrania. Mientras estuvo a su servicio, según se afirma, «tomó parte en el asesinato de ciudadanos inocentes y el desarme de soldados soviéticos y la confiscación de sus pertenencias». En el momento de su arresto, Levchuk tenía quince años.

En las filas de los prisioneros condenados a la *katorga* estaba Aleksandr Klein, un oficial del Ejército Rojo que había sido capturado por los alemanes, pero logró escapar y volver a su división soviética. Al regresar, fue interrogado, tal como relataba posteriormente:

De pronto el mayor se levantó y preguntó:

—¿Puede usted probar que es judío?

Avergonzado, sonreí y dije que podía hacerlo, sacándome los pantalones.

El mayor miró a Sorokin y luego se volvió otra vez hacia mí.

—¿Y usted dice que los alemanes no sabían que usted era judío?

—Si lo hubieran sabido, créame, no estaría aquí.

—¡Ajá, *yid* estúpido! —exclamó el dandi, y me golpeó en el bajo vientre tan fuerte que me quedé sin respiración y caí.

—¿Qué son estas mentiras? Dinos, hijo de puta, ¿con qué misión te han enviado aquí? ¿Quiénes son tus cómplices? ¿Cuánto te han dado, vendido? ¿Cuál es tu nombre de guerra?

Después de este interrogatorio, Klein fue condenado a muerte, aunque esta pena fue conmutada por veinte años en la *katorga*.[58]

«Había todo tipo de personas en los campos, sobre todo en la posguerra —escribió Hava Volovich—. Pero a todos nos martirizaban por igual: a los buenos, a los malos, a los culpables y a los inocentes.»[59]

Si durante la guerra millones de extranjeros ingresaron en el Gulag en contra de su voluntad, al menos uno llegó de manera voluntaria. Henry Wallace, vicepresidente de Estados Unidos, hizo un viaje a Kolimá en mayo de 1944, y no supo que estaba visitando una prisión.

La visita de Wallace tuvo lugar en el apogeo de la amistad soviético-estadounidense durante la guerra, el momento más cálido de la alianza, cuando la prensa estadounidense solía llamar a Stalin, «Uncle Joe» (el tío Joe). Quizá por esta razón Wallace se inclinaba a mirar amablemente a la Unión Soviética incluso antes de su visita. En Kolimá vio confirmadas todas sus opiniones previas. Al llegar, apreció muchos paralelismos entre Rusia y Estados Unidos: ambos eran países «nuevos» y grandes, carentes del bagaje aristocrático del pasado europeo. Creía, como dijo a sus anfitriones, que el «Asia soviética» era en realidad el «Salvaje Oeste» de Rusia. «Las vastas extensiones de vuestro país, sus bosques vírgenes, anchos ríos y grandes lagos, todos los tipos de clima, desde el tropical al polar, su inagotable riqueza, me recuerdan a mi patria.»[60]

Si el paisaje le agradó, también le agradó lo que pensó que era la fuerza industrial de la nación. Nikishov, el jefe notoriamente corrupto de Dalstrói que se daba la gran vida, le mostró Magadán, la capital de Kolimá. Wallace, a su vez, imaginó que Nikishov, un oficial veterano del NKVD, era *grosso modo* equivalente a un capitalista estadounidense. «Él dirige todo aquí. Con los

recursos de Dalstrói a su disposición, es un millonario». Wallace disfrutó de la compañía de su nuevo amigo «Iván» escuchando con atención su relato sobre el origen de Dalstrói: «Tuvimos que trabajar duro para hacer funcionar este lugar. Doce años atrás llegaron los primeros colonos y colocaron ocho casas prefabricadas. Hoy Magadán tiene 40 000 habitantes y todos tienen buenas viviendas».

Nikishov no mencionó, por supuesto, que los «primeros colonos» eran prisioneros, y que la mayoría de los 40 000 habitantes eran desterrados, a los que se prohibía salir. Wallace desconocía igualmente el estatus de los trabajadores contemporáneos, casi todos prisioneros, y continuó escribiendo con aprobación sobre los mineros de oro de Kolimá. Eran, recordaba, «jóvenes altos y fornidos», trabajadores libres, mucho más trabajadores que los prisioneros políticos que habían habitado el extremo norte en la época zarista, según creía.[61]

Desde luego, esto era lo que los jefes de Dalstrói deseaban que Wallace creyese. Según el informe que el propio Nikishov escribió después a Beria, Wallace pidió ver un campo de prisioneros, pero no se lo permitieron. Nikishov aseguró a sus jefes que los únicos trabajadores que Wallace vio eran trabajadores libres antes que prisioneros. Muchos incluso pueden haber sido miembros del Komsomol, la juventud comunista, a los que se les habría dado trajes de minero y botas de caucho minutos antes de que llegara Wallace. «Hablé con algunos de ellos —escribió Wallace después—. Estaban muy deseosos de ganar la guerra.»[62]

Después Wallace vio a los verdaderos prisioneros, pero no se percató de ello. Eran los cantantes y músicos (muchos de ellos provenientes de las óperas de Moscú y Leningrado) que actuaron para él en el teatro de Magadán. Como se le dijo que eran miembros de un «coro no profesional del Ejército Rojo» estacionados en la ciudad, quedó maravillado de que unos aficionados pudieran llegar a tal perfección artística. En realidad, a cada uno se le había advertido que «una palabra o indicación de que eran prisioneros sería considerado un acto de traición».[63]

Wallace vio algunas manualidades de los prisioneros, aunque tampoco se dio cuenta de eso. Nikishov lo llevó a una exposición de bordados y le dijo que los trabajos expuestos habían sido realizados por un grupo de «mujeres del lugar que se reunían con regularidad durante el invierno para bordar». Desde luego, el

trabajo lo habían hecho las prisioneras en preparación de la visita de Wallace. Cuando Wallace se detuvo admirado ante uno de los bordados, Nikishov lo descolgó de la pared y se lo obsequió. La esposa de Nikishov, la temida Gridasova, modestamente le hizo saber que ella misma era la artista, cosa que causó a Wallace una (agradable) sorpresa.[64]

La visita de Wallace coincidió aproximadamente con la llegada de los «regalos de Estados Unidos» a Kolimá. El programa de Préstamo y Arriendo de Estados Unidos, que debía proporcionar armas y equipos militares para auxiliar a sus aliados en la defensa contra Alemania, también trajo tractores, camiones, palas a vapor y herramientas estadounidenses a Kolimá, lo cual no era exactamente el objetivo del gobierno de Estados Unidos.

Antes de que Wallace partiera, Nikishov ofreció un sofisticado banquete en su honor. Se sirvieron elaborados platos, con ingredientes sisados de las raciones de los prisioneros. Se brindó a la salud de Roosevelt, Churchill y Stalin. El propio Wallace dio un discurso, en el que pronunció las siguientes palabras memorables:

> Los rusos y los estadounidenses, de forma diferente, están buscando a tientas un modo de vida que permita al hombre común en todas partes del mundo sacar lo mejor de la tecnología moderna. No hay nada irreconciliable en nuestros objetivos y propósitos. Aquellos que así lo proclamen están, a sabiendas o no, buscando la guerra, y eso, en mi opinión, es un crimen.[65]

21

La amnistía y la etapa posterior

Hoy digo adiós al campo con una sonrisa jubilosa,
a las alambradas que durante un año alejaron a la libertad…
¿Nada quedará de mí aquí?
¿Nada detendrá hoy mis apresurados pasos?

¡Oh, no! Tras la alambrada dejo un Gólgota de dolor
tratando todavía de arrastrarme a los extremos de la pena.
Detrás dejo tumbas de angustia y los restos de lágrimas anhelosas derramadas en secreto,
las cuentas de nuestro rosario…

Todo ahora parece haber desaparecido, como una hoja arrancada por el aire de un árbol.
Por fin hemos roto las ligaduras del cautiverio.
Y mi corazón ya no está lleno de odio
¡pues hoy el arco iris se asoma entre las nubes en mis ojos!

JANUSZ WEDÓW, «Adiós al campo»[1]

Si bien es cierto que el lapso de 1941 a 1943 trajo la muerte, la enfermedad y la tragedia para millones de prisioneros soviéticos, también es cierto que para otros tantos millones trajo la libertad. Las amnistías para los hombres sanos, en edad militar, comenzaron poco después del estallido de la guerra. Ya el 12 de julio de 1941, el Soviet Supremo ordenó que el Gulag pusiera en libertad a ciertas categorías de prisioneros para incorporarlos al Ejército Rojo: «Los condenados por faltar al trabajo, por delitos económicos y administrativos comunes y sin importancia». La orden fue repetida varias veces. En total, el NKVD liberó a 975 000 prisioneros durante los primeros tres años de la guerra, junto con varios cientos de miles de deportados especiales que eran antiguos *kulaks*. Se concedieron más amnistías hasta el momento, y en el curso, del ataque final contra Berlín.[2]

La amplitud de estas amnistías tuvo un enorme impacto en la demografía de los campos durante la guerra, y, por consiguiente, en la vida de quienes estaban

allí. Llegaron nuevos prisioneros a los campos, las amnistías masivas liberaron a otros tantos y millones murieron, haciendo que las estadísticas de la época bélica sean muy engañosas. Sin embargo, pese a los cientos de miles de nuevos prisioneros que llegaban cada mes, el número total de reclusos del Gulag disminuyó de manera decisiva entre junio de 1941 y julio de 1944. Varios campos forestales creados apresuradamente para dar cabida a los nuevos prisioneros en 1938, fueron eliminados con igual celeridad.[3] Los prisioneros que quedaron trabajaban jornadas cada vez más largas, pero aun así, la escasez de mano de obra era endémica. En Kolimá, durante los años de la guerra, se esperaba que incluso los ciudadanos libres ayudaran a buscar oro durante sus horas libres después del trabajo.[4]

No se permitió salir a todos los prisioneros: las órdenes de la amnistía excluyeron explícitamente a los «delincuentes reincidentes», es decir, a los delincuentes profesionales y a los presos políticos. Se exceptuó a unos cuantos. Reconociendo el perjuicio causado al Ejército Rojo con la detención de destacados oficiales a finales de los años treinta, después de la invasión soviética de Polonia se había liberado sin ruido a unos cuantos oficiales sentenciados por motivos políticos. Entre ellos estaba el general Aleksandr Gorbatov, que fue llamado a Moscú desde el distante *lagpunkt* de Kolimá en el invierno de 1940. Después de ver a Gorbatov, el instructor encargado de revisar su caso miró otra vez la fotografía tomada antes de su detención, e inmediatamente comenzó a hacerle preguntas. Estaba tratando de saber si el esqueleto que tenía delante era en realidad uno de los oficiales jóvenes más talentosos del ejército. «Mis pantalones estaban remendados, tenía las piernas envueltas en trapos y calzaba botas cortas de minero. Llevaba una gorra sucia y andrajosa, con orejeras…»[5] Finalmente, Gorbatov fue liberado en marzo de 1941, poco antes de la ofensiva alemana. En la primavera de 1945 dirigió uno de los ataques contra Berlín.

Para los soldados, la amnistía no era una garantía de supervivencia. Muchos han especulado (aunque los archivos todavía no han confirmado este punto) que los prisioneros liberados del Gulag e incorporados al Ejército Rojo eran asignados a «batallones de castigo» y enviados directamente a las zonas más peligrosas del frente. El Ejército Rojo era conocido por su presteza para sacrificar hombres, y no es difícil imaginar que los mandos estuvieran más que deseosos de sacrificar a los antiguos prisioneros. Un antiguo prisionero, el

disidente Avraham Shifrin, afirmaba que fue destinado a un batallón de castigo porque era el hijo de un «enemigo del pueblo». Según su relato, sus camaradas y él fueron enviados directamente al frente pese a la escasez de armas: a 500 hombres se les dieron 100 rifles. «Vuestras armas están en manos de los nazis», les dijeron los oficiales. «Id a por ellas». Shifrin sobrevivió, pero fue herido dos veces.[6]

Sin embargo, los prisioneros soviéticos que se unieron al Ejército Rojo con frecuencia se destacaron. Quizá sorprenda, pero al parecer pocos se resistieron a luchar por Stalin. Al menos por el modo en que lo dice, el general Gorbatov nunca vaciló ni un minuto en unirse al Ejército Rojo, o en luchar por el Partido Comunista que lo había arrestado sin ninguna razón. Al enterarse de la invasión alemana, su primer pensamiento fue cuán afortunado era de haber sido liberado: podría utilizar su fuerza recuperada en beneficio de su patria. También escribe con orgullo sobre las «armas soviéticas» que sus soldados podían usar «gracias a la industrialización de nuestro país», sin mencionar cómo se había conseguido esa industrialización. Es difícil dudar de su sinceridad.[7]

Este parece haber sido el caso de muchos prisioneros liberados, al menos según la información que se guarda en los archivos del NKVD. En mayo de 1945, el jefe del Gulag, Nasedkin, escribió un elaborado informe, casi efusivo, sobre el patriotismo y el espíritu de lucha mostrado por los antiguos prisioneros que habían ingresado en el Ejército Rojo, citando ampliamente cartas que habían enviado a sus antiguos campos: «Ante todo, os informo que estoy en un hospital, en Járkov, herido —escribió uno—. He defendido a mi amada patria, sin preocuparme por mi propia vida. Estuve sentenciado por trabajar mal, pero nuestro amado partido me ha dado la oportunidad de pagar mi deuda con la sociedad logrando la victoria en la línea del frente. Según mis cálculos, he matado a 53 fascistas con mis balas de acero». La guerra levantó una oleada de patriotismo y se permitió a los antiguos prisioneros unirse a ella.[8]

Quizá resulta sorprendente que los prisioneros que todavía estaban cumpliendo su condena en los campos compartieran ese fervor patriótico. Lo cierto es que las nuevas reglas más duras y los recortes en el suministro de alimento no necesariamente convirtieron a los *zeks* del Gulag en curtidos opositores al régimen soviético. Por el contrario, muchos escribieron después que el peor lastre de haber estado en un campo de concentración en junio de

1941 había sido no poder ir al frente a combatir. La guerra recrudecía, sus compañeros estaban luchando y ellos estaban muy lejos, en la retaguardia, imbuidos de patriotismo. De inmediato sintieron desprecio por los prisioneros alemanes fascistas, insultaban a los guardias por no estar en el frente y constantemente comentaban los rumores y chismes de la guerra. Como recordaba Guinzburg: «Estábamos dispuestos a perdonar y olvidar ahora que toda la nación sufría, dispuestos a dar por nula la injusticia que se nos había hecho…».[9]

Algunas veces, los prisioneros que estaban en los campos próximos a la línea del frente tuvieron la oportunidad de poner a prueba su patriotismo. En un informe cuyo destino era contribuir a una historia de la Gran Guerra patriótica, Prokorvski, un antiguo empleado de Soroklag, un campo en la República de Carelia, cerca de la frontera con Finlandia, describía cómo un grupo de más de 600 prisioneros liberados, encallados en el campo por falta de trenes, voluntariamente se pusieron a trabajar en la construcción de las defensas de la ciudad de Belomorsk:

> De manera unánime acordaron formar brigadas de trabajo, eligiendo jefes de brigada y capataces. Este grupo de trabajadores liberados trabajó en las defensas más de una semana con un celo excepcional, desde el amanecer hasta el atardecer, de trece a catorce horas diarias.[10]

La propaganda del campo alentaba ese patriotismo, y generalmente se incrementó durante la guerra. Como en otras regiones de la Unión Soviética, hubo campañas con carteles, películas bélicas y conferencias. Se decía a los prisioneros: «Ahora tendremos que trabajar aún más duro, ya que cada gramo de oro que saquemos será un golpe al fascismo».[11]

Sin duda, el Gulag realizó una contribución industrial al esfuerzo bélico. En los primeros dieciocho meses de la guerra, treinta y cinco «colonias» fueron reconvertidas para la producción de municiones. Muchos campos madereros fueron puestos a producir cajas para municiones. Al menos veinte campos confeccionaban uniformes para el Ejército Rojo, mientras que otros fabricaban teléfonos de campo, más de 1 700 000 máscaras antigás y 24 000 cureñas [armazones] para mortero. Más de un millón de reclusos fue destinado a trabajar en la construcción de líneas de ferrocarril, carreteras y aeropuertos. En el momento que surgió la necesidad urgente de trabajadores de construcción

(cuando se requería tender un ramal de ferrocarril o montar un oleoducto), generalmente se acudía al Gulag. Como en el pasado, Dalstrói produjo prácticamente todo el oro de la Unión Soviética.[12]

Pero, como sucedía en la época de paz, estos datos y la eficiencia que parecen sugerir, es engañosa. «Desde los primeros días de la guerra, el Gulag organizó sus industrias con el fin de satisfacer las necesidades de los que estaban luchando en el frente», escribió Nasedkin. ¿No podrían esas necesidades haber sido mejor satisfechas por trabajadores libres? En otras partes demuestra que la producción de ciertos tipos de municiones se cuadruplicó.[13] ¿Cuánta más munición podría haber sido fabricada si se hubiera permitido a los patrióticos prisioneros trabajar en fábricas ordinarias? Se mantuvo tras las líneas a miles de soldados vigilando a la fuerza de trabajo reclusa que podrían haber estado en el frente: se destinaron primero miles de hombres del NKVD a arrestar a los polacos y después a ponerlos en libertad. Podrían haber sido mejor empleados. De este modo, el Gulag contribuyó al esfuerzo bélico, pero probablemente también contribuyó a debilitarlo.

Junto con el general Gorbatov y algunos militares, hubo otras excepciones más numerosas a la regla universal contra las amnistías políticas. Pese a lo que el NKVD les había dicho, el exilio de los polacos en las regiones remotas de la URSS no fue finalmente permanente. El 30 de julio de 1941, un mes después del lanzamiento de Barbarroja, el general Sikorski, el jefe del gobierno polaco en el exilio en Londres, y el embajador Maiski, el emisario soviético en Gran Bretaña, firmaron una tregua. El pacto Sikorski-Maiski, como fue llamado, restableció un Estado polaco (con fronteras todavía sin determinar) y concedió una amnistía a «todos los ciudadanos polacos que en la actualidad estén privados de libertad en el territorio de la URSS».

Tanto los prisioneros del Gulag como los deportados fueron oficialmente liberados, y se les permitió unirse a una nueva división del ejército polaco, que se formaría en suelo soviético. En Moscú, el general Wladislaw Anders, un oficial polaco que había sido encarcelado en la Lubianka durante veinte meses, supo que había sido nombrado comandante del nuevo ejército en el curso de una reunión por sorpresa con el propio Beria. Después de la reunión, vestido con camisa y pantalones, pero descalzo, el general Anders abandonó la prisión en un

automóvil del NKVD conducido por un chófer.[14]

En el flanco polaco, muchos se opusieron al uso que de la palabra «amnistía» hacía la Unión Soviética para hablar de la liberación de personas inocentes, pero no era momento para sutilezas: las relaciones entre los dos nuevos aliados eran delicadas. Las autoridades soviéticas se negaron a asumir la responsabilidad moral de los «soldados» del nuevo ejército (todos con la salud muy deteriorada), y no dieron al general Anders alimentos ni suministros. «Vosotros sois polacos, que Polonia os alimente», dijeron a los oficiales.[15]

Las autoridades soviéticas complicaron más las cosas cuando, unos pocos meses después de la amnistía, declararon que sus términos se aplicaban no a todos los ciudadanos polacos, sino a los polacos «étnicos»: los bielorrusos y los judíos debían permanecer en la URSS. Muchos prisioneros pertenecientes a estas minorías trataron de hacerse pasar por polacos, pero fueron desenmascarados por los polacos genuinos, que temían ser arrestados de nuevo si la identidad de sus «falsos» compatriotas era descubierta.

Otros prisioneros polacos fueron liberados de los campos o de los asentamientos de deportados, pero no se les dio dinero ni se les dijo adónde ir. Un antiguo prisionero recuerda: «Las autoridades soviéticas en Omsk no deseaban ayudarnos, nos decían que no sabían nada de un ejército polaco y nos proponían que buscáramos trabajo cerca de Omsk».[16] Siguiendo los rumores, los prisioneros polacos liberados viajaban en tren por toda la URSS en busca del ejército polaco.

No obstante, los antiguos *zeks* y sus mujeres e hijos deportados, fueron llegando lentamente a Kuibyshev, el campo base del ejército polaco, y a otros puestos avanzados del ejército en el país. Las relaciones con las autoridades soviéticas siguieron siendo malas. Los empleados de la embajada polaca, destacados en el país, todavía estaban sujetos a arrestos arbitrarios. Temiendo que la situación empeorara, el general Anders cambió su plan en marzo de 1942. En vez de marchar con su ejército hacia el oeste, hacia el frente, obtuvo permiso para evacuar a sus tropas del territorio soviético. Era una vasta operación: 74 000 soldados polacos, y unos 41 000 civiles, incluidos muchos niños, fueron montados en trenes y enviados a Irán.

Finalmente, algunos se unieron a la división Kosciusko, una división polaca del Ejército Rojo. Otros tuvieron que esperar el final de la guerra para ser

repatriados. Y hubo otros que nunca se marcharon. Hasta hoy, algunos de sus descendientes viven en las comunidades polacas étnicas de Kazajstán y Rusia septentrional.

Aquellos que se marcharon continuaron luchando. Después de recobrarse en Irán, el ejército de Anders logró unirse a las fuerzas aliadas en Europa. Viajando a través de Palestina y en algunos casos Suráfrica, llegaron a luchar por la liberación de Italia en la batalla de Montecassino. Mientras continuaba la guerra, los civiles polacos se dividieron en varias áreas del imperio británico. Muchos niños polacos terminaron en orfanatos de India, Palestina e incluso África oriental. La mayoría nunca regresaría a la Polonia de posguerra, ocupada por los soviéticos.[17]

Después de abandonar la URSS, los polacos realizaron un inestimable servicio a los menos afortunados de sus antiguos compañeros reclusos. En Irán y Palestina, el ejército y el gobierno polaco en el exilio llevaron a cabo varias encuestas entre los soldados y sus familias para determinar con exactitud qué había ocurrido con los polacos deportados a la Unión Soviética. Dado que la evacuación de Anders permitió la salida del único grupo grande de prisioneros que pudo abandonar la URSS, el material de los cuestionarios y las investigaciones históricas un poco apresuradas sigue siendo la única prueba de la existencia del Gulag durante medio siglo. Y, dentro de sus límites, es sorprendentemente exacta: aunque no tenían una comprensión real de la historia del Gulag, los prisioneros polacos lograron transmitir la asombrosa dimensión del sistema de campos, su extensión geográfica (todo lo que tenían que hacer era enumerar la gran variedad de lugares donde habían sido enviados), y sus terribles condiciones de vida en el período bélico.

En la posguerra, las narraciones de los polacos formaron el grueso de los informes sobre los campos de trabajo forzado soviéticos reunidos por la Biblioteca del Congreso (Washington) y la American Federation of Labor (AFL, Federación de Trabajadores de Estados Unidos). Sus francos relatos del sistema de trabajo esclavo soviético impactaron a muchos estadounidenses, para quienes la memoria de su existencia se había desvanecido desde los días del boicot a la madera soviética en los años veinte. Estos informes circularon ampliamente, y en 1949, en un intento de persuadir a las Naciones Unidas de investigar la práctica de los trabajos forzados en sus estados miembros, la AFL presentó a la

ONU un voluminoso cuerpo de pruebas de su existencia en la Unión Soviética:

> Hace menos de cuatro años, los trabajadores del mundo lograron su primera victoria, la victoria contra el totalitarismo nazi, después de una guerra librada con los mayores sacrificios, librada contra la política nazi de esclavización de todos los pueblos de los países que había invadido…
>
> Sin embargo, pese a la victoria aliada, al mundo le inquietan las comunicaciones que parecen indicar que los males que hemos luchado por erradicar, y por cuya derrota tantos han muerto, todavía siguen floreciendo en varias zonas del planeta…[18]

La guerra fría había comenzado.

Mientras Alemania se derrumbaba, los pensamientos de Stalin se volvieron al acuerdo de posguerra. Sus planes de atraer la Europa central a la esfera soviética de influencia se consolidaron. No es una coincidencia que el NKVD entrara también en lo que puede definirse como su fase expansiva «internacionalista». «Esta guerra no es semejante a las del pasado», subrayó Stalin en una conversación con Tito, grabada por el comunista yugoslavo Milovan Djilas: «Quienquiera que ocupa un territorio impone también su propio sistema social. Cada cual impone su propio sistema social hasta donde pueda llegar con su ejército».[19] Los campos de concentración eran parte fundamental del «sistema social» soviético, y como la guerra llegaba a su fin, la seguridad del Estado soviética comenzó a exportar sus métodos y su personal a la Europa ocupada por los soviéticos, enseñando a sus nuevos adláteres extranjeros los regímenes y métodos de campos que habían perfeccionado en su país.

De los campos creados en los países que constituirían el «bloque soviético» de Europa oriental, los establecidos en Alemania oriental fueron quizá los más brutales. Cuando el Ejército Rojo marchaba a través de Alemania en 1945, el mando militar soviético comenzó a construirlos enseguida, estableciendo once de estos *spetslagerya* (campos de concentración «de destino especial») en total. Dos de ellos, Sachsenhausen y Buchenwald estuvieron ubicados en el antiguo emplazamiento de los campos de concentración nazis. Todos estaban bajo el control directo del NKVD, que los organizó y dirigió del mismo modo que dirigía los campos del Gulag en Rusia, con cuotas de trabajo, raciones mínimas y barracones abarrotados. En los años de hambruna de la posguerra, estos campos alemanes parecen haber sido más mortíferos que sus homólogos soviéticos. Casi 240 000 prisioneros, en su mayoría presos políticos, pasaron por ellos durante

los primeros cinco años de existencia. Se cree que de estos murieron 95 000, más de un tercio. Si la vida de los prisioneros soviéticos nunca fue especialmente importante para las autoridades soviéticas, la vida de los «fascistas» alemanes importaba aún menos.

En su mayor parte, los reclusos de los campos de la Alemania del Este no eran nazis de alto rango o criminales de guerra conocidos. Por lo general, este tipo de prisioneros fue llevado a Moscú, interrogado e internado directamente en los campos de prisioneros de guerra soviéticos o en el Gulag. Los *spetslagerya* estaban destinados a cumplir la misma función que las deportaciones polaca y báltica: fueron concebidos para quebrar la espina dorsal de la burguesía alemana. Por consiguiente, no retenían a destacados nazis o criminales de guerra, sino a jueces, abogados, empresarios, hombres de negocios, médicos y periodistas. Entre ellos había algunos opositores alemanes a Hitler, a quienes la Unión Soviética paradójicamente también temía. Cualquiera que se hubiera atrevido a combatir a los nazis, después de todo, podía osar combatir al Ejército Rojo.[20]

El NKVD recluyó el mismo tipo de personas en los campos de prisioneros húngaros y checoslovacos, estableció servicios locales de policía secreta, con asesoría soviética, a medida que el Partido Comunista consolidó su poder en Praga, en 1948, y en Budapest, en 1949. El sistema checo tenía una característica especial: una serie de dieciocho *lagpunkts*, agrupados alrededor de las minas de uranio de Yachimov. Retrospectivamente, es evidente que los presos políticos con condenas largas (homólogos de los reclusos soviéticos sentenciados a la *katorga*) fueron enviados a estos yacimientos mineros a morir. Aunque trabajaban en la extracción de uranio para el nuevo proyecto de la bomba atómica soviética, no se les proveyó de vestuario especial ni de ningún tipo de protección. Se sabe que la tasa de mortalidad era alta, aunque su nivel exacto todavía no se conoce.[21]

En Polonia, la situación era más complicada. Al final de la guerra, una proporción significativa de la población polaca vivía en los campos: campos de personas desplazadas (judíos, ucranianos, antiguos trabajadores esclavos de los nazis), campos de detención (alemanes y *Volksdeutsch*, polacos que habían reivindicado su ascendiente alemán) o campos de prisioneros. El Ejército Rojo estableció algunos de sus campos de prisioneros de guerra en Polonia, llenándolos no solo de prisioneros alemanes, sino de miembros del Ejército

Patriótico polaco, veteranos de la guerra contra la Alemania nazi que se habían reorganizado para luchar contra la ocupación soviética. Muchos de ellos fueron deportados a la Unión Soviética, pero en 1954 todavía había 84 200 prisioneros confinados en Polonia.[22]

También había campos en Rumanía, en Bulgaria, y (pese a su reputación antisoviética) en la Yugoslavia de Tito. Como los campos centroeuropeos, estos campos balcánicos comenzaron pareciéndose al Gulag, pero con el tiempo se fueron diferenciando. La mayoría habían sido creados por la policía local, con asesoría y orientación soviéticas. Al parecer, la *Securitate*, la seguridad del Estado rumana, trabajó a las órdenes directas de sus colegas soviéticos. Quizá por esa razón los campos rumanos son más parecidos al Gulag, y emprendieron ambiciosos proyectos absurdos, tales como los que Stalin promovió en la Unión Soviética. El más famoso, el canal del Danubio al mar Negro, parece no haber tenido ninguna función económica. Hasta el día de hoy, está tan vacío y desierto como el canal del mar Blanco al que se parece de forma tan misteriosa. Según un eslogan propagandístico, «¡El canal del Danubio al mar Negro es la tumba de la burguesía rumana!». En efecto, dado que unas 200 000 personas murieron en su construcción, ese pudo ser el verdadero propósito del canal.[23] Los campos búlgaros y yugoslavos se atenían a unos principios diferentes. La policía búlgara parece haber estado menos preocupada por cumplir un plan y más interesada en castigar a los reclusos.

A diferencia del Gulag, la mayoría de estos campos no duró, y muchos se cerraron antes de la muerte de Stalin. Los *spetslagerya* fueron desmantelados en 1950, sobre todo porque contribuían a la profunda impopularidad del Partido Comunista Alemán Oriental. Para mejorar la imagen del nuevo régimen, e impedir que huyeran más alemanes a Occidente, que entonces todavía era posible, la seguridad del Estado de Alemania oriental en verdad cuidó que los prisioneros recuperaran la salud antes de soltarlos y les dio nueva ropa. No todos pudieron marchar: los más serios opositores políticos al nuevo orden fueron deportados a la Unión Soviética (como los polacos arrestados en este período). Los miembros de las cuadrillas de sepultureros de los *spetslagerya* parecen haber sido deportados también, pues de otro modo podrían haber denunciado la existencia de fosas comunes en los campos, que no fueron ubicadas y abiertas hasta los años noventa.[24]

Los campos checos tampoco duraron: alcanzaron su apogeo en 1949, y a partir de entonces comenzaron a reducirse antes de desaparecer por completo. El dirigente húngaro Imre Nagy liquidó los campos de su país inmediatamente después de la muerte de Stalin, en julio de 1953. Los comunistas búlgaros, por otra parte, mantuvieron varios campos de trabajos forzados hasta avanzada la década de 1970, mucho después de que el sistema soviético de campos hubiera sido desmantelado.[25]

En realidad, la política de exportar el Gulag tuvo su impacto más duradero fuera de Europa. A comienzos de los años cincuenta, en el mejor momento de la colaboración chino-soviética, los expertos soviéticos ayudaron a establecer varios campos chinos y organizaron brigadas de trabajos forzados en la mina de carbón cerca de Fushun. Los campos chinos (*laogai*) todavía existen, aunque apenas se parecen a los campos estalinistas a los que debían imitar. Son todavía campos de trabajo, y después de una sentencia en uno de ellos habitualmente sigue un período de destierro, igual que en el sistema de Stalin, pero los jefes de campo parecen menos obsesionados con las cuotas y planes de trabajo. En cambio, se concentran en una rígida forma de «reeducación». La expiación y la humillación ritual de los prisioneros ante el partido parece importar a las autoridades tanto, si no más, que los bienes que los prisioneros puedan producir.[26]

En suma, los detalles de la vida cotidiana en los campos de los estados satélites y aliados de los soviéticos (para qué fueron utilizados, cuánto duraron, cuán desorganizados o rígidos fueron, cuán crueles o tolerantes), dependían de cada país en particular y de su cultura específica. Era relativamente fácil para otras naciones alterar el modelo soviético para satisfacer sus propias necesidades. O quizá debo decir que *es* relativamente fácil.

Una asociación de Seúl que vela por los derechos humanos estima que unos 200 000 norcoreanos permanecen confinados en campos de prisioneros, por «delitos» tales como leer un periódico extranjero, oír una emisora de radio extranjera, hablar con un extranjero, o «insultar a la autoridad» de la cúpula de Corea del Norte. Se cree que unos 400 000 han muerto como prisioneros en esos campos.[27]

Tampoco los campos de Corea del Norte se limitan a ese país. En 2001, el periódico *Moscow Times* informó que el gobierno norcoreano estaba pagando

sus deudas a Rusia enviando cuadrillas de obreros a trabajar en los campos mineros y madereros, estrechamente vigilados, en zonas aisladas de Siberia. Los campos («un estado dentro de otro estado») tienen sus propias redes de distribución de alimentos, su propia prisión interior y sus guardias. Se cree que hay unos 6000 trabajadores; no está claro si se les paga o no, pero ciertamente no tienen la libertad de marcharse.[28]

En otras palabras, la idea del campo de concentración no solo es lo bastante general como para exportarla, también es lo bastante persistente como para perdurar hasta el día de hoy.

22

El apogeo del complejo industrial de campos

A los diecisiete, nos gustaba estudiar.
A los veinte, aprendíamos a morir.
Saber si nos permiten vivir
esto significa que nada ha pasado, todavía.

A los veinticinco, aprendíamos a cambiar
la vida por pescado seco, leña y patatas…

¿Qué quedaba por aprender a los treinta?
Hemos saltado muchas páginas,
quizá hemos aprendido que la vida es corta,
pero entonces, ya sabíamos eso a los veinte…

MIJAÍL FROLOVSKI, «Mi generación»[1]

Entretanto, 1949, el hermano gemelo de 1937, avanzaba en nuestro país, en toda la Europa oriental, y antes que en otras partes, en los lugares de prisión y destierro.

EVGENIYA GUINZBURG, *Within the Whirlwind*[2]

Al finalizar la guerra, hubo desfiles de la victoria y reencuentros emocionados; se difundió la convicción de que la vida sería (o debería ser) más fácil. Millones de hombres y mujeres habían soportado terribles privaciones para ganar la guerra; ahora deseaban una vida más llevadera. En el campo, los rumores de que se abolirían las granjas colectivas se difundieron rápidamente. En las ciudades, la gente se quejaba abiertamente de los altos precios de los alimentos racionados. La guerra también había dado a conocer a los ciudadanos soviéticos, tanto soldados como trabajadores esclavos, las comodidades relativas de la vida en Occidente, y que el régimen soviético no podía afirmar plausiblemente, como había hecho antes, que el trabajador occidental era mucho más pobre que su

homólogo soviético.[3]

Hacia la primavera de 1945 había grandes esperanzas entre los prisioneros. En enero de ese año, las autoridades habían declarado otra amnistía general para las mujeres que estaban embarazadas o tenían niños pequeños y muchas (734-785 para ser precisos) habían sido liberadas.[4] Las restricciones del período de la guerra se estaban relajando. Los prisioneros pudieron recibir alimentos y ropa de sus familias. No fue la compasión la que había inspirado estas nuevas normas. La amnistía de las mujeres, que excluía a las presas políticas por supuesto, no representaba un cambio de fondo, era una respuesta al asombroso aumento de huérfanos y el consiguiente problema de los niños sin hogar, del vandalismo y de las pandillas de niños delincuentes en toda la URSS: las madres fueron consideradas como parte de la solución. La suspensión de las restricciones a los paquetes no procedía de la bondad, sino de un intento de amortiguar el impacto de la hambruna de la posguerra: los campos no podían alimentar a los prisioneros, de modo que ¿por qué no dejar que las familias contribuyeran? Una directriz central declaraba severamente que «en la cuestión de prisioneros», los paquetes de comida y ropa debían ser tratados como un suplemento importante.[5] Sin embargo, muchos interpretaron estos decretos con esperanza, como heraldos de una nueva época de tolerancia.

No sería así. En el año de la victoria comenzó la guerra fría. Las bombas atómicas lanzadas por Estados Unidos en Hiroshima y Nagasaki persuadieron a la cúpula soviética de que su economía debía centrarse en la producción industrial y militar, no en la elaboración de frigoríficos o de zapatos para niños.

Dio la casualidad que el surgimiento de una nueva amenaza a la Unión Soviética encajaba en los proyectos de Stalin: era la excusa que necesitaba para hacer más riguroso una vez más su control sobre el pueblo, expuesto como había estado a la influencia corruptora del mundo exterior. Por lo tanto, ordenó a sus subordinados «atajar» cualquier rumor sobre la democracia, incluso antes de que tal opinión se hubiera propagado.[6] También fortaleció y reorganizó el NKVD, que se dividió en dos cuerpos burocráticos en marzo de 1946. El Ministerio del Interior (el MVD) continuó controlando el Gulag y los pueblos de desterrados, convirtiéndose efectivamente en el ministerio del trabajo forzado. El otro, con una burocracia más glamurosa, el MGB, después llamado KGB, tendría el control del espionaje y el contraespionaje en el exterior, de los guardias

fronterizos y, en última instancia, de la vigilancia de los opositores al régimen también.[7]

Finalmente, en vez de relajar la represión en la posguerra, la cúpula soviética emprendió una nueva serie de arrestos, atacando de nuevo al ejército, así como a las minorías étnicas, incluidos los judíos soviéticos. Una a una, la policía secreta «descubría» conspiraciones juveniles antiestalinistas casi en cada ciudad del país.[8] En 1947, nuevas leyes prohibieron matrimonios, y en realidad toda relación sentimental, entre ciudadanos soviéticos y extranjeros. Los académicos soviéticos que compartieran información científica con sus colegas del exterior podían ser encausados penalmente. En 1948, las autoridades apresaron a unos 23 000 campesinos, acusándolos de no haber trabajado las jornadas obligatorias durante el año anterior, y fueron deportados a lugares remotos sin ningún proceso ni investigación.[9]

Gracias a estas nuevas aportaciones, el Gulag no se redujo en la posguerra. Por el contrario, se expandió, alcanzando el nivel más alto a comienzos de los años cincuenta. Según las estadísticas oficiales, el 1 de enero de 1950 había 2 561 351 prisioneros en los campos y colonias del sistema del Gulag, un millón más de los que había habido en 1945, cinco años atrás.[10] El número de desterrados especiales también aumentó, debido al incremento de las operaciones de deportación en los países bálticos, Moldavia y Ucrania, deliberadamente concebidos para completar la «sovietización» de estos pueblos. Y aproximadamente en la misma época, el NKVD resolvió, de una vez por todas, la espinosa cuestión del futuro de los desterrados, decretando que todos los deportados habían sido desterrados «a perpetuidad», junto con sus hijos. En la década de 1950, el número de desterrados se aproximaba al número de prisioneros en los campos.[11]

El segundo semestre de 1948 y el primero de 1949 trajo una tragedia inesperada a los antiguos reclusos del Gulag: una serie de arrestos, o mejor el segundo arresto de antiguos prisioneros, la mayoría de los cuales ya habían sido detenidos en 1937-1938, habían sido condenados a diez años y acababan de ser liberados. Los segundos arrestos fueron sistemáticos y generalizados, pero curiosamente no hubo derramamiento de sangre. Las nuevas investigaciones fueron raras y los prisioneros solo fueron sometidos a interrogatorios rutinarios.[12] Las colectividades de deportados de Magadán y del valle de Kolimá supieron

que algo iba mal cuando oyeron hablar del arresto de los antiguos «políticos» cuyos nombres comenzaban con las tres primeras letras del alfabeto cirílico: se dieron cuenta de que la seguridad del Estado estaba volviendo a arrestar a personas en orden alfabético.[13] No se podía decidir si era gracioso o trágico. Evgeniya Guinzburg escribió que mientras «en el 37 el mal había tomado un aspecto trágico monumental … en el 49, la serpiente georgiana, bostezando de hartazgo, preparaba una relación alfabética de aquellos a los que había que exterminar…».[14]

Mayoritariamente los arrestados por segunda vez hablan de un sentimiento de indiferencia. El primer arresto había sido un golpe, pero también una experiencia de aprendizaje: muchos se habían visto obligados a afrontar la verdad sobre el sistema político por primera vez. El segundo arresto no implicaba un nuevo conocimiento. «En el 49 yo ya sabía que el sufrimiento puede purificar a uno hasta cierto punto. Cuando se arrastra durante décadas y se convierte en una cuestión rutinaria, ya no purifica, simplemente adormece todas las sensaciones —escribía Guinzburg—: después de mi segundo arresto, de seguro me volvería un objeto de madera.»[15]

Cuando la policía la fue a buscar, Olga Adamova-Sliozberg se dispuso a recoger sus pertenencias, pero se detuvo y pensó: «¿Para qué molestarme en llevar algo? Los niños harán mejor uso de mis cosas que yo. Obviamente, esta vez no sobreviviré; ¿cómo podría aguantar?».[16]

La mayoría de los arrestados por segunda vez no fueron enviados de nuevo a los campos, sino al destierro, generalmente a regiones remotas y poco pobladas del país: Kolimá, Krasnoyarsk, Novosibirsk, Kazajstán.[17] Allí, muchos vivirían una existencia de tedio implacable. Rechazados por las comunidades locales como «enemigos», tenían dificultades para encontrar vivienda y trabajo. Nadie deseaba ser asociado a un espía o a un saboteador.

Para las víctimas, el plan de Stalin era bastante claro: a nadie que hubiera recibido una sentencia por espionaje, sabotaje o cualquier forma de oposición política se le debía permitir regresar a su hogar. Si se los liberaba, se les daría «pasaportes de lobo», que les prohibían vivir cerca de una gran ciudad, y estarían siempre a merced de un nuevo arresto. El Gulag, y el sistema de destierro que lo complementaba, no eran ya castigos temporales. Para los condenados a ellos, se habían convertido en un modo de vida.

Pero la guerra tuvo un impacto duradero en el sistema de campos, aunque fuera difícil de cuantificar. Las normas y reglamentos del campo no fueron más flexibles después de la victoria, pero los prisioneros habían cambiado, en especial los presos políticos.

En primer lugar, había más. El desorden demográfico de los años bélicos, y las amnistías que habían excluido específicamente a los presos políticos, habían dejado un porcentaje mucho más alto de ellos en los campos. El 1 de julio de 1946, más del 35% de los prisioneros de todo el sistema había sido sentenciado por delitos «contrarrevolucionarios». En ciertos campos ese porcentaje era mucho más elevado, más del 50%.[18]

Aunque la cifra global bajaría otra vez, la posición de los presos políticos también había cambiado. Era una nueva generación con una serie de experiencias diferentes. Los presos políticos arrestados en los años treinta, y sobre todo los arrestados en 1937-1938, habían sido intelectuales, militantes del partido y trabajadores. La mayoría se habían sentido sorprendidos por el hecho, carecían de preparación para la vida en prisión y de resistencia física para el trabajo forzado. En la inmediata posguerra, sin embargo, entre los presos políticos había antiguos soldados del Ejército Rojo, oficiales del Ejército Patriótico polaco, guerrilleros ucranianos y bálticos, prisioneros de guerra japoneses y alemanes. Estos hombres y mujeres habían luchado en las trincheras, y habían dirigido tropas y conspiraciones, como recordaba un prisionero: «Al haber mirado a la muerte cara a cara, tras atravesar el fuego y el infierno de la guerra, y haber sobrevivido al hambre y la adversidad, eran una generación completamente distinta de los reclusos de antes de la guerra».[19]

Casi tan pronto como comenzó a aparecer en los campos al final de la guerra este nuevo tipo de prisionero, comenzó a crear problemas a las autoridades. En 1947, los delincuentes profesionales ya no tenían tanta facilidad para dominarlos. Entre los diversos clanes nacionales y criminales que dominaban la vida del campo, apareció una nueva facción: los *krasnye shpochki* o «boinas rojas». Por lo general eran antiguos soldados o partisanos, que se habían unido para luchar contra la hegemonía de los ladrones (y por extensión, contra la jefatura que los toleraba). Tales grupos operaron hasta avanzada la década siguiente, pese a los intentos de dividirlos. En el invierno de 1954-1955, Viktor

Bulgakov, entonces prisionero en Intá, un campamento minero en el extremo norte, en la región de Vorkutá, presenció un intento de la dirección de «quebrar» a un grupo de políticos importando un contingente de sesenta ladrones en su campo. Los ladrones, armados, se prepararon para atacar a los políticos:

> De pronto empuñaron las «armas frías» [cuchillos], como era previsible en una situación como esta … sabíamos que habían robado el dinero y las pertenencias de un anciano. Les pedimos que las devolvieran, pero no estaban acostumbrados a hacerlo. De modo que a eso de las dos de la mañana, justo cuando clareaba, rodeamos su barracón y comenzamos a atacar. Comenzamos a batirlos, y les dimos hasta que no pudieron levantarse. Uno saltó por la ventana… corrió a la *vajta* y se cayó en el umbral. Pero cuando llegó la guardia, allí no quedaba nadie … Se llevaron a los ladrones fuera de la zona.[20]

Pero los mandos tomaron nota. Si los presos políticos podían agruparse para combatir a los ladrones, también podían hacerlo para luchar contra los jefes del campo. En 1948, previendo una rebelión, los directores del Gulag en Moscú ordenaron que los presos políticos «más peligrosos» fueran llevados a un nuevo conjunto de «campos de destino especial» (*osobye lagerya*). Específicamente concebidos para «espías, diversionistas, terroristas, trotskistas, derechistas, mencheviques, eseristas, anarquistas, nacionalistas, emigrados blancos y miembros de otras organizaciones antisoviéticas», los campos de destino especial eran una extensión del régimen de la *katorga*, y presentaban muchas de sus características: uniformes a rayas, números en la frente, la espalda y el pecho, ventanas con barrotes, y el cierre de los barracones por la noche. A los prisioneros solo se les permitía un contacto mínimo con el mundo exterior, en algunos casos dos cartas al año. La correspondencia con otras personas que no fueran miembros de su familia estaba estrictamente prohibida. La jornada tenía diez horas, y los prisioneros no podían trabajar en otra actividad que no fuera el trabajo manual. Las instalaciones sanitarias se mantenían al mínimo: no se establecieron «campos de inválidos» en los complejos de campos de destino especial.[21]

Como los *lagpunkts* sujetos al régimen de la *katorga*, con los que superponían, los campos de destino especial se instalaron exclusivamente en las regiones más inhóspitas del país, en Intá, Vorkutá, Norilsk y Kolimá, campos mineros cercanos al Círculo Polar Ártico o por encima de este, así como en el desierto de Kazajstán y en los lóbregos bosques de Mordovia. En realidad, eran

campos dentro de otros campos, pues la mayoría estaban situados en los complejos de trabajo forzado existentes. Solo una cosa los distinguía. Con un toque inesperadamente poético, las autoridades del Gulag les dieron nombres derivados del paisaje: Mineral, Montaña, Roble, Estepa, Litoral, Río, Lago, Arena y Prado, entre otros. El objetivo previsible era el encubrimiento (ocultar la naturaleza de los campos), ya que no había robles en el campo del Roble, ni desde luego ningún litoral en el campo del Litoral. Muy pronto, por supuesto, los nombres se abreviaron, como era la costumbre soviética, a Minlag, Gorlag, Dubravlag, Steplag, y así sucesivamente. A comienzos de 1953, había 210 000 personas en los diez campos de destino especial.[22]

Pero el aislamiento de los presos políticos «más peligrosos» no los hizo más dóciles. Por el contrario, los campos de destino especial libraron a los presos políticos de los constantes conflictos con los delincuentes, y de la influencia mitigadora de otros prisioneros. Dejados a sus anchas, su oposición al sistema aumentó: era 1948, no 1937. A la larga, se embarcarían en una lucha prolongada, decidida y sin precedentes con las autoridades.

Cuando los mecanismos represivos comenzaron a presionar de nuevo, los presos políticos no fueron los únicos que quedaron sujetos a su dogal. Ahora los beneficios importaban más que nunca, y los jefes del Gulag comenzaron a reconsiderar su actitud hacia los delincuentes profesionales. Su corrupción, ociosidad y conducta desafiante con los guardias perjudicaban la productividad de los campos. Ahora que no controlaban a los prisioneros políticos, tampoco aportaban un beneficio correlativo. Aunque los delincuentes nunca suscitaron la misma animosidad que los presos políticos, y aunque nunca recibieron el mismo trato odioso de los guardias del campo, en la posguerra la cúpula del Gulag decidió poner fin al predominio de los delincuentes en los campos y eliminar para siempre a los «ladrones decentes» que rehusaran trabajar.

En la práctica, la guerra del Gulag contra los ladrones adoptó una forma directa y otra encubierta. Para comenzar, los hampones más peligrosos y recalcitrantes fueron simplemente separados de los demás reclusos y se les impusieron sentencias más largas (diez, quince, veinticinco años).[23] En el invierno de 1948, el Gulag también requirió la creación de *lagpunkts* de un régimen estricto para delincuentes reincidentes. Según las instrucciones dictadas

por Moscú, solo los guardias de campo más disciplinados y «los más sanos físicamente» podrían trabajar en ellos, y debían estar rodeados de vallas reforzadas muy altas. En instrucciones separadas se dieron las especificaciones. El Gulag requirió la creación de veintisiete de esos campos inmediatamente, para más de 115 000 reclusos.[24]

Desgraciadamente, muy poco se sabe sobre la vida cotidiana de esos *lagpunkts*, ni si todos fueron establecidos: en el caso de haber sobrevivido, es menos probable que estos delincuentes escribieran sus memorias que los que estaban en los campos comunes. Un régimen más estricto y sentencias más largas no eran las únicas armas de los mandos contra los jefes del hampa. En la Europa central, la gran fuerza de la Unión Soviética como potencia ocupante se basó en su capacidad para corromper a las élites locales, en lograr que colaboraran de manera voluntaria para oprimir a su propio pueblo. Los mismos métodos fueron utilizados para controlar a la élite criminal de los campos. El método era sencillo: se ofrecían privilegios y trato especial a los delincuentes profesionales (los «ladrones decentes») que abandonaran sus «leyes» y colaboraran con las autoridades. Aquellos que aceptaban recibirían completa libertad para abusar de sus antiguos camaradas, incluso para torturarlos y asesinarlos, mientras que los guardias del campo harían la vista gorda. Estos colaboradores del hampa corruptos serían llamados *suki* o «putas», y las violentas refriegas que se produjeron entre ellos y el resto de delincuentes profesionales llegaron a ser conocidas como «batallas entre putas y ladrones».

Como la lucha de los presos políticos por la supervivencia, la guerra de los ladrones fue uno de los elementos decisivos de la vida en los campos de la posguerra. Aunque los conflictos entre bandas de delincuentes ya tenían precedentes, ninguno había sido tan brutal ni tan clara y abiertamente provocado: los enfrentamientos simultáneos que estallaron en todo el sistema de campos en 1948 dejaron pocas dudas sobre el papel de los mandos.[25] Muchísimas memorias han documentado aspectos de esta lucha, aunque la mayoría de los que escribieron no tomaron parte en ellas. En cambio, los observaron como testigos horrorizados y a veces como víctimas:

> Los ladrones y las putas pelean a muerte —escribió Anatoli Zhigulin—: los ladrones que se encuentran en un *lagpunkt* de putas, si no se han escondido en un pabellón de castigo, tienen un dilema: o morir o convertirse en puta. De igual modo, si un gran grupo de ladrones llega a un

> *lagpunkt*, todas las putas se esconden en el pabellón de castigo, pues el poder ha cambiado de manos … cuando cambia el régimen, a menudo el resultado es sangriento.[26]

Otro presenció el resultado de una de sus batallas:

> Al cabo de una hora y media, los ladrones de nuestro grupo fueron traídos de vuelta y lanzados al suelo. Estaban irreconocibles. Les habían rasgado y quitado toda la buena ropa. En cambio, les habían dado las chaquetas andrajosas del campo, y en vez de botas llevaban peales. Los habían golpeado como animales, muchos habían perdido los dientes. Uno no podía levantar el brazo: se lo habían roto con un tubo de hierro.[27]

Los prisioneros no delincuentes a veces acababan implicados en las batallas, en especial cuando los jefes del campo daban amplios poderes a las putas. Aunque «no vale la pena idealizar a los ladrones y a los policías, que es lo que hacen en la vida y en el folklore», Zhigulin continuaba:

> En las prisiones y los campos las putas eran verdaderamente terribles con los prisioneros ordinarios. Servían fielmente a los directores de prisión, trabajaban como capataces, comandantes, jefes de brigada. Se comportaban como bestias con los trabajadores comunes, los desplumaban, quitándoles todas sus pertenencias, hasta la última hilacha de ropa. Las putas no solo eran delatores: también realizaban asesinatos de acuerdo con los jefes del campo. La vida de los prisioneros en los campos dirigidos por putas era en verdad muy difícil.

Pero era la posguerra, y los presos políticos ya no estaban indefensos frente a tales acosos. En el campo de Zhigulin, un grupo de antiguos soldados del Ejército Rojo logró dar una paliza al séquito de la odiada «puta» que era el jefe del *lagpunkt*, y después lo mataron, atándolo a una de las máquinas para cortar madera. Cuando el resto de las putas se encerraron en los barracones, los presos políticos les enviaron un mensaje: si decapitaban al sustituto del jefe y mostraban su cabeza por la ventana, se les perdonaría la vida. Así lo hicieron.[28]

La guerra abierta se volvió tan espantosa que incluso las autoridades se cansaron de ella. En 1954, el MVD propuso que los jefes de campo designaran «campos separados para la reclusión de ciertas categorías de reincidentes», y se aseguraran de la «reclusión por separado de los prisioneros» amenazados. El «aislamiento de grupos hostiles entre sí» fue una de las formas de evitar más derramamiento de sangre. La guerra había comenzado porque las autoridades deseaban conseguir el control sobre los ladrones, y terminó porque las autoridades perdieron el control de la guerra.[29]

A comienzos de los años cincuenta, los amos del Gulag se encontraron en una situación paradójica. Habían querido someter a los delincuentes reincidentes para aumentar la producción y asegurar el funcionamiento sin tropiezos de las empresas del campo. Habían querido aislar a los contrarrevolucionarios para impedir que contagiaran a otros prisioneros con sus peligrosas opiniones. Sin embargo, al apretar el dogal represor habían hecho más ardua su tarea. La rebeldía de los presos políticos y las guerras de los hampones aceleraron el comienzo de una crisis aún más profunda: finalmente, las autoridades comprendieron que los campos eran antieconómicos, corruptos y, sobre todo, no rentables.

O, más bien, lo comprendieron todos excepto Stalin. Una vez más, la obsesión represiva de Stalin y su dedicación a la economía del trabajo esclavo encajaban tan nítidamente que a los observadores coetáneos les resultaba difícil decidir si aumentaba el número de arrestos para construir más campos, o si construía más campos para dar cabida al número de arrestados.[30] En la década de 1940, Stalin porfió en dar más poder económico al MVD, hasta el punto de que en 1952, un año antes de su muerte, el MVD controlaba el 9% de la inversión de capital en Rusia, más que ningún otro ministerio. El plan quinquenal para los años 1951-1955 requería que esta inversión sumara más del doble.[31]

Una vez más, Stalin lanzó una serie de espectaculares y llamativos proyectos de construcción para el Gulag, que evocaban los que había apoyado en la década de 1930. Por insistencia personal de Stalin, el MVD construyó una nueva planta de producción de amianto, un proyecto que exigía un alto nivel de especialización tecnológica, precisamente del tipo que el Gulag podía proporcionar con dificultad. Stalin también abogó personalmente por la construcción de un ramal de ferrocarril en la tundra ártica, desde Salejard a Igarka, un proyecto que llegó a ser conocido como «la ruta de la muerte».[32] Los años finales de la década de 1940 fueron también la época de los canales Volga-Don, Volga-mar Báltico y Gran Turcomán, así como de las centrales eléctricas de Stalingrado y Kuibyshev, esta última la más grande del mundo. En 1950, el MVD también comenzó a construir un túnel, una línea de ferrocarril a la isla de Sajalín, un proyecto que requeriría muchas decenas de miles de prisioneros.[33]

Esta vez no hubo un Gorki que entonara alabanzas a las nuevas construcciones estalinistas. Por el contrario, los nuevos proyectos eran generalmente considerados desmesurados y antieconómicos. Aunque no hubo objeciones públicas a estos proyectos en vida de Stalin, varios de ellos (incluidos «la ruta de la muerte» y el túnel de Sajalín) fueron interrumpidos a los pocos días de su muerte. Al fin había quedado patente la absoluta inutilidad de este derroche de recursos humanos, tal como demuestran los archivos del Gulag. Una inspección realizada en 1951 mostró que una vía de 83 kilómetros del ferrocarril septentrional, construida con gran gasto y el coste de muchas vidas, no había sido utilizada en tres años. Otros 370 kilómetros de carretera de un coste similar no habían sido utilizados en dieciocho meses.[34]

En 1953, otra inspección realizada por orden del comité central mostraba que el coste de mantenimiento de los campos excedía en mucho cualquier beneficio derivado del trabajo de los reclusos. En 1952, en efecto, el Estado había subvencionado el Gulag con 2300 millones de rublos, más del 16% de la asignación presupuestaria total del Estado.[35]

Los directores del Gulag en Moscú eran muy conscientes de la generalizada insatisfacción y agitación que reinaba en el interior de los campos. En 1951, la negativa masiva a trabajar, tanto por parte de los delincuentes prisioneros como de los presos políticos, había llegado a un punto de crisis: ese año, el MVD calculó que había perdido más de un millón de jornadas debido a huelgas y protestas. En 1952, este número se duplicó. Según las estadísticas del Gulag, en 1952 el 32% de los prisioneros no habían cumplido con la cuota de trabajo asignada.[36] La lista de huelgas y protestas importantes en los años de 1950-1952, recopilada por las propias autoridades, es sorprendentemente larga.[37]

Tan mala se estaba tornando la situación que, en enero de 1952, el jefe de Norilsk envió una carta al general Iván Dolgij, entonces comandante en jefe del Gulag, relacionando los pasos que había dado para conjurar el peligro de una rebelión. Sugirió abandonar amplias zonas de producción donde los prisioneros no podían ser supervisados, duplicar el número de guardias (lo cual consideraba difícil) y aislar a las distintas facciones de prisioneros. No sería fácil, escribió: «Dado el gran número de prisioneros que pertenecen a una u otra facción rival, tendríamos suerte si pudiéramos aislar a los jefes». Asimismo proponía aislar a los trabajadores libres de los prisioneros en las zonas de producción, y

finalmente añadía que sería bastante útil soltar a 15 000 prisioneros sin demora, ya que serían más productivos como trabajadores libres. No es necesario mencionar que esta sugerencia implícitamente ponía en duda toda la lógica del trabajo forzado.[38]

Había otros en la cúpula de la jerarquía soviética que estaban de acuerdo. «Ahora tenemos necesidad de tecnología de primera clase», concedía Kruglov, entonces jefe del MVD. Sin duda, la tecnología de tercera que se hallaba en el Gulag ya no era considerada suficiente. El 25 de agosto de 1949, en una reunión del comité central, se debatió una carta enviada por un prisionero llamado Zhdanov, un hombre educado, que escribía: «El déficit más importante del sistema del campo en realidad reside en el trabajo forzado. La productividad real del trabajo penitenciario es sumamente baja. En otras condiciones laborales, la mitad de las personas podrían duplicar el trabajo que los prisioneros realizan ahora».[39]

En respuesta a esta carta, Kruglov prometió elevar la productividad de los prisioneros, reinstaurando el salario para los trabajadores más laboriosos y la política de reducción de la condena por medio de la buena ejecución del trabajo. Nadie parece haber señalado que ambas formas de «estímulo» habían sido eliminadas a finales de los años treinta (la última por el propio Stalin), precisamente con el argumento de que reducían la rentabilidad de los campos.

Apenas si importaba, ya que los cambios no tuvieron ningún impacto. Muy poco dinero de los prisioneros llegó realmente a sus bolsillos: una investigación realizada después de la muerte de Stalin mostró que el Gulag y otras instituciones habían confiscado ilegalmente 126 000 000 de rublos de las cuentas personales de los prisioneros.[40] Es probable que estas nimias sumas de dinero que no llegaban a manos de los prisioneros fueran más problemáticas que provechosas. En muchos campos, los jefes del hampa establecieron sistemas de recaudación y protección obligando a los prisioneros sometidos a ellos a pagar por el privilegio de no recibir una paliza o no ser asesinado. El dinero también llevó vodka a los campos y después drogas.[41]

La promesa de la reducción de las penas por un trabajo más intenso pudo contribuir a aumentar el entusiasmo de los trabajadores. En efecto, el MVD apoyó con decisión esta política, y en 1952 propuso liberar a un gran grupo de prisioneros de tres de las empresas septentrionales más grandes: las minas de

carbón de Vorkutá e Intá, y la refinería de petróleo de Ujtinsky, y emplearlos como trabajadores libres. Al parecer incluso los gerentes del MVD preferían tratar con hombres libres que con prisioneros.[42]

Tan grandes eran las preocupaciones sobre la economía de los campos que Beria, en el otoño de 1950, ordenó a Kruglov inspeccionar el Gulag y averiguar la verdad. El informe de Kruglov asegura que los prisioneros «empleados» por el MVD no eran menos productivos que los trabajadores comunes. Sí concede, no obstante, que el precio de mantener a los prisioneros, el coste del alimento, el vestido, los barracones y, sobre todo, los guardias (ahora necesarios en mayor número que antes), excedía en mucho los costes laborales de los trabajadores libres.[43]

En otras palabras, los campos no eran rentables, y muchas personas lo sabían. Pero nadie, ni siquiera Beria, se atrevió a tomar ninguna medida en vida de Stalin, lo que quizá no es extraño. Para cualquiera que estuviera en el entorno de Stalin, los años 1950-1952 parece haber sido un tiempo especialmente peligroso para decirle al dictador que sus proyectos predilectos eran fracasos económicos. Aunque enfermo y moribundo, Stalin no se ablandaba con la edad. Por el contrario, se iba volviendo cada vez más paranoico, y se inclinaba ahora a ver conspiradores y tramadores por todas partes a su alrededor. En junio de 1951, inesperadamente ordenó el arresto de Abákumov, el jefe del contraespionaje soviético. En otoño de ese año, sin una consulta previa, dictó personalmente una resolución del comité central hablando de una «conspiración nacionalista mingrelia». Los mingrelios eran un grupo étnico de Georgia, cuyo miembro más prominente no era otro que el propio Beria. Durante todo el año 1952, una oleada de arrestos, saqueos y ejecuciones aplastó a la élite comunista georgiana, afectando a muchos de los colaboradores y protegidos de Beria. Es casi seguro que Stalin intentaba poner a Beria en el punto de mira de esta purga.[44]

Sin embargo, no habría sido la única víctima de la insania final de Stalin. En 1952, Stalin había comenzado a mostrar interés en perseguir a otro grupo étnico. En diciembre de ese año, Stalin dijo en una reunión del partido que «todo judío es un nacionalista, agente del espionaje estadounidense». Después, en enero de 1953, *Pravda*, el periódico del Partido Comunista, reveló la existencia del complot de los médicos: «Un grupo terrorista de médicos», se afirmaba, había

«formulado el objetivo de acortar la vida de figuras públicas activas en la Unión Soviética por medio de un tratamiento médico saboteador». Seis de los nueve «médicos terroristas» eran judíos. Todos fueron denunciados por sus presuntos vínculos con el Comité Judío Antifascista, cuya dirección en la época de la guerra (integrada por importantes escritores e intelectuales judíos) había sido sentenciada meses antes por el delito de promover el «cosmopolitismo».[45]

La conspiración de los médicos fue una ironía dramática y terrible. Solo diez años antes cientos de miles de judíos soviéticos que vivían en el oeste del país habían sido asesinados por Hitler. Otros cientos de miles habían huido de Polonia a la Unión Soviética en busca de protección frente a los nazis. Sin embargo, Stalin pasó sus últimos años planeando una serie de procesos espectaculares, otra oleada de ejecuciones en masa, y otra oleada de deportaciones. Pudo incluso haber planeado, a la larga, la deportación de todos los judíos residentes en las principales ciudades de la Unión Soviética al Asia central y a Siberia.[46]

El miedo y la paranoia recorrieron el país una vez más. Intelectuales judíos aterrorizados firmaron una petición para que se condenara a los médicos. Cientos de médicos judíos fueron arrestados. Otros perdieron sus puestos de trabajo, una oleada de antisemitismo agitó todo el país. Entonces, precisamente cuando la conspiración de los doctores parecía a punto de enviar a decenas de miles de nuevos prisioneros a los campos y al destierro, cuando el cerco se cerraba en torno a Beria y sus sicarios, y cuando el Gulag había entrado en lo que parecía ser una crisis económica insuperable, Stalin murió.

23

La muerte de Stalin

> Durante las últimas doce horas la falta de oxígeno se agudizó. Su rostro y sus labios se ennegrecieron mientras sufría una lenta asfixia. Su agonía fue terrible. Literalmente lo vimos ahogarse hasta morir. Cuando parecía a punto de expirar, abrió los ojos y miró a cada uno de los que estábamos presentes en la habitación. Fue una mirada terrible, demencial o quizá furiosa, y llena de miedo a la muerte…
>
> SVETLANA, hija de Stalin, describe los últimos momentos de su padre[1]

En los años treinta, muchos prisioneros soviéticos creían que el Gulag era un gran yerro, un enorme error que de alguna manera había pasado inadvertido a la amable mirada del camarada Stalin; hacia los años cincuenta muy pocos albergaban tales esperanzas. Según recuerda el médico de un campo, había una actitud franca: «La inmensa mayoría sabía y comprendía cómo era el hombre. Comprendían que era un tirano, que tenía a un gran país en la palma de la mano, y que el destino de cada prisionero, de alguna manera, estaba unido al de Stalin».[2]

Durante los últimos años de vida de Stalin, los prisioneros políticos rogaban por su caída, hablaban constantemente de su muerte, aunque con sutileza, para no atraer la atención de los delatores. Aunque estaba enfermo, mantuvieron la cautela. Cuando Maya Ulianovskaya escuchó la noticia de la que sería su última enfermedad respondió con prudencia: «¿Ah, sí? Cualquiera puede enfermar. Sus médicos son buenos, lo curarán», pues la mujer que la dio era considerada una delatora.[3]

Cuando su muerte fue anunciada por fin, el 5 de marzo de 1953, algunos mantuvieron la cautela. En Mordovia, los presos políticos ocultaron su emoción

celosamente, al temer que eso pudiera significar una segunda condena.[4] En Kolimá, las mujeres «gimieron y sollozaron por el fallecido».[5] En un *lagpunkt* de Norilsk, los prisioneros se reunieron en el patio y solemnemente escucharon la noticia de la muerte del «gran líder del pueblo soviético y de los hombres libres del mundo». Siguió un largo silencio. Entonces un prisionero levantó la mano: «Ciudadano jefe, mi esposa me ha enviado algún dinero, está en mi cuenta. No tiene ninguna utilidad aquí, de modo que me gustaría gastarlo en un ramo para nuestro amado líder. ¿Puedo hacerlo?».[6]

Pero otros se regocijaron abiertamente. En Steplag, hubo voces y gritos de celebración. En Viatlag, los prisioneros lanzaron sus gorras al aire y gritaron: «¡Hurra!».[7] Cualesquiera fueran sus sentimientos y se atrevieran o no a mostrarlos, los prisioneros y desterrados se convencieron de inmediato de que las cosas cambiarían. En el destierro en Karaganda, Olga Adamova-Sliozberg oyó las noticias, comenzó a temblar y se cubrió el rostro con las manos de modo que sus sospechosos colegas no viesen su alegría: «Ahora o nunca. Todo va a cambiar. Ahora o nunca».[8]

En otro *lagpunkt* de Vorkutá, Bernhard Roeder oyó la noticia en la radio del campo, mientras se estaba poniendo su traje de minero:

> Comenzaron a intercambiar miradas furtivas, el odio refulgía triunfante, murmullos, tartamudeos, gestos emocionados, pronto la sala se vació. Todos se apresuraron a divulgar la buena noticia … No se trabajó ese día en Vorkutá. La gente estaba en grupos, hablando alborotadamente … oímos a los guardias en las atalayas telefoneándose nerviosamente, y poco después, los primeros borrachos peleando.[9]

Entre los jefes de campo reinaba la confusión. Olga Vasileeva, que entonces trabajaba en la central del Gulag en Moscú, recuerda que lloró abiertamente: «Lloré y muchos otros lloraron, hombres y mujeres, todos lloraban sin esconderse…».[10] Al igual que millones de sus compatriotas, los empleados del Gulag lloraban no solo por el dirigente muerto, sino también de miedo por sí mismos y sus puestos de trabajo. El propio Jruschov escribió: «No solo lloraba por Stalin. Estaba profundamente preocupado por el futuro del país. Había oído decir que Beria comenzaba a dar órdenes a todos los que lo rodeaban y que esto podía ser el comienzo del fin».[11]

Por «el fin», por supuesto, quería decir su propio fin: de seguro que la muerte

de Stalin desataría un nuevo derramamiento de sangre. Tal como Jruschov había temido, Beria, que apenas podía contener su júbilo ante el cadáver de Stalin, asumió el poder y comenzó a hacer cambios con asombrosa rapidez. El 6 de marzo, antes de que Stalin hubiera sido enterrado, anunció la reorganización de la policía secreta. Dio instrucciones a su jefe de transferir la responsabilidad del Gulag al Ministerio de Justicia, manteniendo solo los campos de destino especial para presos políticos bajo la jurisdicción del MVD. Transfirió muchas empresas del Gulag a otros ministerios, forestales, de minería o manufacturas.[12] El 12 de marzo, Beria también canceló más de veinte de los proyectos emblemáticos del Gulag, fundándose en que no «satisfacían las necesidades de la economía nacional».

Dos semanas después, Beria escribió un memorándum al Presidium del Comité Central, exponiendo la situación de los campos de trabajo con sorprendente claridad. Informó que había 2 526 402 reclusos, de los cuales solo 221 435 eran realmente «peligrosos para el Estado», y abogó en favor de soltar a muchos de los que quedaban:

> Entre los prisioneros hay 438 788 mujeres, de las que 6286 están embarazadas y 35 505 están acompañadas por niños menores de dos años. Muchas mujeres tienen hijos menores de diez años, que están siendo criados por parientes o en hogares infantiles.
>
> De los prisioneros, 238 000 son ancianos (hombres y mujeres de más de 50 años) y 31 381 son jóvenes cuya edad está por debajo de los 18 años, la mayoría condenados por hurtos y vandalismo.
>
> Cerca de 198 000 prisioneros que viven en los campos padecen enfermedades graves e incurables, y son incapaces de trabajar.
>
> Es sabido que los prisioneros en los campos … dejan a sus parientes y allegados en situación muy precaria, con frecuencia rompiendo la familia, lo que acarrea consecuencias sumamente negativas, que arrastran el resto de su vida.[13]

Con estos argumentos de carácter humanitario, Beria pidió que se concediera una amnistía a todos los prisioneros con sentencias de cinco años o menos, a todas las mujeres embarazadas, a todas las mujeres con hijos pequeños y a todos los menores de dieciocho años (un millón de personas en total). La amnistía fue anunciada el 27 de marzo. La liberación comenzó de inmediato.[14]

Una semana después, el 4 de abril, Beria también suspendió la investigación de la conspiración de los médicos. Este fue el primero de los cambios visibles para el gran público. El anuncio apareció en *Pravda*: «Las personas acusadas de conducta inapropiada en la investigación han sido arrestadas y afrontarán la

responsabilidad penal».[15]

Las implicaciones eran notorias: había sido descubierto que la justicia estalinista era deficiente. En secreto, Beria hizo otros cambios. Prohibió que los cuadros de la policía secreta utilizaran la fuerza física contra los arrestados, poniendo fin a la tortura.[16] Intentó liberalizar la política hacia Ucrania occidental, los países bálticos, e incluso Alemania oriental, dando marcha atrás en las políticas de sovietización y rusificación que, en el caso de Ucrania, habían sido implementadas por el propio Jruschov.[17] En lo referente al Gulag, el 16 de junio puso todas sus cartas sobre la mesa y declaró abiertamente su intención de «liquidar el sistema de trabajo forzado, fundándose en su ineficiencia económica y su falta de perspectiva».[18]

Hasta hoy, los motivos de Beria para hacer estos rápidos cambios constituyen un misterio. Muchos han tratado de otorgarle el perfil de un liberal encubierto, indignado con el sistema estalinista y ansioso de reformas. Sus camaradas del partido sospecharon que estaba tratando de cosechar más poder para la seguridad del Estado, a costa del propio Partido Comunista: el hecho de liberar al MVD del costoso peso de los campos era simplemente una forma de fortalecer esta institución. Beria pudo haber buscado la aceptación popular, tanto entre el gran público como entre los miembros de la antigua seguridad del Estado que ahora volverían de los lejanos campos.

Cualquiera que fuera el motivo, Beria actuó de manera precipitada. Sus reformas perturbaron e inquietaron a sus camaradas. Jruschov, a quien Beria subestimó, fue el más consternado, posiblemente porque había participado en la investigación de la conspiración de los médicos, o a causa de sus enérgicas opiniones sobre Ucrania. Quizá Jruschov temía que, tarde o temprano, figuraría en la nueva lista de enemigos de Beria. Lentamente, mediante el uso de una intensa campaña de rumores, consiguió que la cúpula del partido se volviera contra Beria. A finales de junio tenía su beneplácito. En una reunión del partido, rodeó el edificio con tropas leales. La maniobra tuvo éxito. Asustado, nervioso y balbuciente, el hombre que había sido la segunda persona más poderosa de la URSS fue arrestado y llevado a la prisión.

Beria permanecería en prisión durante los pocos meses que le quedaban de vida. Como Yágoda y Yezhov antes que él, se ocupó de escribir cartas, pidiendo clemencia. Su proceso se realizó en diciembre. Si fue ejecutado antes o después

no se sabe, pero a finales de 1953 ya había muerto.[19]

La Unión Soviética abandonó algunas de las políticas de Beria con la misma celeridad con que habían sido adoptadas, pero ni Jruschov ni ningún otro resucitaron jamás los proyectos de construcción del Gulag. Tampoco suspendieron la amnistía de Beria. La liberación continuó, prueba de que las dudas sobre la eficiencia del Gulag no se habían limitado a Beria, aunque estuviera desacreditado. La nueva dirección soviética sabía perfectamente que los campos eran un lastre para la economía, y sabía que millones de prisioneros en los campos eran inocentes. El reloj marcaba que la época del Gulag estaba llegando a su fin.

Quizá en atención a los rumores que llegaban desde Moscú, los jefes y los guardias del Gulag se adaptaron a la nueva situación. Una vez que superaron sus temores, muchos guardias cambiaron de conducta casi de la noche a la mañana, flexibilizando las normas antes de que se les ordenara hacerlo. Uno de los jefes del *lagpunkt* de Kolimá, donde estaba Alexander Dolgun, comenzó a estrechar la mano a los prisioneros y a llamarlos «camaradas» tan pronto como llegaron las noticias de la enfermedad de Stalin, incluso antes de que se hubiera declarado oficialmente muerto al dictador.[20] «El régimen del campo se suavizó, se volvió más humano», recordaba un prisionero.[21]

Los prisioneros que rehusaban una tarea especialmente agotadora, desagradable o injusta ya no eran castigados; los que se negaban a trabajar los domingos tampoco.[22] Estallaron protestas espontáneas, y los manifestantes no fueron castigados, como recuerda Barbara Armonas:

> De algún modo, la amnistía alteró la disciplina básica del campo … Un día regresamos de los campos bajo un temporal de lluvia; estábamos completamente empapados. Los mandos nos enviaron a los baños sin permitirnos primero ir a nuestros barracones. Nos molestó porque queríamos cambiarnos la ropa mojada. La larga hilera de prisioneros comenzó a protestar lanzando insultos, llamando a los jefes «chequistas», «fascistas». Después simplemente nos negamos a movernos. Ni la persuasión ni las amenazas tuvieron ningún efecto. Después de una hora de protesta silenciosa, los jefes cedieron y fuimos a nuestros barracones a recoger la ropa seca.[23]

El cambio también afectó a las prisiones. Durante los meses que siguieron a la muerte de Stalin, Susanna Pechora estaba en una celda incomunicada; sufriendo un segundo interrogatorio por «contrarrevolucionaria» judía, había

sido llamaba a Moscú con relación a la conspiración de los médicos. Entonces, de súbito, la investigación cesó. El instructor mantuvo con ella una reunión: «Comprenda usted que no soy culpable de haberle hecho ningún mal. No la he golpeado, ni la he lastimado», le dijo. La envió de nuevo a su celda, y allí, por primera vez, escuchó a una de las mujeres hablar de la muerte de Stalin. «¿Qué ha pasado?», preguntó. Todas sus compañeras callaron: ya que todas sabían que Stalin había muerto, supusieron que ella debía de ser una delatora que trataba de sondear sus opiniones. Necesitó todo un día para convencerlas de su genuina ignorancia; después de ello, la situación empezó a cambiar drásticamente:

> Los guardias nos temían, hacíamos lo que queríamos, gritábamos a la hora del ejercicio, dábamos discursos, nos deslizábamos por las ventanas. Nos negábamos a levantarnos cuando venían a nuestras celdas y nos decían que no nos quedáramos tumbadas en la cama. Seis meses antes nos habrían ejecutado por hacer lo que hacíamos.[24]

No todo cambió. Leonid Trus también estaba siendo interrogado en marzo de 1953. Aunque la muerte de Stalin lo salvó de una ejecución, le impusieron una condena de veinticinco años. Uno de sus compañeros de celda fue castigado con diez años por decir algo inapropiado sobre la muerte de Stalin.[25] No todos fueron liberados. La amnistía había sido limitada, después de todo, a los muy jóvenes, a los muy viejos y a las mujeres con hijos, y a los prisioneros condenados a cumplir cinco años o menos. En su mayoría, los prisioneros con sentencias cortas eran delincuentes o presos políticos con casos muy leves. Esto dejaba más de un millón de prisioneros en el Gulag, incluidos cientos de miles de presos políticos con sentencias largas.

En algunos campos, los prisioneros que iban a ser soltados recibieron muchos regalos, atenciones y cartas que debían llevar a amigos y familiares.[26] Con igual frecuencia, estallaron tremendas rivalidades entre los prisioneros que iban a ser liberados y aquellos que no. En un campo, una pandilla de prisioneras con sentencias largas propinó una paliza por despecho a una que tenía una sentencia breve.[27]

También estalló otro tipo de violencia. Algunos prisioneros que cumplían largas condenas se acercaron a los médicos de los campos, reclamando el codiciado certificado de «invalidez», que obligaba a su inmediata liberación. Si los médicos se negaban, eran amenazados o golpeados.

Pero cierto grupo de prisioneros, en un conjunto de campos, experimentó emociones diferentes. En efecto, los prisioneros de los «campos de destino especial» eran un caso especial: en su mayoría, los reclusos cumplían condenas de diez, quince o veinticinco años, y no tenían esperanza de ser puestos en libertad con la amnistía de Beria. Solo se habían hecho pequeños cambios en el régimen durante los primeros meses después de la muerte de Stalin.[28]

Era una receta para la rebelión. En 1953, los habitantes de los campos de destino especial habían sido mantenidos separados de los prisioneros delincuentes y «normales» desde 1948 (más de cinco años). Abandonados a sí mismos, habían creado sistemas de organización interna y de resistencia que no tenían paralelo en los primeros años del Gulag. Durante años habían estado a punto de organizar la rebelión, conspirando y planeando, contenidos solo por la esperanza de que con la muerte de Stalin llegaría la libertad. Cuando la muerte de Stalin no cambió nada, la esperanza se desvaneció para ser sustituida por la rabia.

A raíz de la muerte de Stalin, los campos de destino especial, como el resto del país, estaban llenos de rumores: que Beria habría asumido el poder; que Beria habría muerto; que el mariscal Zhukov y el almirante Kuznetsov habrían marchado sobre Moscú y estarían atacando el Kremlin con tanques; que Jruschov y Molótov habrían sido asesinados; que todos los prisioneros serían puestos en libertad; que todos los prisioneros serían ejecutados; que los campos serían rodeados por tropas armadas del MVD preparadas para sofocar cualquier intento de rebelión. Los prisioneros repetían estas historias en susurros y a gritos, esperando y especulando.[29]

Representativa de esta época es la experiencia de Viktor Bulgakov, que fue arrestado en la primavera de 1953 —la noche de la muerte de Stalin, exactamente— y acusado de participar en un círculo político estudiantil antiestalinista. Poco después, llegó a Minlag, el campo de destino especial en el complejo de minas de carbón de Inta, al norte del Círculo Polar Ártico.

La descripción que hace Bulgakov de la atmósfera del Minlag contrasta nítidamente con las memorias de los prisioneros de la época anterior. Siendo un adolescente en el momento de su arresto, ingresó en una comunidad antisoviética y antiestalinista bien organizada. Huelgas y protestas se sucedían «con

regularidad». Los prisioneros se habían dividido en grupos según su nacionalidad, cada uno con su propio carácter. Los bálticos tenían «una organización cohesionada, pero sin una jerarquía eficiente». Los ucranianos, la mayoría antiguos guerrilleros, estaban «muy bien organizados, pues sus jefes habían sido jefes de la guerrilla antes del cautiverio, se conocían entre sí, y su estructura aparecía casi automáticamente».

En el campo también había prisioneros que creían en el comunismo, aunque se habían dividido en dos grupos: los que meramente acataban la línea del partido, y los que se consideraban comunistas por fe o convicción, y creían en la reforma de la Unión Soviética. Finalmente, era posible ser un marxista antisoviético, algo impensable en los años previos. El propio Bulgakov pertenecía a la Unión Popular del Trabajo (el *Narodnov-Trudovoi Soyuz* o NTS), un movimiento de oposición antiestalinista, que adquiriría una gran notoriedad una o dos décadas después, cuando las autoridades paranoicas comenzaran a ver signos de su influencia por todas partes.

Las preocupaciones de Bulgakov en el campo habrían dejado atónitos a la generación anterior de prisioneros. En Minlag, los prisioneros lograron sacar un periódico clandestino, escrito a mano, y distribuirlo en los campos. Intimidaban a los *pridurki*, que «empezaron a temer a los prisioneros».

Un historiador de los campos ha escrito que los asesinatos de los delatores se convirtieron «en un hecho tan común que ya no sorprendían ni interesaban», y señala que los delatores «desaparecieron rápidamente». Una vez más, la vida dentro de los campos reflejaba y amplificaba la vida en el exterior.

En 1953, los camaradas de Bulgakov en Minlag estaban llevando a cabo el trabajo sistemático de guardar un registro de su número y de sus condiciones de vida, y de transmitir esta información a Occidente, utilizando la colaboración de los guardias y otros procedimientos que serían perfeccionados en los campos de disidentes en los años setenta y ochenta, como veremos. Bulgakov mismo asumió la responsabilidad de ocultar estos documentos, así como copias de canciones y poesías compuestas por los prisioneros. Leonid Sitko hizo la misma labor en Steplag, utilizando el sótano de un edificio que los trabajadores del campo estaban construyendo para ocultar los documentos. Entre ellos había «breves relatos personales, cartas de reclusos fallecidos, un documento breve firmado por una médica, la doctora Galina Mishkina, sobre las condiciones

inhumanas en los campos (incluidas las estadísticas de fallecimientos, niveles de desnutrición, y así sucesivamente), un relato de la organización y crecimiento de los campos de Kazajstán, un relato más detallado de la historia de Steplag, y poemas».

Tanto Sitko como Bulgakov creían, sencillamente, que un día los campos serían cerrados, que los barracones serían quemados y que la información podría ser recuperada. Veinte años antes, nadie se hubiera atrevido a pensar algo semejante, y menos aún a actuar en consecuencia.

Con rapidez, las tácticas y la estrategia de la conspiración se diseminaron por todo el sistema de campos de destino especial, gracias a la propia jefatura del Gulag. En el pasado, los prisioneros sospechosos de estar tramando conspiraciones habían sido simplemente separados. Los mandos centrales habían trasladado a los prisioneros de un campo a otro, destruyendo las redes de apoyo antes de que se constituyeran. En el clima más específico de los campos de destino especial, sin embargo, esta táctica resultó contraproducente, pues los frecuentes traslados de prisioneros se convirtieron en un medio excelente para extender la rebelión.

24

La revolución de los *zeks*

No puedo dormir, y la ventisca va aullando
en un tiempo que no ha dejado huella.
Y los pabellones coloridos de Tamerlán
se desparraman por las estepas…
centellean las fogatas, centellean…

Y tú, el mundo que yo había conquistado,
que mi feroz venganza arrasaría,
y en mi pabellón los caídos
en las bárbaras viandas de mi festín.

Y entonces, en una de las batallas
—inconcebible orgía de sangre—,
en el momento ineluctable de la derrota,
me dejaría caer sobre mi propia espada.

ANNA BARKOVA,
«En los barracones del campo de prisioneros»[1]

Al norte del Círculo Polar Ártico, los veranos son cortos y muy cálidos. Hacia finales de mayo, el hielo de los ríos comienza a resquebrajarse. Los días se vuelven más largos, hasta que la noche desaparece por completo. En algunos días de junio, y en ciertos años ya en julio, el sol comienza a brillar con auténtica ferocidad, a veces durante un mes, otras veces dos. De un día a otro, las flores silvestres del Ártico brotan repentinamente, y durante unas semanas, la tundra se llena de color. Para los seres humanos que han estado encerrados los nueve meses anteriores, el verano alienta el deseo imperioso de salir al exterior, de ser libre. Durante los escasos días de cálido verano que permanecí en Vorkutá, los moradores de la ciudad pasaban los días y las noches blancas al aire libre, paseando por la calle, sentados en los parques, conversando a la entrada de sus casas. No es casual que la primavera fuera la estación en que los prisioneros

intentaran escapar, ni que las tres rebeliones más famosas, importantes y peligrosas tuvieran lugar en los campos septentrionales en primavera.

En Gorlag, el campo de destino especial del complejo de Norilsk, la atmósfera estaba especialmente cargada de furia en la primavera de 1953. El otoño anterior, un gran grupo de prisioneros, cerca de 1200 en total, había sido trasladado a Gorlag desde Karaganda, donde muchos parecían estar implicados en un intento de evasión armado y en las protestas que habían tenido lugar unos pocos meses antes. Todos habían sido recluidos por «actividades revolucionarias en la Ucrania occidental y los países bálticos». En la primavera de 1953, profundamente indignados por la amnistía que los había marginado, este grupo había creado en el campo lo que el MVD llamaba una «organización antisoviética», que probablemente significaba que habían fortalecido las organizaciones nacionales ya establecidas.

La inquietud se hacía sentir ya durante el mes de mayo. El 25, los guardias de los convoyes dispararon a un prisionero camino del trabajo. A la mañana siguiente, dos de las divisiones del campo se declararon en huelga. Unos días después, los guardias abrieron fuego contra los prisioneros que lanzaban mensajes por encima del muro que separaba los campos de hombres de los de mujeres. Algunos fueron heridos. Después, el 4 de junio, un grupo de prisioneros rompió la cerca de madera que separaba los barracones de castigo del resto de la *zona*, y liberaron a veinticuatro prisioneros. También capturaron a un miembro de la jefatura del campo, lo llevaron a la *zona* y lo retuvieron como rehén. Los guardias dispararon matando a cinco prisioneros e hiriendo a otros catorce. Cuatro divisiones más se unieron a la protesta. El 5 de junio, 16 379 prisioneros estaban en huelga. Los soldados rodearon los campos, y bloquearon todas las salidas.[2]

Casi al mismo tiempo, un proceso similar se vivía en Rechlag, el campo de destino especial en el complejo hullero de Vorkutá. Los prisioneros habían intentado organizar huelgas masivas en Rechlag ya en 1951, y la jefatura aseguraría después que había descubierto no menos de cinco «organizaciones revolucionarias» en los campos en 1951 y 1952.[3] Cuando Stalin murió, los prisioneros de Rechlag estaban especialmente bien equipados para seguir los acontecimientos mundiales. No solo estaban organizados en grupos nacionales, sino que habían designado a determinados prisioneros para seguir las

transmisiones radiofónicas occidentales en aparatos de radio robados o prestados, y para escribir un boletín de noticias comentadas, que se distribuía con cautela entre los prisioneros. De ese modo, no solo se enteraron de la muerte de Stalin y del arresto de Beria, sino también de las huelgas masivas en Berlín oriental, que tuvieron lugar el 17 de junio de 1953, y que fueron sofocadas por los tanques soviéticos.[4]

Esta noticia parece haber animado a los prisioneros: si los berlineses podían ir a la huelga, ellos también. John Noble, un estadounidense arrestado en Dresde poco después de la guerra, recuerda que «su espíritu nos inspiró y no hablábamos de otra cosa durante los días siguientes».[5]

El 30 de junio, los reclusos de la mina de Kapitalnaya estaban distribuyendo volantes llamando a los prisioneros a «parar la entrega de hulla». El mismo día, alguien escribió un eslogan en las paredes de la mina n.º 40: «No más entregas de carbón hasta que haya amnistía». Los camiones estaban vacíos: los prisioneros habían dejado de extraer carbón.[6] El 17 de julio, los mandos de la mina de Kapitalnaya tenían mayores razones de alarma: ese día, un grupo de prisioneros había golpeado a uno de los capataces, presuntamente porque les dijo que «dejaran de hacer sabotaje». Cuando llegó la hora de comenzar el segundo turno, el capataz se negó a ir al pozo minero.

Cuando los prisioneros de Rechlag estaban asimilando las noticias de estos acontecimientos, llegó un gran contingente de prisioneros (también de Karaganda). A todos se les habían prometido mejores condiciones de vida y la revisión de sus casos. Cuando llegaron a trabajar en la mina n.º 7 de Vorkutá, no encontraron esas mejoras, sino condiciones más duras en el sistema del campo. Al día siguiente, el 19 de julio, fueron a la huelga.[7]

Se sucedieron nuevas huelgas, a causa, en parte, de la propia geografía de Vorkutá. Vorkutlag está situado en el centro de una vasta cuenca hullera, una de las más grandes del mundo. Para extraer la hulla, se abrieron una serie de minas formando un amplio círculo en torno de la cuenca. Entre las minas había otras empresas (centrales eléctricas, fábricas de ladrillos y fábricas de cemento), cada una vinculada al campo, así como a la ciudad de Vorkutá, y al asentamiento más pequeño de Yur-Shor. Una línea de ferrocarril une todos estos lugares. Los trenes, como todo en Vorkutá, eran conducidos por prisioneros. Así se propagó la rebelión: junto con el carbón y otros suministros que llevaban de un *lagpunkt* a

otro, los prisioneros que tenían a su cargo las locomotoras transmitieron las noticias de la huelga en el campo n.º 7. Mientras los trenes viajaban a través del gran círculo, miles de prisioneros escuchaban los rumores, miles veían las consignas pintadas en los trenes: «Al diablo con vuestro carbón, queremos libertad».[8] Un campo tras otro se unió a la huelga hasta que, el 29 de julio de 1953, seis de las diecisiete divisiones de Rechlag (15 604 personas) estaban en huelga.[9]

En la mayoría de los *lagpunkts* inactivos de Vorkutá y Norilsk, los comités de huelga se hicieron cargo de la que era claramente una situación peligrosa. Aterrorizados, los mandos abandonaron los campos, que quedaron expuestos a la anarquía. En algunos casos, estos comités se vieron en la necesidad de organizar la alimentación de los prisioneros. En otros, trataron de convencer a los reclusos de que no descargaran su cólera en los delatores ahora indefensos. En el caso de Rechlag y Gorlag, las memorias y los archivos coinciden en que los responsables (en la medida en que puede decirse que alguien lo era) eran casi siempre ucranianos occidentales, polacos y bálticos.

Años después, los nacionalistas ucranianos asegurarían que las principales huelgas del Gulag habían sido planeadas y ejecutadas por sus organizaciones secretas, que se ocultaban bajo comités de huelga multinacionales: «El prisionero medio, y nos referimos en particular a los prisioneros de Occidente y a los rusos, no era capaz de participar en las decisiones ni comprender los mecanismos del movimiento». Como prueba, citan los «*étaps* de Karaganda», los dos contingentes de ucranianos que llegaron a ambos campos, poco antes de las huelgas.[10]

Este hecho ha llevado a otros a concluir que las huelgas fueron provocadas por elementos del propio MVD. Quizá miembros de la seguridad del Estado que temían que Jruschov estuviera a punto de clausurar los campos, y de despedir a todos sus funcionarios. Por consiguiente, habrían fomentado las rebeliones para sofocarlas y con ello probar cuán necesarios eran todavía. Simeón Vilenski, un antiguo *zek* y editor, que después organizó dos conferencias sobre el tema de la oposición en los campos, lo expresa mejor: «¿Quiénes controlaban los campos? Miles de personas que no tenían una profesión en el mundo civil, gente que estaba habituada a la total falta de leyes, acostumbrados a ser dueños de los

prisioneros, de hacer lo que querían con ellos. Era gente que, comparada con cualquier trabajador, estaba bien pagada».

Vilenski está convencido de que presenció una provocación en el campo de destino especial de Kolimá en 1953. Dice que de pronto llegó un nuevo grupo al campo, uno de cuyos miembros comenzó a organizar abiertamente a los más jóvenes en un grupo rebelde. Hablaban de huelgas, escribían panfletos, captaban a otros prisioneros. Incluso utilizaban la herrería del campo para hacer cuchillos. Su conducta era tan notoria y tan provocativa que Vilenski la encontró sospechosa: los mandos del campo no podían estar tolerando esta actividad por casualidad.[11]

En principio, estas dos tesis son compatibles. Es posible que elementos procedentes del MVD trajeran a los rebeldes ucranianos a los campos para causar problemas de algún tipo. Y también es posible que los jefes huelguistas ucranianos creyeran estar actuando por su propia voluntad.

Pese a su lenguaje burocrático, los informes del MVD, escritos unas semanas después de los hechos, reflejan muy bien el terror que la huelga inspiró en muchos trabajadores prisioneros y libres por igual. Uno de los contables del Gulag juró ante el MVD que «si los huelguistas salen de la *zona*, los combatiremos como si se tratara de enemigos». Un trabajador libre contó al MVD un encuentro incidental con los huelguistas: «Me había quedado hasta después de mi turno, para terminar de sacar la veta de carbón. Un grupo de prisioneros se me acercó. Se apoderaron de mi taladro eléctrico, me ordenaron parar, amenazando con castigarme. Me asusté y dejé de trabajar…». Por suerte para él, los prisioneros le alumbraron la cara con una linterna, lo reconocieron como trabajador libre y lo dejaron en paz.[12] Solo, en la oscuridad de la mina, rodeado de huelguistas hostiles y enfurecidos, debió de sentirse muy asustado.

Los jefes de los campos locales también estaban intimidados. Sabiéndolo, los huelguistas de Gorlag y Rechlag exigieron reuniones con los representantes del gobierno soviético y del Partido Comunista de Moscú. Sostenían que los jefes locales no podían decidir nada sin el permiso de Moscú, lo cual era cierto.

Y Moscú intervino. Esto es, en varias ocasiones, representantes de «comisiones de Moscú» se encontraron con los comités de prisioneros en Gorlag y Rechlag, para escuchar y debatir sus demandas. Decir que estas reuniones eran una ruptura con los precedentes difícilmente refleja el grado de su novedad.

Nunca antes las reivindicaciones de los prisioneros habían sido abordadas con otros medios que el de la fuerza bruta. En esta nueva era postestalinista, sin embargo, Jruschov parecía deseoso de tratar de ganar de nuevo a los prisioneros con verdaderas concesiones.

No lo consiguió (o mejor, no lo consiguieron sus representantes). A los cuatro días de la huelga de Vorkutá, una comisión de Moscú, encabezada por un oficial de alta graduación, el general I. I. Maslennikov, presentó a los prisioneros una nueva relación de privilegios: jornada de nueve horas, uniformes sin números, permiso para visitas de familiares, para recibir cartas y dinero de casa. No obstante, como se dice en el informe oficial, muchos de los líderes de la huelga recibieron las noticias con «hostilidad» y siguieron en huelga. La misma reacción había seguido a un ofrecimiento similar en Gorlag. Parece que los prisioneros deseaban una amnistía, no solo la mejora de sus condiciones de vida.

Sin embargo, aunque no estábamos en 1938, tampoco estábamos en 1989. Stalin había muerto, pero su legado seguía en pie. El primer paso podía ser la negociación, pero el segundo paso era la fuerza bruta.

En Norilsk, las autoridades primero prometieron que «estudiarían las demandas de los prisioneros». En cambio, como explica el informe del MVD, «la comisión del MVD de la URSS decidió acabar con las huelgas». Los soldados rodearon los campos en huelga. En algunos casos, esta «liquidación» fue relativamente fácil. Al llegar a la primera división del campo, las tropas sorprendieron a los prisioneros. Por los altavoces del campo, el fiscal jefe de Norilsk, Babilov, dijo a los prisioneros que abandonaran la *zona*, asegurándoles que quienes salieran pacíficamente no serían castigados por participar en el «sabotaje». Según el informe oficial, la mayoría de los prisioneros salió. Al ver que estaban aislados, los cabecillas también salieron. Fuera en la *taiga*, los soldados y los jefes del campo separaron a los prisioneros en grupos. Había camiones esperando a los sospechosos de instigar la huelga; a los «inocentes» se les permitió volver al campo.

Algunas de las ulteriores «liquidaciones» fueron menos condescendientes. Cuando al día siguiente las autoridades siguieron el mismo procedimiento en otro *lagpunkt*, los líderes de la huelga primero amenazaron a quienes querían salir y después se encerraron en uno de los barracones, del que fueron sacados a la fuerza. En el *lagpunkt* n.º 5, hasta 1400 prisioneros, la mayoría ucranianos y

bálticos, se negaron a abandonar la *zona*. Cuando los guardias del campo, ayudados por cuarenta soldados, intentaron acordonar los barracones y proteger el suministro de alimentos del campo, unos 500 prisioneros se lanzaron al ataque. Lanzando insultos, dando vivas, arrojando piedras, golpearon a los soldados con porras y picos, tratando de arrebatarles las armas de las manos. El informe oficial describe lo que pasó después: «En el momento decisivo del ataque contra los guardas, los soldados abrieron fuego contra los prisioneros».[13]

De un *lagpunkt* a otro, los soldados y la policía obligaron a los prisioneros a dejar los campos. Para que los prisioneros salieran de manera pacífica, la comisión de Moscú prometió enfáticamente a todos los prisioneros que sus casos serían revisados, y que los jefes de la huelga no serían ejecutados. El ardid funcionó, gracias a la actitud «paternal» del general Maslennikov («le creímos», explicaba después uno de los participantes).[14]

Sin embargo, en el *lagpunkt* cercano a la mina n.º 29, los prisioneros no le creyeron, y cuando Maslennikov les dijo que volvieran a trabajar, se negaron. Llegaron los soldados. Llevaban una bomba de incendios, con la intención de utilizar mangueras de agua para dispersar a la multitud:

> Pero antes de que desenrollaran la manguera y la apuntaran contra nosotros, Ripetsky hizo señas para que los prisioneros avanzaran y así lo hicieron en bloque, empujando el vehículo fuera de la entrada como si hubiera sido un juguete… Hubo una salva de disparos de los guardias, directamente contra la masa de prisioneros. Pero cogidos del brazo no nos movimos, y al principio nadie cayó, aunque muchos estaban muertos o heridos. Solo Ihnatowicz, un poco adelantado, estaba solo de pie. Pareció quedarse asombrado por un momento, después volvió el rostro hacia nosotros y movió los labios, pero no salió ninguna palabra. Extendió un brazo y cayó.
>
> Cuando cayó, hubo una segunda salva, una tercera y una cuarta. Después abrieron fuego con las ametralladoras.

La estimación de los muertos en la mina n.º 29 varía mucho. Los documentos oficiales hablan de 42 muertos y 135 heridos. Los testigos hablan de «cientos» de bajas.[15]

A medida que los prisioneros se hicieron más audaces, prácticamente todos los campos se vieron afectados. En noviembre de 1955, por ejemplo, 530 prisioneros se negaron a trabajar en Viatlag. Exigieron una mejor paga, y el fin de las «irregularidades» en la distribución de ropa y en las condiciones de vida. Los mandos del campo aceptaron sus demandas, pero al día siguiente los

prisioneros volvieron a la huelga. Esta vez exigían ser incluidos en la amnistía de Beria. La huelga terminó cuando los organizadores fueron arrestados y apresados.[16] En marzo de 1954, un grupo de «bandidos» tomó un *lagpunkt* de Kargopollag, amenazando con una revuelta a menos que se les diera mejor alimento y vodka.[17] En julio de 1954, 900 prisioneros de Minlag organizaron una huelga de hambre de una semana, en protesta por la muerte de un prisionero que pereció quemado al incendiarse el pabellón de castigo. Los prisioneros distribuyeron hojas volantes por el campo y el pueblo vecino, explicando las razones de su huelga. Solo se suspendió cuando llegó una comisión de Moscú y satisfizo sus demandas de un mejor tratamiento.[18]

Como las autoridades sabían, se estaban organizando nuevos disturbios. El levantamiento más amenazador no había ocurrido todavía.

Como sus dos predecesores, el levantamiento que Solzhenitsin bautizó como «los cuarenta días de Kengir» no se produjo de modo repentino ni inesperado.[19] Se fue gestando lentamente en la primavera de 1954, debido a una serie de incidentes en el campo de destino especial de Steplag, que estaba ubicado cerca de la aldea de Kengir, en Kazajstán.

Como sus homólogos, en Rechlag y Gorlag, tras la muerte de Stalin, los mandos de Steplag se vieron incapaces de lidiar con los prisioneros. En la huelga, los jefes de Steplag enviaban periódicamente informes a Moscú describiendo las organizaciones clandestinas del campo, los incidentes de agitación, y la «crisis» que sufría el sistema de delatores, ahora casi por completo inservible. Moscú replicaba ordenando al campo que aislara a los ucranianos y bálticos de los demás prisioneros. Pero los mandos o no querían o no podían hacerlo. En ese momento, casi la mitad de los 20 000 prisioneros del campo eran ucranianos y una cuarta parte eran bálticos y polacos; quizá no existían instalaciones para separarlos. Por consiguiente, los prisioneros seguían desobedeciendo las normas, y organizando huelgas y protestas intermitentes.[20]

Incapaces de doblegar a los prisioneros con amenazas de castigo, los guardias recurrieron a la violencia. Algunos (incluido Solzhenitsin) creen que estos incidentes eran provocaciones, dirigidas a encender la revuelta que siguió. Sea o no verdad, y no hay hasta ahora documentos que prueben una u otra cosa, los guardias del campo abrieron fuego contra los prisioneros díscolos durante el

invierno de 1953 y la primavera de 1954, matando a varios.

Entonces, quizá en un intento desesperado por reafirmar su control, los mandos del campo enviaron a un grupo de delincuentes al campo, y les dieron instrucciones expresas de provocar peleas con los presos políticos en el *lagpunkt* n.º 3, el más rebelde de los *lagpunkts* de Steplag. El plan fracasó. En vez de pelearse, los dos grupos se pusieron de acuerdo para cooperar.

Como en los demás campos, los prisioneros de Steplag estaban organizados de acuerdo con su nacionalidad. Sin embargo, los ucranianos de Steplag parecen haber dado a su organización un carácter más conspirativo. En vez de elegir abiertamente a sus jefes, los ucranianos formaron un «Centro» conspirador, un grupo secreto cuyos miembros permanecían en el anonimato, y que probablemente contaba con representantes de todas las nacionalidades del campo. Para el momento en que llegaron los ladrones al campo, el Centro había ya comenzado a producir armas (cuchillos, porras y uñetas) en los talleres del campo, y estaba en contacto con los prisioneros de los *lagpunkts* colindantes, el n.º 1 (una *zona* para mujeres) y el n.º 2. Quizá los presos políticos impresionaron a los ladrones con su trabajo, o quizá los amedrentaron. En cualquier caso, en una reunión celebrada a medianoche acordaron que los representantes de ambos grupos se darían un apretón de manos sellando la alianza.

El 16 de mayo, esta cooperación dio su primer fruto. Esa tarde un numeroso grupo de prisioneros comenzó a destruir el muro de piedra que separaba su campo de los dos campos adyacentes y del patio de servicio, donde estaban los talleres y los almacenes del campo.

La destrucción del muro prosiguió durante la noche. En respuesta, los guardias del campo dispararon, matando a trece prisioneros e hiriendo a cuarenta y tres, y golpearon a otros, incluidas las prisioneras. Al día siguiente, indignados por las muertes, los prisioneros del *lagpunkt* n.º 3 organizaron una protesta masiva, y escribieron consignas antisoviéticas en las paredes del comedor. Esa noche, bandas de prisioneros irrumpieron en el pabellón de castigo —destruyéndolo con sus manos— y liberaron a 252 prisioneros que estaban encerrados allí. Se hicieron con el control total de los almacenes, la cocina y la panadería, y de los talleres del campo, donde inmediatamente se pusieron a producir cuchillos y porras. La mañana del 19 de mayo, la mayoría de los presos estaban en huelga.

Ni Moscú ni los jefes de campo locales parecían saber qué hacer ahora. El jefe del campo informó de inmediato a Kruglov, el jefe del MVD, de lo que ocurría. Llegó una comisión de Moscú. Se iniciaron las negociaciones, y la comisión, jugando con el tiempo, prometió a los prisioneros que se investigarían los disparos ilegales, que no habría muros entre los campos e incluso que se aceleraría el proceso de revisión de los casos de los prisioneros.

Los prisioneros lo creyeron. El 23 de mayo volvieron al trabajo. Pero cuando el turno diurno volvía a los barracones, comprobaron que al menos una de las promesas había sido rota: los muros entre los *lagpunkts* se habían vuelto a levantar. El 25 de mayo, el jefe de Kengir, V. M. Bochkov, estaba otra vez telegrafiando frenéticamente pidiendo autorización para imponer un régimen estricto a los prisioneros: sin cartas, ni reuniones, ni giros, ni revisión de los casos. Además, sacó cerca de 420 prisioneros delincuentes del campo, y los envió a otro *lagpunkt*, donde fueron a la huelga.

El resultado: en cuarenta y ocho horas, los prisioneros habían expelido a todos los mandos del campo de la *zona*, amenazándolos con las armas recién fabricadas. Aunque los mandos disponían de pistolas, estaban en inferioridad numérica. Más de 5000 prisioneros vivían en las tres divisiones del campo, y la mayoría de ellos se había unido al alzamiento.

Primero, los mandos del campo parecen haber esperado que la huelga se desintegrara por sí misma. Tarde o temprano, calculaban, los ladrones y los presos políticos se enfrentarían. Los prisioneros se sumirían en la anarquía y el libertinaje, violarían a las mujeres, robarían la comida. Pero aunque la conducta de los prisioneros durante la huelga no debe ser idealizada, lo cierto es que casi ocurrió lo opuesto: el campo comenzó a funcionar con un sorprendente grado de armonía.

Muy rápidamente, los prisioneros escogieron un comité de huelga, encargado de la tarea de la negociación, así como de la vida diaria en el campo. La relación de este comité con la «verdadera» dirección de la revuelta no está clara, como probablemente lo era en ese momento. Aunque no la habían planeado paso a paso, el «Centro» dirigido por los ucranianos era claramente la fuerza impulsora de la huelga, y desempeñó un papel decisivo en la elección «democrática» del comité de huelga. Los ucranianos parecen haber insistido en un comité multinacional: no deseaban que la huelga pareciera antirrusa o antisoviética, y

querían que tuviera un jefe ruso.

Ese ruso fue el coronel Kapiton Kuznetsov. Al parecer los ucranianos lo eligieron con la esperanza de que daría un rostro «soviético» al levantamiento, privando a las autoridades de una excusa para reducir a los prisioneros. En efecto, él desempeñó este papel, quizá hasta llegar al límite. Inducidos por Kuznetsov, los huelguistas colgaron banderolas en torno al campo que decían: «¡Viva la Constitución soviética!», «¡Viva el régimen soviético!». Se dirigió a los prisioneros diciendo que debían dejar de escribir octavillas, que la agitación «contrarrevolucionaria» solo perjudicaría su causa.

Y aunque los ucranianos habían ayudado a elegirlo, Kuznetsov realmente no correspondió a su lealtad. En la confesión larga y detallada que escribió después de que la huelga hubiera tenido su inevitable final sangriento, Kuznetsov aseguraba que siempre había considerado al «Centro» ilegítimo, y que había luchado contra sus edictos secretos durante la huelga.

Kuznetsov también afirmaría que al menos tres de los miembros del comité —«Gleb» Sluchenkov, Gersh Keller y Yuri Knopmus— eran en realidad representantes del «Centro» secreto. Después también los mandos del campo señalaron a uno de ellos, Gersh Keller, como un representante de la secreta conspiración ucraniana y, en efecto, su biografía parece respaldar esta descripción. Keller se hizo cargo de la división «militar» de la huelga, organizando a los prisioneros para resistir en caso de que los guardas atacaran el campo. Fue él quien comenzó la producción masiva de armas (cuchillos, uñetas, porras) en los talleres del campo y el que había montado un «laboratorio» para improvisar granadas, cócteles molotov, y otras armas «calientes». Keller también supervisó la construcción de barricadas, y ordenó que cada barracón tuviera un barril de vidrio molido en la puerta para lanzarlo a los ojos de los soldados, en el caso de que llegaran.

Si Keller representaba a los ucranianos, Gleb Sluchenkov estaba vinculado más bien a los delincuentes del campo. Kuznetsov mismo lo señala como «representante del hampa», y las fuentes nacionalistas ucranianas también dicen que Sluchenkov era el jefe de los ladrones. Durante la revuelta, Sluchenkov dirigió la operación de «contraespionaje» del comité. Tenía su «policía» que patrullaba el campo, mantenía la paz, y encerraba a los potenciales chaqueteros y delatores. Sluchenkov organizó todo el campo en divisiones, y puso un

«comandante» a cargo de cada uno. Después, Kuznetsov se quejaría de que los nombres de estos comandantes eran mantenidos en secreto, y que solo los conocían Sluchenkov y Keller.

Kuznetsov era menos virulento con respecto a Knopmus, un ciudadano de San Petersburgo de origen alemán, que estaba a cargo de la división de «propaganda». Pero, en retrospectiva, las actividades de Knopmus fueron las más revolucionarias y antisoviéticas de todas. La «propaganda» de Knopmus comprendía la producción de octavillas —distribuidas a la población local fuera del campo—, la publicación de un periódico mural del campo para los prisioneros en huelga, y lo más extraordinario, la construcción de una emisora de radio provisional.

En unos días, el campo tenía nuevos locutores y programas regulares de noticias, ideados para los prisioneros, así como para la población local fuera del campo, incluidos los guardias y los soldados. Los taquígrafos del campo escribieron el texto de uno de los discursos de radio, realizado al mes del alzamiento, cuando los alimentos comenzaban a escasear. Dirigido a los soldados que estaban en guardia fuera del campo, el texto taquigrafiado llegó a los archivos del MVD:

> ¡Camaradas soldados! No os tememos y os pedimos que no vengáis a nuestra *zona*. No nos disparéis, no os dobleguéis al antojo de los secuaces de Beria. No os tememos, y no tememos a la muerte. Moriremos de hambre en este campo antes que ceder ante la banda de Beria. No ensuciéis vuestras manos con la misma sangre que vuestros oficiales tienen en las suyas…[21]

Kuznetsov, entretanto, organizó la distribución de la comida, que era preparada y cocinada por las mujeres del campo. Cada prisionero recibía la misma ración (no había porciones extras para los *pridurki*), la cual poco a poco se redujo, a medida que pasaban las semanas y las reservas disminuían. Cuadrillas de voluntarios limpiaban los barracones, lavaban la ropa y hacían guardia. Un recluso recuerda que el «orden y la limpieza» reinaban en el comedor, que con frecuencia había estado sucio y desordenado en el pasado. Los baños del campo funcionaban como siempre, al igual que el hospital, aunque los mandos del campo se negaron a entregar las medicinas y los suministros necesarios.

Los prisioneros también organizaban sus propias «diversiones». Según unas

memorias, un aristócrata polaco llamado conde Bobrinski abrió un «café» en el campo, donde se servía «café»: «Ponía algo en el agua, lo hervía, y los prisioneros en medio de un día caluroso tomaban esta bebida con satisfacción, riendo». El conde se sentaba en un rincón del café, tocaba su guitarra y cantaba viejas canciones románticas.[22] Una de las sectas religiosas, cuyos adeptos de ambos sexos se habían reunido tras la destrucción del muro, afirmaba que su profeta había vaticinado que todos serían guiados al cielo. Durante varios días estuvieron sentados en sus colchones en la plaza principal, en el centro de la *zona*, esperando que se cumpliera la predicción. Lamentablemente, la predicción no se cumplió.

Apareció también un gran número de recién casados, unidos por los muchos sacerdotes prisioneros que habían sido arrestados junto con sus feligreses bálticos o ucranianos. Entre ellos había algunos que se habían casado mientras estaban separados a ambos lados del muro, y que ahora se encontraban frente a frente por primera vez. Pero aunque los hombres y las mujeres convivían libremente, todas las narraciones sobre la huelga coinciden en que las mujeres no fueron molestadas ni, por supuesto, atacadas ni violadas como ocurría tantas veces en los campos ordinarios.

Se escribieron canciones. Alguien compuso un himno ucraniano que a veces los 13 500 prisioneros cantaban al unísono. El estribillo era más o menos así:

No seremos, no seremos esclavos.
Ya no llevaremos el yugo…

«Fue una época maravillosa —recordaba Irena Arguinskaya, cuarenta y cinco años después—. No había sentido antes, ni he sentido después, un sentimiento de libertad como el que tuve entonces». Otros sentían más aprensión. Liubov Bershadskaya recuerda que «hacíamos todo sin ninguna conciencia: ninguno de nosotros sabía o pensaba en lo que nos aguardaba».

Las negociaciones con las autoridades continuaron. El 27 de mayo, la comisión delegada por el MVD para negociar con los huelguistas tuvo su primera reunión con ellos. Entre los que Solzhenitsin llama «personajes de doradas charreteras» de la comisión estaba Serguéi Yegorov, el director adjunto del MVD; Iván Dolgij, entonces director del sistema del Gulag, y Vavilov, el fiscal suplente del Estado responsable de supervisar el Gulag. Fueron recibidos

por una multitud de 2000 prisioneros dirigidos por Kuznetsov, que les presentó un pliego de reivindicaciones.

En el momento en que la huelga estaba en pleno auge, estas demandas comprendían tanto la depuración de responsabilidades para los guardias que habían disparado a los prisioneros (que habían exigido desde el comienzo), como las peticiones de carácter político. Entre estas figuraban la reducción de todas las condenas a veinticinco años; la revisión de todos los casos de los presos políticos; la liquidación de los pabellones y barracones de castigo; más libertad de los prisioneros para comunicarse con sus familiares; la anulación del requisito de destierro forzado para los prisioneros liberados; condiciones de vida más llevaderas para las prisioneras, y la reunificación permanente de los campos de hombres y mujeres.

Sabiendo que muchos prisioneros habían muerto, y en espera de dar un fin rápido y pacífico al episodio, casi de inmediato Dolgij comenzó a conceder algunas de las demandas menores de los prisioneros, aceptó que se eliminaran los barrotes de las ventanas de los barracones, que se estableciera una jornada de ocho horas, incluso que se trasladara a los guardias de campo particularmente detestados fuera de Kengir. Bajo las órdenes directas de Moscú, Dolgij primero se abstuvo de utilizar la fuerza, aunque trató de quebrar la resistencia de los prisioneros, instándolos a dejar el campo, y prohibiendo cualquier nuevo envío de comida o medicina.

No obstante, a medida que pasaba el tiempo, Moscú iba perdiendo la paciencia. En un telegrama enviado el 15 de junio, Kruglov arremetió contra su delegado, Yegorov, por llenar sus informes con estadísticas sin sentido (tales como cuántas palomas habían salido de los campos llevando octavillas), y le informó que un destacamento de tropas, acompañado de tanques T-34, iba en camino.

Los últimos diez días de la huelga fueron en verdad muy tensos. La comisión del MVD hizo una severa advertencia mediante los altavoces del campo. En respuesta, los prisioneros emitieron mensajes desde su emisora de radio, diciendo al mundo que los estaban dejando morir de hambre.

Poco antes del amanecer, a las 3.30 del 26 de junio, el MVD actuó. La noche anterior, Kruglov había enviado un telegrama a Yegorov, aconsejándole utilizar todos «los recursos posibles», y este obedeció: no menos de 1700 soldados,

noventa y ocho perros y cinco tanques rodearon el campo. Primero, los soldados lanzaron bengalas sobre los barracones y dispararon al aire. Por los altavoces del campo comenzaron a oírse exhortaciones: «Los soldados están entrando al campo. Se pide a los prisioneros que deseen cooperar que dejen el campo pacíficamente. Se disparará contra los que opongan resistencia…».

Mientras los desorientados prisioneros se agrupaban, los tanques franquearon los portones, seguidos por los soldados armados y pertrechados para la batalla. Los conductores de tanque no tuvieron reparos en atropellar a los prisioneros que avanzaban a su encuentro. «Me quedé en medio —recordaba Liubov Bershadskaya—, y a mi alrededor los tanques aplastaban a las personas vivas». Fueron directamente contra un grupo de mujeres que cogidas del brazo bloqueaban su avance, sin creer que los tanques se atreverían a matarlas. Destruyeron barracones con personas durmiendo en su interior. Las granadas improvisadas, las piedras, las uñetas y otros objetos de metal que los prisioneros les lanzaban no les hacían mella. Con asombrosa rapidez (una hora y media según el informe escrito), los soldados pacificaron el campo, sacaron a los prisioneros que habían aceptado marcharse y esposaron a los demás.

Según los documentos oficiales, 37 prisioneros murieron en el acto; nueve murieron después a causa de las heridas. Otros 106 fueron heridos, junto con cuarenta soldados. Estas cifras son mucho más bajas que las registradas por los prisioneros. Bershadskaya, que ayudó al médico del campo, Julian Fuster, a cuidar a los heridos, habla de quinientos muertos:

> Fuster me dijo que me pusiera el gorro y la mascarilla de cirujano (que guardo hasta el día de hoy) y me pidió que estuviera cerca de la mesa de operaciones y anotara el nombre de los que todavía podían pronunciarlo. Por desgracia, casi nadie podía. La mayoría de los heridos murieron allí en la mesa, y, mirándonos con ojos de despedida, decían «Escriba a mi madre … a mi esposo, a mis hijos…», y así sucesivamente.
>
> Cuando el aire se volvió demasiado caliente y viciado, me quité el gorro y me miré en el espejo. Tenía la cabeza completamente blanca. Primero pensé que debía haber habido polvo dentro del campo por alguna razón. No me di cuenta de que mientras estaba en medio de esa increíble carnicería, observando lo que ocurría, todo mi cabello había encanecido en quince minutos.[23]

Después de la batalla, todos los supervivientes que no estaban en el hospital fueron llevados fuera del campo, y dejados en la *taiga*. A punta de ametralladora, los soldados los hicieron tumbarse boca abajo, con los brazos abiertos en cruz durante muchas horas. Trabajando a partir de las fotografías que habían tomado

en las reuniones públicas y de los informes de los pocos delatores que tenían, los mandos del campo hicieron una criba entre los prisioneros y arrestaron a 436 personas, incluidos todos los miembros del comité de huelga. Seis fueron ejecutados, entre ellos Keller, Sluchenkov y Knopmus. Kuznetsov, que presentó a las autoridades una confesión escrita larga y elaborada a las cuarenta y ocho horas de ser arrestado, fue condenado a muerte y después perdonado. Fue trasladado a Karlag y liberado en 1960. Otros mil prisioneros, 500 hombres y 500 mujeres, fueron acusados de apoyar la rebelión y fueron enviados a otros campos, a Ozerlag y Kolimá. Parece que fueron puestos en libertad al terminar la década.

Durante el levantamiento, las autoridades parecen no haber tenido idea de que hubiera otra fuerza organizadora en el campo fuera del comité de huelga. Después comenzaron a unir las piezas de la historia, probablemente gracias al elaborado relato de Kuznetsov. Identificaron a cinco representantes del centro: el lituano Kondratas, los ucranianos Keller, Sunichuk y Vajaev, y el ladrón llamado por su apodo «Mostacho». Incluso hicieron un croquis mostrando el orden de mandos que iba del «Centro» al comité de huelga y de ahí a los departamentos de propaganda, defensa y contraespionaje. Supieron de las brigadas organizadas para defender cada barracón, de la emisora de radio y del generador provisional.

Pero nunca identificaron a todos los miembros del Centro, los verdaderos organizadores del levantamiento. Según un relato, muchos de los «verdaderos activistas» permanecieron en el campo, cumpliendo calladamente sus sentencias, esperando la amnistía. Sus nombres son desconocidos, y probablemente lo seguirán siendo.

25

El deshielo y la liberación

Dejemos de andarnos por las ramas,
no más tonterías.
Somos los hijos del culto.
Somos su carne y su sangre.

Hemos sido criados en la niebla,
ambigua en verdad,
dentro de la gigantomanía
y la pobreza mental…

ANDRÉI VOZNESENSKI, «Hijos del culto», 1967[1]

Aunque perdieron la batalla, los huelguistas de Kengir ganaron la guerra. Después de la rebelión de Steplag, los dirigentes de la Unión Soviética perdieron el gusto por los campos de trabajos forzados a una asombrosa velocidad.

En el verano de 1954, la falta de rentabilidad de los campos era ampliamente reconocida. Otra inspección de las finanzas del Gulag, realizada en junio de 1954, había mostrado que tenía muchos subsidios, y que el coste de los guardias en particular los hacía antieconómicos.[2] En una reunión que los jefes de campo y el personal de alto rango del Gulag sostuvieron después de Kengir, muchos funcionarios denunciaron abiertamente la deficiente organización del suministro de alimentos al campo, la burocracia fuera de control (en esa época había diecisiete normas que fijaban la cantidad de alimento en las raciones), y la deficiente organización de los campos. Continuaban las huelgas y el descontento. El incentivo para el cambio era ahora abrumador, y el cambio llegó.

El 10 de julio de 1954, el comité central dictó una resolución: «Sobre las medidas para mejorar el trabajo en los campos y las colonias de trabajo correccional del Ministerio del Interior». Esta, junto con otras resoluciones,

finalmente restableció la jornada de ocho horas, simplificó el régimen interior, y facilitó a los prisioneros la obtención de la libertad anticipada mediante la intensificación del trabajo. Los campos de destino especial fueron desmantelados. Se permitió a los prisioneros escribir cartas, a menudo sin restricciones. En algunos campos, los prisioneros pudieron casarse, e incluso vivir con sus cónyuges. Los perros guardianes y los guardias de los convoyes se convirtieron en restos del pasado. Los prisioneros pudieron adquirir nuevos bienes: ropa (que antes no era accesible) y naranjas.[3]

En esa época, en los niveles superiores de la jerarquía soviética se comenzó a debatir ampliamente la justicia estalinista. A comienzos de 1954, Jruschov había ordenado, y recibido, un informe que detallaba cuántos prisioneros habían sido acusados de crímenes contrarrevolucionarios desde 1921, así como un recuento de cuántos permanecían recluidos. Las cifras eran por definición inexactas, ya que no incluían a los millones enviados al destierro, a los acusados injustamente de delitos técnicamente no políticos, a los procesados en tribunales ordinarios y a aquellos que nunca fueron procesados. Sin embargo, dado que estas cifras representaban el número de personas que habían sido ejecutadas o enviadas a prisión sin ningún motivo, resultaban sorprendentemente elevadas. Según el propio recuento del MVD, 3 777 380 personas habían sido declaradas «culpables» de fomentar la contrarrevolución por los consejos de la OGPU, las troikas del NKVD, las comisiones especiales y todos los consejos militares y tribunales que habían dictado sentencias en masa durante las tres décadas anteriores. De estas personas, 2 369 220 habían sido enviadas a los campos, 765 180 habían sido desterradas y 642 980 habían sido ejecutadas.[4]

Unos días después, el comité central comenzó a revisar todos estos casos, así como los casos de los «reincidentes», los prisioneros que habían sido sentenciados por segunda vez al destierro en 1948. Jruschov estableció un comité nacional, dirigido por el fiscal general de la Unión Soviética, para supervisar la tarea. También estableció comités locales en todas las repúblicas y regiones del país para revisar las sentencias de los prisioneros. Algunos presos políticos fueron puestos en libertad en ese momento, aunque sus sentencias todavía no habían sido anuladas: la verdadera rehabilitación (la admisión por el Estado de que se había cometido un error) vendría después.[5]

Se comenzó a soltar prisioneros, aunque durante un año y medio el proceso

sería terriblemente lento. Se permitió salir a algunos prisioneros que habían cumplido dos tercios de su condena, sin explicación ni rehabilitación. Otros fueron retenidos dentro de los campos, sin ninguna razón en absoluto. Pese a todo lo que sabían de la falta de rentabilidad de los campos, los funcionarios del Gulag no querían cerrarlos. Al parecer necesitaban un embate adicional.

Entonces llegó, en febrero de 1956, cuando Jruschov dio lo que se llamó su «discurso secreto» pronunciado a puerta cerrada en el XX Congreso del Partido Comunista. Por primera vez, Jruschov atacó abiertamente a Stalin y el «culto a la personalidad» que lo había rodeado:

> Es inaceptable, y es extraño al espíritu del marxismo-leninismo, elevar a una persona, transformarla en un superhombre que posee atributos sobrenaturales, semejantes a los de un dios. Tal hombre lo sabe todo, lo ve todo, piensa por todos, puede hacerlo todo, su conducta es infalible. Tal creencia sobre un hombre, y específicamente sobre Stalin, fue cultivada entre nosotros durante muchos años.[6]

El resto del discurso fue en su mayor parte tendencioso. Al enumerar los crímenes de Stalin, Jruschov se centró casi exclusivamente en las víctimas de 1937-1938, señalando en especial a los 98 miembros del comité central que habían sido ejecutados y a un puñado de antiguos bolcheviques. «La oleada de detenciones en masa comenzó a ceder en 1939», declaró, lo cual era una falsedad evidente, pues en verdad el número de prisioneros aumentó en los años cuarenta. No mencionó la colectivización, ni la hambruna ucraniana, ni la represión masiva en Ucrania y los países bálticos, quizá porque él mismo había estado implicado en estas operaciones.[7]

Aunque imperfecto, el discurso (pronto divulgado también en secreto, a las células del partido en todo el país) estremeció a la Unión Soviética. Hasta entonces, la cúpula soviética no había admitido ningún crimen, y mucho menos una gama tan amplia de ellos.

El discurso movilizó al MVD, al KGB y a los funcionarios de los campos. En unas semanas, la atmósfera en los campos se suavizó mucho más, y el proceso de liberación y rehabilitación comenzó a acelerarse. Si en los tres años anteriores al discurso secreto se rehabilitó a unas 7000, en los diez meses que siguieron se rehabilitó a 617 000. Se crearon nuevos mecanismos para agilizar el proceso. Irónicamente, muchos prisioneros que habían sido condenados por troikas fueron ahora liberados también por *troikas*: comisiones compuestas de

tres personas (un fiscal, un miembro del comité central y un militante del partido rehabilitado, a menudo un antiguo prisionero) viajaron a los campos y lugares de destierro por todo el país. Tenían atribuciones para realizar investigaciones rápidas en casos individuales, para hacer entrevistas a los prisioneros y liberarlos en el acto.[8]

En los meses que siguieron al discurso secreto, el MVD también se preparó para hacer cambios más profundos en la estructura de los campos. En abril, el nuevo ministro del Interior, N. P. Dudorov, envió una propuesta de reorganización de los campos al comité central. La situación en los campos y las colonias, escribió, «ha sido desastrosa desde hace muchos años». Sostenía que debían ser cerrados, y que los delincuentes más peligrosos debían ser enviados a prisiones especiales y aisladas en las regiones distantes del país. Los reos de delitos menores, por otra parte, debían permanecer en sus regiones de origen, cumpliendo sus penas en «colonias» penitenciarias, haciendo trabajo industrial ligero y trabajando en las granjas colectivas. Ninguno debía ser obligado a trabajar de leñador, minero o albañil, ni realizar ningún tipo de trabajo manual no calificado.[9]

El lenguaje de Dudorov era más importante que sus sugerencias específicas. No estaba meramente proponiendo la creación de un sistema de campos más pequeño; estaba proponiendo crear uno cualitativamente diferente, retornar al sistema penitenciario «normal», o al menos a un sistema penitenciario que sería reconocible en otros países europeos. Las nuevas colonias penitenciarias dejarían de ser económicamente autosuficientes. Los prisioneros trabajarían para aprender oficios útiles, no para enriquecer al Estado. El objetivo del trabajo de los prisioneros sería la rehabilitación, no el beneficio.[10]

Estas sugerencias suscitaron objeciones sorprendentemente airadas. Aunque los representantes de los ministerios económicos dieron muestras de apoyo, I. A. Serov, el jefe del KGB, arremetió contra las propuestas del ministro, llamándolas «erróneas» e «inaceptables», por no hablar de su excesivo coste. Se opuso a la liquidación de los campos, y no podía comprender por qué los *zeks* no debían trabajar como leñadores o mineros. Después de todo, el trabajo pesado ayudaría «a reeducarlos en el espíritu de la honesta vida de trabajo de la sociedad soviética».[11]

El resultado de este enfrentamiento entre las dos ramas de la seguridad del

Estado fue una reforma a medias. Por una parte, el Gulag mismo (la Dirección General de los Campos, *Glávnoye Upravlenie Lagueréi*) fue disuelto. En 1957, Dalstrói y Norilsk, dos de los complejos más grandes y poderosos, fueron desmantelados. Otros campos siguieron ese ejemplo. Los ministros pertinentes (de minería, de construcción de maquinaria, forestales, o construcción de caminos) tomaron grandes parcelas de lo que había sido el complejo industrial de campos.[12] El trabajo esclavo nunca volvería a ser una importante fuente de riqueza en la Unión Soviética.

Pero al mismo tiempo, el sistema judicial permaneció sin reformar. Los jueces siguieron siendo tan politizados e injustos como antes y conservaban los mismos prejuicios. El sistema penitenciario también permaneció virtualmente intacto.

El debate inusualmente estridente entre el jefe del MVD, Dudorov, y el jefe del KGB, Serov, también prefiguró otros debates más importantes que vendrían. Siguiendo, según creían, el ejemplo de Jruschov, los liberales deseaban hacer cambios más rápidos en casi todas las esferas de la vida soviética. Al mismo tiempo, los defensores del viejo sistema querían detener, revocar o alterar estos cambios, en especial cuando afectaban a los grupos poderosos. El resultado de este enfrentamiento era previsible: no solo no se tocaron las celdas de las prisiones, otras reformas quedaron inacabadas; los nuevos privilegios eran rápidamente revocados y los debates públicos de inmediato silenciados. La llamada época del «deshielo», fue realmente un período de cambio, pero un cambio que tenía un ritmo peculiar: las reformas daban dos pasos adelante, y después uno, o a veces tres, pasos atrás.

La liberación, en 1926 o en 1956, dejó siempre en los prisioneros sentimientos ambiguos. Gennadi Andréiev-Jomiakov, un prisionero liberado en los años treinta, se sorprendió de su propia reacción:

> Me imaginé que danzaría en vez de caminar, que cuando finalmente fuera libre me intoxicaría con la libertad. Pero cuando me soltaron no sentí nada de eso. Crucé el portón, pasé junto al último guardia, sin experimentar felicidad ni un sentimiento de alivio … Allí, por la plataforma corrían dos muchachas con trajes ligeros, reían alegremente. Las miré atónito. ¿Cómo podían reír? Cómo podía toda esta gente pasear conversando y riendo como si nada inusitado hubiera pasado en el mundo, como si no hubiera nada angustioso e inolvidable entre ellos…[13]

Después de la muerte de Stalin y el discurso de Jruschov, las liberaciones se hicieron con más rapidez, y las reacciones se hicieron aún más confusas. Los prisioneros que habían creído que pasarían otra década tras las alambradas fueron liberados de un día para otro. Un grupo de exiliados fue convocado durante las horas de trabajo a las oficinas de la mina, y simplemente se les dijo que se fueran a casa. Como recordaba uno, el teniente Isaev, *Spetskommandant* «abrió un cofre, sacó nuestros documentos y nos los entregó…».[14]

Los prisioneros que no habían pensado en otra cosa que en la libertad se sentían extrañamente reluctantes a experimentarla: «Aunque apenas podía creerlo, lloraba mientras salía en libertad … sentí como si me hubieran arrancado del corazón algo querido y precioso para él, de mis camaradas de infortunio. El portón se cerró, y todo había terminado».[15]

Muchos simplemente no estaban preparados. Yuri Zorin, subido en un atestado tren de prisioneros desde Kotlas en 1954, solo pasó dos estaciones. «¿Por qué estoy yendo a Moscú?», se preguntó, y entonces dio la vuelta y regresó a su viejo campo, donde su antiguo jefe lo ayudó a conseguir empleo como trabajador libre. Allí permaneció dieciséis años.[16] Otro escribió en su diario: «Realmente no quiero la libertad. ¿Qué me está llevando a la libertad? Me parece que ahí fuera … hay mentiras, hipocresía, irreflexión. Allá fuera todo es fantásticamente irreal, y aquí, todo es real».[17]

Pero los prisioneros que deseaban volver a casa no siempre podían hacerlo. No tenían dinero y no tenían suficientes alimentos. Los campos liberaban a los prisioneros con unos 500 gramos de pan por cada día de viaje, una ración de hambre,[18] que era insuficiente, ya que el viaje solía durar más de lo esperado, y resultaba casi imposible conseguir billetes en los escasos aviones y trenes que se dirigían al sur. Al llegar a la estación de Krasnoyarsk, Ariadna Efron encontró «tal multitud, que salir era imposible, simplemente imposible. Personas de todos los campos estaban aquí, de todo Norilsk». Finalmente recibió un billete cuando menos lo esperaba, una mujer, «un ángel», que tenía dos por casualidad, le dio uno. De otro modo habría tenido que esperar meses.[19]

Si lograban regresar a Moscú, a Leningrado o a sus aldeas de origen, a los antiguos reclusos la vida no les resultaba más fácil. La mera liberación no bastaba para recobrar una vida «normal». Sin documentos que dieran testimonio de su rehabilitación (documentos que anularan la sentencia original de prisión),

los presos políticos aún eran sospechosos.

En verdad, unos años antes, les habrían dado los atroces «pasaportes de lobo», que prohibían a los antiguos presos políticos vivir en ninguna de las principales ciudades de la Unión Soviética ni cerca de ellas. Otros habían sido directamente enviados al destierro. Ahora los «pasaportes de lobo» habían sido abolidos, pero todavía era difícil encontrar un lugar para vivir, trabajar y (en Moscú) conseguir permiso para permanecer en la capital. Al regresar, los prisioneros descubrían que sus casas habían sido requisadas hacía mucho tiempo, que sus pertenencias habían desaparecido. Muchos de sus parientes, también «enemigos» por asociación, habían muerto o se habían empobrecido: mucho después de que hubieran sido liberados, los familiares de los «enemigos» seguían estigmatizados, sometidos a formas oficiales de discriminación y no se les permitía trabajar en ciertos trabajos. Los prisioneros ancianos descubrían que era imposible obtener una pensión digna.[20]

Sus dificultades personales, aunadas a su sentido del agravio, persuadieron a muchos de buscar una rehabilitación completa, pero tampoco era un proceso sencillo o directo. Para muchos, la opción ni siquiera era accesible. Por ejemplo, el MVD se negó categóricamente a revisar el caso de cualquier persona sentenciada antes de 1935.[21] Aquellos que habían recibido una sentencia adicional en el campo, por insubordinación, disidencia o robo, nunca obtuvieron el codiciado certificado de rehabilitación.[22] Los casos de los líderes bolcheviques (Bujarin, Kámenev, Zinóviev) siguieron siendo tabú, y quienes habían sido condenados en el mismo proceso no fueron rehabilitados hasta la década de 1980.

Para aquellos que podían intentarlo, el proceso de rehabilitación era largo. Las apelaciones por rehabilitación debían hacerlas los prisioneros o sus familiares, quienes con frecuencia tenían que escribir dos, tres o muchas más cartas antes de que se les concediera. Muchos antiguos prisioneros también temían solicitarla. Aquellos que recibían un aviso para comparecer ante una reunión de la comisión de rehabilitación, normalmente realizadas en las oficinas del MVD o en el Ministerio de Justicia, con frecuencia se presentaban portando abrigos, con paquetes de víveres en los brazos y acompañados de una llorosa parentela, convencidos de que iban a ser enviados de nuevo a prisión.[23]

En los niveles superiores, muchos temían que el proceso de rehabilitación

pudiera ir demasiado rápido, demasiado lejos. «Estábamos asustados, realmente asustados», escribió Jruschov. «Temíamos que el deshielo provocara una inundación que no podríamos controlar y nos ahogaría.»[24] Anastas Mikoyan, un estalinista miembro del Politburó que sobrevivió en la época de Jruschov, en cierto momento explicó por qué era imposible rehabilitar a las personas con demasiada rapidez. Si se declaraba inocentes a todos a la vez, «sería obvio que el país no estaba siendo gobernado por un gobierno legal, sino por unos pandilleros».[25]

El Partido Comunista también temía admitir demasiados errores. Aunque revisaron más de 70 000 peticiones de antiguos miembros, pidiendo la reinserción en el partido, menos de la mitad de las peticiones fueron concedidas.[26] Por consiguiente, la rehabilitación social plena, con la reincorporación al trabajo, la vivienda y la pensión, siguió siendo algo raro.

Más habitual que la rehabilitación plena, fueron la experiencia y los sentimientos ambiguos de Olga Adamova-Sliozberg, que solicitó su rehabilitación y la de su esposo en 1954. Esperó dos años. Entonces, después del discurso secreto de Jruschov, recibió un certificado que declaraba que su caso había sido revisado y cerrado por falta de pruebas. «Había sido arrestada el 27 de abril de 1936, de modo que había pagado por este error veinte años y cuarenta y un días de mi vida». En compensación, el certificado declaraba que Adamova-Sliozberg tenía derecho al pago de dos mensualidades por ella y por su esposo fallecido, y 11 rublos 50 cópecs adicionales para compensar el dinero que había estado en poder de su esposo en el momento de su muerte. Eso fue todo.

Mientras estaba en la sala de espera de un despacho del Tribunal Supremo en Moscú, asimilando la noticia, se dio cuenta de que alguien gritaba. Era una anciana ucraniana, a la que le acababan de dar una noticia parecida:

> La anciana ucraniana comenzó a gritar: «¡No necesito vuestro dinero por la sangre de mi hijo!, ¡guardáoslo!». Rompió los certificados y los tiró al suelo.
>
> El soldado que entregaba los certificados se le acercó y le dijo: «Cálmese, ciudadana».
>
> Pero la mujer comenzó a gritar otra vez, atorándose en un paroxismo de furia.
>
> Todos guardamos silencio, abrumados. Aquí y allá escuché sollozos y llantos ahogados.
>
> Volví a mi apartamento, del cual ningún policía podía expulsarme ahora. No había nadie en casa y, finalmente, pude llorar libremente.
>
> Llorar por mi esposo que había perecido en los sótanos de la Lubianka cuando tenía treinta y siete años, en la flor de su capacidad y su talento; por mis hijos, que crecieron huérfanos, estigmatizados como hijos de enemigos del pueblo; por mis padres que murieron de pena; por

> Nikolai que fue torturado en los campos, y por todos mis amigos que no vivieron para ser rehabilitados, sino que yacen bajo la tierra helada de Kolimá.[27]

Aunque omitido con frecuencia en la historia oficial de la Unión Soviética, el regreso de millones de personas de los campos y el destierro debió de sorprender a millones de ciudadanos soviéticos que encontraron al volver. El discurso secreto de Jruschov debió de provocar una conmoción, pero era un acontecimiento remoto dirigido a la jerarquía del partido. En cambio, la reaparición de personas que habían sido consideradas muertas hacía mucho traía el mensaje más cerca y de forma mucho más directa, para una gama más amplia de personas. La época de Stalin había sido una época de tortura secreta y violencia oculta. De pronto, los veteranos de los campos estaban allí mismo para proporcionar una prueba viviente de lo que había ocurrido.

Los prisioneros que volvían causaban terror a los jefes, los colegas y las personas que los habían enviado a prisión. En su novela *El pabellón del cáncer*, Solzhenitsin recrea la reacción de un jefe del partido, enfermo de cáncer, cuando su esposa le dice que un antiguo amigo a quien había denunciado para tomar posesión de su apartamento, está a punto de ser rehabilitado:

> Una debilidad le atenazó el cuerpo; las caderas, los hombros, los brazos se le habían debilitado también, y el tumor parecía tirar de la cabeza hacia un lado. «¿Por qué me lo has dicho? —se lamentó en una voz débil y triste—. ¿No he tenido suficiente desgracia?» Y por dos veces unos sollozos sin lágrimas estremecieron su pecho y su cabeza … «¿Qué derecho tienen a dejar salir ahora a esta gente? ¿No tienen piedad? ¿Cómo se atreven a causar tal trauma?»[28]

Los sentimientos de culpa podían ser insoportables. Después del discurso secreto de Jruschov, Aleksandr Fadéiev, un estalinista comprometido y temido burócrata literario, cogió una tremenda borrachera. Ya ebrio, confesó a un amigo que como jefe de la Unión de Escritores había sancionado el arresto de muchos escritores que sabía que eran inocentes. Fadeev se suicidó al día siguiente. Se dice que dejó una carta de despedida de una línea, dirigida al comité central: «La bala era para las políticas de Stalin, la estética de Zhdanov, la genética de Lysenko».[29]

Otros enloquecieron. Olga Mishakova, una empleada del Komsomol, había denunciado al dirigente de la organización juvenil, Kosarev. Después de 1956, Kosarev fue rehabilitado, y el comité central del Komsomol expulsó a

Mishakova. Sin embargo, a lo largo del año siguiente, ella continuó yendo al local del Komsomol, donde permanecía todo el día en su oficina vacía, e incluso hacía un descanso para comer. Cuando el Komsomol le confiscó el pase, ella continuó yendo, y se quedaba de pie en la entrada durante su antigua jornada de trabajo. Cuando su esposo fue transferido a un puesto en Riazán, ella subía al tren de Moscú todas las mañanas a las cuatro, pasaba el día apostada frente a su antigua oficina y regresaba al anochecer. Finalmente fue enviada a una institución para enfermos mentales.[30]

Aunque el resultado no fuera la demencia, los encuentros incómodos que plagaban la vida social moscovita podían ser insoportables. «Dos Rusias están frente a frente —escribió Anna Ajmátova—, los que estaban en prisión, y los que los pusieron allí». Peores eran los encuentros entre los antiguos prisioneros y los hombres que habían sido sus carceleros o jueces instructores. Unas memorias publicadas con seudónimo en la revista política de Roy Medvedev en 1964 cuentan el encuentro de un hombre con su antiguo juez instructor que le ruega le dé dinero para un trago: «Le di todo lo que me había quedado del viaje, y era bastante. Se lo di para poder marcharme rápidamente. Tenía miedo de no poder contenerme. Sentía un deseo imperioso de dejar libre el odio reprimido durante tanto tiempo, contra él y los de su clase».[31]

También podía ser muy incómodo encontrar a los antiguos amigos, ahora ciudadanos soviéticos prósperos y triunfadores. Lev Razgon encontró a un amigo íntimo en 1968, diez años después de su regreso: «Me trató … como si nos hubiéramos separado la noche anterior. Expresó sus condolencias, por supuesto, por la muerte de Oksana, y me preguntó por Yelena. Pero lo hizo de un modo rápido, formal … y eso fue todo».[32] Lev Kopelev ha escrito que, al regresar, no podía soportar la compañía de los triunfadores y prefería la compañía de los fracasados.[33]

Cómo y cuánto hablar de los campos con los amigos y la familia era una causa de pena para los antiguos prisioneros. Muchos trataban de proteger a sus hijos de la verdad. La hija del creador de los cohetes espaciales, Korolev, no supo que su padre había estado en prisión hasta casi el final de su adolescencia, cuando tuvo que rellenar un formulario en el que se le preguntaba si alguno de sus familiares había sido arrestado.[34] Al salir de los campos, a muchos prisioneros se les pidió que firmaran documentos que les prohibían hablar sobre

ellos.

Otros descubrieron que sus amigos y su familia, aunque no exactamente por falta de interés, no deseaban saber en gran detalle dónde habían estado ni lo que les había pasado. Tenían demasiado miedo, no solo de la omnipresente policía secreta, sino de lo que podían saber de sus seres queridos. El novelista Vasily Aksiónov, hijo de Evgeniya Guinzburg, escribió una escena dramática pero verosímil en su trilogía *La generación de invierno*, contando el reencuentro de un hombre y su esposa después de haber pasado ambos años en campos de concentración. Inmediatamente él advierte en ella un aspecto muy saludable: «¡Cómo has conseguido no ponerte fea… ni siquiera has perdido peso!», dijo él, que sabía demasiado bien de qué modo era posible que las mujeres sobrevivieran en el Gulag. Esa noche, ellos yacen en la cama separados, incapaces de hablar: «La melancolía y la tristeza los quemaba hasta el fondo».[35]

El escritor y poeta Bulat Okudzhava ha escrito un cuento que narra el encuentro de un hombre con su madre, que ha pasado diez años en los campos. El hombre imagina su regreso con placer, pensando que después de recogerla en la estación de tren, la llevará a cenar tras un encuentro con lágrimas pero feliz, le hablará de su vida, e incluso podrían ir al cine. En cambio, encuentra a una mujer con los ojos secos y una expresión ausente. «Me miró y no me vio, su rostro estaba endurecido, frío». Esperaba que estuviera físicamente débil, pero estaba totalmente desprevenido para el daño emocional, una experiencia que muchos debieron de compartir.[36]

Las historias verdaderas son igualmente lúgubres. Nadezhda Kapralova relató el encuentro con su madre después de trece años, habiendo sido separada de ella a la edad de ocho. «Éramos las personas más unidas que pudiera haber, madre e hija, y sin embargo éramos extrañas, hablábamos de cosas sin importancia, la mayor parte del tiempo llorando o quedándonos calladas.»[37] Olga Adamova-Sliozberg tenía que andar con cuidado cuando se reunió con su hijo en 1948: «Sin duda yo lo podría haber convencido de que había muchas cosas malas en nuestro país; que Stalin, su ídolo, estaba lejos de ser perfecto, pero mi hijo solo tenía diecisiete años. Temía ser franca con él».[38]

Sin embargo, no todos se sintieron excluidos de la sociedad soviética. Sorprendentemente, muchos de los que regresaban estaban deseosos de reincorporarse al Partido Comunista, no solo por los privilegios y el estatus, sino

para sentirse una vez más miembros plenos del proyecto comunista. «La adhesión a un sistema de creencias puede tener profundas raíces no racionales», dice la historiadora Nanci Adler tratando de explicar los sentimientos de un prisionero cuando fue reincorporado al partido:

> El factor más importante que aseguró mi supervivencia en esas condiciones inhóspitas fue mi inquebrantable e inextinguible creencia en nuestro partido leninista, en sus principios humanistas. Fue el partido el que me infundió la fuerza física para soportar las penurias… La reincorporación a las filas de mi Partido Comunista fue la felicidad más grande de mi vida.[39]

Aunque de algún modo sabían que esta lucha era un engaño, aunque sabían que su país no era todo lo glorioso que sus líderes afirmaban y que ciudades soviéticas enteras habían sido construidas sobre los restos de personas injustamente condenadas a trabajos forzados, aun así, algunas víctimas de los campos se sentían mejor si eran parte de un esfuerzo colectivo, y ya no estaban excluidas de él.

En cualquier caso, la enorme tensión entre los que habían estado «allí» y los que se quedaron en casa no podía limitarse a los dormitorios y permanecer encerrada tras las puertas para siempre. Los responsables de lo que había ocurrido estaban vivos. Finalmente, en el XXII Congreso del Partido Comunista en octubre de 1961, Jruschov, luchando ahora por conseguir más influencia en el partido, comenzó a nombrarlos. Anunció que Molótov, Kaganovich, Voroshilov y Malenkov eran «culpables de represión ilegal contra muchos funcionarios comunistas, soviéticos, militares y del Komsomol, y eran responsables de su destrucción física». De modo más ominoso insinuó que «documentos en nuestro poder» probarían su culpa.[40]

No obstante, al final Jruschov no publicó tales documentos en el curso de su lucha contra los estalinistas que se oponían a sus reformas. Quizá no era lo bastante poderoso como para hacerlo, o quizá esos documentos habrían revelado algo de su propio papel en la represión estalinista. En cambio, Jruschov empleó una nueva táctica: amplió la discusión pública del estalinismo, llevándola más allá de los debates internos del partido, difundiéndola en el mundo literario. Aunque no es probable que estuviera muy interesado en los poetas y novelistas soviéticos, a comienzos de los años sesenta, Jruschov se dio cuenta de que podían desempeñar cierto papel en su lucha por el poder. Lentamente,

comenzaron a aparecer nombres proscritos en las publicaciones oficiales, sin explicación de por qué habían desaparecido ni de por qué se les permitía reaparecer. Personajes hasta entonces inadmisibles en la narrativa soviética (burócratas codiciosos, reclusos que volvían del campo) comenzaron a aparecer en las novelas publicadas.[41]

Jruschov vio que tales publicaciones podían hacerle propaganda: los escritores literarios podían desacreditar a sus adversarios atribuyéndoles los crímenes del pasado. En cualquier caso, ese parece haber sido el fundamento de su decisión de permitir la publicación de *Un día en la vida de Iván Denísovich*, la más famosa de las novelas sobre el Gulag.

Por su importancia literaria, así como por su papel en la divulgación de la existencia del Gulag en Occidente, Aleksandr Solzhenitsin merecería ciertamente una mención especial en la historia del sistema de campos soviéticos. Pero su breve carrera de autor «oficial» soviético famoso y ampliamente publicado también merece ser comentada porque marca un importante período de transición. Cuando apareció la primera edición de *Un día en la vida de Iván Denísovich* en 1962, el deshielo estaba en su apogeo, los presos políticos eran pocos, y el Gulag parecía un episodio del pasado. En el verano de 1965, cuando un periódico del partido decía que *Un día en la vida…* era un «trabajo indudablemente polémico, tanto desde una perspectiva ideológica como artística», Jruschov había sido derrocado, había comenzado la reacción y el número de presos políticos estaba aumentando con ominosa celeridad. En 1974, cuando *Archipiélago Gulag* (la historia en tres volúmenes del sistema de campos escrita por Solzhenitsin) se editó en inglés, Solzhenitsin había sido expulsado de su país, y sus libros solo podían publicarse en el extranjero. La institución soviética del campo de prisioneros había sido restablecida, y el movimiento disidente estaba en pleno desarrollo.[42]

La vida en prisión de Solzhenitsin había comenzado de forma similar a la de los *zeks* de su generación. Después de entrar en la escuela de oficiales en 1941, combatió en el frente occidental durante el otoño y el invierno de 1943, escribió una crítica mal disimulada de Stalin en una carta a un amigo en 1945, y fue arrestado poco después. Hasta entonces comunista más o menos fiel, el joven oficial quedó perplejo ante la brutalidad y la crudeza con que fue tratado. Después, se sentiría sobrecogido por el duro tratamiento que se daba a los

soldados del Ejército Rojo que habían caído en poder de los nazis. Estos hombres, según creía, debían haber vuelto a la patria como héroes.

Gracias a sus conocimientos de matemáticas y física, su vida posterior en los campos no fue quizá totalmente típica, aunque solo debido a que cumplió parte de su condena en una *sharashka*, una experiencia que después narró en *El primer círculo*. Fuera de eso, es exacto decir que estuvo en una serie de *lagpunkts* ordinarios, incluido uno en Moscú y otro en un complejo de campos de Karaganda. También fue un prisionero tipo. Coqueteó con las autoridades, fue un delator antes de tomar conciencia, y acabó trabajando como albañil, que es el oficio que asigna a Iván Denísovich, el *zek* tipo, héroe de su primera novela. Después de su liberación, fue a enseñar a una escuela en Riazán y comenzó a escribir sus experiencias. Eso tampoco es raro: los cientos de memorias del Gulag que han sido publicadas desde los años ochenta constituyen un amplio testimonio de la elocuencia y el talento de los antiguos prisioneros soviéticos, muchos de los cuales escribieron en secreto durante años. Lo que hacía a Solzhenitsin verdaderamente único, al final, fue el simple hecho de que su obra apareció impresa, en la Unión Soviética, mientras Jruschov todavía estaba en el poder.

Muchas leyendas se han tejido alrededor de la publicación de *Un día en la vida de Iván Denísovich*. El manuscrito pasó por las manos de Lev Kopelev, una figura literaria moscovita y uno de los camaradas del campo, y una correctora del *Novyi Mir*. Entusiasmada por su hallazgo, la correctora lo pasó a Tvardovski, el jefe de redacción de *Novyi Mir*.

Tvardovski, así dice la historia, comenzó a leer *Un día en la vida…* mientras estaba tumbado en su cama. Después de unas cuantas páginas pensó que tenía que levantarse, vestirse y leer la historia sentado en una silla. Pasó la noche leyéndola, y después se precipitó a su despacho apenas amaneció, gritando que viniera un mecanógrafo para hacer más copias de modo que pudiera distribuirlas a sus amigos, mientras saludaba el nacimiento de un nuevo genio literario. Ocurriera o no esto realmente, Tvardovski efectivamente dijo que había sido así. Solzhenitsin le escribió diciéndole cuán feliz se había sentido al saber que Tvardovski había considerado que *Un día en la vida…* «valía una noche en vela».[43]

La novela misma era bastante sencilla: narraba un solo día de la vida de un

prisionero ordinario. Al leer *Un día en la vida…* hoy, quizá resulte difícil a los lectores actuales, incluso a los de la Rusia actual, comprender por qué causó tal furor en el mundo literario ruso. Pero para quienes la leyeron en 1962, la novela apareció como una revelación. En vez de hablar vagamente de «retornados» y «represiones» como otros libros hacían en esa época, *Un día en la vida…* describe la vida en los campos, un tema que hasta entonces no había sido debatido en público.

Al mismo tiempo, el estilo de Solzhenitsin (en especial el uso de la jerga del campo) y sus descripciones del aburrimiento y los desagradables avatares de la vida en prisión, contrastaban con la narrativa al uso vacía y ficticia que se estaba publicando. El credo literario oficial soviético de esa época, el «realismo socialista», no era en absoluto realismo, era más bien la versión literaria de la doctrina política estalinista. La literatura carcelaria, tal como era, no había cambiado desde la época de Gorki. Si había un ladrón en una novela soviética, tomaba conciencia y se convertía a la verdadera fe soviética. El héroe podía sufrir, pero al final el partido le mostraba la luz.

Un día en la vida…, en cambio, era genuinamente realista: no era optimista y no tenía una moraleja. Los sufrimientos de sus héroes no tenían objeto. El trabajo que hacían era extenuante y agotador, y trataban de evitarlo. El partido no triunfaba al final ni el comunismo salía victorioso. Esta honestidad tan inusitada en un escritor soviético era precisamente lo que Tvardovski admiraba: le dijo a Kopolev, amigo de Solzhenitsin, que la historia no tenía «ni una pizca de falsedad en ella». Lo cual perturbaría a muchos lectores, sobre todo los del *establishment* soviético. Para las personas habituadas a conclusiones simplistas, la novela resultaba amoral y con un final horriblemente indefinido.

Tvardovski quería publicarla, pero sabía que si simplemente hacía componer la historia y la enviaba a los censores, estos la prohibirían enseguida. En cambio, ofreció *Un día en la vida de Iván Denísovich* a Jruschov como un arma para ser usada contra sus enemigos. Después de muchas idas y venidas, muchos debates y algunos cambios en el manuscrito (Solzhenitsin fue persuadido de incluir un «héroe positivo» y una condena formal del nacionalismo ucraniano), la novela finalmente llegó a manos de Jruschov, quien la aprobó e incluso la elogió por haber sido escrita «en el espíritu del XXII Congreso del Partido», lo que presumiblemente significaba que pensaba que molestaría a sus enemigos.

Finalmente, en el número de *Novyi Mir* de noviembre de 1962 apareció impresa. Se dice que Tvardovski gritó «¡El pájaro es libre!, ¡el pájaro es libre!» en cuanto tuvo las primeras pruebas en las manos.

Al principio, la aclamación crítica fue exagerada, no menos porque la narración coincidía con la línea oficial del momento. El crítico literario de *Pravda* esperaba que «la lucha contra el culto de la personalidad» en lo sucesivo «continuaría favoreciendo la aparición de obras de arte excepcionales por su valor intrínseco».[44]

No eran las reacciones de los lectores comunes, no obstante, las que inundaban el correo de Solzhenitsin en los meses que siguieron a la publicación en *Novyi Mir*. El paralelismo entre la historia y la nueva línea del partido no impresionó a los antiguos reclusos de los campos que le escribieron de todo el país. En cambio, estaban muy satisfechos de leer algo que en verdad reflejaba sus sentimientos y experiencias. Personas que temían susurrar una palabra sobre sus vivencias a los amigos más íntimos, súbitamente sentían alivio. Una mujer le contó su reacción: «Mi rostro estaba bañado en lágrimas. No las enjugué porque todo esto, resumido en un pequeño número de páginas en la revista, era mío, íntimamente mío, por cada día de los quince años que pasé en los campos».

Las reacciones más poderosas fueron las de las personas que estaban todavía en prisión. Leonid Sitko, que entonces cumplía una segunda condena, oyó hablar de la publicación en el remoto Dubravlag. Cuando el ejemplar de *Novyi Mir* llegó a la biblioteca, los mandos del campo lo retuvieron durante dos meses. Finalmente, los *zeks* consiguieron un ejemplar e hicieron una lectura en grupo. Sitko recuerda que los prisioneros escuchaban «sin respirar»:

> Después de leer la última palabra, hubo un silencio sepulcral. Entonces, al cabo de unos dos o tres minutos, el salón estalló. Cada uno había vivido esa historia a su propia y dolorosa manera … envueltos en una nube de tabaco hablaban sin parar…
>
> Y con frecuencia, una y otra vez, preguntaban: «¿Por qué la han publicado?».[45]

En efecto, ¿por qué? Parece que los propios dirigentes del partido comenzaron a preguntárselo. Quizá la franca descripción de la vida del campo de Solzhenitsin era demasiado para ellos: representaba un cambio demasiado trascendente, su aparición era demasiado fulminante para el gusto de unos hombres que todavía temían que sus cabezas fueran las próximas en caer. O

quizá ya estaban cansados de Jruschov, temían que hubiera ido demasiado lejos, y utilizaran la novela de Solzhenitsin como un pretexto. En efecto, Jruschov fue depuesto poco después, en octubre de 1964. Quien lo reemplazó, Leonid Brézhnev, era el jefe de los neoestalinistas del partido, reaccionarios contrarios al cambio y al deshielo.

En todo caso, está claro que después de la publicación de la novela los conservadores se reagruparon, y lo hicieron con sorprendente celeridad. *Un día en la vida…* apareció en noviembre. En diciembre, pocos días después de que Jruschov se entrevistara con Solzhenitsin y lo felicitara personalmente, Leonid Ilyichev, presidente de la nueva comisión ideológica del comité central, dio una conferencia a un grupo de 400 escritores y artistas reunidos en la Unión de Escritores. La sociedad soviética, les dijo, no debe ser «perturbada y debilitada con el pretexto de la lucha contra el culto a la personalidad».[46]

La rapidez del cambio reflejaba la actitud ambivalente de la Unión Soviética hacia su propia historia, una ambivalencia que nunca ha sido resuelta, ni siquiera hoy. Si la élite de la Unión Soviética aceptaba que el relato de Iván Denísovich era auténtico, eso significaba admitir que personas inocentes habían soportado un sufrimiento inútil. Si los campos habían sido realmente un absurdo, un derroche y una tragedia, eso significaba que la Unión Soviética también lo era. Era difícil y seguiría siendo difícil, para cualquier ciudadano soviético —fuera un miembro de la élite o fuera un simple campesino—, aceptar que su vida había sido guiada por una sarta de mentiras.

Después de un período de vacilaciones (unos cuantos argumentos a favor y otros más en contra), los ataques a Solzhenitsin comenzaron a menudear. Como la novela de Solzhenitsin estaba siendo considerada para el premio Lenin, el más importante galardón literario de la Unión Soviética, los insultos arreciaron. Al final, utilizando tácticas que serían repetidas en los años posteriores, la clase dirigente recurrió a los insultos personales. En la reunión del comité del premio Lenin, el jefe del Komsomol, Serguéi Pávlov, se levantó y acusó a Solzhenitsin de haberse rendido a los alemanes en la guerra, y de haber sido reo de delitos comunes después. Tvardovski hizo que Solzhenitsin mostrara su certificado de rehabilitación, pero era tarde. El premio Lenin fue dado a *La esquila*, un libro del que lo mejor que se puede decir es que está olvidado, y la carrera literaria oficial de Solzhenitsin llegó a su fin.

Siguió escribiendo, pero ninguna de sus novelas posteriores fue publicada (al menos no legalmente) hasta 1989. En 1974 fue expulsado de la Unión Soviética, y finalmente se estableció en Vermont. Hasta la época de Gorbachov, solo un reducido grupo de ciudadanos soviéticos, aquellos que tenían acceso a ejemplares clandestinos mecanografiados o pasados de contrabando, habían leído *Archipiélago Gulag*, su historia del sistema de campos. Pero Solzhenitsin no fue la única víctima de esta reacción conservadora. Pues justamente cuando el debate sobre *Un día en la vida de Iván Denísovich* se estaba tornando más airado, otro drama literario se estaba desarrollando: el 18 de febrero de 1964, el joven poeta Joseph Brodski fue procesado por «parasitismo». La época de los disidentes estaba a punto de comenzar.

26

La era de los disidentes

No te alegres tan pronto,
y deja que algún oráculo proclame
que las heridas no se volverán a abrir,
que las pérfidas turbas no se levantarán de nuevo;
y deja que me arriesgue a parecer atrasado.
Déjalo perorar. Yo sé que en verdad
Stalin no está muerto.

Como si los muertos solos hubieran importado
y aquellos que desaparecieron sin nombre en el norte.
El mal que infundió en nuestros corazones
¿no habría realmente hecho el daño?
En tanto la pobreza y la riqueza se aparten,
en tanto sigan las mentiras,
y no olvidemos el miedo, Stalin no está muerto.

BORIS CHICHERIN,
«Stalin no está muerto», 1967[1]

La muerte de Stalin marcó realmente el fin de la época de trabajo esclavo masivo en la Unión Soviética. Aunque las políticas represivas habrían de adoptar formas muy duras en los cuarenta años siguientes, nadie propuso reinstaurar los campos de concentración a gran escala. Nadie trató de hacer de ellos el eje central de la economía, ni los utilizó para encarcelar a millones de personas. La seguridad del Estado nunca más controló una fracción tan amplia de la capacidad productiva del país ni los jefes de campo actuaron como gerentes de enormes empresas industriales. Sin embargo, los campos no desaparecieron por completo. Ni los prisioneros se convirtieron en parte de un sistema penal «ordinario», organizado solo para delincuentes; en realidad cambiaron.

En primer lugar, cambiaron los presos políticos. En la época de Stalin, el sistema represivo se había parecido a una inmensa ruleta: cualquiera podía ser

arrestado, por cualquier razón, en cualquier momento (campesinos, trabajadores y militantes del partido por igual). Después de Jruschov, la seguridad del Estado todavía arrestaba ocasionalmente «por nada», como había dicho Anna Ajmátova. Pero la mayor parte del tiempo, el KGB de Brézhnev arrestaba a las personas por *algo*, si no por un genuino acto criminal, por su oposición religiosa, literaria o política al sistema soviético. Llamados por regla general «disidentes» o a veces «prisioneros de conciencia», esta nueva generación de presos políticos sabía por qué habían sido arrestados, se consideraban presos políticos y eran tratados como tales.

Había muchos menos presos políticos de los que había habido en tiempos de Stalin. A mediados de los años setenta, Amnistía Internacional estimaba que no menos de 10 000 del 1 000 000 de prisioneros de la Unión Soviética tenían sentencias políticas, y que la mayoría de ellos estaban confinados en dos complejos de campos «políticos», uno en Mordovia, al sur de Moscú y otro en Perm, en el extremo occidental de los Urales.[2] En un año determinado, no hubo probablemente más que unos pocos miles de arrestos abiertamente políticos. Aunque este número habría sido elevado en otro país, desde luego era bajo para el estándar de la Unión Soviética de Stalin.

Según los relatos de los antiguos prisioneros, esta nueva categoría de prisioneros apareció en los campos en 1957, a raíz de la revolución húngara de octubre de 1956, con el arresto de los soldados y los ciudadanos soviéticos que habían simpatizado con la rebelión.[3] En esa época también apareció en las prisiones soviéticas la primera y minoritaria oleada de *refuseniks*, judíos a quienes se negaba el derecho a emigrar a Israel.

A finales de la década de 1950 también hubo arrestos de los primeros baptistas soviéticos, que muy pronto se convertirían en el grupo más numeroso de disidentes tras las alambradas, así como de miembros de otras sectas religiosas. Avraham Shifrin encontró a un grupo de antiguos creyentes, seguidores de los antiguos ritos de la Iglesia ortodoxa, en un pabellón de castigo en el campo político de Potma. Su comunidad había emigrado a la selva virgen del norte de los Urales en 1919, y había vivido allí en completo secreto, hasta que un helicóptero del KGB la descubrió cincuenta años después.[4]

Shifrin representaba a una nueva categoría de prisioneros: los hijos y las hijas de los «enemigos del pueblo», que no encajaban fácilmente a finales de los

años cincuenta en la vida soviética. En los años siguientes, un número sorprendente de los miembros de la generación disidente, sobre todo los activistas en pro de los derechos humanos, resultaron ser hijos o familiares de las víctimas de Stalin. Entre los casos más famosos está el de los gemelos Medvedev, Zhores y Roy. Roy, un historiador, se convirtió en uno de los más conocidos publicistas clandestinos de la Unión Soviética; Zhores, un científico disidente, fue confinado en un hospital psiquiátrico. Ambos eran hijos de un «enemigo del pueblo»: su padre había sido arrestado cuando eran niños.[5]

Hubo otros. En 1967, cuarenta y tres hijos de comunistas, represaliados por Stalin, enviaron una carta abierta al comité central, advirtiéndole de la amenaza del neoestalinismo. La carta, una de las primeras de las numerosas cartas de protesta enviadas a las autoridades, contenía varios nombres de editores clandestinos y dirigentes disidentes, muchos de los cuales pronto estarían en prisión: Piotr Yakir, hijo del general Yakir; Anton Antonov-Ovseenko, hijo del revolucionario bolchevique, y Larisa Bogoraz, cuyo padre fue arrestado por actividades trotskistas en 1936. Al parecer, la experiencia de haber tenido un familiar en los campos podía ser suficiente para radicalizar a los más jóvenes.[6]

Si los prisioneros habían cambiado, también pasaba lo mismo con algunos aspectos del sistema legal. En 1960 —año que generalmente se recuerda como el apogeo del deshielo— se promulgó un nuevo código penal que, sin duda, era más liberal. Abolía los interrogatorios nocturnos, y limitaba las atribuciones del KGB (encargado de las investigaciones políticas), y del MVD (que dirigía el sistema penitenciario). Ordenaba una mayor independencia de los fiscales y, sobre todo, abolía el detestado artículo 58.[7]

Algunos de estos cambios fueron justamente desdeñados como mero camuflaje. Si las autoridades deseaban arrestar a alguien por pensar de un modo diferente, todavía podían hacerlo. En lugar del artículo 58, el código promulgó el artículo 70, sobre «agitación y propaganda antisoviética», y el artículo 72, sobre «la actividad organizativa de delitos especialmente peligrosos contra el Estado y la participación en organizaciones antisoviéticas». Además, las autoridades añadieron el artículo 142, sobre «violación de la separación entre la Iglesia y el Estado». En otras palabras, si el KGB deseaba arrestar a alguien por su religión, todavía podía hacerlo.[8]

Sin embargo, no todo era exactamente igual. En la época postestalinista, las

autoridades (fiscales, guardias de campo, celadores) eran más sensibles a las formas, y trataban de mantener una apariencia de legalidad. Cuando, por ejemplo, el lenguaje del artículo 70 resultó demasiado genérico para condenar a cualquiera que las autoridades consideraran necesario encarcelar, agregaron el artículo 190-1 al código penal, que prohibía «la divulgación verbal de invectivas que desacreditaran al sistema político y social soviético». El sistema judicial tenía que mantener las apariencias, aunque todos supieran que era una farsa.[9]

En una clara reacción contra el viejo sistema de troikas y comisiones especiales, la nueva ley estipulaba que los arrestados debían ser procesados por un tribunal de justicia. Este resultó ser un inconveniente que las autoridades soviéticas habían previsto.

Aunque no había sido condenado en cumplimiento de ninguna de las nuevas leyes contra los disidentes, el proceso de Joseph Brodski fue en muchos sentidos un heraldo de la nueva época que se avecinaba. El hecho de que se realizara fue una novedad: en el pasado, las personas que molestaban al Estado no habían sido juzgadas en público, salvo en los procesos preparados con antelación, si eran procesadas. Lo más importante es que la conducta de Brodski en el juicio puso de manifiesto que pertenecía a una generación distinta de la de Solzhenitsin, y de los prisioneros políticos del pasado reciente.

Brodski escribió que a su generación se le había «ahorrado» la experiencia del adoctrinamiento, sufrida por sus mayores. «Surgimos de los escombros de la posguerra, cuando el Estado estaba ocupado en su propia estructura y no podía vigilarnos muy bien. Ingresamos a la escuela, y por más basura elevada que se nos enseñara, el sufrimiento y la pobreza eran visibles alrededor. No podías cubrir las ruinas con una hoja de *Pravda*.»[10]

Si eran rusos, la generación de Brodski llegó a criticar el *statu quo* soviético a través del gusto literario o artístico, lo cual no podía ser expresado en la Unión Soviética de Brézhnev. Si eran bálticos, caucasianos o ucranianos, era más probable que llegaran a ese punto por sus sentimientos nacionalistas, heredados de sus padres. Brodski era un prototípico disidente de Leningrado. Rechazó la propaganda soviética desde muy joven, y abandonó la escuela a los quince años. Trabajó en varios empleos temporales y comenzó a escribir poesía. A los veinte años era famoso en el mundo literario de Leningrado. La anciana Ajmátova lo

convirtió en su protegido. Sus poemas circulaban entre las amistades, y se leían en voz alta en las reuniones literarias clandestinas, un nuevo rasgo de esta época.

Previsiblemente, toda esta actividad no oficial atrajo la atención de la seguridad del Estado sobre Brodski. Primero lo hostigaron y luego lo arrestaron. La acusación era de «parasitismo»: ya que Brodski no era un poeta de la Unión de Escritores, era un vagabundo. En el juicio, en febrero de 1964, el Estado presentó testigos, en su mayoría desconocidos para Brodski, que afirmaron que era «moralmente depravado, un prófugo, y escritor de versos antisoviéticos». En su defensa, hubo cartas y discursos de famosos poetas y escritores, incluida la propia Ajmátova.

Está claro que el proceso estaba dirigido no solo contra Brodski, sino contra los restos de la clase intelectual independiente, con sus contactos, su presunta oposición a la autoridad soviética, y su sarcasmo del «trabajo». Y en cierto sentido, los organizadores del proceso habían dado en el clavo: Brodski se oponía a la autoridad soviética, sentía desdén por el trabajo sin objeto ni fruto, y representaba a una clase alienada, un grupo de personas profundamente frustradas por las secuelas del deshielo. Sabiendo esto perfectamente, Brodski no se sintió sorprendido ni perplejo por su arresto, ni por su proceso. Al contrario, discutió con el juez:

> Juez: ¿Cuál es su ocupación?
>
> Brodski: Soy poeta.
>
> Juez: ¿Quién lo reconoce a usted como poeta? ¿Quién le ha dado la autoridad para llamarse poeta?
>
> Brodski: Nadie. ¿Quién me ha dado la autoridad para pertenecer al género humano?
>
> Juez: ¿Ha estudiado para eso?
>
> Brodski: ¿Para qué?
>
> Juez: Para ser poeta. ¿Por qué no hizo usted estudios en una escuela donde lo prepararan, donde pudiera aprender?
>
> Brodski: No pienso que la poesía pueda ser materia de enseñanza.
>
> Juez: ¿Qué es entonces?
>
> Brodski: Creo que es… un don de Dios.

Después, cuando le preguntaron si tenía alguna petición que hacer al tribunal, Brodski dijo: «Me gustaría saber por qué he sido arrestado». El juez respondió: «Esa es una pregunta, no una petición». Y Brodski dijo: «En tal caso,

no tengo ninguna petición».[11]

Técnicamente, Brodski perdió la discusión: el juez lo condenó a cinco años de trabajos forzados en la colonia penitenciaria cerca de Arjánguelsk, fundándose en que había «dejado sistemáticamente de cumplir con sus obligaciones de ciudadano soviético, no había producido nada de valor material, ni había logrado proveerse de medios de vida, como es evidente por sus constantes cambios de empleo». Citando las declaraciones hechas por la «Comisión para Trabajar con los Jóvenes Poetas», el juez declaró que Brodski (quien ganaría el premio Nobel de Literatura) «no era un poeta».[12]

Sin embargo, en otro sentido, Brodski «ganó» de un modo que las anteriores generaciones de prisioneros rusos no habían podido hacerlo. No solo desafió públicamente la lógica del sistema jurídico soviético, sino que su desafío quedó grabado para la posteridad. Un periodista tomó notas subrepticiamente del proceso, que fueron finalmente pasadas de forma clandestina a Occidente. Gracias a ello, Brodski se hizo famoso enseguida, en Rusia y en el exterior. Su conducta en el juicio no solo se convirtió en un modelo a seguir, sino que motivó tanto a los escritores rusos como a los extranjeros a pedir al régimen su puesta en libertad. Después de dos años, se le concedió la libertad, y finalmente fue expulsado de la URSS.

Nada parecido había ocurrido cuando Stalin vivía. «Las personas eran siempre lanzadas a la cárcel y como siempre llevadas al este —escribió poco después Valentin Moroz, un historiador ucraniano disidente—. Pero esta vez, nos hemos hundido en lo desconocido.»[13] Y esto, a fin de cuentas, fue la gran diferencia entre los prisioneros de Stalin y los de Brézhnev y Andrópov: el mundo exterior sabría de ellos, se preocuparía por ellos y, sobre todo, influiría en su destino. Sin embargo, el régimen soviético no se estaba tornando más liberal, y los hechos se precipitaron a raíz del proceso de Brodski.

Así como 1937 se había destacado por ser un año especial de persecución contra la intelectualidad de la época estalinista, 1966 se destacó por ser un año especial para la generación del deshielo. En 1966 era evidente que había triunfado el neoestalinismo. Jruschov había sido depuesto, reemplazado por Leonid Brézhnev, que abiertamente hizo declaraciones dirigidas a restaurar la reputación de Stalin.[14] Antes de que pasara un año, Yuri Andrópov, quien acababa de ser

nombrado presidente del KGB, daría un discurso para conmemorar el 50 aniversario de la fundación de la Checa. Ensalzaría a la policía secreta soviética, entre otras cosas, «por su implacable lucha contra los enemigos del Estado».[15]

En febrero de 1966, Andréi Siniavski y Yuli Daniel fueron procesados. Ambos eran escritores conocidos, que habían publicado su obra en el extranjero y fueron hallados culpables (según los términos prescritos por el artículo 70 de «agitación y propaganda antisoviéticas»). Siniavski fue condenado a siete años de trabajos forzados, Daniel a cinco.[16] Esta fue la primera vez que alguien había sido procesado no solo por vagancia, sino por el contenido de su trabajo literario. Un mes después, más de dos docenas de intelectuales ucranianos fueron procesados bajo un significativo secreto en Kíev.[17]

Siguiendo un patrón que pronto se volvería habitual, estos procesos provocaron otros nuevos, pues otros intelectuales airados comenzaron a usar el lenguaje del sistema jurídico y de la Constitución soviéticos para criticar el sistema judicial y la seguridad del Estado soviéticos. El caso de Siniavski y Daniel, por ejemplo, dejó una gran impresión en otro joven moscovita, Aleksandr Guinzburg, ya activo en los círculos culturales «no oficiales». Compiló una transcripción del proceso contra Siniavski y Daniel, el «Libro Blanco», que fue distribuido en Moscú. Guinzburg y tres de sus presuntos colaboradores fueron arrestados poco después.[18]

Aproximadamente al mismo tiempo, los procesos de Kíev tuvieron un gran impacto en el joven abogado Viacheslav Chornovil, quien compiló un dossier sobre el sistema judicial ucraniano, señalando sus contradicciones internas y estableciendo la ilegalidad y absurdidad de los arrestos realizados.[19] Fue inmediatamente arrestado.[20] De este modo, un movimiento intelectual y cultural, iniciado por escritores y poetas, se convirtió en un movimiento por los derechos humanos.

Para situar al movimiento soviético por los derechos humanos en su contexto, es importante señalar que los disidentes soviéticos nunca constituyeron una organización masiva, como ocurrió con sus homólogos polacos, y no pueden recibir todo el crédito por el hundimiento del régimen soviético: la carrera armamentista, la guerra de Afganistán y el desastre económico generado por la planificación central soviética deben recibir igual reconocimiento. Tampoco lograron hacer mucho más que un puñado de manifestaciones públicas. Una de

las más famosas, realizada el 25 de agosto de 1968 para protestar contra la invasión soviética de Checoslovaquia, comprometió solo a siete personas. Al mediodía, los siete se reunieron en el atrio de la catedral de San Basilio, en la Plaza Roja, y desplegaron banderas checas y banderolas con consignas: «¡Viva la Checoslovaquia libre e independiente!», «¡Fuera de Checoslovaquia, por su libertad y la nuestra!». En un santiamén, sonó un silbato y agentes del KGB en ropa de paisano se abalanzaron contra los manifestantes, a los que parecían estar aguardando, gritando: «¡Son todos judíos!» y «¡Duro con los antisoviéticos!». Rompieron las banderolas, golpearon a los manifestantes y se llevaron a una mujer que estaba con su hijo de tres meses directamente a la cárcel.[21]

Pero aunque eran pocos, sus esfuerzos causaron grandes problemas a la cúpula soviética, que proclamaba su persistente compromiso de difundir la revolución mundial y trataba de preservar la imagen internacional de la URSS. Durante la época de Stalin, la represión a escala masiva podía mantenerse en secreto incluso ante un vicepresidente estadounidense de visita. En los años sesenta y setenta, las noticias de un único arresto daban la vuelta al mundo de la noche a la mañana.

En parte, esto se debió a la mejora de los medios de comunicación, La Voz de América, Radio Libertad y la televisión, y en parte, a que también los ciudadanos soviéticos encontraron formas de difundir las noticias. En 1966 marcó un hito la aparición del término *samizdat*. Un acrónimo que evocaba el término *Gosizdat* (Casa de Ediciones del Estado), *samizdat* significa literalmente («edición personal»), y aludía a la edición clandestina. El concepto no era nuevo, en Rusia, la *samizdat* era tan antigua como la palabra escrita. Pushkin había distribuido personalmente manuscritos de su poesía de mayor contenido político en los años veinte. Incluso en la época de Stalin, la circulación de cuentos y poemas entre amigos no era totalmente desconocida.

Pero a partir de 1966, la *samizdat* se convirtió en un pasatiempo nacional. El deshielo había espoleado en muchos ciudadanos soviéticos el gusto por un tipo de literatura más libre, y en su origen la *samizdat* fue esencialmente un fenómeno literario.[22] Pero muy pronto, la *samizdat* adquiriría un carácter político. Un informe del KGB que circulaba entre los miembros del comité central en enero de 1971 analizaba los cambios de los últimos cinco años, señalando que había descubierto:

> … más de 400 estudios sobre cuestiones económicas, políticas y filosóficas, que critican desde varios ángulos la experiencia de la construcción socialista en la Unión Soviética, examinan la política interna y externa del Partido Comunista, y presentan varios programas de actividad opositora.[23]

El informe concluía que el KGB tenía que trabajar para «la neutralización y la denuncia de las tendencias antisoviéticas presentadas en la *samizdat*». Pero era demasiado tarde para devolver el genio a la botella, y la *samizdat* continuó expandiéndose, adoptando múltiples formas: poemas mecanografiados, que circulaban entre amigos, y a su vez eran copiados; boletines y noticiarios manuscritos; transcripciones de emisiones de la Voz de América; y mucho después, libros y periódicos producidos en prensas clandestinas, casi siempre ubicadas en la Polonia comunista. La poesía y los poemas cantados compuestos por bardos rusos —Aleksandr Galich, Bulat Okuzhava, Vladimir Visotski— se difundieron rápidamente a través de lo que entonces era una nueva forma de tecnología: la grabación de cintas de casete.

Durante los años sesenta, setenta y ochenta, uno de los temas más importantes de la *samizdat* era la historia del estalinismo, incluida la historia del Gulag. Las redes de la *samizdat* continuaron imprimiendo y distribuyendo ejemplares de las obras de Solzhenitsin, que entonces estaban prohibidas en la URSS. Los poemas y cuentos de Varlam Shalámov también comenzaron a circular clandestinamente, así como las memorias de Evgeniya Guinzburg.

El otro tema importante de la *samizdat* fue la persecución de los disidentes. En efecto, gracias a ella, y en especial a su distribución en el exterior, los defensores de los derechos humanos obtendrían en los años setenta un foro internacional más amplio. Además, los disidentes aprendieron a utilizar la *samizdat* no solo para subrayar las incongruencias entre el sistema jurídico de la URSS y los métodos del KGB, sino también para denunciar con insistencia el desfase que existía entre los tratados de derechos humanos firmados por la URSS y la práctica soviética real. Sus textos preferidos eran la Declaración Universal de los Derechos Humanos de la ONU y el Acta Final de Helsinki. La primera fue firmada por la URSS en 1948 y contenía, entre otras, una cláusula conocida como el artículo 19:

> Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el

> de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión.[24]

La segunda fue el resultado de un proceso de negociación a escala europea que había establecido una serie de cuestiones políticas dejadas pendientes desde el final de la Segunda Guerra Mundial. Aunque apenas fueron notados en el momento de la firma en 1976, el Acuerdo de Helsinki contiene algunos puntos sobre los derechos humanos —parte de las llamadas tres áreas de estas negociaciones (las otras dos eran: cuestiones político-militares, y económico-medioambientales)—, que todos los países participantes firmaron. Entre otras el tratado reconoce la «libertad de pensamiento, conciencia y religión o creencia».

> Los Estados participantes reconocen el valor universal de los derechos humanos y de las libertades fundamentales, cuyo respeto es un factor esencial de la paz, la justicia y el bienestar necesarios para asegurar el desarrollo de relaciones amistosas y de cooperación tanto entre ellos como entre todos los Estados.
>
> Respetarán constantemente estos derechos y libertades en sus relaciones mutuas y procurarán promover, conjuntamente y por separado, inclusive en cooperación con las Naciones Unidas, el respeto universal y efectivo de los mismos.

Tanto dentro como fuera de la URSS, la mayor parte de la información sobre los esfuerzos de los disidentes para promover el lenguaje de estos tratados provino de las redes *samizdat* soviéticas de una revista local: la *Crónica de actualidad*. Este boletín, dedicado a documentar de forma neutral noticias de acontecimientos que de otro modo no se publicarían, fue fundado por un pequeño grupo de personas relacionadas en Moscú, entre los que figuraban Siniavski, Daniel, Guinzburg y dos disidentes que se harían famosos después: Pavel Litivinov y Vladimir Bukovski. Valdría la pena dedicar un libro a la historia de la evolución y desarrollo posteriores de la *Crónica*. En los años setenta, la policía secreta emprendió virtualmente una guerra contra la *Crónica*, organizando registros coordinados en las casas de quienes se sospechaba que estaban vinculados a esta publicación. La *Crónica* sobrevivió a los arrestos de sus editores, sin embargo, y logró llegar a Occidente. Finalmente, Amnistía Internacional publicaría traducciones de la *Crónica* con regularidad.[25]

La *Crónica* desempeñó un papel especial en la historia del sistema de campos. Muy pronto se convirtió en la principal fuente de información sobre la vida en los campos soviéticos postestalinistas. Publicaba una columna regular:

«Dentro de las prisiones y los campos», y después, «Dentro de los pabellones de castigo», que también daba noticias de los campos y publicaba entrevistas con los prisioneros.

Como fuera que la obtuviesen (sobornando, halagando o camuflándose), la información que la *Crónica* logró extraer de los campos sigue siendo importante hoy. En el momento en que escribía este libro, los archivos del MVD y el KGB permanecen cerrados en su mayor parte para los investigadores. No obstante, gracias a la *Crónica*, a otras publicaciones *samizdat* y de derechos humanos, y a muchísimas memorias que describen los campos en los años sesenta, setenta y ochenta, es posible reconstruir un cuadro coherente de cómo era la vida en los campos soviéticos tras la muerte de Stalin.

«Los campos de hoy en día son tan terribles como en la época de Stalin. Unas pocas cosas están mejor, otras tantas están peor…» Así daba inicio Anatoli Marchenko a sus memorias de los años que pasó en prisión, un documento que, cuando comenzó a circular en Moscú a finales de los años sesenta, causó un profundo impacto en la intelectualidad de la ciudad, que creía que los campos de trabajo soviéticos habían sido cerrados para siempre. Hijo de trabajadores analfabetos, la primera condena de Marchenko fue por vandalismo. Su segunda condena fue por traición: había intentado huir de la Unión Soviética cruzando la frontera con Irán. Fue condenado a cumplir la pena política en Dubravlag, Mordovia, uno de los dos notorios campos de rigor para presos políticos.

Muchos elementos de la experiencia de cautiverio de Marchenko habrían sido familiares a las personas habituadas a escuchar historias de los campos estalinistas. Al igual que sus predecesores, Marchenko viajó a Mordovia en los vagones Stolypin. Y al igual que ellos, recibió una barra de pan, cincuenta gramos de azúcar y arenque salado para todo el viaje. Asimismo, descubrió que su acceso al agua dependía de qué soldado estaba a cargo del tren: «Si era bueno nos traía dos o tres teteras; pero si no se molestaba en traerla para uno, entonces uno se podía sentar hasta morirse de sed».[26]

Al llegar al campo, Marchenko encontró la misma hambre generalizada, para no decir desnutrición, que había habido en el pasado. «Durante los seis años en el campo y la cárcel comí dos veces pan con mantequilla, cuando recibí visitas. También comí dos pepinos, uno en 1964 y otro en 1966. Ni una sola vez comí un

tomate o una manzana.»[27]

Hasta cierto punto todavía importaba el trabajo, aunque era un tipo diferente de trabajo. Marchenko trabajó de cargador y de carpintero. Con el tiempo, también descubrió que las condiciones se deterioraban. Había cumplido condenas tanto de delincuente común como de preso político, y sus relatos sobre el mundo del hampa tienen un sonido familiar. La cultura del hampa se había degradado y envilecido todavía más después de la muerte de Stalin. La violenta práctica de la dominación y la violación homosexual, antes evidente en algunos relatos sobre las condiciones de las prisiones de menores, tenía un papel más importante en el mundo criminal. Normas no escritas dividían ahora a los delincuentes presos en dos grupos: los que desempeñaban el papel de «hembra» y los que desempeñaba el papel de «varón». «Los primeros eran universalmente despreciados, mientras que los últimos se paseaban como héroes, alardeando de su fuerza masculina y sus “conquistas” no solo entre ellos sino ante los guardias», escribía Marchenko.[28] Según Fedorov, las autoridades seguían la corriente, manteniendo a los prisioneros «impuros» en celdas separadas. Cualquiera podía terminar allí: «Si perdías a las cartas, podías ser obligado a “hacerlo” como una mujer».[29]

En los años sesenta se inició la epidemia de tuberculosis en las prisiones rusas, un flagelo que continúa hasta hoy. Fedorov relata así la situación: «Si había 80 personas en un barracón, 15 tenían tuberculosis. Nadie trataba de curarlos, solo había un tipo de tabletas, para el dolor de cabeza, o lo que sea. Los médicos eran una especie de SS, nunca te hablaban, no te miraban, no eras nadie».[30]

Para empeorar las cosas, muchos de los ladrones eran ahora adictos al *chifir*, una especie de té muy fuerte que tiene efectos narcóticos. Otros llegaban a cualquier extremo para conseguir alcohol. Aquellos que trabajaban fuera del campo, como algunos hacían, idearon un método especial para traerlo a escondidas de los guardias:

> Se aseguraba un condón herméticamente a un tubo largo y fino de plástico. Después el *zek* se lo tragaba, dejando un extremo del tubo en la boca. Para evitar tragárselo por accidente, lo insertaba en la ranura que quedaba entre dos dientes: no era probable que ningún *zek* tuviera una dentadura completa de 32 dientes. Después, con la ayuda de una jeringa se introducían hasta tres litros de alcohol en el condón mediante el tubo de plástico, y el *zek* regresaba a la zona. Si se había fijado mal el tubo y el condón, o si el condón reventaba en el estómago del *zek*, provocaba una muerte segura y

> dolorosa. Pese a ello, corrían el riesgo: tres litros de alcohol producen siete litros de vodka. Cuando el «héroe» vuelve a la zona … es colgado de cabeza de una viga del techo del barracón y el extremo del tubo de plástico se apoya sobre un plato hasta que cada gota se ha recuperado. Entonces se saca el condón vacío…

La práctica de la automutilación estaba igualmente difundida, excepto que ahora había adoptado formas más extremas. Edward Kuznetsov, condenado por participar en el infame intento de secuestrar un avión en el aeropuerto Smolni de Leningrado, menciona decenas de métodos de automutilación:

> He visto a presos tragarse un gran número de clavos y alambre de púas, los he visto tragar termómetros de mercurio, soperas de peltre (después de partirlas en porciones «comibles»), piezas de ajedrez, fichas de dominó, agujas, vidrio molido, cucharas, cuchillos y muchos objetos similares. He visto a presos coserse la boca y los ojos con alambre o hilo, coserse hileras de botones al cuerpo, o clavarse los testículos a la cama … He visto a presos cortarse la piel de los brazos o las piernas y pelársela como si fuera una media, o cortarse trozos de carne (del estómago o las piernas) asarla y comérsela, o dejar que la sangre brotara de una vena cortada en una sopera, echar pan en ella y después tomársela como un tazón de sopa, o cubrirse de papel y prenderse fuego, o cortarse los dedos, la nariz, las orejas o el pene…

Kuznetsov escribe que los presos hacían estas cosas no para protestar, sino sin ningún motivo o solo para «ir al hospital, donde se contoneaban las enfermeras, donde recibían raciones de hospital y no estaban obligados a trabajar, donde podían conseguir fármacos, dietas, postales». Muchos mutiladores eran masoquistas, «en un estado permanente de depresión de una efusión de sangre a la siguiente».[31]

Es indiscutible que la relación entre los delincuentes y los presos políticos había cambiado mucho desde la época de Stalin. Desde luego, los segundos eran menos. Aunque hay estadísticas precisas del número de presos políticos, una estimación efectuada en 1972 sugiere que de los 15 000 prisioneros que había en el principal complejo de Mordovia, 2400 eran presos políticos que habían sido sentenciados según el artículo 70 o el 190-1.

Pese a ello, o quizá a causa de ello, la nueva generación de presos políticos era más consciente de su identidad especial. Los delincuentes a veces los torturaban o los golpeaban: el disidente ucraniano Valentin Moroz fue encarcelado en una celda de delincuentes que lo mantenían despierto por la noche, y finalmente lo atacaron abriéndole el estómago con una cuchara afilada.[32] Pero también había delincuentes que respetaban a los presos políticos,

aunque solo fuera por su resistencia a las autoridades, tal como Vladimir Bukovski escribió: «Solían pedirnos que les dijéramos por qué estábamos en la cárcel y qué queríamos … la única cosa que no podían creer es que hiciéramos todo esto por nada y no por dinero…».[33]

Incluso hubo delincuentes que aspiraban a unirse a ellos. Creyendo que las prisiones de los políticos eran «más fáciles», algunos ladrones profesionales intentaron que les impusieran sentencias políticas. Escribían una denuncia de Jruschov o del partido, salpicada de obscenidades, o confeccionaban «banderas de Estados Unidos» con retazos y las agitaban en las ventanas. Edward Kuznetsov encontró a un preso común que se había tatuado varios versos en la mejilla derecha insultando a Jruschov, así como a Furtseva, la ministra de Cultura.

No le temo a Jruschov,
y Furtseva es mi mujer;
no puedo esperar a dormir con ella,
y vivir una vida marxista.[34]

El cambio en la relación entre la nueva generación de presos políticos y las autoridades fue incluso más profundo. En la época postestalinista, los presos políticos sabían por qué estaban en prisión, que esperaban ser puestos en prisión y que ya habían decidido cómo actuarían allí: organizándose para desafiar a los mandos. Su exigencia de ser separados de los presos comunes fue finalmente satisfecha, cuando menos porque los jefes de los campos querían mantener a la nueva generación de presos políticos, con sus constantes reivindicaciones y su inclinación a las huelgas de hambre, tan lejos como fuera posible de los presos comunes.

Estas huelgas fueron frecuentes y generalizadas, tanto que la *Crónica*, desde 1969 en adelante, registra una constante protesta. Durante la década siguiente, huelgas laborales, huelgas de hambre y otras protestas se convirtieron en una característica de la vida en Mordovia y Perm.

Las huelgas de hambre podían limitarse a una protesta breve de un día, o convertirse en prolongados y desesperantes duelos con las autoridades, evolucionando en un patrón tedioso, del que habló Marchenko:

Durante los primeros días, nadie parece darse cuenta. Después, tras varios días, a veces diez o doce, te trasladan a una celda especial reservada para esas personas, y comienzan a alimentarte

> artificialmente, mediante un tubo. Es inútil resistir; por cualquier cosa que hagas te ponen las manos atrás y te esposan. Generalmente esto se hace en los campos con más brutalidad incluso que en la prisión; cuando a uno lo han alimentado a la fuerza una o dos veces, a menudo ya no le quedan dientes…[35]

Hacia mediados de los años setenta, algunos de los «peores» presos políticos habían sido trasladados de Mordovia y Perm, e internados en prisiones especiales de máxima seguridad; la más notable era Vladimir, una prisión de la época de los zares en Rusia central, donde se ocupaban casi exclusivamente de luchar contra las autoridades. Era un juego peligroso y tenía reglas sumamente complicadas. El objetivo de los prisioneros era mejorar sus condiciones, y conseguir avances de los que se pudiera informar a Occidente mediante la red de *samizdat*. El objetivo de las autoridades era subyugar a los prisioneros: lograr que delatasen, colaborasen y, sobre todo, que abjurasen públicamente de sus opiniones, todo lo cual aparecería en la prensa soviética y sería repetido en el exterior. Aunque sus métodos tenían cierta semejanza con la tortura realizada en las celdas de instrucción estalinistas del pasado, generalmente implicaban presión psicológica antes que dolor físico. Natan Sharanski, uno de los más activos disidentes en prisión a finales de los setenta y comienzos de los ochenta (actualmente político israelí), explica el procedimiento:

> Ellos te invitaban a hablar. ¿Piensas que nada depende de ti? Al contrario: ellos te explicarán que todo depende de ti. ¿Te gusta el té, el café, la carne? ¿Te gustaría ir conmigo a un restaurante? ¿Por qué no? Te vestirás de civil e iremos. Si nosotros vemos que estás en camino de rehabilitarte, que estás preparado para ayudarnos. ¿Qué? ¿No quieres delatar a tus amigos? ¿Qué significa delatar? Este ruso (o judío, o ucraniano, dependiendo de la situación) que está condenado contigo, ¿no te das cuenta de qué tipo de nacionalista es? ¿No sabes cuánto os odia a vosotros ucranianos (o rusos, o judíos)?[36]

Como en el pasado, las autoridades podían conceder o negar privilegios y aplicar castigos. Podían regular las condiciones de vida de un prisionero, haciendo cambios insignificantes pero cruciales en su vida diaria, pasarlo del régimen ordinario al estricto, siempre, por supuesto, en concordancia con los reglamentos. Como escribía Marchenko: «Las diferencias entre los regímenes podían ser infinitesimales para alguno que no las ha experimentado en su propio cuerpo, pero para un prisionero eran enormes. En el régimen normal hay una radio, en el estricto no; en el régimen normal, uno hace una hora de ejercicio al

día; en el estricto, media hora, y no hace nada en absoluto los domingos».[37]

Los prisioneros podían ser encerrados en pabellones de castigo (el «congelador»), una forma de castigo idónea, desde el punto de vista de las autoridades, y que técnicamente no podía ser descrita como tortura. Sus efectos en el prisionero eran lentos y progresivos, pero ya que nadie los estaba azuzando a terminar una carretera en medio de la tundra, no preocupaban a las autoridades de la prisión. Estas celdas eran comparables a las concebidas por el NKVD de Stalin. Un documento de 1976, publicado por el grupo de Helsinki en Moscú, describe con gran precisión el pabellón de castigo de la prisión de Vladimir, que tenía unas cincuenta celdas. Las paredes de las celdas estaban cubiertas con cemento rugoso, tenían protuberancias y puntas. Los suelos estaban sucios y húmedos. En una celda la ventana estaba rota y había sido cubierta con periódicos, en otras las ventanas estaban tapiadas con ladrillos. Lo único que había para sentarse era un cilindro de cemento, de unos 25 centímetros de diámetro, con un cerco de hierro. Por la noche traían un catre de madera, sin sábanas ni almohadas. Se suponía que el prisionero se tumbaría sobre la madera pelada y el hierro. Las celdas se mantenían tan frías que no solo era difícil conciliar el sueño, sino también tumbarse. En algunas celdas, la «ventilación» atraía el aire de las cloacas.[38]

Para las personas acostumbradas a una vida activa, lo peor de todo era el aburrimiento, del cual habla Yuli Daniel:

Semana tras semana
se disuelve en humo de cigarrillos.
En este curioso establecimiento
todo es un sueño o un delirio…

Aquí dentro la luz no se apaga de noche.
Aquí dentro la luz es demasiado fuerte de día.
Aquí dentro Silencio, el director gerente,
se ha adueñado de mí.

Desespero sin nada que hacer,
golpeo la cabeza contra la pared.
Semana tras semana
se disuelve en humo azul…[39]

El período en las celdas de castigo no podía durar de manera indefinida. Técnicamente, los prisioneros solo podían estar confinados durante una

quincena, entonces los dejaban salir un día, y después los volvían a meter. Una vez Marchenko fue encerrado en una celda durante cuarenta y ocho días. Cada vez que se llegaba al límite de la quincena, sus guardias lo dejaban fuera unos minutos, el tiempo necesario para leerle la directriz que lo devolvía a la celda de castigo.[40]

Cuando las autoridades deseaban de verdad desmoralizar a alguien, aplicaban duros castigos por infracciones mínimas. En 1973-1974, en los campos de Perm, a dos prisioneros se les negó el derecho a las visitas familiares por «sentarse en las camas durante el día». Otro fue castigado porque se descubrió que un jamón que había recibido en un paquete había sido cocinado con alcohol. Otros prisioneros fueron reprendidos o castigados por caminar demasiado despacio o por no usar calcetines.[41]

A veces la prolongada presión tenía éxito. Alexéi Dobrovolski, uno de los acusados en el proceso de Aleksandr Guinzburg, sucumbió muy pronto, y pidió por escrito que le fuera permitido dar testimonio en la radio y contó la historia completa de su actividad disidente «criminal», un ejemplo para advertir a los jóvenes que no siguieran su propio camino peligroso.[42] Piotr Yakir también sucumbió durante la instrucción, y «confesó» haber inventado lo que escribió.[43]

Otros murieron. Yuri Galanskov, uno de los acusados con Guinzburg, murió en 1972. Se le hicieron úlceras en la prisión. No fue curado y, finalmente, le causaron la muerte.[44] Marchenko también murió en 1986, probablemente debido a los fármacos que le administraron durante una huelga de hambre.[45] Varios prisioneros murieron (uno se suicidó) durante una huelga de hambre de un mes en Perm 35 en 1974.[46] Después, Vasil Stus, un poeta ucraniano activista a favor de los derechos humanos, murió en Perm en 1985.[47]

Pero los prisioneros también resistían. En 1977, los presos políticos de Perm 25 explicaban sus formas de desafío:

> A menudo hacíamos huelga de hambre: en las celdas de castigo, en los vagones de transporte, los días de semana, sin significado, el día de la muerte de nuestros camaradas, el día de actividades extraordinarias en la *zona*, el 8 de marzo y el 10 de diciembre, el 1 de agosto y el 8 de mayo, el 5 de septiembre. Hacíamos huelga de hambre con demasiada frecuencia. Diplomáticos y funcionarios firmaban nuevos convenios sobre derechos humanos, sobre la libertad de información, sobre la prohibición de la tortura, y nosotros hacíamos huelga de hambre, ya que en la URSS estos acuerdos no se cumplían.[48]

Gracias a sus esfuerzos, el conocimiento de los movimientos disidentes estaba creciendo en Occidente, las protestas arreciaban. Por consiguiente, el tratamiento dado a algunos prisioneros adoptó una nueva forma.

Aunque he señalado que pocos documentos de archivo de los años setenta y ochenta han sido publicados, hay realmente algunas excepciones. En 1991, Vladimir Bukovski fue invitado a regresar a Rusia desde Gran Bretaña, donde había estado viviendo desde su expulsión del país quince años antes. Bukovski había sido designado como «experto» en el «proceso» del Partido Comunista que tuvo lugar cuando el partido desafió el intento del presidente Yeltsin de proscribirlo. Llegó a la sede del Tribunal Constitucional en Moscú llevando un ordenador portátil con un escáner manual. Seguro de que en Rusia nadie había visto ninguna de estas máquinas antes, se sentó y tranquilamente comenzó a copiar todos los documentos que le habían sido entregados como prueba. Solo cuando estaba terminando su tarea, quienes estaban junto a él se dieron cuenta súbitamente de lo que estaba haciendo. Alguien dijo en voz alta: «¡Los va a publicar, *allí*!». Se hizo el silencio en la sala. En ese momento —«como en una película», dijo después Bukovski—, simplemente cerró su ordenador, caminó hacia la salida, fue directamente al aeropuerto y partió de Rusia en avión.[49]

Gracias a Bukovski, sabemos, entre otras cosas, qué ocurrió en la reunión del Politburó que tuvo lugar después de su propio arresto. Bukovski se sorprendió de cuántos de los presentes consideraban que las acusaciones penales contra él «causarían una cierta reacción en el país y en el exterior». Sería un error, concluyeron, arrestar simplemente a Bukovski, de modo que propusieron que se le internara en una institución psiquiátrica.[50] La época de la *psijuska*, el «hospital psiquiátrico especial», había comenzado.

La utilización de hospitales psiquiátricos para la reclusión de los disidentes tenía antecedentes. Al volver de Europa occidental a San Petersburgo en 1836, el filósofo ruso Piotr Chaadaev escribió un ensayo crítico del régimen del zar Nicolás I, donde decía: «En contra de las leyes de la colectividad humana, solo Rusia se encamina en la dirección de su propia esclavización y la de sus pueblos vecinos». En respuesta, Nicolás I hizo que Chaadaev fuera recluido en su propia casa. El zar declaró que estaba seguro de que una vez que los rusos supieran que su compatriota «sufría de locura e insania», lo perdonarían.[51]

Después del deshielo, las autoridades comenzaron a utilizar los hospitales psiquiátricos para encerrar a los disidentes, una política que tenía muchas ventajas para el KGB. Sobre todo, servía para desacreditar a los disidentes, tanto en Occidente como en la URSS, y distraer la atención de ellos. Si no eran opositores políticos serios, sino meramente locos, ¿quién discutiría su hospitalización?

Con gran entusiasmo, la psiquiatría soviética oficial participó en la farsa. Para explicar el fenómeno de la disidencia, plantearon la definición de «esquizofrenia latente» o «esquizofrenia sigilosa», que, según explicaban los científicos, era una forma de esquizofrenia que no dejaba huella en el intelecto o la conducta exterior, pero podía abarcar casi toda forma de conducta considerada asocial o anormal. «Con mucha frecuencia, las ideas sobre la "lucha por la verdad y la justicia" son concebidas por personalidades con una estructura paranoide», escribieron dos profesores soviéticos del Instituto Serbski:

> Un ejemplo típico de idea a la que se da un valor exagerado es la convicción del paciente de su propia rectitud, una obsesión por afirmar sus «derechos» atropellados, y la importancia de estos sentimientos en la personalidad del paciente. Tienden a explotar los procedimientos judiciales como plataforma para hacer discursos y llamamientos.[52]

Con esta definición, casi todos los disidentes entraban en la categoría de locos. Al escritor y científico Zhores Medvedev se le diagnosticó una «esquizofrenia latente», acompañada de «fantasías paranoicas de reformar la sociedad». Sus síntomas comprendían una «personalidad dividida», con lo que se quería decir que trabajaba como científico y escritor. Natalia Gorbanevskaya, la primera editora de la *Crónica*, fue diagnosticada de «esquizofrenia latente sin síntomas claros», pero que resultaba en «cambios anormales en las emociones, deseos y patrones de pensamiento». Al general disidente del Ejército Rojo Piotr Grigorenko se le diagnosticó una condición psicológica «caracterizada por la presencia de ideas reformistas, en especial la reorganización del aparato estatal; y esto está vinculado a una estima exagerada de su propia personalidad que alcanza proporciones mesiánicas».[53] En un informe enviado al comité central, un comandante del KGB local se queja también de que tiene en sus manos a un grupo de ciudadanos con una forma particular de enfermedad mental: «tratan de fundar nuevos partidos», organizaciones y consejos, preparando y distribuyendo

planes para nuevas leyes y programas.[54]

Dependiendo de las circunstancias de su arresto (o no arresto), los prisioneros considerados mentalmente enfermos, podían ser enviados a una diversidad de instituciones. Algunos eran evaluados por los médicos de las prisiones, otros en clínicas. En una categoría aparte estaba el Instituto Serbski cuya especial sección de diagnóstico, encabezada en los años sesenta y setenta por el doctor Danil Lunts, fue responsable del examen de los disidentes políticos. El doctor Lunts examinó personalmente a Siniavski, Bukovski, Gorbanevskaya, Grigorenko y Viktor Nekipelov, entre otros muchos, y claramente tenía un cargo superior.[55] Nekipelov informó que usaba un uniforme azul con dos estrellas, «la insignia de general de las tropas del MVD».[56] Algunos psiquiatras soviéticos emigrados aseguraron que Lunts y los demás en el Instituto, creían sinceramente que sus pacientes estaban mentalmente enfermos. La mayoría de los prisioneros políticos que lo vieron, sin embargo, lo han definido como un oportunista, que realizaba el trabajo de sus jefes del MVD, «sin nada que envidiar a los doctores criminales que realizaron experimentos inhumanos en los prisioneros de los campos de concentración nazis».[57]

Si se les diagnosticaba enfermedad mental, los pacientes eran condenados a permanecer un tiempo en el hospital, a veces unos pocos meses, a veces muchos años. Los más afortunados eran enviados a uno de los cientos de hospitales psiquiátricos comunes, sucios y atestados, y cuyo personal con frecuencia lo formaban sádicos y borrachos. Sin embargo, eran civiles, y los hospitales comunes en general no eran tan herméticos como las prisiones y los campos. Se permitía escribir cartas a los pacientes con más libertad, y podían recibir visitas de personas que no fueran solo parientes.

Por otra parte, aquellos considerados «especialmente peligrosos» eran enviados a «hospitales psiquiátricos especiales», de los cuales había muy pocos, y estaban directamente en manos del MVD. En ellos los doctores tenían, como Lunts, rangos del MVD. Parecían y eran prisiones, estaban rodeados de atalayas, alambradas, guardias y perros.

Tanto en los hospitales comunes como en los especiales, los médicos también tenían como objetivo la abjuración.[58] Los pacientes que aceptaban renunciar a sus convicciones, que admitían que una enfermedad mental les había llevado a criticar el sistema soviético, podían ser declarados curados y puestos

en libertad. Aquellos que no abjuraban eran considerados todavía enfermos, y podían recibir «tratamiento». Como los psiquiatras soviéticos no creían en el psicoanálisis, este tratamiento consistía en pastillas, electrochoques y varias formas de inmovilidad. Fármacos abandonados hacía mucho en Occidente eran administrados rutinariamente elevando la temperatura corporal del paciente a más de 40.ºC, causándole dolor y malestar. Los médicos de la prisión también prescribían tranquilizantes que tenían una serie de efectos secundarios, incluidos la rigidez física, el abatimiento, los tics y movimientos involuntarios, por no hablar de la apatía y la indiferencia.[59]

Otros tratamientos incluían directamente palizas, inyecciones de insulina, que producían ataques de hipoglucemia a los que no sufrían diabetes, y un castigo llamado el «rollo» descrito por Bukovski en una entrevista en 1976: «Se utilizaban grandes piezas de lienzo húmedo, en las que se envolvía al paciente de pies a cabeza, tan apretadamente que era difícil que respirara, y cuando el lienzo comenzaba a secarse se contraía más y más, y hacía que el paciente se sintiera todavía peor».[60] Otro tratamiento, que Nekipelov presenció en el Instituto Serbski, era la «punción lumbar», la introducción de una aguja en la espina dorsal del paciente. Aquellos que volvían de este tratamiento eran puestos de costado, y así yacían inmóviles, con la espalda manchada de yodo, durante varios días.[61]

Esto afectó a muchas personas. En 1977, el año en que Sidney Bloch y Peter Reddaway publicaron su amplio estudio del abuso psiquiátrico soviético, al menos constaba que 365 personas sanas habían sufrido tratamiento por locura políticamente definida, y había de seguro cientos más.[62]

Sin embargo, al final la encarcelación de disidentes en los hospitales no logró el objetivo que el régimen soviético había previsto. En su mayor parte, no distrajo la atención de Occidente. Es probable que los horrores del abuso psiquiátrico exacerbaran la fantasía occidental mucho más que los relatos más familiares sobre los campos y las prisiones. Cualquiera que hubiera visto la película *Alguien voló sobre el nido del cuco* podía imaginar un hospital psiquiátrico soviético muy bien. Lo más importante, sin embargo, es que el tema del abuso psiquiátrico afectaba directamente a un grupo definido y articulado que tenía un interés profesional en el asunto: los psiquiatras occidentales. A partir de 1971, el año en que Bukovski sacó a escondidas más de 150 páginas

documentando este abuso en la URSS, el tema se convirtió en un asunto permanente para organismos tales como la Organización Mundial de Psiquiatría, el Colegio Real de Psiquiatras en Gran Bretaña, y otras asociaciones psiquiátricas nacionales e internacionales.[63]

Finalmente, el tema movilizó a los psiquiatras de la Unión Soviética. Cuando Zhores Medvedev fue condenado a un hospital psiquiátrico, muchos escribieron cartas de protesta a la Academia de Ciencias de la URSS. Andréi Sajárov, el físico nuclear que se estaba perfilando a finales de los años sesenta como el dirigente moral del movimiento disidente, se pronunció públicamente a favor de Medvedev en un simposio internacional del Instituto de Genética.[64]

La atención internacional probablemente tuvo un papel en convencer a las autoridades de que pusiesen en libertad a una serie de prisioneros, entre ellos Medvedev, que fue después expulsado del país. Pero en algunos de los niveles superiores de la élite soviética había quienes creían que esta respuesta era equivocada. En 1976, Yuri Andrópov, entonces jefe del KGB, escribió un memorándum secreto explicando con bastante precisión los orígenes internacionales de la «campaña antisoviética» y sus esfuerzos para hacer que la Asociación Mundial de Psiquiatría denunciara a la URSS, revelando un conocimiento bastante amplio de los seminarios internacionales que habían condenado a la psiquiatría soviética. En respuesta a este memorándum, el ministro de Sanidad soviético propuso lanzar una gran campaña de propaganda antes del próximo congreso de la Asociación Mundial de Psiquiatría. También proponían preparar documentos científicos que negaran las acusaciones e identificar a los psiquiatras «progresistas» que en Occidente los respaldarían. Estos «progresistas» serían premiados con invitaciones a la URSS, donde podrían visitar algunos hospitales psiquiátricos específicamente designados. Incluso nombraron a unos cuantos que podrían ir.[65] En otras palabras, antes que cesar con el abuso político de la psiquiatría, Andrópov proponía negar lo evidente. No era propio de su carácter admitir que ningún aspecto de la política soviética pudiera estar equivocado.

27

Los años ochenta: la demolición de estatuas

Al derruir el pedestal hendido de la estatua
el acero de los taladros envía al cielo un aullido.
La mezcla más dura de cemento
fue calculada para resistir milenios…

Todo lo que la mano creó en el mundo en que vivimos
puede ser reducido a escombros por la mano de los hombres.
Pero lo fundamental es esto:
en su esencia la piedra
no es buena ni mala.

ALEKSANDR TVARDOVSKI,
«El pedestal hendido de la estatua»[1]

Para cuando Yuri Andrópov asumió el cargo de secretario general del Partido Comunista soviético en 1982, su «campaña» contra los elementos antisociales en la Unión Soviética estaba muy avanzada. A diferencia de algunos de sus predecesores, Andrópov siempre había pensado que los disidentes, pese a su pequeño número, debían ser tratados como una seria amenaza al poder soviético. Había sido embajador soviético en Budapest en 1956, y había visto cuán rápidamente un movimiento intelectual podía convertirse en una revolución popular. También pensaba que los muchos problemas de la Unión Soviética (políticos, económicos, sociales) podían resolverse aplicando una mayor disciplina: campos y prisiones más estrictos, vigilancia más rigurosa y más hostigamiento.[2]

Estos eran los métodos que Andrópov había defendido cuando dirigía el KGB, desde 1970 en adelante, y continuó promoviéndolos durante su breve liderazgo de la Unión Soviética. Gracias a él, la primera mitad de la década de 1980 se recuerda como la época más represiva de la historia soviética

postestalinista. Fue como si la presión del sistema estuviera por alcanzar un punto de ebullición, poco antes de desintegrarse por completo.

Por supuesto, desde finales de los años setenta, el KGB de Andrópov había hecho numerosos arrestos y segundos arrestos: bajo su dirección, los activistas recalcitrantes con frecuencia fueron condenados de nuevo al terminar sus primeras condenas, tal como había pasado en la época de Stalin. El ser parte de uno de los grupos de Helsinki —organizaciones disidentes que trataban de supervisar la adhesión de la Unión Soviética al tratado de Helsinki— se convirtió en una vía segura a la prisión. Veintitrés miembros del grupo de Moscú fueron arrestados entre 1977 y 1979, y siete fueron expulsados del país. Yuri Orlov, jefe del grupo de Helsinki de Moscú, siguió en prisión durante la primera mitad de los años ochenta.[3]

El arresto no era la única arma de Andrópov. Como su objetivo era ante todo disuadir a las personas de unirse al movimiento disidente, el alcance de la represión se amplió mucho más. Aquellos que fueran mínimamente sospechosos de simpatizar con los derechos humanos, o con los movimientos nacionalistas o religiosos eran candidatos a perderlo todo. Ellos y sus cónyuges podían ser privados no solo de su empleo, sino de su estatus profesional y sus acreditaciones; a sus hijos se les negaba el derecho a estudiar en la universidad. Se los podía dejar sin teléfono, se les podía revocar el permiso de residencia y restringir los viajes.[4]

A finales de los años setenta, las múltiples «medidas disciplinarias» de Andrópov habían logrado dividir al movimiento disidente y sus seguidores en el exterior en pequeños y rígidos grupos de interés, que a veces desconfiaban unos de los otros. Había activistas en pro de los derechos humanos (cuyo destino era atentamente supervisado por grupos como Amnistía Internacional); disidentes baptistas (apoyados por la Iglesia baptista internacional); disidentes nacionalistas (ucranianos, letones, georgianos, etc., apoyados por sus compatriotas exiliados).

En Occidente, el grupo más destacado de nacionalistas eran los *refuseniks*, judíos soviéticos a los que se había negado el derecho a emigrar a Israel. Su importancia fue producto de la enmienda Jackson-Vanik del Congreso de Estados Unidos en 1975, que había vinculado el comercio entre Estados Unidos y la Unión Soviética al tema de la emigración; los *refuseniks* siguieron siendo una cuestión central para Washington hasta el fin de la Unión Soviética. En

otoño de 1986, en una reunión con Gorbachov en Reikiavik, el presidente Reagan presentó al dirigente soviético una lista de 1200 judíos soviéticos que querían emigrar.[5]

Ahora claramente separados de los delincuentes, todos estos grupos estaban bien representados en los campos y prisiones soviéticos, donde se organizaron como los presos políticos de pasadas épocas, en pro de causas comunes.[6]

Para entonces, podría decirse que los campos servían como una especie de establecimiento para hacer contactos, casi como una escuela de disidencia, donde los presos políticos podían encontrar a otros con ideas parecidas. A veces, celebraban las fiestas nacionales de los demás, lituanos y letones, georgianos y armenios, y discutían un poco sobre qué país sería el primero en independizarse de la Unión Soviética.[7] Había contactos entre varias generaciones: los bálticos y ucranianos tuvieron la oportunidad de conocer a la primera generación de nacionalistas, los guerrilleros antisoviéticos condenados a veinticinco y treinta y cinco años que nunca fueron puestos en libertad. De estos últimos, Bukovski escribió que como «sus vidas se habían detenido cuando tenían veinte años», los campos los habían preservado de alguna manera: «Los domingos de verano salían despacio al sol con sus acordeones a tocar baladas hacía mucho olvidadas en sus comarcas nativas. Verdaderamente era como entrar en un país de ultratumba».[8]

A la generación anterior no le resultaba fácil comprender a sus compatriotas más jóvenes. Los hombres y las mujeres que habían luchado con armas en el bosque no podían entender a los disidentes que luchaban con trozos de papel.[9] Mas los viejos todavía podían inspirar a los jóvenes con su ejemplo. Tales encuentros ayudaron a formar personas que organizarían, avanzada la década, los movimientos nacionalistas que en última instancia contribuirían a destruir la propia Unión Soviética. Al considerar la experiencia pasada, David Berdzenizhvili, un activista georgiano, me dijo que estaba contento de haber pasado dos años en la década de 1980 en un campo de trabajo antes que dos años en el ejército soviético.

Si los vínculos personales se consolidaban, también los vínculos con el mundo externo. Una edición de la *Crónica* publicada en 1979 ilustra esto a la perfección, pues contiene, entre otros, un relato día a día de la vida en el pabellón de castigo de Perm-36:

1 de septiembre: Zhukaukas encontró un gusano blanco en la sopa.

26 de septiembre: Encontró un insecto negro de 1,5 cm en su escudilla. Informó del descubrimiento de inmediato al capitán Nelipovich.

27 de septiembre: En la celda de castigo n.º 6 la temperatura oficial era de 12 ºC.

2 de octubre: Se puso un calefactor en la celda n.º 6 (Zhukaukas, Gluzman, Marmus). La temperatura por la mañana y por la noche era de 12 grados. Se pidió a Zhukaukas que firmara un documento en que decía que su rendimiento era diez veces menor de lo que era. Se negó…

10 de octubre: Baljanov rehusó asistir voluntariamente a una reunión de la comisión de educación del campo. Por orden de Nikomarov fue llevado a la fuerza.

Y así sucesivamente.

Las autoridades parecían impotentes para impedir que circulara este tipo de información, o que apareciera al instante en las emisoras de radio occidentales que emitían en la URSS. El arresto de Berdzenishvili fue anunciado en la BBC dos horas después de haber ocurrido.[10] La poetisa Irina Ratushinskaya, activista por los derechos humanos, y sus compañeras de barracón en el campo de Mordovia enviaron a Reagan un mensaje de felicitación cuando ganó las elecciones en Estados Unidos. En dos días lo había recibido. El KGB, escribió jubilosa, estaba «fuera de sí».[11]

A los analistas exteriores más sensatos que observaban el extraño mundo de la Unión Soviética, esta valentía les parecía un poco fuera de lugar. Andrópov parecía haber ganado la partida. Una década de hostigamiento, reclusión y exilio forzado había dejado al movimiento reducido y débil.[12] La mayoría de los disidentes más famosos habían sido silenciados: a mediados de los años ochenta, Solzhenitsin se exilió en el extranjero, y Sajárov quedó en un exilio interior en la ciudad de Gorki. Había policías del KGB sentados en la puerta de Roy Medvedev vigilando todos sus movimientos. Nadie en la URSS parecía percatarse de su lucha. Peter Reddaway, quizá el principal especialista occidental en la disidencia soviética de la época, escribió en 1983 que los grupos disidentes «han hecho poco o ningún avance entre el gran público en el interior de Rusia».[13]

Los guardias y celadores, los médicos y la policía secreta, todos parecían seguros y firmes en sus profesiones. Pero la tierra se estaba moviendo bajo sus pies. Resultó que la rotunda negativa de Andrópov a tolerar la disensión no duraría. Cuando murió en 1984, esa política moriría con él.

Nombrado secretario general del Partido Comunista soviético en marzo de 1985, el carácter del nuevo dirigente soviético, Mijaíl Gorbachov, resultaba enigmático a los extranjeros y a sus compatriotas por igual. Era sinuoso y afable como otros burócratas soviéticos. Pocos sabían entonces que Gorbachov provenía de una familia de «enemigos». Uno de sus abuelos, un campesino, había sido detenido y enviado a un campo de trabajo en 1933. Su otro abuelo había sido arrestado en 1938 y torturado en prisión por un agente que le rompió los dos brazos. El impacto de esto en el joven Mijaíl fue enorme, tal como escribió en sus memorias: «Nuestros vecinos comenzaron a evitar nuestra casa como si hubiera la peste. Solo en la noche algún pariente se aventuraba a pasar. Incluso los niños del vecindario me evitaban … todo esto fue un gran golpe para mí y ha quedado grabado en mi memoria desde entonces».[14]

Sin embargo, los primeros meses de la época de Gorbachov fueron decepcionantes. Inició una campaña contra el alcohol, que irritó a la población; destruyó antiguos viñedos en Georgia y Moldavia, y pudo ser la causa del hundimiento económico que vino algunos años después: algunos creen que la caída de las ventas de vodka destruyó para siempre el delicado equilibrio financiero del país. Solo en abril de 1986, después de la explosión de la central nuclear de Chernobil en Ucrania, estuvo Gorbachov preparado para hacer cambios genuinos. Convencido de que la Unión Soviética necesitaba hablar abiertamente de sus problemas, planteó una propuesta de reforma: *glasnost* o transparencia.

Al parecer, Gorbachov esperaba que el debate abierto de la crisis económica, ecológica y social muy patente de la Unión Soviética llevaría a resoluciones rápidas, a la reestructuración (la *perestroika*) de la que había comenzado a hablar en sus discursos. En un período increíblemente breve, sin embargo, la *glasnost* comenzó a centrarse en la historia soviética.

En efecto, cuando se cuenta lo que pasó en el debate público en la Unión Soviética a finales de los años ochenta, uno siempre está tentado de usar metáforas referentes a una inundación: era como si se hubiera roto un dique, o un dique hubiera estallado, o un mar se hubiera desbordado. En enero de 1987, Gorbachov dijo a un grupo curioso de periodistas que los «vacíos» de la historia de la Unión Soviética debían ser subsanados. Hacia noviembre, tanto había

cambiado que Gorbachov se convirtió en el segundo dirigente en la historia soviética en hablar abiertamente de los «vacíos» en un discurso:

> … la carencia de una adecuada democratización de la sociedad soviética fue precisamente lo que hizo posible tanto el culto de la personalidad como la violación de la ley, la arbitrariedad y la represión de los años treinta; para decirlo claramente: delitos basados en el abuso del poder. Muchos miles de miembros del partido, y no miembros, fueron sometidos a una represión masiva. Esa, camaradas, es la amarga verdad.[15]

Gorbachov era realmente menos elocuente de lo que había sido Jruschov, pero su impacto en el gran público soviético fue probablemente mayor. El discurso de Jruschov, después de todo, había sido pronunciado en una reunión a puerta cerrada. Gorbachov había hablado en la televisión nacional.

Gorbachov también continuó su discurso con mucho más entusiasmo del que Jruschov había mostrado. A consecuencia del mismo, nuevas «revelaciones» comenzaron a aparecer cada semana en la prensa soviética. Finalmente, el público soviético tenía la oportunidad de leer a Mandelstam y a Brodski, el *Réquiem* de Anna Ajmátova, *Doctor Zhivago* de Boris Pasternak, e incluso *Lolita* de Vladimir Nabokov. Después de una lucha, *Novyi Mir*, ahora con un nuevo consejo editor, comenzó a publicar por entregas el *Archipiélago Gulag* de Solzhenitsin.[16] *Un día en la vida de Iván Denísovich* pronto vendería millones de ejemplares, y autores cuyas obras solo habían circulado en la *samizdat* (en el mejor de los casos), vendían cientos de miles de ejemplares de sus memorias del Gulag: Lev Razgon, Anatoli Zhigulin, Varlam Shalámov, Dmitri Lijachev y Anna Larina.

El proceso de rehabilitación también volvió al primer plano. Entre 1964 y 1987, solo veinticuatro personas habían sido rehabilitadas. Ahora, en parte en respuesta a las espontáneas revelaciones de la prensa, el proceso comenzó de nuevo. Esta vez, aquellos que habían sido olvidados en el pasado fueron incluidos: Bujarin, junto con diecinueve dirigentes bolcheviques condenados en los procesos de la purga de 1938, estuvo entre los primeros. «Los hechos habían sido falsificados», anunció solemnemente el portavoz del gobierno.[17]

La nueva literatura fue concomitante a las nuevas revelaciones de los archivos soviéticos, que provenían de historiadores soviéticos que (según afirmaban) habían tomado conciencia de la verdad, así como de la Sociedad

Memoria, fundada por un grupo de jóvenes historiadores, algunos de los cuales habían estado compilando relatos orales de los supervivientes de los campos durante muchos años. Entre ellos estaba Arseni Roginski, fundador de la revista *Pamiat* (*Memoria*), que primero comenzó a aparecer en la *samizdat* y después en la emigración, ya en los años setenta. El grupo formado en torno a Roginski había comenzado a crear una base de datos de los reprimidos. Después, Memoria iniciaría la lucha para la identificación de los cuerpos enterrados en las fosas comunes de los alrededores de Moscú y Leningrado, y la erección de monumentos y memorias de la época estalinista. Después de un intento breve y fallido de convertirse en un movimiento político, Memoria surgiría finalmente en los años noventa como un centro importante para el estudio de la historia soviética, así como de los derechos humanos, en la federación rusa. Roginski siguió siendo el líder, y uno de sus historiadores estrella. Las publicaciones históricas de Memoria fueron pronto conocidas por los estudiosos de la Unión Soviética en todo el mundo por su precisión, su fidelidad a los hechos y su trabajo cuidadoso y juicioso en los archivos.[18]

Pero aunque el cambio en la calidad del debate público se había producido con una rapidez apabullante, Gorbachov seguía siendo, como Jruschov, un creyente fiel en el régimen soviético. Nunca intentó desafiar los principios básicos del marxismo soviético, o los logros de Lenin. Su intención fue siempre reformar y modernizar la Unión Soviética, no destruirla. Quizá debido a su propia experiencia familiar, había comenzado a creer que era importante decir la verdad sobre el pasado. Aunque primero, al comienzo, no parecía ver el vínculo entre el pasado y el presente.

Por esa razón, la publicación de una andanada de artículos sobre los campos, prisiones y asesinatos masivos estalinistas del pasado no estuvo acompañada de la puesta en libertad masiva de los disidentes aún presos. A finales de 1986, aunque Gorbachov se preparaba para hablar de los «vacíos»; aunque Memoria había comenzado a promover abiertamente la construcción de un monumento a la represión, aunque el resto del mundo comenzaba a hablar con entusiasmo sobre la nueva cúpula de la URSS, Amnistía Internacional conocía los nombres de 600 prisioneros de conciencia todavía recluidos en los campos soviéticos, y sospechaba de la existencia de muchos más.[19]

Uno de ellos era Anatoli Marchenko, que murió durante una huelga de

hambre en Jristopol en diciembre de ese año.[20] Cuando su esposa, Larisa Bogoraz, llegó a la prisión, encontró a tres soldados vigilando el cuerpo, que había sido llevado aparte para la autopsia. No se le permitió ver a nadie en la prisión —ni médicos, ni prisioneros ni funcionarios—, excepto al oficial político, Churbanov, que la trató con rudeza. Rehusó decirle cómo había muerto Marchenko, y no le daría el certificado de defunción, ni el de inhumación, ni el historial médico ni siquiera las cartas y diarios de Marchenko.[21]

Aunque las autoridades crearon una nebulosa de misterio en torno a la muerte de Marchenko, Borogaz dijo después que no podían ocultar que «Anatoli Marchenko murió luchando. Su lucha había durado veinticinco años, y nunca había enarbolado la bandera blanca de la rendición».[2]

Pero su trágica muerte no fue en vano. Posiblemente en reacción a la oleada de mala prensa en torno a su muerte (las declaraciones de Bogoraz fueron difundidas en todo el mundo), a finales de 1986, Gorbachov decidió conceder el perdón general a todos los presos políticos soviéticos.

Hubo muchas cosas raras en la amnistía que clausuró las prisiones políticas de la Unión Soviética para siempre. Nada era más extraño, sin embargo, que la escasa atención que suscitó. Después de todo, era el fin del Gulag, del sistema de campos por el que habían pasado millones de personas. Era el triunfo del movimiento por los derechos humanos, que había sido el centro de la atención diplomática durante las dos décadas anteriores. Era un verdadero momento de transformación histórica, pero casi nadie lo advirtió.

Los mejores de entre los muchos escritores y periodistas de talento que vivían en Moscú a finales de los años ochenta estaban demasiado preocupados por los acontecimientos del momento: los intentos de reforma económica, las primeras elecciones libres, la transformación de la política exterior, el fin del imperio soviético en Europa oriental, el fin de la propia Unión Soviética.[23]

Distraídos por esas mismas cuestiones, los rusos no lo advirtieron. Los disidentes cuyos nombres habían sido famosos en la clandestinidad volvieron y descubrieron que ya no lo eran. Eran ancianos en su mayoría y estaban fuera de sintonía con los tiempos. Según Paul Hofheinz, un periodista occidental que estaba en Rusia en aquel momento, «habían hecho carrera en privado, escribiendo peticiones en sus dachas en antiguas máquinas de escribir,

desafiando a las autoridades mientras tomaban sorbos de un té absurdamente dulce, con el albornoz puesto. No estaban hechos para las batallas en el Parlamento o en la televisión, y parecían profundamente confundidos por cuán dramáticamente había cambiado el país mientras ellos estuvieron alejados».[24]

La mayoría de los antiguos disidentes que siguieron en la vida pública no estuvieron centrados solo en el destino de los restantes campos de concentración de la Unión Soviética. Andréi Sajárov, liberado del exilio interior, en diciembre de 1986, y elegido diputado para el Congreso del Pueblo en 1989, rápidamente comenzó a promover la reforma de la propiedad.[25] Dos años después de su liberación, el prisionero armenio Levon Ter-Petrossian fue elegido presidente de su país. Una multitud de ucranianos y bálticos pasaron directamente de los campos en Perm y Mordovia a las formaciones políticas de sus respectivos países, promoviendo abiertamente la independencia.[26]

El KGB observó que sus prisiones políticas se cerraban, por supuesto, pero parecía incapaz de comprender su significado. Leyendo los pocos documentos oficiales disponibles de la segunda mitad de los años ochenta, sorprende cuán poco había cambiado el lenguaje de la seguridad del Estado. En 1986, Viktor Chebrikov, entonces jefe del KGB, envió un informe al comité central hablando de la continua lucha de su organización contra las «actividades de los organismos de espionaje imperialistas, y de los elementos enemigos soviéticos que estaban vinculados a ellas». También alardeaba de que el KGB había «paralizado» las actividades de varios grupos, entre ellos los comités supervisores de Helsinki, y que había obligado, en el período de 1982 a 1986, a «más de 100 personas a renunciar a su actividad ilegal y volver a la senda de la justicia». Sin embargo, unos párrafos después, Chebrikov reconocía que las cosas podían haber cambiado. Uno tiene que leer con atención para comprender cuán espectacular era el cambio: «Las condiciones presentes de la democratización de todos los aspectos de la sociedad, y el fortalecimiento del partido y la sociedad, hacen posible una nueva evaluación de la cuestión de la amnistía».[27]

En una declaración separada agregaba, casi como una idea adicional, que, según los cálculos del KGB, 96 personas estaban recluidas innecesariamente en hospitales psiquiátricos especiales. Sugería que aquellos que «no representen un peligro para la sociedad» deberían ser puestos en libertad.[28] El comité central

aceptó, y en febrero de 1987 perdonó a doscientos prisioneros condenados según el artículo 70 o el 190-1. Unos meses después fueron liberados otros más para señalar el Milenio de la Cristiandad Rusa. Más de dos mil (muchos más que los 96) serían liberados de los hospitales psiquiátricos en los dos años siguientes.[29]

Sin embargo, quizá por hábito o porque veía que su poder se desvanecía junto con la población carcelaria, el KGB parecía extrañamente reluctante a dejar en libertad a los presos políticos. Como fueron formalmente perdonados, no amnistiados, a los presos políticos liberados en 1986 y 1987 se les pidió que firmaran un documento desvinculándose de toda actividad antisoviética. La mayoría pudieron inventar sus propias fórmulas, eludiendo las disculpas: «Debido a mi mala salud, no intervendré en más actividades antisoviéticas», o «Nunca fui antisoviético, fui anticomunista y no hay leyes que prohíban el anticomunismo».[30]

No obstante, a otros se les exigió una vez más abandonar sus creencias, y se les ordenó emigrar.[31] Un disidente georgiano permaneció durante seis meses más, simplemente porque rehusó escribir cualquier fórmula que el KGB pudiera idear.[32] Otro rehusó solicitar formalmente el perdón «pretextando que no había cometido ningún delito».[33]

Sin embargo, a trancas y barrancas, con avances y retrocesos, el régimen represivo llegaba a su fin, como todo el sistema. En efecto, en el momento en que los campos de presos políticos en Perm fueron clausurados para siempre en febrero de 1992, la propia Unión Soviética había dejado de existir. Las antiguas repúblicas soviéticas se habían convertido en países independientes. Algunas de ellas (Armenia, Ucrania, Lituania) eran dirigidas por antiguos prisioneros; otras por antiguos comunistas cuyas creencias se desmoronaron en los años ochenta, cuando vieron por primera vez las pruebas del terror pasado.[34] El KGB y el MVD, aunque no fueron desmantelados, fueron reemplazados por otras organizaciones diferentes. Los agentes de la policía secreta comenzaron a buscar nuevos trabajos en el sector privado. Los celadores de las prisiones vieron la luz, y discretamente se trasladaron al gobierno local. El nuevo Parlamento ruso aprobó, en noviembre de 1991, una «Declaración de los derechos y las libertades del individuo», garantizando, entre otras, la libertad de viajar, de religión y de estar en desacuerdo con el gobierno.[35] Lamentablemente, la nueva Rusia no estaba destinada a convertirse en un modelo de tolerancia étnica, religiosa o

política, pero esa es una historia diferente.

Los cambios tuvieron lugar a una velocidad abrumadora, y nadie parecía más confuso que el hombre que había desatado la desintegración de la Unión Soviética. Pues este fue, finalmente, el punto más débil de Gorbachov: tanto Jruschov como Brézhnev lo sabían, pero Gorbachov, nieto de «enemigos» y autor de la *glasnost*, no se percató de que un debate honesto y general del pasado soviético en última instancia socavaría la legitimidad del régimen soviético. Gorbachov no se dio cuenta de que una vez que se hubiera dicho la verdad sobre el pasado estalinista, el mito de la grandeza soviética se desvanecería. Había habido demasiada crueldad, demasiada sangre derramada, y demasiadas mentiras en esa grandeza.

Pero si Gorbachov no comprendió su propio país, muchos otros sí lo hicieron. Veinte años antes, el editor de Solzhenitsin, Aleksandr Tvardovski había percibido el poder del pasado oculto, había sabido lo que los recuerdos resucitados podían hacer en el sistema soviético y expuso sus sentimientos en este poema:

Se equivocan al pensar que la memoria
no tiene un valor creciente,
o que la maleza del tiempo crecerá cubriendo
cualquier hecho o dolor verdadero del pasado.

Que el planeta sigue girando
los días y los años pasan…
No. El deber ordena ahora que todo lo que
no haya sido dicho sea dicho totalmente…[36]

Epílogo

Memoria

¿Y los asesinos? Los asesinos siguen viviendo…

LEV RAZGON, *Nepridumannoe*, 1989[1]

A comienzos del otoño de 1998 crucé en barco el mar Blanco, de la ciudad de Arjánguelsk a las islas de Solovki. Era el último crucero de verano: a mediados de septiembre, cuando las noches del Ártico comienzan a alargarse, los barcos dejan de hacer esta ruta. El mar se vuelve demasiado bravo, el agua demasiado helada para que una expedición de turistas pase la noche.

Quizá el hecho de saber que era el fin de la estación añadía un toque de regocijo al viaje. Hubo muchos brindis, bromas y un caluroso aplauso para el capitán del barco. Mis compañeros de cena, dos parejas de mediana edad de una base naval de la costa, parecían dispuestos a divertirse.

Primero, mi presencia solo era una adición a la diversión general. No todos los días uno encuentra a una estadounidense en un barco en medio del mar Blanco, y la curiosidad los divertía. Querían saber por qué hablaba ruso, qué pensaba de Rusia, en qué se diferenciaba de Estados Unidos. Sin embargo, cuando les dije lo que hacía en Rusia, se mostraron menos alegres. Una estadounidense en un crucero de placer, visitando las islas de Solovki para ver el paisaje y el bello y antiguo monasterio es una cosa, pero una estadounidense que visita los restos del campo de concentración es otra.

Uno de los hombres se mostró hostil e inquirió: «¿Por qué a vosotros, los extranjeros, solo les preocupan las cosas malas de nuestra historia? ¿Por qué escribir sobre el Gulag? ¿Por qué no escribir sobre nuestros logros? ¡Fuimos el

primer país en enviar un hombre al espacio!». Al decir «nosotros», quería decir «nosotros los soviéticos». La Unión Soviética había dejado de existir siete años antes, pero todavía se consideraba un ciudadano soviético, no un ruso.

Su mujer también me criticó. «El Gulag ya no es relevante —me dijo—. Tenemos otros problemas aquí. Tenemos desempleo, delincuencia. ¿Por qué no escribir sobre los verdaderos problemas, en vez de sobre cosas que pasaron hace mucho tiempo?»

Mientras continuaba esta incómoda conversación, la otra pareja se mantuvo en silencio, y el hombre permaneció callado: no dio su opinión sobre el tema del pasado soviético. En cierto momento, su esposa expresó su apoyo: «Comprendo por qué quieres saber más sobre los campos —dijo con voz suave—, es interesante saber lo que pasó. Yo desearía saber más».

En viajes posteriores por Rusia, he encontrado estas cuatro actitudes hacia mi proyecto una y otra vez. «No es tu problema» y «es irrelevante» son reacciones comunes. El silencio o la falta de opinión expresada con un encogimiento de hombros es la más frecuente. Pero hay también personas que comprenden por qué es importante conocer el pasado y querrían que fuera más fácil saber más.

De hecho, con cierto esfuerzo, uno puede conocer mucho sobre el pasado en la Rusia contemporánea. No todos los archivos rusos están cerrados, y no todos los historiadores rusos están interesados en otros temas: este libro es testimonio del raudal de información disponible en la actualidad. La historia del Gulag también se ha convertido en tema de debate público en algunas de las antiguas repúblicas soviéticas y antiguos satélites soviéticos. En algunas naciones, por lo general en aquellas que se ven como víctimas antes que como perpetradoras del terror, las conmemoraciones y los debates han sido notorios. Los letonios han convertido la antigua sede del KGB en Vilnius en un museo de las víctimas del genocidio. Los letones han convertido el antiguo museo soviético, antaño dedicado a los «tiradores certeros rojos» letones, en un museo de la ocupación de Letonia.

En febrero de 2002 asistí a la inauguración de un nuevo museo húngaro ubicado en un edificio que fue sede del movimiento fascista húngaro entre 1940 y 1945, y después de la seguridad del Estado comunista húngaro entre 1945 y 1956. En la primera sala una serie de pantallas de televisión colocadas en una pared emitía propaganda fascista, mientras simultáneamente, en otra pared, otro

conjunto de pantallas emitía propaganda comunista. El efecto fue inmediato y emotivo, tal como estaba planeado, y el resto del museo continuaba en el mismo tono. Utilizando fotografías, sonido, vídeo y muy pocas palabras, los organizadores del museo están orientando la exposición a un público muy joven para recordar estos regímenes.

En Bielorrusia, en cambio, la falta de un monumento se ha convertido en una cuestión política importante: en el verano de 2002, el presidente dictatorial Aleksandr Lajashenka proclamaba su intención de construir una autopista en el emplazamiento de una masacre en las afueras de Minsk, la capital, en 1937. Su retórica suscitó oposición y desató un gran debate sobre el pasado.

Dispersos en Rusia, hay también un puñado de monumentos informales, semioficiales y privados, erigidos por una amplia variedad de personas y organizaciones. La sede de la Sociedad Memoria en Moscú contiene un museo pequeño, que guarda entre otras cosas, una notable colección de arte de los prisioneros. El Museo Andréi Sajárov, también en Moscú, realiza exposiciones y muestras sobre la época estalinista. En las afueras de muchas ciudades (Moscú, San Petersburgo, Tomsk, Kíev, Petrozavodsk), comisiones locales de la Sociedad Memoria y otras organizaciones han levantado monumentos en los lugares donde hubo asesinatos masivos en 1937-1938.

Hay iniciativas más ambiciosas. El anillo de minas de carbón alrededor de Vorkutá (cada una un antiguo *lagpunkt*) está salpicado de cruces, estatuas y otros monumentos, erigidos por las víctimas lituanas, polacas y alemanas de los campos. El museo histórico local en la ciudad de Magadán contiene varias salas dedicadas a la historia del Gulag. En una montaña que domina la ciudad, un famoso escultor ruso ha erigido un monumento a los muertos de Kolimá, con símbolos de todas las religiones que convivieron allí. Un salón adosado a los muros del monasterio de Solovki, que actualmente es un museo, expone cartas, fotografías y borradores de prisioneros de los archivos; fuera, una alameda de árboles ha sido plantada en conmemoración de los muertos de Solovki. En el centro de Siktivkar, la capital de la República de Komi, los líderes locales y la sección local de la Sociedad Memoria han construido una pequeña capilla. En el interior hay una relación de nombres de prisioneros, deliberadamente escogidos para ilustrar las diversas nacionalidades del Gulag: lituanos, coreanos, judíos, chinos, georgianos, españoles.

Al norte de Petrozavodsk, se ha levantado un monumento conmemorativo *ad hoc* a las afueras de la aldea de Sandormoj, pero quizá en este caso esta descripción no sea la más exacta. Aunque hay una placa conmemorativa, así como varias cruces de piedra puestas por polacos, alemanes, etc., Sandormoj, donde los prisioneros del archipiélago Solovki fueron ejecutados en 1937 (entre ellos el sacerdote Pavel Florenski), es memorable por sus cruces hechas a mano, extrañamente conmovedoras, y sus inscripciones funerarias. Como no hay documentos que declaren dónde fue enterrada cada persona, cada familia ha escogido al azar un determinado montón de huesos para venerarlos. Los parientes de las víctimas hace tiempo fallecidas, han pegado las fotografías de estas en estacas de madera y algunos han grabado epitafios en los laterales. Lazos, flores de plástico y otros arreglos fúnebres están diseminados por el pinar que ha crecido sobre este campo de ejecución.

Otro gran proyecto ha tomado forma en las afueras de la ciudad de Perm. En Perm-36, antaño un *lagpunkt* de la época estalinista, un grupo de historiadores locales ha construido un gran museo, el único realmente ubicado dentro de los barracones de un antiguo campo. Con sus propios recursos, los historiadores han reconstruido el campo, los barracones, los muros, las alambradas y todo lo demás. Incluso han llegado a instalar una pequeña industria maderera, utilizando las viejas y oxidadas máquinas del campo, para financiar su proyecto. Aunque no tienen mucho apoyo del gobierno local, consiguieron financiación de Europa y Estados Unidos. Ahora esperan poder restaurar los veinticinco edificios, utilizando cuatro de ellos para un Museo de la Represión más grande.

Y sin embargo, en Rusia, un país acostumbrado a grandiosos monumentos conmemorativos de la guerra y a multitudinarios y solemnes funerales de Estado, estos proyectos locales e iniciativas privadas parecen exiguos, dispersos e incompletos. La mayoría de los rusos no es consciente de ello, lo cual no es extraño: diez años después de la caída de la Unión Soviética, Rusia, el país que ha heredado su política diplomática y exterior, sus deudas y su lugar en las Naciones Unidas, continúa comportándose como si no hubiera heredado la historia de la Unión Soviética. Rusia ni siquiera tiene un lugar nacional de duelo, un monumento que oficialmente reconozca el sufrimiento de las víctimas y de sus familias. Durante los años ochenta, se convocaron concursos para diseñar un monumento de este tipo, pero no se llegó a nada. La Sociedad Memoria solo

consiguió trasladar una piedra del archipiélago de Solovki —donde comenzó el Gulag— y colocarla en el centro de la plaza Dzerzhinski, frente a la Lubianka.[2]

Más notable que la falta de monumentos, es la falta de una conciencia colectiva. A veces, parece como si las grandes emociones y pasiones suscitadas por las amplias discusiones de la época de Gorbachov simplemente se hubieran desvanecido, junto con la propia Unión Soviética. El encendido debate sobre la justicia para las víctimas desapareció abruptamente. Aunque se habló mucho a finales de los ochenta, el gobierno ruso nunca investigó ni procesó a los acusados de torturas o asesinatos en masa, ni siquiera a los que eran identificables. A comienzos de los años noventa, uno de los hombres que participó en la masacre de Katín todavía vivía. Antes de morir, el KGB le hizo una entrevista, pidiéndole que explicara desde el punto de vista técnico cómo se realizó el asesinato. En un gesto de buena voluntad, una grabación de la entrevista fue enviada al agregado cultural de Polonia en Moscú. Nadie sugirió entonces que el hombre fuera juzgado en Moscú, en Varsovia o en algún otro lugar.

Es cierto, por supuesto, que un proceso no siempre es el mejor modo de ajustar cuentas con el pasado. En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, Alemania occidental procesó a 85 000 nazis, pero se condenó a menos de 7000. Los tribunales eran obviamente corruptos, y no fueron ajenos a las envidias y disputas personales. El Tribunal de Nuremberg era un ejemplo de «justicia de los vencedores» estropeada por una dudosa legalidad y otras rarezas, no siendo la menor de ellas la presencia de jueces soviéticos que sabían perfectamente bien que su propio bando era responsable de asesinatos en masa también.

Pero había otros métodos, además de los procesos, de hacer justicia a los crímenes del pasado. Hubo comisiones de la verdad, encuestas y comisiones del gobierno, excusas públicas, pero el gobierno ruso nunca ha considerado ninguna de estas opciones. Al margen de un breve e inconcluso «proceso» del Partido Comunista, no ha habido sesiones públicas de esclarecimiento de la verdad en Rusia, ni audiencias parlamentarias, ni investigaciones oficiales sobre los asesinatos, las masacres y los campos de la URSS.

El resultado: medio siglo después del fin de la guerra, los alemanes todavía mantienen debates públicos sobre la compensación de las víctimas, sobre los

monumentos conmemorativos, sobre las nuevas interpretaciones de la historia nazi, como si la nueva generación de alemanes debiera llevar el peso de la culpa de los crímenes de los nazis. Medio siglo después de la muerte de Stalin, no hay debates equivalentes en Rusia, porque la memoria del pasado no es una parte viviente del discurso público.

El proceso de rehabilitación prosiguió, muy silenciosamente, durante los años noventa. A finales de 2001, unos 4 500 000 presos políticos habían sido rehabilitados en Rusia, y la comisión nacional de rehabilitación calculaba que tenía unos 500 000 casos que examinar. Esas víctimas, cientos de miles, quizá millones más, que nunca fueron sentenciadas serán por supuesto exceptuadas del proceso.[3] Pero aunque la comisión es seria y bienintencionada, y aunque se compone de supervivientes de los campos, así como de burócratas, nadie asociado a ella cree que los políticos que la crearon estuvieran motivados por un impulso real de «verdad y reconciliación», como dice la historiadora británica Catherine Merridale. Por el contrario, el objetivo ha sido poner fin a la discusión del pasado, calmar a las víctimas arrojándoles unos cuantos rublos y billetes gratis de autobús, y evitar cualquier examen más profundo de las causas del estalinismo y de su legado.

Hay algunas explicaciones válidas, o al menos justificables, de este silencio público. La mayoría de los rusos realmente pasan todo su tiempo lidiando con la completa transformación de la economía y la sociedad. La época estalinista ocurrió hace mucho tiempo, y muchas cosas han pasado desde que terminó. La Rusia poscomunista no es la Alemania de posguerra, donde los recuerdos de las peores atrocidades eran recientes en la mente de las personas. A comienzos del siglo XXI, los hechos de mediados del siglo XX parecen historia antigua a la mayoría de la población.

Quizá muchos rusos piensan que han tenido ya un debate sobre el pasado, que dio pocos resultados. Cuando uno pregunta a los rusos de más edad por qué el tema del Gulag se menciona tan poco en la actualidad, eluden el tema: «En 1990 eso era todo de lo que se podía hablar, ahora no necesitamos hablar de eso». Para complicar más las cosas, hablar del Gulag y de la represión estalinista se asocia a los «reformadores democráticos» que promovieron el debate sobre el pasado soviético. Debido a que se considera fracasada ahora a esa generación de

dirigentes políticos, y su gobierno es recordado por el caos y la corrupción, toda mención del Gulag ha quedado manchada por asociación.

La cuestión de recordar o conmemorar la represión política también se confunde (como he señalado en la introducción de este libro) por la presencia de tantas otras víctimas de tantas otras tragedias soviéticas. «Para complicar más las cosas —escribe Catherine Merridale—, muchas personas sufrieron varias veces; pueden definirse como veteranos de guerra, víctimas de la represión, hijos de los represaliados e incluso supervivientes de la hambruna con igual facilidad.»[4] Como hay muchos monumentos conmemorando a los caídos en la guerra, algunos rusos parecen pensar: ¿no bastan estos?

Pero hay otras razones, menos justificables, para el silencio. Muchos rusos vivieron la caída de la Unión Soviética como un profundo golpe a su orgullo personal. Quizá el viejo sistema era malo, piensan ahora, pero al menos éramos poderosos. Y ahora que no lo somos, no queremos escuchar que era malo. Es demasiado doloroso, como hablar mal de los muertos.

Algunos también temen lo que podrían saber del pasado, si han de examinarlo en detalle. En 1998, la periodista ruso-estadounidense Masha Gessen relató lo que sintió al descubrir que una de sus abuelas, una simpática anciana judía, había sido censora, responsable de alterar los informes de los corresponsales extranjeros en Moscú. También descubrió que su otra abuela, otra simpática anciana judía, había solicitado un trabajo en la seguridad del Estado. Ambas optaron por esto por desesperación, no por convicción. Ahora, escribió, sabe por qué su generación había evitado condenar a la generación de sus abuelos con demasiada dureza: «No los denunciamos, no los procesamos, ni los juzgamos … al hacer tales preguntas, cada uno de nosotros se arriesgaba a traicionar a algún ser querido».[5]

Aleksandr Yacovlev, presidente de la comisión rusa de rehabilitación, habló de este problema de un modo más directo: «La sociedad es indiferente a los crímenes del pasado [me dijo], porque muchas personas participaron en ellos».[6] El sistema soviético arrastró a millones de sus ciudadanos a muchas formas de colaboración y compromiso. Aunque muchos participaron voluntariamente, otras muchas personas decentes se vieron obligadas a hacer cosas terribles. Ellos, sus hijos y sus nietos, no siempre desean recordarlo ahora.

Pero la principal explicación de la falta de un debate público no implica los

miedos de una generación más joven, o los complejos de inferioridad ni la culpa residual de sus padres. La causa principal es el poder y el prestigio de quienes gobiernan no solo Rusia, sino en la mayoría de los estados y satélites ex soviéticos. En diciembre de 2001, en el décimo aniversario de la desintegración de la Unión Soviética, trece de las quince antiguas repúblicas soviéticas eran gobernadas por antiguos comunistas, y muchos de los antiguos países satélites soviéticos, incluida Polonia, el país que tuvo cientos de miles de prisioneros en los campos y pueblos de desterrados soviéticos. E incluso los países que no eran gobernados por los herederos ideológicos del Partido Comunista, los antiguos comunistas y sus hijos o compañeros de viaje continuaban figurando ampliamente en las élites intelectuales, periodísticas y empresariales. El presidente de Rusia, Vladimir Putin, fue un antiguo agente del KGB, y se define orgullosamente como un «chequista». Siendo primer ministro, Putin visitó la sede del KGB en la Lubianka, en el aniversario de la fundación de la Checa, donde dedicó una placa a la memoria de Yuri Andrópov.[7]

El predominio de los antiguos comunistas y la insuficiente discusión del pasado en el mundo poscomunista no es casual. Para decirlo con franqueza, los antiguos comunistas tienen interés en ocultar el pasado: los salpica, los debilita, cuestiona sus afirmaciones de estar realizando «reformas», aunque personalmente no tuvieran nada que ver con los crímenes pasados. En Hungría, el antiguo Partido Comunista, rebautizado como Partido Socialista, luchó implacablemente contra la apertura del museo de las víctimas del terror. Numerosos argumentos excusan que Rusia no haya construido un monumento nacional a los millones de víctimas, pero Aleksandr Yacovlev me dio la explicación más sucinta: «El monumento se construirá cuando nosotros, la vieja generación, estemos muertos».

Esto importa: el no reconocer ni arrepentirse ni discutir la historia del pasado comunista pesa como una losa en muchas de las naciones de la Europa poscomunista. Los rumores sobre el contenido de los antiguos «archivos secretos» continúan causando problemas a los políticos actuales, desestabilizando al menos a un primer ministro polaco y un húngaro. El descubrimiento ocasional de nuevas fosas comunes puede desatar la controversia y la indignación.[8]

El pasado pesa en Rusia más decisivamente que en otras partes. Rusia heredó

los símbolos del poder soviético y también el complejo de gran potencia de la Unión Soviética, su organización militar y sus objetivos imperiales. Por consiguiente, las repercusiones políticas de ese olvido en Rusia han sido mucho más perjudiciales que en otros antiguos países comunistas. Actuando en nombre de la patria soviética, Stalin deportó a los chechenos a los desiertos de Kazajstán, donde murió la mitad y el resto fue condenado a desaparecer, junto con su lengua y su cultura. Cincuenta años después, en una segunda actuación, la Federación Rusa arrasó la capital chechena, Grozni, y asesinó a decenas de miles de civiles chechenos en el curso de dos guerras. Si el pueblo ruso y la élite rusa recordara (visceral y emocionalmente) lo que Stalin hizo con los chechenos, no podrían haber invadido Chechenia en los años noventa, ni una ni dos veces. Hacerlo era moralmente equivalente a que la Alemania de posguerra invadiera Polonia occidental. Muy pocos rusos lo ven así, lo cual pone de manifiesto hasta qué punto desconocen su propia historia.

También ha dejado secuelas en la formación de la sociedad civil rusa y en el desarrollo del imperio de la ley. Para decirlo con franqueza, si los canallas del antiguo régimen siguen sin ser castigados, difícilmente se puede apreciar que la buena voluntad haya triunfado sobre el mal. Esto puede sonar apocalíptico, pero no es políticamente irrelevante. La policía no necesita atrapar a todos los delincuentes para que la mayoría de las personas acaten el orden público, pero deben atrapar a una proporción significativa. Nada alienta más la negación de la ley que ver a los villanos salirse con la suya, aprovechándose del botín y riéndose en la cara del público. La policía secreta conservó sus apartamentos, sus dachas y sus buenas pensiones. Sus víctimas siguieron siendo pobres y marginales. A la mayoría de los rusos les parece que en el pasado los más sensatos eran los que más colaboraban; análogamente, cuanto uno más mienta y engañe en el presente, más sensato será.

Trágicamente, la falta de interés de Rusia en su pasado ha privado a los rusos de héroes y de víctimas. Los nombres de quienes en la clandestinidad se opusieron a Stalin, aunque inútilmente (estudiantes como Susanna Pechora, Viktor Bulgakov y Anatoli Zhigulin, jefes de las rebeliones y alzamientos en el Gulag, los disidentes desde Sajárov a Bukovski y Orlov) deberían ser tan ampliamente conocidos en Rusia como lo son en Alemania los nombres de quienes participaron en la conjura para matar a Hitler. El cuerpo increíblemente

rico de la literatura de los supervivientes rusos (relatos de personas cuya humanidad triunfó sobre las horribles condiciones de los campos de concentración soviéticos) deberían ser más leídos, mejor conocidos y citados con más frecuencia. Si los escolares conocieran a estos héroes y sus relatos, encontrarían algo de qué estar orgullosos en el pasado soviético de Rusia, aparte de los triunfos militares e imperiales.

Esta falta de memoria también tiene consecuencias prácticas. Puede decirse, por ejemplo, que el desconocimiento del pasado también explica su insensibilidad hacia ciertos tipos de censura, y a la continua y firme presencia de la seguridad del Estado, ahora rebautizada *Federalnaya Sluzhba Bezopasnosti* o FSB. La mayoría de los rusos no se sienten especialmente indignados por las facultades de la FSB para abrir el correo, intervenir los teléfonos y entrar en residencias particulares sin orden judicial. Tampoco están muy interesados en la larga persecución del FSB contra Aleksandr Nikitin, un ecologista que escribió sobre el daño que la flota septentrional rusa está haciendo en el mar Báltico.[9]

La insensibilidad hacia el pasado también permite explicar la ausencia de una reforma judicial y penitenciaria. En 1998 visité la prisión central de la ciudad de Arjánguelsk. Antaño una de las capitales del Gulag, Arjánguelsk está situada en la ruta a Solovki, Kotlás, Kargopollag y otros complejos de campos septentrionales. La prisión de la ciudad es anterior a la época de Stalin, y parecía haber cambiado poco desde entonces. Entré en compañía de Galina Dudina, una mujer que es una genuina rareza postsoviética: una defensora de los derechos de los presos. Cuando caminábamos por las salas del edificio de piedra, acompañadas por un silencioso celador, parecía que habíamos retrocedido en el tiempo.

Los corredores eran estrechos y oscuros; las paredes, húmedas y viscosas. Cuando el celador abrió la puerta de una celda de hombres, pude ver cuerpos desnudos cubiertos de tatuajes tendidos en las literas. Viendo que los hombres estaban sin ropa, el celador cerró la puerta y les permitió arreglarse. Al abrirla de nuevo, entré en la celda y vi a unos veinte hombres en fila, disgustados por haber sido interrumpidos. A las preguntas que les hacía Galina respondían farfullando monosílabos; por lo demás, miraban fijamente el suelo de cemento de la celda. Parecía que habían estado jugando a las cartas; el celador nos llevó rápidamente fuera.

Pasamos más tiempo en la celda de las mujeres. En la esquina, había una letrina. Fuera de esto, la escena podría haber salido directamente de las páginas de las memorias de los años treinta. La ropa interior de las mujeres colgaba de una soga que pendía del techo; el aire era denso y viciado, muy caliente, cargado del olor del sudor, la mala comida, la humedad y los desperdicios. Las mujeres, también a medio vestir, se sentaban en las literas alrededor de la sala e insultaban al celador, vociferando peticiones y quejas. Era como si hubiera entrado en la celda en que Olga Adamova-Sliozberg había entrado en 1938. Repito aquí su descripción:

> Las paredes arqueadas solo dejaban espacio para un angosto pasillo; los cuerpos se apretujaban en unas tarimas continuas que servían de cama. En los cordeles tendidos sobre ellas se secaban trapos diversos. El aire estaba lleno del humo sucio de un tabaco barato y fuerte, e iba cargado de peleas, gritos y sollozos…[10]

En la puerta siguiente, en la celda de menores, había menos prisioneros, pero rostros más tristes. Galina le dio un pañuelo a una llorosa quinceañera que había sido acusada de robar el equivalente en rublos a 10 dólares. Le dijo: «Ahora sigue estudiando álgebra y pronto estarás fuera». O así lo esperaba. Galina conocía a muchas personas que habían sido encarceladas durante meses sin ser procesadas, y esta joven solo había estado en la cárcel una semana.

Después hablamos con el alcaide, que se encogió de hombros cuando preguntamos por la chica en la celda de menores, sobre el prisionero que estaba en el corredor de la muerte hacía muchos años pero aseguraba ser inocente, sobre el aire viciado de la prisión y la falta de salubridad. Todo se reducía al dinero, dijo. Simplemente no hay bastante dinero. Los celadores estaban mal pagados; la electricidad subía (lo que explicaba los pasillos oscuros); no había dinero para reparaciones, ni para fiscales, jueces o juicios. Los presos solo tenían que esperar su turno, hasta que el dinero comenzara a llegar.

No me convenció. El dinero es un problema, pero no lo es todo. Si las prisiones rusas parecen sacadas de las memorias de Evgeniya Guinzburg, si los tribunales rusos y la investigación penal rusa son una farsa, es en parte porque el legado soviético no pende como una mala conciencia en los hombros de los que dirigen el sistema de justicia penal de Rusia. El pasado no parece atormentar a la seguridad del Estado, ni a los jueces o políticos ni a la élite empresarial de Rusia.

Así pues, muy pocas personas en la Rusia contemporánea consideran que el pasado constituya una carga o una obligación. El pasado es un mal sueño que ha de ser olvidado, o un rumor que debe ser dejado de lado. Como una gran caja de Pandora cerrada, está a la espera de ser abierta por la próxima generación.

En Occidente nuestro fracaso en comprender la magnitud de lo que ocurrió en la Unión Soviética y Europa central no tiene las mismas implicaciones profundas para nuestro modo de vida. Nuestra tolerancia hacia el que niega el Gulag en nuestras universidades no destruirá el tejido moral de nuestra sociedad. La guerra fría ha terminado después de todo, y no hay una verdadera fuerza política ni intelectual en los partidos comunistas de Occidente.

Sin embargo, si no comenzamos a recordar con más empeño, esto tendrá consecuencias también para nosotros. Pues si olvidamos el Gulag, tarde o temprano descubriremos que es difícil comprender nuestra propia historia. ¿Por qué combatimos en la guerra fría, después de todo? ¿Fue debido a que los demenciales políticos derechistas confabulados con el aparato militar industrial y la CIA fraguaron todo y forzaron a dos generaciones de estadounidenses y europeos occidentales a aceptarlo? ¿U ocurría algo más importante? Ahora cunde la confusión. En 2002, un articulista de la revista conservadora británica *The Spectator* opinaba que la guerra fría había sido «uno de los conflictos más superfluos de nuestra época».[11]

Ya estamos olvidando lo que nos movilizó, lo que nos inspiró, lo que sostuvo a la civilización de «Occidente» durante mucho tiempo; estamos olvidando contra qué estábamos luchando. Si no tratamos de recordar la historia de la otra mitad del continente europeo, la historia del otro régimen totalitario del siglo XX, al final seremos nosotros, en Occidente, los que no comprenderemos nuestro pasado, los que no sabremos cómo nuestro mundo ha llegado a ser el mundo que es.

Y no solo nuestro pasado particular. Pues si seguimos olvidando la mitad de la historia de Europa, algo de lo que sabemos sobre la propia humanidad será distorsionado. Cada una de las tragedias masivas del siglo XX fue única: el Gulag, el Holocausto, la masacre armenia, la masacre de Nankín, la Revolución Cultural, la revolución camboyana, la guerra de Bosnia, los atentados del 11 de septiembre, entre muchas otras. Cada uno de estos acontecimientos tuvo

orígenes diferentes, cada uno surgió en circunstancias locales particulares que no se repetirán nunca. Solo nuestra capacidad para degradar, destruir y deshumanizar a nuestro prójimo ha sido y será repetida una y otra vez: nuestros vecinos se convierten en «enemigos», nuestros opositores son reducidos a la categoría de piojos, escoria o malas hierbas; nuestras víctimas se transforman en seres malignos, más bajos o inferiores, solo merecedores de la prisión, la expulsión o la muerte.

Cuanto más capaces seamos de comprender cuán diferentes sociedades han transformado a sus vecinos y ciudadanos en objetos, tanto más sabremos de las específicas circunstancias que llevan a cada episodio de tortura y asesinato masivos, y mejor comprenderemos el lado oscuro de la naturaleza humana. Este libro no ha sido escrito «para que no se vuelva a repetir», tal como dice el cliché. Este libro ha sido escrito porque casi con seguridad ocurrirá otra vez. Las filosofías totalitarias han tenido, y continuarán teniendo, un gran atractivo para millones de personas. La destrucción del «enemigo objetivo», como decía Hannah Arendt, sigue siendo una meta fundamental de muchas dictaduras. Necesitamos saber por qué, y cada relato, cada texto de memorias, cada documento de la historia del Gulag es una pieza de este rompecabezas, una parte de la explicación. Sin ellos, nos despertaremos un día y nos daremos cuenta de que no sabemos quiénes somos.

Apéndice

¿Cuántos?

Aunque en la Unión Soviética había miles de campos de concentración y millones de personas habían pasado por ellos, durante muchas décadas el total de víctimas se mantuvo oculto para todos excepto para un puñado de burócratas. Por consiguiente, su estimación era una cuestión azarosa mientras la URSS existió, y sigue siendo un tema de educada especulación hoy en día.

Durante la época de mera especulación, el debate occidental sobre la estadística de la represión —al igual que el debate sobre la historia soviética— estuvo teñido, desde los años cincuenta en adelante, por la política de la guerra fría. Sin archivos, los historiadores se basaban en las memorias de los prisioneros, las declaraciones de los desertores, las cifras de los censos oficiales, las estadísticas económicas o incluso en detalles menores que de alguna manera eran conocidos en el exterior, tales como el número de periódicos distribuido a los prisioneros en 1931.[1] Aquellos más inclinados a condenar a la Unión Soviética preferían las cifras más elevadas de víctimas. Los descontentos con el papel de Estados Unidos o de Occidente en la guerra fría escogían las cifras más bajas. Las cifras variaban ampliamente. En *The Great Terror*, una novedosa síntesis de las purgas publicada en 1968, el historiador Robert Conquest estimaba que el NKVD había arrestado a 7 000 000 de personas en 1937-1938.[2] En su estudio «revisionista» publicado en 1985, *Origins of the Purges*, el historiador J. Arch Getty hablaba meramente de «miles» de arrestos para aquellos mismos años.[3]

Resultó que la apertura de los archivos soviéticos no dio una satisfacción completa a ninguna escuela. Las primeras series de cifras publicadas para los prisioneros del Gulag parecían situarse en el promedio de las estimaciones altas y bajas. Según documentos del NKVD publicados, el número de prisioneros en

los campos y colonias del Gulag de 1930 a 1953, registrados el 1 de enero de cada año fueron las siguientes:

1930	179.000	1942	1.777.043
1931	212.000	1943	1.484.182
1932	268.700	1944	1.179.819
1933	334.300	1945	1.460.677
1934	510.307	1946	1.703.095
1935	965.742	1947	1.721.543
1936	1.296.494	1948	2.199.535
1937	1.196.369	1949	2.356.685
1938	1.881.570	1950	2.561.351
1939	1.672.438	1951	2.525.146
1940	1.659.992	1952	2.504.514
1941	1.929.729	1953	2.468.524[4]

[4]

Estas cifras reflejan algunas cosas que sabemos que eran exactas por otras muchas fuentes. El número de reclusos comenzó a aumentar a finales de los años treinta, cuando arreció la represión. Bajó ligeramente durante la guerra, reflejando el gran número de amnistías. Se elevó en 1948, cuando Stalin cerró el cepo otra vez. Ante todo, la mayoría de los investigadores que han trabajado en los archivos coinciden en que las cifras se basan en auténticas compilaciones de datos proporcionados al NKVD por los campos. Son congruentes con los datos procedentes de otras secciones administrativas del gobierno soviético, por ejemplo con los datos utilizados por el Comisariado de Finanzas del Pueblo.[5] Sin embargo, no reflejan necesariamente toda la verdad.

En primer lugar, las cifras para cada año son engañosas, ya que disfrazan la notable rotación que existía en el sistema de campos. En 1943, por ejemplo, se registra que 2 421 000 prisioneros pasaron por el sistema del Gulag, aunque los totales al comienzo y al fin de año muestran un descenso de 1 500 000 a 1 200 000. Esa cifra comprende transferencias dentro del sistema, pero aún indica un enorme nivel de movimiento de prisioneros no reflejado en las cifras totales.[6] De igual modo, casi un millón de prisioneros dejaron los campos durante la guerra para incorporarse al Ejército Rojo, un hecho que apenas se refleja en las estadísticas generales, ya que muchos prisioneros ingresaron en los campos durante los años de la guerra. Otro ejemplo: en 1947, 1 490 959 ingresaron en

los campos, y salieron 1 012 967, un enorme movimiento que no aparece en el cuadro.[7]

Los prisioneros salieron porque murieron, escaparon, cumplieron su sentencia, fueron enviados al Ejército Rojo o promovidos a un cargo administrativo. Como he dicho, hubo amnistías frecuentes para los ancianos, los enfermos y las mujeres embarazadas, invariablemente seguidas por nuevas oleadas de detenciones. Este movimiento masivo constante de prisioneros significaba que el número era en realidad bastante más alto de lo que parecía al comienzo: hacia 1940, 8 000 000 de prisioneros habían pasado ya por los campos.[8] Utilizando las estadísticas de ingresos y egresos disponibles, y reconciliando una variedad de fuentes, el único cálculo completo que he visto estima que 18 000 000 de ciudadanos soviéticos pasaron por los campos y colonias entre 1929 y 1953. Esta cifra coincide con otras cifras proporcionadas por los altos cargos de seguridad rusos durante los años noventa. Según cierta fuente, el propio Jruschov hablaba de que «17 000 000» pasaron por los campos de trabajo entre 1937 y 1953.[9]

Sin embargo, en un sentido más profundo, esta cifra también es equívoca. Tal como ahora saben los lectores, no todas las personas condenadas a trabajos forzados en la Unión Soviética cumplieron realmente su condena en un campo de concentración bajo la dirección del Gulag. Las cifras arriba citadas excluyen a muchos cientos de miles de personas que fueron sentenciadas a «trabajos forzados sin encarcelamiento» por infracciones en el centro de trabajo. Lo más importante es que hubo al menos tres otras categorías significativas de trabajadores forzados: prisioneros de guerra, habitantes de los campos de control y filtrado de la posguerra, y sobre todo los «desterrados especiales», que incluían a los *kulaks* deportados durante la colectivización, los polacos, bálticos y otros deportados a partir de 1939 y los caucasianos, tártaros, alemanes del Volga y otros deportados durante la guerra.

Los dos grupos primeros son relativamente fáciles de calcular: a partir de varias fuentes fiables, sabemos que el número de prisioneros de guerra excedió los cuatro millones.[10] También sabemos que entre el 27 de diciembre de 1941 y el 1 de octubre de 1944, el NKVD investigó a 421 199 detenidos en campos de control y filtrado, y que el 10 de mayo de 1945, más de 160 000 detenidos vivían todavía allí, realizando trabajos forzados. En enero de 1946, el NKVD abolió los

campos y repatrió 228 000 más a la URSS para efectuar una nueva investigación de sus casos.[11] Un total de unos 700 000 parece por tanto un cálculo justo.

Los desterrados de destino especial son más difíciles de calcular, aunque solo sea porque había muchos grupos de desterrados, enviados a muchas zonas diferentes, por muy distintas razones y en momentos muy diversos. En los años veinte, muchos de los primeros opositores a los bolcheviques (mencheviques, eseristas y otros) fueron deportados por decreto administrativo, lo que significaba que no eran técnicamente parte del Gulag, aunque realmente se los estaba castigando. A comienzos de los años treinta, 2 100 000 *kulaks* fueron deportados, aunque un número desconocido, con seguridad cientos de miles, no fueron enviados a Kazajstán o Siberia, sino a otras zonas de sus provincias nativas o a las tierras deficientes al lado de las granjas colectivas: como muchos parecen haber escapado, es difícil saber si se incluyen o no. Mucho más clara es la situación de los grupos nacionales deportados durante y después de la guerra a las aldeas de «desterrados especiales». Igualmente clara, aunque mucho más fácil de olvidar, es la situación de grupos como los 17 000 «antiguos pobladores» expulsados de Leningrado después del asesinato de Kírov. Están también los alemanes soviéticos que no fueron deportados físicamente, pero cuyas aldeas en Siberia y Asia central se convirtieron en «asentamientos especiales» (como si el Gulag hubiera venido a ellos), así como los hijos de los deportados, que seguramente se cuentan como tales.

En suma, aquellos que han tratado de sumar las muchas estadísticas que se han publicado sobre cada uno de estos grupos han presentado cifras ligeramente distintas. En *Ne po svoei vole*, publicada por la Sociedad Memoria en 2001, el historiador Pavel Polian ha sumado las cifras de desterrados especiales y llegado a la cifra de 6 015 000.[12] En un resumen de publicaciones archivísticas, Otto Pohl, por otra parte, contabiliza más de 7 000 000 de desterrados especiales entre 1930 y 1948.[13] Proporciona las siguientes cifras de personas que en la posguerra vivían en «asentamientos especiales»:

Octubre de 1945	2.230.500
Octubre de 1946	2.463.940
Octubre de 1948	2.104.571
1 de enero de 1949	2.300.223
1 de enero de 1953	2.753.356[14]

[14]

No obstante, siguiendo el principio de que la estimación inferior satisfará al más exigente, he decidido escoger la cifra de Polian: 6 000 000 de desterrados. Sumando todas las cifras, el número total asciende a 28 700 000 trabajadores forzados en la URSS.

Me doy cuenta, por supuesto, de que esta cifra no satisfará a todos. Algunos objetarán que no todos los arrestados o deportados cuentan como «víctimas», ya que algunos eran delincuentes e incluso criminales de guerra. Sin embargo, aunque es cierto que millones de estos prisioneros tenían condenas penales, no creo que la mayoría fueran ni remotamente verdaderos «delincuentes» en sentido normal de la palabra. No era una delincuente una mujer que hubiera recogido unos cuantos granos de un campo ya cosechado, ni un hombre que hubiera llegado tarde tres veces al trabajo, como fue el caso del padre del general ruso Aleksandr Lebed, sentenciado a los campos precisamente por esto. Un prisionero de guerra que había sido confinado en un campo de trabajos forzados muchos años después del final de la guerra, no era un prisionero. De todos modos, el número de delincuentes profesionales genuinos en cualquier campo era mínimo, por lo cual prefiero dejar las cifras como están.

Sin embargo, otros no estarán satisfechos con esta cifra por diversas razones. En efecto, en el curso de la redacción de este libro, se me ha preguntado muchas veces: de estos 28 700 000 prisioneros, ¿cuántos murieron?

Esta respuesta también es complicada. Hasta la fecha no han aparecido estadísticas satisfactorias de la mortalidad en el sistema del Gulag ni entre los desterrados.[15] En los años venideros, algunas cifras más confiables pueden aparecer: al menos un antiguo funcionario del MVD ha asumido personalmente la tarea de rastrear metódicamente los archivos, campo por campo y año tras año, tratando de compilar cifras auténticas. Por motivos quizá algo distintos, la Sociedad Memoria, que ha publicado la primera guía fiable del número de campos, ha asumido la tarea de calcular la cifra de víctimas de la represión.

Hasta que aparezcan estas compilaciones, sin embargo, tenemos que basarnos en lo que tenemos: un recuento anual de la tasa de mortalidad del Gulag, basado en los archivos del Departamento de Registro de Prisioneros. Este recuento parece excluir las muertes en la prisión y durante el transporte. Ha sido recopilada a partir de los informes generales del NKVD, no de los documentos de los campos individuales. No incluye para nada a los desterrados especiales. Sin embargo, con reluctancia, la presento aquí:

1930	7.980	(4,2 %)	1942	352.560	(24,9 %)
1931	7.283	(2,9 %)	1943	267.826	(22,4 %)
1932	13.197	(4,81 %)	1944	114.481	(9,2 %)
1933	67.297	(15,3 %)	1945	81.917	(5,95 %)
1934	25.187	(4,28 %)	1946	30.715	(2,2 %)
1935	31.636	(2,75 %)	1947	66.830	(3,59 %)
1936	24.993	(2,11 %)	1948	50.659	(2,28 %)
1937	31.056	(2,42 %)	1949	29.350	(1,21 %)
1938	108.654	(5,35 %)	1950	24.511	(0,95 %)
1939	44.750	(3,1 %)	1951	22.466	(0,92 %)
1940	41.275	(2,72 %)	1952	20.643	(0,84 %)
1941	115.484	(6,1 %)	1953	9.628	(0,67 %)[16]

[16]

Como las estadísticas oficiales de prisioneros, el cuadro muestra algunas pautas que pueden conciliarse con otros datos. El súbito pico de 1933, por ejemplo, representa de hecho el impacto de la hambruna que mató de 6 000 000 a 7 000 000 de ciudadanos soviéticos «libres». El aumento más ligero de 1938 refleja las ejecuciones masivas que tuvieron lugar en algunos campos ese año. La importante alza de la tasa de mortalidad durante la guerra (casi una cuarta parte de los prisioneros en 1942), también coincide con las memorias y recuerdos de personas que vivieron en los campos ese año, y refleja la escasez de alimento en toda la URSS.

Pero aunque estas cifras sean ajustadas, la pregunta «¿cuántos murieron?» todavía resulta difícil de responder. En realidad, ninguna cifra de mortalidad recopilada por las autoridades del Gulag puede ser considerada del todo fiable. La política de la inspección de campos y las amonestaciones, entre otras cosas, hacían que los jefes de campo tuvieran interés en falsificar el número de sus prisioneros que habían muerto: en muchos campos, se ponía en libertad a los

prisioneros que estaban al borde de la muerte, con lo cual se rebajaba la estadística de mortalidad del campo.[17] Aunque los deportados se trasladaban con más frecuencia y no eran liberados cuando estaban a punto de morir, la naturaleza del sistema de destierro (los prisioneros vivían en aldeas remotas, lejos de las autoridades regionales) evidencia que las estadísticas de mortalidad para los desterrados tampoco serán nunca del todo fiables.

Sin embargo, lo más importante es que la pregunta tiene que ser planteada con más cuidado: «¿Cuántos murieron?», es en realidad una pregunta imprecisa en el caso de la Unión Soviética, y quienes la plantean deben primero considerar qué quieren saber en realidad. Por ejemplo, si desean saber simplemente cuántos murieron en los campos del Gulag y en las aldeas de desterrados en la época estalinista, de 1929 a 1955, disponemos de una cifra proveniente de las fuentes de archivo, aunque incluso el historiador que la recogió señala que es incompleta, pues no comprende todas las categorías de prisioneros en cada año. Otra vez la cito con reluctancia: 2 749 163.[18]

Aunque fuera exacta, sin embargo, esta cifra no reflejaría el total de las víctimas del sistema judicial estalinista. Como he dicho en la introducción de este libro, la seguridad del Estado soviética no utilizó sus campos para exterminar personas. Cuando deseaban matarlas, realizaban ejecuciones masivas en los bosques: también son víctimas de la justicia soviética, y hubo muchas de ellas. Basándose en los archivos, varios investigadores citan una cifra de 786 098 ejecuciones políticas entre 1934 y 1953.[19] La mayoría de los historiadores consideran esta cifra más o menos verosímil, pero la precipitación y el caos que acompañaron las ejecuciones en masa pueden también significar que nunca lo sepamos. Incluso esta cifra que, en mi opinión, es realmente demasiado precisa para ser fiable, todavía no incluye a los que murieron en los trenes rumbo a los campos, a los que murieron durante la instrucción, a aquellos cuyas ejecuciones no fueron técnicamente «políticas», pero que fueron realizadas con fundamentos ilegítimos; tampoco a los 20 000 oficiales polacos que murieron en la masacre de Katín, y, sobre todo, a los que murieron a los pocos días de ser puestos en libertad. Si este es el número que realmente queremos, entonces será más alto (probablemente mucho más alto), aunque las estimaciones variaran otra vez de manera considerable.

Pero estas cifras, a mi juicio, no siempre proporcionan la respuesta a lo que

la gente quiere saber realmente. La mayor parte del tiempo, cuando se me pregunta: «¿cuántos murieron?» lo que se quiere saber realmente es: ¿cuántas personas murieron innecesariamente como resultado de la revolución bolchevique? Esto es, cuántos murieron durante el «terror rojo» y la guerra civil, las hambrunas que siguieron a la brutal política de la colectivización, las deportaciones y las ejecuciones en masa, los campos de los años veinte, los de los años sesenta y ochenta, en los campos y asesinatos masivos bajo el reinado de Stalin. En ese caso, las cifras no solo son mayores, son en realidad una mera conjetura. Los autores franceses de *The Black Book of Communism* citan una cifra de 20 000 000 de muertos. Otros citan cifras en torno a 10 000 000 o 12 000 000.[20]

Un número redondo de víctimas sería muy satisfactorio, ya que nos permitiría comparar de forma directa a Stalin con Hitler o con Mao. Pero aunque pudiéramos encontrarla, no estoy segura de que expresara toda la historia del sufrimiento. Ninguna cifra oficial puede reflejar, por ejemplo, la mortalidad de las esposas e hijos ni de los padres ancianos que se quedaron, ya que sus muertes no fueron registradas de modo separado. Durante la guerra, los ancianos morían de hambre sin libreta de racionamiento: si sus hijos condenados no hubieran estado extrayendo carbón en Vorkutá, podrían haber vivido. Los niños pequeños sucumbían fácilmente con las epidemias de tifus y paperas en los orfanatos fríos y mal equipados: si sus madres no hubieran estado cosiendo uniformes en Kengir, podrían haber continuado con vida.

Al final, las estadísticas nunca reflejan enteramente lo ocurrido. Tampoco los documentos de archivo sobre los que se basa buena parte de este libro. Todos los que han escrito con mayor elocuencia sobre el tema del Gulag saben que esto es cierto; así pues, me gustaría que uno de ellos dijera la última palabra sobre el tema de las «estadísticas», los «archivos» y los «documentos».

En 1990, al escritor Lev Razgon se le permitió ver su expediente en el archivo, una escueta colección de documentos relatando su arresto y el arresto de su primera esposa, Oksana, así como de varios miembros de su familia. Lo leyó y después escribió un ensayo sobre su contenido. Reflexionaba con elocuencia sobre el contenido del expediente, la parquedad de las pruebas, la ridícula naturaleza de los cargos, la tragedia que persiguió a la madre de su mujer, los oscuros motivos de su suegro, el chequista Gleb Boky, la extraña falta de

arrepentimiento de aquellos que los habían arruinado a todos. Pero lo que más me impresionó de su experiencia al trabajar en los archivos fue la ambivalencia que sentía cuando terminó de leer:

> Hace rato que he cesado de pasar las páginas del expediente y hace más de una hora o dos que las he dejado enfriándose con sus propios pensamientos. Mi guardián [el archivero del KGB] ya ha comenzado a toser insinuantemente y a mirar su reloj. Es hora de cerrar. No tengo nada más que hacer allí. Le entrego los documentos y con negligencia los deja caer en el carrito. Bajo por los vacíos corredores, paso junto a los centinelas que ni siquiera piden ver mis papeles y llego a la plaza de la Lubianka.
>
> Son solo las cinco de la tarde, pero ya está casi oscuro, una lluvia fina y silenciosa cae ininterrumpidamente. Me quedo en la acera, junto al edificio, preguntándome qué hacer ahora. Qué terrible que yo no crea en Dios y no pueda entrar a alguna iglesia silenciosa, entre la tibieza de las velas, mirar los ojos de Cristo en la cruz y decir y hacer esas cosas que hacen llevadera la vida al creyente…
>
> Me quito el gorro de piel y gotas de lluvia o lágrimas se deslizan por mi rostro. Tengo ochenta y dos años y aquí estoy, viviendo otra vez todo … Oigo las voces de Oksana y de mi madre … Puedo recordarlas y pensar en ellas, en cada una. Y si he permanecido con vida, entonces es mi deber hacerlo…[21]

Bibliografía

Memorias y obras literarias

ADAMOVA-SLIOZBERG, Olga, *Put*, Moscú, 1993.
AITUGANOV, I. P., *Krugi ada*, Kazán, edición privada, 1998.
AJMÁTOVA, Anna, *The Poems of Akhmatova*, edición y traducción de Stanley Kunitz y Max Hayward, Boston, 1967.
—, «En lugar de prefacio», *Réquiem y otros poemas*, Barcelona, Galaxia Gutemberg, 2000.
AKSIÓNOV, Vasili, *Generations of Winter*, Nueva York, 1995.
ALEKSANDROVICH, Vadim, *Zapiski lagernogo vracha*, Moscú, 1996.
ALIN, D. E., *Malo slov, a gorya rechenka*, Tomsk, 1997.
AMALRIK, Andréi, *Involuntary Journey to Siberia*, traducción de Manya Harari y Max Hayward, Nueva York, 1970.
AMSTER, Gerald, y Bernard Asbell, *Transit Point Moscow*, Nueva York, 1984.
ANDREIEVA, Anna, *Plavanye k Nebemomu Kremlyu*, Moscú, 1998.
ANDRÉIEV-JOMIAKOV, Gennadi, *Bitter Waters: Life and Work in Stalin's Russia*, Boulder, Co., 1997.
ANÓNIMO, *Ejo iz Nebytiya*, Novgorod, 1992.
ANÓNIMO, *Vo vlasti Gubcheka: Vospominania neizvestnogo protoiereya*, Moscú, 1996.
ANTONOV-OVSEENKO, Anton, *Vraai naroda*, Moscú, 1996.
ANTSIFEROV, Nikolái, «Tri glavy iz vospominanii», *Pamyat*, vol. 4, pp. 75-76.
ARMONAS, Barbara, *Leave Your Tears in Moscow*, Filadelfia y Nueva York, 1961.
ASTAFIEVA, Olga, *V goda sleepye: stiji*, Moscú, 1995.
BARDACH, Janusz (con Kathleen Gleeson), *Man Is Wolf to Man: Surviving Stalin's Gulag*, Londres, 1998.
BELOUSOV, Viktor, *Zapiski dojodyagi*, Ashjabad, Turkmenistán, 1992.
BELYASHOV, V. M., *Zhizn pereselentsev na Urale*, Severouralsk, 1991.
BERGER, Joseph, *Nothing But the Truth*, Nueva York, 1971.
BERSHADSKAYA, Liubov, *Rastoptannye zhizni*, París, 1975.
BISTROLETOV, Dmitri, *Puteshestvie na krai nochi*, Moscú, 1996.
BONDAREVSKI, Serguéi, *Tak bylo*, Moscú, 1995.
BORIN, Aleksandr, *Prestupleniya bez nakazaniya: vospominaniya uznika GULAGa*, Moscú, 2000.
BRODSKI, Joseph, *Less Than One*, Nueva York, 1986.
BUBER-NEUMANN, Margarete, *Under Two Dictators*, traducción de Edward Fitzgerald, Londres, 1949.
BUCA, Edward, *Vorkuta*, traducción de Michael Lisiniski y Kennedy Wells, Londres, 1976.
BUKOVSKI, Vladimir, *To Build a Castle – My Life as a Dissenter*, Nueva York, 1978.
BURJUIS, L., *Chuzhoi spektakl: kniga vospominanii*, Riga, 1990.
BUXHOEVEDEN, baronesa Sophie, *Left Behind: Fourteen Months in Siberia During the Revolution, December 1917-February 1919*, Londres, Nueva York y Toronto, 1929.
CEDERHOLM, Boris, *In the Clutches of the Cheka*, traducción de F. H., Lyon, Londres, 1929.
CHETVERIKOV, Boris, *Vsego byvalo na veku*, Leningrado, 1991.
CHIRKOV, Yuri, *A bylo vse tak*, Moscú, 1991.
COLONNA-CZOSNOWSKI, Karol, *Beyond the Taiga: Memoirs of a Survivor*, Hove, Sussex, 1998.

CZAPSKI, Jozef, *The Inhuman Land*, traducción de Gerard Hopkins, Londres, 1987.
CZERKAWSKI, Tadeusz, *Bylem Zolnierzem Generala Andersa*, Varsovia, 1991.
DANIEL, Yuli, *Prison Poems*, traducción de David Burg y Arthur Boyars, Londres, 1971.
DAREL, Sylva, *A Sparrow in the Snow*, traducción de Barbara Norman, Nueva York, 1973.
DJILAS, Milovan, *Conversations with Stalin*, traducción de Michael Petrovich, Nueva York, 1962.
DMITRIEV, Helen, *Surviving the Storms: Memory of Stalin's Tyranny*, traducción de Cathleen A. McClintic y George G. Mendez, Fresno, CA, 1992.
DOLGUN, Alexander, *Alexander Dolgun's Story: An American in the Gulag*, Nueva York, 1975.
DOMANSKA, Lestawa, Papinski, Marian, y la familia Malachowski, *Tryptyk Kazachstamki*, Varsovia, 1992.
DOMBROVSKII, Yuri, *Menya ubit joteli, éti suki*, Moscú, 1997.
Dorogi za kolyuchuyu provoloku, vol. 3, Odessa, 1996.
DOSTOIEVSKI, Fiódor, *The House of the Dead*, traducción de David McDuff, Londres, 1985. (Hay trad. cast.: *Recuerdos de la casa de los muertos*, Barcelona, Bruguera, 1981).
DURASOVA, S. G., «Eto bylo strashnim sobytiem», *Istoricheskii Arjiv*, n.º 6 (1999), pp. 69-84.
DVORZHETSKI, Vatslav, *Puti bolshij étapov*, Moscú, 1994.
DIAKOV, Boris, «Povest O perezhitom», *Oktyabr*, n.º 7 (julio de 1964), pp. 49-42.
EFRON, Ariadna, *Miroedija*, Moscú, 1996.
—, *Pisma iz ssylki*, París, 1985.
EFRUSSI, Yakov, *Kto na «É?»*, Moscú, 1996.
EIZENBERGER, Andréi, *Esli ne vyskazhus-zadojnus*, Moscú, 1994.
EKART, Antoni, *Vanished Without Trace: Seven Years in Soviet Russia*, Londres, 1954.
EVSTONICHEV, A. P., *Nakazanie bez prestupleniya*, Siktivkar, 1990.
FEDEROLF, Ada, *Ryadom s Alei*, Moscú, 1996.
FEHLING, Helmut, *One Great Prison: The Story Behind Russia's Unreleased POWs*, Boston, 1951.
FIDELGOLTS, Yuri, *Kolyma*, Moscú, 1997.
FILSHTINSKI, Isaak, *My shagaem pod konvoem: rasskazi iz lagernoi zhizni*, Moscú, 1997.
FINKELBERG, M. F., *Ostavlyayu vam*, Yaroslavl, 1997.
FISHER, Lipa, *Parikmajer v GULAGe*, traducción de Zelby Beiralas, Tel-Aviv, 1977.
FITTKAU, Gerhard, *My Thirty-third Year*, Nueva York, 1958.
FLORENSKI, Sv. Pavel, *Sochineniya*, vol. IV, Moscú, 1998.
FRID, Valeri, *58-1-2: Zagiski lagernogo pridurka*, Moscú, 1996.
GAGEN-TORN, Nina, *Memoria*, Moscú, 1994.
GARASEVA, A. M., *Ya zhila v samoi beschelovechnoi strane*, Moscú, 1997.
GESSEN, Masha, «My Grandmother, the Censor», *Granta*, n.º 64, Londres (enero de 1998).
GILBOA, Yehoshua, *Confess! Confess*!, traducción de Dov Ben Aba, Boston y Toronto, 1968.
GIZATULIN, R. J., *Nas bylo mnogo na chelne*, Moscú, 1993.
GLIKSMAN, Jerzy, *Tell the West*, Nueva York, 1948.
GNEDIN, Evgeni, *Vyjod iz labirinta*, Moscú, 1994.
GOLITSYN, Kirill, *Zapiski Knyazya Kirilla Nikolaevicha Golitsyna*, Moscú, 1997.
GOLITSYN, Serguéi, *Zapiski utselevshego*, Moscú, 1990.
GORBACHOV, Mijaíl, *Memoirs*, Nueva York, 1996.
GORBATOV, Aleksandr, *Years Off My Life*, traducción de Gordon Clough y Anthony Cash, Londres, 1964.
GORCHAKOV, Genrij, *L-1-105: Vospominaniya*, Jerusalén, 1995.
—, *Sudboi nalozhenniye tseli*, Jerusalén, 1997.
GORDEEVA, Valeriya, *Rasstrel cherez poveshenie*, Moscú, 1995.
GORKI, Máximo, *Sobranie sochinenii*, Moscú, 1962.

GRACHEV, Yu. S. V., *Irodovoi bezdne: vospominaniya o perezhitom*, Moscú, 1993.
GROSS, Jan Tomasz y Grudzinska-Gross, Irena, eds., *War Through Children's Eyes*, Stanford, Ca., 1981.
GUBERMAN, Igor, *Shtriji i portrety*, Moscú, 1994.
GUINZBURG, Evgeniya, *Journey into the Whirlwind* [*Krutoi marshrut*], traducción de Paul Stevenson y Max Hayward, Nueva York, 1967.
—, *Within the Whirlwind* [*Krutoi marshrut*, Parte II], traducción de Ian Boland, Nueva York y Londres, 1981.
GUINZBURG, Lidia, *Blockade Diary*, traducción de Alan Meyers, Londres, 1995.
HERLING, Gustav, *A World Apart*, traducción de Andrzej Ciolkosz, Londres, 1951.
IEVLEVA, Valentina, *Neprichesannaya zhizn*, Moscú, 1994.
Imet situ pomnit, Moscú, 1991.
Intaliya, Moscú, 1995.
IOFFE, Mariya, *Odna noch*, Nueva York, 1978.
ISHUTINA, Elena, *Narym: dnevnik ssylnoi*, Nueva York, 1965.
IZGOEV, Aleksandr, «Pyat let v sovetskoi Rossii», *Arjiv Russkoi Revolyutsii*, vol. X (Berlín, 1923).
JOFFE, Nadezhda, *Back in Time: My Life, My Fate, My Epoch* [*Vremya nazad*], traducción de Frederick S. Choate, Oak Park, Mi., 1995.
JRUSCHOV, Nikita, *Khrushchev Remembers*, traducción de Strobe Talbott, Londres, 1970.
KALACHEV, Konstantin, *V kruge tretem*, Moscú, 1999.
KAMINSKI, R. I., *Minuvshee projodit predo mnoyu*, Moscú, 1955.
KAUFMAN, A. I., *Lagernyi vrach*, Tel Aviv, 1973.
KEKUSHEV, N. L., *Zveriado*, Moscú, 1991.
KERSNOVSKAYA, Evfrosiniya, *Naskalnaya zhivopis*, Moscú, 1991.
KITCHIN, George, *Prisoner of the OGPU*, Londres, Nueva York y Toronto, 1935.
KLEIN, Aleksandr, *Ditya smerti*, Siktivkar, 1993.
—, *Odin sredi odinokij*, Siktivkar, 1995.
—, *Ulybki nevoli*, Siktivkar, 1997.
KLEMENTEV, V. F., *V Bolshevitskoi Moskve*, Moscú, 1998.
KLINGER, A., «Solovetskaya katorga: zapiski bezhavshego», *Arjiv Russkoi Revolyutsii*, vol. XIX (Berlín, 1929).
KMIECIK, Jerzy, *A Boy in the Gulag*, Londres, 1983.
KOPELEV, Lev, *To Be Preserved Forever* [*Jranit Vechno*, Ann Arbor, Mi., 1975], traducción de Anthony Austin, Filadelfia y Nueva York, 1977.
KORALLOV, Marlen, «Kartserok-ne juzhe drugij», *Moskovskii Komsomolets* (11 de septiembre de 1993).
KOROL, M. M., *Odisseya razvedchika*, Moscú, 1999.
KOVALCHUK-KOVAL, I. K., *Svidanie s pamyatyu*, Moscú, 1996.
KOZHINA, Elena, *Through the Burning Steppe: A Memoir of Wartime Russia, 1942-43*, Nueva York, 2000.
KRAPIVSKI, Semen, *Trizhdy rozhdennyi*, Tel Aviv, 1976.
KRASNOPEVTSEV, Yurii, *Rekviem razluchennym i pavshim Stalinskoi repressii*, Yaroslavl, 1992.
KRAVCHENKO, Viktor, *I Chose Freedom*, Londres, 1947.
KRESS, Vernon, *Zekameron XX veka*, Moscú, 1992.
KRZYSZTON, Jerzy, *Wielbllad na Steppie*, Varsovia, 1982.
KUDRYAVTSEV, F. F., *Primechaniya k ankete*, Moscú, 1990.
KUSURGASHEV, G. D., *Prizraki Kolymskogo zolota*, Voronezh, 1995.
KUTS, V., *Poedinok s sudboi*, Moscú, 1999.
KUUSINEN, Aino, *The Rings of Destiny*, traducción de Paul Stevenson, Nueva York, 1974.
KUZNETSOV, Edward, *Prison Diaries*, traducción de Howard Spier, Nueva York, 1973.

LARINA, Anna, *This I Cannot Forget: The Memoirs of Nikolai Bukharin's Widow*, traducción de Gary Kern, Nueva York y Londres, 1993.
LEIPMAN, Flora, *The Lona Journey Home*, Londres, 1987.
LEVI, Primo, *If This Is a Man*, Londres, 1987. (Hay trad. cast.: *Si esto es un hombre*, Barcelona, Muchnik, 1998).
LEVINSON, Galina, ed., *Vsya nasha zhizn*, Moscú, 1996.
LEVITIN-KRASNOV, A. E., *Ruk tvoij zhar*, Tel Aviv, 1979.
LIJACHEV, Dmitri, *Kniga bespokoistll*, Moscú, 1991.
—, *Vospominania*, San Petersburgo, 1995.
LIPPER, Elinor, *Eleven Years in Soviet Prison Camps*, traducción de Richard y Clara Winston, Londres, 1951.
Litovtski i Ledovitogo okeana, Yakutsk, 1995.
LOCKHART, R. Bruce, *Memoirs of a British Agent*, Londres y Nueva York, 1932.
MAEVSKAYA, Irina, *Volnoe poselenie*, Moscú, 1993.
MAKSIMOVICH, M., *Nevolnye Sravneniya*, Londres, 1982.
MALSAGOV, S. A., *Island Hell: A Soviet Prison in the Far North*, traducción de F. H. Lyon, Londres, 1926.
MAMAEVA, E. A., *Zhizn prozhit*, Moscú, 1998.
MANDELSTAM, Nadezhda, *Hope Against Hope*, traducción de May Hayward, Nueva York, 1999.
MANDELSTAM, Osip, *Stekla vechnosti* (collected poems), Moscú, 1999.
MARCHENKO, Anatoli *My Testimony*, traducción de Michael Scammel, Londres, 1969.
—, *To Live Like Everyone*, traducción de Paul Goldberg, Londres, 1989.
MATLOCK, Jack, *Autopsy on an Empire*, Nueva York, 1995.
MAZUS, Izrail, *Gde ty byl*?, Moscú, 1992.
MEDVEDEV, Nikolái, *Uznik GULAGa*, San Petersburgo, 1991.
MENSHAGI, V. G., *Vospominaniya*, París, 1988.
MILYUTINA, T. P., *Lyudi moyei zhizni*, Tartu, 1997.
MINDLIN, M. B., *Anfas i profil*, Moscú, 1999.
MIREK, Alfred, *Tyuremnyi rekviem*, Moscú, 1997.
—, *Zapiski zaklyuchennogo*, Moscú, 1989.
MOROZOV, Aleksandr, *Deryat stupenei II nebytie*, Saratov, 1991.
MUJINA-PETRINSKAYA, V., *Na ladoni sudby*, Saratov, 1990.
My iz Gulaga (antología), Odessa, 1990.
MYSLIWSKI, Wieslaw, ed., *Wschodnie Losy Polaków*, vols. 1-6, Lomza, 1991.
NARINSKI, A. S., *Vospominaniya glavnogo bujgaltera GULAGa*, San Petersburgo, 1997.
—, *Vremya tyazhkij potryasenii*, San Petersburgo, 1993.
Nazvat poimenno (antologia), Gorki, 1990.
NEKIPELOV, Viktor, *Institute of Fools*, traducción de Marco Carynnyk y Marta Horban, Londres, 1980.
NIKOLSKAYA, Anna, *Peredai dalshe*, Alma Atá, 1989.
NOBLE, John, *I Was a Slave in Russia*, Nueva York, 1960.
NUMEROV, Nikolái, *Zolotaya zvezda GULAGa: mezhdu zhiznyu i smertyu*, Moscú, 1995.
OKUNEVSKAYA, Tatiana, *Tatyanin den*, Moscú, 1998.
OLITSKAYA, Elinor, *Moi vospominaniya*, vols. I y II, Frankfurt del Main, 1971.
ORLOV, Aleksandr, *Tainye istorii stalimkij prestuplenii*, Nueva York, 1983.
PAMYAT Kolymy, *Magadanskoe*, 1990.
PANIN, Dmitri, *The Notebooks of Sologdin*, Nueva York, 1973.
PASHNIN, Evgeni, «Venchannye kolyuchie provoloki», *Vybor* (Moscú, enero-marzo de 1988), n.º 3.

PETROV, Vladimir, *It Happens in Russia*, Londres, 1951.
PETRUS, K., *Uzniki kommunizma*, Moscú, 1996.
Petyla-2: vospominaniya, ocherki, dokumenty, Volgogrado, 1994.
POGODIN, Nikolái, «Aristokraty», *Pyesy sovetskij pisatelei*, Moscú, 1954, pp. 109-183.
POL, I. L., *Oglyanus so skorbyu*, 1991.
POLAK, L. S., By*lo tak*, Ocherki, Moscú, 1996.
POLONSKII, V. V., «Doroga v pyat let v Kazajstan i obratno», *Istochnik*, 1 (1996), pp. 66-77.
POMERANTS, Grigorii, *Zapiski gadkogo utenka*, Moscú, 1998.
PORSHNEVA, G. I., *Ya vse zhe zhiv*, Moscú, 1990.
PRYADILOV, Alexéi, *Zapiski kontrrevolyutsionera*, Moscú, 1999.
PTASNIK, Zofia, «A Polish Woman's Daily Struggle to Survive», *The Sarmatian Review*, vol. XXI, n.º 1 (enero de 2002), pp. 846-854.
RATUSHINSKAYA, Irina, *Grey Is the Colour of Hope*, traducción de Alyona Kojevnikov, Londres, 1988.
RAWICZ, Slavomir, *The Long Walk*, Nueva York, 1984.
RAZGON, Lev, *True Stories* [*Nepridumannoe*, Moscú, 1989], traducción de John Crowfott, Dana Point, Ca., 1997.
RESHETOVSKAYA, Natalia, *Sanya: My Life with Alexander Solzhenitsyn*, traducción de Elena Ivanhoff, Indianápolis, 1975.
ROBINSON, Robert, *Black on Red: My 44 Years Inside the Soviet Union*, Washington, D. C., 1988.
ROEDER, Bernhard, *Katorga: An Aspect of Modern Slavery*, traducción de Lionel Kochan, Londres, 1958.
ROMANOV, gran duque Gavril Konstantinovich, *V mramornom dvortse*, Dusseldorf, 1993.
ROSENBERG, Suzanne, *A Soviet Odyssey*, Toronto, 1988.
ROSSI, Jacques, *Qu'elle Etait Belle Celle Utopie*, París, 1997.
ROTFORT, M. S., *Kolyma-krugi ada*, Uralskii Rabochii, 1991.
ROZINA, Anna, *U pamyati v gostyaj*, San Petersburgo, 1992.
ROZSAS, Janos, «Iz Knigi "Sestra Dusya"», *Volya*, 2-3 (1994).
RUTA, U., *Bozhe kak eshche jotelos zhitt*, Londres, 1989.
SADUNAITE, Nijole, *A Radiance in the Gulag*, traducción de Revd Casimir Pugevicius y Marian Skabeikis, Manassas, Va., 1987.
SAMSONOV, V. A. *Parus Podnimayu*, Petrozavodsk, 1993.
—, *Zhizn prodolzhaetsya*, Petrozavodsk, 1990.
SEREBRIAKOVA, Galina, *Huragan*, traducción de Josef Labodowski, París, 196?
SGOVIO, Thomas, *Dear America*, Kenmore, Nueva York., 1979.
SHALÁMOV, Varlam, *Kolyma Tales*, Londres, 1994.
—, *Neskolko moil zhiznei*, Moscú, 1996.
SHARANSKI, Natan, *Fear No Evil*, traducción de Stefani Hoffman, Londres, 1988.
SHELEST, Georgi, «Kolymskie zapisi», *Znamya*, n.º 9 (septiembre de 1964), pp. 162-180.
SHIJEEVA-GAISTER, Inna, *Semeinava jronika vremen kulta lichnosti*, Moscú, 1998.
SHIPOVSKAYA, E. A., *Ispoved rytsarya sveta*, Moscú, 1998.
SHIRYIAEV, Boris, *Neugasimaya lampada*, Moscú, 1991.
SHREIDER, Mijaíl, *NKVD iznutri*, Moscú, 1995.
SIEMINSKI, Janusz, *Mola Kolyma*, Varsovia, 1995.
SITKO, Leonid, *Gde moi veter*?, Moscú, vol. VIII, Moscú, 1996.
—, *Tvazhest sveta*, Moscú, 1996.
SMITH, C. A., *Escape from Paradise*, Londres, 1954.
SNEGOV, Serguéi, *Yazvk, kotoryi nenavidit*, Moscú, 1991.
SOLZHENITSIN, Aleksandr, *Cancer Ward*, traducción de Nicholas Bethell y David Burg, Nueva York,

1995. (Hay trad. cast.: *El pabellón del cáncer*, Madrid, Aguilar, 1971).
—, *The Gulag Archipelago*, 3 vols., Nueva York, 1973. (Hay trad. cast.: *Archipiélago Gulag*, Barcelona, Tusquets, 1998).
—, *The First Circle*, Londres, 1996. (Hay trad. cast.: *El primer círculo*, Barcelona, Tusquets, 1992).
—, *One Day in the Life of Ivan Denisovich*, traducción de H. T. Willetts, Londres, 1996. (Hay trad. cast.: *Un día en la vida de Iván Denísovich*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1995).
Sred drugil imen (antologia poética), Moscú, 1991.
STAJNER, Karlo, *Seven Thousand Days in Siberia*, Edimburgo, 1988.
STAROSTIN, Nikolái, *Futbol skvoz gody*, Moscú, 1992.
STYPULKOWSKI, Zbigniew, *Invitation to Moscú*, Londres, 1951.
SULIMOV, Iván, *Ejo prozhityj let*, Odessa, 1997.
TAYLOR-TERLECKA, Nina, ed., *Gulag Polskich Poetów: od Komi do Kotymy* (antología poética), Londres, 2001.
TCHEMAVIN, Tatiana, *Escape from the Soviets*, Nueva York, 1934.
TCHEMAVIN, Vladimir, *I Speak for the Silent*, Boston y Nueva York, 1935.
TIIF, O., «Iz vospominanii i zametok, 1939-1969», *Minuvshee*, vol. 7 (1992), p. 125.
TOLSTÓI, León, *Anna Karenina*, traducción de Rosemary Edmund, Londres, 1978. (Hay trad. cast.: *Anna Karenina*, Madrid, Edaf, 2001).
TRUBETSKOI, Andréi, *Puti neispovedimy*, Moscú, 1997.
TRUBETSKOI, Serguéi, *Minuvshee*, Moscú, 1991.
TVARDOVSKI, I. I., *Rodina i chuzhbina*, Smolensk, 1996.
ULIANOVSKAYA, Nadezhda y Maya, *Istoriya odnoi semyi*, Nueva York, 1982.
Uroki Gneva i lvubvi: sbornik vospominanii o godaj repressii, San Petersburgo, 1993.
VARDI, Aleksandr, *Podkonvoiny mir*, Berlín, 1971.
VESELOVSKI, B. V., *Skrytaya biografiva*, Moscú, 1996.
VESYOLAYA, Zayara, *7-35 Vospominaniya*, Moscú, 1990.
VILENSKI, Simeón, *et al.*, *Deti Gulaga: 1918-1956*, Moscú, 2002.
VILENSKI, Simeón, ed., Osventsim bez pechei, Moscú, 1996.
—, *Till My Tale Is Told* [*Dodnes tyagoteet*, Moscú, 1989], Bloomington e Indianápolis, In., 1999.
VINS, Georgi, *Evangelie v uzaj*, Kíev, 1994.
VITZHUM, Hilda, *Torn Out By the Roots*, traducción de Paul Schach, Lincoln, Nb. y Londres, 1993.
VOGELER, Robert, *I Was Stalin's Prisoner*, Nueva York, 1951.
VOGELFANGER, Isaac, *Red Tempest: The Life of a Surgeon in the Gulag*, Montreal, 1996.
VOITOLOVSKAYA, Adda, *Po sledam sudby moego pokoleniya*, Siktivkar, 1991.
VOLKOV, Oleg, *Vek nadezhd i krushenii*, Moscú, 1990.
Vremya i sudby (antología), Moscú, 1991.
WAT, Aleksandr, *My Century: The Odyssey of a Polish Intellectual*, edición y traducción de Richard Lourie, Berkeley, Ca., 1988.
WAYDENFELD, Stefan, *The Ice Road*, Edimburgo y Londres, 1999.
WEISSBERG, Aleksandr, *Conspiracy of Silence*, Londres, 1952.
WIGMANS, Johan, *Ten Years in Russia and Siberia*, traducción de Amout de Waal, Londres, 1964.
WU, Harry, *Bitter Winds*, Nueva York, 1994.
YAKIR, Piotr, *A Childhood in Prison*, Nueva York, 1973.
YAKOVENKO, M. M., *Agnessa*, Moscú, 1997.
YASNYI, V. K., *God rozhdeniya-devyatsot semnadtsatyi*, Moscú, 1997.
YEVTUSHENKO, Evgeni, *Strofi Veka: Antologiya Russkoi Poezii*, Minsk y Moscú, 1995.
ZABOLOTSKII, N. A., «Istoriya moego zaklyucheniya», *Minuvshee*, vol. 2 (1986).

ZAJDLEROWA, Zoe, *The Dark Side of the Moon*, edición a cargo de John Coutouvidis y Thomas Lane, Londres, 1989.
ZAROD, Kazimierz, *Inside Sealins Gulag*, Lewes, Sussex, 1990.
ZERNOVA, Ruf, *Eto bylo pri nos*, Jerusalén, 1988.
ZHENOV, Georgui, *Sanochki*, Moscú, 1997.
ZHIGULIN, Anatoli, *Chernye kamni*, Moscú, 1996.
ZNAMENSKAYA, A. N., *Vospominaniya*, San Petersburgo, 1997.

MEMORIAS INÉDITAS

BAITALSKI, Mijaíl, Archivo de Memoria, 2/1/8.
BIEN, George, Hoover Institution.
CHERJANOV, P. D., Archivo de Memoria, 2/1/127.
FELDGUN, Georgi, colección de Memoria de Novosibirsk.
GOGUA, I. K., Archivo de Memoria, 1/3118.
GURSKI, K. P., Archivo de Memoria, 2/1/14-17.
KOGAN, Mark, Archivo de Memoria, 2/2/46-7.
KUPERMAN, Yakov, M., Archivo de Memoria, 2/1/77.
LAHTI, Suoma Laine, colección de Reuben Rajala.
LVOV, E. M., Archivo de Memoria, 2/1/84.
MARCHENKO, Zoya, en la colección de la autora.
MARTYUJIN, Lev Nikolaevich, colección de Simeon Vilensky (Vozvrashchenie).
NEAPOLITANSKAYA, V. S., Archivo de Memoria, 313/39.
SANDRATSKAYA, Mariya, Archivo de Memoria, 2/105/1.
SHREIDER, M. P., Archivo de Memoria, 2/2/100-2.
TORBIN, S. S., Archivo de Memoria, 2/2/91.
USOVA, Zinaida, Archivo de Memoria, 2/1/118.
WARWICK, Walter, colección de Reuben Rajala.
ZGORNICKI, George Victor, grabación enviada a la autora, abril de 1998.

OBRAS DE REFERENCIA

ABRAMKIN, V. P., y V. P. Chesnokova, *Ugolovnaya Rossiva, tyurmi i lagerya*, vol. I, Moscú, 1993.
ADAMS, Bruce, *The Politics of Punishment: Prisoner Reform in Russia, 1863-1917*, DeKalb, Ill., 1996.
ADLER, Nanci, *The Gulag Survivor*, New Brunswick, Nueva Jersey, 2002.
AGNEW, Jeremy, y Kevin McDermott, *The Comintern*, Nueva York, 1997.
ALEKSEEVA, Lyudmila, *Istoriya inakomysliya v SSSR*, Moscú (página web: www.memo.ru/history/diss/books).
AMIS, Martin, *Koba the Dread: Laughter and the Twenty Million*, Londres, 2002.
ANDERS, Wladyslaw, *Bez oseatniego rozdziatu: wspomnienia z lat 1939-1946*, Newtown, Montgomeryshire, 1949.
ANDREW, Christopher, y Oleg Gordievsky, *KGB: The Inside Story*, Nueva York, 1990.
ANISIMOV, Evgeni, *The Reforms of Peter the Great: Progress Through Coercion in Russia*, Armonk, Nueva York, y Londres, 1993.

ANTONOV-OVSEENKO, Anton, *Laurentii Berya*, Krasnodar, 1993.
—, *The Time of Stalin*, Nueva York, 1980.
APPLEBAUM, Anne, «A History of Horror», *The New York Review of Books* (18 de octubre de 2001).
—, «Inside the Gulag», *The New York Review of Books* (15 de junio de 2000).
ARENDT, Hannah, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, 1951. (Hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza, 1981).
ARTIZOV, A., *et al*., *Reabilitatsiya, kak éto bylo: dokumenty*, Moscú, 2000.
AVERBAJ, I. L., *Ot prestupleniya k trudu*, Moscú, 1936.
BACON, Edwin, *The Gulag at War*, Londres, 1994.
BARANOV, Vadim, *Gorkii bez grima*, Moscú, 1996.
BARON, Nick, «Conflict and Complicity: The Expansion of the Karelian Gulag, 1923-1933», *Cahiers du Monde Russe*, 42/ 2-4, (abril-diciembre de 2001), pp. 615-648.
BATESON, Edward, y sir Alan Pim, *Report on Russian Timber Camps*, Londres, 1931.
BAZAROV, Aleksandr, *Durelom, ili, Gospodo koljozniki*, Kurgan, 1988.
BAZUNOV, V. V., y M. G. Detkov, *Tvurmy NKVD-MVD SSSR v karatelnoi sisteme sovetskogo gosudorstva*, Moscú, 2000.
BECK, F., y W. Godin, *Russian Purge and the Extraction of Confession*, traducción de Eric Mosbacher y David Porter, Londres, 1951.
BEEVOR, Antony, *Stalingrad*, Londres, 1998.
BEICHMAN, Arnold, y Mijaíl Bernstam, *Andropov: New Challenge to the West*, Nueva York, 1983.
BERDINSKIJ, Viktor, *Vyatlag*, Kirov, 1998.
BERLINER, Joseph, *Factory and Manager in the Soviet Union*, Cambridge, 1957.
BESANÇON, Alain, *The Rise of the Gulag: Intellectual Origins of Leninism*, Nueva York, 1981.
—, *Le Tsarevitch Immolé*, París, 1991.
BETHELL, Nicholas, *The Last Secret*, Nueva York, 1974.
BETTELHEIM, Bruno, *The Informed Heart*, Londres, 1991.
BINNER, Rolf, Marc Junge y Terry Martin, «The Great Terror in the Provinces of the USSR: A Cooperative Bibliography», *Cahiers du Monde Russe*, 42/ 2-4 (abril-diciembre de 2001).
BLANDY, Charles, «The Meskhetians: Turks or Georgians? A People Without a Homeland», Camberley, 1998.
BOBRICK, Benson, *East of the Sun: The Conquest and Settlement of Siberia*, Londres, 1992.
«Borba za GPU», *Sotsialisticheskii Vestnik*, n.º 4-15 (agosto de 1933).
BRACKMAN, Roman, *The Secret File of Joseph Stalin*, Londres y Portland, Or., 2001.
BRODSKI, Yuri, *Solovki: Le Isole del Martirio*, Roma, 1998.
BRODSKI, Yuri, y Helena Owsiany, *Skazani Jako Szpiedzy Watykanu*, Varsovia, 1998.
BROWN, Archie, *The Gorbachev Factor*, Oxford, 1996.
BROWNE, Michael, ed., *Ferment in the Ukraine*, Woodhaven, Nueva York, 1971.
BUKOVSKI, Vladimir, *Moskovskii protsess*, París, 1996.
BULLOCK, Alan, *Hitler and Stalin: Parallel Lives*, Londres, 1993.
BUNYAN, James, *The Origin of Forced Labour in the Soviet State*, Baltimore, 1967.
BURDS, Jeffrey, «AGENTURA: Soviet Informants' Networks and the Ukrainian Rebel Underground in Galicia, 1944-1948», *East European Politics and Societies*, 11/1 (invierno de 1997), pp. 89-130.
BUTYRSKI, Fiódor, y Valeri Karyshev, *Moskva Tyuremnava*, Moscú, 1998.
Cahiers du samizdat, vols. I-XV, from 1972, Bruselas (LOC).
CELMINA, Helene, *Women in Soviet Prisons*, Nueva York, 1985.
CHÉJOV, Antón, *A Journey to Sakhalin*, traducción de Brian Reeve, Cambridge. (Hay trad. cast.: *La isla de Sajalín*, Madrid, Ostrow, D. L., 1998).

CHORNOVIL, Vyacheslav, *The Chornovil Papers*, Nueva York, 1968.
Chronicle of Current Events, n. os 28-64 (1972-1982), Amnesty International Publications, LOC.
CHUJIN, Ivan, «Dva dokumenta komissii A. M. Shanina na Solovkaj», *Zvenya*, vol. I, Moscú (1991), pp. 359-381.
—, *Kanaloarmeetsi*, Petrozavodsk, 1990.
CIESIELSKI, Stanislaw, *Polacy w Kazachstanie w Latach 1940-1946*, Wroclaw, 1996.
COHEN, Stephen, ed., *An End to Silence: Uncensored Opinion in the Soviet Union*, Nueva York y Londres, 1982.
Comisión para la Seguridad y Cooperación en Europa, Congreso 101, Primera Sesión, 15 de mayo de 1987 (Testimonio de Alexandr Shatravka y del doctor Anatoly Koryagiri).
Comité sobre el sistema judicial, Audiencias ante el Subcomité para investigar la aplicación de la ley de Seguridad interior y otras leyes del mismo tipo del Comité sobre el sistema judicial, Cámara del Senado de Estados Unidos, Congreso 92, Primera Sesión, 1 de febrero de 1973 (Testimonio de Avraham Shifrin).
Comité sobre actividades antiestadounidenses, Cámara de Representantes de Estados Unidos, Congreso 82, Segunda Sesión, 4 de abril de 1960 (Testimonio de Adam Galinski).
CONQUEST, Robert, *The Great Terror: A Reassessment*, Londres, 1992.
—, *Harvest of Sorrow*, Londres, 1988.
—, *Kolyma: The Arctic Death Camps*, Nueva York, 1978.
—, *The Soviet Deportation of Nationalities*, Londres, 1960.
—, *Stalin: Breaker of Nations*, Londres, 1993.
COURTOIS, Stephane, *et al*., eds., *The Black Book of Communism*, traducción de Jonathan Murphy, Cambridge, 1999.
CRAVERI, Marta, «Krizis Gulaga: Kengirskoe vosstanie 1954 goda v dokumentaj MVD», *Cahiers du Monde Russe*, XXXVI (3), (julio-septiembre de 1995), pp. 319-344.
CRAVERI, Marta, y Oleg Jlevnyuk, «Krizis ekonomiki MVD (Konets 1940x-1950-e gody)», *Cahiers du Monde Russe*, XXXVI (1-2), (enero-junio de 1955), pp. 179-190.
DAGOR, K., «Magadan», *Sovietland*, n.º 4 (abril de 1939).
DALLIN, Alexander, y F. L. Firsov, eds., *Dmitrov and Stalin: 1934-1943*, *Letters from the Soviet Archives*, New Haven y Londres, 2000.
DALLIN, David, y Boris Nicolaevsky, *Forced Labour in Soviet Russia*, Londres, 1948.
DAWIDOWICZ, Lucy, *The War against the Jews*, *1933-1945*, Londres, 1990.
Dekrety sovetskoi vlasti, Moscú, 1957.
DEUTSCHER, Isaac, *Stalin: A Political Biography*, Londres, 1949.
DOBROVOLSKI, Aleksandr, «Mertvaya doroga», *Otechestvo*, vol. V (1994), pp. 193-210.
DOBROVOLSKI, I. V., ed., *Gulag: ego stroiteli*, *obitateli*, *i geroi*, Moscú, 1998.
DOLOI, Yuri, *Krasnv terror na severe*, Arjánguelsk, 1993.
DOROFEEV, Oleg, «Kuzina Gitlera», *Novaya Izvestiya* (3 de abril de 1998), p. 7.
DRYAJLITSIN, Dmitri, «Periodicheskaya pechat Arjipelaga», *Sever*, vol. 9 (1990).
DUGIN, Aleksandr, «Gulag Glazami Histórica», *Soyuz* (9 de febrero de 1990), p. 16.
—, «Stalinizm, Legendy and Fakty», *Slovo*, n.º 7 (1990), p. 40.
DUGUET, Raymond, *Un Bagne en Russie Rouge*, París, 1927.
EBON, Martin, *The Andropov File*, Nueva York, 1983.
Ekonomika Gulaga i ego rol v razvitii strany, *1930-e gody: sbornik dokumentov*, Rossiiskaya Akademya Nauk, Moscú, 1998.
ELANTSEVA, O. P., «Kto i kak stroil BAM v 30-e gody», *Otechestvennye Arjivy*, n.º 5 (1992), pp. 71-81.
ELLETSON, Howard, *The General Against the Kremlin: Alexander Lebed*, *Power and Illusion*, Londres,

1998.
FAINSOD, Merle, *How Russia Is Ruled*, Cambridge, 1962
FIGES, Orlando, *A People's Tragedy The Russian Revolution*, *1891-1924*, Londres, 1996.
FILENE, Peter, ed., *American Views of Soviet Russia*, Homewood, Ill., 1968.
FIRESIDE, Harvey, *Soviet Psychoprisons*, Nueva York y Londres, 1979.
FITZPATRICK, Sheila, *Everyday Stalinism*, Nueva York, 1999.
—, *Stalin's Peasants: Resistance and Survival in the Russian Village After Collectivization*, Nueva York, 1994.
FOUCAULT, Michel, *Discipline and Punish: The Birth of the Prison*, traducción de Alan Sheridan, Nueva York, 1978. (Hay trad. cast.: *Vigilar y castigar: nacimiento de la prisión*, Madrid, Siglo XXI, 2000).
GELB, Michael, «Karelian Fever: The Finnish Immigrant Community During Stalin's Purges», *Europe-Asia Studies* 45, n.º 6 (1993), pp. 1091-1116.
GELLER, Mijaíl, *Kontsentratsionny mir i sovetskaya literatura*, Londres, 1974.
Genrij Yagoda: Narkom Vnutrennij Del SSR, *generalnyi komissar gosudarstvennoi bezopasnosti: sbomik dokumentov*, Kazán, 1997.
GETTY, J. Arch, *Origins of the Great Purges*, Cambridge, 1985.
GETTY, J. Arch, y Roberta Manning, eds., *Stalinist Terror: New Perspectives*, Cambridge, 1993.
GETTY, J. Arch, y Oleg Naumov, eds., *The Road to Terror: Stalin and the Self Destruction of the Bolsheviks*, *1932-1939*, New Haven y Londres, 1999.
GETTY, J. Arch, Gabor T. Ritterspoon y Viktor Zemskov, «Victims of the Soviet Penal System in the Pre-war Years», *American Historical Review* (octubre de 1993).
GILBERT, Martin, *The Holocaust: The Jewish Tragedy*, Londres, 1978.
GIZEJEWSKA, Malgorzata, *Polacy na Kotymie: 1940-1943*, Varsovia, 1997.
GLOWACKI, Albin, *Sowieci Wobec Polaków: Na Ziemach Wschodnich II Rzeczpospolitej, 1939-1941*, Lodz, 1998.
GOLDHAGEN, Daniel, *Hitler's Willing Executioners*, Nueva York, 1996.
GOLOVANOV, Yaroslav, «Katastrofa», *Znamya*, (enero de 1990), pp. 107-150; también (febrero de 1990), pp. 104-149.
GORKI, Máximo, ed., *Belomor* [*Kanal imeni Stalina*], Nueva York, 1935.
GROSS, Jan Tomasz, *Revolution from Abroad: The Soviet Conquest of Poland's Western Ukraine and Western Beloruissa*, Princeton, 1988.
GURIANOV, Aleksandr, ed., *Repressii protiv polyakov i polskij grazhdan*, Moscú, 1997.
GURIANOV, Aleksandr, Aleksandr Kokurin y Krzyztof Popi-ski, eds., *Drogi Smierci*, Varsovia, 1995.
HARRIS, James R., «Growth of the Gulag: Forced Labour in the Urals Region, 1929-1931», *The Russian Review*, n.º 56 (abril de 1997), pp. 265-280.
HILL, Christopher, ed. (for Amnesty International), *Rights and Wrongs: Some Essays on Human Rights*, Londres, 1969.
HOCHSCHILD, Adam, *The Unquiet Ghost: Russians Remember Stalin*, Nueva York, 1994.
HOPKINS, Mark, *Russia's Underground Press*, Nueva York, 1983.
HOSKING, Geoffrey, ed., *The Road to Post-Communism: Independent Political Movements in the Soviet Union*, *1985-1991*, Londres, 1992.
HOSKING, Geoffrey, *Russia: People and Empire, 1552-1917*, Londres, 1997.
Inside Soviet Slave Labor Camps, *1939-1942: An Analysis of Written Statements by 9, 200 Former Prisoners*, Washington, D. C., 1952
IOFFE, Veniamin, «FSB: delo i slovo», *Novye étyudy ob optimizme*, San Petersburgo, Memorial, 1995, pp. 120-161.
Istoriya otechestva v dokumentaj, *Volume 2: 1921-1939*, Moscú, 1994.

IVANOVA, Galina M., *Labor Camp Socialism*, traducción de Carol Flath, Armonk, Nueva York, y Londres, 2000.
—, «Poslevoennye repressii i GULAG», *Stalin i jolodnaya voina'*, Moscú, 1998, pp. 245-273.
IVNITSKII, N. A., *Kolkktillizatsiya i raskulachillanie, nachalo 30-j gg*, Moscú, 1996.
IWANOW, Mikotaj, *Pierwszy Naród Ukarany*, Varsovia y Wroclaw, 1991.
JAKOBSON, Michael, *Origins of the Gulag: The Soviet Prison Camp System, 1917-1934*, Lexington, Ky., 1993.
JANSEN, Marc, y Nikita Petrov, «Stalin's Loyal Executioner: People's Commissar Nikolai Yezov», Stanford, Ca., 2000.
JOHNSON, Paul, *The Intellectuals*, Londres, 1988.
KACZYNSKA, Elzbieta, *Syberia: Naiwieksze Wiezienie Swiata (1815-1914)*, Varsovia, 1991.
KAISER, Robert, *Why Gorbachev Happened*, Nueva York, 1991.
KALBARCZYK, Stawomir, *Wykaz Lagrow Sowieckich*, Varsovia, 1997.
KANEVA, A. N., «Ujtpechlag, 1929-1938», *Zvenya*, vol. I, Moscú (1991), pp. 331-354.
KAPUSCINSKI, Ryszard, *Imperium*, Londres, 1994.
KARLOV, S. V., y V. N. Tuguzhekova, *Repressii v Jakasii*, Abakan, 1998.
Karta (revista histórica), vols. 1-31, Varsovia, 1991-2001.
KENNAN, George, *Siberia and the Exile System*, Londres, 1891.
KERBER, L. L., *Stalin's Aviation Gulag*, Washington, D. C., y Londres, 1996.
JETSO, Geir, *Maksim Gorkii: sudba pisatelya*, Moscú, 1997.
JLEVNYUK, Oleg, «L. P. Berya: predely istoricheskoi "reabilitatsii"», en G. A. Bordyugov, ed., *Istoricheskie isskdovaniya v Rossii. Tendentsii poslednii let*, Moscú, 1996, pp. 139-154.
—, *1937: Stalin, NKVD I Sovetskoye Obshesvlo*, Moscú, 1992.
—, «Prinuditelnyi Trud v Ekonomike SSSR: 1929-1941 gody», *Svobodnaya Mysl*, n.º 13 (1992), pp. 73-84.
KLEHR, Harvey, John Earl Haynes y Kyrill Anderson, eds., *The Soviet World of American Communism*, New Haven y Londres, 1998.
KLEHR, Harvey, John Earl Haynes y Fridrickh Firsov, *The Secret World of American Communism*, New Haven y Londres, 1995.
KLIMOVICH, Rygor, *Knets Gorlaga*, Minsk, 1999.
KNIGHT, Amy, *Beria: Stalin's First Lieutenant*, Princeton, 1993.
—, «The Truth about Wallenberg», *The New York Review of Books*, vol. XLVIII, n.º 14 (20 de septiembre de 2001), pp. 47-50.
—, *Who Killed Kirov*?, Nueva York, 1999.
KOESTLER, Arthur, *Darkness at Noon*, traducción de Daphne Ardí, Nueva York, 1941.
KOKURIN, Aleksandr, «Gulag: struktura i kadry», una serie de artículos que aparecieron en *Svobodnaya Mysl*, de 1997 a 2002. De 1997 (artículo 1), el coautor fue Nikita Petrov; de 2000 (artículo 10) el coautor fue Yuri Morukov.
KOKURIN, Aleksandr, «Osoboe tejnicheskoe byuro NKVD SSSR», *Istoricheskii Arjiv*, n.º 1 (1999), pp. 85-99.
—, «Vosstanie v Steplage», *Otechesvlennye Arkhiv*, n.º 4 (1994), pp. 33-82.
KOKURIN, Aleksandr, y Yuri Morukov, «Tunnel pod Tatarskim prolivom: neosushchestvlennyi proekt», *Istoricheskii Arjiv*, n.º 6 (junio de 2001), pp. 41-78.
KOKURIN, Aleksandr, y Nikita Petrov, *Gulag, 1917-1960: dokumenty*, Moscú, 2000.
—, *Lubyanka: spravochnik*, Moscú, 1997.
Komi trary: sbomik statei molodyj istorikoll, Moscú, 1996.
KOSYK, Volodymyr, *Concentration Camps in the USSR*, Londres, 1962.
KOTEK, Joel, y Pierre Rigoulot, *Le Siècle des camps*, París, 2001.

KOTKIN, Stephen, *Magnetic Mountain*, Berkeley, Ca., 1995.
KOZLOV, A. G., *Oani Lagernoi ramov*, Magadán, 1992.
—, «Sevvostlag NKVD SSSR: 1937-1941», *Istoricheskie issledovaniya na severe dolnevo vostoka*, Magadán, 2000.
KRASIKOV, N., «Solovki», *Izvestiya*, n.º 236 (2271), 15 de octubre de 1924.
KRASILNIKOV, S. A., «Rozhdenie Gulaga: diskusii v verjnij eshelonaj vlasti», *Istoricheskii Arjiv*, n.º 4 (julio-agosto de 1997), pp. 42-56.
KRASILNIKOV, S. A., *et al*., eds., *Spetspereselentsy v zapadnoi Sibiri*, *1930 g. -vesna 1931 g*., Novosibirsk, 1992.
—, *Spetspereseientsv v zapadnoi Sibiri*, *vesna 1931 g. -nachalo 1933 g*., Novosibirsk, 1993.
—, *Spetspereselentsy v Zapadnoi Sibiri*, *1933-1938*, Novosibirsk, 1996.
KRUGLOV, A. K., *Kak sozdovalas atomnaya promyshlennost v SSSR*, Moscú, 1995.
KUCHIN, S. P., *Istoriya goroda Krasnoyarsk-26: «Granitnyi iz 505»*, Krasnoyarsk-26, Munitsipalnaya Organizatsiya Kultury g. Krasnoyarsk-26: Muzeino-Vystavochnyi Tsentr, 1994.
—, *Polyamkii ITL*, Zheleznogorsk (Krasnoyarsk-26), Muzeino-Vystavochnyi Tsentr g., Zheleznogorska, 1999.
KULIKOV, K. I., *Delo SOFIN*, Izhevsk, 1997.
KUZMINA, Marina, *Ya pomnyu tot vanimkii port*, Komsomolsk-na-Amure, 2001.
KUZNETSOV, S. I., «The Situation of Japanese Prisoners of War in Soviet Camps (1945-1956)», *Journal of Slavic Military Studies*, vol. 8, n.º 3, pp. 613-618.
LEBEDEVA, Natalya, *Katyn: Prestuplenie protiv chelovechestva*, Moscú, 1994.
LEDENEVA, Alena, *Russia's Economy of Favors: Blat, Networking and Informal Exchange*, Cambridge, 1998.
LEGGETT, George, *The Cheka: Lenin's Political Police*, Oxford, 1981.
Letters from Russian Prisons, International Committee for Political Prisoners, Nueva York, 1925.
Levye ésery i VChK: sbornik dokumentov, Kazán, 1996.
LIEVEN, Anatol, *The Baltic Revolution*, New Haven y Londres, 1993.
—, *Chechnya: Tombstone of Russian Power*, New Haven y Londres, 1998.
LIH, Lars, Oleg Naumov y Oleg Jlevnyuk, eds., *Stalin's Letters to Molotov*, New Haven y Londres, 1995.
LIN, George, «Fighting in Vain: NKVD RSFSR in the 1920s», tesis doctoral, Stanford University, 1997.
LIPSHITS, Evgeniya, *Dokumentalny urode XX vek*, Tel Aviv, 1997.
LITVINOV, Pavel, *The Demonstration in Pushkin Square*, traducción de Manya Harari, Londres, 1969.
—, *The Trial of the Four: The Case of Galamkov, Ginzburg, Dobrovolsky and Lashkova*, traducción de Janis Sapiets, Hilary Sternberg y Daniel Weissbort, edición a cargo de Peter Reddaway, Nueva York, 1972.
MACQUEEN, Angus, «Survivors», *Granta* 64 (invierno de 1998), pp. 38-53.
MAKSHEEVA, V. N., ed, *Narymskaya jronika*, *1930-1945*, Moscú, 1997.
MAKUROV, V. G., *Gulag v Karelii: sbornik dokumentov i materialov*, *1930-1941*, Petrozavodsk, 1992.
MALIA, Martin, «Judging Nazism and Communism», *The Nacional Interest*, n.º 64 (otoño de 2002), pp. 63-78.
MARTIN, Terry, *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalism in the USSR*, Ithaca, Nueva York, 2001.
—, «Stalinist Forced Relocation Policies: Patterns, Causes and Consequences», *Demography and National Security*, Myron Weiner y Sharon Russell, eds., Nueva York, 2001.
—, «Un'interpretazione contestuale alla luce delle nuove richerche» («The Great Terror: A Contextual Interpretation in Light of New Research»), *Storica*, 18 (2000), pp. 22-37.
MEDVEDEV, Roy, *Let History Judge*, traducción de Colleen Taylor, Nueva York, 1972.

MELGUNOV, Sergei, *The Red Terror in Russia*, Londres y Toronto, 1926.
MELNIK, A., y A. Soshina, «Zayavleniya politzaklyuchennyj Petrominska i Solovkov», *Zvenya*, vol. I (Moscú, 1991), pp. 245-251.
MELNIK, A., A. Soshina, I. Reznikova y A. Reznikov, «Materialy k histórico-geograficheskomu atlasu Solovkov», *Zvenya*, vol. I (Moscú, 1991), pp. 303-330.
Memorialne kladbishche Sandormoj: 1937, 27 Oktyabrya-4 Novabrya (Solovetskii étap), San Petersburgo, 1997.
MERRIDALE, Catherine, *Night of Stone: Death and Memory in Russia*, Londres, 2000.
Minuvshee, una serie de antologías de historia, publicadas primero en París, después en Moscú, desde finales de los años ochenta hasta los años noventa.
MISIUNAS, Romuald, y Rein Taagepera, *The Baltic States: Years of Dependence: 1940-1990*, Berkeley y Los Ángeles, 1993.
MITIN, V. A., «Vaigachskaya ékspeditsiya (1930-1936 gg.)», *Gulag na severe i ego posledstviya*, Arjangelskaya Oblastnaya Organizatsiya Sovest, 1992.
MORA, Sylwester (S. Starzewski), y Piotr Zwierniak (Kazimierz Zamorski), *Sprawiedliwosc Sowiecka*, Roma, 1945.
MOROZOV, N. A., *GULAG v Komi krae, 1929-1956*, Siktivkar, 1997.
—, *Osobye lagerya MVD SSSR v Komi ASSR (1948-1954 g*), Siktivkar, 1998.
MOROZOV, N. A., y M. B. Rogachev, «Gulag v Komi ASSR», *Otechestvennye Arjivy*, n.º 2 (1995), pp. 182-187.
MOSKOFF, William, *The Bread of Affliction: The Food Supply in the USSR During World War II*, Cambridge, 1990.
MOYNAHAN, Brian, *The Russian Century*, Nueva York, 1994.
NAIMARK, Norman, *Fires of Hatred Ethnic Cleansing in Twentieth-Century Europe*, Cambridge y Londres, 2001.
—, *The Russians in Germany*, Cambridge, 1995.
NAUMOV, V., y Joshua Rubinstein, eds., *Stalin's Secret Pogrom*, New Haven y Londres, 2001.
NAUMOV, V., e Y. Sigachev, eds., *Lavrentii Beriya, 1953: dokumenty*, Moscú, 1999.
NERLER, P., «S Gurboi i gurom: jronika poslednego goda zhizni O. E. Mandelshtama», *Minuvshee*, vol. 8 (1992).
NEVSKII, G. V., *et al*., eds., *Pokayanie: martirolog*, vols. 1-3, Siktivkar, 1998.
NOGTEV, A., «Solovki», *Ekran*, n.º 2, 39 (1926), pp. 4-5.
—, «USLON: ego istorii, tseli i zadachi» *Solovetskie Ostrova*, n. os 2-3 (febrero-marzo de 1930).
NORDLANDER, David, «Capital of the Gulag: Magadan in the Early Stalin Era, 1929-1941», tesis doctoral, Universidad de Carolina del Norte, Chapel Hill, 1997.
—, «Magadan and the Evolution of the Dalstroi Bosses in the 1930», *Cahiers du Monde Russe*, 4212-4 (abril-diciembre de 2001), pp. 649-665.
—, «Origins of a Gulag Capital: Magadan and Stalinist Control in the Early 1930s», *Slavic Review*, 57, n.º 4 (invierno de 1998), pp. 791-812.
«Not Part of My Sentence: Violations of the Human Rights of Women in Custody», informe de Amnistía Internacional, Amnesty International USA, XX, 1999.
Obozy Koncentracyjne OGPU w ZSRR, Varsovia, 1998.
OGAWA, Haruhisa y Benjamin H. Yoon, *Voices from the North Korean Gulag*, Seúl, 1998.
OJOTIN, N. G., y A. B. Roginski, eds., *Sistema ispravitelno-trudovyj lagerei v SSSR, 1923-1960: spravochnik*, Moscú, 1998.
OLHOVYCH, Orest, ed., *An Interview with Political Prisoners in a Soviet Perm Camp*, traducción de Taras Drozd, Baltimore, 1975.

Organy Gosudarstvennoi Bezopasnosti SSSR v Velikoi Otechestvennoi Voine: sbornik dokumentov, tom I: Nakanune, Moscú, 1995.
OSIPOVA, Irina, *Jotelos by vsej poimenno nazvatz*, Moscú, 1993.
OVERY, Richard, *Russia's War*, Londres, 1997.
PACZKOWSKI, Andrzej, ed., *Powrót Zolnierzy AK z Sowieckich Lagrów*, Varsovia, 1995.
Pamiat, una serie de antologías históricas, publicadas desde finales de los años setenta en Estados Unidos y París.
PAPKOV, S. A., «Lagernaya sistema i prinuditelnyi trud v Sibirii i na Dalnem Vostoke v 1929-1941 g.», *Vozvrashchenie Pamyati*, vol. III, pp. 40-57.
PARRISH, Michael, *The Lesser Terror: Soviet State Security, 1930-1953*, Westport, Ct. y Londres, 1996.
PAYNE, Matthew, *Stalin's Railroad: Turksib and the Building of Socialism*, Pittsburgh, 2001.
PETROV, Nikita, «Cekisti e il secondino: due diversi destini», *Nazismo, Fascismo e Comunismo*, Milán, 1998, pp. 45-64.
—, «Polska Operacja NKWD», *Karta*, 11 (1993), pp. 24-43.
PETROV, Nikita, y K. V. Skorkin, eds., *Klo rukovodil NKVD: 1934-1941*, Moscú, 1999.
PIESAKOWSKI, Tomasz, *The Fate of Poles in the USSR, 1939-1989*, Londres, 1990.
PIJOYA, R. G., *Sovetskii Soyuz: istoriya vlasti, 1945-1991*, Novosibirsk, 2000.
PIJOYA, R. G., *et al*., eds., *Katyn: dokumenty*, Moscú, 1999.
PIPES, Richard, *The Russian Revolution*, Nueva York, 1990.
POHL, J. Otto, «The Deportation and Fate of the Crimean Tartars», trabajo presentado en la 5.ª Convención Mundial Anual de la Asociación para el Estudio de las Nacionalidades, publicado en internet en www.iccrimea.orgijopohl.html.
—, *The Stalinist Penal System*, Jefferson, N. C., y Londres, 1997.
POLESHCHIKOV, V. M., *Za semyu pechatyami*, Siktivkar, 1995.
POLYAN, Pavel, *Ne po svoei vole: istoriva i geografiva prinuditelnyj migratsii v SSSR*, Moscú, 2001.
POPOV, V. P., «Neizvestnaya initsiativa Jrushcheva (O podgotovke ukaza 1948 g. o vyselenii krestyan», *Otechestvennye Arjivy*, n.º 2 (1993), pp. 31-38.
POPOVA, T. U., *Sudba: rodnyj L. Martova v Rossii pasle 1917 goda*, Moscú, 1996.
«Posetiteli kabineta I. V. Stalina», *Istoricheskii Arjiv*, n.º 4 (1998), p. 180.
Prisoners of Conscience in the USSR: Their Treatment and Conditions, Informe de Amnistía Internacional, 1975.
RAIZMAN, D., *Maldyak v zhizni koroieva*, Magadán, 1999.
RAPOPORT, Yakov, The Doctors' Plot: Stalin's Last Crime, Londres, 1991.
REAGAN, Ronald, *An American Life*, Nueva York, 1990.
REAVEY, George, ed. y trad., *The New Russian Poets, 1953-1968*, Londres y Boston, 1981.
REDDAWAY, Meter, y Sidney Bloch, *Psychiatric Terror: How Soviet Psychiatry Is Used to Suppress Dissent*, Nueva York, 1977.
REDDAWAY, Peter, «Dissent in the Soviet Union», *Problems of Communism*, 32/ 6 (noviembre-diciembre de 1983), pp. 1-15.
—, *The Forced Labour Camps in the USSR Today: An Unrecognized Example of Modern Inhumanity*, Comité Internacional para la Defensa de los Derechos Humanos en la URSS, 1973.
—, *Uncensored Russia: Protest and Dissent in the Soviet Union*, Nueva York, 1972.
REMNICK, David, *Lenin's Tomb*, Nueva York, 1994.
REVEL, Jean-François, *The Totalitarian Temptation*, traducción de D. Hapgood, Londres, 1977.
REZNIKOVA, Irina, *Pravoslavie na Solovkaj*, San Petersburgo, 1994.
RIGOULOT, Pierre, *Des Français au Goulag, 1917-1984*, París, 1984.
—, *Les Paupières Lourdes*, París, 1991.

ROGOVIN, Vadim, *1937*, Moscú, 1996.
ROSSI, Jacques, *The Gulag Handbook*, traducción de William Burhans, Nueva York, 1989.
ROTHBERG, Abraham, *The Heirs of Stalin: Dissidence and the Soviet Regime*, *1953-1970*, Ithaca, Nueva York y Londres, 1972.
ROUSSET, David, *Police-State Methods in the Soviet Union*, Comisión Internacional contra los Campos de Trabajos Forzados, Boston, 1953.
ROZANOV, Mijaíl, *Solovetskii Kontslager v monastire*, Moscú, 1979.
RUBINSTEIN, Joshua, *Soviet Dissidents*, Boston, 1980.
RUUD, Charles y Sergei Stepanov, *Fontanka 16:The Tsar's Secret Police*, Montreal, 1999.
SABBO, Hilda, ed., *Voimatu Vaikida/Nevozmozhno Molchat*, Tallinn, 1996.
SAUNDERS, Kate, *Eighteen Lovers of Hell*, Nueva York, 1966.
Sbornik zakonodatelnyj i normativnyj aktov o repressivaj i reabilitatsii zhertv politicheskij repressii, Verjovnyr Sovet Rossiiskoi Federatsii, Moscú, 1993.
SCAMMELL, Michael, *Solzhenitsyn: A Biography*, Nueva York y Londres, 1984.
SCAMMELL, Michael, ed., *The Solzhenitsyn Files*, Chicago, 1995.
SERENY, Gita, *Into That Darkness*, Londres, 1974.
SERGE, Victor, *Russia Twenty Years After*, traducción de Max Shactman, Nueva Jersey, 1996.
SERGEEV, I. N., *Tsariesyno, Sujanovo: lyudi, sobytiya, fakty*, Moscú, 1998.
SERVICE, Robert, *A History of Twentieth-Century Russia*, Londres, 1997.
—, *Lenin: A Biography*, Londres, 2000.
SETON-WATSON, Hugh, *The Russian Empire*, *1801-1917*, Oxford, 1990.
SHENTALINSKY, Vitaly, *The KGB's Literary Archive*, traducción de John Crowfoot, Londres, 1993.
SHERBAKOVA, I. L., ed., *Nakazannyi narod: repressii protiv rossiiskij nemtsev*, Moscú, 1999.
SHMIROV, Victor, «Lager kak model Realnosti», discurso pronunciado en la conferencia «Sudba Rossii v kontekste mirovoi istorii dvadtsatogo veka», Moscú, 17 de octubre de 1999.
SILVESTER, Christopher, ed., *The Penguin Book of Interviews*, Londres, 1993.
Slave Labor in Russia, American Federation of Labor [Federación de Trabajadores de Estados Unidos], extractos del informe del Comité de Relaciones de Trabajo Internacionales de la 66.ª convención de la Federación de Trabajadores de Estados Unidos, San Francisco, Ca, 6-16 de octubre de 1947.
Slovar tyuremno-lagerno-blatnogo zhargona, Moscú, 1992.
SMITH, Kathleen, *Remember Stalin's Victims*, Ithaca, Nueva York, 1996.
SOBOLEV, S. A., *et al*., *Lubyanka*, 2, Moscú, 1999.
Sobranie dokumentov samizdata, Comité de Radio Libertad, Munich, Alemania (LOC).
SOFSKY, Wolfgang, *The Order of Terror: The Concentration Camp*, traducción de William Templer, Princeton, 1997.
SOINA, E. G., *K istorii pobega Solovetskij uznikov v Finlyandiyu: novye materialy*, manuscrito inédito.
SOLOMON, Peter, *Soviet Criminal Justice Under Stalin*, Cambridge, 1996.
Stalin's Slave Camps, Bruselas, Confederación Internacional de Sindicatos Libres, 1951.
STEPHAN, John, *The Russian Far East: A History*, Stanford, 1994.
—, *Sakhalin: A History*, Oxford, 1971
STRODS, Dr. Heinrich, «The USSR MGB's Top Secret Operation "Pirboi"», Riga, Museo de la Ocupación de Letonia. Originalmente publicado en *Genocidas ir rezistencija*, n.º 2 (1997), pp. 66-76.
SUTHERLAND, Christine, *The Princess of Siberia*, Londres, 1985.
SWORD, Keith, *Deportation and Exile: Poles in the Soviet Union, 1939-48*, Nueva York, 1994.
Teatr Gulaga, Moscú, 1995.
THOMAS, D. M., *Alexander Solzhenitsyn: A Century in His Life*, Londres, 1998.
THURSTON, Robert, *Life and Terror in Stalin's Russia, 1934-1941*, New Haven y Londres, 1996.

TODOROV, Tzvetan, *Facing the Extreme*, traducción de Arthur Denner y Abigail Pollak, Nueva York, 1996.
—, *Voices from the Gulag*, traducción de Robert Zaretsky, University Park, Pa., 1999.
TOKES, Rudolf, *Dissent in the USSR*, Baltimore, 1975.
TOLCZYK, Dariusz, *See No Evil: Literary Cover-Ups and Discoveries of the Soviet Camp Experience*, New Haven y Londres, 1999.
TOLSTÓI, Nikolái, *Stalin's Secret War*, Nueva York, 1981.
—, *Victims of Yalta*, Nueva York, 1977.
TSIGANKOV, Anatoli, ed., *Ij nazvali KR*, Petrozavodsk, 1992.
TUCKER, Robert, *Stalin as a Revolutionary: 1879-1929*, Nueva York, 1973.
—, *Stalin in Power: The Revolution from Above*, Nueva York, 1990.
TUGUZHEKOVA, V. N., y S. V. Karlov, eds, *Repressii v Jakasii*, Abakan, 1998.
UIMANOV, V. N., ed., *Repressii: kak eta byla*, Tomsk, 1999.
USSR: Human Rights in a Time of Change, Publicaciones de Amnistía Internacional, octubre de 1989.
«USSR Labor Camps», Hearings before the Subcommittee to investigate the Administration of the Internal Security Act and other Internal Security Laws of the Committee on the Judiciary, U. S. Senate, Ninety-third Congress, First Session, February I, 1973.
VARESE, Frederico, *The Russian Mafia*, Oxford, 2001.
VIDAL, Gore, *The Last Empire*, Londres, 2002.
VILENSKI, Simeón, ed., *Soprotivlenia v Gulage*, Moscú, 1992.
VIOLA, Lynne, «The Role of the OGPU in Dekulakization, Mass Deportations, and Special Resettlement in 1930», *Carl Beck Papers in Russian and East European Studies*, n.º 406 (2000).
Vlast i obshchestvo v SSSR: politika repressii (20-40-e gg.), Moscú, 1999.
VOLKOGONOV, Dmitri, *Lenin: Life and Legacy*, traducción de Harold Shukman, Londres, 1994.
—, *Stalin: Triumph and Tragedy*, traducción de Harold Shukman, Londres, 1991.
—, *Trotsky: The Eternal Revolutionary*, traducción de Harold Shukman, Londres, 1996.
Vostochnaya Evropa v dokumentaj rossiiskij archivov, *1944-1953: tom I*, *1944-48* (colección de documentos publicados por el Instituto para los Estudios Eslavos y Balcánicos), Moscú y Novosibirsk, 1997.
Voztlrashchenie k pravde (colección de documentos de los archivos de Tver) Tver, Arjivnyi Otdel Administratsii Tverskoi Oblasti, Tverskoi Tsentr Dokumentatsii Noveishii Istorii, 1995.
Vozvrashchenie pamyati, vols. I-III (antología histórica), Novosibirsk Memorial, Novosibirsk, 1991, 1994, 1997.
WALKER, Martin, *The Waking Giant: The Soviet Union Under Gorbachev*, Londres, 1986
WALLACE, Henry, *Soviet Asia Mission*, Nueva York, 1946.
WEBB, Sidney y Beatrice, *Soviet Communism: A New Civilisation*?, Londres, 1936.
WEINER, Amir, *Making Sense of War*, Princeton, Nueva Jersey y Oxford, 2001.
—, «Nature, Nurture and Memory in a Socialist Utopia: Delineating the Soviet Socio-Ethnic Body in the Age of Socialism», *The American Historical Review*, vol. 104, n.º 4 (octubre de 1999), pp. 1121-1136.
WERTH, Nicolas, *Les Proces de Moscou*, Bruselas, 1987.
—, *Rapports Secrets Sovietiques*, *1921-1991*, París, 1994.
YURASOVA, D., «Reabilitatsionnoe opredelenie po delu rabotnikov Gulaza», *Zvenya*, vol. I, Moscú, pp. 389-399.
ZAGORULKO, M. M., ed., *Voennoglennye v SSSR: 1939-1956*, Moscú, 2000.
ZARON, Piotr, *Ludnosc Polska w Zwiazku Radzieckim w Czasie II Wojny Swiatowej*, Varsovia, 1990.
ZEMSKOV, V. N., «Arjipelag Gulag: glazami pisatelya i statistika», *Argumenty i Fakty*, n.º 45 (1989).
—, «Gulag (istorico-sotsiologicheskii aspekt)», *Sotsiologicheskie Issledovaniya*, n.º 6 (1991), pp. 4-6.

—, «Spetsposelentsy (po documentam NKVD-MVD-SSSR)», *Sotsiologicheskie Issledovaniya*, n.º 11 (1990), pp. 3-17.
—, «Sudba Kulatskoi ssylki (1934-1954 gg)», *Otechestvennaya Istoriya*, 1 (1994), pp. 118-147.
—, «Zaklyuchennie v 1930-e gody: sotsialno-demogralicheskie problema», *Otechestvennaya Istoriya*, n.º 4 (julio-agosto de 1997).
ZUBKOVA, Elena, *Russia After the War: Hopes, Illusions and Disappointments, 1945-1957*, traducción de Hugh Ragsdale, Armonk, Nueva York, 1998.
Zvenya (antología histórica), vol. I, Moscú, 1991.

ARCHIVOS

AKB – Biblioteca de Folklore Local de Arjánguelsk, Arjánguelsk.
APRF – Archivo de la Presidencia de la Federación Rusa, Moscú.
GAOPDFRK – Archivo Estatal de Movimientos Socio-Políticos y la Formación de la República de Carelia (antiguos archivos del Partido Comunista), Petrozavodsk.
GARF – Archivo Estatal de la Federación Rusa, Moscú.
HOOVER – Institución Hoover sobre la Guerra, la Revolución y la Paz, Stanford, California, Estados Unidos.
IKM – Colecciones del Museo de Folklore Local de Iskitim, Iskitim InfoRuss – Colección documental de Vladimir Bukovsky. [http://psi.ece.jhu.edu/-kaplan/IRUSS/BUK/GBARC/buk.html].
KARTA – La Sociedad Karta, Varsovia.
KEDROVYI SHOR – Archivos del *lagpunkt* de Kedrovyi Shor, Intlag, en la colección de la autora.
KOMI MEMORIA – Archivo de la Sociedad Memoria, Siktivkar.
LOC – Biblioteca del Congreso, Washington, D. C.
MEMORIA - Archivo de la Sociedad Memoria, Moscú.
ML – Biblioteca Marylebone, Colección de Documentos de Amnistía Internacional, Londres.
NARK – Archivos Nacionales de la República de Carelia, Petrozavodsk.
RGASPI – Archivo Estatal de Historia Social y Política de Rusia, Moscú.
RGVA – Archivo Militar Estatal de Rusia, Moscú.
SAN PETERSBURGO MEMORIAL - Archivos de la Sociedad Memoria, San Petersburgo.
SKM – Colecciones del Museo de Folklore Local de Solovki, Archipiélago de Solovki.
TSJIDK – Centro para la Preservación de Colecciones de Documentos Históricos, Moscú.
VKM – Colecciones del Museo de Folklore Local de Vorkutá, Vorkutá.

ENTREVISTAS

Anónimo, ex director de un orfanato de campo (Moscú, 24 de julio de 2001).
Anna Andreieva (Moscú, 28 de mayo de 1999).
Anton Antonov-Ovseenko (Moscú, 4 de noviembre de 1998).
Irena Arguinskaya (Moscú, 24 de mayo de 1998).
Olga Astafieva (Moscú, 4 de noviembre de 1998).
David Berdzenishvili (Moscú, 2 de marzo de 1999).
Viktor Bulgakov (Moscú, 25 de mayo de 1998).
Zhenya Fedorov (Elektrostal, 29 de mayo de 1999).

Isaak Filshtinski (Peredelkino, 30 de mayo de 1998).
Leonid Finkelstein (Londres, 28 de junio de 1997).
Liudmila Jachatrian (Moscú, 23 de mayo de 1998).
Marlen Korallov (Moscú, 13 de noviembre de 1998).
Natasha Koroleva (Moscú, 25 de julio de 2001).
Paulina Myasnikova (Moscú, 29 de mayo de 1998).
Pavel Negretov (Vorkutá, 15 de julio de 2001).
Susanna Pechora (Moscú, 24 de mayo de 1998).
Ada Purizhinskaya (Moscú, 31 de mayo de 1998).
Alia Shister (Moscú, 14 de noviembre de 1998).
Leonid Sitko (Moscú, 31 de mayo de 1998).
Galina Smirnova (Moscú, 30 de mayo de 1998).
Leonid Trus (Novosibirsk, 28 de febrero de 1999).
Galina Usakova (Moscú, 23 de mayo de 1998).
Olga Vasileeva (Moscú, 17 de noviembre de 1998).
Simeón Vilenski (Moscú, 6 de marzo de 1999).
Danuta Waydenfeld (Londres, 22 de enero de 1998).
Stefan Waydenfeld (Londres, 22 de enero de 1998).
Maria Wyganowska (Londres, 22 de enero de 1998).
Valentina Yurganova (Iskitim, 1 de marzo de 1999).
Yuri Zorin (Arjánguelsk, 13 de septiembre de 1998).

Glosario

La seguridad del Estado

Checa *Chrezvychainaya komissiya* (Comisión Extraordinaria): órgano de la seguridad del Estado durante la guerra civil.
GPU *Gosudarstvennoe politicheskoe upravlenie* (Dirección Política Estatal): órgano de la seguridad del Estado de inicios de los años veinte, sucesora de la Checa.
MGB/KGB *Ministerstvo/Komitet gosudarstvennoe bezopasnosti* (Ministerio del Interior/Comité de Seguridad Estatal): órgano de la seguridad del Estado a cargo de la vigilancia interior y exterior en la posguerra.
MVD *Ministerstvo vnutrennij del* (Ministerio del Interior): órgano de la seguridad del Estado a cargo de las cárceles y campos en la posguerra.
NKVD *Narodnyi komissariat vnutrennij del* (Comisariado del Pueblo del Interior): órgano de la seguridad del Estado durante los años treinta y la Segunda Guerra Mundial, sucesor de la OGPU.
OGPU *Obedinennoe gosudarstvennoe politicheskoe upravlenie* (Dirección Política Estatal Unificada): órgano de la seguridad del Estado a fines de los años veinte y comienzos de los treinta, sucesora de la GPU.
Ojrana policía secreta de los zares.

TÉRMINOS RUSOS E INSTITUCIONES SOVIÉTICAS

balanda: bodrio, sopa clara de la prisión (término coloquial).
banya: baño a vapor.
Barbarroja: invasión de la Unión Soviética ordenada por Hitler; Operación Barbarroja, 22 de junio de 1941.
beskonvoinyi: prisionero que tiene el derecho a viajar entre diferentes divisiones del campo sin escolta de guardias militarizados.
besprizornye: niños de la calle soviéticos. La mayoría eran resultado de la guerra civil, la hambruna y la colectivización.
blatnoi slovo: jerga de los ladrones (véase ***urka***).
bolcheviques: la facción radical del Partido Social Demócrata Obrero de Rusia, que bajo la dirección de Lenin se convirtió en Partido Comunista Ruso en 1918.
bushlat: una chaqueta de manga larga forrada de algodón para prisioneros o trabajadores.
Carelia: la República de Carelia, en el extremo noroccidental de la Unión Soviética, en la frontera con Finlandia.
chifir: té muy fuerte. Cuando es ingerido produce algo parecido a un trance narcótico.
colectivización: política aplicada de 1929 a 1932 de forzar a todos los campesinos a abandonar el sistema de propiedad privada, y reunir todas sus tierras y demás recursos en un único ente colectivo. La colectivización creó las condiciones para la hambruna rural de 1932-1934, y debilitó permanentemente la agricultura soviética.

Comintern: la Tercera Internacional Socialista (Comunista), una organización que agrupaba a los partidos comunistas del mundo, formada en 1919 bajo la dirigencia del Partido Comunista Soviético. La Unión Soviética la liquidó en 1943.

comisario del pueblo: jefe de un comisariado del pueblo, equivalente a ministro.

comité central: el órgano directriz del Partido Comunista de la Unión Soviética. En el lapso transcurrido entre los congresos del partido, se reunía una o dos veces. Cuando no había sesiones, las decisiones las tomaba el Politburó, que técnicamente era un organismo elegido por el comité central.

Consejo de Comisarios del Pueblo (o *Sovnarkom*): teóricamente era el organismo directriz del gobierno, siendo equivalente a un consejo de ministros. En la práctica, estaba subordinado al Politburó.

deshielo: breve período de reforma posterior a la muerte de Stalin. Inaugurado por el discurso de Nikita Jrushchov al XX Congreso del Partido en 1956, e interrumpido efectivamente por su sucesor, Leonid Brézhnev, en 1964.

dezhumaya o ***dnevalnyi***: en el habla corriente, un conserje. En un campo, el hombre o la mujer que permanece en los barracones todo el día limpiando o vigilando que no haya robos.

dojodiaga: alguien al borde de la muerte; habitualmente traducido como «terminal».

Dom Svidanii: literalmente «Casa del encuentro», donde los prisioneros podían recibir la visita de sus parientes.

escorbuto: enfermedad causada por la desnutrición, específicamente la carencia de vitamina C. Entre otras cosas, ocasiona ceguera nocturna y pérdida de la dentadura.

estajanovista: trabajador o campesino que ha superado la cuota de trabajo fijada por la norma. Alude a Alexéi Stájanov, un minero que extrajo 102 toneladas de carbón en vez de la cantidad de siete fijada por norma para un solo turno en agosto de 1935.

étap: transporte de prisioneros.

feldsher: un auxiliar médico, a veces tenía preparación y otras veces no.

glasnost: literalmente «transparencia». Una política de debate público y libertad de palabra lanzada por Mijaíl Gorbachov en los años ochenta.

Gulag: de *Glávnoye Upravlenie Lagueréi* (Dirección Principal Campos), la división de la seguridad del Estado que dirigía los campos de concentración soviéticos.

GUN: *Organizatsiya Ukrainskij Natsionalistov*, la Organización de los Nacionalistas Ucranianos. Guerrilleros de Ucrania occidental que lucharon contra el Ejército Rojo durante y después de la Segunda Guerra Mundial.

Izvestia: el periódico del gobierno soviético.

katorga: término zarista para designar el trabajo forzado. Durante la Segunda Guerra Mundial, el régimen soviético también adoptó la palabra para referirse a los campos de régimen riguroso para los prisioneros de guerra.

Kolimá: el valle del río Kolimá, en el extremo nororiental de Rusia, en la costa pacífica. Allí estuvo uno de los sistemas de campos más grandes de la URSS.

koljós: una granja colectiva. Los campesinos fueron obligados a trabajar en ellas después de que se implementara la política de colectivización en 1929-1931.

koljosnik: habitante de un koljós.

Komi: la República de Komi, la parte nororiental de la Rusia europea, al oeste de los montes Urales. Los komis son los habitantes nativos de la República de Komi y hablan una lengua ugro-finesa.

Komsomol: órgano juvenil del Partido Comunista soviético, para jóvenes de catorce a veintiocho años. Los niños más pequeños pertenecen a los pioneros

kontslager: término ruso que significa campo de concentración.

Kronstadt (rebelión de): un importante levantamiento contra los bolcheviques, dirigido por los marineros de la base naval de Kronstadt en 1921.

kulak: tradicionalmente un campesino rico. En la época soviética llegó a significar cualquier campesino acusado de oponerse a la autoridad soviética o a la política de colectivización. Entre 1930 y 1933, más de dos millones de kulaks fueron arrestados y deportados.

kum: el funcionario del campo encargado de dirigir la red de delatores.

KVCh: *Kulturno-Vospitatelnaya Chost*, el Departamento Cultural-Educativo de cada campo, responsable de la educación política de los prisioneros, así como de actuaciones teatrales y musicales.

lagpunkt: la división más pequeña de un campo.

laogai: campo de concentración chino.

Leningrado/San Petersburgo: la misma ciudad. Fundada en 1712 por Pedro I, San Petersburgo se llamó con el nombre rusificado de Petrogrado en 1914, cuando Rusia entró en guerra con Alemania, y fue denominada Leningrado después de la muerte de Lenin en 1924.

majorka: tabaco rústico fumado por los trabajadores y prisioneros soviéticos.

maloletki: prisioneros menores de edad.

mamka: prisionera, madre de un niño nacido en prisión.

Memoria: sociedad fundada en los años ochenta para numerar, describir y ayudar a las víctimas de Stalin. Actualmente es uno de los grupos más importantes en la defensa de los derechos humanos en Rusia, así como el principal instituto de investigación histórica.

mencheviques: el ala no leninista del Partido Social Demócrata Obrero de Rusia. Después de revolución bolchevique, los mencheviques trataron de convertirse en una oposición legal, pero sus dirigentes fueron enviados al exilio en 1922. Muchos fueron ejecutados o enviados al Gulag posteriormente.

monashki: mujeres religiosas, de diversas creencias. Literalmente «monjas».

nadziratel: guarda de prisión o de campo.

naryadshchik: el empleado del campo encargado de asignar las tareas a los prisioneros.

NEP: *Nóvaya Ekonomícheskaya Polítika* (Nueva Política Económica), la política económica soviética aplicada en 1921 que reinstauró brevemente el capitalismo a pequeña escala (tiendas y comerciantes privados). Lenin la consideraba como una «retirada estratégica», y Stalin la abolió totalmente.

norma: la cuota de trabajo que un prisionero debía realizar en un turno o jornada.

normirovshik: el empleado del campo encargado de establecer la cuota de trabajo para cada tipo de prisionero.

Novyi Mir: revista literaria soviética, la primera que publicó a Solzhenitsin.

NTS: *Narodno-trudovoi Soyúz*, Unión Popular del Trabajo, una agrupación política clandestina que se opuso a Stalin, con ramas en URSS y el exterior.

obshchaya rabota: literalmente «trabajo común». En el campo generalmente significaba el trabajo físico no calificado tal como talar árboles o excavar zanjas.

osoboe soveshchanie: «comisión especial». Comités usados para sentenciar a los prisioneros durante el período de arrestos masivos a fines de los años treinta.

osobye lagerya: «campos de destino especial», fueron establecidos para presos políticos especialmente peligrosos en 1948.

otkazchik: alguien que se niega a trabajar.

otlichnik: trabajador notable.

parasha: cubo que sirve de orinal en la celda de una prisión o en el barracón.

pelagra: enfermedad producida por la desnutrición.

perestroika: un programa (fallido) de reestructuración de la economía soviética, lanzado por Mijaíl Gorbachov en los años ochenta.

Politburó: el buró político del comité central del Partido Comunista. En la práctica, el Politburó era el órgano más importante de la toma de decisiones en la URSS: el Consejo de Comisarios del Pueblo tenía que acatar sus deseos.

Pravda: periódico del Partido Comunista soviético.
pridurok (plural *pridurki*): «reclusos de confianza» que no hacía el «trabajo común», sino que se destinaba a un trabajo más fácil o más especializado.
psikhushka: hospital psiquiátrico para disidentes políticos.
refusenik: judíos soviéticos que habían solicitado emigrar a Israel, pero habían sido rechazados.
rezhim: régimen de la prisión.
samizdat: publicaciones ilegales, clandestinas. Un juego irónico de palabras con «Gosizdat», nombre de la casa editorial oficial.
sharashka: una prisión especial donde científicos y técnicos cautivos realizaban tareas secretas. Creada por Beria en 1938.
SHIZO: de *shtrafnoi izolyatol*; una celda de castigo dentro del campo.
SLON: *Solovetskyi Láger Osóbogo Naznacheniya* (Campos de Destino Especial de Soloviets). Los primeros campos establecidos por la seguridad del Estado en los años veinte.
Social revolucionarios o eseristas: un partido revolucionario ruso, fundado en 1902, que después se escindió en dos grupos, la derecha y la izquierda. Los eseristas de izquierda participaron brevemente en una coalición de gobierno con los bolcheviques, pero después se distanciaron de ellos. Muchos de sus dirigentes fueron posteriormente ejecutados o enviados al Gulag.
soli: literalmente «putas», jerga del campo para los delincuentes comunes que colaboraban con los mandos.
Sovnarkom (o Consejo de Comisarios del Pueblo): teóricamente era el órgano de gobierno ejecutivo, equivalente al consejo de ministros. En la práctica, estaba subordinado al Politburó.
spetslagerya: campos de concentración establecidos por la jefatura militar soviética en la Alemania ocupada a partir de 1945.
sploshnye nary: una tarima larga de madera, sin separaciones, que servía para que durmieran muchos prisioneros a la vez.
starosta: síndico. En las celdas de prisión, los barracones del campo y los trenes, el *starosta* era el encargado de mantener el orden.
stolypinka o **vagón Stolypin**: mote aplicado a un vagón de ferrocarril usado en el transporte de prisioneros, era en realidad un vagón de pasajeros modificado, llamado injustamente así en honor de Pyotr Stolypin, primer ministro del zar de Rusia de 1906 hasta su asesinato en 1911.
taiga: paisaje del norte de Rusia, caracterizado por pinares, anchos ríos, campos abiertos.
tovarich: «camarada», un término de deferencia en la URSS.
troika: ente formado por tres funcionarios soviéticos que, en lugar de un tribunal, condenaba a los prisioneros durante los períodos de arrestos masivos a partir de 1937.
trvdosposobnost: capacidad de trabajo.
tufta: en un campo, un método para burlar la norma que fijaba la cuota de trabajo para conseguir una ración de comida más grande
tundra: paisaje ártico, donde la tierra está permanentemente helada. Solo la superficie se funde brevemente en verano, creando un pantano, y brotan unos cuantos arbustos y pasto, pero no árboles.
udarnik: trabajador o campesino que ha superado la cuota de trabajo fijada por la norma. A partir de 1935, el término «estajanovista» era más común.
urka: delincuente profesional; también llamado *blatnoi* o *vor*.
vagonki: literas de dos plazas en los barracones del campo, para cuatro personas.
vajta: el cuartel principal de la guardia militarizada del campo, situado a la entrada del complejo de campos.
valenki: botas de fieltro.
vlasovistas: seguidores del general Vlasov, que luchó con los nazis contra el Ejército Rojo durante la Segunda Guerra Mundial.
VOJR: de *Vnutrenaya Ojrana Respubliki*, Guardia Interior de la República. Los guardias militarizados en

un campo.
vot: un delincuente profesional; también llamado *urka* o *blatnoi*.
Wehrmacht: fuerzas armadas de Hitler.
zek: de z/k, abreviación de *zaklyuchonnyi*, o prisionero.
zemlianka: una casa o barracones construidos abriendo un hueco en la tierra; un refugio subterráneo.
zona: un campo de concentración. Literalmente, el área dentro de las alambradas.



ANNE APPLEBAUM (nacida en 1964 en Washington, Estados Unidos) es periodista y escritora que ha escrito de forma extensa acerca de temas relativos al comunismo y al desarrollo de la sociedad civil en Europa del Este y en la Unión Soviética / Rusia. Hoy en día es columnista y miembro del Consejo Editorial del Washington Post.

Estudió en la Universidad de Yale y obtuvo una beca Marshall en la Escuela de Economía y Ciencia Política de Londres y en el St Antony's College de la Universidad de Oxford antes de mudarse a Varsovia en 1988. Trabajando para *The Economist*, proporcionó valiosa cobertura de primera mano de las importantes transiciones social y políticas en Europa del Este, antes y después de la caída del Muro de Berlín en 1989, de la que también informó. En 1992 fue galardonada con el premio Charles Douglas-Home Memorial Trust.

Viviendo entre Londres y Varsovia durante los 1990s, fue durante varios años una columnista muy leída del periódico londinense *Evening Standard*.

El primer libro de Applebaum, *Entre el este y el oeste*, es una guía de viaje, y fue premiada con el premio Adolph Bentinck en 1996. Su segundo libro, *Gulag: Una historia*, fue publicado en 2003 y fue galardonado con el Premio Pulitzer de

2004 de libros generales de no-ficción. El comité del Pulitzer denominó a *Gulag: Una historia*, un “trabajo de referencia en erudición histórica y una indeleble contribución a la compleja y necesaria búsqueda de la verdad que está en curso”.

En 2012 publicó *El telón de acero, la destrucción de Europa del Este, 1944-1956* (The Crushing of Eastern Europe, 1944-1956), obra que, según *New York Times*, “nos ha brindado un registro triste y concreto que honra la memoria de los millones que fueron masacrados, torturados y desaparecidos en la alocada persecución del totalitarismo”.

Applebaum habla inglés, francés, polaco y ruso. Está casada con Radosław Sikorski, un político y escritor polaco. Tienen dos hijos, Alexander y Tadeusz. El 31 de octubre de 2005 su marido tomó posesión del cargo de Ministro de Defensa del nuevo gobierno polaco.

Notas de la introducción

[1] Citado en Cohen. <<

[2] Leggett, pp. 102-120. <<

[3] Ojotin y Roginski. <<

[4] Véase el Apéndice para una explicación más completa de las estadísticas. <<

[5] Rigoulot, *Les paupières lourdes*, pp. 1-10. <<

[6] Citado en Johnson, p. 243. <<

[7] Citado en Revel, p. 77. <<

[8] Amis; John Lloyd, «Show Trial: The Left and the Dock», *New Statesman*, 2 de septiembre de 2002, vol. 5, número 722, pp. 12-15; «Hit and Miss», *Guardian*, 3 de septiembre de 2002, p. 20. <<

[9] Thurston, *Life and terror in Stalin’s Russia*; Robert Conquest, «Small Terror, Few Dead», *The Times Literary Supplement*, 31 de mayo de 1996. <<

[10] Esto le ocurrió a la autora en 1994. La frase «demasiado antisoviética» es una cita directa de una carta. Una publicación diferente, *The Times Literary Supplement*, publicó finalmente una versión muy abreviada de la reseña. <<

[11] «Neither Here nor There» (reseña de *Between East and West*, Nueva York, 1994), *The New York Times Books Review*, 18 de diciembre de 1994. <<

[12] Para un análisis completo de esta cuestión, véase Malia. <<

[13] Webb, p. 31. <<

[14] Citado en Conquest, *The Great Terror*, p. 465. <<

[15] Véase Klehr, Haynes y Firsov; y Klehr, Haynes y Anderson, para la historia documentada del Partido Comunista de Estados Unidos. <<

[16] Citado en N. Tolstói *Stalin’s Secret War*, p. 289. <<

[17] Véase Thomas, pp. 489-495; y Scammell, *Solzhenitzyn: A Biography*, para los detalles. El intento de presentar a Solzhenitsin como un alcohólico (Scammell, pp. 664-665) fue particularmente torpe, pues su desagrado por el alcohol es conocido. <<

[18] Pipes, pp. 824-825. <<

[19] Overy, pp. 112 y 226-227; Moskoff. <<

[20] L. Guinzburg, p. 36. <<

[21] Kozhina, p. 5. <<

[22] Kaczynska, p. 15. <<

[23] Kennan, pp. 74-83. <<

[24] Chéjov, p. 371. <<

[25] Kaczynska, pp. 16-27. <<

[26] Popov, pp. 31-38. <<

[27] Kennan, p. 242. <<

[28] Kaczynska, pp. 65-85 <<

[29] Anisimov, p. 177. <<

[30] GARF, 941/4/1/76. <<

[31] Kaczynska, pp. 44-64. <<

[32] *Ibid*., p. 161. <<

[33] Chéjov, p. 52. <<

[34] Kaczynska, pp. 161-174. <<

[35] Sutherland, pp. 271-302. <<

[36] Adams, pp. 4-11. <<

[37] Volkogonov, *Stalin*, p. 9. <<

[38] Esta fotografía aparece en Figes (foto n.º 36) y en otros lugares. <<

[39] Esta fotografía aparece en Volkogonov, *Trotsky*. <<

[40] Bullock, pp. 28-45. <<

[41] Volkogonov, *Stalin*, p. 9. <<

[42] Kotek y Rigoulot, pp. 97-107; Ojotin y Roginski, pp. 11-12. <<

[43] He explicado con más detalle esta definición en «A History of Horror». <<

[44] Geller, p. 43. <<

[45] Citado en Kotek y Rigoulot, p. 92. <<

[46] Esta síntesis de la prehistoria de los campos de concentración se basa en Kotek y Rigoulot, pp. 1-94. <<

[47] Kaczynska, pp. 270-285. <<

[48] L. Tolstói, pp. 408-412. <<

[49] Véase Martin, *The Affirmative Action Empire*, para un amplio análisis de la actitud de Stalin hacia los grupos étnicos «enemigos». <<

[50] Arendt, pp. 122-123. <<

[51] Bullock, p. 24. <<

[52] Weiner, «Nature, Nurture and Memory in a Socialist Utopia». <<

[53] Bullock, p. 488. <<

[54] Sereny, p. 101. <<

[55] Agradezco a Terry Martin su ayuda para aclarar este punto. <<

[56] Shreider, p. 5. <<

[57] Lynne Viola señala este punto sobre los *kulaks* desterrados. <<

[58] Véase Applebaum, «A History of Horror», para más detalles. <<

Notas del capítulo 1

[1] Lijachev, *Vosponinania*, p. 118. <<

[2] Pipes, pp. 336-337. <<

[3] Pipes, pp. 439-505; Figes, pp. 474-551. <<

[4] *Dekrety*, vol. II, pp. 241-242, y vol. III, p. 80. También Geller, p. 10, y Pipes, pp. 793-800. <<

[5] Jakobson, pp. 18-26, Decreto «Sobre los tribunales revolucionarios», en *Sbornik*, 19 de diciembre de 1917, pp. 9-10. <<

[6] Hoover, Colección Melgunov, caja 1, carpeta 63. <<

[7] Ojotin y Roginski, p. 13. <<

[8] RGASPI, 76/3/ 1 y 13. <<

[9] *Dekrety*, vol. I, p. 401. <<

[10] Hoover, Colección Melgunov, caja 1, carpeta 4. <<

[11] *Ibidem.* <<

[12] Lockhart, pp. 326-345. <<

[13] Ojotin y Roginski, p. 11. <<

[14] Geller, p. 44; Leggett, p. 103. <<

[15] Inicialmente la Checa se hizo cargo de los campos en conjunción con el Colegio Central de prisioneros y refugiados (*Tsentroplenbezh*). Ojotin y Roginski, p. 11. <<

[16] Leggett, p. 108. <<

[17] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 10. <<

[18] *Istoricheskii Arkhiv*, n.º 1, 1958, pp. 6-11; Geller, p. 52. <<

[19] Según el historiador Richard Pipes, Lenin no deseaba asociar su nombre con estos primeros campos, por lo cual los decretos no fueron emitidos por el *Sovnarkom*, un organismo que él presidía, sino por el Comité Central Ejecutivo de los Soviets (Pipes, p. 834). <<

[20] RGASPI, 76/3/65. <<

[21] Geller, pp. 55-64; Bunyan, 54-114. <<

[22] Ojotin y Roginski, pp. 11-12; véase también Jakobson para una historia completa de los cambios institucionales desde la década de 1920, así como Lin.
<<

[23] RGASPI, 17/84/585. <<

[24] Para este debate, véase Hoover, Fondo 89, 73/25, 26 y 27. <<

[25] Volkogonov, *Lenin*, p. 179. <<

[26] Hoover, Colección Nicolaevski, caja 9, carpeta 1. <<

[27] RGASPI, 17/84/395. <<

[28] Doloi. <<

[29] Bertha Babina-Nevskaia, «My First Prison, February 1922», en Vilensky, *Till my Tale is Told*, pp. 97-109. <<

[30] RGASPI, 76/3/149. <<

[31] RGASPI, 76/3/227; Hoover, Fondo 89, 73/25, 26 y 27. <<

Notas del capítulo 2

[1] *Ekran*, n.º 12, 27 de marzo de 1926. <<

[2] Véase Melnik, Soshina, Reznikova y Reznikov para una descripción de la geografía de Solovki, las diferentes islas y su desarrollo. <<

[3] «Solovetskaya monatyrskaya tyurma», Solovetskoe Obshchevtso Kraevedeniya, *Vypusk*, VII, 1927 (SKM). <<

[4] GARF, 5446/1/2. Véase también la referencia de Nasedkin a Dzerzhinski en GARF, 9414/1/77. <<

[5] Véase Jakobson para un recuento de los sistemas penales de los años veinte.
<<

[6] Yuri Brodski, pp. 30-31; Olitskaia, vol. 1, pp. 237-240; Malsagov, pp. 117-131. <<

[7] Hoover, Colección Nicolaevski, caja 99; Hoover, Fondo 89, 73/34. <<

[8] Yuri Brodski, p. 194. <<

[9] Volkov, p. 53. <<

[10] Yuri Brodski, p. 65. <<

[11] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. II, p. 54. <<

[12] Chujin, *Kanaloarmeetsi*, pp. 40-44; Chujin, «Dva dokumenta». Chujin explica que estos documentos, reimpresos en su totalidad, eran parte de la «investigación criminal n.º 885». Se sabe que provienen del Archivo FSB de Petrozavodsk donde Chujin trabajó. <<

[13] Klinger, p. 210; también reimpreso en *Sever*, vol. 9, septiembre de 1990, pp. 108-112. La tortura de los mosquitos también es mencionada en documentos de archivo (véase *Zvenya*, vol. 1, p. 383), así como en memorias (véanse *Letters from Russia prisons*, pp. 165-171; Volkov, p. 55). <<

[14] Las guías turísticas de las islas de Solovki relatan esta historia. Se encuentra también en Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. II, pp. 37-38. <<

[15] Tsigankov, pp. 196-197. <<

[16] Shiryaiev, pp. 115-132; Lijachev, *Kniga bespokoistv*, pp. 201-205. También libros y diarios en SKM. <<

[17] SLON, vol. III, mayo de 1924 (GARF). <<

[18] Conversación con la directora de SKM Tatiana Fokina, 12 de septiembre de 1998. Véase también, por ejemplo, *Solovetskie Ostrova*, 1930, n.º 1, o los boletines de *Solovetskoe Obshchestvo Kraevedeniya*, en la colección del museo y en la colección de AKB. Véase también Dryajlitsin. <<

[19] Reznikova, pp. 46-47. <<

[20] *Solovetskoi Lageram*, vol. 3, mayo de 1924 (SKM). <<

[21] Nikolái Antsiferov, «Tri glavy iz vospominanii», en *Pamyat*, vol. 4, pp. 75-76. <<

[22] Klinger, pp. 170-177. <<

[23] *Ibid*., pp. 200-201; Malsagov, pp. 139-145; Rozanov, p. 55; Hoover, Colección Melgunov, caja 7. <<

[24] *Istoriya otechestvo v documentakh*, vol. 2: *1921-1939*, pp. 51-52. <<

[25] Jakobson, pp. 70-102. <<

[26] Krasilnikov, «Rozhdene Gulaga», pp. 142-143. Esta es una colección de documentos reimpresos sobre la fundación del Gulag, todos los cuales proceden de los archivos del presidente de la Federación Rusa, normalmente cerrada a los investigadores. <<

[27] NARK, 689/1/ (44/465). <<

[28] NARK, 690/6/(2/9). <<

[29] Ojotin y Roginski, p. 18. <<

[30] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, pp. 70-71. <<

[31] Jakobson, p. 121; conversaciones en 1998 y 1999 con Nikita Petrov, Oleg Jlevnyuk y Yuri Brodski. *Solovki*, la edición italiana del libro de Brodski, no menciona a Frenkel. <<

[32] Shiryaev, p. 138. <<

[33] Chujin, *Kanaloarmeetsi*, pp. 30-31. <<

[34] Gorki, *Belomor*, pp. 226-228. <<

[35] GAOPDFRK, 1033/1/35. <<

[36] Duguet, p. 75. <<

[37] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. 2, p. 76. <<

[38] Malsagov, pp. 61-73. <<

[39] Shiryaiev, pp. 137-138; Rozanov, pp. 174-191; Narinski, *Vremya tyazhkikh potryasenii*, pp. 128-149. <<

[40] Rozanov, pp. 174-191; Shiryaev, pp. 137-138. <<

[41] La ficha de ingreso en prisión de Frenkel, Hoover, Colección Memoria de San Petersburgo. <<

[42] Chujin, *Kanaloarmeetsi*, pp. 30-31; Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. II, p. 78. <<

[43] NARK, 690/6/(1/3). <<

[44] Baron, pp. 615-621. <<

[45] NARK, 690/3/(17/148). <<

[46] GAOPDFRK, 1033/1/15. <<

[47] Baron, p. 624. <<

[48] GAOPDFRK, 1033/1/35. <<

[49] Yuri Brodski, p. 75. <<

[50] *Ibid*., p. 195. <<

[51] NARK, 690/6(1/3). <<

[52] Yuri Brodksi, p. 105. <<

[53] *Letters from Russian Prisons*, pp. 183-188. <<

[54] Hoover, Fondo 89, 73/32. <<

[55] Krasikov, p. 2. <<

[56] *Letters from Russian Prisons*, p. 215. <<

[57] Hoover, Fondo 89, 73/34, 35 y 36. <<

[58] Hoover, Colección Nicolaevski, caja 782; Colección Melgunov, caja 8. <<

[59] Hoover, Colección Nicolaevski, caja 782, carpeta 1. <<

Notas del capítulo 3

[1] Stalin entrevistado por Emil Ludwig, 1934, en Silvester, pp. 311-322. <<

[2] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. II, p. 63; Figes, pp. 400-405 y 820-821. <<

[3] Yuri Brodski, pp. 188-189. <<

[4] Lijachev, *Kniga bespokoistv*, pp. 183-189. <<

[5] Volkov, p. 168. <<

[6] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. II; Jesto, p. 245. <<

[7] Chujin, *Kanaloarmeetsi*, p. 36. <<

[8] Gorki, *Sobranie sochinenii*, vol. XI, pp. 291-316. Todas las citas sobre Solovki provienen de esta fuente. <<

[9] Jesto, pp. 244-245. <<

[10] Tucker, *Stalin in Power*, pp. 125-127. <<

[11] *Ibid*., p. 96. <<

[12] Véase Conquest, *Harvest of Sorrow*, que sigue siendo la síntesis más completa en inglés sobre la colectivización y la hambruna. El de Ivnitskii es un trabajo que hace un uso fidedigno de los archivos. Tal como los desterrados, los *kulaks* esperan a su verdadero cronista. <<

[13] Ivnitski, p. 115; Zemskov, «Spetsposelentsy», p. 4. <<

[14] Getty y Naumov, pp. 110-112; Solomon, pp. 111-129. <<

[15] Jakobson, p. 120. <<

[16] Krasilnikov, «Rozhdenie Gulaga», p. 145. <<

[17] Krasilnikov, «Rozhdenie Gulaga»; Jakobson, pp. 1-9. <<

[18] Jakobson, p. 120. <<

[19] Jlevnyuk, «Prinuditelniy trud»; Krasilnikov, *Spetspereselentsy v zapadnoi Sibiri, vesna 1931 g. -nachalo 1933* g., p. 6. <<

[20] GARF, 5446/1/54 y 9401/1a/1; Jakobson, pp. 124-125. <<

[21] Harris. <<

[22] Véase, por ejemplo, Kotkin, que describe cómo los planes de otro proyecto estalinista (la planta siderúrgica Magnitogorsk) fracasaron. <<

[23] Chujin, *Kanaloarmeetsi*, p. 25. <<

[24] Jlevnyuk, «Prinuditelniy trud», p. 74. <<

[25] Jakobson, p. 121. <<

[26] Jlevnyuk, «Prinuditelniy trud», pp. 74-76; Jakobson, p. 121; Hoover, Fondo, Colección «Memoria», San Petersburgo. <<

[27] Hay muchos ejemplos en el *osobaya papka* («archivo personal») de Stalin, GARF, 9401/2. Delo 64 contiene un informe extenso sobre Dalstrói, por ejemplo. <<

[28] Nordlander, «Origins of a Gulag capital», pp. 798-800. <<

[29] *Guénrik Yágoda*, p. 434. <<

[30] Volkogonov, *Stalin*, pp. 252, 308-309 y 519. <<

[31] GARF, 9401/2/199 (archivo personal de Stalin). <<

[32] RGASPI, 17/3/746. Nordlander, «Capital of the Gulag». <<

[33] Nordlander, *ibid*. <<

[34] Terry Martin me sugirió esto en un mensaje de correo electrónico en junio de 2002. <<

Notas del capítulo 4

[1] Citado en Baron, p. 638. <<

[2] Dallin y Nicolaevsky, pp. 218-219. <<

[3] *Ibid*., p. 221. <<

[4] *Ibid*., p. 220. <<

[5] *Ibid*., p. 220; Jakobson, p. 126. <<

[6] GARF, 5446/1/54 y 9401/1a/1. <<

[7] GARF, 9474/1/2920. <<

[8] Jakobson, p. 127. <<

[9] *Ibid*., pp. 127-128. <<

[10] Gorki, *Belomor* (traducción de *Kanal imeni Stalina*), pp. 17-19. <<

[11] *Ibid*., p. 40. <<

[12] Ojotin y Roginski, p. 163. <<

[13] Baron, pp. 640-641; también Chujin, *Kanaloarmeetsi*. <<

[14] Makurov, p. 86. <<

[15] Gorki, *Belomor*, p. 173. <<

[16] Makurov, pp. 96 y 19-20. <<

[17] Baron, p. 643. <<

[18] Makurov, pp. 37 y 197. <<

[19] Chujin, *Kanaloarmeetsi*, p. 121. <<

[20] Makurov, pp. 19-20. <<

[21] Chujin, *Kanaloarmeetsi*, p. 12. <<

[22] Makurov, pp. 72-73. <<

[23] Tolczyk, p. 152. <<

[24] Baranov, pp. 165-168. <<

[25] Gorki, *Belomor*, pp. 158 y 165. <<

[26] Gliksman, p. 165. <<

[27] GARF, 9414/4/1; *Perekovka*, 18 de enero de 1933. <<

[28] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. 1, p. 102. <<

Notas del capítulo 5

[1] *Kuznitsa*, marzo-septiembre de 1936 (colección de periódicos de GARF). <<

[2] Nicolas Werth, «A State against Its People: Violence, Repression and Terror in the Soviet Union», en Curtois, p. 154. Un relato del episodio por un prisionero anónimo que encontró a estos supervivientes en la prisión de Tomsk también aparece en *Pamiat*, vol. 1, pp. 342-343; también Krasilnikov, *Spetspereselentsy v zapadnoi Sibiri*, *1933-1938*, pp. 76-119. <<

[3] Elantseva. Este artículo se basa en documentos hallados en el Archivo Estatal Central de Tomsk de la Federación Rusa, Lejano Oriente. <<

[4] Kaneva. Este recuento se basa en Kaneva, que a su vez se basa en los archivos de la República de Komi así como en memorias de la colección de la Sociedad Memoria. <<

[5] Exposición en el Vorkuta Kraevedeneskii Muzei; también «Vorkutinstroi NVKD» (documento del MVD de enero de 1941), en la colección del Monumento de Siktivkar, República de Komi; Ojotin y Roginski, p. 192. <<

[6] Kaneva, p. 339. <<

[7] Nadezhda Ignatova, «Spetspereselenstsy v respublike Komi v 1930-1940 gg», en Korni Travi, pp. 23-25. <<

[8] *Ibid*., pp. 25 y 29. <<

[9] N. A. Morozov, *GULAG v Komi krae*, pp. 13-14. <<

[10] Kaneva, pp. 337-338. <<

[11] Kaneva, p. 342. <<

[12] *Ibidem*. <<

[13] Stephan, *The Russian Far East*, p. 225. <<

[14] Nordlander, «Capital of the Gulag»; la síntesis que presento de la historia de Kolimá en esta sección y en otras partes está en deuda con el trabajo de David Nordlander, hasta ahora el único estudio global de estilo occidental basado en archivos. <<

[15] Shmirov, «Lager kak model Realnosti». <<

[16] Nordlander, «Capital of the Gulag». <<

[17] Stephan, *The Russian Far East*, p. 226. <<

[18] Nordlander, «Capital of the Gulag». <<

[19] Stephan, *The Russian Far East*, p. 227. <<

[20] Kozlov, «Sevvotslag NKVD SSSR». <<

[21] Stephan, *The Russian Far East*, p. 226. <<

[22] Conquest, *Kolyma*, p. 42. <<

[23] Shalámov, *Kolyma Tales*, p. 369. <<

[24] Kozlov, «Sevvotslag NKVD SSSR»; Nordlander, «Capital of the Gulag». <<

[25] E. Guinzburg, *Within the Whirlwind*, p. 201. <<

[26] *Ibidem*. <<

[27] GARF, 9414/1/OURZ en la colección de A. Kokurin. <<

[28] Jlevnyuk, «Prinuditelniy trud», p. 78. <<

[29] *Ibid*. Ojotin y Roginski, pp. 285, 376 y 399. <<

[30] Ojotin y Roginski, p. 38. <<

Notas del capítulo 6

[1] Ajmátova, traducción de J. M. Prieto. <<

[2] Bacon, pp. 30 y 122. Bacon compiló sus cifras de varias fuentes, sumando juntas todas las diferentes categorías de trabajadores forzados. Para un análisis de las estadísticas, véase el Apéndice. <<

[3] *Trud*, n.º 88, 4 de junio de 1992, reimpreso en Getty y Naumov, pp. 472-477; muchos documentos similares se encuentran en Sabbo, pp. 297-304. <<

[4] Kokurin y Petrov, *Lubyanka*, p. 15. <<

[5] GARF, expedientes personales. También Kokurin y Petrov, *Gulag*, pp. 797-857. <<

[6] Conquest, *The Great Terror*, pp. 182-213. <<

[7] Yelena Sidorkina, «Years under Guard», en Vilensky, *Till my Tale is Told*, p. 194. <<

[8] GARF, 9401/12/94. <<

[9] Conquest, *The Great Terror*, p. 298. <<

[10] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 96. <<

[11] *Ibid*., pp. 95-96; Makurov, pp. 183-184. <<

[12] Rossi, *The Gulag Handbook*, p. 180. <<

[13] *Ibid*., pp. 36 y 497; *Sbornik*, pp. 86-93. <<

[14] Weiner, «Nature, Nurture and Memory in a Socialist Utopia». <<

[15] Herling, p. 10. <<

[16] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 95. <<

[17] Makurov, p. 160. <<

[18] Chujin, *Kanaloarmeetsi*, p. 120. <<

[19] Shmirov. <<

[20] *Trud*, n.º 88, 4 de junio de 1992, reimpreso en Getty y Naumov, pp. 479-480; N. A. Morozov, conversación con la autora, julio de 2001. <<

[21] Papkov. <<

[22] GARF, 9414/1/OURZ, en la colección de A. Kokurin. <<

[23] *Memorialne kladbische sandormokh*, pp. 167-169. <<

[24] Florenski, pp. 777-780, de Chirkov. <<

[25] *Memorialne kladbische sandormokh*, pp. 167-169. <<

[26] Hoover, Colección Nicolaevsky, caja 233, carpeta 23; también N. A. Morozov, *GULAG v Komi krae*, p. 28. <<

[27] Conquest, *The Great Terror*, pp. 286-287. <<

[28] *Ibid*., p. 438. <<

[29] Getty y Naumov, pp. 532-537. <<

[30] *Ibid*., p. 562. <<

[31] N. A. Morozov, *GULAG v Komi krae*, pp. 28-29. <<

[32] Nordlander, «Capital of the Gulag», pp. 253-257. <<

[33] Makurov, p. 163. <<

[34] Jlevnyuk, «Prinuditelniy trud», p. 79. <<

[35] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, pp. 105-107. <<

[36] Nordlander, «Capital of the Gulag». <<

[37] Jlevnyuk, «Prinuditelniy trud», p. 73. <<

[38] Solzhenitsin, *El primer círculo* (Bruguera, Barcelona, 1968, traducción de Mariano y Rafael Orta), cap. V, p. 31. <<

[39] Kokurin, «Osoboe tekhnischeskoe byuro NVDK SSSR». <<

[40] Jlevnyuk, «Prinuditelniy trud», p. 79. <<

[41] GARF, 7523/67/1. <<

[42] *Ibidem*. <<

[43] GARF, 8131/37/356; 7523/67/2 y 9401/1a/71. <<

[44] Knight, *Beria*, pp. 105-106. <<

[45] Jlevnyuk, «Prinuditelniy trud», p. 80. <<

[46] Zemskov, «Zaklyuchennie», p. 63; Bacon, p. 30. <<

[47] Zemskov, «Arkhipelag Gulag», pp. 6-7; Bacon, p. 30. <<

[48] Ojotin y Roginski, p. 308. <<

[49] *Ibid*., pp. 338-339. <<

[50] La expresión «complejos industriales de campos» es utilizada por M. B. Smirnov, S. P. Sigachev y D. V. Shkapov, coautores de la introducción histórica a Ojotin y Roginski. <<

Notas del capítulo 7

[1] Traducción de Lydia K. de Velasco, Madrid, Alianza Tres, 1970. <<

[2] Robinson, p. 13. <<

[3] Gelb. <<

[4] Martin, *The Affirmative Action Empire*, pp. 328-343. <<

[5] Lipper, p. 35; Stephan, *The Russian Far East*, p. 229. <<

[6] Martin, «Stalinist Forced Relocation Policies». <<

[7] Existen varias versiones de este poema en ruso. La utilizada por Applebaum se basa en una encontrada en E. Yevtushenko, ed., *Strofi Veka*. La versión castellana aquí reproducida proviene de Osip Mandelstam, *Tristia y otros poemas*, Barcelona, Igitur, 1998. <<

[8] Okunevskaya, p. 227. <<

[9] Starostin; GARF, 7523/60/4105. <<

[10] Razgon, p. 93. <<

[11] GARF, 9401/12/253. <<

[12] Serebryakova, pp. 34-50. <<

[13] Lipper, p. 3. <<

[14] Wat, pp. 308-312. <<

[15] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. 1, p. 28. <<

[16] Gagen-Torn, p. 58. <<

[17] Hoover, Fondo 89, 18/12, rollo 1994. <<

[18] V. Petrov, p. 17. <<

[19] Naimark, *The Russians in Germany*, pp. 69-140 <<

[20] Glowacki, p. 329. <<

[21] E. Guinzburg, *Journey into the Whirlwind*, p. 45. <<

[22] Razgon, p. 56. <<

[23] Zhenov, p. 44. <<

[24] Shijeeva-Gaister, pp. 99-104. <<

[25] Solzhenitsin, *El primer círculo*, p. 591. <<

[26] Milyutina, pp. 150-151. <<

[27] Solzhenitsin, *El primer círculo*, p. 606. <<

[28] Dolgun, p. 11. <<

[29] Bershadskaya, pp. 37-39. <<

[30] Adamova-Sliozberg, p. 16. <<

[31] Kuusinen, p. 135. <<

[32] N. Werth, «A State against Its People: Violence, Repression and Terror in the Soviet Union», en Courtois, pp. 193-194. <<

[33] Gorbatov, p. 118. <<

[34] Finkelstein, entrevista con la autora. <<

[35] N. Petrov y A. Roginski, «Polskaya operatsiya NKVD, 1937-1938 gg», en Gurianov, *Represii protiv polyakov*, pp. 37-38; N. Petrov, «Polska Operacja NKWD». <<

[36] Petrov y Roginski, *ibid*., pp. 24-25. <<

[37] N. Petrov, «Polska Operacja NKWD», pp. 27-29. <<

[38] *Ibid*., pp. 24-43 y 32. <<

[39] Conquest, *The Great Terror*, pp. 130-131. <<

[40] V. Chernavin, pp. 156-163. <<

[41] Narinski, *Vospominaniya glavnogo bukhgaltera GULAG*, p. 60. <<

[42] Jansen y Petrov. <<

[43] Gnedin, pp. 24-31. <<

[44] Shentalinsky, p. 26. <<

[45] E. Guinzburg, *Journey into the Whirlwind*, p. 94. <<

[46] Hoover, Colección del Ministerio de Información de Polonia, caja 114, carpeta 2. <<

[47] Dolgun, pp. 37-38, 193 y 202. <<

Notas del capítulo 8

[1] GARF, 9401/12/14. <<

[2] Sobolev, p. 66. <<

[3] Garaseva, pp. 96-101; véase una historia del edificio de la Lubianka en Sobolev, pp. 11-79. <<

[4] Panin, p. 24. <<

[5] Gnedin, pp. 24-31. <<

[6] Garaseva, pp. 96-101. <<

[7] Chetverikov, p. 35. <<

[8] E. Guinzburg, *Journey into the Whirlwind*, p. 193. <<

[9] Finkelstein, entrevista con la autora. <<

[10] GARF, 9413/1/17; 9412/1/25 y 9413/1/6. <<

[11] GARF, 8131/37/360. <<

[12] GARF, 8131/37/796, 1250 y 1251. <<

[13] Zabolotskii, pp. 310-331. <<

[14] GARF, 9401/1a/14. <<

[15] Buber-Neumann, p. 33. <<

[16] Trubetskoi, p. 261. <<

[17] Nadezhda Grankina, «Notes by Your Contemporary», en Vilensky, *Till my Tale is Told*, p. 119. <<

[18] Dolgun, p. 15. <<

[19] Véase, por ejemplo, Gorbatov, p. 111, o Zarov, p. 45. Yakov Éfrussi tituló sus memorias de prisión *Kto na «E»*? (¿Quién comienza con E?). <<

[20] Vesyolaya, pp. 30-33. <<

[21] Berdshadkaya, pp. 37-39. <<

[22] Vesyolaya, pp. 30-33. <<

[23] Buber-Neumann, pp. 36 y 37. <<

[24] Shalámov, *Kolyma Tales*, pp. 206-216. Cita de «Los comités de pobres», en *Relatos de Kolimá*, traducción de Ricardo San Vicente, Barcelona, Mondadori, 1997. <<

[25] Shijeeva-Gaister, pp. 99-104. <<

[26] Bistroletov, p. 115. <<

[27] GARF, 9489/2/31. <<

[28] Weissberg, p. 278. <<

[29] Lipper, pp. 7-10. <<

[30] Shalámov, *Kolyma Tales*, p. 215. <<

[31] Olitskaya, pp. 180-189. <<

[32] E. Guinzburg, *Journey into the Whirlwind*, pp. 71-72. <<

[33] Dolgun, p. 95. <<

[34] Shalámov, *Kolyma Tales*, pp. 200-216. <<

[35] *Ibid*., pp. 213 y 216. Citas de «Los comités de pobres», en *Relatos de Kolimá*, traducción de Ricardo San Vicente, Barcelona, Mondadori, 1997. <<

Notas del capítulo 9

[1] Sutherland, p. 136. <<

[2] Sgovio, pp. 129-135. <<

[3] Jachatrian, entrevista con la autora. <<

[4] E. Guinzburg, *Journey into the Whirlwind*, p. 100. <<

[5] Anónimo, conversación con la autora. Vilnius, septiembre de 1991; Fidelgolts. <<

[6] Glowacki, pp. 320-405. <<

[7] Noviembre de 1933. *Cuadernos de Moscú* o *Nuevos versos*. Bardach, p. 156.
<<

[8] Buca, p. 26. <<

[9] Gliksman, pp. 230-231. <<

[10] Noble, p. 71. <<

[11] Tiif, p. 125. <<

[12] Karta, Colección Kazimierz Zamorski, carpeta 1, expedientes 1253 y 6294.
<<

[13] Zabolotskii, p. XX. <<

[14] E. Guinzburg, *Journey into the Whirlwind*, p. 129. <<

[15] Gagen-Torn, pp. 69-72. <<

[16] Armonas, pp. 40-44. <<

[17] Sandratskaya, memoria inédita. <<

[18] Stephan, *The Russian Far East*, pp. 225-232. <<

[19] Tvardovski, pp. 249-251. <<

[20] Sgovio, pp. 135-144. <<

[21] Conquest, *Kolyma*, p. 20. <<

[22] Karta, Colección Kazimierz Zamorski, carpeta 1, expediente 1253. <<

[23] Nerlet, pp. 360-379. <<

[24] Karta, Colección Kazimierz Zamorski, carpeta 1, expediente 15 876. <<

[25] Hoover, Colección del Ministerio de Información polaco, caja 113, carpeta 1253. <<

[26] Sgovio, p. 140. <<

[27] Conquest, *Kolyma*, p. 25. <<

[28] *Ibid*., pp. 25-27; Golovanov. <<

[29] Nordlander, «Capital of the Gulag», pp. 290-291; Conquest, *Kolyma*, p. 25.
<<

[30] E. Guinzburg, *Journey into the Whirlwind*, p. 353. <<

[31] Sgovio, p. 143. <<

[32] Lipper, pp. 92-95. <<

[33] Karta, Colección Kazimierz Zamorski, carpeta 1, expediente 1722. <<

[34] Elena Glink, «Kolyma Tram», en Vilenski, *Osventsim bez pechei*, pp. 10-16.
<<

[35] Bardach, pp. 191-193. <<

[36] Karta, Colección Kazimierz Zamorski, carpeta 1, expediente 1253. <<

[37] GARF, 9401/1/614. <<

[38] GARF, 9401/1a/61. <<

[39] GARF, 9401/1a/64. <<

[40] GARF, 9401/2/171 y 199. <<

[41] GARF, 8131/37/2041. <<

[42] Gagen-Torn, pp. 69-72. <<

[43] Ekart, p. 44. <<

[44] Yakovenko, pp. 176-179. <<

[45] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. II, pp. 495-496. <<

[46] Zhenov, p. 74. <<

[47] Armonas, p. 137. <<

[48] Gurskii, memoria inédita. <<

[49] Chirkov, p. 22. <<

[50] Colonna-Czosnowski, p. 53. <<

[51] GARF, 9414/1/2743. <<

[52] Adamova-Sliozberg, p. 47. <<

[53] Andreieva, entrevista con la autora. <<

[54] Hoover, Colección del Ministerio de Información polaco, caja 114, carpeta 2.
<<

[55] Ulianovskaya, pp. 356-365. <<

[56] Shalámov, *Kolyma Tales*, p. 341. <<

[57] Por ejemplo, GARF, 9489/2/25. <<

[58] Weissberg, p. 92. <<

[59] E. Guinzburg, *Journey into the Whirlwind*, p. 365. <<

[60] GARF, 5446/1/54. <<

[61] GARF, 9414/12/316. <<

[62] Gagen-Torn, p. 149. <<

[63] Herling, p. 27. El nombre del autor aparece como fue publicado en inglés. La ortografía de su nombre en polaco es Gustav Herling-Grudzinski. <<

[64] Gliksman, pp. 246-248. <<

Notas del capítulo 10

[1] Vilenski, reimpreso con autorización del autor. <<

[2] Ojotin y Roginski, pp. 137-525. <<

[3] Okunevskaya, p. 391. <<

[4] GARF, 5446/1/54 y 9401/12/316. <<

[5] GARF, 9489/2/20. <<

[6] GARF, 9401/12/316. <<

[7] GARF, 9414/6/24. <<

[8] Rossi, *The Gulag Handbook*, p. 137. <<

[9] GARF, 9401/12/316. <<

[10] Rossi, *The Gulag Handbook*, p. 130. <<

[11] GARF, 9489, los archivos de Dmitlag (9489/2/31, por ejemplo). <<

[12] GARF, 9401/12/316. <<

[13] GARF, 8131/37/361. <<

[14] GARF, 8131/37/542. <<

[15] Gubernman, p. 33. <<

[16] Adamova-Sliozberg, p. 48. <<

[17] Zarod, p. 103. <<

[18] Kuts, p. 165. <<

[19] Lvov, memorias inéditas. <<

[20] Herling, p. 29. <<

[21] Sofsky ha escrito también sobre el tiempo y el espacio de los prisioneros en *The Order of Terror*. He tomado la idea de él. <<

[22] GARF, 9401/12/316. <<

[23] Zarod, pp. 99-100. <<

[24] Zarod, p. 102. <<

[25] GARF, 9401/12/316. <<

[26] Rossi, *The Gulag Handbook*, p. 370. <<

[27] Nordlander, «Capital of the Gulag», p. 158. Mitin. <<

[28] Olitskaya, p. 234; Nordlander, «Capital of the Gulag», p. 159. <<

[29] Olitskaya, pp. 234-244. <<

[30] GARF, en la colección de la autora. <<

[31] GARF, 9401/1a/127. <<

[32] GARF, 9401/1a/128; Berdinskij, pp. 24-43. <<

[33] Bondarevski, p. 44. <<

[34] Pavel Galitski, «Étogo zabyt nelzya», en *Uroki*, pp. 83-85. <<

[35] Hoover, Colección del Ministerio de Información polaco, caja 114, carpeta 2.
<<

[36] GARF, 9414/1/2741. <<

[37] Herling, p. 113. <<

[38] Lipper, p. 214; Zarod, pp. 104-105. <<

[39] GARF, 9489/2/11. <<

[40] Sieminski, p. 45. <<

[41] GARF, 9414/1/496, una orden de junio de 1951, estableciendo un campo «según el plan del Gulag». <<

[42] Evstonichev, p. 88. <<

[43] Sulimov, p. 53. <<

[44] GARF, 8131/37/4547. <<

[45] GARF, 9401/1a/274. <<

[46] Andreieva, entrevista con la autora. <<

[47] GARF, 9401/1a/141. <<

[48] Lipper, p. 131. <<

[49] Pechora, entrevista de la autora; Petrus, pp. 58-65. <<

[50] Rozina, pp. 67-75. <<

[51] Vardi, pp. 93-150. <<

[52] GARF, 9414/6/24 y 25. <<

[53] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. II, p. 268. <<

[54] Vogelfanger, p. 67. <<

[55] Petrus, pp. 58-65. <<

[56] GARF, 5446/1/54; Rossi, *The Gulag Handbook*, p. 14. <<

[57] GARF, 9401/1/713. <<

[58] Shalámov, *Kolyma Tales*, p. 132. <<

[59] GARF, 8131/37/357. <<

[60] GARF, 8131/37. <<

[61] GARF, 9401/1a/16. <<

[62] GARF, 9489/2/20/64. <<

[63] Pechora, entrevista con la autora. <<

[64] GARF, 9414/3/9. <<

[65] Shalámov, *Kolyma Tales*, pp. 337-338, 338-339 y 340. <<

[66] Shalámov, *Kolyma Tales*, p. 341. <<

[67] Rozina, pp. 67-75. <<

[68] Shalámov, *Kolyma Tales*, p. 336. <<

[69] Levinson, pp. 39-40. <<

[70] Armonas, p. 123. <<

[71] Sulimov, p. 43. <<

[72] GARF, 9489/2/15. <<

[73] GARF, 9401/1/713. <<

[74] GARF, 9401/1a/128. <<

[75] GARF, 9401/1a/140. <<

[76] GARF, 9401/1a/189; 9401/1/713; 9401/1a/141 y 119. <<

[77] Kedrovyi Shor, en la colección de la autora. <<

[78] Narinski, *Vospominaniya*, p. 138. <<

[79] *Ibid*., pp. 136-137. <<

[80] Gliksman, p. 301. <<

[81] GARF, 9401/1a/189. <<

[82] V. Gorjova. «Raport vracha», en *Uroki*, pp. 103-105. <<

[83] Yakovenko, pp. 180-181. <<

[84] Sansonov, *Zhisn prodolzhaetsya*, pp. 70-71. <<

[85] GARF, 9414/1/25. <<

[86] GARF, 8131/37/809, 797 y 1251. <<

[87] Kedrovyi Shor, en la colección de la autora. <<

[88] GARF, 8131/37/361. <<

[89] E. Guinzburg, *Journey into the Whirlwind*, pp. 386-389. <<

[90] E. Guinzburg, *Within the Whirlwind*, p. 65. <<

[91] GARF, 8181/37/4544. <<

[92] Petrov, p. 99. <<

[93] Sgovio, p. 161. <<

[94] Panin, pp. 74 y 162. <<

[95] Pechora, entrevista con la autora. <<

Notas del capítulo 11

[1] Reimpreso en Cohen, pp. 96-97. <<

[2] GARF, 9414/6 (álbumes fotográficos). <<

[3] Ojotin y Roginski, pp. 137-476. <<

[4] GARF, 9414/6/8. <<

[5] E. Guinzburg, *Journey to the Whirlwind* y *Within the Whirlwind*. <<

[6] GARF, 9489/2/9. <<

[7] Pryadilov, pp. 113-114. <<

[8] Weissberg, p. 96. <<

[9] Kress, «Novyi pioner ili, Kolymskaya selektsiya», en Vilensky, *Osventsim Gez Pechei*, pp. 62-70. <<

[10] Mindlin, pp. 52-57. <<

[11] Pechora, entrevista con la autora. <<

[12] Véanse, por ejemplo, las fotografías en el Archivo de la Sociedad Memoria.
<<

[13] Rossi, *The Gulag Handbook*, p. 255. <<

[14] E. Guinzburg, *Journey to the Whirlwind*, pp. 405 y 407. <<

[15] Ulianovskaya, pp. 356-365. <<

[16] Bardach, pp. 233-234. <<

[17] Filshtinski, p. 38. <<

[18] Bistroletov, p. 162. <<

[19] Bardach, pp. 232-233. <<

[20] GARF, 9401/1a/141. <<

[21] GARF, 8131/37/4547. <<

[22] Véase, por ejemplo, Zhenov, p. 69. <<

[23] GARF, 9401/1/713. <<

[24] Petrov, p. 208. <<

[25] Olitskaya, pp. 234-244. <<

[26] Weissberg, p. 63. <<

[27] Dolgun, p. 185. <<

[28] Documento GARF en posesión de la autora, sin referencia. <<

[29] Razgon, p. 155. Se encuentran ejemplares de sierras primitivas en el museo de historia local en Medvezhegorsk. <<

[30] Hoover, Colección del Ministerio de Información de Polonia, caja 114, carpeta 2. <<

[31] *Ibidem.* <<

[32] GARF, 9414/6. <<

[33] Norlander, «Capital of Gulag», p. 182. <<

[34] A. Dobrovolski; Ojotin y Roginski, pp. 220-221 y 341-343. <<

[35] GARF, 9414/6/23. <<

[36] Chujin, *Kanaloaemeetsi*, pp. 127-131. <<

[37] Sgovio, p. 184. <<

[38] GARF, 9401/1a/68. <<

[39] Herling, pp. 157-158. <<

[40] GARF, 9401/1/2443. <<

[41] GARF, 9401/1/567. <<

[42] GARF, 9414/1/1442. <<

[43] Filshtinski, pp. 163-169. <<

[44] GARF, 9414/1/1441. <<

[45] GARF, 9414/1/1440. <<

[46] GARF, 9414/4/145. <<

[47] Andreieva, entrevista con la autora. <<

[48] Trus, entrevista con la autora. <<

[49] Ekart, p. 82. <<

[50] Herling, p. 155. <<

[51] GARF, 9414/1/1461; Ojotin y Roginski, p. 195. <<

[52] GARF, 9414/1/1461. <<

[53] Vladimir Bukovski, conversación con la autora, marzo de 2002. <<

Notas del capítulo 12

[1] Reimpreso en Rossi, *The Gulag Handbook*, p. 460. <<

[2] Herling, p. 199. <<

[3] GARF, 9401/12/316. <<

[4] Kuusinen, pp. 201-202. <<

[5] Razgon, pp. 139-140. <<

[6] Bardach, pp. 213-215. <<

[7] Herling, pp. 199 y 200. <<

[8] Herling, p. 200. <<

[9] Nordlander, «Capital of the Gulag», pp. 230-231. <<

[10] Svetlana Doinisena, directora del museo de historia local en Iskitim, conversación con la autora, 1 de marzo de 1999. <<

[11] I. Samajova, «Lagernaya Pyl», en *Vozvrashchenie pamyati*, vol. I, pp. 38-42.
<<

[12] GARF, 5446/2/54. <<

[13] GARF, 9401/12/316. <<

[14] *Ibidem*. <<

[15] Véase, por ejemplo, Chirkov, pp. 54-55; Maksimovich, pp. 82-90. <<

[16] GARF, 8131/37/542. <<

[17] GARF, 9489/2/20. <<

[18] Bistroletov, pp. 377-378. <<

[19] Gorbatov, p. 121. <<

[20] Bistroletov, pp. 385-386. <<

[21] A. Morozov, pp. 101-103. <<

[22] Hay un ejemplo en la colección de documentos de Kedrovyi Shor, en poder de la autora. <<

[23] GARF, 9401/12/316. <<

[24] Bistroletov, pp. 169. <<

[25] Ulianovskaya, p. 403. <<

[26] Zhenov, pp. 104-106. <<

[27] GARF, 9489/2/5. <<

[28] Herling, p. 93. <<

[29] Yasnyi, p. 92. <<

[30] Herling, p. 92. <<

[31] Gogua, memoria inédita. <<

[32] Mazus, pp. 34-37. <<

[33] Herling, p. 95. <<

Notas del capítulo 13

[1] RGASPI, 119/7/96. <<

[2] Véase GARF, 9414/4/29 para una lista de funcionarios del canal del mar Blanco excluidos del partido por, entre otras cosas, tener relaciones sexuales con prisioneras. <<

[3] NARK, 865/1/(10/52). <<

[4] Kuperman, memoria inédita. <<

[5] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 154. <<

[6] Véase, por ejemplo, GARF, 9414/4/10. <<

[7] GARF, 9401/1a/61 y 9401/1/743. <<

[8] Kuzmina, pp. 93-99. <<

[9] GARF, 9414/3/40. <<

[10] Razgon, pp. 201-210. <<

[11] Petrov, «Cekisti e il secondino» (la autora leyó el manuscrito en ruso). <<

[12] *Ibidem*. Había excepciones, de las cuales la vida de Viktor Abákumov es una. Comenzó su carrera en el Gulag, sin embargo hasta convertirse en jefe de SMERSH (el servicio de contraespionaje soviético). Véase Ivanova, *Labor Camp Socialism*, pp. 141-142. <<

[13] Ivanova, *ibid*., p. 145. <<

[14] Melgunov, p. 241. Véase también Petrov, «Cekisti e il secondino». <<

[15] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 140. <<

[16] GARF, 9401/1/743. <<

[17] Smirnova, entrevista con la autora. <<

[18] Kokurin y Petrov, *Gulag*, pp. 798-857. <<

[19] RGASPI, 119/3/1, 6, 12 y 206; 119/4/66. <<

[20] GARF, 9414/4/3. <<

[21] GARF, 9401/1/4240. <<

[22] Véase, por ejemplo, GARF, 9414/3/40 y 9401/1/743. <<

[23] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, pp. 143 y 161. <<

[24] GARF, 9489/2/16. <<

[25] GARF, 9414/3/40. <<

[26] GARF, 9401/1a/1. <<

[27] GARF, 9401/1a/10; 9489/2/5 y 9401/1a/5. <<

[28] GARF, 9401/1a/6. <<

[29] Pechora, entrevista con la autora. <<

[30] Kuchin, *Polyanskii II*, pp. 10-16. <<

[31] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, pp. 159-160. <<

[32] Stajner, pp. 241-242. <<

[33] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 160. <<

[34] GARF, 8131/37/2063 y 9401/12/316. <<

[35] Sgovio, pp. 247-248. <<

[36] Nordlander, «Capital of the Gulag». <<

[37] Rotfort, pp. 78-80. <<

[38] Vogelfanger, pp. 147 y 178. <<

[39] Kopelev, pp. 372-375. <<

[40] Razgon, p. 228. <<

[41] Starostin, pp. 83-88. <<

[42] Documento de GARF en poder del autor. <<

[43] *Ibidem*. <<

[44] Este el argumento en Goldhagen. <<

[45] Andreieva, entrevista con la autora. <<

[46] Arguinskaya, entrevista con la autora. <<

[47] GARF, 8131/37/100. <<

[48] R. Medvedev, p. 282. <<

[49] Gorchakov, *L-1-105*, pp. 156-157. <<

[50] Levinson, p. 40. <<

[51] Zhigulin, p. 154; Sandratskaya, memoria inédita, p. 51. <<

[52] Gnedin, p. 117. <<

[53] Berdinskij, p. 22. <<

[54] GARF, 9489/2/20 y 9401/1a/61. <<

[55] Bulgakov, entrevista con la autora. <<

[56] Zhigulin, p. 157. <<

[57] Berdinskij, p. 22. <<

[58] Diakov, p. 65. <<

[59] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 149. <<

[60] Ulianovskaya, p. 316. <<

[61] Weiner, «Nature, Nurture and Memory in a Socialist Utopia». <<

[62] Zhigulin, p. 157. <<

[63] Buber-Neumann, p. 125. <<

[64] Schreider, p. 193. <<

[65] MacQueen. <<

[66] *Ibidem*. <<

[67] Berdinskij, p. 28. <<

[68] Zarod, p. 94. <<

[69] GARF, 8131/37. <<

Notas del capítulo 14

[1] Dostoievski, p. 29. <<

[2] E. Guinzburg, *Journey into the Whirlwind*, pp. 353-354. <<

[3] Gorbatov, p. 125. <<

[4] Ekart, pp. 71-74. <<

[5] Ioffe, pp. 8-9. <<

[6] Razgon, p. 184. <<

[7] Colonna-Czosnowski, p. 109. <<

[8] Varese, pp. 162-164. <<

[9] Abramkin y Chesnokova, pp. 7-22. <<

[10] *Ibidem.* <<

[11] Dostoievski, p. 35. <<

[12] Abramkin y Chesnokova, p. 10. <<

[13] Razgon, p. 185. <<

[14] Dolgun, pp. 139-160. <<

[15] Korallov, entrevista con la autora. <<

[16] Abramkin y Chesnokova, p. 9. <<

[17] Korallov, entrevista con la autora. <<

[18] Varese, pp. 162-164. <<

[19] N. Medvedev, pp. 14-16. <<

[20] *Ibidem*. <<

[21] Shalámov, *Kolyma Tales*, p. 411. <<

[22] Zhigulin, p. 136. <<

[23] A. Akarevich, «Blatnye slova», *Solovetskie Ostrova*, febrero de 1925, n.º 2 (SKM). <<

[24] Shalámov, *Kolyma Tales*, p. 411. <<

[25] Feldgun, memorias inéditas. <<

[26] Berdinskij, p. 132. <<

[27] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. II, p. 441. <<

[28] Lijachev, «Kartezhnye igri ugolovnikov», *Solovetskie Ostrova*, 1930, n.º 1, pp. 32-35 (SKM). <<

[29] Colonna-Czosnowski, pp. 126-131. <<

[30] Varese, p. 159. <<

[31] Finkelstein, entrevista con la autora. <<

[32] Zemskov, «Zalyuchennie v 1930 e-gody», p. 68. <<

[33] Dugin; Zemskov, *ibid*., p. 65. <<

[34] Adamova-Sliozberg, «My Journey», en Vilensky, *Till my Tale is Told*, p. 2.
<<

[35] Elletson, p. 2. <<

[36] Kuchin, *Polyanskii ITL*, pp. 37-38. <<

[37] E. Guinzburg, *Within the Whirlwind*, pp. 334-335: Razgon, p. 93. <<

[38] Razgon, p. 93. <<

[39] Warwick, memorias inéditas. <<

[40] Federolf, p. 123. <<

[41] Gagen-Torn, p. 77. <<

[42] Leipman, p. 89. <<

[43] Noble, p. 121. <<

[44] Leipman, p. 89. <<

[45] Herling-Grudzinski, p. 25. <<

[46] S. I. Kuznetsov. <<

[47] Panin, p. 187. <<

[48] Stajner, p. 203. <<

[49] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. III, p. 401. <<

[50] Hoover, Colección Adam Galinski. <<

[51] Wat, p. 147. <<

[52] Jachatrian, entrevista con la autora. <<

[53] Buca, p. 122. <<

[54] Negretov, entrevista con la autora. <<

[55] Korallov, entrevista con la autora. <<

[56] Sitko, entrevista con la autora. <<

[57] Purizhinskaya, entrevista con la autora. <<

[58] GARF, 9414/1/206 (estadísticas por nacionalidad para 1954). <<

[59] Petrov, pp. 119-137. <<

[60] Trus, entrevista con la autora. <<

[61] Federolf, p. 234. <<

[62] Gagen-Torn, p. 205. <<

[63] Andreievna, entrevista con la autora. <<

[64] Pechora, entrevista con la autora. <<

[65] Larina, p. 159. <<

[66] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. II, p. 130. <<

[67] Andreievna, entrevista con la autora. <<

[68] Gagen-Torn, p. 208. <<

[69] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. II, pp. 65-66. <<

[70] Arguinskaya, entrevista con la autora. <<

Notas del capítulo 15

[1] Vilenski, *Till my Tale is Told*, pp. 53-54. <<

[2] Por ejemplo, Vilenski, entrevista con la autora. <<

[3] Herling, pp. 134-135. <<

[4] Levinson, pp. 72-75. <<

[5] GARF, 9401/1a/107. <<

[6] Véase, por ejemplo, Alin, pp. 157-160, y Evstonichev, pp. 19-20. <<

[7] Estadísticas compiladas de varias fuentes, GARF. Agradezco a Aleksandr Kokurin por ellas. <<

[8] Shalámov, *Kolyma Tales*, pp. 415-431. <<

[9] Sgovio, pp. 173-174. <<

[10] Abramkin y Chesnokova, p. 18; Marchenko, *To Live Like Everyone*, p. 16.
<<

[11] Yakir, pp. 46-47. <<

[12] Ulianovskaya, pp. 388-391, y Lvov, memorias inéditas. <<

[13] Ulianovskaya, *ibid*. <<

[14] Frid, pp. 186-187. <<

[15] Lvov, memorias inéditas. <<

[16] Hoover, Colección del Ministerio de Información, Polonia, caja 114, carpeta 2. <<

[17] Pechora, entrevista con la autora. <<

[18] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. 2, p. 233. <<

[19] Hava Volovich, «My past», en Vilensky, *Till My Tale is Told*, p. 260. <<

[20] Buca, pp. 134-135. <<

[21] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. 2, p. 233. <<

[22] Frid, p. 187. <<

[23] *Ibid*., pp. 187-188. <<

[24] Zhigulin, pp. 128-133. <<

[25] Vogelfanger. <<

[26] Sitko, entrevista con la autora. <<

[27] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. 2, pp. 248-249. <<

[28] *Ibid*., p. 249. <<

[29] Natalia Zaporozhets, en Vilensky, *Till My Tale is Told*, pp. 532-539. <<

[30] Vilenski, *Deti Gulaga*, p. 428. <<

[31] Hoover, Colección del Ministerio de Información, Polonia, caja 114, carpeta 2. <<

[32] Por ejemplo, la amnistía de mujeres y niños en 1945 excluía específicamente a los presos políticos, al igual que la de 1948. GARF 8131/37/454; 9401/ 1a/191 y 9401/1/743. <<

[33] Jachatrian, entrevista con la autora. <<

[34] Joffe, p. 124. <<

[35] Frid, p. 184; GARF 9414/1/2741. <<

[36] Andreieva, entrevista con la autora. <<

[37] Yakovenko, p. 196. <<

[38] Hava Volovich, «My past», en Vilensky, *Dodnes Tiagoteet*, pp. 260-264. <<

[39] GARF 9401/2/234. <<

[40] GARF 8313/37/4554 y 1261. <<

[41] Vilenski, *Deti Gulaga*, p. 150. <<

[42] Joffe, pp. 127-135. <<

[43] Anónimo, entrevista con la autora. <<

[44] GARF 8313/37/4554. <<

[45] E. Guinzburg, *Within the Whirlwind*, pp. 3-11. <<

[46] Aunque la anónima jefa de la guardería que entrevisté negó que esto ocurriera, muchísimas memorias hablan de madres que eran separadas de sus hijos. Susanna Pechora dice que en los campos de destino especial era una práctica habitual. <<

[47] Armonas, pp. 156-161. <<

[48] Vilenski, *Deti Gulaga*, p. 320. <<

[49] Bazarov, p. 362. <<

[50] Vilenski, *Deti Gulaga*, p. 144. <<

[51] GARF 9401/1a/20. <<

[52] Vilenski, *Deti Gulaga*, p. 248. <<

[53] *Ibid.*, p. 247. <<

[54] GARF 9401/1a/20. <<

[55] Yakir, p. 31. <<

[56] Anónimo, *Ekho iz Nebutiya*, pp. 289-292. <<

[57] Hochschild, p. 87. <<

[58] Pechora, entrevista con la autora. <<

[59] Lahti, memorias inéditas. <<

[60] GARF 9414/1/27. <<

[61] Serge, p. 28. <<

[62] Bazarov, p. 383. <<

[63] GARF 9414/1/42; Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. 2, p. 233. <<

[64] GARF 9414/1/42; Bazarov, pp. 385-393. <<

[65] Razgon, p. 162. <<

[66] GARF 9412/1/58. <<

[67] GARF 9401/1a/62 y 7. <<

[68] GARF 9401/1a/57. <<

[69] Yakir, pp. 32-62. <<

[70] GARF 8131/37/2063. <<

[71] GARF 9414/1/27. <<

[72] GARF 9401/1a/81. <<

[73] GARF 8131/37/2063. <<

[74] Archivos GARF en la colección de la autora. <<

[75] GARF 9414/4/1; del periódico *Perekovka*, 1 de junio de 1934. <<

[76] GARF 9401/1a/107. <<

[77] GARF 9401/1a/84. <<

[78] GARF 8131/37/4547. <<

[79] Razgon, pp. 162-163. <<

[80] *Ibid*., p. 162. <<

[81] Wigmans, p. 90. <<

[82] Klein, *Ulybki nevoli*, pp. 20-25. <<

[83] Vilenski, *Deti Gulaga*, p. 428. <<

Notas del capítulo 16

[1] Gagen-Torn, p. 244. <<

[2] Rossi, *The Gulag Handbook*, pp. 107-108 y 476. <<

[3] GARF, 9414/3/40. <<

[4] Herling, p. 51. <<

[5] Sgovio, p. 177. <<

[6] Tamara Petkevich, «Just One Fate», en Vilenski, *Till My Tale is Told*, pp. 223-224. <<

[7] Shalámov, de una publicación clandestina. La autora la tradujo al inglés con la colaboración de Galya Vinogradova. Aunque la autora tiene buenas razones para pensar que es una obra de Varlam Shalámov, algunas obras circularon en la Unión Soviética equivocadamente con su nombre. <<

[8] Sgovio, pp. 160-161 y 162. <<

[9] Herling, p. 136. <<

[10] Giloa, pp. 53-54. <<

[11] Bardach, p. 235. <<

[12] N. Mandelstam, p. 263. <<

[13] Gnedin, pp. 80-86. <<

[14] Merridale, p. 261. <<

[15] Todorov, *Facing the Extreme*, p. 37. <<

[16] Rotfort, pp. 40-41. <<

[17] Eizenberger, pp. 38-39. <<

[18] Mindlin, p. 60. <<

[19] E. Guinzburg, *Within the Whirlwind*, p. 91. <<

[20] Todorov, *Facing the Extreme*, p. 63. <<

[21] GARF, 8231/37/809. <<

[22] Buca, p. 150; Berdinskij, p. 28. <<

[23] Vogelfanger, p. 80. <<

[24] GARF, 8231/37/809. <<

[25] GARF, 8231/37/542. <<

[26] Merridale, p. 265. <<

[27] Cita de Shalámov, «Land-Lease», en *Relatos de Kolimá*, traducción de Ricardo San Vicente, Barcelona, Mondadori, 1998, p. 309. <<

[28] GARF, 9414/1/2809. <<

[29] GARF, 9414/1/2771. <<

[30] Herling, p. 149. <<

Notas del capítulo 17

[1] Shalámov, *Neskolko moij zhiznei*, p. 391. <<

[2] Volgelfanger, p. 206. <<

[3] Citado en Todorov, *Facing the Extreme*, p. 32. <<

[4] Buca, p. 79. <<

[5] Usakova, entrevista con la autora. <<

[6] Herling, p. 68. <<

[7] Colonna-Czosnowski, p. 118. <<

[8] Shalámov, *Kolyma Tales*, pp. 405-414. <<

[9] Numerosos escritores han escrito sobre la *tufta* en la URSS. Véase Fitzpatrick, *Everyday Stalinism*; Berliner, Ledeneva, y Andreiev-Jomiakov. <<

[10] Diakov, p. 54. <<

[11] Anónimo, entrevista con la autora. <<

[12] Cohen, pp. 140-147. <<

[13] Yasnyi, p. 51. <<

[14] Borin, pp. 234-236. <<

[15] Shister, entrevista con la autora. <<

[16] Petrov, p. 179. <<

[17] Herling, p. 37. <<

[18] Usova, memorias inéditas. <<

[19] Karta, Kazimierz, Colección Zamorzki, Texzka 1, documento 6107 (Halina Storozuk). <<

[20] Frid, pp. 134-136. <<

[21] E. Guinzburg, *Journey into the Whirlwind*, p. 416. <<

[22] Samsonov, *Zhizn prodoshaetsya*, pp. 70-71. <<

[23] Zorin, entrevista con la autora. <<

[24] Filkenstein, entrevista con la autora. <<

[25] Adamova-Sliozberg, pp. 50-51. <<

[26] Rossi, *The Gulag Handbook*, pp. 247 y 255. <<

[27] Klein, *Ulybki nevoli*, pp. 60-61 y 73. <<

[28] GARF, 9414/1/28. <<

[29] Filshtinski, pp. 15-22. <<

[30] Sofsky, p. 130. <<

[31] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. II, pp. 252-253. <<

[32] Petrov, pp. 48-96. <<

[33] GARF, 9489/2/19. <<

[34] Razgon, p. 154. <<

[35] GARF, 9401/12/316. <<

[36] GARF, 8131/37/356. <<

[37] Filshtinski, pp. 15-22. <<

[38] Berdinskij, p. 113. <<

[39] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. II, pp. 360-366. <<

[40] *Ibid*., pp. 260-261. <<

[41] Razgon, p. 153. <<

[42] *Ibid.*, p. 156. <<

[43] Kopolev, pp. 142-144. <<

[44] E. Guinzburg, *Within the Whirlwind*, p. 108. <<

[45] Eisenberger, pp. 67-68. <<

[46] Aleksandrovich, p. 11.<<

[47] Roszas, p. 282. Le agradezco a Janos Roszas el envío de este material. <<

[48] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. I, p. 279; Reshetovskaya, pp. 121-122. <<

[49] GARF, 9414/1/2736. <<

[50] GARF, 9489/2/25. <<

[51] Herling, pp. 101-102. <<

[52] Papkov, p. 57. <<

[53] GARF, 9489/2/25. <<

[54] Aleksandrovich, pp. 11 y 22. <<

[55] GARF, 8731/37/4547. <<

[56] GARF, 9489/2/25. <<

[57] Colonna-Czosnowski, pp. 102-107. <<

[58] Finkelstein, entrevista con la autora. <<

[59] Okunevaskaya, p. 336. <<

[60] Vogelfanger, pp. 71-72. <<

[61] Buca, p. 150. <<

[62] GARF, 8131/37/809. <<

[63] Trus, entrevista con la autora. <<

[64] GARF, 9414/1/2739. <<

[65] Por ejemplo, GARF, 9489/2/18. <<

[66] E. Guinzburg, *Within the Whirlwind*, p. 8. <<

[67] Dolgun, p. 239. <<

[68] Bardach, p. 259. <<

[69] Vogelfanger, pp. 68-162. <<

[70] GARF, 9414/1/2171. <<

[71] GARF, 9489/2/5/474. <<

[72] Zhigulin, p. 153. <<

[73] Kudryavtsev, p. 288. <<

[74] Dolgun, p. 273; Lipper, pp. 257-258. <<

[75] Herling, pp. 80-82. <<

[76] Zhigulin, p. 151. <<

[77] Bardach, pp. 332-333. <<

[78] Lipper, p. 258.<<

[79] Dolgun, pp. 176-179. <<

[80] Todorov, *Facing the Extreme*, pp. 47-120. <<

[81] Federolf, p. 224. <<

[82] Z. Marchenko, memorias inéditas. Agradezco a Zoya Marchenko el haberme dado su obra. <<

[83] Bardach, pp. 207-208. <<

[84] Adamova-Sliozberg, pp. 8-9. <<

[85] Bardach, pp. 122-139. <<

[86] Shalámov, de una publicación clandestina, traducida al inglés con la ayuda de Galya Vinogradova. Aunque la autora tiene buenas razones para pensar que esta es la obra de Varlam Shalámov, algunos trabajos han circulado en la Unión Soviética incorrectamente con su nombre. <<

[87] Scammell, *Solzhenitsin*, p. 284. <<

[88] Pushnin, pp. 103-117. <<

[89] Cherjanov, memorias inéditas; Ulianovskaya, p. 300. <<

[90] Zorin, entrevista con la autora. <<

[91] Zarod, p. 118. <<

[92] Andreieva, entrevista con la autora. <<

[93] Tvardovski, pp. 272-275. <<

[94] Klein, *Ulybki nevoly*, pp. 70-71. <<

[95] GARF, 9489/2/20.<<

[96] Feldgun, memorias inéditas. <<

[97] Panin, p. 79. <<

[98] Chirkov, pp. 96-97. <<

[99] Herling, p. 156. <<

[100] Okunevskaya, p. 352. <<

[101] Starostin, pp. 89-92. <<

[102] Finkelstein, entrevista con la autora. <<

[103] E. Guinzburg, *Journey into the Whirlwind*, p. 292. <<

[104] Wat, p. 142. <<

[105] Dolgun, pp. 141-147. <<

[106] Bardach, p. 190. <<

[107] Colonna-Czonowski, pp. 120-121. <<

[108] Smirnof, conversación con la autora, febrero de 2001. <<

[109] Arguinskaya, entrevista con la autora. <<

[110] Ulianovskaya, pp. 356-365. <<

Notas del capítulo 18

[1] Rawicz, p. 96. <<

[2] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. III, p. 97. <<

[3] Shalámov, *Kolyma Tales*, pp. 343-379. <<

[4] MacQueen. <<

[5] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. III, pp. 197-199. <<

[6] A. Morozov, p. 187. <<

[7] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. III, pp. 197-199. <<

[8] Kusurgashev, pp. 34-36; Rossi, *The Gulag Handbook*, pp. 204-205. <<

[9] GARF, 9401/1a/552 y 64. <<

[10] Stajner, p. 78. <<

[11] Zhigulin, pp. 191-212. <<

[12] Rossi, *The Gulag Handbook*, p. 406. <<

[13] GARF, 9401/1a/185. <<

[14] GARF, 9401/1a/7. <<

[15] Malgasov. <<

[16] GARF, 9414/4/18. <<

[17] V. Chernavin, p. 357; T. Chernavin. <<

[18] Chujin, *Kanaloarmeetsi*, pp. 188-192. <<

[19] GARF, 9401/1a/5. <<

[20] Makurov, p. 6. <<

[21] Rossi, *The Gulag Handbook*, pp. 310-311. <<

[22] Kozlov, «Sevvostlag NKVD SSSR», p. 81. <<

[23] GARF, 9401/1a/128; Kuchin, *Polyanskii ITL*, p. 148. <<

[24] GARF, 9414/1/2632; Kuchin, *Polyanskii ITL*, p. 148. <<

[25] Shalámov, *Kolyma Tales*, p. 345; Rossi, *The Gulag Handbook*, p. 342. <<

[26] Rossi, *ibid*., p. 310. <<

[27] Lvov, memorias inéditas. <<

[28] V. Chernavin, p. 319. <<

[29] GARF, 9401/1a/552 y 64. <<

[30] Buca, p. 33. <<

[31] GARF, 9401/1a/64. <<

[32] GARF, 9414/4/10. <<

[33] GARF, 9401/12/319. <<

[34] Shalámov, *Kolyma Tales*, pp. 80-85. <<

[35] GARF, 9401/1a/552. <<

[36] GARF, 9401/1a/64 y 9401/12/319 entre otros. <<

[37] Buca, pp. 123-127. <<

[38] Vilenski, entrevista con la autora. <<

[39] Uno de los principales estudiosos rusos del Gulag, Veniamin Ioffe, director de la Sociedad Memoria de San Petersburgo, trató de encontrar los documentos de Rawicz sin lograrlo. Después de mantener correspondencia con el fallecido autor, que encontró poco convincente, se le suscitaron nuevas dudas. <<

[40] Herling, pp. 124-125. <<

[41] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 45. <<

[42] Petrus, p. 61. <<

[43] Ratushinskaya, pp. 21-22. <<

[44] Petrus, p. 63. <<

[45] Osipova, pp. 87-109; Serge, p. 71. <<

[46] V. M. Poleshchikov, monografía inédita, en la colección de la autora; Ioffe, pp. 122-130; Rossi, *The Gulag Handbook*, p. 120. <<

[47] Osipova, pp. 109-134; M. Baitalskii, «Trotskisty na Kolyme», en *Minuvshee*, vol. 2, 1990, pp. 346-357. <<

[48] El siguiente relato proviene en buena medida de Mijaíl Rogachev, «Bunt nad Usa», *Karta*, n.º 17, 1995, pp. 97-105, y de conversaciones con Rogachev en julio de 2001. Hay también algunos detalles de Poleshchikov, pp. 37-65; Ivanova, *Labor Camp Socialism*, pp. 54-55; Osipova, pp. 167-182. <<

[49] Ivanova, *ibid*., p. 45. <<

Notas del capítulo 19

[1] Sitko, poema sin título, de *Tyazhest sveta*, p. 11. <<

[2] Stajner, p. 101. <<

[3] E. Guinzburg, *Within the Whirlwind*, pp. 26-42. <<

[4] Warwick, memorias inéditas. <<

[5] GARF, 9414/1/68; *Imet silu pomnit*, p. 166. <<

[6] E. Guinzburg, *Within the Whirlwind*, p. 28. <<

[7] Gogua, memorias inéditas. <<

[8] Hoover, Colección del Ministerio de Información de Polonia, caja 114, carpeta 2. <<

[9] GARF, 9401/1a/107. <<

[10] Herling-Grudzinski, p. 197. <<

[11] Kokurin y Morukov, «Gulag: struktura i kadry», *Svodobnaya Mysl*, n.º 7; Kokurin y Petrov, *Gulag*, p. 441. <<

[12] Bacon, p. 149. <<

[13] *Ibid*., p. 148. <<

[14] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 94. <<

[15] GARF, 7523/4/37 y 38. <<

[16] Overy, p. 77. <<

[17] Brodski, p. 285. <<

[18] Al menos tres personas me dijeron esto en las islas, incluido el director del museo de Solovki. <<

[19] Makurov, p. 195. <<

[20] Gurianov, Kokurin y Popi-ski, pp. 8-10. *Drogi Smierci*, publicada por el Instituto Karta, consiste en una colección de documentos de los archivos soviéticos y memorias (inéditas en su mayor parte) procedentes del Archiwum Wschodnie (archivo oriental) de Karta, referentes al destino de los prisioneros en la Polonia oriental durante los primeros años de la guerra. <<

[21] Bacon, p. 91; Gurianov, Kokurin y Popi-ski, pp. 10-26. <<

[22] GARF, 9414/1/68. <<

[23] Bacon, pp. 88-89. <<

[24] M. Shteinberg, «Étap vo vremya voiny», en *Pamiat Kolymy*, 1978, p. 167.
<<

[25] Gurianov, Kokurin y Popi-ski, p. 90. <<

[26] GARF, 9414/1/68. <<

[27] M. Shteinberg, «Étap vo vremya voiny», en *Pamiat Kolymy*, 1978, pp. 167-171. <<

[28] GARF, 9414/1/68. <<

[29] Bacon, p. 91. <<

Notas del capítulo 20

[1] En Taylor-Terlecka, pp. 56-57. Traducido al inglés por la autora con ayuda de Piotr Pazkowski. <<

[2] Razgon, p. 138. <<

[3] *Ibidem.* <<

[4] Glowacki, p. 273. <<

[5] Sword, p. 13. <<

[6] Gurianov, pp. 4-9. <<

[7] Martin, «Stalinist Forced Relocation Policies», pp. 305-339. <<

[8] Lieven, *The Baltic Revolution*, p. 82. <<

[9] Glowacki, p. 331. <<

[10] RGVA, 40/1/71/323. <<

[11] Gross y Grudzinska-Gross, p. 77. <<

[12] *Ibid*., p. 147. <<

[13] *Ibid*., pp. 80-81. <<

[14] Conquest, *The Soviet Deportation of Nationalities*, pp. 49-50. <<

[15] Martin, «Stalinist Forced Relocation Policies», pp. 305-339. <<

[16] Conquest, *The Soviet Deportation of Nationalities*, pp. 3-5. <<

[17] Naimark, *Fires of Hatred*, pp. 98-101. <<

[18] Martin, «Stalinist Forced Relocation Policies», pp. 305-339. <<

[19] Pohl, «The Deportation and Fate of the Crimean Tartars», pp. 11-17. <<

[20] Lieven, *Chechnya*, p. 319; Naimark, *Fires of Hatred*, p. 97. <<

[21] Lieven, p. 320. <<

[22] Pohl, «The Deportation and Fate of the Crimean Tartars», pp. 17-19. <<

[23] Lieven, *ibid*., pp. 318-330; Naimark, *Fires of Hatred*, pp. 98-101. <<

[24] Zagorulko (una gran colección de documentos de varios archivos, publicada con los auspicios de los Servicios del Archivo Federal, GARF, TsJIDK y la Universidad de Volgogrado, con financiación de la Fundación Soros). <<

[25] Overy, p. 52. <<

[26] Sword, p. 5. <<

[27] Pikhoya, *Katyn*, p. 36. <<

[28] Véase Czapski, que describe los esfuerzos del gobierno polaco por encontrar a los oficiales. <<

[29] Sword, pp. 2-5. <<

[30] Beevor, p. 411. <<

[31] Zagorulko, pp. 31 y 333. <<

[32] *Ibid*., pp. 25-33. <<

[33] Las cifras son de Overy, p. 297, y provienen de documentos soviéticos de 1956. Otro documento soviético de 1949, reimpreso en Zagorulko, pp. 331-333, contiene cifras similares (2 979 000 alemanes, 1 220 000 no alemanes, 590 000 japoneses y 570 000 muertos). <<

[34] Gustav Menczer, presidente de la sociedad húngara de supervivientes del Gulag, conversación con la autora, febrero de 2002. <<

[35] Bien, memorias inéditas. <<

[36] Knight, «The Truth about Wallenberg». <<

[37] Zagorulko, p. 131. <<

[38] *Ibid*., p. 333. Había cerca de 20 000 prisioneros de guerra en el Gulag. <<

[39] *Ibid*., pp. 604-609 y 1042. <<

[40] *Ibid*., pp. 667-668. <<

[41] *Ibid.*, p. 38. <<

[42] Naimark, *The Russians in Germany*, p. 43. <<

[43] Zagorulko, pp. 40 y 54-58. <<

[44] *Vostochnaya Europa*, pp. 370 y 419-422. <<

[45] Zagorulko, pp. 40 y 54-58. La mayoría de los prisioneros de guerra fueron liberados a comienzos de los años cincuenta, aunque 20 000 permanecían en la URSS en el momento de la muerte de Stalin. <<

[46] Sitko, *Tyazhest sveta*, p. 10.<<

[47] Bethell, p. 17. <<

[48] *Ibid*., pp. 166-169. <<

[49] *Ibid*., pp. 103-165. <<

[50] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 43. <<

[51] Pohl, *The Stalinist Penal System*, pp. 50-52. <<

[52] GARF, 7523/4/164. <<

[53] GARF, 9401/1a/135; 9401/1/176 y 9401/1a/136. <<

[54] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 43. <<

[55] Kruglov, pp. 66, 256 y 265. <<

[56] Vilenski, entrevista con la autora. <<

[57] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 43. <<

[58] Klein, *Ulybki nevoli*, pp. 396-403. <<

[59] Hava Volovich, «My Past», en Vilensky, *Till My Tale Is Told*, p. 259. <<

[60] Wallace, p. 137. <<

[61] *Ibid*., p. 117. <<

[62] GARF, 9401/2/65; Sgovio, p. 251; Wallace, pp. 33-41. <<

[63] Wallace, pp. 33-41; Sgovio, p. 251. <<

[64] Wallace, pp. 127-128. <<

[65] Wallace, p. 205. <<

Notas del capítulo 21

[1] En Taylor-Terlecka, p. 144. Traducido por la autora del inglés con la colaboración de Piotr Pazkowski. <<

[2] GARF, 9414/1/68; Zemskov, «Sudba Kulatskoi ssylki», pp. 129-142; Martin, «Stalinist Forced Relocation Policies». <<

[3] El número de prisioneros en los campos forestales disminuyó de 338 850 en 1941 a 122 960 en 1944. Ojotin y Roginski, p. 112. <<

[4] Sgovio, p. 242. <<

[5] Gorbatov, pp. 150-151. <<

[6] Comité sobre el sistema judicial (testimonio de Avraham Shifrin). <<

[7] Gorbatov, pp. 169, 174-175 y 194. <<

[8] Véase, por ejemplo, Overy, pp. 79-80. <<

[9] E. Guinzburg, *Within the Whirlwind*, p. 30. <<

[10] GARF, 9414/1/1146. <<

[11] Mindlin, p. 61. <<

[12] Bacon, pp. 135-137, 140-141 y 144. <<

[13] GARF, 9414/1/68. <<

[14] Sword, pp. 30-36. <<

[15] *Ibid.*, p. 48. <<

[16] Karta, Colección de Kazimierz Zamorski, carpeta 1, documento 15 885, y carpeta 1, documento 15 882. <<

[17] Sword, pp. 60-87. <<

[18] *Slave Labor in Russia*, p. 31. <<

[19] Djilas, p. 114. <<

[20] Kotek y Rigoulot, p. 527. <<

[21] *Ibid*., pp. 543-544. <<

[22] *Ibid*., pp. 544-548; también Andrzej Packowski, «Poland, the Enemy Nation», en Courtois, pp. 363-393. <<

[23] Kotek y Rigoulot, pp. 565-572. <<

[24] Naimark, *The Russians in Germany*, pp. 376-397. <<

[25] Todorov, *Voices from the Gulag*, pp. 39-40. <<

[26] Saunders, pp. 1-11; Kotek y Rigoulot, pp. 619-648. <<

[27] Ogawa y Yoon, p. 3. <<

[28] Alla Startseva y Valerya Korchagina, «Pyonyang Pays Russia with Free Labor», *Moscow Times*, 6 de agosto de 2001, p. 1. <<

Notas del capítulo 22

[1] De *Sred drugij imen*, p. 64. <<

[2] E. Guinzburg, *Within the Whirlwind*, p. 279. <<

[3] Véase Elena Zubkova, *Russia after the War*. <<

[4] GARF, 9401/1/743 y 9401/2/104. <<

[5] Kokurin y Petrov, *Gulag*, p. 540. <<

[6] Service, *A History of Twentieth-Century Russia*, p. 209; Ivanova, «Poslevoennye repressii». <<

[7] Andrew y Gordievsky, p. 341. <<

[8] Ivanova, «Poslevoennye repressii», p. 256. <<

[9] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, pp. 48-53. <<

[10] Bacon, p. 24. <<

[11] Nicolas Werth, «Apogee and Crisis in the Gulag System», en Courtois, pp. 235-239. <<

[12] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, pp. 55-56. <<

[13] E. Guinzburg, *Within the Whirlwind*, p. 283. <<

[14] *Ibid*., pp. 290-291. <<

[15] *Ibid*., p. 291. <<

[16] Adamova-Sliozberg, p. 71. <<

[17] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, pp. 55-56. <<

[18] Kokurin y Morukov, «Gulag: struktura i kadry» (parte 14), *Svobodnaya Mysl*, n.º 11 (noviembre de 2000). <<

[19] Kuts, p. 195. <<

[20] Bulgakov, entrevista con la autora. <<

[21] Kokurin y Petrov, *Gulag*, pp. 555-557; Kokurin, «Vosstanie v Steplage». <<

[22] Kokurin, «Vosstanie v Steplage»; Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 55. <<

[23] Abramkin y Chesnokova, p. 10. <<

[24] GARF, 9401/1a/270. <<

[25] Abramkin y Chesnokova, pp. 10-11. <<

[26] Zhigulin, pp. 135-137. <<

[27] Georgi Feldgun, memorias inéditas. <<

[28] Zhigulin, pp. 135-137. <<

[29] GARF, 9401/1/4240. <<

[30] Véase, por ejemplo, Ilya Golts, «Vorkuta», en *Minuvshee*, vol. 7 (1992), pp. 317-355. <<

[31] Craveri y Jlevnyuk. <<

[32] Ivanova, «Poslevoennye repressii». <<

[33] Kokurin y Morukov. <<

[34] Craveri y Jlevnyuk, p. 186. <<

[35] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 125. <<

[36] Craveri y Jlevnyuk, p. 183. <<

[37] Craveri. <<

[38] Nicolas Werth, «Apogee and Crisis in the Gulag System», en Courtois, pp. 235-239. <<

[39] Craveri y Jlevnyuk, p. 183. <<

[40] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 125. <<

[41] Véase, por ejemplo, Klein, *Ulybki nevoli*, p. 61; Berdinskij, p. 56. <<

[42] Craveri y Jlevnyuk, p. 185. <<

[43] *Ibid*., p. 186. <<

[44] Knight, *Beria*, pp. 160-169. <<

[45] Naumov y Rubinstein, pp. 61-62. <<

[46] *Ibid.*, p. 62. <<

Notas del capítulo 23

[1] Citado en Conquest, *Stalin*, p. 312. <<

[2] Alexandrovich, p. 57. <<

[3] Ulianovskaya, p. 280. <<

[4] Andreieva, entrevista con la autora. <<

[5] E. Guinzburg, *Within the Whirlwind*, p. 357. <<

[6] Stajner, p. 358. <<

[7] Berdinskij, p. 204. <<

[8] Adamova-Sliozberg, p. 80. <<

[9] Roeder, p. 195. <<

[10] Vasileeva, entrevista con la autora. <<

[11] Jruschov, vol. I, pp. 322-323. <<

[12] Knight, *Beria*, p. 185. <<

[13] Naumov y Sigachev, pp. 19-21 (APRF, 3/52/100). <<

[14] Knight, *Beria*, p. 185 <<

[15] *Ibidem*. <<

[16] Naumov y Sigachev, pp. 28-29 (GARF, 9401/1/1209). <<

[17] Knight, *Beria*, pp. 188-194. <<

[18] Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 124. <<

[19] Knight, *Beria*, pp. 194-224. <<

[20] Dolgun, p. 261. <<

[21] Aleksandrovich, p. 57. <<

[22] Filshtinski, entrevista con la autora. <<

[23] Armonas, pp. 153-160. <<

[24] Pechora, entrevista con la autora. <<

[25] Trus, entrevista con la autora. <<

[26] Usakova, entrevista con la autora. <<

[27] Zorin, entrevista con la autora. <<

[28] Jachatrian, entrevista con la autora. <<

[29] Bulgakov, entrevista con la autora; Ilya Golts, «Vorkuta», en *Minuvshee*, vol. 7 (1992), p. 334. <<

Notas del capítulo 24

[1] Anna Barkova, «En los barracones del campo de prisioneros», citado en Vilensky, *Dodnes tyagoteet*, p. 341. <<

[2] GARF, 9413/1/159. <<

[3] N. A. Morozov, *Osobye lagerya MDV SSSR*, pp. 23-24. <<

[4] *Ibid*., pp. 24-25; Noble, p. 143. <<

[5] Noble, p. 143. <<

[6] GARF, 9413/1/160. <<

[7] GARF, 9413/1/160; N. A. Morozov, *Osobye lagerya MDV SSSR*, p. 27. <<

[8] Noble, p. 143. <<

[9] GARF, 9413/1/160. <<

[10] Kosyk, pp. 56-65 y 61. <<

[11] Vilenski, entrevista con la autora. <<

[12] GARF, 9413/1/160. <<

[13] *Ibidem*. <<

[14] Hoover, Colección Adam Galinski. <<

[15] Buca, pp. 271 y 272. <<

[16] Berdinskij, pp. 239-240. <<

[17] «Materialy soveshchaniya rukovodyashchij rabotnikov ITL i kolonii MVD SSSR, 27 set. -1 okt. 1954», en la Colección de la Sociedad Memoria. <<

[18] Morozov y Rogachev. <<

[19] Este relato del levantamiento de Kengir fue compuesto mediante una comparación y síntesis de diversas fuentes. Una colección de documentos de archivo referentes al levantamiento fue compilada y anotada por Aleksandr Koturin («Vosstanie v Steplage»). La historiadora italiana Marta Craveri ha escrito el relato más fiable del levantamiento hasta la fecha, usando estos documentos y otros, así como entrevistas a los participantes (Craveri, «Krizis Gulaga», p. 324). Un recuento más irregular del levantamiento fue realizado utilizando fuentes de la oposición ucraniana en Volodymyr Kosyk, *Concentration Camps in the URSS*. También he utilizado varios relatos escritos del levantamiento, sobre todo Lyubov Bershadskaya, *Rastoptanne zhizni*, pp. 86-97, y L. Kekushev, *Zveriada*, pp. 130-143, así como documentos y memorias publicadas en la revista *Volya*, 2-3 (1994), pp. 307-370. Entrevisté a Irena Arguinskaya que estuvo presente en Steplag durante el levantamiento también. El relato de Solzhenitsin también compuesto a partir de entrevistas a los participantes, aparece en *The Gulag Archipelago*, vol. 3, pp. 285-331. Si no se especifica en las notas, todas las descripciones de los hechos están basadas en estas fuentes. He seguido la cronología de Craveri. <<

[20] Esta observación es de Marta Craveri. <<

[21] *Volya*, 2-3 (1994), p. 309. <<

[22] Bershadskaya, p. 87. <<

[23] *Ibid*., pp. 95-97. <<

Notas del capítulo 25

[1] Andréi Voznesenski, «Hijos del culto», reimpreso en Cohen, p. 184. <<

[2] Craveri y Jlevnyuk, p. 187. <<

[3] «Materialy soveshchaniya rukovodyashchij rabotnikov ITL i kolonii MVD SSSR, 27 set. -1 okt. 1954», en la Colección de la Sociedad Memoria; Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 66; Ojotin y Roginski, pp. 58-59; Kovalchuk-Koval, p. 299; Filshtinski, entrevista con la autora. <<

[4] GARF, 9401/2/450. <<

[5] GARF, 9401/2/450. <<

[6] Jruschov, p. 559. <<

[7] *Ibid*., pp. 559-618. <<

[8] R. Smith, pp. 131-174. <<

[9] GARF, 9401/2/479. <<

[10] GARF, 9401/2/479; Craveri, p. 337; Ivanova, *Labor Camp Socialism*, p. 67.
<<

[11] Ivanova, *ibid*., pp. 67-68; Craveri y Jlevnyuk, p. 189. <<

[12] Ivanova, *ibid*.; Craveri y Jlevnyuk, pp. 188-189. <<

[13] Andréiev-Jomiakov, pp. 3-4. <<

[14] Kusurgashev, p. 70. <<

[15] Vera Korneeva, citado en Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. III, p. 454. <<

[16] Zorin, entrevista con la autora. <<

[17] Korol, p. 189. <<

[18] GARF, 9489/2/20. <<

[19] Efron, *Miroedija*, pp. 127-128. <<

[20] A. Morozov, pp. 381-382. <<

[21] Hoover, Fondo 89, 18/38. <<

[22] Bulgakov, entrevista con la autora. <<

[23] K. Smith, p. 133. <<

[24] Cohen, p. 36. <<

[25] K. Smith, p. 135; Hochschild, pp. 222-223. <<

[26] K. Smith, p. 138. <<

[27] Adamova-Sliozberg, pp. 84-86. <<

[28] Solzhenitsin, *Cancer Ward*, p. 202. <<

[29] Cohen, p. 36. <<

[30] Antonov-Ovseenko, *The Time of Stalin*, pp. 332-336. <<

[31] Cohen, p. 36. <<

[32] Razgon, p. 50. <<

[33] Solzhenitsin, *The Gulag Archipelago*, vol. III, p. 455. <<

[34] Korolev, entrevista con la autora. <<

[35] Aksyonov, p. 382. <<

[36] Citado en Adler, p. 141. <<

[37] Vilenski, *Deti Gulaga*, p. 460. <<

[38] Olga Adamova-Sliozberg, «My Journey», en Vilenski, *Till My Tale is Told*, p. 70. <<

[39] Adler, p. XX. <<

[40] Cohen, p. 38. <<

[41] Rothberg, pp. 12-40. <<

[42] La biografía más completa de Solzhenitsin es el libro de Michael Scammell, *Solzhenitsyn*. A menos que se señale en las notas, toda la información biográfica sobre él proviene de ese texto. <<

[43] Scammell, *Solzhenitsyn*, p. 415. <<

[44] *Ibid*., pp. 448-449. <<

[45] Sitko, *Gde moi veter*?, p. 318. <<

[46] Rothberg, p. 62. <<

Notas del capítulo 26

[1] Reimpreso en Cohen, p. 183. <<

[2] *Prisoners of Conscience in the USSR*, pp. 48-53. <<

[3] Comité sobre el sistema judicial (testimonio de Avraham Shifter). <<

[4] *Ibidem.* <<

[5] R. Medvedev, p. IX. <<

[6] *Sobranie dokumentov samizdata*, AS 143. (Es una colección de documentos *samizdat* reunidos por RFE-RL a partir de 1960. Los documentos no fueron «publicados», fueron fotocopiados, encuadernados, numerados y colocados en unas cuantas bibliotecas importantes). <<

[7] *Prisoners of Conscience in the USSR*, pp. 18-23. <<

[8] *Ibidem.* <<

[9] Reddaway, *Uncensored Russia*, p. 11. <<

[10] Joseph Brodski, pp. 26-27. <<

[11] Hoover, Colección Joseph Brodski, transcripción del proceso a Brodski. <<

[12] *Ibidem*. <<

[13] Browne, p. 3. <<

[14] Cohen, p. 42; Reddaway, *Uncensored Russia*, p. 11. <<

[15] Hopkins, pp. 1-14. <<

[16] *Prisoners of Conscience in the USSR*, p. 21. <<

[17] Browne, p. 9. <<

[18] Litinov, *The Trial of the Four*, pp. 5-11. <<

[19] Browne, p. 13. <<

[20] Treinta años después, Chornovil, entonces una figura importante del movimiento por la independencia de Ucrania, se convirtió en el primer embajador de Ucrania independiente en Canadá. Lo entrevisté antes de su partida en Lvov, en 1990. <<

[21] Reddaway, *Uncensored Russia*, pp. 95-111. <<

[22] *Ibid*., p. 19. <<

[23] Info-Russ, # 0044 (véase Archivos en Bibliografía). En esta página web Vladimir Bukovski ha incluido los documentos que consiguió cuando investigaba para el proceso al Partido Comunista, descrito posteriormente en este libro. Los documentos se convirtieron en el tema de su libro de 1996, *Moskovskii protsess*, publicado en ruso y en francés. Algunos están depositados en Hoover, Fondo 89. <<

[24] Reddaway, *Uncensored Russia*, pp. 1-47; véase también *Chronicle of Current Events*. <<

[25] Hopkins, p. 122. <<

[26] Marchenko, *My Testimony*, p. 17. <<

[27] *Ibid*., pp. 220-227. <<

[28] *Ibid*., p. 349. <<

[29] Fedorov, entrevista con la autora. <<

[30] *Ibidem*. <<

[31] E. Kuznetsov, p. 169. <<

[32] *Chronicle of Current Events*, n.º 32 (17 de julio de 1974). <<

[33] Bukovski, *To Build a Castle*, p. 45. <<

[34] *Chronicle of Current Events*, n.º 6 (febrero de 1969), citado en Reddaway, *Uncensored Russia*, p. 207. <<

[35] Marchenko, *My Testimony*, p. 69. <<

[36] Sharanski, p. 236. <<

[37] Marchenko, *My Testimony*, p. 115; Tokes, p. 84. <<

[38] Sharanski, p. 235; Ratushinskaya, pp. 165-178. <<

[39] Daniel, p. 35. <<

[40] Marchenko, *My Testimony*, pp. 65-69. <<

[41] *Chronicle of Current Events*, n.º 32 (julio de 1974). <<

[42] Litvinov, *The Trial of the Four*, p. 17. <<

[43] Reddaway y Bloch, p. 305; Yakir. <<

[44] *Chronicle of Current Events*, n.º 28 (diciembre, 1972). <<

[45] Comisión para la Seguridad y la Cooperación en Europa (Testimonio de Aleksandr Shatravka y el doctor Anatoli Koriagin). <<

[46] *Chronicle of Current Events*, n.º 33 (diciembre, 1974). <<

[47] Viktor Shmirov, conversación con la autora, 31 de marzo de 1998. <<

[48] *Sobranie dokumentov samizdata*, AS 3115. <<

[49] Bukovski relató su experiencia en una conferencia de prensa en Varsovia en 1998. El texto aparece en la página web de Info-Russ (véase Archivos, Bibliografía). <<

[50] Bukovski, *Moskovskii protsess*, pp. 144-161. <<

[51] Reddaway y Bloch, pp. 48-49; Seton-Watson, pp. 257-258. <<

[52] Bukovski, *To Build a Castle*, p. 357. <<

[53] Reddaway y Bloch, pp. 176, 140 y 107. <<

[54] Info-Russ # 2000. <<

[55] Reddaway y Bloch, p. 226. <<

[56] Nekipelov, p. 132. <<

[57] Reddaway y Bloch, pp. 220-221; Nekipelov, p. 132. <<

[58] Reddaway y Bloch, p. 214. <<

[59] *Prisoners of Conscience in the USSR*, pp. 48-53. <<

[60] «Three Voices of Dissent», *Survey*, n.º 77 (otoño, 1970). <<

[61] Nekipelov, p. 115. <<

[62] Reddaway y Bloch, p. 348. <<

[63] *Ibid*., pp. 79-96. <<

[64] *Ibid*., pp. 178-180. <<

[65] Info-Russ # 0204. <<

Notas del capítulo 27

[1] Reimpreso en Reavey, pp. 8-9. <<

[2] Beichman y Berstam, pp. 145-189. <<

[3] *Prisoners of Conscience in the USSR*, pp. 20 y 119; Alexeeva. <<

[4] Beichman y Berstam, p. 182. <<

[5] Reagan, pp. 675-679. <<

[6] Berdzenishvili, entrevista con la autora. <<

[7] *Ibidem*. <<

[8] Bukovski, *To Build a Castle*, p. 408. <<

[9] *Ibidem.* <<

[10] Berdzenishvili, entrevista con la autora. <<

[11] Ratushinskaya, p. 236. <<

[12] Walker, p. 142. <<

[13] Reddaway, «Dissent in the Soviet Union». <<

[14] Gorbachov, p. 24. <<

[15] Remnick, p. 50. <<

[16] *Ibid*., pp. 264-268. <<

[17] K. Smith, pp. 131-174; Remnick, p. 68. <<

[18] Remnick, pp. 101-119; K. Smith, pp. 131-174. <<

[19] *USSR: Human Rights in a Time of Change*. <<

[20] «Lata Dissidentow», *Karta*, n.º 16 (1995). <<

[21] «On the Death of Prisoner of Conscience Anatoly Marchenko», nota de prensa de Amnistía Internacional, mayo de 1987 (ML). <<

[22] *Ibidem.* <<

[23] La clausura de los campos, por ejemplo, no figura en *The Waking Giant* de Walker, en *Autopsy of an Empire* de Matlock, en *The Gorbachev Factor* de Brown, ni en *Why Gorbachev Happened* de Kaiser. La excepción importante es *Lenin’s Tomb* de Remnick, que incluye un capítulo sobre los prisioneros de Perm-35. <<

[24] Paul Hofheinz, antiguo reportero destacado en Moscú, conversación con la autora, febrero de 2002. <<

[25] Matlock, p. 275. <<

[26] Remnick, p. 270. <<

[27] Info-Russ, # 0128. <<

[28] Info-Russ, # 0130. <<

[29] *USSR: Human Rights in a Time of Change*. <<

[30] *The Recent Release de Prisoners in the USSR*, nota de prensa de Amnistía Internacional, abril de 1987 (ML). <<

[31] *Ibidem.* <<

[32] Berdzenishvili, entrevista con la autora. <<

[33] Amnistía Internacional, Newsletter (junio, 1988), vol. XVIII, n.º 6 (ML). <<

[34] Matlock, p. 287. <<

[35] «Russian Federation: Overview of Recent Changes», nota de prensa de Amnistía Internacional, septiembre de 1993 (ML). <<

[36] Citado en Cohen, p. 186. <<

Notas del epílogo

[1] Razgon, *True Stories*, p. 27. <<

[2] K. Smith, pp. 153-159. <<

[3] Aleksandr Yacovlev, presidente de la Comisión Presidencial Rusa para la rehabilitación de las víctimas de la represión política, conversación con la autora, 25 de febrero de 2002. <<

[4] Merridale, pp. 407-408. <<

[5] Gessen. <<

[6] Aleksandr Yacovlev, conversación con la autora, 25 de febrero de 2002. <<

[7] Relaté este incidente en «Secret Agent Man», *The Weekly Standard*, 10 de abril de 2000. <<

[8] Sobre 130 esqueletos descubiertos en un sótano de un monasterio en Ucrania occidental en julio 2002, por ejemplo, *Moscow Times*, 18 de julio de 2002. <<

[9] Applebaum, «Secret Agent Man», *The Weekly Standard*, 10 de abril de 2000.
<<

[10] Olga Adamova-Sliozberg, «My Journey», en *Till my Tale is Told*, p. 16. <<

[11] Andrew Alexander, «The Soviet Threat Was Bogus», *The Spectator*, 20 de abril de 2002. <<

Notas del apéndice

[1] Bacon, pp. 8-9. <<

[2] Conquest, *The Great Terror*, p. 485. <<

[3] Getty, p. 8. <<

[4] Zemskov, «Arjipelag Gulag», pp. 6-7; Getty, Ritterspoon y Zemskov, Apéndices A y B, pp. 1048-1049. <<

[5] Getty, Ritterspoon y Zemskov, p. 1047. <<

[6] Bacon, p. 112. <<

[7] Pohl, *The Stalinist Penal System*, p. 17. <<

[8]Pohl, *ibid*., p. 15; Zemskov, «Gulag», p. 17 <<

[9] El mejor resumen hasta la fecha del debate sobre las revelaciones estadísticas post-1991 se puede encontrar en Bacon, pp. 6-41 y 101-122: los 18 000 000 en su cálculo, basados en tasas de rotación y estadísticas disponibles. Para que conste, Dugin asegura que 11 800 000 personas fueron arrestadas entre 1930 y 1954, pero me parece difícil conciliarlos con los 8 000 000 que se sabe fueron arrestados hasta 1940, dado el gran número de arrestados y liberados durante la Segunda Guerra Mundial (Dugin, «Stalinizm, Legendy i Fakty»). <<

[10] Overy, p. 297; Zagorulko, pp. 331-333. <<

[11] Pohl, *The Stalinist Penal System*, pp. 50-52; Zemskov, «Gulag», pp. 4-6. <<

[12] Polyan, p. 239. <<

[13] Pohl, *The Stalinist Penal System*, p. 5. <<

[14] *Ibid*., p. 133. <<

[15] Aunque algunos han sido publicados. Véase Getty, Ritterspoon y Zemkskov, pp. 1048-1049. <<

[16] GARF, 9414/1/OURZ. Estas cifras fueron compiladas por Aleksandr Kokurin. <<

[17] Berdinskij, p. 28. <<

[18] Pohl, *The Stalinist Penal System*, p. 131. <<

[19] Getty, Ritterspoon y Zemskov, p. 1024. <<

[20] Courtois, p. 4. <<

[21] Razgon, pp. 290-291. <<

Notas de la traductora

[a] Se refiere a George F. Kennan (nacido en 1904), quien, durante la guerra fría, impulsó la política de «contención» para impedir la expansión de la influencia de la URSS. (*N. de la T.*). <<

[b] Rossi afirma que en el campo de Kolimá también había un buen grupo de niños españoles (*The Gulag Handbook*, p. 102). (*N. de la T.*). <<